

TEXTOS Bellatin Liberados durante la Pandemia. sólo para ser leídos...

SALÓN DE BELLEZA. Cualquier clase de inhumanidad se convierte, con el tiempo, en humana. Yasunari Kawabata. Hace algunos años mi interés por los acuarios me llevó a decorar el salón de belleza con peces de distintos colores. Ahora que el salón se ha convertido en un Moridero, donde van a terminar sus días quienes no tienen dónde hacerlo, me cuesta mucho trabajo ver cómo poco a poco los peces van desapareciendo. Tal vez sea que el agua corriente está llegando demasiado cargada de cloro o que no tengo el tiempo suficiente para darles los cuidados que se merecen. Comencé criando guppys reales. Los de la tienda me aseguraron que se trataba de los peces más resistentes y, por eso mismo, los de más fácil crianza. En otras palabras, los ideales para un principiante. Tienen además la particularidad de reproducirse rápidamente. Los guppys reales son vivíparos; no necesitan un motor de oxígeno para que los huevos se mantengan en la pecera sin que cambie el agua. La primera vez que puse en práctica mi afición no tuve demasiada suerte. Compré un acuario de medianas proporciones y metí dentro una hembra preñada, otra todavía virgen y un macho con una larga cola de colores. Al día siguiente el macho amaneció muerto, tirado boca arriba, entre las piedras multicolores con las que había recubierto la base. De inmediato busqué el guante de hule para el teñido de cabello y saqué al pez muerto. En los días posteriores nada importante ocurrió. Simplemente traté de encontrar la medida correcta para que los peces no sufrieran de empacho ni murieran de hambre. El control de la comida ayudaba además a mantener el agua cristalina todo el tiempo. Pero cuando la hembra preñada parió, se desató una persecución implacable. La otra hembra quería comerse a las crías. Sin embargo, los recién nacidos tenían tales reflejos que momentáneamente los salvaban de la muerte. Extrañamente la madre murió a los pocos días. Desde que parió se había quedado estática en el fondo del acuario sin que la hinchazón del vientre disminuyera en ningún momento. Nuevamente tuve que ponerme el guante de los tintes para sacar a la madre muerta y arrojarla después por el excusado que hay detrás del galpón donde duermo. Mis compañeros de trabajo nunca estuvieron de acuerdo con mi afición. Afirmaban que los peces traían mala suerte. No les hice caso y con el tiempo fui adquiriendo nuevos acuarios así como los implementos necesarios para tener todo en regla. Conseguí pequeños motores para el oxígeno que simulaban cofres de tesoro olvidados en el fondo del mar. Hallé también motorcitos en forma de hombres-rana, de cuyos tanques salían en forma constante las burbujas. Cuando al fin logré cierto dominio con otros guppys reales que fui comprando, me aventuré con peces de crianza más difícil. Me llamaban la atención las carpas doradas. Creo que fue en la misma tienda donde me enteré de que en ciertas culturas la simple contemplación de las carpas era un pasatiempo. Empecé a dedicar muchas horas seguidas a extasiarme con los reflejos que emitían las escamas y las colas. Alguien me confirmó después que ese tipo de actividad era una diversión extranjera. ... Pero lo que sí no me parece ningún tipo de diversión es la cantidad cada vez mayor de personas que vienen a morir al salón de belleza. Ya no son solamente conocidos en cuyos cuerpos el mal está avanzado, sino que la mayoría son extraños que no tienen a dónde acudir. Aparte de este lugar, su única alternativa sería perecer en la calle. Ahora que este salón se ha convertido en un Moridero, sólo quedan los acuarios vacíos. Todos menos uno, en cuyo interior trato a toda costa de mantener algo de vida. Las demás peceras las utilizo para guardar los efectos personales que traen los parientes de quienes están hospedados aquí. Para evitar confusiones coloco una cinta adhesiva con el nombre del enfermo y allí guardo el dinero, la ropa y las golosinas que, de vez en cuando, permito que les traigan. Todo lo demás está prohibido. ... Es curioso ver cómo los peces pueden influir en el ánimo de las personas. Recuerdo que cuando me aficioné a las carpas doradas, aparte del sosiego que me producía su contemplación, siempre buscaba algo dorado con qué adornar los vestidos que me ponía en las noches. Ya fuera una cinta, los guantes o las mallas que usaba en esas oportunidades. Pensaba que llevar puesto algo de ese color podía traerme suerte. Tal vez hasta salvarme de un encuentro con las bandas que rondaban por las zonas centrales de la ciudad. Muchos no sobrevivían a sus ataques, pero creo que si después alguno salía con vida, era peor. En los hospitales los trataban con desprecio. Muchas veces no querían recibirlos. Fue entonces cuando me nació cierta compasión y comencé a recoger a alguna que otra víctima. Tal vez de esa manera se fue formando este Moridero que tengo la desgracia de regentar. ... Pero, regresando a los peces, en cierto momento también me cansé de tener exclusivamente guppys y carpas doradas. Creo que se trata de una deformación de mi personalidad, me aburro pronto de las cosas que me atraen. Lo peor es que después no sé qué hacer con ellas. Al principio fueron los guppys que, en determinado momento, me parecieron demasiado insignificantes para los majestuosos acuarios que tenía en mente formar. Sin ninguna clase de remordimiento dejé gradualmente de alimentarlos. Tenía la esperanza de que se fueran comiendo unos a otros. Los que quedaron vivos los arrojé al excusado, de la misma forma como lo hice con aquella madre muerta. Así fue como tuve los acuarios libres para recibir peces de crianza más difícil. Los goldfish fueron los primeros en los que pensé. Sin embargo recordé que eran demasiado lerdos, casi estúpidos. Yo quería algo colorido pero que también tuviera vida, para así pasar los momentos en los que no había clientas observando cómo los peces se perseguían unos a otros, o se escondían entre las plantas acuáticas que había sembrado sobre las piedras del fondo. ... Mi trabajo en el salón de belleza lo llevaba a cabo de lunes a sábado. Pero algunos sábados en la tarde, cuando estaba muy cansado, dejaba el negocio y me iba a unos baños de vapor para relajarme. El local de mi preferencia era atendido por una familia de japoneses. Era un lugar

exclusivo para personas de sexo masculino. El dueño, un hombre maduro de baja estatura, tenía dos hijas que hacían las veces de recepcionistas. En el vestíbulo se había tratado de respetar el estilo oriental del letrero de la puerta. Había un mostrador decorado con peces multicolores y dragones rojos tallados en altorrelieve. Invariablemente se podía encontrar a las dos jóvenes armando grandes rompecabezas. Cuando llegaba alguien, dejaban el entretenimiento y se esmeraban en la atención. El primer paso era la entrega de unas pequeñas bolsas de plástico transparente, para que el visitante introdujera en ellas sus objetos de valor. Las jóvenes proporcionaban luego un disco con un número, que cada quien se debía colgar de la muñeca. Las japonesas guardaban la bolsa en un casillero determinado y después invitaban al visitante a pasar a una sala posterior. Aquí la decoración cambiaba totalmente. El lugar tenía el aspecto de los baños del Estadio Nacional que conocí la vez que me llevó un futbolista amateur. Las paredes estaban cubiertas hasta la mitad con losetas blancas. En la parte superior habían pintado delfines dando saltos. Esos dibujos estaban descoloridos. Apenas se percibía el lomo de los animales. En esa sala siempre me esperaba el mismo empleado para pedirme la ropa que llevaba puesta. En cada visita tuve siempre la precaución de usar sólo prendas masculinas. Luego de desvestirme delante de sus ojos, con un gesto mecánico estiraba sus brazos para recibirlas. Se fijaba en el número que colgaba de mi muñeca y se llevaba luego la carga al casillero correspondiente. Antes de hacerlo, me entregaba dos toallas raídas pero limpias. Yo me cubría con una los genitales y me colgaba la otra de los hombros. ... La última vez que visité los baños recordé una historia que cierta noche me contó un travesti de la calle. Le gustaba vestir de manera exótica. Siempre usaba plumas, guantes y accesorios de ese tipo. Decía que algunos años atrás, su padre le había obsequiado un viaje a Europa. Afirmaba que durante su estancia había adquirido ese estilo. Sin embargo, parece ser que en esta ciudad no era posible apreciar una moda de este tipo. Por eso se quedaba muchas horas parado solo en las esquinas. Ni siquiera los patrulleros que rondaban la zona se lo llevaban a dar la vuelta de rutina. Me acordé de él porque en una ocasión me contó que su padre acostumbraba ir a unos baños de vapor a pasar los fines de semana. Se trataba de otro tipo de baños, de alta categoría, no como los del japonés. Me dijo que en una de las primeras visitas, los mismos amigos del padre abusaron de él en una de las duchas individuales. Era todavía un niño, y el miedo hizo que no dijera nada de lo sucedido. El caso es que estos baños son distintos porque, a diferencia de los que frecuentaba el padre del travesti, aquí los usuarios saben a lo que van. Una vez que se está cubierto sólo por las toallas, el terreno es todo de uno. Lo único que se tiene que hacer es bajar las escaleras que conducen al sótano. Mientras se desciende, una sensación extraña comienza a recorrer el cuerpo. Minutos después queda uno confundido con el vapor que emana de la cámara principal. Unos pasos más y casi de inmediato se es despojado de las toallas. De allí en adelante, cualquier cosa puede ocurrir. En esos momentos siempre me sentía como si estuviera dentro de uno de mis acuarios. Revivía el agua espesa, alterada por las burbujas de los motores del oxígeno, así como las selvas que se creaban entre las plantas acuáticas. Experimentaba también el extraño sentimiento producido por la persecución de los peces grandes cuando buscan comerse a los más pequeños. En esos momentos la poca capacidad de defensa y lo rígido de las transparentes paredes de los acuarios se convertían en una realidad desplegada en toda su plenitud. Pero ahora aquellos son tiempos idos que, estoy seguro, nunca volverán. Actualmente mi cuerpo esquelético me impide seguir frecuentando ese lugar. Otro factor importante para considerar aquello como cosa del pasado es el ánimo, que parece haberme abandonado por completo. Me sorprende haber contado en algún momento con la fuerza necesaria para pasar tardes enteras en baños de esa naturaleza. Pues incluso en los mejores tiempos de mi condición física, salía de una sesión totalmente extenuado. ... Tampoco tengo fuerza ya para salir a buscar hombres en las noches. Ni siquiera en verano, cuando no es tan desagradable tener que vestirse y desvestirse en los jardines de las casas cercanas a los puntos de contacto establecidos. Porque toda la transformación se tiene que hacer en ese lugar y, además, a escondidas. Sería una locura regresar de madrugada en un autobús de servicio nocturno vestidos con la ropa con la que se salía de noche. Ahora tengo que regentar este Moridero. Darles una cama y un plato de sopa a las víctimas en cuyos cuerpos la enfermedad ya se ha desarrollado. Y lo tengo que hacer yo solo. Las ayudas son esporádicas. De vez en cuando alguna institución se acuerda de nuestra existencia y nos socorre con algo de dinero. Otros quieren colaborar con medicinas. Pero tengo que recalcar que el salón de belleza no es un hospital ni una clínica, sino sencillamente un Moridero. Del salón de belleza quedan los guantes de hule. También las vasijas, los ganchos y los carritos donde se transportaban los cosméticos. Las secadoras, así como los sillones reclinables donde se hacía el lavado del pelo los vendí con el fin de obtener los implementos necesarios para la nueva etapa en la que ha entrado el salón. Con la venta de los objetos destinados a la belleza compré colchones de paja, catres de fierro y una pequeña estufa. Un elemento importante que deseché en forma radical fueron los espejos, que en su momento multiplicaron con sus reflejos los acuarios así como la transformación de las clientas a medida que se sometían a los distintos tratamientos. A pesar de que estoy acostumbrado a este ambiente, creo que para nadie sería soportable ahora ver multiplicada la agonía hasta ese extraño infinito que producen los espejos puestos uno frente al otro. A lo que también parezco haberme habituado es al olor que despiden los enfermos. ... A veces me preocupa quién irá a hacerse cargo del salón cuando la enfermedad se desencadene con fuerza. Hasta ahora he sentido sólo atisbos, signos externos, como la pérdida de peso y el ánimo decaído. Nada interno se me ha desarrollado. Hace unos momentos me referí al asunto del hedor y la costumbre. Mi nariz ya casi no

percibe los olores. Por eso conservo con agua y con dos o tres peces uno de los acuarios. Aunque no reciba los cuidados de antes, me da la idea de que aún se mantiene algo fresco en el salón. Sin embargo, parece existir una razón desconocida que me impide darle la dedicación que se merece. Ayer, por ejemplo, encontré una araña muerta flotando con las patas hacia arriba. ... Antes de convertirse en un espacio usado exclusivamente para morir en compañía, el salón de belleza cerraba sus puertas a las ocho de la noche. Era buena hora para hacerlo, pues muchas de las clientas preferían no visitar tarde la zona donde está ubicado el establecimiento. Un letrero colocado en la entrada decía que se trataba de un local donde recibían tratamiento personas de ambos sexos. Sin embargo, jamás ningún hombre traspasó el umbral. Sólo a las mujeres parecía no importarles ser atendidas por unos estilistas vestidos casi siempre con ropas femeninas. El salón estaba situado en un punto tan alejado de las líneas de transporte público, que para llegar había que efectuar una larga caminata. En el local trabajaban otras dos personas que, un par de veces a la semana, me acompañaban a la ciudad. Nos cambiábamos, alistábamos unos pequeños maletines y tras cerrar las puertas al público, partíamos. No podíamos viajar vestidos de mujer, que era como atendíamos. En más de una oportunidad pasamos por situaciones peligrosas. Por eso guardábamos en los maletines los vestidos y el maquillaje que íbamos a necesitar apenas llegáramos a nuestro destino. Antes de esperar en alguna concurrida avenida, ya travestidos nuevamente, ocultábamos los maletines en los agujeros que había en la base de la estatua de uno de los héroes de la patria. En ciertas ocasiones nos cansaba tanto cambio de ropa y, si bien con eso no se ganaba dinero, frecuentábamos a los asistentes a esos cines que proyectan en forma continua películas pornográficas. El paseo por el centro duraba hasta las primeras horas de la madrugada. Volvíamos por los maletines y regresábamos a dormir al salón. En la parte trasera habíamos construido un galpón de madera, donde los tres estilistas dormíamos casi hasta el mediodía. Lo hacíamos juntos en una gran cama. ... En ese tiempo lo más importante era encontrar la decoración adecuada para el salón. Por la zona se estaban abriendo nuevos locales, por lo que, para competir, era fundamental el aspecto que se le diera al negocio. Desde el primer momento pensé en tener peceras de grandes proporciones. Lo que buscaba era que, mientras eran tratadas, las clientas tuvieran la sensación de encontrarse sumergidas en un agua cristalina para luego salir rejuvenecidas y bellas a la superficie. Por eso, lo primero que hice fue comprar una pecera de dos metros de largo. Aún la conservo. Pero no es allí donde se mantienen los peces que todavía me quedan con vida. ... Puede parecer difícil que me crean, pero ya casi no individualizo a los huéspedes. Ha llegado un punto en el que todos son iguales para mí. Al principio los reconocía. Incluso llegué a encariñarme con alguno. Pero ahora no son más que cuerpos en trance hacia la desaparición. Me viene a la memoria uno en especial, a quien conocía antes de que cayera enfermo. Poseía una belleza sosegada, como la de los cantantes extranjeros que aparecen en la televisión. Recuerdo que cuando organizábamos algún concurso de belleza, la reina siempre pedía tomarse fotos a su lado. Creo que aquello les daba un matiz internacional a las ceremonias. Ese muchacho viajaba al exterior con regularidad. Se sabía que tenía un amante con dinero que cuando cayó enfermo, lo abandonó. El muchacho no quiso recurrir a su familia. Inventó un viaje y vino a alojarse al Moridero. Vendió el departamento que poseía y me entregó el dinero. Antes de que su enfermedad avanzara hasta dejarlo en un estado de delirio constante, me contó que sus frecuentes viajes no eran solamente de placer, sino que tenía como misión transportar drogas ocultas en su cuerpo. Me explicó, en detalle, los métodos que utilizaba para adherírsela. Me conmovió la forma en que alguien tan bello hubiera sido utilizado de tal modo. Creo que incluso llegó a producirme algo especial, pues dejé de lado la atención que requerían los demás, y durante el tiempo que duró su agonía no estuve sino atento a cumplir con sus necesidades. Como una deferencia especial le coloqué un acuario en su mesa de noche. Me emocionó constatar que aquel muchacho no fue ajeno a mis preocupaciones. De alguna forma me demostró también su cariño. No me importaron las costillas protuberantes, la piel seca, ni siquiera esos ojos desquiciados en los que había aún lugar para el placer. ... Tampoco vayan a creer que yo era un suicida y me entregué totalmente. Antes de hacerlo tomé mis precauciones. Pero, como ya dije, mis gustos cambian con frecuencia. De un momento a otro dejó de interesarme por completo. Por esa razón, retiré la pecera del lado de su cama y lo traté con la distancia que me impongo para los demás. Casi al instante el mal lo atacó con violencia. No tardó en morir. En su caso la decadencia final provino del cerebro. Comenzó con un largo discurso delirante, que sólo interrumpía durante las horas en que era vencido por el sueño. En algunas ocasiones el tono de su voz se alzaba más de lo adecuado y opacaba con sus palabras las quejas de los otros huéspedes. Me parece que fue atacado poco después por una tuberculosis fulminante, pues falleció luego de un acceso de tos. Para ese entonces, el cuerpo del muchacho sólo significaba un cuerpo más al que había la obligación de eliminar. ... En forma un tanto extraña, con el muchacho perecieron algunos peces a la vez. Si bien es cierto que en aquel tiempo los acuarios habían dejado atrás su antiguo esplendor, aún mantenía un buen número de ejemplares. Casi todos eran esos llamados monjitas, negros con el pecho blanco. No sé, en esa época rechazaba los colores. Lo que mi ánimo exigía era el blanco y negro. Cada vez que pienso en el muchacho por el que sentí un especial interés, lo recuerdo en su cama con la pecera con monjitas al lado. Inmediatamente después de su muerte, encontré algunas monjitas rígidas al fondo. No quise pensar en nada mientras las retiraba de la pecera. Para las monjitas es preciso contar con un calentador de agua. Había tenido uno enchufado todo el tiempo. En ese entonces todavía cumplía con las reglas necesarias que me imponían los acuarios. Considero por eso más que una casualidad que murieran

precisamente la noche en que expiró el muchacho. Al día siguiente desenchufé el calentador. Luego de dos días comprobé que ninguna había resistido el frío del agua. En esos días murieron también unos escalares, a los que les aparecieron hongos en la piel. Salí por eso a la tienda para adquirir guppys reales como al principio. A todos los metí en un mismo acuario. Son los que actualmente mantengo. Como ya he dicho, se trata de peces resistentes que, a pesar de los mínimos cuidados que soy capaz de ofrecerles, se han mantenido de forma más o menos regular, muriendo algunos y naciendo otros de vez en cuando. Pero el agua ya no luce cristalina. Ha adquirido un tono verdoso que ha terminado por empañar las paredes del acuario. He colocado esta pecera en un lugar alejado de los huéspedes. No quiero que las miasmas caigan dentro del agua. No deseo que los peces se vean atacados por hongos, virus o bacterias. A veces, cuando nadie me ve, introduzco la cabeza en la pecera e incluso llego a tocar el agua con la punta de la nariz. Aspiro profundamente y siento que de aquella agua emana aún algo de vida. A pesar del olor del líquido estancado puedo sentir todavía una cierta frescura. Lo que más me sorprende es lo fiel que se ha mostrado esta última camada de peces. Pese al poco tiempo dedicado a su crianza, se aferran de una manera extraña a la vida. Me hacen pensar en esa curiosa muerte moral que se suele vivir en los baños de vapor. Allí también existe una larga agonía del espíritu que está más allá de la vitalidad que muestran los visitantes al abrir y cerrar constantemente las puertas de las cámaras individuales. Un afán similar lo encontraba con algunas de las clientas que acudían en las buenas épocas al salón de belleza. La mayoría eran mujeres viejas o acabadas por la vida. Sin embargo, en cada una de las visitas, debajo de aquellos cutis gastados era visible una suerte de esperanza. ... Pero el tema de la larga agonía no tiene que ver con los huéspedes. En ellos es una suerte de maldición. Mientras menos tiempo estén alojados en el Moridero es mejor. Los más afortunados sufren realmente unos quince días. Pero hay otros que se aferran a la vida, igual que los guppys de la última camada. Quieren vivir a pesar de que no hay forma de que vean atemperados sus males. A pesar de que el frío del invierno se cuele por las rendijas de las ventanas. A pesar de que es cada vez menor la ración de sopa que les sirvo. Entre otras restricciones, los médicos y las medicinas están prohibidos. También las yerbas medicinales, los curanderos y el apoyo moral de los amigos o familiares. En ese aspecto las reglas del Moridero son inflexibles. La ayuda, como se sabe, sólo se canaliza en dinero en efectivo, golosinas y ropa de cama. No sé de dónde me viene la terquedad de llevar yo solo la conducción. Mis compañeros de antes, con los que trabajaba en los peinados y en la cosmetología, han muerto hace ya algún tiempo. Ahora ocupo yo solo el galpón. Los extraño. Son los únicos amigos que he tenido. Los dos murieron de lo mismo. En el momento final los traté con la misma firmeza que al resto. Todavía tengo colgada en el perchero la ropa con la que solíamos salir a la aventura. En una caja guardo, además, las tarjetas que nos dieron algunos de los hombres de la noche. Nunca he llamado a ninguno. Ni siquiera para informarles por qué ya no nos encuentran en las esquinas de costumbre. Aunque lo más probable es que ni siquiera se acuerden de nuestra existencia. Seguro que otros jóvenes ocupan ahora nuestros lugares. ... No sé de dónde saqué fuerza para ir, hace poco, a la tienda de peces. Recordé con qué despreocupación solía perderme entre los acuarios, buscando los peces más coloridos, más vivaces, más majestuosos. Pero esta vez sentí remordimiento por encontrarme rodeado de una naturaleza tan llena de vida. Por eso me dirigí nuevamente hacia la pecera de las monjitas. Se trataba del único espacio carente de color en aquel lugar. ... Otro de los motivos de mi remordimiento fue el gasto que realicé en aquella ocasión. Aunque no era mucho, se trataba de un dinero que me habían entregado para otra finalidad. Hice uso de parte de los ahorros de una anciana que me había confiado a su nieto menor. Era un muchacho de veinte años que ya había comenzado con la pérdida de peso. Cierta noche lo encontré tratando de huir. Tras una paliza se le quitaron las ganas. Se mantuvo acostado en la cama, esperando pacíficamente que su cuerpo desapareciera después de pasar por las torturas de rigor. Cuando volví al salón con mi bolsa de monjitas, muy pocos se dieron cuenta de mi adquisición. Había algunos huéspedes que no habían perdido todavía la conciencia, por lo que me molestó que se mostraran indiferentes. Me pareció que no eran lo suficientemente agradecidos, que no bastaban las palabras amables con las que ellos o sus familiares me pedían alojamiento, ni tampoco las cosas agradables que de vez en cuando les escuchaba decir. Me faltaba que expresaran su gratitud de una manera más tangible. Por ejemplo, admirando los peces que aún quedaban con vida o, tal vez, con alguna alusión a mi cuerpo, como haciendo ver que aún se mantenía en forma. ... Uno de los momentos de crisis por los que atravesé el Moridero fue cuando acudieron mujeres a pedir alojamiento. Venían hasta la puerta en pésimas condiciones. Algunas traían en sus brazos a sus pequeños hijos, también atacados por el mal. Pero yo desde el primer momento me mostré inflexible. El salón en algún tiempo estuvo dedicado a embellecer a las mujeres; no estaba dispuesto a desperdiciar tantos años de trabajo sacrificado. Nunca acepté por eso a nadie que no fuera del sexo masculino. Por más que me rogaron una y otra vez. Por más que me ofrecieron dinero, nunca dije que sí. En un principio, cuando estaba a solas, me ponía a pensar en aquellas mujeres que tendrían que morir en la calle, muchas con sus hijos a cuestas. Pero había sido testigo ya de tantas muertes, que comprendí muy pronto que no podía cargar sobre mis espaldas la responsabilidad de todas las personas enfermas. Con el tiempo logré ignorar tanto las súplicas como la animadversión de algunas personas. Eso, aunado a la campaña de desprestigio que se generó en la zona donde el salón está situado, hizo que en más de una ocasión temiera por mi vida. ... La campaña que se desató en mi contra fue desproporcionada. Tanto, que cuando la gente quiso quemar el salón, tuvo que intervenir hasta la misma

policía. Los vecinos afirmaban que aquel lugar era un foco infeccioso, que la peste había ido a instalarse a la zona. La primera señal de alarma provino de unas piedras que rompieron los vidrios de la ventana que da a la calle. Nos asustamos. Había huéspedes que aún estaban con los sentidos en orden y otros, aún peor, que se encontraban con los nervios exaltados. Me inquieté cuando los escuché gritar con lo que les quedaba de voz. Se inició entonces un sobrecogedor coro de moribundos. Afuera los vecinos se iban merced de la turba. Corrí varias cuadras. Era de noche. Mientras avanzaba iba imaginando que los vecinos entraban al salón llevando sus antorchas en alto. Podía ver cómo los huéspedes seguían aferrados a sus colchones, a sus frazadas. Después de recorrer infinidad de cuadras, pude llegar a un teléfono público. En el cuaderno que siempre llevo conmigo tenía algunos números que había pensado me podían ser útiles. Eran de las instituciones que habían querido siempre ayudarme. Luego de hacer un par de llamadas seguí corriendo hasta llegar a la estación de policía. Tuve que exponerme a frases sarcásticas. Hasta que finalmente un cabo, que parecía tener más sensibilidad que los demás, me escuchó. Oyó parte del relato, donde omití por cierto algunos detalles, y designó a un grupo de sus hombres para que lo siguiera. ... Regresamos juntos. Cuando llegamos, la turba había logrado romper la puerta principal. Sin embargo, por alguna razón, que intuyo relacionada con los olores, no habían entrado. La policía hizo algunos disparos al aire. La gente se dispersó. Pero allí no terminaron los problemas. La policía, que no tenía idea de nuestra existencia, comenzó a hacer preguntas. Hicieron una inspección general. Hablaron de cierto código sanitario. Felizmente, en ese momento llegaron los miembros de las organizaciones a las que había convocado. Hablaron con los agentes. Incluso uno de ellos fue con el cabo hasta la estación. Con los otros, los que pertenecían a comunidades religiosas, tratamos de calmar a los huéspedes. De inmediato construimos una palizada para pasar la noche. En los días posteriores se hicieron los trabajos de reconstrucción. Yo caí en una depresión profunda que, sin embargo, no me hizo descuidar en ningún momento a los huéspedes. La única diferencia fue que pasé más tiempo recluido en mi galpón. Pese a todo, desde temprano salía al mercado a comprar las verduras necesarias así como las menudencias de pollo con las que hacía la sopa diaria. Después de regresar pasaba revista a los huéspedes. Los limpiaba lo mejor que podía. A los que eran capaces de levantarse, los acompañaba hasta el excusado. Me ponía después a cocinar. En realidad, no era una tarea complicada. Se trataba solamente de poner en la olla verduras y menudencias y dejarlas que hirvieran un par de horas con un puñado de sal. A la hora del almuerzo servía los platos. Era la única comida del día. Los huéspedes casi nunca tenían hambre. Muchos de ellos ni siquiera terminaban el plato diario de sopa que les ponía delante. Yo comía lo mismo. Me acostumbé también a hacerlo sólo una vez. ... Todo parecía ir bien con el par de acuarios que mantenía con vida hasta que, de un día para el otro, comenzaron a aparecerles hongos a unos escalares. Al principio se trató de unas pequeñas nubes que les crecieron en los lomos. Es extraño el aspecto que adquieren los peces en tales circunstancias. Se ven los colores opacados por una aureola que parece de algodón. Finalmente, los cuerpos de la mayoría fueron contagiados y los escalares cayeron al fondo un par de días antes de morir, como le sucediera a aquella hembra recién parida. Para aminorar la impresión que me causó verlos, compré rápidamente los guppys que hasta ahora me acompañan. Los escogí al azar, sin detenerme demasiado en las características de ninguno. Como la vez que adquirí los primeros peces, elegí un macho y dos hembras. Una de ellas resultó también estar preñada. Como ya dije, a diferencia de aquellos primeros peces estos sí resultaron resistentes. Soportan de una manera más que razonable la falta de cuidados. Los motores de oxígeno están inservibles. Todos menos uno, que funciona a trompicones. El agua se purifica sólo a veces. Casi nunca tengo tiempo para renovarla. Por eso, en ocasiones el nivel baja y los peces tienen un espacio mínimo para moverse. Cuando la situación es alarmante, lleno un recipiente y dejo que el agua repose veinticuatro horas. La arrojó luego sobre esta pecera. Por lo general los peces, aletargados por falta del líquido suficiente, comienzan otra vez a moverse de un extremo a otro. Pero lo hacen con dificultad, pues a pesar del agua nueva la pecera continúa luciendo ese color verde oscuro que la caracteriza. Es tanta la turbidez, que desde el exterior apenas si distingo las formas en movimiento. He perdido, por eso, la cuenta del número exacto de peces aún vivos. ... Desde hace algún tiempo me he dado cuenta que el mal parece atacar por oleadas. Hay temporadas en que el salón está vacío por completo. Esto se produce después de que todos los huéspedes mueren en un periodo corto y no aparecen aún enfermos recientes para reemplazarlos. Pero esas épocas no son duraderas. Cuando uno menos lo piensa, los futuros huéspedes empiezan de nuevo a tocar las puertas del salón. Con una sola ojeada puedo predecir cuánto tiempo de vida tienen por delante. La actitud con la que llegan varía de acuerdo al carácter de la persona. Casi todos están desalentados, pero algunos muestran signos de luz a pesar de su condición. Otros se muestran derrotados por completo, y a duras penas pueden incluso mantenerse de pie. Una vez recluidos, me encargo de llevarlos a un mismo punto sin importar el estado de ánimo con el que llegaron. Después de unas cuantas jornadas logro establecer la atmósfera apropiada. Se trata de un estado que no sabría cómo describir con propiedad. Quedan sumidos en un aletargamiento donde muchas veces no cabe, ni siquiera, la posibilidad de preguntarse por sí mismo. Esta es la condición ideal para trabajar. Así se logra evitar involucrarse con alguno en especial, haciéndose de ese modo más expeditivas las labores. De esa forma se cumple con el trabajo sin ninguna clase de impedimento. ... Cuando tuve aquel acercamiento con el muchacho que murió de tuberculosis, aún no había perfeccionado del todo mi técnica. Aunque esté mal

decirlo, me arrepiento de haber caído sentimentalmente en aquella oportunidad. Pienso que a ese muchacho jamás debí haberle puesto la pecera con monjitas en su mesa de noche. Nunca tocarlo con fines ajenos a los higiénicos. Este caso podría considerarlo como una mácula en mi oficio. No he contado algunas cosas, pero a pesar de la indiferencia mostrada cuando el muchacho entró en la recta final, debo confesar que secretamente me preocupé por el tipo de sepultura que recibiría. Tal vez lo hice movido, pienso, por la considerable cantidad de dinero que me entregó antes de ser admitido como huésped. El caso es que su cuerpo no fue a dar, como los otros, a una fosa común ubicada en las cercanías. Me interesé porque recibiera una sepultura más digna. Fui a una funeraria donde adquirí un ataúd de color oscuro. Aparté los muebles del galpón donde duermo e improvisé un velorio donde yo fui el único deudo. Contraté además una camioneta negra y separé un nicho no muy alejado del piso. Pero todavía no me atrevo, y estoy casi seguro de que nunca lo haré, a ir al cementerio a decorar con flores su tumba. Como ya dije, los demás muertos van a dar a la fosa común. Sus cuerpos son envueltos en unas sábanas que yo mismo confecciono con parte de las telas que nos donaron. No hay velorio. Se quedan en sus camas, hasta que unos hombres que tengo contratados los trasladan en carretillas. Yo no los acompaño, y cuando vienen los familiares a preguntar, me limito a informarles que ya no están más en este mundo. ... Sin embargo, pese a todas estas circunstancias, siento una alegría un tanto triste al comprobar que, de cierta forma, en los últimos tiempos el orden se ha instalado por primera vez en mi vida. Aunque me parece amarga la forma de haberlo alcanzado. Se acabaron las aventuras callejeras, las noches pasadas en celdas durante las redadas, las peleas a pico de botella que se suscitaban cuando algún otro trataba de quitarme un novio conseguido momentos antes. Aquellas escenas solían generarse casi siempre en los bares donde acudía a divertirme. Había uno que era mi preferido. El dueño era amigo mío desde los tiempos en que yo era un muchacho. En esa época me había escapado recién de la casa de mi madre, quien nunca me perdonó no ser el hijo recto con el que había soñado. Como no tenía medios de subsistencia, me aconsejaron que viajara al norte. En aquel tiempo, el dueño del bar regentaba allí un hotel para hombres que contaba con un gran salón de baile en el primer piso. Hice caso a los consejos y partí. Yo no tendría entonces más de dieciséis años, y no puedo quejarme ni del trato ni de la cantidad de dinero que recibí. El dueño, unos veinte años mayor que yo, me trató con respeto y me habló con claridad de una regla fundamental. Me dijo que en ningún momento olvidara lo efímero de la juventud. Yo debía aprovechar lo más posible los años que tenía entonces. Gracias a esa persona llevé con inteligencia mis finanzas. Por eso, antes de cumplir veintidós años pude regresar con el capital necesario para invertirlo en la creación del salón de belleza. No adquirí todos los artículos desde el primer momento. Pude hacerme sólo del terreno y logré construir la sala principal. Al principio no contaba más que con tres o cuatro cosas, pero muy pronto se hizo público que tenía buena mano para los cortes de pelo. Así fue como la clientela aumentó gradualmente y pude comprar los elementos necesarios para hacer creer a las clientas que se encontraban en un establecimiento de alta categoría. Sin embargo, sentía que aún faltaba algo para que el salón fuera un lugar verdaderamente diferente. Fue entonces cuando pensé en los peces. Serían el toque que daría al local un matiz especial. ... Pero con respecto a mi persona, las cosas eran distintas. A medida que el negocio se estabilizaba, yo me sentía cada vez más vacío por dentro. Fue entonces cuando comencé a llevar una vida que podría llamarse disipada. Es cierto que cumplía con mis obligaciones diarias, pero estaba atento a que llegara uno de los días de la semana que habíamos señalado para salir a la calle vestidos de mujer. Fuimos adoptando también, en ese tiempo, la costumbre de vestarnos así para atender a las clientas. Me pareció que de ese modo se creaba un ambiente más íntimo. Las clientas podían sentirse más a gusto. De esta forma podían contarnos quizá sus vidas, sus secretos. Sentirse aliviadas de sus problemas. Pero pese a que dentro del salón se llegó a formar algo así como una unidad y una armonía agradables, con el abuso de las aventuras callejeras mi vida fue perdiendo en algo su centro psicológico. ... Cuando el salón de belleza se convirtió en un Moridero, sentí también una transformación. Entre otras cosas, al momento de dar atención a los huéspedes me fui haciendo cada vez más responsable. En ese entonces no era ya tan joven. Desde hacía un tiempo se me empezaba a dificultar tener éxito durante las noches en el centro. Comencé a vivir en carne propia la soledad del compañero que trajo su vestimenta de Europa. Tuve que pararme en avenidas menos exclusivas o hacer mis cosas solamente en la oscuridad de los cines. Recordaba, en ese tiempo más que nunca, los consejos que me había dado en su momento el dueño del hotel de provincia. Iba constatando que, una a una, sus predicciones se estaban cumpliendo. Como contrapartida, las cosas en el salón de belleza iban cada vez mejor. Aquella fue la época en que los acuarios alcanzaron su esplendor. Tenía una colección de escalares, goldfish y peces lápiz. Incluso, en una pecera con una serie de compartimentos separados, criaba pirañas amazónicas. La clientela creció tanto que tuvimos que establecer un ritmo exacto de citas, que se cumplió en forma religiosa. Nunca acepté que una clienta llegara tarde, tampoco hice caso a las que venían con urgencias de última hora, ni a las que pedían entretornos. ... La primera vez que acepté a un huésped, lo hice porque me lo pidió uno de los compañeros que trabajaba conmigo. Como ya señalé, antes habíamos dado cobijo a uno que otro herido por las bandas. En esas ocasiones se había tratado sólo de alojamientos temporales. Pasado un tiempo, todos abandonaban el salón por sus propios medios. Pero aquella vez ese compañero me contó que un conocido estaba al borde de la muerte y no lo querían recibir en ningún hospital. Su familia tampoco quería hacerse cargo y, por falta de recursos, su única alternativa era morir debajo de uno de los puentes de la ciudad. Lo habían llevado

unos vagabundos, quienes para mitigar sus escalofríos lo abrigaban con cartones. El muchacho que trabajaba conmigo me rogó que lo recogiéramos. Acepté sin pensar mucho en las consecuencias, pues de haberseme hecho ese pedido en otro momento, jamás habría permitido que mi salón de belleza se convirtiera en un Moridero. ... Aquel joven murió un mes después de su ingreso. Recuerdo el afán por tratar de restablecerlo. Convocamos a algunos médicos y enfermeros. Nos visitaron también personas que se dedicaban a la curandería. Hicimos algunas colectas para comprar las medicinas, que eran sumamente caras. Todo fue inútil. La conclusión fue simple. El mal no tiene cura. Todos aquellos esfuerzos no fueron sino vanos intentos por estar en paz con nuestra conciencia. No sé dónde hemos aprendido que socorrer al desvalido es tratar de apartarlo, a cualquier precio, de la muerte. A partir de esa experiencia tomé la decisión de que si no había otro remedio, lo mejor era una muerte rápida, dentro de las mejores condiciones posibles para el enfermo. No me conmueve la muerte como muerte. Lo único que buscaba evitar era que esas personas perecieran en medio de la calle. En el Moridero tenían asegurados una cama, un plato de sopa y la compañía de mis demás moribundos. Si el huésped estaba consciente, o mejor aún, si estaba en condiciones de efectuar movimientos, podía ayudar tanto moral como físicamente. Aunque hay que reconocer que la ayuda física era esporádica. Se daba sólo cuando alguno, de pronto, sufría una inesperada recuperación transitoria, pues yo siempre me aseguraba de aceptar sólo a los que no tenían ya casi vida por delante. ... Algunas veces, muchachos jóvenes y vigorosos tocaron las puertas. Aseguraban que estaban enfermos, e incluso algunos llevaban consigo los resultados de los análisis que lo certificaban. Viéndolos en aquellas condiciones, era fácil imaginárselos realizando trabajos pesados. Nadie podría pensar que la muerte ya los había elegido. Pero aunque sus cuerpos parecían intactos, sus mentes daban la impresión de haber aceptado ya la pronta desaparición. Querían a toda costa ser huéspedes del Moridero. Se ofrecían, incluso, para ayudarme en la regencia. Yo tenía que sacar entonces la misma fuerza mostrada delante de las mujeres que pedían hospedaje y decirles que regresaran meses después. Que no volvieran a tocar las puertas sino hasta cuando sus cuerpos fueran irreconocibles. Con los achaques y la enfermedad desarrollada. Con esos ojos que yo ya conocía. Sólo cuando no pudieran más, les era permitido volver. Únicamente así podían aspirar a la categoría de huéspedes. Recién entonces se pondrían en juego las verdaderas reglas que he ideado para el correcto funcionamiento del salón. Por alguna razón desconocida este tipo de huésped, el que había tocado las puertas sano para ser aceptado después, era el más agradecido con los cuidados. Incluso muchos de ellos alabaron los acuarios, aunque dentro de las aguas no hubiera ya nada que llamara la atención. ... Los primeros síntomas del mal los sentí cierta mañana en que desperté más tarde que de costumbre. Fue un amanecer extraño. Con las primeras luces del alba me sobresaltó una pesadilla. Soñé que regresaba al colegio donde había estudiado la primaria y nadie me reconocía. Si bien es cierto que, en apariencia, tenía el mismo aspecto de cuando era niño, había cierto elemento en mí que delataba el paso de los años. Era algo así como un hombre viejo en un cuerpo de niño. Pasé revista a mis compañeros de salón y a algunos profesores. Eran los mismos con los que había estudiado, pero me trataban como a un desconocido al que, además, le tuvieran miedo. Finalmente, mi madre fue por mí a la salida y con ella ocurrió lo mismo. Había ido por mí y, sin embargo, no era capaz de reconocermé. Desperté con una tristeza profunda. Sobre todo por haber visto a mi madre, quien murió poco después de mi huida al norte del país. Era una mujer que se quejaba con frecuencia. Decía siempre estar enferma y recuerdo que muchas de las horas de mi infancia las pasé en las salas de espera de grandes hospitales, acompañándola para que se hiciera uno de sus innumerables exámenes. Cuando desperté, sentí también una gran angustia. Me paré, salí del galpón y, como de costumbre, me eché agua en la cara. Regresé luego a la cama y me dormí hasta cerca de las diez de la mañana. Me despertaron los sonidos que venían del salón principal. Los huéspedes se estaban quejando por no ser atendidos. Era ya muy tarde. A muchos había que cambiarles el pañal. A otros, acompañarlos hasta el excusado que hay detrás del galpón. En uno de esos viajes noté el brote de la enfermedad. A la pasada me miré en el pequeño espejo que reservaba para afeitarme. Vi un par de pústulas en mi mejilla derecha. No tuve necesidad de palpar los ganglios para ver si estaban inflamados. ... Semanas después, mi fuerza corporal empezó a disminuir aunque no de manera radical. En ese entonces ya estaba totalmente dedicado al Moridero, pero todavía me reservaba uno que otro día para salir a divertirme. A veces era una visita a los baños. Otras ir hasta las calles vestido con la ropa que me habían dejado mis compañeros ya fallecidos. Sin embargo, no se trataba de una actividad sostenida. Lo hacía muy de vez en cuando. Pero al descubrir las heridas en mis mejillas las cosas acabaron de golpe. Al día siguiente llevé los vestidos, las plumas y las lentejuelas hasta el patio donde se encuentra el excusado. Hice allí una gran fogata. Olió muy mal. Parece que había muchas prendas de material sintético porque se levantó un humo bastante tóxico. Ese día estuve tomando aguardiente desde temprano. Lo hice mientras cumplía con mis obligaciones en el Moridero. En realidad, era capaz de hacer las tareas en cualquier estado. Mis movimientos se habían vuelto lo suficientemente mecánicos como para hacer mis labores a la perfección, guiado únicamente por la fuerza de la costumbre. En el momento de la fogata me había puesto uno de los trajes de mis amigos. Estaba totalmente mareado, aunque soy consciente de que bailaba alrededor del fuego mientras cantaba una canción que ahora no recuerdo. Me imaginaba a mí mismo en el bar con esas ropas femeninas y con la cara y el cuello cubiertos de llagas. Mi intención era caer, yo también, dentro de aquel fuego. Ser envuelto por las llamas y desaparecer antes de que la lenta agonía fuera apoderándose de mi cuerpo. Pero parece

que el canto mitigó mi deseo. Mientras más cantaba, iba recordando de manera más clara nuevas canciones. Era creciente la sensación de ir entrando, poco a poco, en los recuerdos que me sugerían. Lentamente, la fogata se fue apagando hasta no quedar sino un leve humo saliendo de los restos achicharrados. Yo estaba echado de costado. Uno de los ruedos del traje había sido alcanzado por el fuego y el raso que decoraba el vestido estaba completamente chamuscado. Igualmente sentía el pelo y las pestañas. Pese a todo continué acostado, maravillándome con las leves columnas de humo. Las canciones habían cesado. Aparte del sonido que producía el fuego, el único ruido que se podía sentir era el de los gemidos provenientes del salón principal. ... Ya casi nadie me pregunta acerca de los acuarios, pero me gustaría decir que los ejemplares más extraños que he criado han sido los ajolotes. Son aquellos que parecen estar a mitad del camino en la evolución. Los ejemplares que mantenía eran de un blanco rosáceo. Los ojos mostraban un rojo intenso. Pasaban el día estáticos al fondo del acuario, y solamente se movían cuando les arrojaba las lombrices vivas con las que se alimentaban. A muchas de las clientas les molestaba su presencia. Pero también hubo una que otra que mostró interés. Deben estar en un acuario especial. No soportan la presencia de piedras en el fondo, ni tampoco las plantas con las que suelo decorar las peceras. Yo mismo debo pasar una esponja por el vidrio, pues son tan feroces y tan carnívoros que no aceptarían, ni por un instante, la presencia, entre otros, de un pez basurero. Una vez hice la prueba de poner un par mientras dormían. Me quedé unos momentos para ver la reacción. En la primera media hora nada importante ocurrió. Los peces basurero empezaron a cumplir con su deber y, con sus grandes bocas pegadas a los cristales, se dedicaron a remover las impurezas. Los ajolotes, como de costumbre, se mantuvieron al fondo. Yo sé que, en general, los peces no saben qué está ocurriendo en el exterior de sus peceras. Sin embargo, apenas dejé el acuario los ajolotes se lanzaron a devorar a los peces basurero. Cuando los volví a ver, los ajolotes estaban nuevamente al fondo. Pocos días después terminaron despedazándose uno al otro. Luego de esa experiencia, jamás se me ocurriría criarlos nuevamente. ... En estos años he aprendido que una de las formas más incómodas de morir ocurre cuando la enfermedad se manifiesta por el estómago. No deja de sorprenderme la razón por la cual cuando el mal empieza de esa manera, el resto del cuerpo queda algo así como inmune. Cuando comienza por la cabeza, los pulmones u otros órganos, muy pronto compromete las demás funciones vitales. Sobreviene una reacción en cadena. Pero con el estómago parece ser diferente. El huésped sucumbe a un flujo constante que va minando el organismo pero sólo hasta cierto punto. El estómago se afloja cada vez más. Sin embargo nunca llega a alterarse, de manera significativa, ese continuo deterioro. Sigue su ritmo, sin subidas ni bajadas evidentes. Sin grandes sufrimientos súbitos. Sencillamente, continúa una molestia constante. Larga y sostenida. En el Moridero he tenido huéspedes que han soportado ese proceso hasta un año seguido. Y, durante ese periodo, los trastornos se han mantenido invariables. Sin embargo, en ningún momento el enfermo deja de saber que no tiene escapatoria. Yo me encargo, además, de que no abriguen falsas esperanzas. Cuando creen que se van a recuperar, les hago entender que la enfermedad es igual para todos. Que aquellos que no pueden más con los dolores de cabeza o con las llagas que les supuran pasan por un proceso similar al de los que están con las largas y aparentemente interminables diarreas. Hasta que llega un día en que parece que el organismo se ha vaciado por dentro de tal modo que no hay ya nada por eliminar. En ese instante no queda sino entrar en la espera final. El cuerpo cae en un letargo donde no pide ni da nada de sí. Se vive como en un limbo. Por lo general, este estado suele durar de una semana a diez días. Depende del cuerpo y de la vida que el huésped haya llevado antes de ser alojado en el Moridero. ... Digo forma fastidiosa de morir, porque para nadie es provechoso que el huésped esté un año completo en una situación semejante. He repetido muchas veces que no hay bendición mayor que la de la agonía rápida. Ni los huéspedes ni yo estamos dispuestos a ese estarse muriendo en forma interminable. Al ocupar una cama más tiempo que el necesario se le está quitando oportunidad a otro huésped que, seguramente, verá atacado su cerebro o sus pulmones antes que su estómago. A otro huésped que cumplirá a cabalidad su papel de huésped y ocupará la cama, mi tiempo y mis recursos no más de lo necesario. Pero muchas veces me he preguntado qué hacer ante estos casos. Al final llego a la conclusión de que aceptar este tipo de enfermo, el que sufrirá interminablemente con el estómago, es un deber que no puedo eludir. Ya me he puesto demasiadas restricciones como para imponerme una regla más. Si el Moridero no acepta mujeres, niños, enfermos en la etapa primaria, medicinas, visitas familiares, presencia de amantes desconsolados, personal médico, reverendos, monjas o curanderos, no puede ahora rechazar también a los postulantes cuyos estómagos están atacados. Me parece que una actitud semejante terminaría por desvirtuar la razón de ser de este Moridero. De hacer caso a esta última regla, será inútil seguir manteniendo transformado el salón. Habría sido más fácil hacer caso omiso a lo que ocurría a mi alrededor y, sin inmutarme, haber continuado viendo morir a los compañeros, a gente desconocida. A los jóvenes fuertes, a los que alguna vez fueron reinas de belleza, a los chicos que cantaban en la televisión. ... Las heridas de mis mejillas se extendieron pronto por todo el cuerpo. Yo sabía que era preferible no frotarlas con los dedos. Tampoco tratarlas con ninguna crema. Me habían contado de los efectos que producía la cortisona sobre este tipo de úlcera. Al principio las curaba por completo, pero al cabo de una semana aparecían con más fuerza. Logré resignarme y traté de lucir las llagas con orgullo. Noté algunas reacciones, principalmente entre los familiares de los huéspedes que sólo llegaban hasta el salón para informarse acerca de los ya fallecidos. Se trataba de un primer impacto que luego disimulaban creyendo que yo no me daba cuenta. Esta nueva

condición de mi cuerpo me sirvió para retirarme definitivamente de la vida pública. Si bien es cierto que ya no contaba con los vestidos de noche, tampoco tenía ganas de ir hasta los baños de vapor los sábados por la tarde. A veces imaginaba cuál sería la reacción de los asistentes al verme con el cuerpo brotado. Lo más probable era que sólo lo notaran cuando estuvieran ya demasiado comprometidos. Puedo asegurar que muchos huirían. Aunque puedo asegurar también que otros seguirían como si nada sucediera. Eso mismo podía pasar si me atreviera a salir vestido en las noches. Claro que en esas circunstancias sería diferente, pues es muy probable que me las tuviera que ver, cara a cara y sin salida, dentro de un auto o habitación de hotel con algún tipo furibundo. A mi edad y en mis condiciones no estaba como para pasar por ese tipo de experiencias. Me sentía como aquellos peces tomados por los hongos, de los cuales huían hasta sus depredadores. ... En más de una oportunidad realicé cierta prueba donde quedó claro que los peces enfermos se vuelven sagrados e intocables. Son respetados en forma absoluta. Cualquier pez con hongos sólo muere de ese mal. Ahora advierto que a mí me sucederá lo mismo si realmente me aventuro a visitar de nuevo los baños o salir a las calles de noche. En realidad nadie se va a atrever ni a acercarse, ni a hacerme pasar por situaciones de peligro. Aunque también es cierto que la conducta de los peces no guarda necesariamente relación con la de los hombres. Por ejemplo, en ciertas ocasiones tratan de colarse al Moridero amantes desconsolados. Vienen en busca de algún huésped. Escucho que gritan sus nombres en medio de la noche. A veces es tal la fuerza del llamado que muchos de los enfermos se despiertan asustados y comienzan con el acostumbrado coro de quejidos. Yo me mantengo en mi cama, alerta por si las cosas pasan a mayores. La puerta de calle está reforzada, es improbable que alguno de los amantes pueda entrar. Pero de todos modos yo me mantengo despierto. Me pregunto entonces qué puede mover a esos seres a buscar a los enfermos. ¿Y entrar para qué? Sólo para encontrarse con alguien que no es más una persona. Alguien que, además del aspecto, no es otra cosa que un simple portador del mal. ... La llegada de esos hombres me producía fastidio. Principalmente porque nadie nunca vino por mí. Me pregunto entonces de qué me sirve tanto sacrificio. Sigo solitario como siempre. Sin ninguna clase de retribución afectiva. Sin nadie que venga a llorar mi enfermedad. Creo que esto es el resultado de haberme preocupado tanto por el salón de belleza en los momentos de esplendor. También por la dedicación que les ofrecí a mis compañeros de trabajo mientras estuvieron a mi lado. De estar vivos se preocuparían por mí. Verían la forma de mantenerme entretenido. Quizá mi mayor desgracia consista en que la enfermedad tomó mi cuerpo demasiado tarde. De haber muerto antes, el trance habría sido quizá más dulce. Con mis compañeros al pie de la cama, atentos a mis quejas. Pero ahora tengo que vérmelas yo solo. Debo sufrir la decadencia sin pronunciar palabra. Hay noches en que siento miedo. Temo por lo que sucederá cuando la enfermedad se presente en su esplendor. Por más que haya visto morir a innumerables huéspedes, ahora que viene por mí no sé qué va a suceder. Tal vez esta sensación sea la misma que tuvo mi madre cuando al fin, después de ir año tras año a las consultas de los hospitales, le dijeron que tenía un tumor maligno. Yo me enteré cuando estaba trabajando en el norte. Me mandó una carta que nunca contesté. ... Precisamente ayer, cuando estaba viendo la pecera de agua verdosa, me di cuenta de que la desaparición de un pez no le importa a nadie. En todos estos años el único afectado con la mortandad en los acuarios he sido yo. Noté que algunos guppys se escondían entre las plantas. Después salían, pero sólo para volverse a esconder. La única reacción que tienen ciertos peces ante la muerte es comerse al pez sin vida. Si no le se saca a tiempo, a diferencia de lo que sucede con el carácter de intocables que adquieren los enfermos, se convierte en alimento de los demás. Hubo veces en que, a propósito, los dejé varios días muertos en el fondo del acuario. Cada mañana veía cómo iban desapareciéndolos de a poco. Me parecía que en esas ocasiones la muerte cobraba cierto sentido. Pero no hice de esta práctica una costumbre. Casi siempre recogía al pez al momento de encontrarlo. De ese modo me sentía más tranquilo, pues a veces no podía dormir bien en las noches si sabía que el pez estaba siendo despedazado por alguno de sus compañeros. ... En honor a la verdad, debo decir que las heridas que aparecen en mi cuerpo no es lo más grave que me sucede. En casos extremos, ante la inminencia de una aventura amorosa, por ejemplo, queda siempre el recurso del maquillaje. Una base de color carne será suficiente para hacer desaparecer las fastidiosas heridas. El maquillaje y la ayuda de una luz tenue. Ya me sucedió una vez. Lástima que no se trató de un trance de ese tipo, sino del encuentro con una de las tantas Hermanas de la Caridad que vienen hasta las puertas del Moridero a ofrecer sus servicios. No quiero que sepan que estoy enfermo. Estoy seguro de que aprovecharían cualquier señal de debilidad en mi mando para tomar las riendas del local. Eso es algo que no voy a permitir. Imagino cómo sería este lugar manejado por gente así. Con medicinas por todos lados; tratando de salvar inútilmente unas vidas ya elegidas por la muerte. Prolongando los sufrimientos bajo la apariencia de una bondad incondicional. Y lo peor, intentando demostrar por cualquier medio lo sacrificada que es la vida cuando se la ofrece a los demás. De ninguna manera acepto que se haga esto con mi salón. No sé qué pasará una vez que esté muerto. Algunos podrán decir que no debería importarme, pero es algo que me preocupa demasiado. Incluso más que la regencia del local. Tal vez sea porque estoy seguro de que todos los huéspedes morirán inmediatamente después de mí. Y no es que este suceso me alarme mayormente. Lo triste serán las formas de su deceso. Moribundos en medio del mayor desconcierto. Los nuevos huéspedes, además, ya no serán iguales. Seguramente tendrán que pasar por algunas pruebas antes de ser admitidos. A algunos los remitirán a los hospitales del Estado. A otros sencillamente les cerrarán las puertas. Lo más probable es que no quieran saber de los más

miserables, ni de los de conducta escandalosa, pues muchos de los huéspedes, a pesar de encontrarse gravemente enfermos, no abandonan jamás sus modos de costumbre. Pese a las circunstancias que los rodean, de la suerte de estandarización que suelo imponer, continúan con sus actitudes de siempre, con aquellas maneras que para muchos dejan tanto que desear. ... Tengo algunas ideas, pero no sé si tendré la fuerza suficiente como para, en su momento, realizarlas. La más simple tiene que ver con quemar el Moridero con todos adentro. Sé que nunca voy a llevar a cabo una acción semejante. Y no es sólo por un posible remordimiento que la rechazo, sino que me parece una salida demasiado simple. Carente por completo de la originalidad que, desde el primer momento, le imprimí a este lugar. También se me ocurrió inundarlo. Hacer del salón un gran acuario. Rápidamente rechacé esa idea por absurda. Lo que sí creo que voy a poner en práctica es el borrado total de huellas. Debo hacer como si en este lugar nunca hubiera existido un Moridero. Esperaré que muera esta última remesa de huéspedes y no recibiré a nadie más. Poco a poco iré recobrando los artículos de belleza y los instalaré en sus antiguos lugares. Compraré grandes secadoras, un nuevo carrito para los cosméticos y decenas de ganchos y horquillas. Arrojaré los colchones y los catres a un basural. También las bacinicas y los platos donde sirvo las sopas. A alguien interesado le venderé la lavadora industrial que nos donaron el mes pasado. No es por falta de dinero, sino para no levantar sospechas arrojándola a un descampado así porque sí. Repito, no es por falta de dinero, pues el negocio a nivel económico nunca fue más floreciente que cuando se convirtió en un Moridero. Entre las donaciones, las herencias de los fallecidos y los aportes de los familiares logré reunir un buen capital. ... Lo que sí me entusiasma del final del Moridero es que los acuarios recuperen su pasado esplendor. He pensado cuidadosamente los pasos a seguir. Primero me desharé de la pecera que contiene la última generación de guppys reales. La arrojaré al mismo descampado donde irán las bacinicas y los platos. Será muy fácil verter la pecera y observar cómo los peces se asfixian hasta morir en aquel terreno agreste. Incluso, una vez vacía, podría recuperarla y llenarla nuevamente para ponerle los peces especiales que tengo en mente comprar. Pero no, quiero dejarla tal cual en medio del descampado. Incluso le echaría agua nueva para oxigenar el ambiente. Pondría la comida justa para varios días. Pero dejaría los peces a la mano de Dios. Tal vez algún perro metería el hocico en las aguas o quizá un mendigo la encontraría. Lo más probable es que algún traficante de basura se tropezara con ella. Creo que se sorprendería con lo extraño de su hallazgo. Arrojaría entonces el agua y los peces para luego llevar el acuario a vender. Para ese entonces, en el salón estarían ya las nuevas peceras junto a los flamantes implementos de belleza. No habría clientes; el único cliente sería yo. Yo solo, muriéndome en medio del decorado. De vez en cuando haría acopio de fuerza para llegar hasta el lavatorio, donde mojaría mi pelo para después meter la cabeza en una de las secadoras. Todo lo haría a puertas cerradas. No le abriría a nadie. Especialmente a huéspedes nuevos, cuyas súplicas atravesarían el espesor de las paredes. Tampoco a los amantes nostálgicos, quienes tocarían la puerta desesperados al no poder aceptar que la muerte ha sido implacable con el objeto de su deseo. Quizá también vendrían miembros de las instituciones que hacen de la ayuda un modo de vida. Yo me quedaría callado y trataría de no hacer el mínimo ruido. Lo más seguro es que, a los pocos días, sospecharan que algo extraño estuviera pasando dentro y derribaran la puerta. Allí me encontrarían muerto, sí, pero rodeado del pasado esplendor. ... Estas son ideas sueltas que sé nunca voy a poner en práctica. Es demasiado difícil predecir cuál será el rumbo que tome mi enfermedad. Puedo tener algunas intuiciones, pero estoy seguro de que mi mal tomará un camino diferente al que me acostumbré a observar en la mayoría de los huéspedes. Se hace complicado también el cálculo del tiempo. Lo más lógico es pensar que necesite de alguien a mi lado para que me asista en los momentos finales. Será inútil, por eso, dismantelar este lugar, que tiene todo destinado para la agonía. Incluso la decoración. Entre otros objetos, la pecera de agua verde es la más adecuada para convertirse en la última imagen de cualquier moribundo. Nada podré hacer para librarme de las Hermanas de la Caridad. Lo más seguro es que tomen las riendas sin que yo me dé cuenta del momento exacto en que esto ocurra. Es posible, además, que mientras yo esté en el último trance, acepten nuevos huéspedes sin consultarme. Estoy seguro de que no harán caso a mis reglas. Serán capaces, incluso, hasta de consentir mujeres en el local. Las escucharé gemir sin descanso. Aquel será un sonido nuevo y desesperante para mí. Todas las intenciones se torcerán. Lo que antes fuera un lugar destinado estrictamente para la belleza, se convertirá en un recinto dedicado sólo a la muerte. Nadie, a partir de entonces, apreciará mi trabajo, mi tiempo desperdiciado. No se sabrá de la preocupación que sentía porque mis clientas salieran satisfechas del salón. Ninguno entenderá el grado de ternura que me inspiró el muchacho al que obligaban a dedicarse al tráfico de drogas; nadie, la angustia que me causaba oír llegar a los amantes ajenos. Cuando caiga enfermo, todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Si pienso con mayor serenidad, creo que tal vez yo en algún momento me sentí inmortal y no supe preparar el terreno para el futuro. Quizá ese sentimiento me impidió concederme un tiempo para mí mismo. De otra manera no me explico por qué estoy tan solo en esta etapa de mi vida. Aunque es muy probable que sea mi forma de ser la culpable de que no cuente con nadie que me llore por las noches. ... Sólo recientemente he llegado a estas conclusiones. Es extraño comprobar la forma en que mis pensamientos fluyen ahora más rápido. Creo que antes nunca me detenía tanto a pensar. Más bien actuaba guiado por mis impulsos. De esa forma conseguí, durante mi juventud, el dinero necesario para instalar el salón de belleza y empecé en las noches a salir vestido de mujer. Pero a partir de la transformación del local, se produjo un cambio en mi interior. Por ejemplo, hoy siempre reflexiono antes de hacer alguna cosa. Analizo

luego las posibles consecuencias. Antes no me hubiera preocupado, entre otros asuntos, el futuro de este Moridero tras mi desaparición. Habría dejado que los huéspedes se las arreglaran como pudieran. Ahora, lo único que puedo pedir es que respeten la soledad que se aproxima. ... ETCHEPARE
Dejadlos, son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el pozo.

Mateo 15:14

Nota del editor. En la tradición japonesa existe un tipo de relato denominado Moroa Monogatari. Se trata de textos cuyos protagonistas son siempre discapacitados. Este tipo de narración se puso de moda en la isla tras los sucesos de Hiroshima.

Habitamos, Isaías, en la Colonia de Alienados Etchepare. Allí mismo, donde los recluidos convivimos con jaurías de perros salvajes, al parecer, imposibles de erradicar. Los grupos de ayuda animal protestan cada vez que las autoridades intentan tomar medidas para impedir que los canes ataquen a nuestros compañeros. De cierta manera, todos aquí somos considerados pacientes. Los perros aprovechan cualquier descuido para matarnos a dentelladas. Principalmente a los internos con problemas de ubicación. A quienes de pronto ignoran dónde se encuentran y salen sin más, en medio de la noche, hacia el bosque que rodea los pabellones. Pero nosotros, Isaías, los ciegos y sordos, somos diferentes. Nos encontramos hospedados en otro punto de la Colonia de Alienados Etchepare, una institución pensada originalmente sólo para dementes. Quizá para que no les hagan demasiadas preguntas con respecto a nuestra permanencia en un lugar semejante, de vez en cuando nos mantienen ocupados con algunos cursos que nos dictan un grupo de maestros invitados. El último lo llevó a cabo un escritor que, descubrimos luego de tratarlo, era un sujeto carente de talento. Fue la conclusión a la que llegó el grupo después de su intervención. Se trataba de un escritor fracasado. Las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare nos trajeron, Isaías, a un autor que dejaba mucho que desear, para colmo físicamente deforme, con el fin de que nos impartiera un curso al final del cual, y de allí en adelante, seríamos capaces de redactar, sin necesidad de abandonar el lugar donde nos encontramos recluidos, nuestros propios libros. El sujeto llegó con la idea de lograr que entre los miembros del pabellón creáramos un texto en conjunto. Yo estoy internada aquí contigo, Isaías, sé que es inútil decírtelo, eres ciego y sordo como yo. Pero a diferencia mía tú no ves ni escuchas. Yo, en cambio, soy ciega como tú, pero puedo llegar a oír algo. Lo sabes perfectamente, pero siempre quieres que te repita cómo, a partir de una colecta pública, se logró que me sometieran a una operación de implante coclear, la manera en que se conoce la inserción en el oído de un aparato que amplifica millones de veces los sonidos alrededor. En tu caso, Isaías, como sabes, no fue posible conseguir los fondos necesarios para una intervención semejante. Es por eso que eres ciego y sordo a la vez. Mientras tanto, mi trasplante debe servir para los dos. Esa fue la orden que dio nuestra madre luego de que me repuse de la operación. Por ese motivo, más que un par de ciegos y sordos que siempre andan juntos, para muchos somos casi hermanos siameses. Debemos estar unidos el uno al otro, Isaías, en todo momento. Yo llevo cargada del cuello, atada con una cuerda gruesa, una computadora portátil donde voy anotando lo que va sucediendo en la vida cotidiana, lo que escucho a lo largo del día. Esta computadora está conectada al aparato electrónico de Braille que tienes contigo siempre entre las manos. Se trata de un instrumento en forma de tubo, donde se van activando señales según las teclas que yo presione. Es de ese modo como te has ido enterando en todo este tiempo, Isaías, de los pacientes muertos a consecuencia de los perros salvajes que habitan en los bosques de la Colonia de Alienados Etchepare. De las marchas que, de vez en cuando, organizan en las afueras de la institución los grupos de defensa de la vida animal con el fin de impedir que las autoridades acaben con las jaurías. Te he contado más de una vez, que jamás nadie ha reclamado por la muerte de un loco. De este modo también, mandando señales a tu aparato, te voy explicando, Isaías, los pormenores del curso que nos imponen esta mañana de primavera. El escritor contratado llega al salón, lo presentan sin demora para, muy rápidamente, dejarlo solo con el grupo. De inmediato advierto que este maestro no tiene experiencia en tratar con ciegos. Lo intuyo. Eso me lo corroboran, tanto tú como, semanas después, la supervisora de la Colonia de Alienados Etchepare, quien me describió cómo, al comenzar a explicar la forma en que iba a ofrecer el curso, movía con un énfasis exagerado el único brazo del que dispone. Apenas el maestro entró al salón, tú, Isaías, me mandaste el mensaje informándome que se trataba de un creador mediocre. Me dices que lo has sentido por el vaho que te llegó por medio del olfato. Qué destreza la que has desarrollado, hermano, de reconocer y reconstruir a las personas por el aliento que emanan. Pero tratemos, Isaías, de no decir más acerca de las sesiones de trabajo de este taller de escritura que nos ha impuesto el comité directivo de la Colonia de Alienados Etchepare. Nuestra madre estuvo de acuerdo, una vez que fuimos conectados uno al otro a través de los aparatos que cargamos el día entero, con la decisión de mantener nuestros secretos ocultos a los demás. Ese pacto, Isaías, de no hablar demasiado de las cosas que nos son ajenas, que no provienen de nuestro interior, lo hemos mantenido casi intacto. Habrá quienes creen que la información compartida va en un solo sentido. Mi computadora, que, como sabes, no abandono nunca, recibe también mensajes que me envías en forma constante. Los hay de toda índole. Casi siempre son asuntos divertidos los que me participas a través del tubo que llevas aferrado entre las manos. Sin embargo, Isaías, hay algunos que preferiría no fueran emitidos. Son los que, por lo regular, llegan a horas de la madrugada cuando me encuentro profundamente dormida, anunciándome que tienes la necesidad de utilizar el baño. Estando en el lugar donde nos encontramos, la Colonia de Alienados Etchepare, además

de la inmensa pereza que me produce levantarme para conducirte a satisfacer tus urgencias, está presente el peligro que significa recorrer a oscuras las instalaciones del lugar. Ya te he contado, Isaías, que hasta ahora las víctimas de los perros que habitan en los alrededores han sido casi siempre pacientes seniles o dementes. Sin embargo, hasta hace relativamente poco, me he puesto a pensar que tanto tú como yo somos parte del grupo de los internos más vulnerables. Lo hacemos con regularidad, salir ambos con dirección a los baños ubicados fuera del pabellón. Dos hermanos caminando a tientas, acechados por jaurías de perros en estado salvaje. A veces pienso, Isaías, en las razones que pueden llevar a los ciudadanos a clamar con furia por el respeto a la vida animal. Desde acá puedo oír, de vez en cuando, los gritos que emiten durante sus manifestaciones. Algunos de los manifestantes aducen que los animales han estado allí desde siempre. Que descienden, Isaías, de los perros que criaba el doctor Etchepare antes de morir y donar la mansión que habitaba con el fin de convertirla en una institución para enfermos mentales. Pero, según los testimonios escuchados, es imposible que todos esos canes provengan de una misma familia. La supervisora con quien converso de vez en cuando me cuenta que hay perros grandes y pequeños, de distintas formas y colores. Me parece entonces más creíble la teoría de que se trata de perros abandonados por sus dueños que, hartos de criar al animal, lo arrojan en la zona trasera de la institución donde, me han contado, los muros están derruidos. El crecimiento de las plantas y malezas se confunde con lo que fueron los límites originales de la Colonia de Alienados Etchepare. La supervisora me refirió que cierta vez las autoridades de la institución y los líderes de las brigadas de defensa animal llegaron a un acuerdo, iban a recoger a buena parte de los perros para trasladarlos a zonas alejadas. No los matarían, Isaías, sólo iban a ser reubicados. Fueron días de mucha actividad. Cuadrillas de hombres ingresaron a las instalaciones, seguidos de muchos de los dirigentes. Me dicen, Isaías, que se tuvieron que utilizar incluso dardos anestésicos para cumplir con la misión. Que en total hallaron cerca de cincuenta perros, los que habían hecho sus madrigueras en los lugares más recónditos de la Colonia de Alienados Etchepare. Al contarme estos detalles, Isaías, pude darme cuenta de que nos encontramos en un territorio realmente grande y plagado de vericuetos. La misma supervisora me contó que aquella operación resultó inútil. Que se llevaron a los animales a cientos de kilómetros de distancia hacia el sur. Los transportaron a una zona boscosa. Allí soltaron a los perros. El fracaso del operativo se hizo evidente porque, dos semanas después, los animales habitaban nuevamente en la Colonia de Alienados Etchepare como si nada hubiera sucedido. Y parece que regresaron hambrientos porque en aquel tiempo ocurrieron dos ataques mortales contra grupos de pacientes. Desde entonces se dejó de elaborar estrategia alguna en contra de las jaurías. Continúan allí. Me dicen que casi nunca se dejan ver. Sólo se aprecian algunos ejemplares, los que se han hecho amigos de ciertos pacientes e incluso, y eso sólo es un rumor, de algunos empleados de la institución. Yo siento su presencia en las noches. Oigo que husmean alrededor de nuestro pabellón de vez en cuando. Sé también que comen los restos dejados en el área de los basureros. Me cuentan, además, Isaías, que los canes no sólo se alimentan de los pacientes o de los desechos de la cocina, sino que las brigadas que los protegen dejan costales de comida en la parte trasera de la propiedad, donde el muro se va deshaciendo hasta confundirse con la vegetación. Es uno de los misterios con los que convivimos, que luego de la fallida operación de traslado, las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare no hayan vuelto a tomar medida alguna en contra de la población canina. Una actitud casi tan misteriosa como la de mantener dentro de las instalaciones al grupo de ciegos y sordos que habitamos este pabellón, y tan curiosa, asimismo, como la contratación de este escritor que va a tratar de enseñarnos la manera de redactar nuestros propios libros. Lo que vamos a intentar durante los próximos días, comenzó diciendo, y allí se interrumpió, Isaías, o ya yo no capté bien lo que quiso expresar. Empecemos, repitió. Mucho gusto; soy escritor y lo que pretendo hacer esta semana, con la ayuda de ustedes, es que entre todos construyamos un texto. Un libro. Así empieza el curso, Isaías. Luego de presentarse, como te lo acabo de describir, nos informa que le parece superada la idea clásica acerca de los géneros literarios. Es cosa del pasado, recalca, hablar de novela, cuento o ensayo. Quiero que hagamos un texto que no lleve ninguna de las etiquetas de costumbre. Desea un escrito, Isaías, que dé la impresión de haber sido realizado por una sola persona y no por el grupo en general. Pretende llevar a cabo semejante ejercicio con el fin de recrear, en cada uno de nosotros pero de manera colectiva, lo que experimenta un autor cuando escribe en medio de la soledad más absoluta. Nos pide que no hagamos caso, Isaías, a impedimentos externos. Y menos aún a las limitaciones físicas presentes en cada uno de quienes estamos reunidos en el salón. En este momento llegan más compañeros. Piden que los disculpen. Algunos aducen que se perdieron en el camino. Alguien dice que preguntó la dirección a un transeúnte y lo mandaron por la ruta contraria. Otra asegura que a la hora pactada no estaba disponible el chofer que la traería a tiempo a la Colonia de Alienados Etchepare. Tanto tú como yo, Isaías, sabemos que es mentira. Que ninguno viene de otra parte. Que todos nos encontramos internados de manera clandestina, en uno de los pabellones que integran la Colonia de Alienados Etchepare. Pero, para muchos, Isaías, me parece que, para la mayoría, aquello da la impresión de ser motivo de vergüenza. Tanto tú como yo hemos discutido más de una vez si nos sentimos cómodos perteneciendo a una institución pensada sólo para dementes, y en las condiciones en las que se encuentra, además, con problemas de calefacción y suministro de agua, y las no tan higiénicas medidas, con que, según me ha contado la supervisora en un momento de franqueza, preparan nuestros alimentos en la cocina. Ahora el escritor está explicando lo mismo al grupo que acaba de llegar.

Nos está diciendo de nuevo a todos, incluidos nosotros dos, que la idea de sus visitas de estos días será la de recrear lo que sucede en el estudio de un escritor cuando se encuentra sin nadie al lado. El momento en que se enfrenta, sin compañía, a su propio trabajo. Uno suele sufrir cuando está realizando un texto, nos aclara. Se trata de un dolor algunas veces más espiritual que físico, continúa, aunque se detiene a describir la forma en que la mano se le cansa con frecuencia. Nos pregunta, entonces, que quién de nosotros no ha escuchado decir varias veces, a quienes desarrollan obras escritas, que en ocasiones se bloquean o que no cuentan con el tiempo necesario para dedicarlo de manera completa a una práctica semejante. Algunos se quejan de no poseer los conocimientos suficientes que les permitan redactar algo que valga la pena ser leído por los demás. Solemos pensar, continúa diciendo el maestro, que hay una manera única de hacer las cosas. Y, como muchas veces no tenemos ni siquiera una idea lejana de cuál sería la forma correcta de llevar a cabo nuestros proyectos de escritura, se nos dificulta hasta tal grado el reto de crear que terminamos por abandonar cualquier intento. La regla básica, se supone, Isaías, va a consistir en que cada uno de nosotros elabore solamente una cuartilla, una sola. Lo que pido es, dice el maestro, que de aquí al viernes tengamos un libro terminado. Yo entiendo que muchos de ustedes sufren de dificultades físicas. Sé que algunos no pueden ver; otros no oyen; hay dos que ni ven ni escuchan; yo mismo debo teclear mis escritos en una máquina Underwood utilizando solo un dedo. Sin embargo, no deseo que nuestra condición sea impedimento para lograr nuestro objetivo. Hoy es lunes. De aquí al viernes contamos con cinco días completos de trabajo. Recuerden que debe tratarse de un texto que posea la suficiente calidad literaria como para ser publicado en este y en cualquier otro país. En mi vida de escritor he realizado constantemente ejercicios semejantes, nos cuenta con una seguridad tal, Isaías, que cualquiera podría pensar que se trata de alguien famoso. El maestro continúa. Tú y yo sabemos que este curso no nos va a servir en lo más mínimo. Pero no tenemos escapatoria. Ni siquiera contamos con la persona adecuada para quejarnos. La supervisora con la que suelo comunicarme acaba de irse. Nos abandonó, Isaías, apenas presentó al escritor. Seguramente no aparecerá por el pabellón en los próximos quince días. Es más o menos el lapso que deja pasar entre visita y visita. Tampoco estamos en la capacidad de aducir una enfermedad. Esta tendría que ser una afección doble. Tú y yo enfermos de lo mismo. Estoy segura de que no nos creerían. Y estoy segura también de que nada ganaríamos acostados todo el día en nuestras camas. Mientras tanto, Isaías, el maestro nos informa que el ejercicio que pretende llevar a cabo con nosotros lo ha aplicado antes a diversos grupos. Lo ha puesto en práctica con contingentes de inmigrantes que no llegaban a dominar bien ningún idioma. Con señoras de la alta sociedad, cuyos secretos revelados en sus escrituras, de manera consciente o no, causaron asombro. Le tengo, eso dice ahora, Isaías, especial cariño a quienes siguieron el curso luego de ganar algunos premios literarios en su comunidad. Someterse a esta experiencia de manera gratuita era parte del premio. Eso, Isaías, debe ser mentira. Es absurdo. ¿Cómo va a ser posible que un galardón literario incluya un curso para aprender a escribir? Ahora mismo alguien dice algo. Se trata de la muchacha aquella, Aníbal, la que ofrece masajes en un puesto que ha montado en la terminal del transporte público del sur de la ciudad, en un espacio conocido por muchos como “de las frotaciones de la ciega”. No, Isaías, Aníbal no se trata de un hombre, es una mujer, ciega como nosotros. Aunque a diferencia nuestra, sí puede escuchar sin necesidad de aparato alguno. Es invidente, pero oye. Como cuando éramos niños, Isaías. Debe estar acostumbrada a llevar la vida propia de los ciegos de nacimiento. Seguramente, como yo antes, sabe tocar algún instrumento y puede, es probable, desplazarse por la calle guiada sólo por los sonidos del ambiente. Lo siento, Isaías, pero no pude captar lo que Aníbal quiso expresar. Ignoro siquiera si llegó a decir algo. Quizá ni terminó la frase. Ahora, como de costumbre, me pierdo un poco. Sin embargo, parece que alguien, no sé exactamente quién, no tengo la certeza si se trata de la misma Aníbal, habla del posible uso de fotografías en los textos que estamos por crear. El maestro contesta, parece que algo sorprendido, que no esperaba semejante intervención. Que no imaginó que alguno de nosotros expresara el deseo de utilizar fotos para ilustrar los trabajos. Afirma que le llama la atención que seamos precisamente alumnos ciegos los que pretendamos algo semejante. El maestro está preguntando, Isaías, si alguno de nosotros sabe de la existencia de fotógrafos ciegos en el mundo. Todos se quedan callados. Dice que a lo largo de su vida ha conocido a dos. Uno de ellos estuvo casado con una actriz famosa y fue finalmente apresado por traficar con drogas. Qué espantoso lo que dice el maestro. ¿Te imaginas, Isaías, lo que puede significar estar encarcelado sin tener la opción de ver ni oír? ¿Sin tener noción de la realidad, Isaías, nada menos que dentro de un centro penitenciario? No creo que las prisiones estén diseñadas para gente como nosotros. Voy a apuntar en mi cuaderno de notas para preguntarle después al maestro si sabe algo de la vida carcelaria de ese fotógrafo ciego que dice conocer. ¿Qué pasaría con nuestras existencias, Isaías, si fuéramos acusados de cometer un delito? Creo que lo peor del asunto sería vernos obligados a separarnos. En las cárceles no se permite que hombres y mujeres convivan como lo hacemos aquí. Eso sería tu fin, Isaías. Te encontrarías perdido entre una masa de seres, la mayoría miserables, que son quienes, sé, pueblan esos lugares. Me gustaría preguntarle al maestro, repito, y en algún momento lo haré, cómo pasa sus días preso el fotógrafo ciego que traficó con drogas. El otro fotógrafo que el maestro dice conocer es alguien oriundo de Europa Central. Un lituano que nació tuerto, Isaías, y que, en la infancia, mientras jugaba con otros niños, sufrió un accidente que le hizo perder la visión del ojo que le quedaba. Ese hombre acostumbra, hasta el día de hoy, organizar exposiciones y dar conferencias en distintos países. Cada vez

que acaba alguna de esas intervenciones, como si fuera una manera de despedirse de su auditorio, se pone de pie delante de su mesa de conferencista y, con una sonrisa en la cara, levanta la cámara y toma una foto de plano abierto a los presentes. Luego de hablarnos acerca de estos dos fotógrafos que dice conocer, el maestro señala que debemos tratar de escribir cosas que no estén escritas. Esto, Isaías, me parece una obviedad. ¿No lo crees, acaso? Quiere explicarnos que escribir lo ya escrito es asumir que se está realizando una copia. Ya no tengo duda, Isaías, de que el maestro que contrataron los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare piensa que no tenemos criterio. Quizá sea una de las razones por las que no parece importarle nuestra presencia. No te lo he dicho antes, disculpa, Isaías, pero casi desde el principio tuve la impresión de que el maestro en realidad habla consigo mismo. Entre otros motivos lo pienso porque de manera constante cambia de un tema a otro sin mayor transición. No creo, Isaías, que te hayas percatado de algo semejante porque yo, tu hermana, he tratado de evitarte esa incomodidad. Así pues, Isaías, cada vez que siento que el discurso del maestro se vuelve incomprensible, te lo voy modificando, te lo hago más asequible, con el fin de no crearte mayor confusión. Ya bastante tienes con ser ciego y sordo. No veo el motivo por el cual un discurso deshilvanado deba empeorar tu situación. Una cosa es lo que yo te transmito y otra muy distinta lo que nos dice el maestro. Registro mayormente ideas, divagaciones que parecen dirigirse hacia un punto para, de pronto, tomar una senda que soy incapaz de comprender. Isaías, tú sabes, además, que, en honor a la verdad, tampoco podemos confiar, ni tú ni yo, en la efectividad absoluta de mi implante coclear. Y mucho menos en mi destreza para teclear todo el tiempo lo que voy escuchando alrededor. Tampoco confiamos, Isaías, ni en mi entendimiento ni en mi manera de comprender el mundo. Sabes que hago lo que puedo. Que trato de ser la hermana abnegada con la que soñó nuestra madre cuando hizo posible, después de tanto esfuerzo, que se me sometiera a la operación que nos une. Esa madre de la que odias oír hablar, Isaías, por habernos abandonado aquí... No, Isaías. Espera... No lo hagas, por favor. Te lo pido, no apagues el tubo y me dejes escribiéndole a la nada. Te prometo que, si no lo haces, tocaré lo menos posible el tema de nuestra madre. No sabes lo horrible que puede llegar a ser la conciencia de encontrarme tecleando, con toda la rapidez de la que soy capaz, sabiendo que mis palabras no son recibidas por nadie. Y, como te lo he dicho más de una vez, yo percibo desde mi teclado cuando pones tu tubo en *off*. No lo hagas, te lo vuelvo a pedir por favor. Permite que sea todo el tiempo la transmisora del mundo que te rodea. Tu querida hermana abnegada. Sé que casi siempre te comunico las cosas mal. O lo hago a medias. En ocasiones, Isaías, sé que eres consciente de que incluso invento temas, intervenciones, diálogos que nunca se han llevado a cabo. Total, Isaías, tanto tú como yo sabemos que da lo mismo. El asunto es que no te sientas fuera del mundo. Que por medio de mis señales sepas que estás aquí. Tanto tú como yo formamos parte de la realidad. Nosotros, los hermanos recluidos en un pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare, nacidos ciegos y devenidos sordos, estudiantes en este momento de un maestro que se dice escritor y acechados por grupos de perros salvajes cada vez que por las noches debemos dirigirnos al baño. Una realidad que, en este momento, cuando debemos estar atentos a las palabras de un maestro de poca monta, se ha vuelto un tanto aburrida. El caso es, Isaías, que el maestro contratado por los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare vuelve, por lo visto, una y otra vez, al tema de texto y fotografía. Afirma ahora que la cámara tradicional es ya de por sí una obra de arte. Algo que, además de su belleza intrínseca, le da la oportunidad al usuario de realizar una serie de operaciones manuales. Pone como ejemplo que además de tomar fotos, los usuarios pueden meter y sacar los rollos, e introducirse después a un cuarto oscuro tanto para revelarlos como para realizar ampliaciones. Nos habla del olor característico de los químicos que se utilizan en semejantes procesos. De las distintas, en verdad dijo infinitas, combinaciones que pueden realizarse para lograr imágenes únicas. En este momento nos está explicando cómo tomar una foto. Nos describe con detalle la manera en que debe cargarse la cámara, la forma para elegir el objeto que deseamos dejar registrado y las instrucciones que es necesario darle a la persona a quien se desea retratar. Se le debe pedir, entre otras cosas, que no se mueva, porque la copia resultante puede presentarse borrosa. El maestro nos informa, Isaías, estar convencido de que lo que aparece en una foto debe estar más cercano al mundo propio que al real. ¿Para qué queremos la realidad tal cual? Su pregunta me sorprende, Isaías. Me llama la atención que conozca uno de nuestros secretos, que nosotros no necesariamente queremos ver y oír como el resto. Eso es cierto, Isaías, lo sabemos. Y al parecer, el maestro también. Existen momentos en que esta verdad se hace más evidente. Como cuando me encuentro sacudiendo tu miembro más de la cuenta. O las veces en que nos contamos, de manera repetida, la historia de los cocineros enamorados uno del otro, empleados de un barco que sufrió semanas atrás un ataque pirata y ahora navega a la deriva por altamar, mientras la tripulación sobreviviente va muriendo de a poco. Nos relatamos también la anécdota del agrimensor, aquel hombre que logró escribir cien libros a lo largo de su vida y luego quiso publicarlos en su poblado natal. También el pasaje histórico donde el profeta Mohammed mandó matar a la mayor cantidad posible de perros. La historia del barco es terrible, Isaías. Lo sabes bien. No trates de disimular. ¿Cómo van a tener algo de agradable o romántico las cosas que le va diciendo un cocinero a su ayudante dentro del agujero que han encontrado para guarecerse tras un brutal ataque pirata? Isaías, ignoro la razón por la cual cambiamos con frecuencia las versiones. Yo prefiero la que empieza más o menos así, Basta. No. Mantente de ese modo, dentro de tu rigidez, amado discípulo. Que mueran los demás y no nosotros en medio de tanta miseria. Tú y yo, amado ayudante, debemos dedicarnos ahora a dar de comer, ya no a los hombres de

mar como era en un principio nuestra misión, sino a las ratas famélicas que nos observan. Isaías, hay algo que quiero discutir contigo. ¿Te has puesto a pensar con qué derecho se les ocurre a las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare contratar a un maestro que tú descalificaste desde un principio? ¿Por qué pagarle un sueldo a un tipo que no tiene la menor delicadeza y habla de cámaras y cómo hacer fotografías nada menos que a un grupo de ciegos? Porque, eso sí, Isaías, ciegos somos todos los presentes en el salón. Los únicos que también sufrimos de sordera somos tú y yo. Creo que, para no amargarnos la existencia, en lugar de oír al maestro, te propongo que nos preocupemos mejor de esas ratas hambrientas que ya se encuentran peligrosamente cerca de nuestros cuerpos. Las ratas que estamos viendo ahora, Isaías. Las mismas que hasta hace un momento se alimentaban de los últimos restos del cuerpo del anciano que lamía tu trasero entre una embestida y otra. Desde un principio, Isaías, te lo insinué, estuve en desacuerdo con su presencia. Por eso no fue tan repugnante para mi sensibilidad apreciar la manera en que los roedores se solazaban con aquella carne. Pero ahora las ratas nos están mirando con una fijeza particular. Siento sus ojos y las puntas de los hocicos entre las ranuras del agujero redentor donde nos introdujimos después del ataque. Las percibo mientras acaricias mi pene, Isaías, de una manera tan meticulosa de la que nunca pensé fueras capaz. En este momento lo introduces en tu boca. ¿Tratas acaso, hermano mío, de succionar las últimas energías de este cuerpo maltrecho que te ofrezco? Jamás te vi actuar con tanto afán. Recuerda, Isaías, que nosotros, en muy contadas ocasiones, hemos perdido las formas. Las mantenemos incluso cuando en las noches nos detenemos más de la cuenta en el baño de la Colonia de Alienados Etchepare. No las perdemos ni cuando me montas en medio de la oscuridad, sabiendo que los perros se encuentran al acecho. Ni las veces, y esa es la prueba del amor que, estoy segura, sientes por mí, cuando en un recodo del sendero me tiras de espaldas y al tomarme no utilizas un paño, algo para cubrirme el rostro. Soy consciente de que soy una mujer fea. Estoy convencida de que poseo una cara poco agraciada, Isaías. Tú lo debes saber, has desarrollado habilidades sorprendentes del olfato. Sé que soy fea también por el tono de voz que ponen quienes pretenden decirme que eso no es cierto. Lo reconozco, además, porque me puedo tocar a mí misma y sentir la textura de la piel. Y tú, Isaías, pese a saberlo a plenitud, nunca has siquiera insinuado que me coloque algo sobre la cara. Yo he oído por allí, sobre todo cuando era niña y no había perdido del todo la capacidad de escuchar, que muchos hombres, con tal de saciar sus ansias, se van con mujeres que les resultan repugnantes y salvan la situación colocando una almohada o una toalla en los rostros de los cuerpos. Pero tú, Isaías, nunca fuiste capaz de algo así. Y como muestra de mi gratitud, en lugar de transcribir las sandeces en las que se explaya en este momento el maestro, escribo para ti cómo el escorbuto hace de las suyas con los sobrevivientes en cubierta. Para mi sorpresa, Isaías, continúas succionando a pesar de que eres un muerto y las ratas quieren dar cuenta inmediata de tu cuerpo. Cada vez succiones con mayor vehemencia, hermano mío. Ignoro incluso el instante en que las delicadas caricias pasaron a esta muestra vulgar. Tan asquerosa me parece ahora tu conducta que no cabría la más mínima posibilidad de placer. Entiendo que esto que me haces no es símbolo de ningún tipo de amor. Las muestras de amor en este barco duraron quizás hasta cuando quedaba algo del arroz que escondí para ti, Isaías, apenas sentí la inminencia del ataque tan fiero que sufrimos. Hasta entonces solíamos besarnos con dulzura. Acostumbraba sentir tu barba sobre mi piel. Me hiciste vivir lo que jamás pensé sería capaz de experimentar. Cuando nos presentaron, me dijeron, mire, este joven será su ayudante de cocina durante la travesía. En ese momento sentí deseo. Pero no imaginé que entre nosotros pudiera ocurrir algo fuera de orden, es decir, el acoplamiento entre dos hermanos ciegos y sordos. Pero ahora, en estas circunstancias, no me importa decirte que lo que experimenté en aquel momento fue amor. Un amor que, estaba segura, no sería correspondido. Formamos parte de una tripulación de hombres, Isaías. Entiende eso. Somos el cuerpo masculino que lleva a cabo una travesía marina. Y, por último, de haberte gustado los hombres, tenías decenas para elegir. Pudiste haber escogido a un muchacho sano y fuerte, y no a tu hermana fea, sé que lo soy, que carga de manera constante una computadora al cuello. A una integrante más de la Colonia de Alienados Etchepare, cuya población viene siendo diezmada, no por un naufragio, sino por jaurías de perros salvajes que habitan los inmensos jardines que rodean la propiedad. Al principio, lo recuerdo bien, Isaías, trabajamos sin casi dirigirnos la palabra. Te ordenaba cortar las papas, las cebollas, dejar a punto la textura de los panes. Cada uno cumplía a cabalidad con la parte que le correspondía de la labor. Aunque, a veces, Isaías, me quedaba mirándote más de lo normal. Jamás habría imaginado que te percatabas de ese gesto. Según yo, lo llevaba a cabo de manera discreta. Nunca pensé que conocías al detalle la atracción que ejercías sobre mí. Por eso, cuando vino el ataque, cuando el barco fue tomado por aquellos hombres, no pude menos que sorprenderme al ver que te ofrecías a los invasores con la condición de que no me tocaran y respetaran mi cuerpo. En esta misma escotilla del barco vi cómo eras poseído por aquella turba, una y otra vez. Me salvaste al poner aquella condición. Y, sin embargo, de esa forma me convertí en el testigo, quizá necesario quiero pensar, para que tu excitación hiciera más fáciles y expeditivos los actos a los que te prestabas. De alguna manera, Isaías, el espantoso sufrimiento que me causó ver cómo el objeto de mi deseo, más bien, de mi amor, era tomado de esa manera, valió la pena. Por eso ahora, cuando aquellos hombres ya nos han abandonado, tras estropear de manera definitiva los instrumentos de navegación y saquear las bodegas, sólo me queda apreciar tu cuerpo. Al verte tirado, sangrante, con las piernas abiertas y mostrando la espalda, Isaías, me limito a constatar que no estás más conmigo. Que de nada

sirve que te abrigue, que desee restregar ungüentos en tus partes mancilladas. Sin embargo, debo confesarlo, de alguna manera el trance por el que pasaste me causó un oscuro placer. Fue la oportunidad esperada desde que por primera vez bajaste a mi cocina. Las ratas nos siguen mirando, y estoy segura, Isaías, de que si no hago algo pronto con tu cuerpo se atreverán a depredarte como lo hicieron antes con el anciano que tenemos cerca. Ahora las atraerá seguramente hacia ti el aroma que despidas. Yo sé que en este momento nos encontramos en uno de los cursos que nos ofrece la Colonia de Alienados Etchepare. En el taller que nos imparte un maestro con ínfulas. Pero permite, Isaías, a pesar de las obligaciones pendientes, que vea con tranquilidad como me succionas. Arriba, en cubierta, suena de vez en cuando la campana que anuncia la muerte de un hombre de mar. No tardarán en arrojarlo a las aguas. Veremos sin ver y escucharemos sin oír, entonces, tú dormido y yo despierta, con mi verga de hermana abnegada atrapada en tu boca, el ruido inolvidable que produce en el mar de altura el cuerpo exánime de un marinero cuando es lanzado al agua sin mayor ceremonia. Deseo, Isaías, una vez que dejes de realizar lo que estás haciendo, besarte en los labios. Restregar nuestras bocas. Aunque sé que esto que sientes por mí no es amor, succionarme con ahínco no puede ser prueba de un sentimiento semejante. Te pido, eso sí, una disculpa por haber mantenido tanto tiempo, después de la invasión del barco, tu cuerpo fétido metido en este agujero. Me parece que es eso, más que los líquidos que destilas, lo que atrae a los animales. Tengo la impresión de que es tu hermosa carne lo que los mantiene ávidos. Te amo, querido hermano. Y sí, tienes razón, me podría quejar con la supervisora, cuando la vea, de la torpeza implícita en que un maestro de literatura nos trate de enseñar, a un grupo de ciegos, las formas correctas de tomar una foto. ¿Crees, Isaías, que se esté burlando de nuestra condición? Todo es posible. Y ahora, para colmo, nos está hablando del trabajo fotográfico de un escritor llamado Juan Rulfo. Nos dice que se trata de un autor mexicano que, aparte de escribir, tomaba fotos. Sus imágenes son principalmente de zonas rurales del centro de su país de origen. Fotos de lugares como Jalisco, como Colima. Se trata de un trabajo tan bueno, continúa el maestro, que es imposible que ese creador no haya sido también un experto de la fotografía. Para desplegar tal grado de destreza, repite el maestro, debió haber tenido una estricta formación profesional. Cuando yo estudié, dice ahora, lo hice para justificar ante mis padres que me encontraba matriculado en una institución educativa. Isaías, ¿hasta cuándo vamos a aguantar a este maestro? Tengo un plan. Voy a ir en este momento a la Dirección, creo que tengo cierta idea de donde está ubicada, y les contaré todo. ¿Podrás quedarte solo mientras me ausento? Gracias. Isaías, Isaías, ya estoy de vuelta. Me acaban de informar los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare que ya están al tanto del proceder del maestro, pero aún no saben qué decisión tomar. Entre otras cosas, dicen que le van a reclamar haber hecho énfasis en la utilización de cámaras fotográficas. Además, me informaron de la presencia de un extranjero que el maestro propuso como cronista de la experiencia. Yo en ningún momento advertí que en el grupo estuviera alguien semejante. Como lo oyes, Isaías, alguien proveniente de otras tierras que, además, estuvo entre nosotros desde el principio del curso. Los directivos siempre estuvieron al tanto de su presencia. Dieron incluso su aprobación. Me dijeron, Isaías, que también le van a llamar la atención por algunas palabras ofensivas que nos dijo. En cierto momento, ¿lo recuerdas o me lo estoy imaginando?, hizo mofa de nuestros nombres. Expresó, delante del grupo, que era imposible que los hermanos ciegos y sordos se apellidaran así. No, Isaías, cómo se te ocurre decirme eso. Yo jamás lo toqué, ni siquiera lo rocé. No lo habría hecho, Isaías, ni aunque me lo hubiera pedido en voz baja. Tú mismo ya me dijiste que no vale la pena. Me has informado desde el primer momento que no nos encontramos frente a una persona de fiar; imagino que, de otro modo estaría ahora trabajando en otra parte o, como se supone, en la tranquilidad de un estudio. Un escritor reconocido debe pasar el día entero frente a los textos que está creando y no con un grupo como el nuestro. Nos vuelve a hablar de sí mismo. Expresa que comenzó a escribir a los diez años de edad. Durante su juventud tuvo problemas con la entidad educativa que eligió para seguir sus estudios superiores. Las cosas se complicaron porque, apenas comenzaron las clases, se desató un conflicto de violencia política en la sociedad que habitaba en ese entonces. Por ese motivo el plantel fue clausurado y el maestro pasó la mayor parte de los años del periodo estudiantil visitando diariamente un parque, donde escribía debajo de un árbol. Nos cuenta, lo oigo, Isaías, que desde esa época ya había notado que su persona aparecía todo el tiempo en sus textos. Dice estar seguro de que ese juego constante de apariciones acabará por aniquilar por completo su escritura. Te costará creerlo, pero este maestro me está produciendo cierta compasión. Como bien lo sabes, amado hermano, al comienzo del curso, es decir, hace unos diez minutos me molestó que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare hubieran contratado a un maestro de segunda. Sigo pensando, Isaías, que no debe de ser un escritor brillante. Sin embargo, por alguna razón me impresiona que haya pasado, como dice, toda la vida escribiendo. Pobre. ¿Con qué intención crees que haya hecho algo semejante? También me impresionó lo que nos contó acerca del país donde intentó estudiar. Imaginé las protestas en las calles. De alguna manera recordé los gritos, que de vez en cuando escuchamos, proferidos por aquellos que se arremolinan ante las puertas de la Colonia de Alienados Etchepare donde nos hallamos recluidos. Me cuentan que aparecen con carteles donde se lee que los perros llegaron primero a la institución. Isaías, aunque no lo creas, incluso puedo ver al maestro. Lo visualizo de manera clara, escribiendo debajo del árbol. Me parece que intenta redactar una historia. Sé que me vas a decir que no hay relación entre estas cosas; estoy de acuerdo, pero mirar al maestro escribiendo debajo de un árbol me hace recordar la ocasión en que tú y yo juntos, el cocinero y su

ayudante, nos debimos esconder dentro de un agujero situado en la escotilla de un barco invadido. El maestro afirma que no le importaba realmente seguir ningún estudio superior. Que fue feliz escribiendo debajo del árbol. Así el centro de estudios no hubiera estado clausurado, tenía la certeza de que no aplicaría ningún conocimiento aprendido a nada en particular. Deseaba solamente ser visto como alumno. Tanto tú como yo y el resto del grupo reunido ahora en este salón de la Colonia de Alienados Etchepare, continuamos oyendo al maestro hablar sobre su vida. Nos informa ahora que algunos años después de haber estado escribiendo de manera cotidiana debajo de un árbol, decidió abandonar el país que habitaba en ese entonces. Con este fin presentó una solicitud para realizar estudios de cine en un país comunista. Nos cuenta que logró que lo aceptaran aunque, confiesa, tampoco sentía entonces el menor deseo de aprender lo que pudieran llegar a enseñarle. Deseaba ver películas, Isaías, con la única intención de observar con detenimiento sus distintas estructuras narrativas. Se sentía diferente a los demás. Hasta ahora, nos dice, salvo en los estudios elementales, nunca había tenido compañeros. Se había limitado, durante años, a escribir, como sabes, debajo de un árbol. Creo que me enterneció verlo acostado ahí. Creo, además, y disculpa que te lo diga así, de pronto, que me arrodillaría delante suyo si me lo propusiera. Entiendo que es preciso ser delicado. Isaías, Isaías, ¿te sucede algo? Apagaste y volviste a prender el tubo. De pronto sentí cómo las teclas de mi computadora comenzaron a correr con la velocidad inusual que se produce cuando pones tu aparato en *off*. Espero que no haberte molestado, Isaías. Son asuntos que conozco sólo de oídas. Y tampoco siento el menor deseo de que el maestro que actualmente nos dicta el curso me haga ninguna propuesta. No tienes motivo para reaccionar así. Somos hermanos, Isaías. Ciegos y sordos, además. Entre nosotros no puede haber más que cariño fraternal. Yo soy libre de probar lo que desee en determinado momento. No vayas a apagar el tubo, Isaías. Me parece suficiente, y terrible, además, que lo hagas cada vez que menciono, adrede o no, a nuestra madre... no lo hagas también ahora. Tú y yo, Isaías, no somos más que un par de hermanos, ciegos y sordos, abandonados por nuestros padres y recluidos en un pabellón clandestino de la Colonia de Alienados Etchepare, donde recibimos un curso de escritura impartido por un maestro que se dice escritor. Ya, Isaías, amado hermano, ten la seguridad de que nunca te voy a abandonar para irme con maestro alguno. Guarda un poco de calma. Escucha. Ahora que lo pienso con detenimiento, ¿por qué sería que el capitán del barco asaltado con tal violencia no lo mandó quemar inmediatamente después? Yo creo, Isaías, que una decisión de ese tipo, hacer que todos murieran de golpe, habría sido la más humana de las salidas posibles. Ya fuera por la acción de las llamas o ahogados en el mar, nos habría evitado la larga agonía y, sobre todo, la vergüenza de haber visto mancillados los cuerpos de tantos entre nosotros. Como el tuyo, Isaías, que permitiste fuera penetrado con tal de salvarme del embate de esos bárbaros. Es grande la culpa que me da haber introducido, en medio de tanto alboroto, nada menos que mi pene en tu boca. Mi pene de hermana ciega y sorda dentro de la boca de mi hermano ciego y sordo. ¿No te parece el colmo, Isaías? Nadie habría podido imaginar que horas antes de aquel suceso yo, tu hermana abnegada, me encontraba a tu lado y que, muy respetuosos el uno del otro, organizábamos el menú del día eligiendo los ingredientes que alimentarían a los hombres de mar. No sospechábamos, no había manera, Isaías, que en poco tiempo tu cuerpo sería tomado por decenas de hombres. Así seguramente fueron alcanzados los perros de La Meca por las huestes del profeta Mohammed que proclamaban el monoteísmo como la buena nueva. Perros similares a los que en la Colonia de Alienados Etchepare son defendidos por organizaciones de ayuda animal cada vez que, al amanecer, casi siempre, se descubre el cadáver de un paciente de la institución. En aquella época, Isaías, los fedayines, los grupos nómadas de los desiertos árabes, empezaban a aceptar algunas de las ideas que trataba de divulgar el profeta Mohammed. Sin embargo, no se encontraban todavía seguros de si abandonar a sus ídolos no iría a ser un motivo más de desgracias. En un momento como aquel, con el tema del espanto general de la población causado por la matanza indiscriminada de perros, las dudas de los fedayines se acrecentaron. Mohammed no sólo había dado la orden de desaparecer a los perros, sino que los había declarado animales impuros. Una medida semejante a la que debería aplicarse en la Colonia de Alienados Etchepare con respecto a los animales salvajes que habitan los bosques alrededor de los pabellones. Alguien dijo, eso me lo contó cierta vez la supervisora, que la única salida sería prender fuego a la institución. Reducirla a cenizas. Prenderle fuego de la misma manera que, te lo comenté, debió hacerlo el capitán una vez que el barco comenzó a navegar a la deriva. Todos desaparecidos. Los perros salvajes, los dementes, el personal médico y administrativo, los internos del pabellón de los ciegos y sordos, el maestro que en este momento intenta ofrecernos un curso. Hechos ceniza la tripulación, el barco mismo, tu cuerpo tumefacto, los huesos del anciano que tenemos delante. Desaparecido mi pene de hermana abnegada, el recuerdo de nuestra madre, que tanta ira te produce cada vez que la nombro. Perdido para siempre mi implante coclear, nuestros compañeros de pabellón, Christian, Juanita, el señor Antón, de quienes hasta ahora, Isaías, no te he contado lo suficiente. Casi todos, eso creo, son buenas personas. Sobre todo Christian y el señor Antón, mis predilectos. Pero, Isaías, no me quiero distraer de mi relato. Te estaba hablando de cómo los fedayines del desierto se encontraban todavía indecisos con relación a las creencias espirituales que debían adoptar. Adorar ídolos los había acompañado desde el origen de los tiempos. Habían oído, hacía poco, las ideas del profeta Mohammed, pero sólo algunos acudieron al nuevo llamado. Y ahora, Isaías, con la matanza de perros de la que eran testigos, parecían dudar de manera más intensa. Buena parte de la supervivencia de los fedayines dependía de los galgos que poseían. La presencia de esos animales

dentro de su comunidad era esencial, pues su vida se basa en la cacería de conejos y liebres del desierto. Para eso cuentan, Isaías, con un galgo en particular que, afirman, es el origen de todos los galgos y, se supone, el más veloz. Ante esto, los fedayines deciden ir en busca del mismo Mohammed. Tras un largo peregrinaje se arrodillan frente a su persona con la intención de informarle que con la muerte de los galgos ellos también desaparecerán de la faz de la tierra. En ningún momento se atreven a levantar la cabeza. ¿Deseas acaso, Mohammed, que tomemos de pronto a nuestros galgos, los desollemos y hagamos luego una pira con sus cuerpos en algún basural cercano? Al oírlos, Isaías, Mohammed quedó consternado, confuso. Alcanzó a informarles, haciendo que algunos de sus compañeros hablaran por él, que había mandado eliminar perros y no galgos. A pesar de que su pensamiento fue transmitido por sus seguidores, les contestó a los fedayines de manera directa. De la misma forma cómo tú, Isaías, lo haces cuando trabajas conmigo en la cocina. Las veces en que te solicito, por ejemplo, que traigas algún saco de harina de la bodega del barco. Mohammed respondió de manera rotunda, Isaías. No de la manera en que lo haces tú mientras nos encontramos juntos en este agujero en el casco de la embarcación. Debes admitir, Isaías, que no estás contestando ninguna de mis preguntas. No recibo respuesta de tu parte mientras unto sobre tu piel los ungüentos que, imagino, serán capaces de ayudar a restablecer las zonas dañadas de tu cuerpo. Siento que estás muerto. Así como lo oyes, querido hermano mío. En realidad, siempre lo has estado. Por eso no entiendo las señales que emites de vez en cuando, a través del tubo Braille que llevas entre las manos, pidiéndome distintos favores. ¿Estás en realidad presente a mi lado todo el tiempo? ¿Eres alguien a quien le puedo contar la forma en que el profeta Mohammed les contestó a los fedayines que llegaron a buscarlo? El Profeta expresó, Isaías, que jamás había ordenado hacer piras funerarias de galgos. Luego de oír aquellas palabras, los fedayines se colocaron en postura de oración. Uno de ellos, quizá el jefe del grupo, se atrevió a preguntar que si el galgo propio de sus caravanas no era considerado perro, entonces de qué clase de especie podía tratarse. El galgo de los fedayines no es otra cosa que un regalo de Aláh Todopoderoso, respondió el profeta Mohammed. Y un galgo sagrado, Isaías, no puede ser considerado sino un Darfil. Darfil. ¿No te parece una palabra extraña? ¿La habías escuchado antes? Me da la impresión, Isaías, que es el nombre del barco en el que navegamos. Aunque creo más bien que es la manera como nuestro padre te llamaba a ti, Isaías, su pequeño hijo, antes de abandonarnos. Darfil, mi adorado Darfil, me pareció escucharlo decirte en distintas ocasiones. Sobre todo cuando se encontraba de buen humor. Pero también creo haberlo oído pronunciado por alguno de nuestros compañeros de la Colonia de Alienados Etchepare. No lo puedo afirmar, pero estoy casi segura de ello. Me parece que es la manera que tienen ciertos internos de llamar a alguno de los perros con los que se han encariñado. Pues no vayas a creer, Isaías, que todos los perros que habitan en la Colonia de Alienados Etchepare son salvajes. No, hay también de los otros. De los normales. De los que creo, Isaías, llaman *Darfil* algunos de nuestros compañeros. Aunque, *darfil*, Isaías, puede ser también alguna palabra pronunciada por el maestro que tenemos delante. Por lo que me expresas a través del tubo creo que hasta ahora no comprendes con exactitud las razones por las cuales los habitantes de nuestro pabellón somos los únicos que recibimos cursos de vez en cuando. Me lo contó la supervisora cuando ya empezábamos a tenernos confianza. En realidad, Isaías, las autoridades de Salud Pública, que se encuentran por encima de las de la Colonia de Alienados Etchepare, no supieron qué hacer en determinado momento con nuestra presencia, con esos ciegos y sordos abandonados a su suerte en la ciudad. Parece que las autoridades responsables de casos de este orden no contaban ni con la experiencia ni con los recursos necesarios para habilitar una institución especializada. Por ese motivo se decidió, de manera clandestina, que fuéramos recluidos en la Colonia de Alienados Etchepare, contraviniendo de ese modo las normas propias de la institución. En los estatutos originales el doctor Etchepare había sido muy preciso al dejar por escrito que donaría la propiedad, situada casi en el centro de la ciudad, con el único fin de que sirviera como albergue a los enfermos mentales que no cuentan con las garantías necesarias para continuar con sus vidas. Ya te lo he dicho varias veces, Isaías, nosotros no deberíamos encontrarnos habitando estas instalaciones. Ni tampoco estar acostados en este agujero que descubrimos en el casco del barco, con mi pene en tu garganta. Se me hace un poco incómoda esta postura, Isaías. No sé cuánto tiempo la pueda mantener. No quiero pensar, ni por asomo, que sea algo relacionado con tu muerte lo que tiene sujeto de esta manera mi miembro a tu cuerpo. Eso sería espantoso. Me parece que ayer, el maestro que nos dicta el curso nos contó una historia que guarda similitud con la condición en la que nos encontramos ahora dentro de este hoyo. Ya sabemos, Isaías, que nuestro maestro nunca estudió realmente en los centros educativos donde estuvo matriculado. Que su paso por esos lugares tuvo como único fin servir de apoyo a una escritura que venía ejerciendo desde los diez años de edad. Primero nos dijo que su universidad había sido clausurada por asuntos de orden social, y que esto lo obligó a escribir a diario en un parque, a la sombra de un árbol. Luego de algunos años de mantener una rutina semejante, partió con rumbo a un país extranjero, a una academia de cine donde tampoco le interesaron especialmente las materias impartidas. Allí dedicó varios meses a ver decenas de películas desde que amanecía hasta altas horas de la noche. Película tras película. Permaneció en aquel lugar durante cierto tiempo. El necesario, nos lo dijo, para darse cuenta cabal de la historia del cine. De pronto abandonó aquel centro de estudios y se fue a vivir con el resto de la población. Habitaba, como lo sabemos porque nos lo dijo antes, en un país sometido a un régimen comunista. Parece que en aquel sistema se vivían carencias materiales considerables. El régimen obligaba, y eso

nos lo está diciendo ahora, a que la población tuviera cubiertas sólo las necesidades básicas. Es decir, algunos alimentos, medicinas de primeros auxilios y ropa casi siempre idéntica, a manera de uniforme. Te solicito, Isaías, de forma educada, que intentes no ejercer más presión con tus mandíbulas. Te lo pido de la manera más amable. Deja, al menos, que acomode el cuerpo en una postura normal y logre de esa forma continuar atendiendo el curso en el que nos encontramos presentes. Aunque esta posición no es del todo cómoda, lo único que te imploro es que manejes con delicadeza tus mandíbulas. Que no pierdas el control que, supongo, mantienes todavía sobre ellas. Te voy a continuar participando de este modo lo que nos va diciendo el maestro. Nos cuenta que al abandonar la institución en la que había estado matriculado, se convirtió también, como muchos de los pobladores de aquella sociedad, en un joven necesitado. Dejar los estudios de cine había equivalido a quedar casi en la indigencia. Esto me duele ya más de la cuenta. Sí, querido hermano. Me parece que hemos llevado las cosas un poco más allá de lo normal. Tu cuerpo, no te lo he querido decir antes por el respeto que toda la vida me han inspirado tanto tu carne como tu espíritu, ha comenzado a despedir un olor difícil de soportar, parecido al del hombre que tenemos delante nuestro. Se trata de un anciano, lo sabes, Isaías. Lo curioso es que cuando estaba con vida, ese entrometido era ya puro hueso, hueso y pellejo. Como aquel cuento que nos contaba nuestra madre cuando éramos capaces de oír. ¿Te acuerdas, Isaías, de la historia de aquella mujer entrada en años que tenía dos perros, Hueso y Pellejo, y descubrió cierta noche que había un ladrón debajo de la cama? Ya, Isaías, compórtate como el adulto que eres. No puede ser que lo estropees todo cada vez que nombro a nuestra madre. Cálmate ahora; te prometo que cuando llegue el momento apropiado, discutiremos de manera seria este asunto. Pero ahora no. Te solicito, Isaías, que mantengas encendido todo el tiempo el aparato que llevas en las manos. Lo que recuerdo del cuento es que aquella anciana llegó cierta noche a su cuarto y descubrió que había un ladrón escondido. Trató de guardar la calma y se sentó tranquilamente en su tocador, delante de un espejo. Comenzó entonces a hablarse a sí misma dando paso a un rito lastimero. Se acariciaba el rostro mirando fijamente su propia mirada. Puro hueso, eso soy. En puro hueso y pellejo me he convertido. En realidad, Isaías, la mujer no estaba quejándose sino llamando a sus perros, que aparecieron inmediatamente en el cuarto y dieron cuenta del ladrón oculto. Las ratas, Isaías, no dejan de mirarnos. Ignoro las razones por las que el capitán no se atreve a prender fuego al barco de una vez por todas. Que nos queme a los sobrevivientes de la misma manera en que el profeta Mohammed ordenó quemar las pilas de cuerpos amontonados en el basural de La Meca. Cuentan, Isaías, que las hogueras de perros ardieron durante días enteros. Que no fue sencillo reducir a cenizas los restos de aquella matanza. Mientras tanto, a pesar del dolor que me estás causando, debo transcribirte lo que el maestro nos está narrando en clase. En aquel orden social estandarizado, como solía, referirse al comunismo, todavía quedaban rezagos de la sociedad anterior, y en la ciudad vivían una serie de ancianos que no habían abandonado el país a su debido tiempo. La mayor parte habitaba en casas que reflejaban un pasado de opulencia. Algunos vivían rodeados de los restos de una riqueza perdida. Escucho, Isaías... Ya no escucho qué más dice el maestro. Mi aparato coclear no siempre me sirve como quisiera. A veces pierde potencia y no oigo más que ruidos o, en el mejor de los casos, sólo silencio. El maestro parece haber olvidado que su misión, la idea que nos propuso al llegar, era hacer un libro juntos. Ahora, me parece que sólo desea contarnos fragmentos de su vida. Pero no importa, Isaías. Total, tanto tú como yo estamos convencidos de que este curso no tiene ningún sentido. Luego de hablarnos acerca de las distintas peripecias por las que tuvo que pasar para sobrevivir en un régimen político semejante, nos hace saber que, de pronto, se encontró formando parte de un grupo de jóvenes ávidos, como su persona, de llevar una existencia con mayores comodidades que las asequibles al resto de la población. El grupo de jóvenes al que pertenecía el maestro tenía la costumbre de aceptar las invitaciones que les hacían aquellos hombres mayores que, en otros tiempos, vivieran en mejores circunstancias. El maestro y sus amigos solían visitar a uno en particular. Un tipo que había ido vendiendo por partes la mansión que poseyera alguna vez y cuya área de servicio habitaba en el presente. El caso es, Isaías, y disculpa que te lo cuente de esta manera, que el maestro y los jóvenes que lo acompañaban eran convocados a esas reuniones para hacer cosas con el señor. Nos dice que en cierta ocasión iban a recibir a cambio una lámpara de bronce o un plato de porcelana. El maestro no recuerda con exactitud cuál de los dos iba a ser la recompensa. Ten presente, Isaías, que esta historia está relacionada al dolor que me provoca, cada vez con mayor intensidad, la rigidez de tus mandíbulas. Deseo expresarte, además, la molestia que me causa no poder oír la clase de manera normal. Se supone que nos tienen a todos sentados, uno al lado del otro, en una gran mesa. Es por eso que no comprendo cómo podemos encontrarnos acomodados así y, al mismo tiempo, estar yo tendida encima tuyo. Prensada, Isaías, así me siento y es la palabra apropiada para describir mi situación. Soy tu hermana; no me puedes hacer algo semejante. Yo no soy la culpable, aunque no dejes de pensar que pueda ser cómplice, de que nuestra madre nos haya dejado recluidos en la Colonia de Alienados Etchepare... No me lo sigas haciendo, por favor. Permite que continúe atendiendo el curso en paz. Sentada de manera correcta, en la silla que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare ha destinado para el salón donde nos imparten los cursos. Isaías, deja de acusarme y suéltame. Esto ya dejó de ser un juego entre hermanos. No me hagas sentir miedo. Ahórrame imaginar que no vas a ser ya capaz de relajar esas mandíbulas. No me hagas daño porque pienses que defiendo a nuestra madre. Siempre la culpas de nuestras desgracias, y no mencionas nunca a nuestro padre. ¿Crees que ignoro la razón por la que lo has absuelto, Isaías? Sé muy

bien que no lo acusas porque no puedes olvidar las ocasiones en las que te decía "mi Darfil, mi adorado Darfil, duerme tranquilo que nada te puede pasar". Esa frase, Isaías, recuerdo que te la repetía luego de acostarnos. Y en este momento, con el cuerpo colocado encima tuyo, en esta posición aberrante, no puedo menos que sentir temor de tus intenciones. El maestro cuenta que ni siquiera no tuvo que abrirse los pantalones en la habitación saturada de objetos de épocas pasadas. El señor, luego de darles de beber, se quitó la ropa. No se acostó boca abajo en la cama de bronce instalada en el mismo recinto, como era su costumbre. Prefirió quedarse de pie y agacharse ligeramente colocando los brazos en la esquina de un sofá estilo Luis XV. Acomodado de esa manera recibió al primero de los amigos del maestro. El señor empezó, también era otra de sus costumbres, a gritar a viva voz. Siempre lo hacía, especialmente con el primero. Luego parecía irse calmado. El maestro creía que con esa conducta trataba de demostrarle al grupo lo amoldable que podía ser aún su cuerpo. Pero hubo un momento, Isaías, cuando el señor acababa de recibir al tercero, en que algo pareció salirse de control. De pronto, se quedó en la más absoluta mudez. Cuando el amigo pensó que ya era suficiente e intentó separarse del cuerpo, no pudo hacerlo, empezó a darse cuenta de que se encontraba atrapado. Comenzó a pedir ayuda. El profesor y el resto de los amigos, quienes se encontraban sentados alrededor de una mesita de madera con marfil, se levantaron alarmados. El maestro nos informó, bajando un poco el tono de voz, que el anciano se encontraba muerto. Dice que entonces salió despavorido de la casa. Tomó rápido la lámpara prometida, sí, era una lámpara, Isaías, y no un cenicero, y se fue. Nos dice que esa experiencia lo llevó a tomar medidas radicales con relación a su escritura. Hasta ese momento había pensado ser escritor, pero era tan sólo una suerte de fantasía. No acostumbraba escribir de manera rigurosa, sino que lo llevaba a la práctica cuando se encontraba debajo del árbol que la cancelación de su centro de estudios lo obligaba a frecuentar. Pero no te preocupes, hermano adorado, mi Isaías, no es verdad que me estés produciendo ningún daño. A pesar de que nos moleste, dejemos que el maestro continúe hablando de su vida privada. No es cierto que me encuentre en este momento encima tuyo. Estamos sentados, manteniendo una postura correcta, uno al lado del otro, en la mesa donde nos han dicho que nos sentemos. Ya sabes, te lo he informado en otras ocasiones, que recibimos esta serie de cursos ante la posibilidad de que alguien ajeno a la Colonia de Alienados Etchepare indague sobre nuestra permanencia en un lugar semejante. Les comunican a los de afuera, Isaías, si por casualidad alguien preguntara por nosotros, que no somos internos, que nuestra presencia en este lugar no rompe con ningún estatuto, pues somos un grupo de necesitados que acudimos a las instalaciones sólo para recibir por unas horas los cursos que nos ofrecen para volver luego a nuestras casas. Ya has visto que a una de nuestras compañeras supuestamente la transporta cada día el chofer de la familia. La otra, Aníbal, que ya te dije no es hombre sino una muchacha como cualquier otra, sale de las clases del maestro para abrir el puesto donde ofrece "las sobadas de la ciega". Incluso yo, en algún momento, llegué a pensar que era cierto que muchos de nuestros compañeros visitaban la Colonia de Alienados Etchepare de manera ambulatoria. Le creí, sobre todo, la de voz distante, la que acostumbra quejarse de lo impuntual de su chofer. Y pensé que también Aníbal entraba y salía para dirigirse a la central de autobuses. Llegué a imaginar incluso que el señor Antón vivía en otra parte. Sobre todo cuando lo oía presumir de los triunfos obtenidos ocasionalmente en los importantes campeonatos de ajedrez en los que participaba. Christian, debo decírtelo, Isaías, es guapo. Lo percibo. Así como tú reconoces a las personas por el olfato, yo estoy segura de que lo es. Christian afirma que por las noches toca música en un bar de moda. Nada menos que en el Darfil, Isaías. Pero nosotros sabemos que Darfil es solamente el nombre del barco en el que navegamos, enamorados el uno del otro. Las escenas que vivimos en la embarcación vuelven a mí de tal modo, que te voy a solicitar, Isaías, que vuelvas a entrar en calor. Parece que has olvidado que nos encontramos ahora prestando atención al curso del maestro que intenta enseñarnos la manera de redactar nuestros propios libros. Apenas pueda, le reclamaré a la supervisora por habernos enviado a este tipo de maestro. Tú mismo me has dicho, Isaías, que a tu olfato le llegó el hedor desagradable de su derrota. El olor del fracaso. Las ratas están mirando en este preciso instante tus partes íntimas. Las mismas que acaricio mientras sentimos cómo la muerte se despliega a nuestro alrededor. La muerte galopante que ordenó el profeta Mohammed en contra de los perros, a los que, además, declaró impuros para el resto de los tiempos. Ignoro si ya lo sabes o si estoy repitiendo esta historia. Sin embargo, tanto tú como yo, Isaías, entendemos que podemos volvernos a contar todo sin cesar. Isaías, me haces olvidar que nos encontramos sentados en un salón acondicionado de la Colonia de Alienados Etchepare, un lugar exclusivo para dementes, según la última la voluntad de su dueño cuando donó la propiedad. El asunto de los perros que supuestamente formaban parte de la donación inicial es algo que quedará siempre en la duda. Ni la misma supervisora lo sabe. Ignora si el doctor Etchepare dejó por escrito la condición de que el recinto sirviera de cobijo también a la descendencia de sus perros. A aquellos animales que, en algún momento, se volvieron salvajes y devoran, al primer descuido, a cualquiera de los pacientes reclusos aquí. Hasta ahora, Isaías, me lo ha informado en repetidas ocasiones la supervisora, no ha salido a la luz el documento que lo certifique. Además, ya te lo expliqué, son tan diversas las formas y colores de los animales que es imposible que provengan de un origen común. La supervisora me ha comentado, incluso, que cada uno de los canes cuenta con una manera particular de atacar. Me ha dicho, Isaías, por ejemplo, que los que tienen aspecto de perros policía agreden de manera solitaria. En cambio, los pequeños, esos que asemejan terriers o perros salchicha, acostumbran rodear en grupo a los

pacientes que han elegido como presa, y los hacen primero tambalear y caer al piso para luego arremeter con una escabrosa multiplicación de pequeñas mordidas. Mordida tras mordida. Cortas y eficaces por su incesante repetición. Y, mientras tanto, ya llevamos acá, sentados en el salón de clases, más de dos días completos, y yo sigo sin entender cómo este maestro pretende que aprendamos a crear nuestros propios libros. No puedes darte cuenta de lo que en realidad ocurre, Isaías. Principalmente porque no te he logrado transmitir la mayor parte de los acontecimientos que han ido sucediendo en este salón que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare han acondicionado para nosotros. Es que, debo decírtelo de una vez, en la mayor parte de las ocasiones el maestro expresa asuntos que carecen de sentido. Ahora afirma, por ejemplo, que en la sociedad que se extiende más allá de los límites de la Colonia de Alienados Etchepare existen proyectos culturales en pleno desarrollo. Me parece que se refiere a la manera como se trabaja actualmente en la industria del libro. ¿De qué nos está hablando, Isaías? ¿Qué nos puede importar, tanto a ti como a mí, que conocimos cierta vez a un hombre que se jactaba de haber escrito cien libros a lo largo de su vida, esa industria que da la impresión de extenderse? Me estoy refiriendo a aquel individuo apareció por primera vez en nuestras vidas durante el peregrinaje que emprendió nuestra madre, con nosotros dos a cuestas, una vez que se vio abandonada. El encuentro con el hombre de los cien libros tuvo lugar, como bien dices, cuando yo aún no había sido sometida a la operación. En una época en que los dos éramos un par de hermanos ciegos y sordos en toda la extensión de la palabra. Según supe después, una vez que nuestro padre la dejó, se sintió demasiado desprotegida como para enfrentarse a los habitantes del lugar donde nacimos. El abandono de nuestro padre ocurrió, Isaías, cuando comenzaste a perder el oído. Cuando se empezó a comprobar que no era casualidad, sino, más bien, un sino familiar. Al principio fui yo, la hija ciega, adaptada de alguna manera a la vida cotidiana de una invidente, la que de pronto, a los nueve años, quedó sorda por completo. Hasta ese entonces la familia guardaba la esperanza de que eso no ocurriera contigo. Pero a ti también, Isaías, al hijo menor, el Darfil, te sucedió lo mismo al cumplir esa edad. Los dos hijos. Algunos médicos del hospital regional hicieron investigaciones someras, a partir de las cuales concluyeron que no se trataba de un síndrome; al menos no de uno conocido. Llegaron a la conclusión, Isaías, de que eso que nos había sucedido, tanto a ti como a mí, era pura casualidad. La constatación de aquel azar avalado, además, Isaías, por dictámenes oficiales, parece que empujó a nuestro padre a dejar la casa familiar la misma jornada en que fueron a buscar al hospital el documento médico. A partir de entonces nuestra madre se empeñó en trabajar duro y nos sacó adelante. No encuentro otra forma para describirlo. Y menos aún la manera más elocuente para agradecerte que no muestres ahora una conducta infantil. Está bien, Isaías, que no apagues el tubo, pero tampoco te quedes mudo. Ah, qué bien. Ya comenzaste a responder. No hagas aspaviento y escucha. ¿Te has puesto a pensar en lo que fue la vida de nuestra madre, dedicada a limpiar casas de manera interminable? Lo hizo hasta que no pudo más y nos dejó. El hombre con quien había comenzado a verse puso como condición para llevársela que se deshiciera de sus hijos. Conforme su romance florecía, empezó a buscar, por aquí y por allá, hasta que finalmente se enteró de que en la Colonia de Alienados Etchepare existía una sección, casi secreta, donde nos podían alojar. Así fue como llegamos a este lugar. Yo, Isaías, tu hermana mayor, sorda y ciega como tú, comprendo y justifico a nuestra madre. No, no trates de apagar el tubo otra vez para no enterarte de las cosas que te quiero expresar. Mantén la conducta que mostraste hace unos momentos. Parece que bastó que te mencionara mi alegría al comprobar que no habías exhibido un comportamiento desproporcionado, para que ahora actúes como es tu costumbre. Aprieta el *on*, por favor. Escribo y escribo. No me parece justo que desconectes el aparato cuando te place. Sabes bien que me doy cuenta de cuando lo haces. Volvamos a mi narración, Isaías. Nuestra madre, lo sabes, fue abandonada cuando comenzaron a aparecer tus primeros signos de sordera. Cuando el pequeño Darfil de nuestro padre empezaba a desprenderse de este mundo. Es así como muchos tienden a concebir a los ciegos y sordos como nosotros. Piensan que pertenecemos a una realidad aparte. Yo, en ese tiempo, Isaías, ya no escuchaba nada. Me encontraba realmente fuera del mundo. Y ahora tú, sin tomar conciencia verdadera de los alcances de tu conducta, como quiero creer, me dejas suspendida en el vacío que creas alrededor de tu silencio. A diferencia de nuestra madre en el momento de su abandono, tú, Isaías, cuentas conmigo. Yo estoy aquí, presente todo el tiempo, para situarte en algún lugar concreto de la realidad. Yo, tu hermana abnegada estoy siempre a tu lado. En cambio tú no eres justo conmigo. A veces, debo decírtelo, no me pagas de la manera en que me gustaría que lo hicieras. Incluso, aquella vez en que estuvimos en el agujero del barco me causaste un miedo y un dolor extremos. Miedo de que apretaras con cada vez más fuerza las mandíbulas. Tú, Isaías, frío, fétido, en la mira de decenas de ratas. Creo que el movimiento con el que me produces un daño cada vez más intenso es resultado solo de una reacción inconsciente de tu propio cuerpo. Y yo, Isaías, tu hermana, debo soportar todo lo que provenga de ti, porque eso forma parte del pacto convenido tras la operación. Siempre he cumplido contigo. No como tú, que ahora me correspondes de este modo y apagas el tubo ante la menor mención a nuestra madre. Enciéndelo ya. Pareces no darte cuenta de que yo debo no solamente escribir para ti sin parar, sino solucionar tus necesidades cada vez que lo requieres. Debo, entre otras cosas, ayudarte a orinar. Acomodarte también en el excusado. Dejarme montar cuando lo crees conveniente. A veces me has solicitado hacerlo en los jardines a mitad de la noche. Pero eso no es lo peor. Y te lo estoy diciendo ahora, en el momento en que soy consciente de la inutilidad de las palabras que voy escribiendo sin destinatario, sólo porque tú mantienes el aparato

apagado. Aunque, si así lo quieres, Isaías, en realidad no me importa cómo mantengas el tubo. Después de hacerlo durante tanto tiempo de manera casi automática, me da lo mismo si debo escribir o no por gusto. Estoy acostumbrada. Escribir, escribir. Escribir a ciegas. Por ese motivo me parece más que una ofensa que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare contraten a un autor cualquiera. Repito, lo voy a comentar con la supervisora cuando me la cruce. Aunque algo hubo, Isaías, en las últimas palabras enunciadas por el maestro, que me llegó a conmover nuevamente. Sucedió cuando durante un año de su vida estuvo escribiendo a diario a la sombra de un árbol. No, no se trata del árbol bajo cuya sombra se amparó durante la época en que una serie de disturbios de orden social obligaron al cierre del centro de estudios donde era alumno. Ahora me refiero a otro árbol, Isaías. El de los tiempos en que era propietario, según nos dijo, de algunos galgos de cacería que lo acompañaban a escribir en un campo alejado de la ciudad. Esto ya no creo que sea verdad, Isaías, pero la imagen me parece bonita. Hay que creerle. El maestro nos relata que, para esas ocasiones, se vestía con túnicas hechas con harapos, y que se internaba en los prados junto a sus perros. Mientras escribía algunos de sus libros, aunque parece, Isaías, que ninguno de ellos ha sido publicado hasta ahora, los galgos iban detrás de las liebres que habitaban aquellos predios. Cuando alguien lo cuestionaba acerca de una afición tan ajena a toda norma actual como es la cacería, el maestro contestaba que para él, aparte de escribir, lo más importante era devolverle al galgo el instinto caza-liebres. Sus perros pertenecían a una raza antigua. Ignoro si era la misma a la que el profeta Mohammed se refirió como “regalo de Dios”. Antes de continuar escribiendo al aire quiero aclararte que no tienes autoridad alguna para juzgar la conducta de nuestra madre. A mí me tocó escucharla cuando nos vino a dejar a la Colonia de Alienados Etchepare de manera definitiva. Es verdad que prometió regresar más tarde. Sin embargo, y en ese punto te doy la razón lo cierto es que nunca más volvió. Pero soy yo la culpable de tu sorpresa, y no nuestra madre. Al oírla, gracias a mi aparato coclear, supe que no volvería jamás. Debí habértelo informado en su momento. Tienes razón. No estuvo bien haber inventado la serie de mentiras con las que traté de atenuar la situación. Te pido que me perdones. Pero en lo que sí estás equivocado es en juzgarla. Cuando quedó con nosotros dos, ciegos y sordos y, además, sin marido que la defendiera no tuvo más alternativa que la de salir del poblado del cual somos originarios. Vinimos de ese modo hasta acá. A una ciudad donde no conocemos a nadie... Y bueno, Isaías, ya basta. Estamos en medio de un curso de escritura. No voy a hacerte el recuento de temas que conoces de memoria. Pero sólo te quiero decir que la persona con quien se fue nuestra madre es un buen hombre. Enciende tu aparato cuando quieras. Yo voy a sentir el *on* apenas mis teclas se vuelvan de nuevo lentas. Pero antes de dejar de escribir a la nada, Isaías, deseo expresarte que cuando en horas de la madrugada me tomas en los jardines de la Colonia de Alienados Etchepare pareces no tener conciencia del peligro que corremos con los perros hambrientos que merodean a nuestro alrededor. Y estoy segura de que va a ser de esa manera, hallando al amanecer nuestros cuerpos sin vida, como descubran lo que estábamos haciendo. Pero, Isaías, a pesar de todo, ahora que vuelvas a encender el tubo quiero que sepas cómo te admiro. Cuando se te haya pasado el enojo, deseo que te lleguen mis palabras de reconocimiento. Que tomes plena conciencia de que acepto todo lo que venga de tu parte, sencillamente porque nunca te dejaré de agradecer que no me cubras el rostro. Pese a que la supervisora me diga con frecuencia lo contrario, yo sé que soy una persona poco agraciada. Qué bueno que encendiste de nuevo el tubo. Está bien, Isaías. Estoy de acuerdo contigo. El asunto de nuestra madre no es un tema resuelto. Pero tampoco están solucionados otros pendientes. Por ejemplo, eso de los cursos de dudosa calidad que se imparten con el fin de no levantar sospechas no me queda del todo claro. No creo tampoco que sea adecuado, debes admitirlo, que hagamos ese tipo de incursiones al baño. Tampoco entiendo que grupos de personas arrojen sacos de comida detrás de los muros casi destruidos de la Colonia de Alienados Etchepare. No creo, de igual forma, que sea aceptable organizar marchas de apoyo a los perros y nunca alguna en favor de los pacientes atacados. No es normal que un maestro que jamás ha publicado pretenda que un grupo de ciegos y sordos escriba sus propias obras. Y no me parece que esté bien, y esto me lo acaba de informar la supervisora, que además de los problemas de agua, luz, calefacción y falta de higiene, los maestros y empleados de la Colonia de Alienados Etchepare cuenten con una malla metálica que cubre, aislándolo totalmente, el pabellón donde pasan las noches. Dudo también que sea propio que yo, tu hermana, trabaje de cocinero en un barco tomado por piratas y que tú seas mi ayudante. Las ratas nos miran, Isaías. Las atrae tu olor. Sabes bien que vi cómo fuiste tomado por aquellos hombres. Siempre estuvo presente el anciano. Otro testigo de aquel episodio. Un anciano que reía cada vez que alguno de los hombres te abandonaba y en el breve lapso entre un encuentro y otro, intermedaba para refrescar con su saliva el lugar ofrecido. Finalmente tuvo que abandonar su rol. Me parece, Isaías, que no resistió el golpe asestado en la cabeza por uno de los invasores renuente a esperar. El anciano rodó con el golpe y allí quedó. Seco. Todavía se encuentran partes de su cuerpo aquí, al lado del agujero que hemos hallado para resguardarnos, mientras los sobrevivientes en cubierta van falleciendo uno tras otro. El barco continúa a la deriva. No creo que lleguemos a ninguna parte. Pero agradecemos que, durante estos días, el cuerpo del anciano haya mantenido entretenidos a los animales que ahora nos observan. Advertí cómo fueron acabando con sus carnes. El maestro nos informa que cuando tengamos el material listo, cuando cada uno de nosotros presentemos la cuartilla solicitada, debemos encontrar la forma de unir las para dar la impresión final de que han sido escritas por una sola persona. Por un autor solitario. Pone como ejemplo al hombre aquel que escribió cien libros a lo largo de

su vida. Es la historia que, como ya te conté, sucedió en uno de los poblados por donde pasamos junto a nuestra madre en camino al lugar donde ahora vivimos. No creas, Isaías, que estoy tratando de confundirte. Lo que sucede, hermano mío, es que no escucho bien. Tú lo sabes mejor que nadie. Pero me parece, no estoy del todo segura, que el maestro está hablando de un personaje similar. Aunque también es posible que yo no esté oyendo nada y escriba en mi teclado palabras cuya procedencia desconozco. En fin... El maestro señala ahora que en cierto lugar vivía un hombre que se hacía llamar a sí mismo agrimensor. Sí, sí, tienes razón, se trata del mismo oficio que afirmaba tener el individuo aquel. Pero, antes de que continúes haciéndome preguntas, ¿sabes, por casualidad, lo que significa la palabra *agrimensor*? Yo lo ignoro por completo. En aquella ocasión nuestra madre nos lo aclaró. Pero es cierto lo que me estás diciendo, Isaías, estoy mintiendo. Tienes razón cuando afirmas que aquello no puede ser verdad porque en ese tiempo ni tú ni yo podíamos ver ni escuchar. Entonces te propongo, para no confundirnos con lo que está sucediendo en este momento en el salón de clase, que olvidemos si alguna vez te conté una historia semejante. Isaías, ahora nuevamente el maestro está hablando. Mi implante transmite de manera nítida sus palabras. Lo escucho como nunca antes. Señala que poco después de huir de la casa de aquel señor llevándose la lámpara, abandonó esa sociedad regida por leyes comunistas. Tiempo después se instaló en un país donde estableció la rutina de cazar con galgos y vestir túnicas. Allí conoció a una serie de escritores. Con uno de ellos estableció un vínculo especial. Mantuvo una relación estrecha considerándolo casi un maestro. Por lo visto, Isaías, ya va a comenzar a narrarnos otra vez aspectos de su vida privada. Como si aquello pudiera tener alguna importancia. Pareciera que las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare le hubieran solicitado que nos dictara un curso donde gran parte consistiera en sus ideas y experiencias personales. Afirma que, para entonces, ya era un autor reconocido y se encontraba, en ese momento, en un lugar de Estados Unidos. No, Isaías. No nos informa acerca de las maneras en que se convirtió en un escritor de semejantes características. En lugar de eso nos dice que los atardeceres en Times Square encierran un misterio particular. Se encuentra de pie frente a cientos de personas que cruzan la esquina entre Broadway y la Calle 42. Está debajo de los inmensos avisos publicitarios que hacen que la gente real aparezca como insignificante y sobredimensionados los personajes presentes en los carteles. El maestro nos confiesa de pronto, no me estoy equivocando en lo que escucho, Isaías, que está arrepentido de habernos referido la historia de aquel señor de cierta edad que lo recibía, junto a sus amigos, en una modesta sala decorada con un sofá francés. Luego vuelve a su historia de Estados Unidos. Ya ves, como te dije, el maestro salta todo el tiempo de una cosa a otra. De pie, en esa esquina, obstruyendo con su cuerpo el paso de los caminantes, nos informa que el escritor del que nos está hablando suele utilizar el recurso de crear personajes memorables basándose en la descripción de individuos sin mayor importancia. Nos insta a hacer algo similar con la cuartilla que nos ha dado como tarea. Luego de oír esta sugerencia entiendo, en realidad no entiendo mucho, la razón por la cual no le agradó la idea que inventáramos un Darfil como centro de nuestros relatos. Ahora es Christian quien habla. Asevera en voz alta que el grupo de estudiantes, nosotros, hará todo lo posible por preservar la existencia del Darfil. Le guste o no al maestro. Me parece, Isaías, que no es de buena educación la manera cómo se están planteando los asuntos. Menos mal que el señor Antón interviene. Explica que los griegos jamás se faltaron el respeto. Que discutieron distintos asuntos en medio de la mayor cordialidad. Hablaban de filosofía, de política, de plantas medicinales siempre de forma amena. Sin embargo, el maestro no parece hacer caso a las palabras de nuestros compañeros y continúa contándonos cosas acerca de su admirado escritor. En verdad, Isaías, ignoro de qué discuten. ¿Será verdad lo que nos dice, Isaías? La historia del señor que los recibía en la parte trasera de su casa sí se la creo. El dolor que debió haber sentido aquel joven fue seguramente semejante al que me causas ahora. El maestro nos está diciendo que existe un local ubicado cerca de los muelles del río, que funciona en uno de los antiguos depósitos de carne de la ciudad. Se le conoce como La Madre, aunque algunos asistentes lo llaman de otra manera. ¿Por qué nos está contando todo esto, Isaías? ¿Acaso no advierte que nos encontramos reclusos en una institución, la Colonia de Alienados Etchepare, amenazados por una jauría de perros salvajes? El maestro continúa. Nos informa que en algunas ocasiones la diversión en La Madre consiste en ver a unos tipos apaleándose en medio del escenario. Al final del espectáculo suelen llevar al centro, en una fuente, un corazón de vaca, que es comido por aquellos hombres. Pese a lo que algunos pudieran suponer, aquel espectáculo apela más a lo jocoso que a lo grotesco. Los otros días se acostumbra representar los vínculos entre amo y esclavo. Por ejemplo, nos dice que a veces aparece un enmascarado y su víctima. También escenas de niños torturados por sus padres en la infancia. En otras, muchachas violentadas en los terraplenes del transporte subterráneo. En la puerta de entrada de La Madre se reparten volantes donde se anuncian las presentaciones de las fechas siguientes. Ofrecen, nos lo está informando, espectáculos de estudiantes que disparan contra los demás compañeros, los que encuentran placer observando a otros mantener relaciones furtivas en parques y algunos eventos más que no alcanzo a entender. Aquí, Isaías, el maestro interrumpe su relato para hablar de la existencia de sujetos que muy temprano por la mañana arrojan migas de pan en los urinarios públicos. Al atardecer vuelven para recogerlas. Alguien que acepta darnos un curso a nosotros, un grupo de personas que habita de manera clandestina en una colonia psiquiátrica, no puede haber tenido un pasado interesante. Ni siquiera una norma diaria de conducta. Esa clase de reglas las imagino para otro tipo de gente. Estoy segura, Isaías, que el señor Antón, en los tiempos en

que participaba en los torneos de ajedrez más importantes, las guardaba. Debo decirte algo más sobre este hombre, Isaías. Espero que no reacciones de manera inadecuada. Pero deseo informarte que todo lo que conozco de la religión musulmana, sobre todo las cosas que sé acerca del trato que les dieron a los perros cuando fueron declarados impuros, no lo aprendí en la escuela para ciegos como te lo expresé en algún momento. En realidad, me lo fue diciendo el señor Antón cuando en las noches aprovechaba que te encontrabas dormido para acercarse a mi cama. El maestro nos está informando ahora, que al día siguiente debía abandonar la ciudad de los Estados Unidos en la que se encontraba. Tenía pensado utilizar aquella jornada en hacer un texto acerca del libro del autor de quien nos habló hace unos momentos. Pero antes de ponerse a trabajar realizó una llamada telefónica a su casa. ¿Crees que sea verdad algo así? Me parece inverosímil que el maestro que tenemos delante se encuentre de paseo en aquella ciudad de Estados Unidos y, esto ya es el colmo, que cuente con el dinero necesario para hacer una llamada de larga distancia. Nuestra madre, disculpa, Isaías que la mencione, nos aleccionó sobre el elevado costo de este servicio. Incluso lo señalaba como una de las razones para no haberse comunicado jamás con ningún habitante del poblado donde nacimos. El maestro nos dice que habló a la ciudad donde en ese entonces residía con sus galgos. A través de esa comunicación se enteró de que un narcotraficante ciego, fotógrafo de profesión, había tomado su casa y la estaba utilizando como centro de operaciones. Insisto, Isaías, en que es demasiado extraño lo que nos relata. Quizá ya no sabe qué temas tratar, ya se le deben de haber agotado los secretos de escritura que aseguraba poseía. ¿Te acuerdas que al principio del curso nos dijo que eso era lo que iba a enseñar? Me parece curioso también que ninguno de nuestros compañeros de salón interrumpa esas palabras tan sin sentido. Conozco el ímpetu de Christian, la lucidez del señor Antón, la determinación de Valeria. Todos, sin embargo, permanecen como a la expectativa. El maestro menciona que durante el tiempo que permaneció en la cabina telefónica vio que al frente había una jaula pública gigante, reservada para que los perros del vecindario hicieran ejercicio. En ese lugar, a diferencia de lo que sucede en las secciones protegidas de la Colonia de Alienados Etchepare, eran los perros y no las personas quienes se encontraban dentro de los cercos de alambre. Los dueños llevaban una bolsa preparada para recoger sus desechos. Qué asco me causa lo que nos está informando, querido hermano. No lo hemos comentado antes, pero no tenemos por qué estar expuestos a los desagradables asuntos que expresa cada vez que deja el curso de lado y se aventura a contarnos aspectos de su vida privada. Primero fue lo del hombre del sillón. ¿No se da cuenta acaso de que se trata de historias poco dignas de ser expuestas en un salón de clase? Ahora, Isaías, me resulta confuso seguir de manera atenta sus palabras. Imagino que estás cansado de que te repita la misma excusa. Por lo visto, el fotógrafo ciego continuaba ejerciendo sus acciones ilícitas en la casa del maestro, ubicada a cientos de kilómetros de distancia. Nos aclara que se trata del mismo que mencionó en otro momento, el casado con la actriz famosa. Imagino que ninguno de los presentes entiende nada. Nosotros, en cambio, sí. A diferencia de los demás nuestra experiencia es extensa. Comprendemos asuntos vedados para el resto, por ejemplo, las circunstancias que nos llevaron a la escotilla del barco asaltado. La conducta de los animales que se encuentran a punto de atacarnos. Que yo esté encima tuyo mientras me presionan con una fuerza cada vez mayor. Las piras funerarias prendidas con el fin de que queden reducidos a cenizas los canes sacrificados. La presencia ubicua del hombre de los cien mil libros. No puedo olvidar el detalle de las dos plaquitas, tanto la del padre como la del hijo, ubicadas una debajo de la otra, señalando que ahí habitaban dos agrimensores falsos. Ya luego no pude escuchar. Tan sólo oí un murmullo que se fue apagando. Sigamos sentados, querido hermano, en las sillas del salón como lo tenemos indicado. Guardemos silencio, como nos los han ordenado siempre. Sobre todo durante las horas de clase. Sabes que cuando obedecemos las órdenes, cuando nos comportamos de la forma en que nos indican, no corremos, a pesar de nuestra condición de hermanos ciegos y sordos, casi ningún peligro. Aunque no puedo ahora, Isaías, dejar de mirar al animal que nos observa sin quitarnos los ojos de encima. Parece ser el líder de la manada. El resto se mantiene, igual de alerta, detrás suyo. Sospecho que, en algún momento, dará la orden de abalanzarse sobre nosotros. Puede ser un movimiento imperceptible, algún ruido minúsculo. Lo ignoro, Isaías. No conozco su lenguaje. Prefiero no pensar en asuntos tan poco relevantes. No por mí. Yo podría pasar varias horas seguidas imaginando los ataques, a muerte, sobre mi cuerpo. En verdad, Isaías, mi única preocupación real eres tú. Tienes claro, mi pequeño Darfil, que mi misión en la vida es no dejarte desamparado en lo que te quede de existencia. Vamos ahora a escuchar a Christian, nos informa el maestro. Hace algún tiempo, comienza la narración de Christian al salón de clases, el Darfil dormía indiferente. Hace un mes, precisa. Cuando el tiempo no era tiempo... Repentinamente, Isaías, se deja de escuchar la voz de Christian. Quien lee en este momento es Valeria. No entiendo muy bien lo que dice; parece que se encuentra con los audífonos puestos y eso hace que su voz se distorsione. Realiza una lectura rápida. Repite casi todo lo que Christian acaba de decir. No tengo capacidad para seguirlos. Aunque te lo puedo resumir, Isaías, los dos, tanto Christian como Valeria, nos informan que el Darfil fue hallado en uno de los costados sangrantes de Cristo. Me parece agradable lo que acaban de expresar. Pero lo hacen de manera apresurada. Ahora afirman que lo van a leer de nuevo. Es que el maestro, Isaías, les ha pedido que lo hagan. Hace un mes, cuando el tiempo no era tiempo, repiten, el Darfil habitaba en la oscuridad más absoluta. Hasta que un día se abrió la luz y el Darfil despertó. En este momento interviene el señor Antón. Sostiene que en los textos que acaban de leerse, tanto por Christian como por Valeria, hay una serie de elementos filosóficos propios de aquella manera de

pensar con la que ciertos sabios se refirieron en el pasado a los temas de la Creación. En otras palabras, agrega el señor Antón, de aspectos propios de pensadores de otros rumbos. En este caso, el personaje central es Cristo, continúa el señor Antón. ¿Sabes qué pienso, Isaías? Que no debemos hacer mucho caso a los temas que se van tocando. Tanto para mí como para ti, Darfil no puede ser sino el nombre del barco que nos lleva a la deriva o, en todo caso, la manera cómo te llamaba nuestro padre antes de irse de la casa. Lo que sí no logró captar es que tanto el maestro como el señor Antón piensan que ya no debe haber modificaciones, ni en el texto de Christian ni en la manera de pensar del grupo. Pero, un momento, dice Gloria, ¿están hablando acaso de lo que decían ayer? El maestro señala que tratemos de imaginar el espacio donde se van a desarrollar nuestras escrituras. Nos pide, Isaías, que intentemos componer algo en concreto. Menciona no sé qué escena; tampoco sé quién la escribió. Se describe un lugar en el que existen cojines donde descansa la cabeza del Darfil. De pronto, como si viniera de la nada aparece la voz de Juanita diciendo que para ella el caos es caliente. Afirma haber supuesto que cuando nos contó sobre el despertar del Darfil, Christian pensaba que todo estaba frío. Pero no, interviene Valeria, Christian nunca dijo algo semejante. Juanita le contesta que lo único que deseaba era realizar una comparación. Ahora, Isaías, parece que la mayoría de nuestros compañeros está tratando de recordar si en el texto que leyó Christian aparecía o no la palabra *caos*. Es absurdo lo que está ocurriendo en este momento. Nada le costaría a ninguno de nosotros preguntarle a Christian sobre cualquier duda. Ignoro las razones por las que no lo hacen. El señor Antón interviene ahora. Me encanta cuando lo hace. Es como si sintiera seguridad ante sus palabras. Una confianza parecida a la que experimentaba cuando no era sorda todavía y nuestro padre me llevaba de la mano a pasear por el parque. Era una sensación agradable, Isaías, ir percibiendo los sonidos del medio ambiente con la certeza de que nada grave te podía ocurrir. El señor Antón dice que, seguramente, cuando el Darfil empezaba a despertar iba pensando en qué hacer con la repentina lucidez adquirida. El maestro interrumpe, con sus extravagancias de costumbre, al señor Antón para decir que en diciembre último estuvo visitando Israel. Logro entender que el maestro menciona el Cenáculo de Jerusalén, donde Cristo comió por última vez. Nos informa que tienen hecho un desastre aquel lugar. Descubrió dentro docenas de sillas de plástico apiladas en un rincón. Estaba incluso mal pintado, con un color desvaído. Al maestro le dio la impresión de que ese recinto sagrado se encontraba adrede en condiciones semejantes. Nos sigue relatando ahora que algo similar sucedía en el lugar donde ocurrió nada menos que la Octava Caída de Cristo, habían instalado un puesto ambulante donde vendían chicles y caramelos. Nos dice que él habría imaginado lo contrario, que aquellos lugares estarían mantenidos en estado óptimo. Son de esos sitios, continúa hablándonos, que uno conoce ya antes de visitarlos. Para colmo, continúa diciéndonos, en la parte de arriba del Cenáculo descubrió que moraba una secta católica en condiciones de pobreza extrema. Que todos llegamos tarde, reclama ahora el maestro. Es cierto, Isaías, te lo señalé hace un rato. Sin embargo, el maestro nos dice que, pese a la tardanza, desea que le expresemos lo que sentimos al escribir nuestros textos. Lo que nos sucedió mientras los íbamos redactando. Desea enterarse de nuestras experiencias con la escritura. Creo que ahora vuelve a hablar el señor Antón. Dice que, de acuerdo a las instrucciones del maestro, ha creado, en la página que acaba de redactar dos personajes relacionados con la mitología griega. Los puso a dialogar sobre música y se refirieron a asuntos aprendidos en el liceo donde estudiaron. Conversaron de agricultura, de técnicas para crear objetos de barro, del oficio con la madera y también de las virtudes de ciertas plantas medicinales. Está muy bueno; excelente, dice el maestro después de escucharlo. El señor Antón sigue hablando. Ahora, Isaías, menciona el nombre de algunas de las plantas de este tipo conocidas por los griegos. Parece ser que el maestro, en los días que dicta el curso, se queda a dormir con nosotros en las instalaciones de la Colonia de Alienados Etchepare. Lo imagino, porque antes de preguntarnos por nuestros sentimientos al momento de la escritura, quiso saber si estábamos al tanto del peligro que corremos conviviendo con jaurías de perros en estado salvaje. Mencionó que al menos él recibía un estipendio por ofrecernos el taller y era hospedado de manera adecuada y consideraba el peligro latente de ser atacado por uno de los canes como un riesgo propio de su trabajo. Algo que no entiendo, Isaías, es su motivación para habernos contado los detalles acerca de su viaje a Israel. Puede haber mencionado aquello como respuesta a la afirmación formulada hace unos momentos, en el salón de clase, sobre la aparición del Darfil prendido al lado sangrante de Cristo. Una vez que queda en silencio, el señor Antón vuelve a hablar. Dice que, mientras escribía el texto sobre los griegos, sintió que hubo momentos donde pudo advertir cómo los personajes iban delineando sus propias personalidades. Ya no sé ni lo que digo, interrumpe en este momento Aníbal, la muchacha que ofrece masajes en la terminal de autobuses de una de las redes de transporte público más importantes... Luego te cuento, Isaías, ahora no puedo estar en tantas cosas a la vez, los motivos por los que nuestra compañera de salón lleva un nombre masculino y no uno femenino. Te mentí cuando te dije que seguía ofreciendo los masajes. ¿Cómo iba a realizarlos si nos encontramos todos recluidos en un pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare? Ya te dije que no puedo cumplir con tantos asuntos al mismo tiempo. Tratar de oír, pensar y escribir en simultáneo. Oprimir sin descanso las teclas de la computadora que llevo cargada del cuello. Te pido disculpas, Isaías, tú sabes que no cometo ninguno de mis errores de manera intencional. Y no es sólo por obedecer el mandato de nuestra madre que intento transmitirte la información de la manera más fidedigna posible. Lo hago porque sabes que te quiero. No voy a permitir, además, que ninguno de los perros que nos acechan te ataque de improviso. Sé que, a pesar de sus

limitaciones, este aparato que llevo en el oído me da la fuerza necesaria para cuidarte. Y de lo otro no quiero que hablemos demasiado. De las ocasiones en las que te conduzco al baño. Nunca me has querido decir, y cuando te toco menos, si soy fea o bonita. Sé que soy repulsiva. Pero tú eres bueno, Isaías. De buen corazón. Lo digo, principalmente, porque nunca, como te lo repito sin cansarme de hacerlo, te has atrevido a taparme. Ni siquiera cuando lo hemos hecho frente a frente, cara contra cara, ni cuando me has pedido que me voltee. Los hermanos siameses ciegos y sordos. Los que no se pueden separar. Los que deambulan en las noches por parajes vigilados por perros hambrientos, de todas formas y colores, como me ha informado la supervisora con quien converso cada cierto tiempo. El señor Antón sigue hablando. Menciona el momento en que sintió que los personajes de su escritura se iban coordinando. Al principio ignoraba quién era quién, pero a medida que fue avanzado en su relato se le fueron aclarando las cosas. Ya nos lo dijo el maestro, avanzar no es lo mismo que hacer más páginas. Ahora nos informa que una buena manera de comprobar que el texto es nuestro, que estamos frente a una escritura propia, es cuando no hallamos la menor huella de otro autor. Pero al escuchar estas palabras me pongo a pensar con inquietud que tú no has leído nunca nada. ¿Cómo podrías entonces encontrar rastros de otros autores en tu propia escritura? Yo, en cambio, he realizado algunas lecturas a lo largo de mi vida. Acuérdate, Isaías, que soy mayor. Que nací en una época en la que nuestros padres se preocuparon más por nosotros. Al menos por mí. No, Isaías, por ti también. Recuerda que nuestro padre te decía mi pequeño Darfil antes de que te durmieras. Como en esa época era sólo ciega, y no sorda y ciega como ahora, me llevaron a la escuela para invidentes, donde aprendí a tocar el piano y seguí algunos cursos para caminar sola por la calle con un bastón. Fue entonces cuando algunos maestros me leyeron en voz alta libros enteros. Cuando empecé a quedar sorda, Isaías, noté que nuestros padres ya no supieron qué hacer con nosotros. Tú estabas a punto de entrar a la escolita de los niños ciegos. Un médico dijo que si los dos habíamos nacido ciegos, y a los nueve años yo había quedado sorda, a ti te iba a suceder lo mismo. Afirmó que nunca antes se le había presentado un caso semejante. Dijo que nuestro mal no se encontraba ni descrito ni clasificado por la ciencia. En ese entonces yo ya era capaz de desenvolverme por mí misma. En cambio tú, Isaías, te encontrabas a punto de comenzar con tu entrenamiento. Nuestros padres ya habían estimado aceptar la donación de un perro lazarillo. Cuán felices habríamos sido con un animal viviendo con nosotros. Y con el tiempo seguramente no habría sido un perro sino dos. De no ser por la aparición de la sordera en nuestras vidas todo habría sido felicidad. Aunque no debería decirte este tipo de cosas. Es cierto, no seremos los hermanos más dichosos del mundo, pero nos mantenemos siempre unidos. Uno para el otro, Isaías. El maestro pregunta ahora si alguien más entre los presentes puede referir su experiencia de escritura. Yo, dicen por ahí. Es Ana, creo, quien afirma que le costó mucho trabajo hacerlo. Dice luego cosas sin importancia. Tal vez el problema, la interrumpe el maestro, esté en que al momento de la escritura piensas demasiado. No hay que reflexionar tanto, le explica. Es más importante poner alguna cosa espontánea que un elemento analizado previamente. ¿Quién más? pregunta ahora el maestro. Valeria dice algo... No, perdón, Andrea. Es que todos se expresan tan rápido que ya no sé quién es quién. Ahora oigo que el maestro habla de la mujeres en la época en que les estaba prohibido votar. Dice que luego de un tiempo les permitieron acudir a las urnas. Iban, pero como tontas. Eso lo decían quienes estaban en contra del voto femenino. En eso, Isaías, desconozco las razones que lo llevaron a expresar una idea semejante, el señor Antón afirma que actualmente hay muchos más muertos por las drogas ilegales que víctimas ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial. El maestro hace una pregunta al grupo, ¿quién desea modificar el texto que ya tiene escrito? ¿Alguien quiere volver a comenzar? Yo en este momento, Isaías, pienso solamente en el Darfil. Nosotros somos los únicos que sabemos que se trata del nombre del barco a la deriva, donde yo era el cocinero y tú mi ayudante. También sabemos que era la manera como nuestro padre se dirigía a tu persona cada vez que te acostaba en la cama. En este instante todos han dejado por completo de hablar. Es extraño. Demasiado. No estoy segura de si en verdad se han silenciado o si se trata de una de las fallas habituales que presenta el aparato implantado a mi oído derecho. Debe ser eso; aunque no estoy segura. Ahora comienzo a oír. Es como si todos en el salón estuvieran tratando de remedar a alguien desconocido para mí. O tal vez me encuentre agotada. Harta de que mi condición de ciega y sorda trasplantada me obligue a escribir, a teclear para ti, día y noche. Ignoro incluso dónde nos encontramos. ¿Acaso, Isaías, en un pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare, a merced de una jauría de perros hambrientos? No sé dónde estamos. En qué ciudad. Ni siquiera puedo imaginar el país al que tal vez pertenezcamos. Creo, Isaías, que en el salón de clases todos los concurrentes tratan de remedar a alguien que está refiriéndose a las cosas que no se comprenden. Yo podría mencionar muchas. La primera podría ser la razón por la que nacimos primero ciegos y luego nos volvimos sordos. Tú ni siquiera lograste ser sometido a los entrenamientos propios de los invidentes. A mí me sacaron de la institución donde estaba matriculada. Ya había aprendido, entre otras cosas, a tocar algunas melodías en el piano. ¿Te has dado cuenta, Isaías, sé que no pero igualmente te lo pregunto, de que no existen partituras en Braille? Yo las voy a inventar. Qué gracioso sería hacer algo semejante. Una sorda, creadora de partituras... ¿Será que nuestro apellido está involucrado en todo esto? Es extraño, Isaías, ser ciegos y sordos y que encima nos llamemos así. Nadie nos cree. Incluso el maestro, que ahora se encuentra presente en el salón, comentó que nuestros nombres parecían propios de un mal libro. Los utilizó, ¿lo recuerdas?, para hablar sobre lo que no se debe hacer en literatura jamás, bautizar a un personaje en

virtud de alguna característica física manifiesta. El maestro está empezando a decir más cosas acerca de nuestros nombres. Algo así como que en nuestro caso no se sabe bien qué fue primero, si el huevo o la gallina. Me parece una burla, Isaías. Insiste en que seguramente sufrimos de algún síndrome. Una enfermedad llamada de alguna manera. Asegura que casi siempre los síndromes llevan el nombre de sus descubridores. Pone como ejemplo el Alzheimer y el Mal de Parkinson. Y ahora afirma que nos encontramos ante la bruma en que viven estos hermanos de apellido tan oscuro. Ahora ríe señor Antón, eso me afecta especialmente, Isaías, porque yo había considerado un hombre culto y de pocas palabras. Siempre concentrado en sus pensamientos o en las partidas de ajedrez que acostumbra disputar. Ante el problema de los perros, no sé qué prefiero, Isaías, si sufrir con la muerte esporádica de uno que otro compañero de reclusión o soportar el horror que desataría una matanza despiadada con el fin de erradicarlos. No sólo oíría yo sus aullidos de desesperación, sino que tú, Isaías, con lo desarrollado de tu olfato, no podrías soportar el hedor emanado por la sangre. En este momento, en que tu cuerpo se encuentra embadurnado de sustancias que no puedo definir, no das muestras de sentir nada. Es por eso que sospecho que te encuentras ya sin vida, hermano mío. Las ratas deben saberlo. En poco tiempo no podremos hacer nada para mantenerlas a raya. Nos atacarán, amado Isaías, de la misma forma en que los perros van matando a nuestros compañeros de la Colonia de Alienados Etchepare. Pero, mientras me tienes atrapada en tus mandíbulas, debo hacer algo para mitigar el dolor creciente provocado por tu progresivo abandono del mundo. ¿Quién iba a pensar que este iba a ser tu fin? El pequeño Darfil muerto dentro del casco de un imponente barco. Nadie, ni en la casa que nos vio nacer, ni en el poblado donde crecimos, ni en la Colonia de Alienados Etchepare, por supuesto, habría podido imaginar que nuestros cuerpos acabarían en la escotilla de un barco violentado. Tampoco nadie habría vislumbrado que tu cuerpo iba a ser tomado por decenas de hombres desconocidos. No sé por qué razón hace ya tanto tiempo que no hablamos del agrimensor. ¿Recuerdas la discusión sobre si se trataba de alguien que conocimos durante el peregrinaje emprendido junto a nuestra madre en busca de un nuevo lugar para vivir? Tú, Isaías, me demostraste que tal cosa era imposible. Que en aquella época estábamos incapacitados para comunicarnos como lo hacemos hoy todo el tiempo. Solamente nos enterábamos uno del otro a través del tacto. ¿Lo recuerdas? Nos tocábamos a la menor oportunidad, estábamos tomados de la mano casi todo el tiempo. Entonces me veo obligada a suponer que el asunto del hombre que se hacía pasar por agrimensor debe haber sucedido mucho después. Pero, Isaías, debemos detenernos una vez más en la palabra *agrimensor*. ¿Tienes idea de lo que pueda significar? Creo que, como lo señaló en algún momento el maestro que nos está dictando el curso, debemos estudiar cada término desconocido y quedarnos ahí hasta entenderlo, antes de proseguir. Ignoro cuando señaló esto. Aunque, como aprecio ahora, ese es el caso con la palabra *agrimensor*. No debemos avanzar hasta conocer su significado. Tanto tú como yo lo sabemos. Fue como aquel día en el que un monje zen visitó a nuestro padre. Más de una vez nos dijo, pero me parece que tú no lo escuchaste, que fue ese monje quien te bautizó así, *Darfil*, una palabra proveniente de Japón. ¿Será eso verdad, Isaías? Al menos tengo la foto que comprueba la aparición, cierta mañana de verano, de un monje budista frente a la ventana de la estancia principal de la casa que habitábamos en ese entonces. Dijo incluso llamarse Monje Sato. Pero, Isaías, no hagas caso a esto que te cuento ahora. Carece de toda lógica. Es mentira. Nuestra familia no recibió nunca la visita de nadie, y menos después de nuestros respectivos nacimientos. Te digo esto del monje como una forma de pasar el tiempo mientras averiguamos lo que puede significar esa palabra. *agrimensor*. Pero la verdadera historia, Isaías, es que no se trataba de un agrimensor verídico, sino de alguien que deseaba ser tomado como tal. Aquel hombre había bautizado su obra como *Los libros del agrimensor*. El primer volumen tenía un prefacio de cierto escritor. Una cita donde afirmaba que escribir era fatigoso, siempre y cuando no se contara con un Darfil, un interpretador, capaz de darle sentido a la palabra escrita. Conozco muy bien, Isaías, lo agotador que es el ejercicio de escribir durante la jornada entera. El agrimensor, así se autodenominaba aquel hombre, decidió de pronto publicar los cien libros que había escrito y dejarlos acomodados, ejemplar por ejemplar, en unas repisas de madera ligera mandadas a hacer especialmente. Se consideraba un creador, pero si bien es cierto que ejercía de manera constante el oficio de la escritura, esta acción parecía producirle un profundo sentimiento de vergüenza. Se trataba, Isaías, además de una persona impaciente. Pese a que intuía que era necesario hacerlo, se negaba de manera rotunda a pasar horas, días, meses, años enteros dedicados a redactar los libros que deseaba fueran parte de su obra. El hombre había decidido considerarse agrimensor, Isaías, por los libros del escritor Franz Kafka que su padre le leía de niño antes de irse a dormir. El mismo agrimensor comenta lo curioso que resulta el que un padre elija libros de Kafka como lectura previa al sueño. Afirma que su padre era una persona especial. ¿Por qué te estoy contando todo esto? ¿Qué nos puede importar un individuo que ni siquiera tenemos la certeza de haber conocido? Me aburre, Isaías. Pero está bien. Es cierto lo que dices, llevo casi un año prometiendo narrarte lo del agrimensor. Pensé que incluso lo habías olvidado. Que con el asunto de la ignorancia mutua acerca de la procedencia de la palabra habías preferido que tocáramos otros temas. Pero no. Sigues preguntando por aquel sujeto. A pesar de que en este momento el señor Antón le está hablando al grupo sobre los secretos del ajedrez... Ya lo sé, Isaías. ¿Crees que no me he dado cuenta? Lo sé, te lo repito. Pero no te lo voy a permitir. Recuerda que soy yo la que lleva el control. Bastante cansada estoy como para que ahora no sólo me prohíbas hablar de nuestra madre, sino también de los hombres presentes en el salón de clases de la Colonia de Alienados Etchepare donde nos

encontramos atendiendo al maestro contratado. El señor Antón es una persona mayor. ¿No lo has oído acaso? Es cierto lo que dices, Isaías, acabas de descubrir mi verdadera intención, pero no quiero conocer detalles de esa persona para lo que te imaginas. Perdóname nuevamente; sabes que no es mi afán mentirte, pero en ocasiones no me queda alternativa. Yo sé que adviertes un toque distinto en mis teclas cuando aparece su nombre en mi discurso. Pero sé también que por ese mismo motivo no has querido nunca describirmelo. Eres consciente de que te he pedido en distintas ocasiones que me digas cómo es el señor Antón. Tanto por dentro como por fuera. Al principio te lo solicité con disimulo y, lo sabemos, sólo recibí silencio de tu parte. Luego traté de ser un poco más directa y obtuve, también lo sabemos, sólo tu mudez como respuesta. Al principio, Isaías, mencionabas asuntos que nada tenían que ver con el tema que te planteaba. Luego preferiste aparentar que ni siquiera intentaba comunicarte algo. Mis preguntas acerca del señor Antón se volvían invisibles. En cierto momento pensé, deseo ser sincera, Isaías, que ibas a ser capaz hasta de apagar el tubo de metal en esas ocasiones. Que cometerías ese acto tan cruel y habitual en ti. Ya son varios los asuntos que debemos discutir más adelante con detenimiento. Creo que únicamente de esa manera, examinando a fondo nuestros asuntos, es como vamos a conseguir continuar andando juntos por la vida. Ya te lo he dicho ininidad de veces, sólo somos hermanos. No puedes tomarte otro tipo de atribuciones. Disculpa que te lo diga, menos mal, que no puedes comunicarte con nadie en este mundo sin mi intermediación, pero como sabes, soy yo quien lleva el mando. Me debes, no lo puedes olvidar, agradecimiento y obediencia. Por más que a nuestra madre y a la gente del entorno le exprese, a través de la pantalla de la computadora que llevo cargada, que es un honor servirte de lazarillo y que lo hago por el gran amor que te profeso, lo cierto es, Isaías, que mi poder sobre ti me causa una oscura satisfacción. Pero nadie más puede estar al tanto de las razones por las que no me separo ni un instante de ti. Los motivos por los que cumplo hasta el menor de tus deseos. Lo que me lleva a sacudir tu pene y permitir que me tomes de las distintas maneras en que sueles hacerlo. Lo que no seguir permitiendo es que te comportes de manera desagradable. Y menos aún que ni siquiera tomes en cuenta los favores que te solicito; en este caso los que se refieren al señor Antón. No, no, Isaías, ahora no quiero aceptar tus explicaciones. Y tampoco deseo que cumplas mis deseos a destiempo. Es más, te prohíbo de manera terminante que olfatees al señor Antón o que me compartas las conclusiones a las que ya has llegado. También me molesta, Isaías, creo que es una buena ocasión para repetírtelo, que confundas nuestras prácticas nocturnas. El amor que nos profesamos es de otra clase. A pesar de los actos que, una y otra vez, consumamos, lo nuestro es un asunto de hermanos. Tengo la impresión, a pesar de tu negativa, de que quieres más de mí. Y eso es algo que, pensé, lo teníamos resuelto. Precisamente, en este instante, Isaías, el señor Antón se está refiriendo a la alta tasa de dementes que existe entre los jugadores de ajedrez. Su teoría es que tienen un cerebro superior que termina destruyéndose a sí mismo. El señor Antón afirma que en la Colonia de Alienados Etchepare deberían designar un pabellón exclusivo para este tipo de trastornados, especialmente para quienes fueron campeones de torneos. Ayer, Isaías, el maestro nos contó de la ocasión en que conoció a un músico contemporáneo. Puedes creerlo o no. Ya sabes, muchas veces, sin querer, eso sí te lo puedo asegurar, invento varios de los asuntos que te transmito. Nos refirió que su encuentro con ese artista desató una discusión, curiosamente, con respecto al profeta Mohammed, quien, lo sabes Isaías, es el iniciador del islam. El maestro nos dijo que intercambiaron opiniones acerca del decreto donde se declaraba al perro animal impuro. Luego, Isaías, de manera repentina, el profesor cambió de tema. En este momento, Isaías, alguien del grupo expresa algo. No sé exactamente quién está hablando. Pregunto si la obra del agrimensor de quien nos habló en cierta ocasión contaba con alguna importancia. Y si finalmente fue publicada. Ignoro, repito, quién hizo la pregunta. Pudo haber sido Juanita o el señor Antón. O quizá fue Christian. Lo que sí recuerdo es la respuesta del maestro. Señaló que le parecía una obra impresionante. Única. De carácter flexible, además. Y, aunque no lo creas, Isaías, ayer mismo, o hace unos minutos, ya no sé, el maestro sacó la obra completa del agrimensor, escrita en un solo papel y nos la leyó, completa, a todos los presentes. Por supuesto que capté el truco al instante. Me quedó claro que el maestro no se refirió al agrimensor de manera casual. Lo tenía preparado de antemano. Es obvio, nos quería leer una obra completa aquí mismo. De otra manera no habría llevado al salón de clases el papel donde estaba escrito el trabajo de aquel autor del que, además, nunca nadie antes había oído hablar. Eso no lo confesó el propio maestro, que se trataba de un autor totalmente desconocido. Según el músico contemporáneo, con quien el profesor discutió aspectos del islam, lo sería tanto o más que el autor del Quorán. Mentira, Isaías, no estoy de acuerdo con el músico, cualquiera sabe que el libro sagrado fue escrito por Mohammed. Si nos hubiera traído el Quorán, se lo hubiera demostrado. Sí Isaías, así se escribe, *Quorán* y no Corán, como lo hace la mayoría. El nombre del profeta, además, es Mohammed y no Mahoma, como repiten algunos por allí. Eso lo aprendí cuando era capaz de escuchar, en una de las clases de la escuela para ciegos nos hablaron con exactitud del islam. Ignoro las razones por las que me impartieron esa materia en forma tan detallada. En realidad, Isaías, no aprendí los asuntos del islam del señor Antón... ¿cómo crees que un hombre tan gentil se habría acercado a mi cama aprovechándose de que tú dormías? Se trataba de una buena escuela. Te dije que allí aprendí a tocar el piano de maravilla. Lástima que a ti te sacaron apenas quedé sorda y los médicos afirmaron que a ti te ocurriría lo mismo. En esa época tú ibas a la escuelita de los niños ciegos, que era como se conocía a la sección infantil. El maestro, Isaías, después de acabar de leer la obra del agrimensor habló sin parar otra vez de asuntos de orden personal. Ninguno de los

presentes tuvo ocasión de replicar a nada de lo que nos decía. Espero que la supervisora de la Colonia de Alienados Etchepare venga antes del tiempo que le tengo calculado. El maestro, Isaías, nos está comenzando a leer la obra completa del agrimensor. No menciona, como seguro imaginas, sólo los títulos. No, nos transmite en su totalidad el contenido de los cien libros que la conforman. Termina la lectura en menos de un cuarto de hora. Comienza con el primer volumen. 1. Un grupo de monjas sentadas en el pasillo de un asilo se encuentra esperando que termine la ceremonia de extremaunción de unos ancianos. 2. Aquella mañana un sujeto se levantó temprano. No miró el reloj despertador. Al cabo de media hora ya estaba listo para salir. Eligió un pantalón azul y una camisa a cuadros. Demoró un cuarto de hora en la cocina. Cortó un tomate, sacó del refrigerador un pedazo de queso y se lo comió todo junto. Utilizó un plato donde vertió aceite y sal. Decidió luego dar una vuelta alrededor de la fuente de un parque cercano. 3. ¿Le gusta este jardín que es suyo? No deje que sus hijos lo destruyan. 4. Cada vez que corta un pedazo de carne lo hace pensando en las horas que le faltan para volver a su casa. Se le aparece en esos momentos la imagen de su mujer amantando a su hijo. 5. Un niño deseaba una bicicleta para su cumpleaños. Cuando aquel día llegó, sus padres le regalaron una de manubrios altos. 6. Para realizar el examen de matemáticas, la maestra debió preparar las preguntas la noche anterior. Lo hizo antes de acostarse. En un pequeño escritorio ubicado en su habitación fue revisando el libro guía mientras apuntaba los temas sobre los que versaría la prueba. Al día siguiente, la maestra ordenó que cada quien sacara una hoja de papel y pusiera su nombre en la parte superior derecha. Una hora después recogió los exámenes. 7. Sentencia. El dolor, Isaías, es un instante, y su permanencia, su representación. 8. Para escribir la carta que le solicitan, cierto sujeto afirma que necesita una pluma fuente de una marca determinada. Dice que con una Pelikan verde esmeralda escribió más de una vez pasajes agradables de su vida. Lamentablemente, ya no se encuentran en el mercado plumas con semejantes características. Concluye, entonces, que lo más parecido a lo que desea estaría contenido en un lápiz, aunque sabe que es de mala educación utilizar ese instrumento para el tipo de carta solicitada. ... Ya me cansé, Isaías, de copiar lo que dice el maestro. Para que tengas una idea, los libros del agrimensor van llegando, de esta manera, hasta el número cien. Pero, querido hermano, no me encuentro en condiciones de repetirlos todos. Mejor, te lo sugiero, imaginemos el resto. ¿Cómo será oír bien, Isaías? Quizá lo hacíamos cuando éramos pequeños, cuando yo podía tocar el piano y tú escuchar a nuestro padre decirte mi Darfil antes de que te fueras a dormir. El maestro, de pronto, abandona la clase. Ahora que nos ha dejado solos, tengo la impresión de que todos se ponen a remedarlo repitiendo, en son de burla, algunas de las obras del agrimensor que leyó. Me parece, Isaías, que el resto del grupo se está comenzando a dar cuenta de lo inepto que es. Que por qué mejor no se lo come un perro, dice alguien; me parece que es Christian. No entiendo bien lo que está pasando, ni el motivo por el que imitan al profesor y por el que le desean, repentinamente, que lo maten. No creo que sea sólo por su ineptitud. Tal vez se trate de una broma; lo ignoro. Ahora oigo que habla Valeria. Dice que ella pensó que el libro iba a ser de determinada manera y no de otra... No, perdón, ahora ya parece que escucho bien, Isaías. Están comentando partes del texto que han escrito. No puedo determinar cuál de los integrantes del grupo está hablando ni tampoco si el maestro ha vuelto. Hay un rasgo del Darfil, muchos de los compañeros del grupo han empezado a utilizarlo ya como personaje central, con el cual el profesor no parece estar de acuerdo. Ignoro, Isaías, en qué puede consistir semejante característica. Me da la impresión de que el grupo ha llegado a la conclusión de que el Darfil es un hombre con dinero, afortunado. El maestro interviene para decir que él habría deseado que apareciera portando cualidades opuestas; habría querido, además, que el Darfil los matara finalmente a todos. Isaías, nuevamente no entiendo. Ignoro si desea que le hubiera dado muerte a los demás personajes que aparecen en los escritos de los compañeros o a nosotros, los internos del pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare donde nos encontramos recibiendo un curso. Sólo ahora me acuerdo de que anoche te demoraste más de lo normal. Lo tenías más duro, Isaías, aunque con una dureza distinta a la de tus mandíbulas cuando empiezan a ponerse rígidas y me producen dolor. Uno semejante al que sintió el joven amigo del maestro en aquel país comunista en una situación semejante, un pene atrapado por un muerto. Anoche, Isaías, estuve temerosa de que alguien pudiera descubrirnos. Mientras más tiempo nos tome permanecer unidos en alguno de los recovecos de los bosques, las posibilidades de que nos sorprendan son mayores. El maestro está regañando al grupo. Lo hace de manera violenta. Afirma que nada bueno puede salir de estas sesiones. Nos acusa de no haber entendido las reglas a partir de las cuales íbamos a crear el libro. Reclama que ninguno de nosotros aplicamos en nuestros trabajos las normas de un código de escritura que pidió que leyéramos. Es cierto que lo envié por correo electrónico para que cada quien lo escuchara a través de sus computadoras. Ignoro lo que hagan los demás, Isaías, pero yo utilicé el aparato que llevo colgado únicamente para escribirte a ti. Sabes que me parece innecesario decírtelo. Que no lo hago sólo con la intención de aparecer ante los demás como una hermana abnegada, dispuesta siempre a cumplir tus deseos. ¿Te has puesto a pensar, Isaías, que si yo no me dedicara a ti de tiempo completo, quedarías sumido en las tinieblas y el desconcierto más absolutos? No, no deseo algo semejante para ti. Tampoco quiero que te sientas agradecido. Al menos no de esa manera. Es mi deber como hermana ciega y sorda ayudar a mi hermano ciego y sordo. Creo que es simple. Te perdono, querido hermano, aunque sea testigo de que, de manera intempestiva, te veas presa de enfados gratuitos cada vez que, por ejemplo, menciono a nuestra madre. O que te niegues a describirme al señor Antón. No importa, Isaías, te

entiendo. No debe ser nada fácil la vida para ti. Nunca te enseñaron a caminar con bastón por la calle. Tampoco recibiste, como yo lo hice en su momento, unas lecciones de piano que jamás podré olvidar. Parece ser que el punto que colmó la paciencia del maestro fue cuando Christian mencionó la resurrección del Darfil. Ahora toda la clase se está riendo. Se repiten las cosas, Isaías. De la misma manera como nosotros nos contamos, una y otra vez, la matanza de perros que llevara a cabo el profeta Mohammed. La descripción, que en ocasiones siento como borrosa, de aquellos cuerpos sacrificados de las maneras más crueles. De las piras funerarias que se realizaron en el vertedero de la población. Imagino una infinidad de cuerpos ardiendo durante días enteros. Tú y yo metidos en la escotilla de un barco. Que nos destruyan, ya de una vez, juntos los dos. Que prendan fuego lo más pronto posible. Especialmente ahora, mientras aprisionas tus mandíbulas pese a tu voluntad y con la inmensa fuerza que sólo es capaz de producir el deseo de un muerto. Las ratas nos observan. Aunque, tanto tú como yo sabemos que esos animales no existen. Que en este mundo sólo estamos tú y yo. Eso nos lo dijo nuestra madre en dos ocasiones. La primera cuando salí con bien de la operación de implante coclear a la que fui sometida. Y la segunda cuando nos dejó en las instalaciones de la Colonia de Alienados Etchepare antes de partir para siempre. Ahora el maestro, después de haber expuesto infinidad de temas cuyo contenido desconozco, pide que nos tomemos un descanso. Un descanso, por favor, insiste; y yo, Isaías, estoy de acuerdo. El receso se debe a que hubo problemas, parece que serios, con la computadora de Valeria. Algo le sucedió. Hubo un cortocircuito, me da la impresión. Ahora todos hablan entre sí. Creo, que se derramó algún líquido en el teclado. Valeria se queja de que el percance le impedirá acudir a su programa de radio "Mirando con sonidos" que conduce. Y no sólo parece molestarle no acudir a la estación, sino haberse visto impedida de notificarles su ausencia. Tanto tú como yo, Isaías, sabemos que aquello no es cierto. Valeria no es directora de ningún programa. Así como tampoco son verdad, eso ya lo hemos hablado, Isaías, las cosas que suele decir Aníbal, nuestra compañera de pabellón, con respecto a su trabajo en la estación terminal de transporte público. La tal Aníbal, ya luego te contaré la razón por la cual utiliza un nombre masculino, tampoco puede salir de la Colonia de Alienados Etchepare. Estamos de acuerdo en que nos es incomprendible que muchos de los internos simulen mantener una vida activa fuera de los límites de la institución. El maestro, ante el problema de la computadora de Valeria, sugiere que le preguntemos al cronista lo que se debe hacer para resolver el percance. ¿Te olvidaste de su existencia? Ha estado presente desde el principio. ¿No lo has olido acaso? En este instante me entero de que se ha dedicado a asentar en una libreta lo que ha ido sucediendo estos días en el salón. Lo dice de manera expresa. El maestro interviene para decirle al cronista, como si este no lo hubiera advertido en su momento, que nosotros, los que acudimos al curso, somos un grupo de discapacitados. Fíjate bien, le dice, esos hermanos, en otras palabras, nosotros, andan siempre juntos; Valeria tiene estropeada la computadora; el señor Antón propone la idea de pasar las jornadas pensando con frecuencia en partidas de ajedrez. Querido Isaías, ahora advierto que todos los aquí presentes, sea el maestro, el cronista o los asistentes al taller nos encontramos dentro de la Colonia de Alienados Etchepare por razones distintas. El maestro, ya lo habíamos intuido, también se queda a dormir en la institución. No debe de tener alternativa. Por lo que hemos podido apreciar, aunque con las historias que nos cuenta se las quiera dar de cosmopolita, no parece tratarse de una persona con los recursos necesarios para vivir en un área cercana. La Colonia de Alienados Etchepare se encuentra ubicada en una zona de abolengo. Me lo ha dicho la supervisora. Me comentó también que existe un lugar determinado dentro de la institución para que el personal en turno pase la noche. Seguramente, Isaías, en esa parte duermen tanto el maestro como el cronista. Cuando le pregunté a la supervisora si no tenían temor de los perros salvajes que nos rodean, me contestó que le daba un poco de vergüenza admitirlo, pero la sección donde habita el personal es una zona resguardada con altas alambradas. Quizá me sorprendió inconscientemente escuchar semejantes palabras. Tal vez realicé un movimiento no intencionado que la supervisora interpretó de determinada manera. El caso es que comencé a ofrecerme una serie de disculpas. Entre otras, me dijo que, precisamente, junto con otros miembros del personal, estaban gestionando ante las autoridades que los pabellones de los internos también queden protegidos por vallas de alambre. Expresó que el emprendimiento llevaba cerca de cinco años y que en aquel pliego de reclamos no sólo estaba contenida la seguridad de los pacientes, sino también el mejoramiento del estado en el que se encontraban los servicios de agua y calefacción y las condiciones de higiene de la cocina donde se preparan nuestros alimentos. No se podía negar, me aclaró, que se habían conseguido ciertos avances. Uno de ellos fue el frustrado traslado de los perros a los confines del país. De no ser por la lucha del personal a nuestro servicio, aquello habría sido impensable, me dijo. Los protectores de animales que de vez en cuando protestan a viva voz a las puertas de la Colonia de Alienados Etchepare lo habrían impedido a como diera lugar. La supervisora me continuó diciendo que ya estaban avanzadas las gestiones para comprar cientos de metros de malla metálica. Hace algún tiempo, incluso, se consiguieron varios rollos de alambre pero de púas. Hubo algunas reuniones donde se llegó a la conclusión de que no era adecuado utilizar un material semejante. Los accidentes que sufrirían los pacientes, especialmente los que padecen esquizofrenia, iban a ser peores que los causados por los perros. ¿Qué proponemos que se haga? Eso lo dice el cronista. No lo sé, Isaías, ignoro dónde se encuentra el maestro, quizá haya ido al baño. Y al decirte esto espero que no te den ganas de ir a ti también. Cada vez que escribo *baños* en la computadora, de inmediato me informas que quieres que te conduzca allí. Sé que muchas veces no

tienes necesidades reales. Aunque lo que hacemos con frecuencia he leído que también es una necesidad. No sólo tuya sino de los dos. No siempre me gusta hacerlo, debes estar consciente de eso. Quiero que sepas, por ejemplo, que anoche no me gustó. Fue muy rápido. Me sorprendió especialmente cuando dijiste, ya basta, hace frío; llévame de nuevo a dormir. Ayer, Isaías, fue diferente. Mientras te iba conduciendo a nuestro pabellón empecé a pensar que yo también debo de haber cambiado. Estoy un poco fastidiada de que no haya existido para mí algo más. A veces siento deseo de otros, Isaías. De Christian, por ejemplo. Con la voz que logro escuchar imagino que es distinto a ti. Apetecible de una manera diferente. Tampoco creas, querido hermano, que me dejo tomar por ti por obligación o por querer ser obediente. No, Isaías. Lo permito todo porque me causa placer. Ahora, sencillamente, quiero probar otra cosa. No te lo he dicho, Isaías, siempre he temido tu posible reacción, pero a algunos de nuestros compañeros de pabellón los he tocado una que otra vez. A Christian, al señor Antón y a otros más. Hago como si me tropezara. Del grupo que se reúne en el salón creo que me faltan únicamente el maestro y el cronista extranjero. Recuerda que tú y yo somos hermanos, Isaías. Que nuestra relación es de otra naturaleza. Es imposible que nos juremos amor eterno o cosas parecidas. Ya estamos juntos de manera sustancial. No, no me insinúes eso. No voy a abandonarte jamás a tu suerte. Siempre voy a estar aquí, Isaías. Nos vamos a socorrer mutuamente.

Si estás de acuerdo y te da temor quedarte solo cuando esté tocando a alguien más, puedes mantenerte a mi lado el tiempo que dure mi curiosidad. Sí, sí se aclaró. Se aclaró, está gritando ahora Valeria. Veo, Isaías, que tampoco entiendes lo que yo no comprendo. Podemos seguir conversando, si así lo deseas, de lo violento que fue constatar que el fuego desapareció a cientos de perros amontonados. La orden del profeta Mohammed fue firme. Antes de hablar con los fedayines, su decreto se pronunció de manera rotunda, ni un solo perro a decenas de kilómetros a la redonda. Las huestes irrumpieron en los mercados, en las casas, en las granjas. La muerte se llevaba a cabo, principalmente, a punta de espada. Los trozos de los animales iban quedando desperdigados. No te preocupes, Isaías, el maestro ya nos dijo que, en general, nuestras cabezas se encuentran llenas de información. De una cantidad inabarcable de ideas que hace difícil aceptar construcciones mentales hasta entonces desconocidas. Acabo de descubrir que el cronista que ha estado todos los días presente en el grupo se llama Henry. Estudia literatura en Estados Unidos. No dejan de parecerme extrañas algunas de las costumbres que se practican en la Colonia de Alienados Etchepare. Por ejemplo, que a pesar de nuestra supuesta clandestinidad, contemos con un testigo venido desde tan lejos. ¿Estará enterado de la fiereza de los perros que nos rodean? ¿Se hospedarán, junto al personal en turno y el propio maestro, en el área cercada? Ahora que hable con la supervisora, le preguntaré sobre el asunto. El referido cronista está hablando. Parece que se dirige al grupo en general. Dice que la tesis que prepara con el fin de graduarse tiene que ver con enseñanza y discapacidad. Que la universidad donde estudia cubrió los gastos del transporte. Que se enteró del curso porque el maestro, a pesar de tratarse de alguien de pocos méritos, es conocido por algunos profesionales del medio académico norteamericano. Claro, acuérdate de la vez en que nos habló de esos letreros gigantes. Ahora, con voz muy suave pero pronunciando de manera casi perfecta el castellano, nos comenta que le habría encantado que alguien escribiera que el Darfil descienda del cielo. Ese sería el final de nuestro libro, dice. Pero el grupo se lo cuestiona con asombro. Ignoran cómo se llegó a esa conclusión. Para la mayoría es un misterio como lo es para mí, Isaías, que un hombre místico, nada menos que un profeta, haya estado al mando de una matanza indiscriminada. La historia de un agrimensor que, al final de cuentas, no es tal le parece extraña también. Aunque el cronista sí dice mostrarse satisfecho con la parte del texto donde se describe la cópula entre hermanos. Pobre caballo, interviene el señor Antón. Propone la necesidad de lograr que un caballo, cuya proveniencia ignoro por completo, hable con una dicción perfecta. ¿Que hable quién? Sí, Isaías; yo estoy tan desconcertada como tú. El señor Antón desea que un caballo se exprese. Dice que le parece más importante escuchar las quejas de un caballo que conocer los escritos de cualquiera de los integrantes del grupo. El señor Antón incluso quiere que se manifieste también un burro aparecido, como el caballo, nadie sabe de dónde. Escuchar la voz de un burro viejo, Isaías. Y ahora, no sólo el señor Antón está hablando, sino también los propios animales que convocó. Se supone, pero no estoy segura, que el burro y el caballo se encuentran en pleno salón de clases, expresando sus opiniones sin temer la objeción de ninguno de los presentes. Tanto el burro como el caballo detallan decenas de asuntos. Incluso en número mayor a la obra de aquel hombre que se consideraba agrimensor. No te preocupes, Isaías; no tengas miedo, no me voy a mover de tu lado. Escuchemos, y te aconsejo que lo hagamos con prudencia, tanto lo que el burro como el caballo nos quieren expresar. Pero, y no comprendo sus razones, el cronista rechaza de manera violenta aquel diálogo. Afirma, Isaías, que a nadie en su sano juicio le puede importar lo que un burro y un caballo puedan manifestar. El grupo parece rebelarse en contra del cronista. Incluso proponen darle un título al texto. "La serenidad del burro y del caballo", opina la mayoría. Pero, Isaías, mientras el grupo se encuentra discutiendo sobre estos asuntos, advierto que el maestro sigue sin estar presente en el salón. Creo que le ha dejado toda la responsabilidad al cronista venido del extranjero. ¿A dónde puede haber ido? Te parecerá raro, pero extraño oír su voz. ¿Dónde estará el escritor encargado de impartirnos este curso? No, no me gustan tus bromas, Isaías. Estoy preocupada de veras por su ausencia. Es probable que incluso lo hayan atacado los perros; y, como es ya costumbre en la institución, nadie va a mencionar nunca de manera abierta un hecho semejante. Y tendrán que pasar por lo menos unas cuantas semanas

antes de que se le pueda preguntar algo sobre el tema a la supervisora. No. Siguen sin agradarme tus bromas. No insistas. No me inquieta la desaparición del maestro porque sienta el deseo de encontrarme a su lado. Y te lo repito, Isaías. Somos hermanos. No te debo lealtad alguna. Y no tengo por qué decírtelo, pero te aseguro, si eso te hace sentir más tranquilo, que nunca he tenido a nadie más que a ti. Quiero que sepas que eso tampoco significa nada. En ese aspecto no somos más que dos hermanos comunes y corrientes, salvo por el hecho de ser ciegos y sordos, aunque yo cuente, como lo sabes, con la implantación de un aparato auditivo que debemos compartir. Lo demás es naturaleza pura. No tiene que ver con ninguna historia de amor. Van varias veces que me envías mensajes que me hacen dudar de ti. Sé que está de más decirlo, pero nosotros no somos ni enamorados ni novios ni nada de eso. Cada uno tiene la libertad de hacer lo que le parezca. Te lo advierto desde ahora, Isaías, porque no me gustaría que el día que me encuentre en alguna situación con Christian o con el señor Antón, estoy segura de que aquello sucederá en algún momento, tenga que soportar alguna grosería de tu parte. Conozco bien la clase de rabietas a las que sueles sucumbir. Basta apreciar la violencia con la que reaccionas cada vez que trato de hablarte de nuestra madre. Sé que en algún momento el señor Antón va a olvidar su embeleso por el ajedrez y va a tomarme con furia. Si así lo deseas, Isaías, te puedo avisar con tiempo cuando esto suceda y así dejarte cómodo en un sitio ligeramente apartado. No temas; porque si bien es cierto que en tal situación me voy a ver obligada a desconectar los aparatos que nos unen, no te abandonaré del todo. Me preocuparía que durante ese tiempo estuvieras en un lugar seguro, donde, eso sí, permanecerías sin ver ni oír nada, como fuera del universo. Tienes que creerme cuando te digo que, además, en ningún momento voy a dejar de pensar en ti. Yo seré tu conexión con todas las cosas, ya sea que esté con Christian o con el señor Antón, mi pensamiento estará puesto sólo en tu persona. Por el tono de su voz y los asuntos que acostumbra contar acerca de su vida cotidiana, tengo la impresión de que el señor Antón es ya un anciano. Voy a tener que preguntarle, entonces, si es capaz todavía de experimentar emociones fuertes... Isaías, contesta. Ya sé que te molesta lo que te digo. No comencemos de nuevo. Dime algo, te lo ruego. Sabes perfectamente que tu silencio me hace sentir mal. Estoy cansada de repetírtelo... Ahora vamos a poner el epígrafe del libro, irrumpe la voz del maestro. Parece que ha regresado, Isaías. Puedo sentir su voz nuevamente. Está tratando de referirse, pero de manera extensa, aparte del epígrafe, a la serenidad contenida en el título que acaba de proponer el grupo. Menciona, además, la conversación que sostienen el burro y el caballo. Hay pequeñas frases e ideas minúsculas que se deben modificar, nos dice. Ahora, el señor Antón vuelve a intervenir. Usted habla como si un pájaro hubiera olvidado su flauta, le dice con voz muy alta, casi gritándole. A mí, la frase final del caballo me parece conmovedora. Algunos de los asistentes ya están comentando que si el texto propuesto por el maestro termina de esa manera, con una conversación interrumpida, es porque tanto el burro como el caballo consiguieron otro trabajo y se fueron a vivir a otro lugar. El señor Antón insiste en subrayar que el dueño del caballo no es caballo. Pero como en este caso no se sabe a qué especie pueda pertenecer el propietario, es necesario poner la palabra *Fin* antes de tiempo. Y ahora, de pronto, Isaías, el grupo saca a relucir el asunto de las muertes perpetradas por los perros. Están leyendo todavía los textos de su creación. No puede faltar entre sus comentarios la presencia de los fedayines que viajaron cientos de kilómetros con el fin de pedir explicaciones al profeta Mohammed. Dicen que el Profeta no había tomado la decisión de eliminar, de esa manera tan brutal a todos los perros conocidos por razones de salud pública, sino que la verdadera causa era que estos acostumbran acercarse a las tumbas y escarbarlas con sus patas, para luego comer los restos encontrados. Isaías, el señor Antón parece estar de acuerdo con la idea de que la interrupción del diálogo mantenido entre el burro y el caballo fue el motivo para que los dos viajaran a establecerse en otra comarca. Pero anota que olvidaron llevar sus instrumentos musicales. Ah, Isaías. Seguramente por la presencia de esos instrumentos le dijo hace unos momentos al maestro que parecía un ave que hubiera olvidado su flauta. ¿Tú crees, Isaías, que el señor Antón sea de aquellos que exigen que me cubra la cara con un fardo? Me queda el consuelo que, de hacerlo, seguramente sería en el pabellón donde nos encontramos recluidos. ¿Te puedo pedir un favor, Isaías? Sé que ni siquiera te vas a dignar a contestarme. Sin embargo... ¿crees que si te conduzco nuevamente hasta el señor Antón lo olerías, ahora sí, para decirme cómo es realmente? Le puedo insinuar que quizá sea mejor, dadas sus circunstancias, que se acueste boca arriba y no haga ningún movimiento. Estoy segura de que seré capaz de hacerme cargo de todo. Preguntan ahora que quién es el autor, y la respuesta es que no hay. El verdadero creador, Isaías, es la luz sobre la luz. Ana habla de una rifa que está organizando para mantener una vivienda para ciegos. Déjate ganar, sólo hoy en el ajedrez, le dice no sé quién al señor Antón. Final del libro. Ahora sí, creo que en estos momentos, Isaías, estoy ya preparada para transmitirte el verdadero curso que el escritor contratado nos ha venido dictando. El maestro, pretende llevar a cabo con el grupo que le acaba de ser asignado, es decir, nosotros, un taller donde aprendamos a hacer nuestros propios libros. De ese modo, en las vacaciones, por ejemplo, cada uno de nuestros compañeros podrá trabajar en sus obras sin tener que recurrir al exterior para contar con algo para leer. ¿Qué es un agrimensor, Isaías? ¿Aquel que mide la tierra? Las voces ahora se cortan. Ignoro lo que está sucediendo. Aunque alcanzo a oír a lo lejos la voz del maestro. Dice que, según nosotros, el Darfil parece querer convertirse en la Nada. Luego se echa a reír. No sé qué le contestan. El maestro nos pide que expresemos como podamos lo que hayamos escrito. El grupo pone excusas. Alguien quiere narrar en vez de leer, y el maestro dice no. Que debe leer y no contar, principalmente porque el autor no

suele venir pegado a su libro. Valeria pone la grabación que había trasladado a su memoria portátil y nadie entiende nada. Antes de esperar una aclaración todos se despiden. Se van a ir un rato; tienen ganas de tomar algo, eso es lo que dicen. No me lo vas a creer, Isaías, se escuchan a la distancia unos ruidos que asemejan balas disparadas una detrás de otra. Sólo algunos preguntan por lo que sucede. Otros salen a ver. El maestro pide que se guarde la calma. Que debe tratarse de alguna banda de delincuentes haciendo fuego. Exhorta entonces a todos a que se tiren al suelo. Los ruidos continúan. Al final, el que está dentro de una casa sale por la ventana y se va con dirección a un hotel. El maestro dice que el fugado no ha entendido nada. Se habría imaginado otra reacción del personaje de Valeria; cualquiera menos que se dirigiera, en medio del fuego cruzado para averiguar sobre la posibilidad de alguna habitación disponible. El maestro pregunta ahora al resto del grupo qué nos pareció el texto de las balas. Isaías, recién comprendo que el asunto de las balas provino de un texto que yo, erradamente tomé como si estuviera ocurriendo de verdad. Qué susto me llevé; lo debo admitir. Pero lo que sí no entiendo, querido hermano, es la razón por la que nuestros compañeros continúan leyendo si ya, hace mucho rato, tanto el maestro como el cronista dieron por finalizado el curso. El señor Antón comienza a hablar sobre un carpintero. De uno proveniente de Puente Grande. Nos cuenta que al atardecer llevaron a la horca a ese pobre carpintero. El maestro afirma que esa salida le parece un recurso fácil. Condenar a la horca a un personaje lo hace cualquiera que no cuenta con algo interesante que expresar. Yo creo que hasta aquí llego, Isaías. Estoy agotada. Apenas si oigo lo que están diciendo. En cambio, me parece más importante informarte que no me molesta lo que implica que no nos separemos jamás. Llevarte al baño en las madrugadas sabiendo que los perros se encuentran merodeando. Que me permitas jugar con tu cuerpo. Nada de eso me incomoda. Salvo, lo que ya te he comentado sobre la curiosidad que me causa experimentar nuevas sensaciones. Imagino que serán iguales pero, al mismo tiempo, diferentes. Lo importante entre nosotros, debes entenderlo ya, son otras cosas. Por ejemplo, que escriba sin parar con el fin de que no te sientas abandonado en medio de la nada. Ahora me acuerdo de algo. Tomo conciencia no sólo de que desconozco las razones por las cuales nos hallamos viviendo en este pabellón. No sé si sea cierto que nuestra madre nos haya abandonado en este lugar. El cronista nos dijo hace unos días que debemos darnos cuenta cabal de que las jaurías de perros también forman parte de nuestra realidad. Por más que ataquen a los pacientes, son parte de nosotros. Ignoro si te he dicho que algunos de esos perros no son agresivos; que muchos secretamente se vuelven mascotas de los internos e incluso de algunos empleados que se pliegan a las marchas organizadas por los defensores de la vida animal. Por eso, Isaías, debes saber que esa gente se encuentra viviendo también dentro de la Colonia de Alienados Etchepare. No sé por qué el maestro se refiera ahora a un libro que trata de vacas. Afirma que lo ha escrito una autora conocida suya, Lydia Davis. Y a pesar de ser un tema que a ninguno de los presentes nos interesa, llega a seducirnos. Pero, Isaías, así hablen de caballos, burros o vacas, yo estoy cansada de escucharlos. Que digan lo que les parezca. Lo siento, querido hermano, no hay tiempo para explicarte la razón por la cual Aníbal lleva ese nombre. Ya, Isaías, guarda tus cosas. Esta noche saldremos un momento juntos por los senderos de la Colonia de Alienados Etchepare. No olvides que también para mí eres mi pequeño Darfil. No hagamos caso a nada más. ¿Lo lograremos? Yo pienso que sí. Confiemos en ello. ¿Isaías? ¿Estás despierto? Mejor no contestes. Avisame cuando tengas deseos de salir. Isaías, ¿has oído alguna vez antes la palabra *agrimensor*? Mejor no contestes. Repito, sigue durmiendo. Deja tu tubo en paz. Los roedores todavía pueden sacar algo de provecho a los restos del anciano que tenemos acostado delante. LA JORNADA DE LA MONA Y EL PACIENTE. La situación del paciente es la del reo que espera su sentencia. Pensamiento engañoso si se tiene en cuenta el antecedente clínico que carga consigo. Habría que estar seguros de si existe cierta manera de aguardar una sentencia. Las sensaciones son indefinidas. Sufre cansancio. Como si llevara una carga que le impidiera salir, exponerse al exterior. Está seguro de no ser víctima de un mal determinado. Se trata más bien de una serie de pequeños desórdenes superpuestos que crean un caos difícil de superar. ¿Y el desenlace? ... ¿Será de origen psicológico? ¿Será químico? ¿Será, acaso, un deterioro mudo y fantasmal producido por el tiempo? ... Se habla de que el paciente duerme junto a la muerte. De que el prójimo, su compañero de cama, es el espejo de su propia agonía. ... Mientras ve comer a su gato, el paciente expresa que extraña a sus padres. Ha experimentado atisbos de nostalgia. Por primera vez en muchos años aparecen aspectos agradables de aquel vínculo. Entre otros, ha recordado los paseos al campo y a la playa. Las horas pasadas cuidando a los animales del pequeño zoológico que le permitieron instalar en un rincón del jardín. Revivió también la denodada persecución emprendida detrás de una mona feroz que escapó el mismo día de ser llevada a casa. ... Era invierno. ... Gracias a los ahorros con los que contaba, el paciente acordó con un primo ir juntos al mercado central de la ciudad. Llegaron al lugar de venta de animales. La atmósfera era gris. En esa época ya estaba prohibida la comercialización de especies salvajes. No obstante, fueron puesto por puesto preguntando por una pareja de monos. Días antes habían construido la jaula donde los alojarían. Finalmente, uno de los vendedores les pidió que lo siguieran. Fueron detrás suyo por calles enrevesadas hasta llegar a una gran casa dividida en cuartos de alquiler. Subieron unas escaleras y recorrieron algunos pasillos hasta encontrarse frente a una puerta vetusta. Tocaron. Les abrió un hombre oriental de aspecto esquelético. Pasaron a un cuarto en penumbras. En la habitación había cientos de jaulas. También una cama. Las jaulas estaban atestadas de animales. De aves, roedores, felinos y monos. El hombre volvió a acostarse inmediatamente después de abrir. El

paciente pensó en lo insólito del personaje. Supuso que podía estar enfermo pues cuando les abrió la puerta notó una bola de carne en su cuello. El paciente negoció con el vendedor la compra de los monos, un macho y una hembra. El macho era pequeño y de mayor edad. A la hembra se la veía mucho más ágil. Metieron a los dos en un saco, no sin antes amarrarles una cuerda al cuello para que pudieran ser manipulados con facilidad. Al salir consiguieron un taxi en cuyo interior sacaron a los animales. El chofer protestó. No quería transportarlos. El paciente logró convencerlo. Pero aquel hombre había tenido razón, al bajar uno de los monos ensució el asiento trasero. ... Sin embargo, fue en la casa donde empezó el verdadero desorden. La hembra se transformó en un animal agresivo. Minutos después escapó de la jaula que se le había construido. Tenía colocado un cerrojo en el exterior, pero al animal no le bastó más que un movimiento mínimo para sacar la mano por los barrotes y descorrerlo. La jaula se encontraba en la azotea de esa casa de tres pisos. Desde allí, la mona saltó por los aires para caer en la acera y desaparecer a toda velocidad. Fue cuando intervino el padre del paciente, quien ajeno hasta ese momento a la intención de su hijo de criar monos, organizó una cacería en la que participaron el paciente, el primo y algunos vecinos. Se necesitó algún tiempo para capturar a la mona salvaje, a quien metieron con dificultad nuevamente al saco. Allí venía ya el mono macho, que durante el tiempo de la captura había bajado a la cocina donde comenzó a pelar de manera ansiosa las frutas que se encontraban sobre el refrigerador. Regresaron al mercado en el auto del padre y ubicaron al vendedor, quien se negó a devolver el dinero, pero aceptó entregar otros animales a cambio. Aquella noche regresaron a la casa con un considerable número de pericos, ratas y un par de conejos. ... Pero ahora, la presunción de que todo lo contado no es más que una impostura o un grave error no deja de acechar al paciente. Piensa que quizá se preocupa demasiado por sucesos que no han ocurrido todavía. La escena de la mona saltando del techo de la casa familiar es uno de ellos. Otro, mantener un pequeño zoológico en el jardín. Aunque tal vez se adelante a los hechos para que no lo tomen desprevenido cuando sucedan. ... La verdad es que nunca compró un par de monos y tampoco mantuvo un zoológico. Le da la impresión de haberlo imaginado. ... El paciente sufre ataques de pánico nocturnos de vez en cuando. Piensa que no son más que señales de alerta, cuyo sentido es prever que nada de lo que suceda en la realidad supere el horror de lo vislumbrado. Sabe que durante su vida ha cometido una serie de errores, el más grave comprar un terreno en el campo y un auto deportivo. Está convencido de que, de no haber hecho tales inversiones habría asegurado lo principal, adquirir una casa propia. Allí permanecería encerrado sin preocupaciones externas. ... En qué época habrá sido más feliz, se pregunta. No lo fue siquiera cuando se embelesaba al contemplar sus ratas domésticas jugando con sus pequeñas ruedas y columpios. El piso estaba cubierto de aserrín. ... La jornada de la mona y el paciente. La mona se arroja del techo. El padre salta detrás. Sienten el vacío de sus cuerpos. ... Cuando alguien se decide a escribir, tendrá que escribir únicamente sobre lo que está escribiendo. Cuando alguien se arroja al vacío no puede escapar a esa acción. Como en el sueño, donde no se puede soñar más que con lo que se está soñando. Puede ser una de las razones del insomnio de ese paciente. Quizá parezca para evadir la obligación de construir un sueño según las reglas propias de sus sueños, que parecen ordenarse de una manera similar a su escritura. No puede caer libremente en la tabla que hace de cama cuando se siente extenuado. Ni amanecer de manera inocente al día siguiente. No. Debe ir hilando un orden tedioso. ... Sin embargo, aunque nadie lo espere, la fugaz mona seguirá saltando una y otra vez del techo de la casa. El padre la seguirá siempre en su camino a la nada. El punto de unión entre sueño y realidad se le presenta bajo la imagen de un reo aguardando su sentencia. Ojalá que ese tránsito no ocurra como supone, al lado de un individuo acostado en su cama. Inertes los dos. Preocupado quizá, no por las condiciones en las que pueda encontrarse quien lo acompaña, sino por la evocación de un crimen, la compra de un par de monos, cometido en el pasado. Arrepentido, no se sabe si del acto que motiva su sentencia o del error en las estrategias utilizadas para devolverlos nuevamente al vendedor del mercado. El paciente prefiere asumir un abandono absoluto de la voluntad. Dejar su vida en manos de los carceleros. Sin embargo, mantiene la precaución de guardar la llave de la puerta de la celda debajo de la almohada. Sabe que cuando quiera se puede levantar, abrir la cerradura y salir libre. Repetir la conducta de la mona apenas fue introducida a su jaula. ... Al ver al padre arrojándose al vacío detrás de un animal salvaje, el paciente siente un repentino impulso de comunicarse con su familia. ¿Vivirán todavía en el mismo lugar? ¿Quiénes serán ahora sus padres? ¿Continuarán los paseos al campo y a la playa? La nostalgia del paciente aparece como una estructura cerrada. Completa y muda. Dentro de una suerte de melancolía. Quizá recuerde de esa forma también al hombre con la bola en el cuello que abrió la puerta de un cuarto repleto de animales. El asiento trasero del taxista. La sorpresa de la madre al entrar a la cocina y encontrarse con un primate pelando con fruición una docena de naranjas. ... Aunque lo más importante es saber si el paciente presta atención cuando le dicen que harán todo lo posible por aminorar la angustia que padece. Que buscarán aliviarlo preservando, eso sí, la escritura. El paciente se asusta. Surge nuevamente la percepción de la escritura como el punto más importante de su existencia. Como si su ser fuera sólo un pretexto para escribir. ... *La escritura es mejor que tú.* ... El paciente notó con aversión la delicadeza con la que el analista trató de advertirle que se buscaría dejarla intacta. Recordó entonces la tarde en que le preguntó a una amiga de juventud cómo sería él si no escribiera. Un tipo cualquiera, fue la respuesta. ... Otra vez hay que dejar fluir el tiempo. Soltarlo hacia un infinito similar al que abrieron las caídas tanto de la mona como la del padre. Ambas con tiempos y sensaciones diferentes. Un desenfundado descenso hacia un suelo tan

liso como la tabla en la que permanece tendido el condenado. Inerte junto al cuerpo de su propia muerte. Sin poder solicitar una ayuda verdadera. Incapacitado para buscar una salida. El analista afirma que es posible que esa inmovilidad sea el origen de buena parte de sus desgracias. ¿Y por qué importaría algo semejante si nada importa realmente? Es como quedar encerrado en un baño o un elevador sin que se pueda hacer algo por remediar la situación. Un mecanismo trabado. Una cerradura sellada. ... ¿Dónde está la clave del drama? ... De vez en cuando al paciente le viene a la memoria el mito que circula sobre cierto escritor que pasaba las jornadas acostado en su cama sin levantarse durante días enteros. Su cuerpo, entre los papeles escritos, confundidos entre las sábanas y el edredón. ... Ya encontré la llave, dijo de manera clara el paciente una mañana de verano, está en la propia escritura, siempre y cuando se respete su carácter profético. Todo está ya marcado. Sobre todo el futuro. De otra manera no tengo forma de entender, prosiguió, no sólo haber sido testigo de la caída al vacío de mi padre, sino haberme visto obligado a ser paciente de la clínica fundada por la doctora Proserpina. Un lugar ubicado en una zona marginal, igual que el *moridero* descrito en el libro *Salón de belleza*, donde algunos enfermos reciben atención antes de la muerte. El paciente afirma recordar con nitidez el portón de metal de la entrada. Los ambientes techados con láminas y otros materiales desechables. Las salas de espera con pequeñas sillas dispuestas de cualquier manera. La presencia constante en el recinto de ciertos familiares de la doctora, que se trataban entre sí como si fueran médicos. Se acuerda, además, del sistema implantado para conseguir el alivio de los males. Eran contadas con la mano las pastillas que recibían los pacientes. Se hacía luego una suma y se cobraban las píldoras según un cuadro económico ideado para cada enfermo. Lo que ignoraban esos pacientes era que, por ley, esas medicinas debían entregarse de manera gratuita. La psicóloga de esa clínica, quien tenía su consultorio en el segundo piso, se limitaba a escuchar sin emitir palabra las quejas de los pacientes. ... Cuando oyó la historia de la doctora Proserpina, el analista pidió sorpresivamente pasar una noche por semana en casa del analizado. Solicitó que se adecuara una habitación para quedarse en el hogar del paciente la noche de los jueves. Adujo querer observar de cerca la conducta que mostraba en su medio habitual. Deseaba evitar el mecanismo de convertir mentira en verdad, que seguramente se producía durante su traslado al gabinete y que lo llevaba a inventar un nombre semejante, Proserpina. En ese recorrido, el paciente contaba con un tiempo precioso para ir colocando una serie de máscaras a su condición real. Era preciso estudiar su comportamiento, sin que lo advirtiera, dentro de su hábitat realizando sus labores cotidianas. Contaba con un plan meticuloso para pasar las horas en su casa. Llegaría alrededor de las nueve de la noche, después de haber cumplido con su última consulta, y la abandonaría al día siguiente, cerca de las nueve de la mañana. Llevaría consigo una serie de textos producidos por él mismo, que iría recitando en voz alta mientras el paciente se desenvolvía en su hogar como si el analista no se encontrara presente. Los más importantes serían leídos al final de la jornada, cuando el paciente estuviera acostado y listo para dormir. El analista entraría entonces al dormitorio del analizado, vestido con una bata y unas pantuflas, y se sentaría al borde de la cama. Leería las páginas de sus últimas teorías hasta que el paciente se durmiera. Como sus textos eran extensos, no importaba el tiempo que el analizado demorara en quedarse dormido. En ese momento el analista les apagaría la luz para retirarse al cuarto que le había sido asignado. Los viernes el analista mantenía cerrado su gabinete. Aprovecharía la céntrica ubicación de la casa del paciente para dedicar esa mañana a visitar las librerías de viejo situadas en los alrededores. Antes de regresar, pasaría nuevamente por la casa del analizado a manera de despedida. Afirmaba que esa segunda visita era la más importante. Era entonces cuando comprobaba los efectos de haber pasado la noche allí. Podía darse el caso de que, al regresar nuevamente, el paciente aún estuviera dormido o que hubiera salido a la calle. Esas opciones eran las óptimas. Tanto el sueño como el abandono del hogar podían ser señales de que el método daba alguna esperanza. Si, por el contrario, lo hallaba recluso, actuando como si nada fuera de lo normal hubiera pasado, podría tratarse de un síntoma de que algo había escapado a su control. Sin embargo, una posibilidad semejante no lo haría desechar la empresa de pasar en casa del analizado la noche de la semana siguiente. Sólo lo haría ser más cuidadoso al elegir los textos que le leería antes de dormir. Cuando el paciente informó en su casa sobre las visitas del analista, originó cierta incomodidad. El enfermo con quien pasaba las noches dijo que se iría esos días a dormir a otra parte. Incluso se atrevió a especular que seguramente el analista estaba harto de su mujer y que por eso no quería dormir en su casa. Señaló que quizá estaría cansado de las acotaciones que la esposa acostumbraba realizar en medio de las consultas que llevaba a cabo su marido. Es cierto, en más de una ocasión el paciente le había contado al enfermo que la mujer no sólo se encontraba presente durante las sesiones de terapia, sino que interrumpía todo el tiempo. Le había informado también que el gabinete del analista no era lo suficientemente cómodo. Estaba ubicado en el mismo cuarto donde vivían. Todo estaba a la vista. La cama matrimonial. La mesa donde se comía. La esquina que servía de cocina. Las dos repisas que hacían las veces de librero, así como la silla de ruedas de la mujer, quien no dejaba de hablar a pesar de que el marido la callaba a cada momento. Comentaba sin cesar las palabras formuladas tanto por el paciente como por el analista. El analizado le comentó al enfermo que, por otro lado, la forma de vida del analista le parecía bastante práctica. Envidiaba que los elementos necesarios para la jornada diaria estuvieran siempre al alcance de la mano. Le dijo que para vivir no se necesitaba más que lo que se podía encontrar dentro de un cuarto. El resto era una suerte de despilfarro, tanto de tiempo como de energía. Incluso la figura de la impertinente mujer podía ser tomada como la presencia que toda persona

cuerda debe tener siempre al lado. En este caso, la mujer se mantenía todo el tiempo alerta a la aparición de cualquier lapsus. El paciente imaginaba que al dejar aquella azotea los esposos comentaban entre ellos la sesión que acababa de tener lugar. Durante las terapias el paciente se fue enterando de muchos detalles inesperados. Supo que él era el único paciente. También que el analista se encontraba en una mala situación económica y, lo más importante, que quien terminaba aclarando la esencia de los casos era ella. Se enteró de esto último de manera inesperada, cuando estaban a punto de acabar una sesión, la mujer interrumpió los discursos para decir que el síndrome que mostraba el paciente se trataba de un caso típico, estudiado y resuelto desde los orígenes de la brujería. Que lo que hacía falta realmente, en lugar de tanto intercambio de palabras, era la presencia de un yerbero o de algún tipo de homeópata que supiera administrar las sustancias capaces de armonizar las energías del cuerpo. En ese momento el analista, irritado, le hizo una seña a la mujer indicándole que más tarde hablarían en privado del asunto. Luego de dar su opinión, la mujer consideró innecesario seguir presente en el cuarto. Por primera vez el paciente la vio desplazarse en su silla. Según los indicios observados, había pensado que vivía en la inmovilidad total. Pero no, de pronto la vio mover los brazos con energía y accionar por sí misma las ruedas de la silla. Se acercó a la puerta, la abrió sin dificultad y salió. Aprovechando la ausencia de la mujer, el analista le aconsejó que para mejorar su situación no debía recurrir a nadie ajeno. Tenía que enfrentar la vida tal cual. Es decir, levantarse de la tabla, nombre con el que se bautizó a la cama donde el paciente afirma dormir junto a su propia muerte, y ponerse a trabajar como cualquiera. Al oírlo, el paciente argumentó que eso lo había sabido desde siempre. Que precisamente no haberlo podido realizar había originado la crisis en la que se encontraba. Era la razón por la que consideraba hasta cierto punto normal su aversión a salir a la calle. Aunque estaba convencido también de que su estado era producto de haber sido atendido por una serie de médicos ineficaces, como la doctora Proserpina y la serie de parientes que la acompañaban. ... Lo que no se puede negar es que el analista hizo la salvedad de que era buen síntoma que la escritura ocupara todo su tiempo. Un bálsamo para su situación. Aunque dudaba si esa escritura se estaría transmitiendo de manera correcta. No poder comunicar la palabra acabaría por abolirla, sentenció. ... La idea de que un terapeuta viniera a vigilarlo los jueves a su casa había surgido ya, de la nada, en la mente del paciente. Por eso le impresionó que días después el analista le hiciera la propuesta. El paciente llamó al enfermo con quien convivía para comunicárselo. Al volver esa tarde a su casa encontró que todo estaba dispuesto para recibir la visita. Los pisos pulidos, los muebles y los marcos de las ventanas libres de polvo, preparada la cama para los huéspedes. Sintió entonces ternura por el enfermo que lo acompañaba pues eso de la visita no era más que una elucubración de su mente. ... Al oírlo, el paciente temió que a partir de esas visitas cesaran los debates que solían generarse en el cuarto de azotea donde era atendido. Que, con la presencia del analista en la casa, las discusiones en aquel cuarto se transformaran ahora sí en verdaderas sesiones de psicoanálisis. Entre otros cambios, el paciente tendría que acostarse en un diván. No había visto ninguno en el cuarto, aunque era probable que le hubiera pasado inadvertido. Tendría que referirse, además, a asuntos que hubiera preferido no tratar. Incursionar en la infancia. Volver a la figura del padre. Enfrentar la indiferencia afectiva de la madre, ese desdén oculto detrás de una preocupación excesiva por la salud física del hijo. Iba a oír nuevamente a las profesoras de la escuela primaria, quienes recomendarían con insistencia al padre la a un psicólogo infantil. ... El paciente no comprende cómo fue saliendo adelante. La vida en la casa familiar. Cuando ocupó, en otro país, un cuarto frente al mar. Cuando vivió en un departamento, donde protagonizó el episodio de tomar una gran cantidad de somníferos que provocaron su internamiento en una clínica. Los episodios que se suscitaron después fueron de menor trascendencia. Hasta que, de pronto, comenzaron los ataques de epilepsia, que trató de resolver precisamente visitando al analista y a su esposa parálitica a quienes, entre otros asuntos, les acostumbra repetir que siente temor por la escritura actual. Afirma que se trata de una escritura enferma. Parecida a la de sus primeros años como autor. ... ¿Por qué el paciente llama así, *tabla*, a su cama? Esta es una pregunta pertinente en este momento del texto. ... Quizá lo haga con la intención de crear la atmósfera apropiada para soportar su estado actual. Tal vez, al decir *tabla* en vez de *cama* propicie el ambiente de extrañamiento necesario para colocar la escena en un espacio excepcional. De otra manera, perdería efecto la imagen de dormir en el lecho con el espejo de la propia muerte. El paciente permanece en vigilia buena parte de la noche. Pendiente por si a su compañero le sube la temperatura o si muestra sudoración excesiva. Ya nada puede seguir siendo igual que antes, se dice en secreto. Se han comenzado a desatar una serie de sensaciones nuevas y espeluznantes. Con frecuencia siente un frío extraño. ... Hasta ahora nadie sabe por qué el paciente se rehúsa a declararse enfermo total. Terminal y definitivo. No parece advertir que haciéndolo las cosas podrían serle más sencillas de sobrellevar. Si se declarara incapacitado, es probable que alguien se ofreciera a velar tanto por su vida como por la del enfermo que duerme a su lado. Podría también lanzarse libremente al vacío detrás de una mona salvaje adquirida de manera ilegal. Al vacío infinito que su cuerpo iría abriendo al caer. A un espacio donde sería capaz de redactar, por fin, un texto adecuado. El analista se lo ha aconsejado más de una vez. El paciente parece estar de acuerdo. Ha comprobado, al menos, que la idea de componerlo lo aparta del horror. Cree, además, que no es tan absurdo tomar en cuenta declararse enfermo, pero para hacerlo efectivo debe llamar antes al analista para que lo instruya en los pasos a seguir. Pero es fin de semana y sabe que no le va a contestar. Ante la imposibilidad de comunicarse, el paciente decide tomar una pastilla, 0.25 mg de Alprazolam. Media hora después la

angustia cede, pero sólo hasta cierto punto. Debe ir a recoger al gato del veterinario. Le han realizado una intervención ligera. Una punción. Parece que a raíz de una herida o de una picadura, una oreja se le estuvo llenando de agua. Cuando llegó al consultorio, el encargado comenzó a hablarle sin parar. Acababa de aplicar un tratamiento con choques eléctricos a una caniche que había perdido la movilidad de las patas traseras. Mientras le iba hablando, ejercitaba a la perra en su presencia. Luego de la demostración, el veterinario le dio las instrucciones necesarias sobre lo que se debía hacer con la oreja del gato, extirparla. ... Más de una vez el paciente había deseado informarles, tanto al analista como a su mujer, que se estaban dirigiendo a alguien que sufría de locura. Que era inútil intentar no sólo incentivar el deseo de declararse enfermo, sino lograr que obedeciera las directrices mínimas que le iban prescribiendo. Pero lograr algo semejante sería tan absurdo como haberle formulado alguna pregunta al hombre de la bola de grasa en el cuello. Al sujeto que se encontraba acostado, indiferente a los gritos de los cientos de animales enjaulados. Este recuerdo es precisamente uno de los más difíciles de soportar. ... El paciente procura pensar a cuentagotas la mayor parte del tiempo. Apenas aparece alguna idea que le pueda hacer daño, la hace desaparecer. Trata ahora, en el presente, de que sucedan la menor cantidad de posible cosas. Es por eso que la tabla donde duerme se convierte en el mejor lugar para que no acontezca nada nuevo. ... Más de una vez, sobre todo cuando la mujer del analista pide en plena sesión que la conduzcan al baño, el paciente ha examinado los tomos acomodados en las repisas que les sirven de librero. Los ejemplares están organizados según los temas y siguen un orden alfabético. Los de medicina junto a los de psicología. Después los de literatura. En un rincón, los libros que supone son propiedad exclusiva de la mujer. El paciente piensa que son suyos porque más de una vez la vio leer sólo los colocados allí. Se trata de textos escritos por sabios. Imaginó a la pareja buscando en esos volúmenes una cura para sus males. De allí habría surgido la idea de que la solución de su caso era conocida desde casi el origen de los tiempos. Cuando el paciente la escuchó quedó sorprendido. Pero recién ahora, mientras se encuentra revisando los ejemplares del librero, comprende en su verdadera dimensión lo que esa mujer le había querido decir. En la vida todo no es más que una reiteración constante. ... Era impresionante apreciar la manera en que el analista tenía asimilados los gestos de su profesión. Desde el modo de estirar la mano para saludar al paciente, hasta la forma de extender esa misma mano para recibir el dinero que percibía luego de la consulta. Era notable también su forma de mirar. Colocaba los ojos de tal forma que se mantenían fijos en las pupilas del analizado. La mujer acostumbraba prorrumpir en carcajadas cada vez que veía a su marido llevando a la práctica esas actitudes. ... Uno de los momentos más críticos que el paciente apreció en la relación entre marido y mujer, se dio cuando en su primera visita el analista dio por aceptada la cantidad de dinero convenida para las sesiones. Le solicitó una suma que estuviera a su alcance. El paciente hizo un rápido recuento de sus finanzas. Calculó dos monedas. El analista estuvo de acuerdo en recibir las. Expresó claramente que no pretendía hacerse rico llevando adelante un caso como el suyo. Cualquier dinero era bienvenido. Quien se quejó fue la mujer. Afirmó que el paciente era el único que acudía a atenderse al cuarto. Que habían llegado a una situación tal en la que no tenían ni para comer. Menos aún para darle un mantenimiento adecuado a la silla, que de vez en cuando requería de engrase y ajuste general. No estaba de acuerdo con la tarifa propuesta. Se trataba de una mujer que necesitaba estar bien alimentada. ... Meses después, muy temprano en la mañana, la mujer chilló desde su cama. Su marido todavía no la había sentado en la silla. La mujer no esperó a que la levantara para explicarle que si el paciente experimentaba que dormía junto a su propia muerte era porque acostumbraba compartir la cama con una persona que sufría de su misma enfermedad. Los dos cuerpos, uno al lado del otro, tomados por un síndrome similar. Acurrucados entre las cobijas. En cambio, la teoría que fija al paciente como un condenado a muerte sólo puede ser producto de tu mente enferma, terminó diciéndole. No obstante, para el analista el paciente sí estaba afectado por un mal físico. Tanto él como la persona con la que compartía el lecho. ... Durante la primera sesión el paciente señaló también que estaba preocupado por dejar ordenados sus escritos. Deseaba organizarlos por si alguien en un futuro se llegara a interesar en ellos. ... A veces ocurría que, a mitad de una sesión, el analista sacaba desesperado a la mujer del cuarto y no la volvía a regresar. Más de una vez había oído sus gritos a la distancia, dirigidos casi siempre a su persona, instándolo a no hacer caso a lo que su marido dijera. El diván, que había estado siempre en un rincón, olía mal. En realidad, la habitación en general presentaba cierto vaho desagradable. El paciente había solicitado varias veces que las sesiones se llevaran a cabo con la puerta abierta. Sucedió, generalmente, cuando antes de su llegada la pareja freía un pescado o un trozo de conejo. Por medio de la mujer, el paciente supo que el analista era muy afecto a la carne de conejo, al que solía llamar mi *delicioso lapán*. ... Gruñidos, zureos, rugidos, aullidos. Fue recién en aquella azotea que el paciente reparó en que la habitación del hombre de la bola en el cuello era un depósito clandestino de animales. Aquellos sonidos le parecieron similares al aura que producían las palabras emitidas tanto por su padre como por el enfermo con quien compartía la cama. Voces capaces de generar un aura. El paciente cree que el sonido de esas palabras, que surgen de las bocas como pompas de jabón, sobrepasaba por mucho al de los felinos, aves y cuadrúpedos que mantenía a su lado el hombre del cuarto de los animales prohibidos. ... Mientras tanto, el padre quedó muerto en el pavimento. Inerte. Con la cabeza ensangrentada. La mona prosiguió su loca huida hacia las casas vecinas. No cabía duda de que el paciente era el principal responsable del evento. Fue él quien juntó el dinero necesario para ir al mercado y, en voz baja, decirles a los vendedores que deseaba

adquirir una especie prohibida por las leyes de protección. La hembra se lanzó sin más del techo de la casa. Pasaron tres segundos, uno, dos, tres. El padre saltó detrás. ... Desde su silla de ruedas, la mujer cuestionó la razón por la que, en lugar de centrar el desenvolvimiento del relato en la muerte del padre, el paciente se solaza en describir con detalles la consecuente persecución de la mona. Era evidente que los vecinos debían haber olvidado al animal para reunirse alrededor del cuerpo tendido en la acera. Alguno habría sacado diarios viejos para cubrir el cadáver. Se tendría que haber llamado de inmediato a las autoridades. Seguro llegaron una serie de funcionarios que hicieron preguntas, tomaron medidas con cintas métricas, dibujaron el contorno del padre y dispusieron el traslado del cuerpo a las instituciones pertinentes. Cualquiera hubiera creído que la mujer del analista había estado presente en el lugar de la tragedia. ... Por lo general, lo que más disfruta el paciente es mirar el cielorraso del cuarto de azotea donde se llevan a cabo las consultas. Alcanza a ver, desde el diván, parte de la cama matrimonial. Es amplia. En más de una ocasión se preguntó cómo sería el tránsito diario que haría la mujer de la silla a la cama y viceversa. Imaginaba al analista haciendo un esfuerzo mayúsculo para acostar o levantar a su esposa. Seguramente, en las noches, una vez envueltos en las cobijas, se pondrían a hablar mirando el mismo techo que el paciente aprecia en cada una de las sesiones. ... Como sabemos, los jueves el analista entra en la habitación del paciente, con bata y pantuflas, para leerle, hasta que se queda dormido, una serie de tratados en los que se encuentra trabajando. ... Sentencia de muerte. Síndrome. Dormir junto a un cuerpo enfermo. Pulsión de vida necesaria para seguir muriendo. Pequeño zoológico instalado en un rincón del jardín de la casa familiar. Males superpuestos. Caos fundamental. Angustia. Cura. Desenlace. Malestar perfecto. Instante multiplicado. Psicológico. Químico. Deterioro mudo y fantasmal. Padres. Fogonazos de nostalgia. Un mono pela desesperadamente una serie de frutas y arroja las cáscaras con violencia. Señales de alerta que lanza el yo más profundo. Intercambio de horrores. Inusitado terror a la miseria. Errores, comprar un terreno campestre y un coche deportivo. ... Lazos con el exterior. Cuerpos enfermos cayendo cada uno a su propio vacío. Sentido agudizado de la intuición. No libertad en la escritura. Serie de subterfugios para lograr una posible cura. Pericos, ratas y un par de conejos. Desear suicidarse tomando medicamentos. Sueña que sueña. El final lleva siempre a la ejecución de la pena. Guardar la llave de la celda debajo de la almohada. El autor que lo hacía todo desde su cama. La doctora Proserpina y su conteo de pastillas. Algún posible crimen cometido en el pasado. La oreja extirpada de un gato. Morir libre y abiertamente. Paseos agradables al campo o a la playa. Un baño o un elevador de los que no se puede escapar. Error en las estratagemas elegidas. La vida mansamente abandonada en manos de los carcelarios. Sueños místicos y sueños psicológicos profundos. La llave debajo de la almohada. El reo acariciándose en el cuerpo del otro. Dejar ordenados los archivos. 0.25 de Alprazolam. No hay por qué temer. La escritura no puede escribir más que lo que escribe. Analista que duerme en la cama del paciente. La mujer del analista. La oxidada silla de ruedas. Terapia física a una perra inválida. Decir *tabla* en lugar de *cama*. Transformar los síntomas en algo tangible. Estado innombrable. Relación entre el gabinete ubicado en la azotea y la habitación repleta de animales. La hipoteca. Restos de un conejo bautizado como *delicioso lapán*. El cuerpo del padre tendido en la acera y cubierto de periódicos. Ataques de epilepsia. El analista acostando cada noche a su mujer. Uso de colores primarios como vehículo terapéutico.

¿Se podrá comenzar ahora a escribir?

CANON PERPETUO

Este libro está dedicado a la fotógrafa

Alicia Benavides

Nuestra Mujer vivía en una zona donde la corrosión producida por la sal marina era muy fuerte. El efecto aparecía en los aparatos eléctricos, en las sillas de verano puestas en los balcones y en la estructura general del edificio. La escalera de emergencia se había convertido en un montón de hierros retorcidos que los inquilinos decidieron sacar para ponerla frente al mar a manera de una gran escultura. Meses atrás, Nuestra Mujer había sido comisionada para hacerle un reportaje a la esposa de cierto líder extranjero que visitaba el país. En una pausa de la entrevista, la esposa del líder salió por unos instantes de la suite del hotel donde se llevaba a cabo el reportaje. Nuestra Mujer no pudo reprimir entonces la tentación de guardar en su bolso un par de aretes que estaban sobre la mesa principal. A pesar de que los agentes de seguridad que acompañaban a la mujer extranjera notaron el hurto, Nuestra Mujer no fue aprehendida de inmediato. La esposa del líder volvió a la *suite* y la entrevista continuó con aparente normalidad. Sin embargo, las preguntas dirigidas a la entrevistada se fueron volviendo cada vez menos interesantes, pues Nuestra Mujer se había empezado a distraer eligiendo mentalmente a la persona adecuada para regalarle los aretes recién adquiridos. Fue sólo cuando regresó a la Agencia de Noticias que el bolso le fue arrebatado con violencia por sus directores. Intentó ofrecer una explicación. Nadie quiso escucharla. Únicamente le ordenaron que esperara en su domicilio la pena correspondiente. Nuestra Mujer obedeció. Aguardó un tiempo prudencial, pero nunca recibió comunicación alguna. Por eso intentó, días después, ingresar en el edificio de la Agencia de Noticias. El portero se lo impidió. Decidió entonces llamar por teléfono. Una secretaria le informó que en el banco podría cobrar a fin de mes parte de su sueldo. Tales indicaciones la obligaron a permanecer acostada muchas horas en la cama. Trató de salir lo menos posible. Cada vez que iba por los víveres repartidos quincenalmente, pensaba que, dadas las circunstancias laborales en que se encontraba, no tenía derecho a la cuota que le correspondía. Cierta

mañana sonó el teléfono. Al contestar, una voz desconocida comenzó a hablarle. Dijo que era una representante de la Casa a la que, supuestamente, Nuestra Mujer había hecho la solicitud para oír la voz de su infancia. El pedido había sido aceptado. La voz añadió que esa noche podía pasar por la Casa para oírse a sí misma. Frente al teléfono había un espejo de cuerpo entero. A Nuestra Mujer le llamó la atención el reflejo, y empezó a observar su propia imagen. Estaba vestida con una bata de material sintético, que ocultaba un cuerpo donde se notaban ya los primeros signos de deterioro. Pensó que no debía alarmarse. Ya era tiempo de convivir naturalmente con un físico que empezaba a envejecer. Delante del espejo, Nuestra Mujer recordó que no había tomado un baño en las últimas semanas. Sintió una leve comezón. Mientras tanto, la voz en el teléfono hacía un recuento de los servicios que ofrecía la Casa. Informaba que tenían a disposición muchas clases de voces. Las había de personajes históricos y de seres anónimos. También de santos y de asesinos. Nuestra Mujer estaba segura de no haber solicitado ese servicio nunca. Pero ante la insistencia de la voz, terminó creyendo en la veracidad de la solicitud. Apuntó en un papel la dirección y aseguró que en la noche acudiría sin falta. Al decirlo sintió un intenso calor que, curiosamente, en los días anteriores no había percibido. Reparó en lo tórrido de ese verano. Salió del apartamento y bajó los cuatro pisos que la separaban del sótano. Caminó sobre los charcos de agua que se empozaban en el suelo, y tocó la puerta de la presidenta del edificio para pedirle que pusiera en funcionamiento el motor de la cisterna. Al escuchar a Nuestra Mujer, la presidenta, sin abrir la puerta, comenzó a reír de manera un tanto exagerada. Exigió luego una razón válida para encender el motor. En cuarenta años jamás se había variado el horario establecido. Ante los ruegos de Nuestra Mujer, la presidenta pareció apiadarse y tras unos momentos, salió cargando un balde lleno. Se lo prestaba, pero debía devolverlo con igual cantidad de agua. Si llegaba antes el albañil con quien se había casado, tendría que entregarlo al instante. Nuestra Mujer volvió al apartamento, y le bastó el contenido de medio balde para bañarse en forma minuciosa. Con el cabello aún húmedo, salió al balcón para contemplar el mar. Miró las olas que se formaban a lo lejos. También el malecón y la estación de ferrocarril, situada a poca distancia. Al mediodía sintió hambre y se acordó de que le había tocado una lata de comida en la repartición quincenal. La conserva, que contenía cien gramos de carne de vaca, tenía como nombre Desayuno para Turistas. Tomó un puñado de galletas y comenzó a preparar algunos bocadillos. Salió al balcón a comerlos. El calor no parecía afectarla. Extendió su cuerpo al sol y se desanudó la bata. Vio una piel blanquecina, con leves tonos azules que la empalidecían aún más. Recordó épocas en que solía mantenerse bronceada. Le molestó la exagerada blancura. Se levantó con fastidio y fue a la cocina por los restos de la lata. Ya no quedaba carne, sólo el líquido donde había estado sumergida. Quizá ver el sol y la blancura de la piel la llevó a pensar que aquel jugo podría servir para tostar su cuerpo. Creía saber algo de bronceadores pues durante su infancia estuvo ligada a una marca en particular. Cuando Nuestra Mujer era niña, se organizó en la ciudad un concurso para escoger una nueva modelo para los anuncios clásicos de bronceadores. Se empezó a buscar a una chica parecida a la modelo original, esa de la imagen donde un pequeño perro le baja su traje de baño. La abuela fue quien la inscribió en aquel concurso. Nuestra Mujer fue enviada entonces a determinada dirección, donde un grupo de niñas formaban una fila. Luego de una espera más o menos prolongada, salieron unos empleados llevando una lista con algunos nombres. Gracias a la abuela, quien había hecho algunas gestiones con personas relacionadas a la empresa, Nuestra Mujer fue una de las llamadas. Antes de entrar le quitaron los espejuelos que su miopía la obligaba a utilizar. Una vez dentro, se le ordenó esperar en un corredor. De la sala de enfrente una voz iba llamando una a una a las niñas. La concursante nombrada cruzaba la puerta y no se le volvía a ver más. Cuando le tocó el turno, Nuestra Mujer observó que detrás de la puerta estaba sólo uno de los publicistas. A pesar de que la escena se le hacía borrosa, distinguió que él llevaba unos lentes puestos. Notó que los cristales de sus lentes eran verdes. Estaba de pie, al lado de un diván. Ante una seña que le hizo, Nuestra Mujer avanzó unos pasos antes de ser apresada del brazo. Sin perder un segundo, el publicista comenzó su trabajo. Metió la mano por debajo del vestido y, con un movimiento seguro, bajó el calzoncito de seda. Miró el trasero desnudo. Lo acomodó en distintas posiciones para, de pronto, volver a subir el calzoncito, alisar el vestido infantil y decirle que saliera, señalando una puerta diferente a la utilizada para entrar. Antes de que se fuera, le pidió el número que llevaba colgado de la muñeca. Nuestra Mujer no resultó elegida. No obstante, la abuela la convenció de lo contrario, y por eso muchas veces el entusiasmo por ir a la playa era un pretexto para admirarse en los carteles publicitarios que comenzaron a aparecer en el malecón. ... El edificio donde vivía Nuestra Mujer había sido construido frente al mar. Pero temiendo la llegada de los huracanes de agosto, estaba levantado en forma oblicua con respecto a la costa. Por ese motivo, desde el balcón podía verse sólo parcialmente la llegada de las olas. En una ocasión cayó la mampostería del techo del comedor produciendo un gran estrépito. Las sillas, que Nuestra Mujer había heredado de la abuela, quedaron inservibles. En el cielo raso, sobresaliendo entre el cemento desgarrado, se advertían algunos hierros amenazantes. Unos rayos de luz lo traspasaban y caían directamente sobre el piso de parqué. En épocas de lluvia, era necesario extender sobre el suelo un plástico transparente que había conseguido en el depósito de la Agencia de Noticias donde trabajaba. El apartamento estaba casi lleno de muebles que recordaban la época pasada. En una mesita estaba colocado el libro *Los amores difíciles*, de Ítalo Calvino, que le había prestado a Nuestra Mujer el esposo de una amiga del trabajo. En una sección de la sala había instalado un altar, como homenaje a los seres y a las situaciones que más habían influido en

su vida. La pared lucía una foto de Marilyn Monroe y había también varias imágenes de los Beatles en sus distintas épocas. Más abajo, se hallaba el retrato del padre junto a la abuela. De la madre había recortado una noticia del diario, donde se resaltaba la acción heroica en la que había perdido la vida. Había también una foto de Thomas Mann y otra de José Lezama Lima revisando un libro. Durante algún tiempo estuvo pegada, además, la foto de su pequeño hijo. La había colocado entre la de Marilyn Monroe y la de Thomas Mann. Pero cierta mañana decidió despegarla. En su lugar y sobre una repisita, puso una minúscula locomotora de cristal, así como el gorro que había perdido su hijo antes de partir. Al lado colocó la urna con las cenizas de la abuela y, colgados de un hilo de nailon, los diferentes espejuelos que Nuestra Mujer había ido usando mientras su miopía iba en aumento. De izquierda a derecha las monturas iban aumentando de tamaño y variaban de modelo. Desde las rosas terminadas en puntas achinadas que usó de niña, hasta las cuadradas que llevó antes de someterse a la operación donde su problema de la vista quedó curado. En el altar había también un compartimiento donde colocaba temporalmente los objetos que hurtaba para después obsequiar. ... La sala del apartamento contaba con un par de puertas que daban al balcón, donde Nuestra Mujer acostumbraba a tomar largas siestas o simplemente sentarse a contemplar la línea del horizonte. En ese momento, recibía el sol luego de haber embadurnado su cuerpo con el jugo del Desayuno para Turistas. Estaba tendida en el suelo, encima de una toalla que había extendido con cuidado sobre las losetas recalentadas. Antes de decidir untarse con el líquido, había tomado en cuenta que aún le quedaba medio balde de agua. Tenía para un segundo baño. Con el paso del tiempo había adquirido una práctica asombrosa en los baños con balde. Desde el principio había tratado de encontrarles el gusto, y siempre que se bañaba de ese modo, se imaginaba dentro de las escenas del Lejano Oeste que había visto en el cine. Hacía veinte años que las duchas habían sido suprimidas. Si bien es cierto que el motor de la cisterna mantenía un horario puntual, el agua no llegaba sino a modo de un chorro insignificante que salía sólo por la pila de la cocina. Ni siquiera los servicios higiénicos funcionaban con tan débil presión. Aunque Nuestra Mujer había prometido devolver el balde esa misma noche, le iba a ser imposible hacerlo, debía salir más temprano del edificio. Así lo exigía la visita a la Casa donde escucharía la prometida voz de su infancia. Tenía que urdir una treta para huir sin ser vista. Debía estar atenta a los movimientos en el sótano. Estaba a su favor que la rutina de la presidenta variaba muy poco. ... Sin moverse de la portería, la presidenta era capaz de llevar ella sola el control de todos los inquilinos. Contaba con dos grandes cuadernos donde anotaba las visitas sospechosas y cualquier acto anormal detectado. Se esforzaba en escribir, agudizando una vista cada vez más debilitada. Apretaba con fuerza el lápiz que semanalmente recibía junto con los cuadernos. Aparte, tenía la obligación de llevar los huevos a los inquilinos que, por razones de trabajo o de enfermedad, no podían estar presentes a la hora de la repartición oficial. Debía también lavar la ropa de las familias de extranjeros que, en retribución, le compraban cosas en las tiendas especiales. Sólo la esporádica aparición del albañil variaba totalmente su rutina. El marido llegaba al edificio rara vez, y cuando lo hacía, la obligaba a encerrarse juntos varios días. La presidenta dejaba el encierro sólo para poner en funcionamiento el motor de la cisterna. Ambos, la presidenta y el albañil, se habían casado para acogerse a los beneficios ofrecidos a quienes contraían matrimonio. Cuando fueron al Palacio de los Novios recibieron unos vales para comprar el ajuar. Tenían derecho a una muda completa, y la novia, además, a una toca adornada con flores de raso que después debía devolver. Les dieron también la oportunidad de ocupar por dos noches un hotel, con uso de la cafetería y el restaurante incluido. La idea del matrimonio surgió del albañil, quien una mañana apareció, sin más, en el edificio preguntando por la presidenta. Había viajado desde el interior con el encargo de buscarla apenas llegara a la ciudad. Después de hablar con aquel desconocido, la presidenta lo acomodó en forma provisional en el refugio antiaéreo ubicado detrás del sótano. Era hijo de una prima hermana. Durmió varias semanas en el refugio y cuando surgió la idea del matrimonio, comenzaron a sostener una especie de vida marital. Aunque en un principio les preocupaba la marcada diferencia de edad, no pudieron hallar un solo obstáculo real que les impidiera casarse. Enviaron incluso una carta de consulta a la prima hermana y recibieron su bendición a vuelta de correo. Al poco tiempo, el albañil construyó un artefacto con ruedas de metal para que la presidenta pudiera llevarles con mayor facilidad los huevos a los inquilinos y la ropa limpia a los extranjeros que vivían en la zona que le tocaba atender. ... A media tarde, alguien tocó con fuerza a la puerta del apartamento de Nuestra Mujer, quien continuaba tendida en el balcón. Tenía los ojos cerrados y dejaba que el sol fuera dorando gradualmente su piel. Cuando escuchó los golpes, se replegó sobre sí misma. El calor seguía siendo intenso, a pesar de una leve brisa que circulaba a través de los marcos de las ventanas. A lo largo de cuarenta años, los vidrios habían ido desapareciendo poco a poco. La única vez que la desaparición de alguno se había originado por una situación violenta, fue cuando el edificio fue embestido por un huracán de agosto. En aquella ocasión, se rompieron los vidrios que daban al balcón. Recién al segundo toque de puerta, Nuestra Mujer se puso de pie. Comenzó a atarse la bata mientras se acercaba para mirar por el visor. Era el albañil. ... Cada vez que llegaba al sótano, el albañil se apropiaba de todos los baldes que había en la portería. Guardaba, además, los comestibles que le correspondían a la presidenta y a algunos vecinos distraídos para encerrarse después los dos por tiempo indefinido. Durante esos días las familias de extranjeros debían buscar nuevos medios para tener limpia su ropa, y los vecinos tenían problemas con la obtención de huevos. En compensación, podían recibir visitas libremente e incluso algunos se atrevían a celebrar pequeñas fiestas. Al ver al albañil, Nuestra Mujer

supuso que había advertido la ausencia del balde. Por eso no abrió la puerta. ... Ante un nuevo toquido, Nuestra Mujer decidió ir de puntillas hasta el balcón. Recogió en silencio el balde y la toalla y se metió dentro del dormitorio. La piel del cuerpo le molestaba. El líquido de la lata se había resecado, formando una fina película de la cual quería librarse. La puerta siguió sonando, cada vez con mayor intensidad. Nuestra Mujer se desató la bata y comenzó a bañarse rápidamente. No le importó salpicar la cama ni la mesa de noche con el agua que iba sacando con las dos manos. Debía apurarse, la presidenta tenía una llave del apartamento que seguramente terminaría entregando al albañil para atenuar su creciente alteración. Cuando el baño estaba por acabar, los golpes sobre la puerta fueron reemplazados por violentas patadas. Era imposible que los vecinos no advirtieran el escándalo. Pero, en apariencia, lo ignoraban. Es cierto que a esa hora la mayor parte aún no había vuelto del trabajo. Sólo se encontraban los jubilados, los niños, los enfermos y quienes trabajaban en horarios nocturnos. ... Después del baño, Nuestra Mujer se asomó desnuda por la ventana. Vio el frágil cuerpo de la presidenta, que aguardaba en la acera. La presidenta no estaba fijándose en la ventana por la que miraba Nuestra Mujer, sino en la que correspondía al pasillo, donde se encontraba el albañil dando patadas a la puerta. Nuestra Mujer se pasó la mano sobre la piel, y notó que el líquido de la lata había desaparecido. El balde se mantenía vacío al costado de la cama. Era un balde naranja, hecho para contener cuatro litros. Lo levantó, y al hacerlo se dio cuenta de que no debía devolverlo. Estaba vacío, pero sin embargo podía serle sumamente útil a la amiga del trabajo. Decidió regalárselo. Aprovecharía la visita para entregar también el libro *Los amores difíciles* que le había prestado el esposo, un poeta foráneo que organizaba en su casa sesiones de poesía una vez por semana. Salió nuevamente a la ventana. Miró hacia afuera, pero no encontró la forma de sacar el balde. Había pensado arrojarlo al balcón inferior para pedirselo luego al vecino. No podía hacerlo en ese momento porque la presidenta continuaba frente al edificio. Con los brazos cruzados, se mantenía atenta a la conducta del albañil. ... De pronto, Nuestra Mujer vio que doblaban la esquina dos hombres que caminaban muy juntos. Ambos lucían un sobretodo azul, tenían la misma estatura y llevaban un periódico bajo el brazo. Notó que, al verlos, la presidenta entraba rápidamente al edificio. Después de unos momentos, cuando los hombres ya estaban frente a las gradas externas, Nuestra Mujer la escuchó ordenar al albañil no hacer ruido. Había subido las escaleras con una velocidad excepcional. Su voz fue decidida. Luego hubo silencio absoluto. Tanto, que se pudieron oír sin dificultad los pasos de los hombres avanzando. Nuestra Mujer los sintió llegar hasta el segundo piso. Había allí dos viviendas, una vacía, declarada inhabitable, y otra ocupada por la pareja de ancianos que alguna vez fueron dueños de todo el edificio. Los hombres se detuvieron frente a la vivienda de los ancianos. Antes de entrar, seguramente pegaron un sello rojo de papel para indicar que estaban de visita. El silencio nuevamente fue total. Nuestra Mujer supuso que ni la presidenta ni el albañil se habían atrevido a mantenerse al descubierto. Estaba segura de que se encontraban encerrados en el cuarto de las escobas, situado al fondo del pasillo. Sabía que no iban a salir pronto de allí. Eran capaces de esperar una hora o más, incluso toda la noche. Sólo abandonarían el escondite cuando escucharan nuevamente abrirse la puerta del segundo piso y los pasos de los hombres bajando los escalones. Nuestra Mujer se sobrepuso al miedo y comenzó a vestirse. Se pintó los ojos. Abrió el baúl donde guardaba los regalos que le había hecho la segunda esposa de su padre, quien, años después de la huida general, regresara temporalmente al país llevándole algunas prendas de vestir y la urna con las cenizas de la abuela. La segunda esposa viajó además con el encargo de comprarle un televisor y una videocasetera en las tiendas especiales para extranjeros. Rebuscó y puso sobre la cama una falda que le llegaba a las rodillas. También una blusa de seda negra. Escogió los zapatos de tacón más alto y, con ambas manos, estiró unas medias de nailon para comprobar que no tuvieran agujeros. Estaba contenta con su vestuario. Sólo le hacía falta un bolso. No tenía en dónde llevar el libro *Los amores difíciles*, el papel con la dirección de la Casa, y el carné de identidad que cualquier policía en la calle le podía exigir. Era su único bolso el que le habían arrebatado en la oficina diciendo que quedaría como prueba del delito. No le quedó más alternativa que meter los objetos dentro del balde. Luego de vestirse y dar una mirada a la locomotora que estaba entre la foto de Marilyn Monroe y la de Thomas Mann, Nuestra Mujer cruzó sin temor la puerta del apartamento. ... Afuera del departamento, junto a la puerta, había una placa donde se recordaba que allí había vivido una heroína nacional. Había sido puesta quince años atrás. Cuando la colocaron hubo una pequeña ceremonia frente al edificio. En aquel acto se habló mucho de la madre de Nuestra Mujer, quien había muerto al inyectarse unas bacterias mientras investigaba la creación de una nueva vacuna. Nuestra Mujer pasó delante de la placa y, respondiendo a un impulso, puso los dedos encima de la superficie de metal. Sintió que la placa la protegía. Estaba segura de que los hombres del sobretodo azul no se atreverían a tocar su puerta. Con esa seguridad fue al fondo del pasillo y abrió el cuarto de las escobas. Tal como lo había supuesto, encontró dentro al albañil y a la presidenta. Sin darles tiempo a reaccionar, Nuestra Mujer les enseñó el balde y cerró de nuevo. Pero cuando estaba dirigiéndose a las escaleras, escuchó que la puerta se abría con sigilo. Volteó y vio que el albañil salía del cuartito. Nuestra Mujer trató de apurarse en bajar, pero él la alcanzó justo ante la puerta de su apartamento. Forcejearon en silencio. Casi de inmediato salió la presidenta quien empezó a hacer extrañas muecas con la boca. Lo único que se oía era el chirrido que producían los tacones de Nuestra Mujer al raspar el piso. En cierto momento, la fuerza del albañil hizo que Nuestra Mujer resbalara. Cayó suavemente. Para el albañil fue fácil, entonces, quitarle el balde. Nuestra Mujer trató de detenerlo por las piernas, pero fue repelida con brusquedad. El albañil bajó las

escaleras tratando de que sus pasos fueran lo más leves posible. Antes de descender arrojó el libro *Los amores difíciles*, el papel con la dirección de la Casa, y el carné de identidad que Nuestra Mujer había guardado dentro del balde. Mientras tanto, la presidenta observaba nerviosa las acciones violentas. En ningún momento, dejó de hacer gestos con la boca. Estaba de pie, entre el cuerpo caído y el cuarto de las escobas. Cuando el albañil bajó, la presidenta quiso seguirlo. Nuestra Mujer se lo impidió. Se puso de pie con rapidez y la tomó de los brazos. Trató de encerrarla nuevamente en el cuarto de las escobas. La presidenta se resistió, aferrándose a la manija de su puerta. Nuestra Mujer la empujó, y la presidenta le saltó al cuello. No podía ni dejarla en el pasillo ni meterla en ese cuarto. Cuando pensó que el albañil estaba a punto de entrar con el balde en la portería, Nuestra Mujer decidió tomar una actitud más radical. Tomó a la presidenta por los hombros y comenzó a sacudirla, dejando que la cabeza chocara repetidamente contra la placa recordatoria. Sintió pronto que el cuerpo de la presidenta dejaba de hacer presión. La presidenta tenía un cuerpo bastante ligero. No excedía los cuarenta y cinco kilos. Cuando Nuestra Mujer intentó levantarla, notó que parte del cuello estaba húmeda. Temió entonces que el albañil la echara de menos y subiera a buscarla. Se le ocurrió que si dejaba el cuerpo delante de la vivienda del segundo piso, donde vivían los antiguos propietarios del edificio, por más que lo descubriera, el albañil no iba a atreverse a realizar ninguna acción. Evitando mancharse, puso los brazos inertes sobre su espalda y comenzó a bajar. Los pies de la presidenta se arrastraban por las gradas. Uno de los zapatos, seguramente mal amarrado, quedó abandonado en el descansillo. Nuestra Mujer no se encontró con nadie. Al llegar al segundo piso notó que, efectivamente, la puerta había sido marcada con el sello rojo. Puso a la presidenta en el suelo y acomodó su cabeza contra la puerta. La colocó de tal modo que apenas abrieran, la cabeza caería sobre el tapete. Nuestra Mujer lamentó no disponer ya de ni una gota de agua. Le hubiera gustado lavarse las manos y enjuagar unas pequeñas manchas que afeaban su blusa. Sin embargo, buscar agua en esos momentos hubiera complicado aún más la salida. Subió a su piso para recoger los objetos que el albañil había sacado con violencia del balde. Bajó nuevamente, pero en lugar de dirigirse a la salida principal, fue hasta el sótano. Como lo imaginó, el albañil estaba encerrado en la portería, de donde salía un ruido particular, como si estuviera llenando el balde vacío utilizando un poco del contenido de los demás. Pensándolo mejor, Nuestra Mujer lo dejó continuar con su labor. De nada iba a servir tocar para seguir la pelea. Se hacía tarde. Nuestra Mujer debía ir donde la amiga del trabajo y después a la cita para escuchar la voz de su infancia. Salió a la calle. Sólo cuando estuvo a veinte metros del edificio, comenzó a hacer sonar los tacones de sus zapatos. Como quiso ir por el malecón, tuvo que pasar frente a la escalera de emergencia que los inquilinos habían decidido plantar frente al mar. ... A pocos metros del malecón había una estación de ferrocarril donde muy rara vez se detenía el tren que hacía el recorrido paralelo a la costa. Era una de las estaciones proscritas por las cuales los vagones debían pasar con sus puertas fuertemente aseguradas. El tren circulaba dos veces al día. En las mañanas se dirigía hacia el norte y en las noches hacia el sur. Podía hacer el recorrido durante un año entero pasando de largo por la estación. Pero había ocasiones en las que el convoy daba un largo pitazo y se detenía por breves momentos. Era la oportunidad que aguardaban algunos ciudadanos que, escondidos en una hondonada de cemento, habían esperado por tiempo indefinido para subir al tren en forma clandestina. Algunos rompían los cristales con los puños, otros violaban las puertas armados de barrotos. La hondonada, conocida como el Refugio de las Salidas Rápidas, era una plataforma con varios túneles subterráneos. Nadie sabía con qué fin había sido construida. Era frecuente verla inundada por el agua de las filtraciones de la ciudad. Eso no amedrentaba a los ciudadanos empeñados en subir a los vagones. Extrañamente, sus entradas no habían sido clausuradas. Nuestra Mujer se despertaba sobresaltada cada vez que sonaba el pitazo que anunciaba una parada imprevista del tren. Se ponía de pie en forma cautelosa luego de buscar, por acto reflejo, unos espejuelos que ya no requería. Iba hasta el balcón, pero casi siempre era inútil. Antes de que pudiera ver nada, el tren se había puesto en marcha. Los viajeros clandestinos generalmente vestían de negro. Si el abordaje ocurría de noche, debían aguardar hasta el amanecer para sentirse fuera de peligro. Se decía que la primera hora era la más riesgosa, pues el tren podía ser intervenido por las autoridades en cualquiera de las diez estaciones siguientes. Unos metros antes del Refugio de las Salidas Rápidas, Nuestra Mujer abandonó de pronto el malecón para adentrarse en la ciudad. Seguía haciendo resonar los tacones de sus zapatos. Tal como lo había planeado, caminaba rumbo al hogar de la amiga del trabajo. Al pasar por un parque vio a más de veinte ancianos haciendo ejercicio. Se movían bajo las órdenes de un instructor. Levantaban y bajaban los brazos, abrían y cerraban las piernas. Estaban alineados en impecables columnas. A la distancia formaban un grupo compacto y anónimo. A poco de observarlos, los ancianos parecían haber perdido toda individualidad. Un ruido conocido atrajo, en cierto momento, la atención de Nuestra Mujer. Oyó ruedas de metal moviéndose sobre el pavimento. Por un extremo del parque, la presidenta se alejaba empujando su carro. Nuestra Mujer no podía creer lo que veía. Apuró el paso; pero cuando la alcanzó, se dio cuenta de que se trataba de otra persona. ... Llegó al hogar de la amiga del trabajo precisamente cuando el poeta foráneo, su marido, llevaba a cabo una de sus habituales tertulias, a las que había bautizado con el nombre de Paideia. El hogar era amplio, y todos los miembros de la familia tenían el mismo derecho a ocuparlo. Para evitar problemas, lo habían dividido en partes estrictamente definidas. A la amiga del trabajo le había tocado el vestíbulo con el cuarto de los paraguas, más el salón principal y parte de la cocina. Los padres contaban con los dormitorios, el pasillo de distribución y la otra mitad de la

cocina. Las hermanas gemelas eran dueñas del comedor, la despensa y las terrazas. Los maridos de las hermanas, quienes se habían divorciado hacía algún tiempo, vivían con sus nuevas esposas en el jardín y en la antigua área de la servidumbre. Si bien habían logrado una relativa armonía en la división de los espacios, no habían llegado a un acuerdo con respecto a los sonidos. Los televisores, puestos a volumen alto, por ejemplo, solían invadir con su mezcla de ruidos las Paideias que semanalmente organizaba aquel poeta. ... Apenas entró al hogar, Nuestra Mujer fue conducida hasta una esquina del salón principal. Luego de poner el libro de Calvino encima de un escritorio, tomó asiento al lado de unos poetas del norte de la ciudad. Cada semana se reunían una serie de escritores jóvenes, quienes mostraban y discutían el trabajo que estaban desarrollando. Como contrapartida, el poeta foráneo introducía sus teorías literarias. Desde su sitio, Nuestra Mujer podía ver con facilidad el vestíbulo y el cuarto de los paraguas. En la mesa de centro había una soperita de porcelana que contenía té frío. En determinado momento, el discurso del poeta foráneo fue interrumpido por un timbrazo en la puerta. Se paró a abrir. Se trataba de unos hombres que le hablaron brevemente. Reingresó al salón y pidió permiso para salir a la calle. Antes de irse, aseguró que no tardaría mucho tiempo en regresar. No volvió sino media hora después. Al hacerlo, abrió la puerta con sigilo entrando de tal modo que no pudieran verlo los jóvenes que estaban sentados en la reunión. Cargaba varias bolsas que acomodó con rapidez en el cuarto de los paraguas. Luego ingresó al salón e inició una polémica sobre la posibilidad de crearle una serie de reglas gramaticales a un nuevo lenguaje que pensaba inventar. Nuevamente un timbrazo los interrumpió. El poeta se paró, abrió la puerta, y Nuestra Mujer vio que una muchacha le entregaba una suma de dinero. No había cerrado aún, cuando los mismos hombres que habían tocado el timbre la primera vez volvieron a aparecer. El poeta pidió disculpas para salir nuevamente a la calle. Por lo general, con su ausencia los ánimos en la Paideia decaían hasta producirse un silencio casi total. Los poetas del norte se dedicaban a mirarse unos a otros con disimulo, sin la protección del extranjero, seguramente temían la aparición de algún peligro. La amiga del trabajo había conocido al poeta foráneo cuando la Agencia de Noticias hizo que viajara a cubrir un congreso de escritores. Iniciaron una relación que tuvieron que interrumpir cuando la amiga volvió al país. Ambos prometieron encontrarse meses después. Nuestra Mujer acompañó a la amiga del trabajo al aeropuerto cuando el poeta foráneo anunció su llegada. La amiga del trabajo quería estar acompañada en esos momentos, pues temía haber olvidado el aspecto de su prometido y no reconocerlo cuando bajara del avión. ... En el salón principal del hogar el tiempo pasaba sin ningún cambio aparente. Nuestra Mujer decidió entonces abandonar la silla donde la habían instalado. En cada una de las mesitas estaba puesto un ventilador que, pese al calor, no habían encendido. En la parte baja del librero había una pila de discos. Nuestra Mujer se agachó para revisarlos y descubrió un álbum de los Beatles. Los discos estaban al alcance de su mano, pero en ese tiempo ya nadie les hacía caso. Recordaba cuando, junto a su novio, pasaban muchas noches despiertos tratando de sintonizar las frecuencias de onda corta. Había un programa especial de la BBC, cuya señal casi siempre se perdía en los primeros minutos. Nuestra Mujer y el novio tenían que recorrer entonces el apartamento completo con el aparato en la mano, tratando de encontrar el punto exacto donde la señal pudiera ser recuperada. Aquella operación debían hacerla, además, a escondidas de la madre, quien nunca hubiera aceptado en su casa las audiciones no permitidas. ... Por más que Nuestra Mujer intentó iniciar una conversación con la amiga del trabajo, la contraposición entre el ruido de los televisores proveniente del fondo de la casa y el silencio total de la Paideia la desalentaron. Prefirió retirarse. Le hizo una seña antes de salir. Le indicó que se iba, y que no se molestara en acompañarla al vestíbulo. Salió del salón y, al pasar frente al cuarto de los paraguas, no pudo dejar de abrirlo. En medio de una difusa claridad entrevió una bolsa transparente con decenas de espejuelos para sol. Vio también varias grabadoras acomodadas en el suelo. En la parte alta de las repisas había cajas con latas de Coca Cola y decenas de ganchitos para el pelo con flores artificiales. Nuestra Mujer tomó un puñado de ganchitos. Los apretó en su mano, pensó en la suerte de la presidenta y volvió a dejarlos tal como los había encontrado. Giró para comprobar que nadie la había visto y cerró la puerta. ... Ya en la calle, se dio cuenta de que había comenzado a oscurecer. Sacó el papel con la dirección de la Casa. Quiso cerciorarse de que recordaba la avenida y el número exactos. Supo entonces que debía regresar sobre sus pasos. La Casa donde oíría la voz de su infancia quedaba en el otro extremo del malecón. Tendría que volver a pasar necesariamente, por el edificio donde vivía. No tenía ganas de regresar tan rápido a ese lugar, sin embargo, no le quedaba alternativa. Antes de cruzar el parque, Nuestra Mujer advirtió que los ancianos que había visto al pasar ya no estaban presentes. Cuando llegó al malecón, sintió ganas de recorrerlo completo. Después de un trecho largo, se detuvo frente al Refugio de las Salidas Rápidas. Algunos testigos le habían dicho que a su pequeño hijo lo hicieron partir desde ese punto, cuando un mediodía el tren se detuvo después de un largo pitazo. Ellos mismos le entregaron a Nuestra Mujer el gorro de lana que se le había caído al niño en medio de la confusión; ese que tenía ahora colocado en la sala de su apartamento. No era cierto que el tren se detuviera siempre de manera imprevista. Había paradas establecidas secretamente de antemano. Existían contactos que vendían a precio alto esa información. El marido, quien partió con el hijo desde ese lugar, parece que la había pagado con el dinero obtenido de la venta secreta de un lote de vacunas, las efectivas, que había sintetizado la madre de Nuestra Mujer antes de continuar con su investigación final. Le habían contado también que su pequeño hijo se hizo algunos rasguños al momento del abordaje. Nuestra Mujer recuerda claramente esa tarde cuando, después de salir de la Agencia de Noticias, fue a

recogerlo a la Guardería. Allí le informaron que esa mañana su marido no había llevado al niño. Nuestra Mujer se dirigió desconcertada al apartamento. Aguardó sin saber qué actitud tomar. Ya de noche, dos policías tocaron la puerta. Traían una orden de allanamiento, que no cumplirían solamente por respeto a la placa recordatoria que había en la pared. Nuestra Mujer comprendió de inmediato la situación. Bajó rápidamente las escaleras y corrió hacia el malecón. Llegó en menos de un minuto a las escalinatas del Refugio de las Salidas Rápidas. Bajó las gradas hasta llegar a una bóveda inundada. Los zapatos se le mojaron. A la mañana siguiente, cuando la amiga del trabajo abrió la puerta de su hogar, encontró a Nuestra Mujer refugiada en la entrada de su casa. Tenía las ropas húmedas y hablaba sin parar. Dado su estado físico y mental tuvieron que trasladarla a un sanatorio, donde permaneció recluida por más de seis meses. ... De aquel tiempo Nuestra Mujer sólo recuerda las voces que a toda hora la perseguían. Las había graves y agudas, de tonos altos y bajos. Algunas eran conocidas; otras, totalmente anónimas. A medida que avanzó su estadía en el sanatorio, las voces fueron disminuyendo poco a poco hasta cesar definitivamente. Cuando la dieron de alta, los médicos aseguraron que no iba a tener problemas en seguir manteniendo el puesto de trabajo que había ocupado antes de la crisis. En efecto, no mostró mayor dificultad para readaptarse a la rutina laboral. Se le hizo complicado, en cambio, enfrentarse nuevamente al apartamento vacío. La amiga del trabajo lo albergó por una temporada en su hogar. Durmió en la cocina. La amiga del trabajo y el poeta foráneo dormían, a su vez, en un gran sofá colocado en el salón principal, el mismo donde acostumbraban a sentarse los asistentes a las Paideias. Cuando dejó el hogar de la amiga del trabajo, Nuestra Mujer se llevó consigo un libro con fotos de Virginia Woolf. Lo tomó del librero del poeta foráneo, porque en el sanatorio mental la atendió una doctora que extrañamente le habló muchas veces del ensayo *Una habitación propia*, y quería regalárselo. ... Lo primero que hizo al regresar al apartamento, fue desembarazarse de los objetos que pudieran traerle recuerdos demasiado intensos. La presidenta tuvo que estar presente en aquel acto. Debía levantar una constancia de los elementos desechados, para ubicarlos después en otros sectores de la población. Nuestra Mujer se dirigió luego a una tienda, donde adquirió una pequeña locomotora de cristal con el humo de la chimenea congelado en pequeños arabescos. ... En lugar de seguir caminando hacia la Casa de las Voces, Nuestra Mujer se quedó con la mirada fija en el Refugio de las Salidas Rápidas, por ese motivo no reparó en la lenta aparición de sus estrellas favoritas. En el cielo del malecón empezaron a verse Épsilon, Antares y las Tres Marías. Con motivo de las investigaciones médicas de la madre, Nuestra Mujer se había desplazado infinidad de veces a zonas remotas del país. Mientras la madre visitaba aldeas en busca de los sujetos perfectos para poner a prueba sus experimentos, Nuestra Mujer iba descubriendo una naturaleza que le era negada por vivir en la ciudad. En ocasiones los poblados eran tan pobres que no les podían brindar hospedaje. Acostada en las montañas dentro de una bolsa de dormir, Nuestra Mujer se entretenía identificando las estrellas. Sólo podía dormirse en paz cuando descubría en un mismo cielo a Épsilon, Antares y las Tres Marías. Eran señal de suerte. Lo más probable era que al día siguiente aparecieran los enfermos requeridos, aquellos que demostraran cabalmente las teorías que con tanto afán la madre pretendía comprobar. ... En determinado momento, Nuestra Mujer levantó los ojos de la hondonada y siguió caminando hacia la Casa de las Voces, bajo una luz cada vez más azul. A su lado, los autos iban y venían rápidamente. Se introducían en un túnel debajo del mar y sus faros aparecían después al otro lado de la bahía. De pronto, se perfiló contra el horizonte la escalera de emergencia colocada frente al mar. Los alrededores del edificio se encontraban desiertos. A esa hora los inquilinos ya habrían regresado de sus centros de trabajo; pero no habían encendido las luces eléctricas, seguramente por haber reparado en el sello rojo colocado en la puerta del apartamento de los antiguos propietarios. Las únicas ventanas que estaban iluminadas eran las del segundo piso. Nuestra Mujer comprendió entonces que los hombres del sobretodo azul aún no se habían marchado. La presidenta seguramente continuaba con la cabeza recostada. Los inquilinos del piso superior debían de haberla visto al volver del trabajo, pero ante la atemorizante visita prefirieron callar. ... Nuestra Mujer se dirigió al edificio y fue directamente al sótano. Tuvo dificultad al bajar. Todo estaba oscuro. Únicamente salía un hilo de luz por debajo de la portería. Nuestra Mujer se acercó y apoyó el oído contra la puerta. No escuchó nada. Era probable que el albañil se hubiera dormido. Sin embargo, al cabo de unos minutos oyó que algo se movía. Escuchó luego un chapoteo, el sonido de unas gárgaras y nuevamente silencio. El piso del sótano continuaba humedecido. Siempre se formaban charcos alrededor de la cisterna que, por lo hermético del lugar, nunca lograban evaporarse. El suelo original estaba carcomido por el estancamiento de las aguas. Estaba horadado al punto que podían verse los cimientos. Era la razón por la que había pronunciados desniveles y tuberías del desagüe al descubierto. Nuestra Mujer no supo qué hacer. Sabía que si tocaba, el albañil jamás iba a abrirle. Esperar que saliera por propia iniciativa era una empresa que podía requerir muchos días. Subió al primer piso. La noche había caído ya totalmente. Pensó que, por primera vez en decenas de años, no iba a funcionar el motor de la cisterna. Notó que los vecinos trataban de hacer el menor ruido posible. Sin embargo escuchó un portazo. Creyó que lo habían causado los hombres del sobretodo azul. Tuvo un primer impulso de ponerse de pie e irse a esconder al refugio antiaéreo. Pero se contuvo al pensar en la placa de metal de la entrada de su casa. Esperó por eso sentada en las gradas externas. Oyó pasos que bajaban las escaleras. Eran despreocupados y ligeros. Parecían los de alguien que conociera bien cada uno de los escalones o los de alguien lo bastante audaz como para dejar al azar la posibilidad de un accidente. Sólo volteó cuando sintió los pasos detrás suyo. Se trataba de una de las niñas que vivían en

el tercer piso. Llevaba en la mano una jarra vacía. Tal vez su familia la había mandado a buscar agua. Habrían pensado que gracias a su corta edad nada podría sucederle. Nuestra Mujer vio que, luego de poner la jarra en el suelo, con un par de gestos le indicaba que la presidenta estaba muerta. Nuestra Mujer se levantó, tomó con una mano la jarra y con la otra el brazo de la niña. Salieron del edificio. La niña se dejó conducir en forma confiada. Entregó el brazo diminuto en un abandono, al parecer, total. Sus siluetas estaban iluminadas sólo por los faroles del alumbrado público. En medio de la calle caía la luz proveniente de la vivienda del segundo piso. Nuestra Mujer llevó a la niña hasta la escalera de emergencia. Dejó la jarra encima de un hierro oxidado, y luego ambas se sentaron. Nuestra Mujer se entretuvo repasando los dedos sobre el delicado cuello de la niña. Después se paró y se alejó lentamente con dirección al edificio. Bajó al sótano y de uno de los lados de la cisterna tomó el pequeño depósito de petróleo usado para prender el motor que, después de alimentar, puso en funcionamiento. El ruido se extendió por todo el sótano. Antes de salir fue hasta el refugio antiaéreo y recogió la caja de fósforos que, en forma obligatoria, se debía mantener junto al lamparín de las emergencias. Abandonó el edificio y caminó de nuevo hacia la escalera plantada frente al mar. La falda le ondeaba levemente. En una mano llevaba el depósito y en la otra la caja de fósforos. Cuando llegó, notó que la niña había desaparecido. Sólo la jarra vacía continuaba encima del hierro oxidado. Roció con el petróleo los pilares de la escalera y prendió un pequeño fuego que, al evaporarse el combustible, se apagó. Escogió para irse el borde del malecón. Recorrió un trecho regular y al llegar a un árbol coposo, se apartó para introducirse en la ciudad. Sacó el papel con la dirección de la Casa para revisar, nuevamente, la avenida y el número indicados. Una cuadra después apareció la Casa donde le habían prometido escuchar la voz de su infancia. ... Llegó a la puerta antes de la hora fijada para la cita. Lo supo cuando miró el reloj que había en la parte superior de la fachada. La Casa ocupaba la mitad de una manzana y llamaba la atención lo cuidado que estaba el gran jardín que la rodeaba. Nuestra Mujer reconoció la arquitectura como de estilo Tudor y le sorprendió que, aparte del timbre y de unos aldabones de bronce, tuviera un comunicador con una cámara de video. Aunque se notaba que las construcciones vecinas habían tenido también un pasado esplendor, la Casa sobresalía porque sus paredes no estaban descoloridas ni sus ambientes habían sido parcelados. Contaba además con un sistema de reflectores de potencia muy superior al alumbrado habitual. Nuestra Mujer decidió hacer tiempo y esperar en la otra cuadra, donde divisó un local público. Nuestra Mujer caminó hacia allá; quería saber de qué tipo de negocio se trataba y si podría aguardar dentro la hora señalada para su cita. Cuando estuvo cerca, pudo leer el cartel de la entrada. Decía Pizzería. Le molestó que fuera un local semejante, pues en un establecimiento de esa naturaleza no podría esperar el tiempo que necesitaba. Se acercó aún más y debajo de la palabra Pizzería, pudo leer, *Vita Nuova*. Se imaginó el local por dentro. El techo del que colgaría un pesado ventilador, y el suelo cubierto con las manchas de grasa producidas por las pizzas exprimidas por los usuarios antes de comerlas. Imaginó también el ruido de los cubiertos, cortando hasta su mínima expresión los espaguetis. Sospechó que se trataba del único local abierto en las cercanías. Entró y se puso detrás de un hombre calvo que comía con rapidez en una silla de la barra. El local estaba totalmente lleno. Escogió colocarse detrás de ese hombre, aunque sabía de antemano que de nada iba a servirle la velocidad con la que ese individuo comiera. El proceso entre un comensal que entraba y otro que salía estaba estrictamente calculado. Nuestra Mujer recordaba haber leído en el diario que un comensal promedio necesitaba como mínimo tres minutos y como máximo cuatro para consumir un pedido. Los cálculos habían sido comprobados muchas veces, y en la temporada de verano las aproximaciones variaban unas décimas. Nuestra Mujer tuvo que esperar más de tres minutos antes de que el hombre calvo acabara de comer. Miró hacia ambos lados de la barra para comprobar cuántos usuarios faltaban por terminar. Cuando el último acabó, alguien ordenó que se pusieran todos de pie. Nuestra Mujer observó cómo el hombre calvo salía del local y entregaba su tenedor sucio a una mujer que en la puerta controlaba que nadie se llevara los cubiertos. El dependiente comenzó a recoger de inmediato los platos vacíos. Se dio luego la orden a los del siguiente turno para que tomaran asiento. Nuestra Mujer no obedeció y caminó, en cambio, hacia el fondo del local. Fue hasta donde se encontraba otro dependiente acomodando los platos sucios. Mirándolo a los ojos, le pidió información sobre la Casa. En un principio aquel hombre pareció no oírla. Empezó a sumergir los platos en un gran lavadero lleno de agua turbia. Nuestra Mujer insistió y el dependiente, por alguna razón, decidió contestarle. Sin abandonar su labor le dijo que alguna gente entraba y salía de la Casa, pero sólo a partir de las ocho de la noche. Muchas veces esas personas iban después a la pizzería. Generalmente hacían los pedidos en distintas lenguas y con variados giros idiomáticos. El dependiente añadió que aquello no significaba ningún problema, ya que no se contaba con muchos platos para escoger. Es más, la mayor parte de las veces se limitaba a informar que no habría comida hasta nuevo aviso. El hecho de que se hicieran los pedidos en varios idiomas hizo que Nuestra Mujer se acordara del poeta foráneo. Su drama más grande, lo confesó durante cierta *Paideia*, había sido no poseer una lengua materna. Desde que nació, por razones geográficas y de migración familiar, había tenido a su alcance distintos idiomas de los que podía escoger las palabras o los modos que más le sirvieran para determinada situación. Aquello resultaba una tragedia a la hora de hacer poemas. Tal vez por eso estaba tan interesado en crear un nuevo lenguaje, exclusivo para la poesía. ... Nuestra Mujer salió del local poco después. Antes tuvo que convencer a la mujer que controlaba los cubiertos en la puerta. Le explicó que, por falta de tiempo y de dinero, no había hecho ningún pedido. La dejaron salir luego de someterla a una estricta revisión. Mientras volvía, notó que la

Casa tenía encendidas todas las luces lo cual aumentaba aún más el brillo que la rodeaba. De las ventanas y balcones salía una iluminación muy blanca y en los árboles habían instalado unos fluorescentes de colores. Vio también que se había formado una fila de personas frente a la puerta. Miró, en forma disimulada, los rostros. No pudo hallar el rasgo en común que suele hermanar a quienes comparten una misma fila. Nuestra Mujer había percibido la ausencia de ese rasgo solamente en el grupo de vecinos que, una vez al mes, se reunía en la parte trasera del supermercado para aguardar la llegada de la carne para perros. Frente a la Casa se limitó a mirar los rostros. No se atrevió a hacer preguntas y se formó en el último lugar. Cuando después de cinco minutos abrieron las puertas, se sumaron a la fila dos hombres más. Ambos vestían igual. Llevaban un sobretodo azul y leían el mismo diario de la mañana. Nuestra Mujer titubeó, quiso salirse de su sitio. Los hombres estaban parados justo detrás de ella. Salvo Nuestra Mujer, nadie más pareció sorprenderse con su presencia. La tranquilidad de los demás le dio fuerza para voltear y mirarlos abiertamente. Los dos eran de la misma estatura, portaban sobretodos iguales y traían los mismos diarios. Quiso seguir estableciendo similitudes, pero la fila comenzó a moverse. ... Todos ingresaron a un gran recibidor donde fueron acogidos por dos muchachas vestidas de enfermeras. Una de ellas agrupó a las mujeres y la otra, a los hombres. Llevaban en la mano unos papeles sujetos a una tablita. Mientras examinaban a los clientes, con un lápiz anotaban cosas sin cesar. Todo parecía ir bien. Un potente aire acondicionado hacía agradable el ambiente. Nuestra Mujer observaba con atención el trabajo de las muchachas. La tarea parecía desenvolverse con normalidad hasta que tocó el turno de examinar a los hombres del sobretodo. Las muchachas se alejaron, y una de ellas llamó por un teléfono blanco colocado en la pared. Nuestra Mujer no pudo oír la conversación. A los pocos minutos entraron dos mujeres altas, muy parecidas entre sí, vestidas con trajes de noche. Sin mirar a nadie más, estas mujeres tomaron a esos hombres de la mano y los sacaron por la puerta principal. Una vez que desaparecieron, las muchachas vestidas de enfermeras continuaron su labor. El grupo de mujeres fue conducido a una sala que daba a un jardín. Nuestra Mujer decidió esperar en silencio, hasta que advirtió que los pedidos tenían que hacerse en voz alta. Lo supo cuando la primera cliente pidió la voz de San Jerónimo hablando con su perro y su león. La segunda quiso oír a sus amigas cuando ella no estaba presente. Nuestra Mujer tembló cuando solicitó la voz de su infancia. Para su asombro nadie pareció sorprenderse. Había temido alguna sonrisa. Un gesto de burla. Pero su pedido no pareció desentonar con el normal desenvolvimiento de la Casa. Lo único que se dijo, a manera de murmullo, fue que se trataba de una petición simple. Quizá por eso fue la primera en pasar al jardín y la primera invitada a entrar en la caseta de madera que se había levantado en medio. Curiosamente, una vez que estuvo adentro, Nuestra Mujer no vio ni escuchó absolutamente nada. Después de cuatro minutos de silencio y oscuridad fue sacada ya no por una muchacha, sino por un muchacho vestido de enfermero. Fue llevada luego al interior de la Casa. Nuestra Mujer debió subir por una escalera de mármol. En la pared estaban pegados los retratos de varios personajes históricos. Le dio lástima que no estuviera Marilyn Monroe PONER ALGO SOBRE ESTO ARRIBA DONDE APARECE, cuya voz siempre había tratado de imitar. En cambio, sí estaba presente la figura de Thomas Mann. Conocía bien su rostro porque en el sanatorio donde estuvo recluida, la doctora que la atendió, la misma que le había hablado de Virginia Woolf, le dio a leer *La montaña mágica* a manera de terapia. Nuestra Mujer fue conducida finalmente a una oficina que habían instalado en un extremo del balcón principal, donde se sentó en una silla al aire libre. Levantó entonces la cabeza y vio que el cielo estaba cubierto de estrellas. Reconoció a Épsilon, Antares y las Tres Marías. El cielo estaba limpio, como el que solía mostrarse cuando se acostaba en las montañas dentro de su bolsa de dormir. Pese a todo, la presencia de las tres estrellas en un mismo cielo esta vez no la tranquilizó. Cruzó la pierna y, sin darse cuenta, pasó la mano sobre la media de nailon. Quiso ser atendida rápido, seguramente no tardarían en aparecer las mujeres que se habían quedado en la primera planta. En ese momento, salieron al balcón dos hombres vestidos de obreros. Cargaban la rejilla de un confesionario que colocaron en medio del escritorio. Nuestra Mujer pensó que era un descuido no haber tenido esa rejilla preparada a tiempo. Dudó de la seriedad de la Casa. Al cabo de dos minutos, una voz metálica surgió a través de los agujeros de la rejilla. La voz dijo que, en la caseta, Nuestra Mujer no había podido escuchar nada debido a ciertas irregularidades en la solicitud presentada. Supuestamente la solicitante se había acogido a la modalidad del trueque, y la Casa se había dado cuenta, demasiado tarde, de que lo ofrecido a cambio era bastante pobre. Parece que Nuestra Mujer se había comprometido a entregar las voces de unos campesinos mongoles durante la cosecha de arroz del año de 1896 y la de unos niños centroamericanos durante un partido de béisbol jugado en una fecha y un campo indeterminados. Al escuchar la voz metálica reclamándole, Nuestra Mujer se sintió avergonzada. En su defensa dijo que nada sabía de esos tratos, y que esa mañana había recibido una llamada misteriosa donde le anunciaban la aceptación de una supuesta solicitud hecha por ella. La voz afirmó entonces que esa llamada había tenido un propósito y no venía de la nada, como suponía. La habían realizado por orden de la Agencia de Noticias. Le informó que en la modalidad del trueque, el cliente siempre llevaba las de perder. En todo caso, según el expediente que acababan de revisar, habría podido aspirar no a volver a oír la voz de su infancia sino, quizá, la de su niñera. También habría podido acceder a la infinidad de voces que se anunciaban en la parte inferior del catálogo. Voces regionales, plagadas de modismos, giros idiomáticos o muletillas. Su derecho abarcaba además la de los loros, que en cautiverio hablan sólo por desesperación. Pero nunca las que estaban más arriba de las voces de los tartamudos célebres.

Nunca sus propias primeras palabras que, según la Casa tenía entendido, se trataban de balbuceos y de agües con carácter. Cadenciosos y llenos de atmósfera. Nuestra Mujer agachó la cabeza y se puso a llorar. La voz metálica siguió hablando. Le dijo que el intercambio tendría que ser entre su voz adulta y la de su infancia. Nuestra Mujer debía dejarle a la Casa la que poseía actualmente y llevarse su voz de niña para utilizarla a partir de entonces en su vida cotidiana, observando la cadencia de sus primeros balbuceos y dando la sensación de estar como sorprendida cada vez que pronunciara una palabra. La voz adulta que Nuestra Mujer entregaría sería clasificada de inmediato en la sección casos extraordinarios, junto a la de los delincuentes y otros antisociales. Aquel cambio sería beneficioso para la Casa pues para ellos, lo dijo la voz que surgía de la rejilla y que le parecía vagamente familiar, era más importante una voz patológica que una voz infantil. Sin darle tiempo a contestar, Nuestra Mujer fue levantada de la silla por el muchacho vestido de enfermero. La llevó hacia el interior. Mientras descendían las escaleras, Nuestra Mujer tuvo la certeza de que la voz metálica le había recordado a la del publicista de los bronceadores. Tal vez la persona oculta tras la rejilla era el hombre de los espejuelos de cristales verdes. Al llegar al recibidor Nuestra Mujer vio que estaba totalmente vacío. Habían desaparecido las filas que hasta hacía unos momentos se alineaban con dirección a la caseta colocada en el jardín. Al cruzar el vestíbulo, el muchacho vestido de enfermero se le acercó al oído para decirle que en las próximas semanas la Casa incluiría en su catálogo la voz de la presidenta del edificio por haber cumplido a cabalidad su compromiso con el régimen. Luego, el muchacho la abandonó. Sintió, de pronto, los ruidos de la calle. Empezó a caminar despacio y sin rumbo. Fueron quedando atrás la Casa y la pizzería en cuyo cartel se leía, Vita Nuova. LOS FANTASMAS DEL MASAJISTA. Como algunos deben saber, cada cierto tiempo viajo a la ciudad de São Paulo para someterme a un tratamiento clínico. Entre la cantidad de procedimientos terapéuticos a los que me acostumbro someter en Brasil, hago que me revisen el desequilibrio que me produce, especialmente en la espalda, la falta de antebrazo derecho. Para esa clase de terapia visito una clínica especializada en personas que no tienen, han perdido o están por perder algún miembro. La institución está ubicada en Vila Madalena y cuenta con un piso exclusivo para ese tipo de paciente. Tiene una poza que cuenta con chorros subacuáticos que brindan potentes masajes a los usuarios. Es común ver entrar o salir de esa poza, a veces con ayuda, a veces sin ella, una serie de individuos con limitaciones físicas que parecen buscar en esas aguas la paz que sus cuerpos dan la sensación de necesitar. Es que muchas veces la falta de un miembro o alguna desviación física produce distintos tipos de dolor en quienes las presentan. En otra esquina del piso se encuentran los consultorios acondicionados para las terapias individuales. Se trata de espacios pequeños que cuentan con camillas para masaje, separadas unas de otras sólo por unas cortinas delgadas. En esa sección puede atenderse hasta a seis pacientes en forma simultánea. Incluso un solo terapeuta es capaz al mismo tiempo de ofrecer sus servicios a todos los necesitados, yendo de una camilla a otra cada pocos minutos. ... El método que utiliza el especialista es algo particular, pues antes de abandonar a cada paciente le deja como tarea algunos ejercicios, que el terapeuta sabe lo mantendrá entretenido mientras atiende a los otros cinco. Una de las peculiaridades de este tipo de consultorio, que curiosamente no existe en la ciudad que habito, y por eso aprovecho para visitarlo cada vez que debo hacer un viaje a São Paulo, es que a través de las cortinas es posible escuchar lo que ocurre en las demás camillas. Lo que se oye causa a veces desconcierto, principalmente porque casi nunca es posible imaginar el físico de la persona que es atendida al lado. De qué clase de cuerpo provienen los sonidos propios de estos tratamientos. Aparte de las quejas, los lamentos, comentarios y conversaciones de los otros pacientes, se suelen escuchar ruidos de huesos tronando o el peculiar sonido que se produce cuando las pieles son palmeadas por las manos de los especialistas. En cierta ocasión mi visita me produjo un desasosiego mayor al acostumbrado. Yo me encontraba acostado, esperando en mi lugar correspondiente la llegada del terapeuta cuando tuve que oír un tipo de queja al cual no me había enfrentado antes. Me tocó, en el espacio contiguo al mío, el caso de una mujer a la que apenas unos días atrás le habían cercenado una pierna. Sin embargo, a pesar de la intervención, se quejaba de un dolor profundo en el miembro inexistente. Parecía incapaz de soportar el sufrimiento que se producía en un espacio que era ahora ajeno a su cuerpo, en el lugar vacío que había dejado la pierna mutilada. Por las quejas de la mujer daba la impresión de no tener la capacidad de comprender la situación por la que estaba pasando. Parecía ignorar que nadie en este mundo podía hacer algo por ella. Si el lugar donde se originaba el dolor era irreal, nada conocido podría ayudarla. Ninguna droga, tratamiento o terapia podía servirle. La ciencia médica completa era incapaz de resolver un caso semejante. Yo sabía que algunos investigadores sugieren colocar espejos en el lado opuesto a la zona cercenada, para que el paciente tenga la ilusión de que todavía es un ser completo. Pero ninguna de esas terapias cuenta con un sustento científico sólido, y por eso no son aceptadas de manera universal. Ni el más potente analgésico, ¿fuertes dosis de morfina, quizá?, ni una terapia a base de masajes que se tendrían que realizar en el aire podrían aliviar a la mujer que era atendida a mi lado. El terapeuta, que en esa oportunidad nos estaba tratando sólo a los dos pues no habían acudido más pacientes, se mostraba nervioso cuando se colocaba al lado de mi camilla y trataba de disolver los nudos que se me suelen formar en los nervios del hombro derecho. Cuando abandonaba a su paciente durante los breves momentos en que yo era atendido, los lamentos de la mujer se acrecentaban. Todo parecía indicar que el terapeuta ignoraba realmente cómo manejar la situación. En cierto momento, ya casi al finalizar la sesión, sentí que el especialista dejaba de mostrarse nervioso y le

comenzó a hablar a la mujer suavemente. Lo hizo al oído, como si se tratara de un arrullo de cuna. Acariciase el punto donde termina ahora su pierna, empezó a decirle. Que su inconsciente comprenda cuáles son los verdaderos límites de su cuerpo. Parece que ambos, el terapeuta y la mujer, empezaron a realizar juntos el ejercicio que proponía el masajista, es decir, frotar repetidamente el sitio donde se había producido el tajo. El trance fue largo. El susurro hipnótico del terapeuta daba la sensación de estar dirigiéndose al inconsciente de la mujer afectada. Parecía entender el delicado equilibrio con que debía ser evocada una palabra capaz de restablecer una suerte de tranquilidad que ningún conocimiento médico podía otorgar. Media hora después la mujer pareció quedarse dormida. El terapeuta cubrió con una manta el supuesto espacio que ocupaba la pierna trunca. Como para que aquel fragmento de cuerpo inexistente no tuviera frío. Lo hizo con cuidado, sin realizar ningún movimiento brusco que pudiera despertar a la paciente. Debía descansar después de que un dolor infligido desde la nada, proveniente de la suerte de cosmos en el que seguramente se encontraba suspendida la pierna cercenada, había atenazado con tanta violencia a la víctima. ¿Serán esos dolores una suerte de venganza de los miembros que son separados en forma violenta de los cuerpos a los que pertenecieron?, me pregunté antes de que el terapeuta continuara su trabajo con mi espalda. ... Cada vez que acudo a estos tratamientos debo primero pasar cerca de media hora dentro de la poza terapéutica, recibiendo los masajes iniciales a través de los potentes chorros de agua que se generan en aquella tina. Parece que como somos varios pacientes los que debemos zambullirnos diariamente, la poza contiene una dosis excesiva de productos químicos. Por esa razón un escozor, siempre el mismo, me obliga a salir de ella antes de que termine con la rutina que se me suele imponer. De inmediato paso a la sección de masajes corporales. Entre otras cosas, los especialistas deben suavizar los músculos rígidos, los nudos que se forman en la parte superior de mi espalda. Cuento con un terapeuta preferido, que es quien suele atender también a la mujer con el dolor en la pierna. Aquel profesional en una época adelgazó de manera considerable. Como en ese entonces yo me encontraba subido de peso, le pregunté cómo había logrado de pronto aquel cambio en su figura. Me contestó que su flacura se debía a la tristeza que le produjo la muerte de su madre. Mientras continuaba frotando mi espalda en aquella oportunidad en que no había otros pacientes a quienes atender, me fue relatando que su madre había sido una declamadora destacada, que tuvo incluso durante una época su propio programa de radio. Me dio su nombre y me preguntó si la conocía. Mentí al afirmar que me sonaba de alguna parte. Continuó diciendo que todo el tiempo realizaba giras alrededor de la república. Que incluso había ideado una forma moderna de declamación, que consistía en no utilizar para las presentaciones versos de poemas clásicos, sino que usaba las letras de canciones que todo el mundo conocía. Generalmente hacía sesiones con las baladas de Roberto Carlos, Odair José y Waldick Soriano, famoso por su canción donde un joven asesina a su bisabuela. Al momento de declamarlas, la madre transformaba de manera total el efecto que los cantantes habían conseguido antes con su público. Como de alguna forma eran letras de canciones afamadas, la identificación de los oyentes con estos números de declamación era inmediata. En una época fue la invitada oficial a los mejores festivales del país. Incluso en cierta ocasión, no mucho tiempo antes de morir, cruzó la frontera e hizo una presentación en español, idioma que no dominaba del todo. Su empresario parece que la aconsejó de manera inadecuada, pues le sugirió que en lugar de utilizar las acostumbradas letras de sus cantantes de siempre presentara algo más complejo, algo que atrajera a otro tipo de público. Prácticamente la obligó a declamar un tema de Chico Buarque. El terapeuta sabía que su madre no se sentía cómoda con la letra de esa canción. No hablaba de amor, o al menos no de la forma como estaba acostumbrada a expresarlo. La madre sólo comprendió que el tema que le fue impuesto se refería a un albañil que luego de despedirse de su mujer se dirigía a su centro de trabajo, un edificio en construcción, y después de tomar algunos tragos de cachaza resbalaba y caía desde un piso alto. Su muerte era instantánea. Lo que la madre no terminaba de entender eran los juegos de sentido que la canción proponía una vez que la historia era contada tal cual. Estas variantes, si bien narraban la misma anécdota, le iban añadiendo matices que la dejaban desconcertada. La madre no tenía el hábito de declamar algo que no sintiera en toda su plenitud. Una de las reglas de oro que se había impuesto para su oficio era que no lograría transmitir nada al otro mientras ella no se sintiera conmovida. Y sí, le daba lástima que el albañil hubiera caído de un piso tan alto, pero no creía que eso bastara. Recordó la época cuando en Brasil casi todo giraba alrededor de la idea de la construcción. Por todas partes podían verse obras a medio hacer, camiones mezcladores de cemento circulando por las calles, albañiles comiendo con sus mujeres en los parques. En la televisión pasaban a cada momento spots publicitarios que mostraban el logro de haber construido en tiempo record grandes edificios destinados a cientos de familias. Pero eso no era material para ser declamado, le comentó a su hijo en más de una oportunidad. Otro problema al que debía enfrentarse era al idioma. El representante le había entregado la letra traducida al español prohibiéndole además que escuchara la melodía. Estaba seguro de que de esa manera lograría un material inédito capaz de impactar de inmediato a la audiencia extranjera. Sus palabras fueron contundentes. Debía obedecerlo. Todas las mañanas la madre, después de despertarlo con el habitual, Joao, hijo, son las seis de la mañana, hora de levantarse, tomaba asiento en el sofá amarillo colocado en la sala del departamento para repetir las frases que debía declamar. Joao. Fue de ese modo, escuchándolo hablar de su madre, que descubrí que el terapeuta que me atendía en ese momento se llamaba así. Ignoro las razones por las que, a pesar de tratarse de mi masajista, no le había preguntado nunca su nombre. Tal vez había sido una estratagema

de mi parte para preservar mi anonimato en ese lugar. Si yo no preguntaba por los nombres de los demás, nadie se atrevería a interesarse por el mío. Yo, de alguna manera, deseo desentenderme de los malestares físicos que me suele causar mi falta de antebrazo. Trato de hacer ver, a mí mismo y a los demás, como si tal anomalía no existiera. Como si los dolores de espalda que siento casi todo el tiempo, y el aspecto torcido que acostumbro presentar, se deben más bien a una vida descuidada. A no haberme preocupado nunca realmente por mi alimentación ni haber hecho ningún esfuerzo por mantener mi físico en forma. Dejar atrás mi anonimato en un sitio semejante, es decir, una institución que atiende solamente a tullidos, deformes o mutilados, sería como una suerte de sello oficial de asentimiento de mi condición. ... Volviendo al cuento de la madre que me estaba relatando, Joao continuó diciéndome que le daba tristeza dejarla sola todos los días. Sentada en el sofá amarillo ensayando las frases del tema de Chico Buarque. No podía ser de otra manera. Los servicios de Joao eran requeridos desde muy temprano en la mañana hasta ya entrada la noche. La madre estaba condenada a quedarse en la casa la mayor parte del tiempo, sin la presencia de su hijo, porque el oficio de declamadora nunca fue lo suficientemente rentable como para que Joao dejara de atender a sus pacientes. Al ver a su madre tan solitaria, Joao decidió regalarle una lora para que estuviera acompañada mientras él salía a trabajar. Había visto unas bastante simpáticas en manos de un vendedor ambulante que se solía apostar en una esquina de la institución que acostumbro visitar cada vez que viajo a São Paulo. La lora llegó a la casa precisamente cuando la madre estaba en mitad de los ensayos para presentarse en la ciudad extranjera a la que había sido invitada. Arribó en la época en que la madre repetía sin cesar ciertas frases dichas en un idioma que no entendía del todo. La madre no tenía ninguna afición por las mascotas, pero pese a su inicial rechazo, la lora se quedó a vivir en el departamento. En un principio la madre, con el especial tono de voz que por su trabajo solía imprimirles incluso a las palabras más simples, en una suerte de gaje del oficio, se quejó de las travesuras del animal. Ahora advierto que la fuerza persuasiva del tono con el cual se dirigía a la mujer de la pierna fantasma, logrando así calmar el dolor, tenían que haber sido heredada del arte cultivado durante décadas por su propia madre. No podía ser de otro modo que Joao, sólo con repetir de determinada forma la palabra acariciar lograra tales resultados balsámicos en su paciente. La madre se quejó de que la lora ensuciaba la estancia, que picoteaba los muebles y que la imitaba agitando las alas cuando ella movía los brazos en los momentos más intensos de los ensayos, sobre todo cuando describía la manera en que el albañil iba cayendo al vacío. Con el tiempo sus quejas fueron disminuyendo. Incluso cuando regresó de su presentación en el extranjero trajo consigo algunos juguetes para loros, que curiosamente encontró en una tienda de la frontera. Para el hijo compró una contestadora automática con el fin de no tener que apuntar los mensajes de quienes pedían cita para masajes. Desde ese momento, la madre y la lora comenzaron a pasar más tiempo juntas en el departamento. Parece ser que la presentación en el extranjero no había sido del todo exitosa, la madre estaba ya convencida de que la canción de Chico Buarque no estaba hecha para ser declamada y menos en un idioma extranjero, y entre el gremio de declamadoras se fue esparciendo el rumor de que ya comenzaba la decadencia de la madre. A partir de entonces tuvo cada vez menos llamados. A pesar de haber sido la inventora de algo así como un subgénero en el arte de la declamación, poco a poco parecieron irse olvidando. La lora la perseguía todas las mañanas hasta el cuarto de Joao para despertarlo. La acompañaba después al sofá amarillo desde el cual ahora la madre sólo veía televisión. Estaba disgustada con su representante. Había sido un despropósito recomendarle declamar semejante composición. Se aficionó en ese entonces a una telenovela en particular que, según me contó Joao durante una de nuestras sesiones, no tenía cuándo acabar. Era tan larga que incluso la madre murió sin conocer nunca el final. Creo que el último año de su vida fue algo triste, me dijo Joao mientras frotaba mi carne. ... Encima del declive personal de la madre, el oficio de declamadora comenzó a pasar de moda. De un momento a otro, el público que habitualmente asistía a las sesiones de declamación empezó a experimentar un creciente interés por los karaokes que empezaron a instalarse en diversos puntos de la ciudad. Joao no podía explicarse cómo los aficionados a oír letras de canciones que ya conocían pero dichas de una manera exquisita por la madre se entusiasmaron ahora con la posibilidad de cantar y de oír a otros cantar de manera deficiente en público. Su madre no visitó nunca ninguno de esos locales de origen japonés. Si salía de casa por cuenta propia era sólo para encontrarse en cierto parque con sus antiguas colegas, quienes decidieron, quizá como señal de protesta ante la aparición masiva de esos negocios declamar de manera semanal, al aire libre y en forma gratuita. En cada reunión, siguiendo el método de la madre de Joao del cual muchas eran discípulas, escogían a un cantante determinado. La última cita a la que acudió su madre fue a la que se organizó en honor a Reginaldo Rossi. Joao me contó que a su regreso la notó con los nervios fuera de control. Intuyó que algo malo había ocurrido durante la presentación. Quizá había olvidado alguna estrofa o cierta falla en la garganta la había hecho carraspear frente al auditorio. Cuando la lora salió a recibirla, la cogió del cuello, la metió en la jaula y la tapó con su tela de dormir a pesar de que todavía no era de noche. Luego se acostó y no se levantó más. Al día siguiente Joao, sorprendido por no haber sido despertado a las seis de la mañana como de costumbre, se dirigió a la habitación de su madre y la encontró muerta. Fueron penosos los trámites que tuvo que realizar para velar su cuerpo y mandar luego sus restos a incinerar. ... Fue entonces que comenzó a adelgazar. Durante una semana faltó al trabajo. Precisamente en esos días la mujer de la pierna cercenada solicitó varias citas. Parece que su sufrimiento durante ese tiempo era insoportable. La mujer llamó tanto a la institución donde Joao trabajaba como a su

teléfono particular. Pero Joao, aparte de efectuar los trámites de ley necesarios para inhumar el cuerpo de su madre, tuvo que atender en la funeraria a las decenas de declamadoras que acudieron a dar el último adiós a alguien que había sido una reconocida declamadora profesional, la cual incluso había inventado un método propio para renovar el oficio. Haberlo hecho la había convertido en un personaje destacado. Durante algún tiempo incluso contó, como se sabe, con su propio programa de radio. Sin embargo, aquella práctica nunca trajo consigo una retribución económica adecuada por lo que Joao, su hijo, desde muy joven tuvo que dedicarse a ser masajista clínico, actividad que aprendió de manera casi natural. Los miembros de la Sociedad de Declamadoras que se presentaron en el funeral le expresaron a Joao su preocupación ante la posibilidad de que el cuerpo de la madre fuera incinerado. Les parecía una suerte de falta de respeto quemar de esa manera a una persona que había hecho tantos esfuerzos por modernizar el arte de la declamación y no darle una tumba digna. Para eso, le dijeron, habían confeccionado una mortaja adecuada y le habían dado ciertas indicaciones sobre la mejor manera de que su cuerpo reposara para siempre. Joao quedó sorprendido. Sabía que su madre había sido tomada en consideración dentro de la Sociedad de Declamadoras, pero nunca imaginó que llegaran a estimarla de ese modo. Joao había ignorado hasta ese momento que, al terminar el homenaje en honor a las letras del cantante Reginaldo Rossi las declamadoras habían urgido a su madre no permitir que la incineraran y le habían dicho que estaban buscando una tumba adecuada a su prestigio. Joao comprendió entonces la razón por la cual su madre había regresado al departamento tan ofuscada después de aquella celebración. El motivo por el que no quiso saludar a la lora cuando salió recibirla, metiéndola en cambio a su jaula y tapándola con su manta de dormir a pesar de que todavía no era de noche. Las mujeres continuaron explicándole a Joao que una mortaja confeccionada para la posteridad debía ser, por razones obvias, dos o tres tallas más grande. Joao advirtió que debía atender, no sólo a las declamadoras principales que le estaban hablando, sino a las demás personas que se habían dado cita para despedir a la madre. Como no contaba con los recursos económicos adecuados, tuvo que contratar los servicios de una funeraria modesta y prescindir del café que era capaz de ofrecer, de manera opcional, esta institución. Todo lo tenía que realizar él solo. Tampoco estaba en sus manos hacer nada para cambiar los términos establecidos en el plan ofrecido por la funeraria que incluía la incineración. Aparte de encontrarse aturcido con el rol social que debía desempeñar frente a tal cantidad de visitas. Aquella mortaja debía ser utilizada por alguien más. Fue entonces, para no ocuparse de semejante asunto, que por recordó que la lora continuaba tapada en su jaula tal como su progenitora la había dejado antes de irse a dormir. Como la mayor parte de las declamadoras no podían demostrar su tristeza más que declamando, el velorio se extendió por casi dos días para dar cabida a tantas voces. Tuvo que recurrir a sus ahorros para responder a las demandas de la funeraria por la inusitada extensión del tiempo en el velatorio. Las que no obtuvieron turno para brindar su homenaje incluso en esos días insistieron en mostrar su arte frente a la pequeña urna en la que se depositaron las cenizas. Como las declamadoras no pudieron ir en contra del plan contratado con la funeraria, Joao las citó en la sala del departamento. Colocaría la urna sobre el sofá amarillo. Las declamadoras se situarían al frente. Debía mover un poco el televisor para abrir el espacio. Cuando Joao regresó llevando las cenizas, notó la casa más silenciosa que de costumbre. En un primer momento pensó que la calma imperante era producida por la ausencia de la madre. Pero de inmediato advirtió que la lora no había salido a recibirlo como solía hacerlo cada vez que llegaban él o su madre. La buscó y recordó nuevamente que se encontraba en su jaula, tapada como la había dejado la madre poco antes de morir. Fue alarmado en su busca. Al sacar la tela que cubría la jaula notó que la lora se mantenía estática sobre el palo donde se solía posar. A pesar de recibir de pronto la luz después de haber pasado cerca de tres días en la oscuridad, el ave no se inmutó. Joao notó que en su comedero continuaban los granos que él mismo había puesto jornadas atrás. El agua del bebedero igualmente se mantenía intacta. La lora no hizo el menor ruido al sentir a Joao a su lado. Lo único que deseaba Joao en esos momentos era dormir. No pretendía saber nada de esa ave que nunca había aprendido a hablar, como era su secreta esperanza cuando la adquirió. El vendedor que solía apostarse en una esquina de Vila Madalena incluso le aseguró que se trataba de las loras más habladoras que se podían conseguir. Pero durante el tiempo que el ave permaneció junto a su madre se limitó a imitar solo sus movimientos. Como se sabe, movía con ánimo las alas cuando la declamadora trataba de hacer gráfica tanto la muerte del albañil como la presencia de las personas que se congregaron de inmediato alrededor de su cuerpo caído. Se quedaba también junto a ella mirando atentamente la pantalla del televisor a la hora de la telenovela. La madre esperaba, a veces con impaciencia, el regreso de Joao para contarle los capítulos que había visto. Le decía que las historias que se entrecruzaban le hacían recordar las narraciones que difundió durante sus años de esplendor como declamadora, cuando era incluso conductora de su propio programa de radio. Recordaba la esencia de las letras de las canciones de Roberto Carlos, Odair José, Waldick Soriano e incluso el sentimiento que expresaban Reginaldo Rossi, Sidnet Magall y los temas que cantaba Gretchen, quien nunca le terminó de gustar del todo. Sin embargo, ninguno de ellos era tan extraño y tan alejado del sentimiento popular como el tal Chico Buarque. Las canciones de ese artista que declamara durante el show en la ciudad extranjera a instancias de su representante ocasionarían el declive de su carrera. A partir de entonces el representante no quiso manejarla más. La lora la seguía a todas partes, sobre todo al cuarto del hijo en el momento en que debía despertarlo. ... Joao, que se encontraba rendido de cansancio por el ajetreo propio de un funeral, notó, al destaparla, que la lora estaba como congelada. Como si la hubiera

invadido un repentino estado de hibernación. En ese momento lo único que anhelaba Joao era descansar. Ya vería después qué hacer con el animal. Habían sido jornadas agotadoras. No tuvo ni un minuto de respiro desde que descubrió muerta a la madre. Antes de decidir ir a la cama dejó las cenizas en la mesita de centro. Al pasar hacia su cuarto miró de reojo la habitación de su madre. La cama estaba sin hacer. Le pareció entrever entre las sábanas su silueta dormida. En la mesa de noche se mantenía el vaso de agua con la dentadura en su interior. Joao cayó rendido en su dormitorio. Me contó que casi de inmediato comenzó a soñar. Curiosamente, como si hubiera adoptado mi cuerpo y mis síntomas, me dijo que durante el sueño había sentido que le faltaba un brazo y que la parte superior de la espalda le dolía en forma constante. Nunca hubiera pensado posible tener esa presencia en el inconsciente del masajista. En el sueño el masajista advirtió que, dadas las condiciones físicas adquiridas durante el mismo, se había excedido, en las actividades que la muerte repentina de la madre lo obligó a realizar. Con una sola mano debió trajinar con el cuerpo de la difunta. Y esa fue la mano que ofreció a la infinidad de declamadoras que se dieron cita en la funeraria. Sirvió de esa manera decenas de tazas de café. La espalda le dolía como nunca. Pensó que sería necesaria una sesión de masajes. Pero entonces advirtió que él mismo era el masajista, y que con una sola mano le iba a ser imposible volver a trabajar. La necesidad de un masaje era urgente y pensó que debía acudir cuanto antes a la institución en la que trabajaba. Olvidó el sueño cuando recordó que debía preparar el departamento para recibir a las declamadoras que se habían quedado sin la oportunidad de rendirle a la madre el último homenaje. Era preciso poner un poco de orden. Empezó tendiendo la cama desordenada; vació el vaso de la dentadura y la guardó entre unos algodones que colocó en un cajón de la cómoda. Las paredes de aquel cuarto estaban repletas con los reconocimientos que el arte de su madre había ido recibiendo a lo largo de los años. Pensó en descolgarlos y clavarlos en la sala principal, donde podrían ser apreciados por las visitas. A Joao le sorprendió que los reconocimientos no hubiesen estado desde un principio colgados allí. Su madre no se caracterizaba por su modestia. Al contrario, cada vez que se encontraba con alguien hacía gala de haber innovado el arte de la declamación. Quizá había dejado los cuadros dentro de su habitación para no restregarle a Joao su fracaso en la vida. Siempre lo había considerado como una suerte de pobre diablo. Para la madre, ser masajista era un oficio de baja estofa. Las declamadoras llegaron al departamento al mismo tiempo. Dijeron que se habían demorado porque el gremio de declamadoras, ante el nuevo gusto social, había decidido adquirir una red de karaokes para sostenerse económicamente. Habían tenido que pasar a firmar ante notario, los títulos de los locales. Al ver ese grupo de ancianas alborotadas con las posibilidades que se les podían abrir gracias a sus negocios futuros, Joao recordó, sin saber exactamente por qué, el tema principal interpretado por el cantante Waldick Soriano, tan apreciado por su madre, que narraba la fábula de alguien que llega a tener relaciones con su bisabuela. La letra no era de ninguna manera realista, parecía ser más bien una crítica social a la creciente cantidad de mujeres de edad madura que acostumbran acudir disfrazadas de muchachas a las fiestas que se organizaban en las afueras de los poblados. La balada de Waldick Soriano, en la que un joven malandro acaba entregándose al embrujo de una atractiva y misteriosa mujer arreglada como una joven por acción del uso excesivo de maquillaje, de pelucas y de implantes en el cuerpo, fue un éxito rotundo durante varios meses. En todo Brasil parecía no escucharse otra melodía que no fuera La sorpresa, que era el nombre de la canción. La madre la comenzó a declamar cuando el tema todavía estaba en su esplendor. Generalmente nunca hacía algo semejante. Acostumbraba, por el contrario, rescatar composiciones cuando ya se encontraban al borde del olvido público. Buscaba quizá de ese modo, a través de la declamación, otorgarles un nuevo sentido. En cierta forma sentía una suerte de orgullo al colocar nuevamente en primer plano melodías que se comenzaban a difuminar. Creía que ese rescate era una de las razones del éxito personal y de su programa de radio. Triunfo que, lamentablemente, no le deparó jamás un aporte económico significativo. Aunque en apariencia se trataba de un tema bufo, de una historia que podía ser contada en clave humorística, la letra que interpretaba Waldick Soriano era extremadamente dramática. Sobre todo, al final, cuando después de descubrir la situación en la que se encontraba involucrado, el malandro mata a la anciana utilizando un puñal. La bisabuela, lo dice la canción, había sido hermosísima en la juventud y todavía ahora conservaba la estatura majestuosa, los hermosos ojos y la nariz griega. Con ayuda de ello, polvos de arroz, carmín, peluca, dentadura postiza y el trabajo de las más hábiles modistas del poblado lograba mantener una posición aceptable entre las mujeres que acudían a los bailes. El tataranieta, mientras asestaba las cuchilladas, iba despojando, poco a poco, a la víctima de sus abalorios hasta dejarla mostrando su verdadero aspecto. Según mi masajista, la madre declamadora hacía proezas con las manos cuando narraba la escena del joven con la anciana frente al público. Lograba transmitir, no sólo con la voz sino con todo el cuerpo, algo así como la fuerza del engaño del incesto. Cuando le pregunté al terapeuta cómo se había enterado el malandro de que la mujer con quien se había adentrado a los arbustos, que se extendían alrededor de la pista de baile, era su bisabuela, me respondió que se trataba tan sólo de una canción más de Waldick Soriano. Siendo ya tarde Joao advirtió que todavía faltaban muchas declamadoras para rendir su sentido homenaje y recitar entero lo mejor de su repertorio delante de las cenizas, por lo que les pidió que regresaran al día siguiente y así desfilaran todas. Luego de que la última de las declamadoras salió del departamento Joao cerró la puerta de manera definitiva. Al día siguiente lo despertó una voz aguda que desapareció al instante. Joao se levantó, recorrió el departamento y no encontró nada fuera de lo normal. Mientras Joao dormía, la contestadora automática

había recibido mensajes. El cansancio era tal, sin embargo, que a pesar de que las llamadas se repitieron casi sin tregua, siguió durmiendo profundamente. Estos mensajes eran ni más ni menos los gritos de auxilio de la mujer de la pierna cercenada que llamó mil veces en busca de alivio. La televisión estaba apagada y las cenizas de la madre seguían colocadas en la mesa de centro. Vio que la lora continuaba manteniendo su actitud catatónica. Todo esto me lo fue contando mientras terminaba con mi masaje y trataba de alinearme las cervicales. Fue una suerte que ese día yo fuera el único paciente. Eso me permitió escuchar casi completa la historia del repentino adelgazamiento de Joao. Me interesaba sobremanera el asunto, pues yo en ese tiempo estaba tomando unas medicinas cuyo efecto colateral era un aumento de peso progresivo. Antes de terminar la sesión le pregunté a Joao quién lo había despertado en aquella oportunidad. Me contestó que había sido la lora. Mientras intentaba hacer más flexibles los músculos de mi espalda continuó diciéndome que aquella madrugada la mujer de la pierna fantasma había llamado varias veces al teléfono de su casa. Necesitaba con urgencia las palabras del masajista. Su dolor era insoportable. Todo esto lo dejó expresado en la contestadora automática. Mientras estuvo tapada en su jaula, la lora escuchó la infinidad de mensajes emitidos por la mujer y los empezó a repetir la noche en que Joao llegó a la casa portando las cenizas de su madre. Parece que desde entonces el animal se soltó a hablar como no lo había hecho nunca. Esa noche, ya casi al amanecer, repitió no sólo los mensajes de la contestadora sino las estrofas completas de la canción de Chico Buarque que, por lo visto se había aprendido de memoria durante los ensayos de los últimos meses. Desde ese día la lora salió del estado en el que Joao la había encontrado aquella noche. Incluso hizo una serie de combinaciones con las frases de la canción, aumentando, además, la cantidad de las contenidas en el tema original. Dijo cosas tales como que la pierna cercenada era la que caía de la construcción al pavimento. No pudo explicarme a qué se debió esta transformación, que la hizo hablar justamente cuando la madre estaba ya muerta y no cuando vivía que era la razón por la cual la había adquirido, pensando que así la acompañaría mientras él debía ir a trabajar. Me confesó no saber qué hacer ahora con el animal. Cuando comenzó a hablar tuvo que cancelar las visitas que pensaba recibir ese día de las declamadoras que quedaron pendientes de rendir su homenaje. Me dijo que a partir de entonces la lora lo despertaba todas las mañanas a las seis, utilizando el tono exacto de voz empleado por su madre para hacerlo. Que cuando regresa del trabajo, tarde y cansado, algunos vecinos del edificio le cuentan haber escuchado a su madre narrar la historia de un albañil que se embriaga, pierde la pierna, se mece en el aire y cae violentamente al suelo. ¿Acaso no había muerto su madre?, me suelen preguntar. Cuando les contesto que así es, pero que a quien escuchan es a una lora entrenada, los vecinos me dicen que creen que más bien es su fantasma que se ha apoderado del cuerpo del animal. Quizá se fue con algo pendiente por decirme. Para ellos la lora es su madre. De la misma manera como la mujer que sufre de dolores terribles en una pierna inexistente, Joao parece contar ahora también con una madre fantasma. Los vecinos hablan de ella como si fuera su progenitora. Suelen decirle, cuando el ave se escapa de vez cuando, que han visto a su madre trepada en la copa de un árbol cercano repitiendo la frase, Joao, es hora de levantarse, hasta el infinito. El terapeuta ignora la manera en que las integrantes de la Sociedad de Declamadoras se han enterado del asunto. Hace pocas semanas lo llamaron para pedir una cita. Querían ser recibidas en el departamento y llevar la mortaja que confeccionaron en su momento para la madre. Deseaban que el hijo la guardara. Quizá podría servir, haciéndole ciertos arreglos, para cuando la lora muriera, aunque para nadie es un secreto la longevidad que alcanzan estas aves. A Joao no le quedó más opción que aceptar la cita. Adecuó la sala de manera conveniente. Clavó en las paredes los diplomas de la madre. Apartó el televisor y colocó a la lora en el centro del sofá amarillo para que vieran el asunto de las medidas. Después de contemplar fijamente a la lora, declararon que sin lugar a dudas ese animal era la madre muerta. Lo corroboraron cuando el ave declamó completa la letra de una canción de Roberto Carlos. De un tiempo a esta parte al masajista le ha comenzado a suceder lo mismo, pensar que la lora es su madre, sobre todo cuando se queda quieta mirando en la televisión los capítulos de la telenovela cuyo final la madre no alcanzó a ver. Mientras tanto yo, a pesar de los cuidados que me brinda Joao cuando me encuentro en la ciudad de São Paulo, estoy cada vez más contrahecho y adolorido. Este cuerpo me molesta, podría concluir. Me fastidia de una manera similar a como seguramente le molestó a la madre aceptar incluir la canción que declamó en el extranjero. En fin. Me molesta tanto o peor que tener un miembro fantasma, una madre convertida en loro o mantener relaciones ilícitas con una anciana.

PERROS HÉROES.

Tratado sobre el futuro de América Latina visto a través de un hombre inmóvil y sus treinta pastor belga malinois. Cerca del aeropuerto vive un hombre que, aparte de ser un hombre inmóvil, en otras palabras, un hombre impedido de moverse, es considerado uno de los mejores entrenadores de pastor belga malinois del país. Comparte la casa con su madre, una hermana, su enfermero-entrenador y treinta pastor belga malinois adiestrados para matar a cualquiera de un solo mordisco en la yugular. No se conocen las razones por las que, cuando se ingresa en la habitación donde aquel hombre pasa los días recluido, algunos visitantes intuyen una atmósfera que guarda relación con lo que podría considerarse el futuro de América Latina. Si alguien le pregunta sobre su condición, este hombre suele decir, en su casi incomprensible forma de hablar, que una cosa es ser un hombre inmóvil y otra un retrasado mental. ...

Frente a la fachada de la casa se aprecian algunas jaulas. Cada una contiene un par de perros, que pasan la jornada entera lanzando agresivos ladridos a las personas que circulan por la acera. Si alguna se acerca a las rejas, es tanta la furia desatada que los animales terminan dañándose los dientes al morder los barrotes, o atacándose unos a otros sin piedad. Cada vez que esto sucede, el hombre inmóvil emite chillidos agudos, motivados seguramente por la desesperación de no poder salir a espantar a los intrusos. Los perros quedan agitados y debe acudir el enfermero-entrenador a calmarlos. Emplea juguetes a prueba de mordidas profundas, y un número limitado de palabras en francés, idioma oficial para adiestrar pastor belga malinois. ... Nadie sabe si el enfermero-entrenador primero fue enfermero y luego entrenador, o viceversa. El enfermero-entrenador es un joven algo subido de peso, que viste ropas deportivas un tanto desaliñadas. Más de una noche ha compartido la cama con el hombre inmóvil. Sobre todo, cuando un dolor profundo atenaza una de sus piernas. ... El hombre inmóvil asegura que no toda su vida mantuvo una parálisis similar. Afirma que hasta hace unos años, podía girar el cuello a uno y otro lado. ... Las paredes del cuarto están pintadas de verde. De allí cuelgan diversos diplomas, que certifican la asombrosa destreza de aquel hombre para entrenar perros de conducta tan difícil como los pastor belga malinois. El hombre inmóvil suele ser trasladado diariamente hasta un sillón situado junto a la cama. De vez en cuando el enfermero-entrenador le amarra en torno a la cabeza el auricular del teléfono. Detrás se mantiene atada un ave de cetrería, que es encerrada en una caja de madera cada vez que hacen entrar a uno de los pastor belga malinois en la habitación. ... El hombre inmóvil posee un álbum de fotos, que sólo permite mirar a algunas personas, con una colección de imágenes de los mejores ejemplares de pastor belga malinois del mundo. Tras aclarar que una cosa es ser un hombre inmóvil y otra un retrasado, el hombre inmóvil asegura que no hay perro tarado sino amo estúpido. De inmediato, se echa a reír en forma desmesurada. ... En la planta baja, la madre y la hermana se dedican a una extraña labor, que tiene que ver con la clasificación de bolsas de plástico vacías. Ninguna de las dos parece estar de acuerdo con el ingreso de gente extraña en la casa. Muestran actitudes de fastidio cada vez que alguien es invitado a la habitación del hombre inmóvil. Ya que se le ha asignado la tarea de guiar a las visitas, el enfermero-entrenador se enfrenta a una situación incómoda cada vez que llega alguien de afuera. Hace ya mucho tiempo que el hombre inmóvil recibe únicamente a personas relacionadas con la crianza de los pastor belga malinois. ... En ciertas épocas del año, el hombre inmóvil decide deshacerse de alguno de los perros. Sólo la sangre nueva producirá los avances genéticos necesarios, asegura, y se echa nuevamente a reír. ... El hombre inmóvil podría prescindir de todos los perros menos de Anubis. Le sería más fácil deshacerse de su familia, del enfermero-entrenador o de su propia casa antes que de su animal preferido. En caso de que eligiera el perro sobre la casa, no tendría más alternativa que acabar acostado junto a Anubis, a un lado de la vía rápida que une el aeropuerto con la ciudad. El hombre inmóvil tiene la certeza de que su perro preferido impediría, de la manera más feroz posible, que alguien se acercara a su cuerpo tendido. ... Pese a opiniones contrarias, de falsos especialistas principalmente, el enfermero-entrenador trata de convencer a las visitas de que el pastor belga malinois es el perro ideal hasta para un bulto, que es como el enfermero-entrenador se refiere al hombre inmóvil. Afirma que un perro normal hace tiempo se lo hubiera comido. Las visitas escuchan en silencio las palabras del enfermero-entrenador. Luego, algunos se atreven a sugerir que no se le llame bulto al hombre inmóvil. Otro comenta que los animales no se comen a sus amos vivos. ... El hombre inmóvil pasa la mayor parte del día pidiendo que le lleven los perros a su habitación. Tiene preparados distintos sonidos para recibirlos. Algunos son casi imperceptibles. Es curioso comprobar cómo a partir de aquellos ruidos los animales se echan, se paran, ladran, aúllan y vuelven a salir de la habitación. Algunas visitas, y a veces también el mismo enfermero-entrenador, aseguran que el hombre inmóvil ha logrado dominar de esa manera a los perros porque se ha dedicado a observar sus conductas. Cierta vez unos conocedores del caso catalogaron al hombre inmóvil como un etólogo destacado. ... Los pastor belga malinois no sólo hacen pruebas de obediencia y valor dentro de la casa. Tal como lo certifican los diplomas que cuelgan de las paredes han participado en innumerables competencias, muchas de carácter internacional. Los ejemplares del hombre inmóvil han sido campeones del ring francés principalmente, prueba de habilidades caninas que incluye rastreo, salto y valentía. Han destacado también en ejercicios de defensa personal y en detección de olores de sustancias narcóticas. Nadie sabe cómo, desde una rigidez tan absoluta, el hombre inmóvil ha conseguido entrenar a sus perros en pruebas tan complejas. El enfermero-entrenador parece tener una respuesta. Sin embargo, nunca se atreverá a expresarla en público. ... Se tiene la impresión de que han pasado muchos enfermeros-entrenadores por la vida del hombre inmóvil. Pero con ninguno parece haber desarrollado una relación tan estrecha como la que mantiene con el actual. Si alguien buscara atribuirle una edad definida al hombre inmóvil, estaría haciendo un esfuerzo inútil. A partir de una rápida observación física se le podría calcular cualquier edad entre treinta y cincuenta años. ... En un rincón del cuarto se encuentra colgada una jaula con media docena de pericos de Australia. En otra de las paredes hay un gran mapa de América Latina donde, con círculos rojos, están marcadas las ciudades en las que está más desarrollada la crianza de pastor belga malinois. Sólo a ciertos visitantes la presencia de este mapa los lleva a pensar en el futuro del continente. ... Sobre la mesa donde está colocado el aparato telefónico cuyo auricular el hombre inmóvil mantiene de vez en cuando atado a la cabeza, se extiende una lámina a colores que muestra más de una docena de naves espaciales recorriendo el espacio estelar. El hombre inmóvil suele pedirle a su hermana que deje por

unos momentos su labor con las bolsas de plástico, y suba al segundo piso para recortarle algunas estampas. Le solicita también que inserte, en cada una de las naves, las imágenes de los perros que guarda en sus álbumes. La hermana trata de no hacerle caso. Es más, nunca ha subido al segundo piso de la casa en la que habitan. ... Con cierta regularidad, el hombre inmóvil le ordena al enfermero-entrenador que le marque el número de teléfono de la Central de Informaciones. Pretende averiguar, ya en la realidad, cuántos pastor belga malinois podrían entrar en una nave espacial. ... Hay una prueba a la que, de cuando en cuando, el hombre inmóvil somete al enfermero-entrenador. Se trata de una experiencia hasta cierto punto insólita. Comienza cuando el hombre inmóvil le pide al enfermero-entrenador que juegue, en forma exagerada, con Anubis. Que lo azuce hasta ponerlo feliz. El pastor belga malinois parece ponerse muy contento con el joven vestido con ropa deportiva, el único ser humano con quien, desde cachorro, ha mantenido un contacto real. El hombre inmóvil está incapacitado para tocar físicamente a sus perros. El enfermero-entrenador ha sido el encargado de alimentar, asear y dar palmadas de cariño a Anubis desde el día en que nació. Cuando Anubis da la apariencia de llegar a la cumbre de la felicidad, el hombre inmóvil, por medio de señas, le ordena al enfermero-entrenador que salga de la habitación y lo deje a solas con el perro. El hombre inmóvil comienza entonces a emitir los sonidos necesarios para que Anubis lo mire fijamente y, entre otros signos, levante las orejas. Emite después un ruido, más enrevesado aún, que le avisa al enfermero-entrenador que debe entrar nuevamente al cuarto. Al verlo ingresar, Anubis se dispone a atacarlo con una fiereza indescriptible. El siguiente sonido que sale de la garganta del hombre inmóvil frena al perro en el aire. El hombre inmóvil reitera, en ese momento, que continúa siendo dueño de todo el poder. El enfermero-entrenador parece gozar con la satisfacción que la prueba con Anubis produce en el hombre inmóvil. Unos minutos después, el hombre inmóvil ordena que le vuelvan a marcar el número de la Central de Informaciones. Parece querer resolver de una vez por todas sus dudas acerca de la relación entre los pastor belga malinois y las naves espaciales. Sobre la mesa del cuarto se encuentra la lámina de las naves ya con los recortes de los perros pegados encima. Ha sido el enfermero-entrenador quien ha usado las tijeras y colocado las figuras donde el hombre inmóvil deseaba estuvieran puestas. Es tan rápida la velocidad de la voz que contesta en la Central de informaciones y tan lenta y distorsionada la que emite el hombre inmóvil que, a pesar de establecerse la comunicación, la llamada no llega a buen término. La Central de informaciones da por finalizado el contacto antes de que el hombre inmóvil pueda expresarse por completo. ... En la planta baja, la madre y la hermana continúan con el oficio de clasificación de las bolsas de plástico. Aquel día no se espera ninguna visita. Los perros están todos en sus lugares. Sin embargo, el enfermero-entrenador no ha cumplido aún con sus tareas y en el piso de algunas jaulas hay todavía excremento que no ha sido recogido. Algunos perros aullan por no tener limpia su jaula. Otros huelen con insistencia tanto sus desechos como los ajenos. El hombre inmóvil lo sabe pues, entre otras habilidades, tiene bastante desarrollado el sentido del olfato. , lejos de preocuparle el Sin embargo hoy parece no importarle aquella situación porque le ha comenzado a doler de manera profunda una pierna. El enfermero-entrenador debe hacerle masajes de inmediato. La madre y la hermana gritan desde abajo para consolarlo. El enfermero-entrenador aprovecha ese momento para pedirles a las dos mujeres su consentimiento para pasar la noche en la habitación. ... Mientras están a punto de dormir, el hombre inmóvil tiene la esperanza de que a la mañana siguiente los despierte la llamada de la Central de informaciones proporcionando el dato de cuántos pastor belga malinois caben en una nave espacial. En tanto se materializa la esperada comunicación, el hombre inmóvil se consuela pensando en que los círculos marcados sobre las ciudades del mapa de América Latina son, sin lugar a dudas, los espacios más adecuados para que se lleve a cabo sin tropiezos la crianza de pastor belga malinois. Así lo comprueban los ensayos llevados a cabo en otros planetas del sistema solar. ... El actual enfermero-entrenador no es el primero en ocupar el puesto. Cuando se menciona al primero, el hombre inmóvil grita como nunca y la hermana busca esconderse debajo de las faldas de la madre. El anterior enfermero-entrenador aparece en muchas de las fotos, donde se ve al hombre inmóvil compitiendo en los rings en los que ha participado. Se trata de un sujeto de escaso cabello que, en toda ocasión, usa traje y corbata. El hombre inmóvil asegura que odiaba a los perros, a pesar de que atenderlos era su obligación principal. ... El hombre inmóvil se ha construido su propia historia familiar. Ha inventado una suerte de pasado para todos y cada uno de los miembros de la familia. Entre otras cosas, afirma que durante mucho tiempo todos estuvieron recluidos en diversas instituciones de caridad. Que se mantuvieron separados por cerca de veinte años. Para lograr estar juntos nuevamente, el hombre inmóvil asegura que la madre inició un largo recorrido cuando logró ser dada de alta del establecimiento donde la mantenían recluida. Cuando la madre apareció en la institución donde el hombre inmóvil había crecido, el hijo se resistió por todos los medios a que lo sacaran. Pidió a unos enfermeros que lo escondieran en los almacenes de la parte trasera. Fue encontrado tiempo después y argumentó que en casa de su madre le iba a ser más difícil aún conseguir la máquina de escribir que tanto deseaba tener. Este deseo le nació después de conocer a un niño que le dijo se dedicaba a escribir historias de perros héroes. ... Según el relato del hombre inmóvil, la hermana tenía rango de sirvienta en la institución donde se encontraba internada. Únicamente manteniendo esa condición podía justificar su presencia allí y no ser echada a la calle. Apenas se volvieron a ver, el hombre inmóvil y su hermana se repudiaron mutuamente. ... Nunca se supo de qué manera el hombre inmóvil consiguió el dinero necesario para adquirir los primeros pastor belga malinois. Sólo se tenía conocimiento de que aquellos

perros habían sido llevados a la casa por el enfermero-entrenador de aquel entonces. Quizá esos animales no costaron ni un centavo. Existe la teoría de que el primer enfermero-entrenador aceptó el empleo porque no sabía qué hacer con una jauría de la cual era dueño. Durante los meses anteriores, la suerte le había sido adversa. Se trataba de un entrenador en bancarrota. ... Muchos se preguntan de dónde se consigue el dinero necesario para pagar, no sólo los gastos de los perros, sino el que ocasionan los seres humanos. ... El actual enfermero-entrenador llegó a la casa con el fin de cumplir con cierto requisito académico. Para graduarse como enfermero debía primero hacer un trabajo práctico voluntario. Pero, a pesar de que el enfermero-entrenador el día de hoy está en capacidad de demostrar su experiencia con el hombre inmóvil y con eso acceder a su título, no ha regresado a su centro de estudios a recabar ningún documento. ... Es difícil entender las circunstancias que hacen posible que el enfermero-entrenador continúe en la casa sin recibir ninguna remuneración. Cada vez que el enfermero-entrenador manifiesta su decisión de abandonarlo, el hombre inmóvil calla sus palabras con la amenaza de mandar matar a los animales. Al oírlo, el enfermero-entrenador baja siempre al primer piso. Allí, junto a la madre y a la hermana, cuenta que imagina una matanza salvaje. En momentos así, el enfermero-entrenador imagina tanto a la persona capaz de llevar a cabo la carnicería como los métodos a utilizarse. El enfermero-entrenador cree que el verdugo será alguien conseguido a través de la Central de Informaciones. La madre y la hermana afirman que, ante una situación de ese tipo, se encerrarían asustadas en alguna de las jaulas. ... En el momento de la matanza, el hombre inmóvil pedirá que Anubis sea el primer animal sacrificado. ... Cada vez que el dolor de la pierna del hombre inmóvil se hace más intenso, el enfermero-entrenador abandona todo lo que esté haciendo para darle un masaje terapéutico. Si el dolor no cede, el enfermero-entrenador debe introducirse en la cama para calentar con su cuerpo la pierna adolorida. Para lograrlo lo despoja primero del auricular del teléfono atado a su cabeza, y luego lo lleva cargado, desde el sillón donde pasa las jornadas hasta la cama situada debajo de la jaula de los pericos de Australia. Después de acomodar al hombre inmóvil bajo las cobijas, se acurruca a su lado. Pero antes desciende al primer piso a pedir el acostumbrado permiso. El hombre inmóvil y el enfermero-entrenador se quedan juntos hasta la mañana siguiente. ... En cierta oportunidad un aprendiz de entrenador canino estuvo interesado en adquirir uno de los pastor belga malinois de la casa. Antes de darle la dirección, el hombre inmóvil sometió al sujeto a un examen minucioso. A través del teléfono le preguntó por su condición física, que él exigía fuera impecable. Como la casa del hombre inmóvil se encuentra en una calle enrevesada, mandó al enfermero-entrenador a que esperara al aprendiz de instructor en una esquina conocida. El día anterior a su llegada, el hombre inmóvil decidió cuáles serían los perros en venta. Puso a disposición del interesado los animales que más problemas presentaban. Uno que mordía sin control al primer extraño que se le ponía delante, y otro que mostraba una conducta más propia de un perro faldero que de un pastor belga malinois. ... En los últimos tiempos, el prestigio del hombre inmóvil como entrenador de pastor belga malinois ha decaído en forma notable. Quizá sea por el cambio en su carácter, que se hace cada vez más evidente. Cada día muestra una irritabilidad mayor no sólo con los perros sino, sobre todo, con los dueños de otros animales. El desprestigio puede haberse producido también porque las técnicas aprendidas del anterior enfermero-entrenador son ya obsoletas. El ring francés se moderniza con una rapidez asombrosa. Asimismo, se han inventado collares que lanzan discretos choques eléctricos para que los perros obedezcan de una manera más efectiva las órdenes de sus entrenadores. En sus actuales condiciones, el hombre inmóvil no tiene ya la posibilidad de adquirir ni estos collares ni los manuales que hay en circulación. ... Cuando el aprendiz de instructor llegó a la casa, la madre y la hermana se colocaron unos pañuelos en la cabeza y apagaron las luces del primer piso. Aquel día tuvieron que continuar en la oscuridad su labor con las bolsas. Al enterarse de la actitud de las dos mujeres, el hombre inmóvil protagonizó tal escándalo, que a la madre y a la hermana no les quedó otra alternativa que despojarse de los pañuelos y encender las luces nuevamente. Durante aquella visita insultó, más de una vez, al enfermero-entrenador. Hizo, además, algo de lo que nadie pensó podía ser capaz, sacrificar sin inmutarse el ave de cetrería. ... El aprendiz de instructor fue sentado en una silla colocada delante del sofá. El hombre inmóvil parecía haber organizado, hasta en sus mínimos detalles, la visita. Para comenzar, el aprendiz de instructor debía permanecer todo el tiempo que durara su presencia en el cuarto, sentado en esa silla. El enfermero-entrenador debía ir sacando uno a uno a los perros de sus jaulas. Debía llevarlos después a la habitación. Mientras el enfermero-entrenador iba a buscar a los animales, el hombre inmóvil le explicaba al aprendiz de instructor la conducta que mostrarían en el cuarto. En cierto momento, el hombre inmóvil describió la forma en que uno de los perros iba a dar muerte al ave de cetrería. En efecto, los pastor belga malinois se comportaron tal como lo profetizó el hombre inmóvil. Llegado el momento, la destrucción del ave fue bastante violenta. ... Durante la exhibición, el enfermero-entrenador debió mantenerse en silencio. De ese modo hizo desfilar a todos los pastor belga malinois con los que contaba el hombre inmóvil. En el grupo estaban mezclados los ejemplares de los que deseaban deshacerse. Sólo en una ocasión, uno de los perros desobedeció las órdenes impartidas. Shakura, la perra más vieja de la casa, se lanzó en un descuido sobre la pierna del aprendiz de instructor. El hombre inmóvil insultó, entonces, al enfermero-entrenador como nunca antes lo había hecho. De inmediato, echó de la casa al inocente aprendiz de instructor. ... Después de aquel incidente, iba a ser imposible realizar la transmisión de mando necesaria para que alguien adquiriese alguno de los animales, gritaba el hombre inmóvil desde el sillón. ... Luego de que el aprendiz de instructor abandonó la casa, el hombre inmóvil le

ordenó al enfermero-entrenador que volviera a traer a Shakura al cuarto. Fueron agudos los aullidos que lanzó la perra durante varios minutos. ... De vez en cuando, la madre y la hermana le piden ayuda al enfermero-entrenador para ordenar las bolsas de plástico que deben clasificar diariamente. Ni la madre ni la hermana le han dicho nunca al enfermero-entrenador la función que cumplen esas bolsas en sus vidas. Sin embargo, el enfermero-entrenador parece ser capaz de intuirlo. Cada vez que la madre y la hermana solicitan el auxilio del enfermero-entrenador, el hombre inmóvil se altera. Sabe que durante esos momentos se quedará absolutamente solo. No parece tomar en cuenta la presencia en su cuarto de los pericos de Australia. El hombre inmóvil emite entonces, los ruidos necesarios para que los perros aúllen en forma constante. ... Pese a las condiciones en que deben trabajar, con el hombre inmóvil buscando quebrar el orden y los perros aullando sin parar, la madre y la hermana saben que no pueden abandonar la tarea que están realizando. El enfermero-entrenador se enfrenta, en momentos así, a una disyuntiva. Sabe que el hombre inmóvil no tolera el abandono del que es víctima, pero sabe también que hay gastos económicos que atender. Sigue trabajando entonces con las bolsas sin pensar. Pero, finalmente, ni las mujeres ni el enfermero-entrenador podrán soportar la situación y, alterados, dejarán el trabajo. El enfermero-entrenador subirá a la habitación y, aunque el hombre inmóvil no le diga que le está doliendo, masajeará la pierna que siempre le molesta. Los empleadores no tardarán en venir a recoger las bolsas y en traer otras nuevas. Deberán entonces pedir, una vez más, una de las acostumbradas treguas laborales. ... Esa noche, cuando el hombre inmóvil se encuentre dormido, la madre y la hermana trabajarán el doble de lo acostumbrado. En jornadas como aquella los pastor belga malinois suelen mantenerse tranquilos, siempre y cuando el hombre inmóvil no haya pedido la presencia de Anubis para que pase la noche a su lado. Los demás perros, percibiendo que Anubis es quien vela aquel sueño, se mantendrán inquietos hasta la madrugada. ... En estas noches, el enfermero-entrenador tendrá que abandonar a cada momento la labor con las bolsas para visitar las jaulas. Pero pese a sus esfuerzos, no logrará apaciguar a los perros del todo. Los pastor belga malinois sólo se calmarán con las primeras luces del alba. A esa hora, el enfermero-entrenador subirá al segundo piso para llevarle al hombre inmóvil una taza de té. El enfermero-entrenador sabe que en momentos así no puede ingresar, de buenas a primeras, al cuarto. Debe tocar antes la puerta con sigilo, buscando que el hombre inmóvil despierte e imparta las instrucciones necesarias para que Anubis no lo despedace apenas lo vea entrando con la taza. En amaneceres de esa naturaleza, lo más probable es que el hombre inmóvil finja estar dormido. Y por más que oiga, no sólo los toques de puerta sino las palabras tiernas del enfermero-entrenador, hará el simulacro de no escuchar. ... La madre y la hermana oirán angustiadas, desde el piso de abajo, el caprichoso despertar del hombre inmóvil. Necesitarán, con urgencia, que el enfermero-entrenador regrese al primer piso y continúe ayudándolas con el trabajo. Ni la madre ni la hermana saben, en realidad, qué hacer con las bolsas de plástico que deben clasificar. Se limitan a acomodarlas en pilas, una y otra vez. Mientras el hombre inmóvil no conteste y siga haciéndose el dormido, es poco lo que se puede avanzar. No es que la madre y la hermana no amen al hombre inmóvil y deseen, de buena fe, que despierte y beba el té caliente. Disfrutan incluso del tono con el que el enfermero-entrenador, manteniendo la taza en equilibrio, le anuncia la llegada del nuevo día. ... Anubis se mantiene en silencio. Sin embargo, sus orejas se encuentran en actitud de alerta. Parece esperar cualquier orden para entrar en acción. El hombre inmóvil, de pronto, abre un ojo. Sabe que los demás penden de un hilo. Sabe también que piensan, aunque sean incapaces de manifestarlo, que puede incluso estar muerto. ... En caso de que el hombre-inmóvil no fuera más que un cadáver, sería una verdadera proeza recuperarlo. Anubis daría la vida antes de permitir que alguien pusiera un dedo sobre el cuerpo inerte de su amo. El hambre, que el hombre inmóvil comienza a sentir, termina siempre poniendo punto final a la situación. No ha probado bocado desde la tarde del día anterior. A esa hora el enfermero-entrenador le subió algo ligero. El enfermero-entrenador termina su manera de despertar al hombre inmóvil ofreciendo en voz alta, junto a la taza de té, un emparedado que le asegura preparará de inmediato. Sólo en ese momento el hombre inmóvil emitirá un ruido, mínimo además. Anubis aullará acompañando los sonidos de su amo. Abajo, la madre y la hermana no podrán contenerse y reirán a hurtadillas. El enfermero-entrenador ingresa, entonces, al cuarto para dejar la taza en la mesa de noche. Anubis gruñe ligeramente. No llega a atacar, pues ese ruido que produjo la garganta del hombre inmóvil fue la orden para mantenerse únicamente alerta. El enfermero-entrenador sale del cuarto segundos después. Con una especie de desesperación, baja las escaleras. No parece importarle tropezar y caer. Pasa corriendo delante de la madre y de la hermana, que lo miran plenas de esperanza. Antes de volver a sentarse con ellas, deberá ir a la cocina a preparar el emparedado prometido. Todavía no amanece del todo. A lo lejos se escucha el rumor de los coches, que van y vienen del aeropuerto. ... Según la versión del hombre inmóvil, cuando nació fue llevado a una institución caritativa para recibir una crianza adecuada. Tomando en cuenta las características de la criatura, ciertos científicos no consideraron apta a la madre para cumplir con una responsabilidad maternal de esa naturaleza. El hombre inmóvil asegura que, apenas le dieron de alta en el hospital donde dio a luz, la madre regresó sola a su casa con la poco noble intención de asfixiar a su hija mayor. En aquella época, la casa sólo constaba de una habitación. La hermana del hombre inmóvil se salvó a último momento de aquel arrebato homicida. Algunos vecinos que acudieron a dar la bienvenida, conocer a la nueva criatura y devolver a la hija que la madre había dejado encargada durante los días en que estuvo internada en el hospital, fueron testigos de la exaltación incontrolada de aquella mujer. Al menor descuido,

y sin siquiera esperar a que los vecinos regresaran a sus casas, colocó una almohada en la cara de la aterrorizada criatura. Síndrome de estado puerperal, diagnosticaron los mismos científicos que días atrás le habían arrebatado la tutela del hijo recién nacido. ... De acuerdo con lo que acostumbra afirmar el hombre inmóvil, la madre fue recluida a instancia de los vecinos. Al principio, parece que no quisieron aceptarla en ninguna institución. Tuvo que intentar prender fuego a su hogar, una semana después del intento de asesinato, para que las autoridades recién tomaran cartas en el asunto. Ésta es una de las versiones que más repite el hombre inmóvil. Como si narrándola una y otra vez, pudiera explicar las causas por las que, supuestamente, no creció dentro de lo que se llama un típico núcleo familiar. ... Durante cerca de veinte años, los miembros de la familia se mantuvieron alejados entre sí. Desde el principio la hermana extrañó, de manera desmesurada, a la madre. Nunca se acostumbró a la separación. Quizá aquella fue la razón por la que perdió buena parte de los dientes en un tiempo relativamente corto. Las cejas y pestañas, en cambio, se le fueron cayendo en forma gradual. El hombre inmóvil asegura, y con eso consigue que la hermana cuando lo escucha entre en accesos de coraje difíciles de manejar, que durante sus años de internamiento fue tratado a cuerpo de rey. Afirma que disponía de tres enfermeras de tiempo completo, a quienes todos los días les solicitaba la lámina recortada de algún perro. En ese tiempo no mostraba predilección todavía por ninguna raza en particular. Alrededor de su cama conservaba una serie de figuras de spaniels, teckels, perdigueros y perros alanos. Algunas estaban pegadas en las paredes. Otras se amontonaban en un cajón del pequeño ropero con el que contaban todos los niños de la institución. ... Por aquellos años, conoció a un niño que decía haber escrito un libro sobre perros de vidas heroicas, que había ilustrado con figuras recortadas, parecidas a las que se multiplicaban alrededor de su cama. El niño escritor llegó de visita al pabellón durante el mes de octubre de 1967. Acababa de hacer, esa misma mañana, la Primera Comunión. La parroquia había organizado para después una visita piadosa a hospitales. Días antes habían tranquilizado a los preocupados padres de familia, afirmando que no se recorrerían las zonas de niños con enfermedades infecciosas. El peregrinaje incluiría sólo las de los pacientes quemados o con problemas psicomotrices. ... Al niño escritor parece que le llamó especialmente la atención una paciente a la que le faltaba parte de la nariz. Quizá por eso le entregó íntegro el contenido de la bolsa de regalos que llevaba consigo. Tenía dos docenas de sorpresas envueltas en papel de colores. Siempre de acuerdo a la versión del hombre inmóvil, cuando el niño vio las láminas de perros recortadas en las paredes del sanatorio aseguró que era escritor y que había compuesto un libro acerca de perros héroes. Dijo, también, que una vez que lo terminó, su abuela había sido la única interesada en leerlo. ... Esa misma tarde el hombre inmóvil pidió, por primera vez en su vida, una máquina de escribir. La solicitó a las enfermeras que velaban por su bienestar. Al igual que aquel niño, quería escribir una serie de historias. Las había imaginado mientras miraba las láminas que ellas le recortaban diariamente. Sólo volvió a solicitar una máquina de escribir cuando fue retirado de la institución. ... A veces, el hombre inmóvil le relata al enfermero-entrenador historias relacionadas con los treinta pastor belga malinois que mantiene en casa. También con el ave de cetrería, que debía ser tapada con una caja de madera cada vez que los perros entraban al cuarto. En ocasiones, incluso, con los pericos de Australia. Mientras estructura aquellos relatos, de una manera lenta y confusa, el hombre inmóvil olvida que la madre y la hermana trabajan en la planta baja con las bolsas que siempre llevan atraso en entregar. Ellas aprovechan cualquier momento de embeleso del hombre inmóvil para llamar al enfermero-entrenador, quien muchas veces sale del cuarto sin que este lo advierta., Así pueden avanzar, con premura, el trabajo que tienen encomendado. Ambas tienen presente que fueron precisamente las bolsas de plástico las que reunieron nuevamente a la familia. El enfermero-entrenador intenta conocer los detalles de cómo aquellas bolsas se convirtieron en el instrumento que logró reunirlos otra vez. ... Pese a que el enfermero-entrenador sabe que es una farsa el asunto de la reclusión en distintas instituciones, actúa como si ese pasaje en la vida de los habitantes de la casa fuera cierto. Cuando pregunta a las mujeres sobre el pasado familiar, sólo logra producir un significativo silencio. Ambas están convencidas de que ese ambiente, en que el silencio estudiado crea una especie de tensión, hace que la labor transcurra de manera inmejorable. Por esa razón y, seguramente para la producción obtenida, la madre y la hermana incitan al enfermero-entrenador a que les pregunte cómo fue posible que las bolsas de plástico reunieran nuevamente a la familia. El silencio termina cuando, en el segundo piso, el hombre inmóvil, produciendo sus habituales sonidos, logra una reacción en cadena de ladridos que compromete a los treinta pastor belga malinois de la casa. En situaciones así el enfermero-entrenador sube de inmediato. ... Todos los días, el hombre inmóvil le dice al enfermero-entrenador que le gustaría mantener, nuevamente, una conversación con el niño que, cuarenta años atrás, le dijo que había escrito un libro sobre perros héroes. Ese recuerdo hace que, cada vez con mayor frecuencia, olvide la relación existente entre los pastor belga malinois y las naves espaciales. Olvida incluso el mapa de América Latina que se mantiene colgado en una de las paredes del cuarto. El hombre inmóvil suele decirle al enfermero-entrenador que desea conversar con el niño alrededor de las seis de la tarde, hora exacta en que este abandonó el pabellón del hospital donde alguna vez se encontrara recluido. Su deseo se vuelve, a veces, un tanto exaltado. El enfermero-entrenador busca entonces diversas formas de calmar su ansiedad. La más usual consiste en llevar todos los perros al cuarto. Cada uno de los pastor belga malinois tiene un tiempo determinado para permanecer allí. Se cuenta con un promedio de diez minutos por animal. Cuando se presenta una situación de este tipo, el enfermero-entrenador dedica unas cuatro horas en la

tarea. Antes de llevar al primer perro, debe colocar la caja de madera encima del ave de cetrería y cubrir los pericos de Australia con una manta que representa el sistema solar. A pesar de que el enfermero-entrenador nunca lo ha olvidado, el hombre inmóvil le recuerda, la mayoría de las veces con gritos exaltados, que coloque la caja de madera encima del ave de cetrería antes de llevar los perros al cuarto. Se lo ordena, incluso, cuando el ave ya no está más en la habitación. Sólo después de que el último pastor belga malinois visitaba la habitación, el enfermero-entrenador se ocupaba de las necesidades vitales de aquel pájaro. Cuando el ave de cetrería no había sido despedazada aún, a esa hora el enfermero-entrenador se dirigía al primer piso y sacaba de un frasco uno de los ratones vivos que criaba como alimento del ave. Solía mantener media docena de animales, que renovaba una vez por semana con roedores nuevos comprados en el mercado. El enfermero-entrenador introducía al ratón escogido en un aparato que el hombre-inmóvil había bautizado como transportador de roedores. Se trataba de un pequeño tubo de malla metálica que contaba con una agarradera en la parte superior. Cuando regresaba a la habitación, el enfermero-entrenador destapaba la caja del ave y le desamarraba la pata. Luego abría la puerta del transportador y azuzaba al ratón para que saliera corriendo. Era indescriptible el caos que se desataba en el cuarto cada vez que el pájaro se disponía a cazar a su presa. Curiosamente, cuando el ave desordenaba los objetos a su alrededor era uno de los pocos momentos en los que el hombre inmóvil reía de manera distinta a la que todos le conocían. Ensayaba una sonrisa que, de alguna manera, podría considerarse como beatífica. ... Entretanto, y en virtud de los acontecimientos, en la planta baja la madre y la hermana cubrían sus cabezas con un par de bolsas de plástico. Salían después de la casa. Parecía que no hubieran podido soportar el revuelo que desataba el pájaro tras el ratón. ... Desde la ventana del segundo piso, el enfermero-entrenador miraba a las dos mujeres alejarse. En momentos así, nunca podía saberse si iban a volver. Fíjense, el hombre inmóvil mantiene inalterable su particular sonrisa. DAMAS CHINAS. ... así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos. Cada vez que ingreso al consultorio me hago la misma pregunta. Mirar la mesa de metal con las cintas de cuero colgando a los lados hace que me cuestione si estoy realmente interesado en recibir la cantidad de pacientes que diariamente llena mi consulta. El constante trato con mujeres parece haber modificado mi carácter. Siento que tocar sus cuerpos sólo con fines médicos deforma de algún modo mi deseo. De otra manera no entiendo por qué a mi edad necesito tanto acudir a los salones de masajes ni por qué detengo el auto cuando veo a una muchacha caminando por alguna zona oscura de la ciudad. Rara vez me hacen caso, aunque hay ocasiones en que aceptan subir y dar una vuelta. Las suelo llevar a tomar una copa en un lugar discreto, o estaciono el auto frente a la orilla del mar. Esos encuentros suelen terminar en uno de los tantos moteles que alquilan por horas sus habitaciones. Nunca llevé a ninguna al consultorio. El olor clínico y el recuerdo de las escenas médicas que allí se han desarrollado anulan desde el principio cualquier entusiasmo. Por eso he rechazado a las pacientes que se me han insinuado. También, a una enfermera que me habló de cosas impropias pocos días después de haberla contratado. La despedí antes de que cumpliera su primera semana de trabajo. Prefiero las experiencias anónimas. Todas no son más que aventuras que tienen un muy corto tiempo de duración. Casi siempre se propician al salir del consultorio. Otras tienen lugar en las primeras horas de la tarde. No me puedo exceder y olvidar el reloj. A pesar de que mi esposa no está pendiente de mis horarios, no quiero que comience a albergar ninguna sospecha sobre mi comportamiento... Hace ya mucho tiempo que he dejado de preguntarme lo que siento realmente por mi esposa. Parece que estoy demasiado acostumbrado a su presencia. Creo que al momento de casarnos no calculé como es debido el asunto de las edades. Mi esposa es dos años mayor, hecho que carece de importancia cuando se es joven. Sólo cuando comenzó la maternidad y la crianza de los hijos, se fueron haciendo visibles los años que nos separan. En algunas reuniones, les cuento a otros hombres mis aventuras en la calle. Al principio me hacían caso, algunos incluso me preguntaban por los detalles. Sin embargo, de un tiempo a esta parte noto que evitan el tema. De muchos conozco una que otra lejana experiencia, pero ahora parecen preferir la tranquilidad del hogar. Durante los inviernos, organizan almuerzos a los que invitan a sus hijos y a sus nietos. En el verano, suelen pasar los fines de semana en sus casas de playa sin preocuparles mayormente lo que ocurre en el exterior. Con mi esposa llevamos una vida semejante, aunque en los primeros años de matrimonio intentamos establecer una rutina algo mundana. La primera casa, por ejemplo, la compramos porque el área social era bastante atractiva. Contaba con dos salas espaciosas y una terraza con vista a un cuidado jardín. Que los dormitorios fueran un tanto incómodos o que no contáramos con espacios privados cuando nacieran los hijos, no nos importó demasiado. En esos años, dedicábamos buena parte de nuestro tiempo a planificar cocteles y fiestas. Cuando mi esposa salió embarazada decayó en algo nuestro ritmo, pero inmediatamente después de dar a luz se hizo cargo de nuestra hija una niñera calificada ... He tenido dos hijos, uno de los cuales está muerto. La mayor se casó con un joven industrial que parece estar satisfecho con el matrimonio. Tienen a su vez dos hijos, que me han convertido en abuelo. Pero, pese a las apariencias noto que mi hija no está del todo contenta con su situación. La siento nerviosa buena parte del tiempo. No creo que nadie lo advierta. Tal vez yo sea el único. Quizá deba esa percepción a los años que llevo como profesional. Al hecho de haber visto las reacciones de las mujeres ante distintas circunstancias. Cuando diagnostico que la protuberancia que aparece en el pecho puede ser maligna, cuando propongo una operación, o cuando señalo que la criatura que está por llegar quizá tenga problemas al momento del parto, me enfrento a respuestas que a muchos dejarían con la boca abierta.

No creo que mi hija pueda hacer mucho para remediar aquel estado. Tal vez le sirva de ayuda dedicarse a la crianza de sus hijos. Sé que se toma un tiempo para seguir un curso de fotografía. Incluso me ha hecho algunas fotos. En una de ellas llevo el mandil blanco que utilicé cuando atendí en la consulta. En fin, mi hija me ha dado una que otra alegría, pero de quien me es difícil hablar es de mi hijo menor. No sé qué sucedió durante su formación. Quizá no hice caso a los síntomas, que comenzaron a aparecer cuando aún era adolescente. Recuerdo que empezó a presentarse en la casa con magulladuras en el cuerpo. Podía tratarse de una herida en la frente, algún rasguño en los brazos o una cojera pronunciada. ... La seguridad económica la conseguí relativamente pronto. Aparte del consultorio con el que contaba, en cierto momento de mi carrera me asocié con otros médicos para fundar una clínica. En esa época nos mudamos de casa. Nos convenía un barrio más apartado y de mayor clase. Mi esposa fue quien se encargó de los pormenores. La nueva casa era tan grande que cada miembro de la familia contaba con sus propios ambientes. Mi esposa decoró una sala para que mis hijos recibieran a sus amigos. Estaban entrando entonces en la adolescencia, y creo que los hechos que definieron sus caracteres ocurrieron entre esas paredes. Todo parecía marchar bien, aunque yo había comenzado desde hacía un tiempo a sufrir una especie de crisis relacionada principalmente con mi trabajo profesional. Cuando era estudiante, la medicina absorbía todo mi tiempo. Mi mayor deseo en ese entonces era llegar a ejercer sin preocupaciones mi profesión. Me parece importante aclarar que soy hijo natural. Mi madre tenía un carácter severo y mi padre, un médico famoso, estaba casado a su vez con una mujer con la que tenía tres hijos. Tal vez para demostrar que ni ella ni yo éramos menos, mi madre dedicó toda su energía a prever mi futuro. Me matriculé en colegios de prestigio y se preocupó por cada aspecto de mis estudios universitarios. Fue mi madre quien me instaló el primer consultorio. Luego comenzó al ascenso. Se inició con un matrimonio ventajoso pues mi esposa pertenecía a una familia de renombre. Siguió con el cambio de consultorio a otro en una zona de más categoría. Vino después la compra de la primera casa y cosas de ese estilo. Pero, hasta ese momento mi vocación de médico era lo más importante. Ni mi boda ni el nacimiento de mi hija podían competir con la satisfacción de atender un parto o de intervenir quirúrgicamente a una paciente. Sin embargo, de pronto algo cambió. En determinado momento no quise seguir avanzando. Eso ocurrió precisamente cuando mis colegas me propusieron fundar la clínica. Por alguna razón desconocida empecé a pensar que seguir adelante podía poner en peligro mi vocación. Recuerdo que en esa época disfrutamos con mi esposa de un viaje de vacaciones. Recorrimos las islas más importantes del Caribe. Creo que apreciar la forma en que mi esposa disfrutó de ese crucero me llevó a olvidar mi deseo de quedarme con lo que había conseguido hasta entonces. A nuestro regreso, firmé de inmediato el trato con los demás médicos. ... Inicié de ese modo otra etapa en mi carrera. Es cierto que había disminuido mi vocación inicial, pero a pesar de todo seguí asumiendo mi oficio como un reto constante. Durante ese periodo nació mi hijo, participé en varios congresos en el extranjero y con toda la familia hicimos más de un viaje de placer. Esta rutina continuó hasta que mis hijos crecieron. Por ese entonces dejé de parecerme importante también asumir mi profesión como una prueba que debía ir superando a cada momento. Con algo de esfuerzo, traté de reprimir el temor que ejercer la medicina de un modo casi mecánico esta situación me empezó a causar. Para disimularlo continué como si de veras estuviera comprometido con cada caso que se me iba presentando. Esta actitud logró darme cierta calma. Curiosamente empecé a interesarme en el aspecto externo de mi persona. Empecé a notar la edad no sólo viéndome a mí mismo sino por la constante presencia de mi esposa recordándome que dejaba de ser un hombre joven. Puse especial cuidado en mi forma de vestir. En esos años la moda experimentaba cambios importantes. Me tentó seguirla estrictamente, pero mi modo de vida me impedía alejarme del todo de una imagen un tanto clásica. Apenas me dejé crecer unos centímetros las patillas, y adopté el uso de blancos y colores pastel. ... Me viene a la cabeza un hecho especialmente desagradable que me sucedió durante un bautizo al que había sido invitado con mi esposa. Era sábado. Aquellos días visitaba la clínica en las mañanas para realizar una revisión de rutina a las pacientes internadas. Esa vez tuve que hacerle una pequeña intervención a una mujer a la que había operado recientemente. Como se trataba de un caso simple, no me cambié de ropa para atenderla. Cuando llegamos al bautizo, una amiga de mi esposa me hizo notar una pequeña mancha de sangre en el pantalón blanco que me había puesto en esa ocasión. Traté de no darle importancia al asunto, pero la amiga insistía en preocuparse por la supuesta herida que me habría hecho en la pierna. ... En ese entonces, mi vida se reducía al simple hecho de dirigirme diariamente a la clínica o al consultorio. Por ese tiempo tuve mi primera aventura. Sucedió con una mujer que encontré delante de la cochera del edificio donde atendí. Mi consultorio está situado en un moderno edificio, donde ejercen los médicos más prestigiosos de la ciudad. Cuenta con grandes ventanas de vidrios polarizados, lo que me permite ver desde mi escritorio el sol poniéndose en el horizonte. Consta de varios ambientes. Dispongo por eso de una pequeña sala donde realizo intervenciones menores. Como es habitual, aquel día me quedé en el consultorio hasta las ocho de la noche. No había tenido que tratar ningún caso extraordinario. Aquella jornada no se había distinguido de los cientos de tardes en las que atendí una paciente tras otra. Recuerdo haber estado frente a dos mujeres embarazadas, a una que necesitaba el cambio de la T de cobre, y a tres que me visitaron para un examen general. Me estaba dirigiendo a recoger mi auto, cuando vi a la mujer, de pie al lado de un poste de alumbrado público. No pensé en nada cuando me le acerqué, la saludé con miedo, me invitó a irnos por allí. Quise aceptar al instante, pero no podía permitir que nos viera el encargado de la cochera. Le contesté que me esperaba

en la esquina siguiente. Mientras encendía el auto, dudé sobre lo que debía hacer a continuación. En ese momento recordé a un niño de pocos años, con quien había estado la semana anterior, cuando acudí al consultorio acompañando a su madre quien debía visitarme en forma periódica. Siempre lo hacía llevando a su hijo consigo. El tratamiento que debía seguir la paciente era aplicado por mi enfermera. Yo debía estar atento sólo por si se presentaba alguna complicación. Aquella vez el niño se sentó, como de costumbre, en el sofá de cuero negro que tengo colocado entre la sala de espera y el consultorio. Mientras la enfermera preparaba a la madre, tomé asiento a su lado. El tratamiento debía durar por lo menos una hora. El niño lo sabía. Creo que por eso me contó una larga y complicada historia, de la cual no entendí mucho. ... Escuché aquel relato tal vez porque me pareció una forma de llenar el espacio muerto que se generó en mi consulta. Estuve allí hasta que apareció la enfermera y me informó que la paciente había tolerado bien la sesión. Dejé al niño sentado en el sofá y fui a examinar a la madre. Esa noche, acostado en la cama al lado de mi esposa, volví a pensar en la historia que me habían contado en el consultorio. Sólo entonces reparé en que la cabeza del niño no tenía una redondez habitual. Casi al instante me quedé dormido. La imagen del niño y de la historia narrada, volvieron a aparecer sólo cuando estaba dentro del auto a punto de encender el motor. Al momento de arrancar tuve la esperanza de que la mujer no se encontrara esperándome en la esquina siguiente. Era posible que algún otro automovilista ya la hubiera recogido. Pero allí estaba, con una falda amarilla y un bolso con adornos de pedrería colgado al hombro. Todo sucedió en segundos. Detuve el auto, la mujer subió y partimos. Aún recuerdo el golpe seco de la puerta al cerrarse. Cuando aquella noche regresé a la casa, mi propia esposa había preparado la cena. Era tarde. Sin embargo, toda la familia estaba esperándome para sentarnos a la mesa. Se me ocurrió que, tal vez, se trataba de un día especial y yo lo había olvidado. Por la inquietud que noté en las caras de mi esposa y de mi hija supuse que algo ocurría. Mi hijo no debía estar al tanto de la situación porque apenas nos sentamos comenzó a comer con su indiferencia habitual. Mi esposa esperó hasta el momento del postre para hablar. Mi hija iba a comprometerse en los próximos días. En la sobremesa, me dijeron que los preparativos para la ceremonia estaban casi terminados. ...Creo que sólo después de esa boda mi esposa y yo nos dimos cuenta de la magnitud del problema de nuestro hijo. Al quedar solo en la casa, su presencia se hizo más evidente. Con mucha discreción consulté el asunto por teléfono con algunos colegas. Ninguno parecía tener una idea clara de cómo afrontar el caso. Recuerdo que hice las llamadas durante la luna de miel de mi hija. Lo sé porque mantenía todo el tiempo, en el bolsillo de la bata con la que atiendo, una tarjeta postal enviada por los recién casados. Esa tarde tuve mi segundo encuentro fortuito con una mujer. En ese entonces aún no tenía experiencia con lo que sucedía en la calle. Acudí, por eso, a uno de los tantos salones de masaje que ponen sus anuncios en los diarios. Sabía que aquellos salones eran prostíbulos encubiertos. Aquella fue la primera vez que lo constaté. Para escogerlo me guié sólo por el nombre. Después de haber visitado varios de esos lugares, sé que en aquella ocasión tuve suerte. Se trataba de un lugar discreto, limpio, con un personal joven y amable. Hubiera querido convertirme en visitante ocasional. No fue posible, porque por miedo a la policía, esos lugares cada cierto tiempo son desmantelados. Me molesta, además, frecuentar dos veces a la misma mujer. Por eso, combino ahora mis visitas a los salones con los encuentros en las calles. Frecuento, también, algunas casas de cita. Hasta hoy no he tenido problemas de mayor importancia, salvo la vez en que una mujer averiguó mi teléfono y mi dirección. ... Nunca llegué a saber cómo logró averiguarlos. Sucedió con alguien que recogí en una calle cualquiera. Tal vez encontró en el auto una de mis tarjetas de presentación. Con aquella mujer visité una playa solitaria. No la que acostumbran frecuentar las parejas. Su compañía me había dado cierta confianza. Nuestra salida, por eso, no se limitó a lo sexual. Hablamos también de algunos temas. Escogí esa playa porque en las otras había tenido molestas experiencias con sujetos que suelen espiar los autos estacionados. La mujer posiblemente revisó el interior del coche cuando bajé a comprar las latas de cerveza que me pidió o quizá la tarjeta se me deslizó del bolsillo. Llamó al consultorio para amenazarme con hablar con mi esposa si no le daba cierta cantidad de dinero. La dejé continuar sin responderle. Luego colgué y di la orden a la enfermera para que, ese día, no me pasara ninguna llamada más. No volví a saber de su existencia. Desconozco si alguna vez cumplió con su amenaza. Mi esposa, al menos, nunca me lo ha hecho evidente. Quedé nervioso, aunque no tanto por el chantaje en sí, lo que me preocupaba era no saber hasta qué punto podía manejar las situaciones que mi conducta empezaba a generar. En ese momento, recuerdo que pensé nuevamente en la historia que me había narrado el niño en el consultorio. Sólo entonces me di cuenta de lo absurdo de su relato. Era evidente que se trataba de una invención. Más que sorprenderme la actitud del niño, me extrañaba que no hubiera puesto antes en duda la veracidad de lo contado. ... El día de la llamada de chantaje regresé a la casa de mal humor. No tenía ganas de ver a nadie. Lo más seguro era que mi esposa me recibiera con la mesa puesta. Mi hijo, seguramente, no se encontraría allí. Había adquirido la costumbre de salir antes de que yo llegara. Creo que esa conducta mejoraba las cosas para todos. Esa actitud la asumí después de cierto incidente en el que me vi involucrado. Todo comenzó un amanecer cuando tocaron el timbre de la casa en forma insistente. La noche anterior había regresado temprano del consultorio. Antes de dormir vi el noticiero y leí luego un par de capítulos de un libro que acababa de salir publicado. El sueño me sorprendió con el libro entre las manos. Sentí lejanamente que mi esposa me lo quitaba y luego apagaba la luz. Me despertó el timbre de la puerta. Por el intercomunicador me anunciaron que mi hijo estaba en problemas. Debía ir, de inmediato, a la estación de policía. Yo creía que

mi hijo se encontraba en su habitación, aunque no recordaba haberlo visto llegar la noche anterior. Lo más probable era que lo hubiera hecho después de haberme quedado dormido. Cuando fui a su cuarto encontré la cama tendida. Unos tímidos rayos de sol caían sobre una colcha de rombos. Esa mañana supe que mi hijo había hecho uso indebido de una tarjeta de crédito robada. En los días siguientes tuve que llevar a cabo algunas gestiones para que lo pusieran en libertad. Cuando después de tres días regresó a la casa, noté que comenzó a hacer esfuerzos aún mayores para que nos cruzáramos lo menos posible. ... Es cierto, cuando comencé a dudar de mi vocación, noté una inusual cantidad de muertes en los casos que tenía a mi cargo. Por supuesto no se trató de una relación directa, aunque quizá existió cierta negligencia de mi parte. La primera víctima fue una madre que daba a luz. En el momento del parto era difícil saber que el niño no estaba en la posición correcta; pero si hubiera sido más cuidadoso, habría ordenado unas pruebas antes de la entrada de la paciente al quirófano. El niño tampoco se salvó. El otro caso escapaba, aún más, a mi responsabilidad. La muerte fue ocasionada esta vez por un tumor que desde el principio estuvo diagnosticado como maligno. Después se dio la situación de una paciente que se suicidó al enterarse de su esterilidad por unos exámenes que le prescribí. Como puede verse, en ninguno de los casos tuve una responsabilidad mayor. Pero en mi interior sentía cierta culpa. Como si la energía que generaba mi estado de ánimo atrajera el mal hacia las mujeres que frecuentaban la consulta. Me sirve de consuelo pensar en el caso de cura milagrosa, protagonizado precisamente por la madre del niño que habló conmigo aquella vez en el consultorio. Hechos como aquel me ayudan para equilibrar, de algún modo, mi tabla de desempeño profesional. A la madre del niño se le había diagnosticado un cáncer con ramificaciones. De ahí la frecuencia de sus visitas. Tenía que someterse a un tratamiento de quimioterapia. Como señalé, en forma invariable la paciente iba con su hijo. Parecía como si por ese diagnóstico no quisiera separarse ni un momento de él. En una de las tantas visitas, no recuerdo exactamente en cuál, el niño estuvo nuevamente sentado a mi lado. Pero en esa ocasión no me dirigió la palabra. Había hablado conmigo solamente una vez. Sin embargo, el hecho de estar nuevamente juntos me hizo acordar de nuevos detalles del relato escuchado semanas atrás. ... No recuerdo en qué momento la enfermera interrumpió aquel largo discurso. Tampoco sé cómo el niño logró contármelo todo en un tiempo tan reducido. No creo haber añadido nada de mi imaginación. Me acuerdo de la figura vestida de blanco saliendo a la antesala con los guantes de hule aún puestos. Entramos a ver a la mujer y cerramos la puerta. La paciente estaba acostada en la mesa de metal. Se encontraba cubierta con una bata ligera. Noté que había disminuido la abundante cabellera que llevaba hasta semanas atrás. El color de la piel se había opacado hasta adquirir un tono cenizo. Tenía los ojos cerrados. En una esquina estaba colocado el armazón de hierro del que colgaba la botella del fármaco que acababan de aplicarle. Cuando me encontré junto a la mesa, la enfermera acercó solícita el carro con los instrumentos clínicos. Comencé a palpar aquel cuerpo. Al sentir mis manos reconociéndola, la paciente se quejó en un par de ocasiones. Era el primer examen al que se sometía después de su tratamiento inicial; sin embargo, el tumor tenía todavía un tamaño considerable. A pesar de su estado físico noté que su fuerza no decrecía en forma significativa. Se esforzaba por parecer animada. Mientras esperaba su turno, acostumbraba contarle cuentos a su pequeño hijo. Dos meses después, el tumor comenzó a disminuir. Luego de unas semanas, desapareció por completo. Cuando ya no lo sentí más, ordené nuevos análisis. El resultado fue negativo. Incluso hice una pequeña intervención para cerciorarme. Al poco tiempo la declaré curada y, desde entonces, viene a hacerse los exámenes sólo en forma esporádica. Como de costumbre, el niño siempre la acompaña. ... Ése es uno de los casos que considero como de cura milagrosa. Suelen tratarse de cuadros clínicos con todos los elementos dispuestos para determinado desenlace. Pero por razones que estoy seguro ninguno de mis colegas ha logrado hasta ahora desentrañar, en ciertas ocasiones los cuerpos enfermos presentan síntomas de mejoría completamente inusitados. En el caso de la madre del niño, las ramificaciones del tumor habían afectado incluso algunos órganos. Es posible que ciertas personas califiquen las mejoras como normales, y consideren que la ineptitud proviene de la ciencia médica. Sobre todo, quienes ven la medicina de mala manera. Estoy de acuerdo. Hay cientos de funciones de los cuerpos que son un total misterio para nosotros. Pero en los casos de las curas milagrosas, las cosas son diferentes. Cada vez que una de esas situaciones se presenta en mi ejercicio médico, tengo una reacción que no puedo describir con exactitud. Me parece poco apropiada la comparación, pero es similar a la que me produce el encuentro con una mujer de la calle. ... Todo comienza con una sensación en la garganta. La boca se me seca, al mismo tiempo que las manos empiezan a transpirarme de un modo anormal, siento también un calambre ligero en las piernas. Nada puedo hacer para sustraerme de las acciones que esté a punto de realizar. La primera vez que visité un prostíbulo propiamente dicho, aquel estado me tomó desde el primer instante. Creo que tuvo mucha importancia el olor que flotaba en el ambiente. Experimenté con fuerza la sensación en la garganta. La boca se me secó de un modo inusitado. Mientras iba subiendo las escaleras que conducían a los cuartos, empecé a sentir húmedas las manos. Al ver aquel largo pasillo con las mujeres esperándome delante de sus puertas, tuve que detenerme unos momentos para restablecerme. Seguí caminando. Acepté a la primera que se me ofreció. Volví varias veces al lugar. Lo hice hasta probar a casi todas las mujeres que trabajaban allí. Para visitarlo tuve que inventar en mi casa falsas pacientes y operaciones ficticias que debía atender. Pero a medida que las visitas aumentaron, las sensaciones en la garganta, en la boca y en las piernas comenzaron a disminuir. La última vez fue como entrar en mi propia casa. Busqué otros

lugares. Averigüé unas direcciones cercanas al puerto. Las incursiones iniciales fueron perfectas. Se trataba de locales donde la poca luz hacía casi imposible la visión. Era apenas posible intuir los cuerpos, que se desplazaban entre los salones y los minúsculos cuartos donde las mujeres recibían. Supe que los clientes eran marineros y empleados del puerto. En ese lugar, los olores y los ruidos eran más desagradables que en los locales que había visitado hasta entonces. Cada una de las mujeres contaba con un radio, que mantenían todo el tiempo encendido con el volumen bajo. Sé que existen otros prostíbulos aún de menor prestigio, pero no quisiera caer en la tentación de visitarlos. ... Cuando regresaba a mi casa, pensaba a veces en la inusitada conducta de mi hijo. Desde el primer momento traté de mantenerme inflexible frente a su comportamiento. Esa actitud respondía, creo yo, a la forma que tenía de percibir la vida en ese entonces. En cambio, ahora puedo entender la existencia de cierto tipo de degradación, que quizá me hubiera servido conocer antes para ser un mejor padre. Entre otras cosas aún peores, sé de hombres que se hacen golpear por las mujeres o que piden que les ensucien la espalda. Todo esto lo he escuchado a través de los improvisados tablonces de madera que suelen separar los pequeños espacios. Cierta vez, una mujer me pidió que le hiciera cosas extrañas con el pie. Recuerdo que en la estación de policía en la que detuvieron a mi hijo y a la que acudí con la bata de levantarme aún puesta, vi en los demás detenidos características similares a las que he vuelto a encontrar en estas visitas. Acostumbro llamar a aquellos hombres los sujetos del lado oscuro que, quisiera creer, ni mi hijo ni yo estábamos en la obligación de frecuentar. Sin embargo, en nuestro trato cotidiano nunca he dejado de mostrarme intransigente. La razón puede ser que, mientras estuvo vivo, mi hijo se convertía cada día en un problema mayor. No sólo para él mismo sino, sobre todo, para los demás. Aunque mi esposa trate de ocultármelo, sé que también pasó por situaciones difíciles. Una mañana en que regresé repentinamente a la casa por haber olvidado mi maletín de médico, encontré que mi hijo acababa de volver después de una noche de ausencia y con amenazas exigía dinero para volver a salir. Hubiera querido no ser testigo de la escena. De inmediato introduje la mano en mi bolsillo, y puse algunos billetes en las manos de mi esposa. Subí luego al segundo piso para recoger el maletín olvidado. ... No entiendo por qué precisamente ahora me acuerdo de un hecho en particular. Cuando estaba por cumplir los cincuenta años, comencé a frecuentar un nuevo grupo de amigos. El modo como se comportaban y tomaban la vida me hizo pensar en la posibilidad de asumir conductas ajenas a mi rutina. Algo así como lo que me ocurrió cuando empecé a sentirme avejentado y quise cambiar mi vestuario. Recuerdo a un integrante del grupo en especial. Tenía unos diez años menos que yo. Era dueño de una fortuna apreciable. Aquel personaje pareció interesarse desmedidamente en mi familia. Aparte de conversar por teléfono conmigo todos los días, mandaba regularmente flores y chocolates a mi esposa y a mi hija. En ese entonces, mi hija acababa de terminar la escuela secundaria. Dudaba sobre qué rumbo darle a su vida. Ese hombre solía invitarnos a las fiestas que organizaba en una casa situada en las afueras de la ciudad. En esas reuniones yo solía dejarme ir en un mar de sensaciones. Permitía que la música y la marihuana guiaran mis sentimientos. Con respecto a la marihuana, al principio tuve ciertas dudas, aunque después de un par de fiestas fumé como los demás. Incluso llegué a probar hachís en una pipa hecha en Oriente. Mi esposa se mostraba, en esas reuniones, algo desorientada. Hablaba sin medida con el primero que se le pusiera delante. Una de las fiestas que organizó aquel sujeto, a quien, por cierto, nunca más volví a ver, terminó en una situación algo extraña. La mayoría de los invitados nos encontrábamos en la sala, cuando de pronto mi hija apareció con la cara bañada en lágrimas. Al verla, los demás invitados suspendieron por un instante sus acciones. Aunque bastaron pocos minutos para que volvieran a desenvolverse como antes. El único punto discordante fue mi hija, quien comenzó a ser consolada por mi esposa. Le ponía encima mi saco, que había dejado en la entrada al momento de llegar. Supe que era hora de retirarse. Me les acerqué, las rodeé con mis brazos, y salimos de la casa sin despedirnos de nadie. ... Otro recuerdo particular que guardo de mis hijos es el de la tarde cuando los llevé al zoológico. Fui yo solo con los dos. Aunque nuestros hijos nunca nos los exigieron, en la casa no estaba permitida la presencia de animales domésticos. En aquella visita, mis hijos quedaron deslumbrados ante la cantidad de jaulas. Lo que tenía planeado como un paseo de una hora, se transformó en una caminata que se prolongó hasta el momento del cierre. Ese día constaté, por primera vez, que mis hijos tenían gustos diferentes. Mientras mi hija se inclinaba por las aves, a mi hijo parecían llamarle la atención los reptiles. Me pude dar cuenta también de que eran valientes. No tenían temor en introducir sus pequeñas manos entre los barrotes. Es cierto que nos encontrábamos en la zona de los animales inofensivos, pero ellos no tenían forma de saberlo. Compré varios paquetes del alimento especial que allí mismo vendían, que dieron sin cesar a los elefantes y a los monos. En el camino a casa no dejaron de hablar de lo que habían visto ese día. Cuando llegamos, le contaron a mi esposa todos los pormenores. Hablaron de las formas de los animales, de los sonidos que emitían. También le hicieron una descripción de cómo estaban distribuidas las jaulas. En los días siguientes continuaron refiriéndose al zoológico con el mismo afán. Por alguna razón, estuve atento a esos relatos y pude notar, con una especie de tristeza, cómo con el correr del tiempo el entusiasmo de mis hijos iba disminuyendo gradualmente. Un día, de pronto, desapareció por completo. Nunca volvieron a mencionar el paseo y nunca más, tampoco, me pidieron que los llevara nuevamente. Aquel desapego llegó a afectarme. Sin embargo, no quise intervenir. No volví a mencionar el asunto. Recuerdo que algunas imágenes de ese paseo regresaron a mi mente en ciertos puntos del relato que me fue contando el niño en el consultorio. ... Cuando el niño terminó de relatarme su historia, fijé mi vista en el sofá donde

se encontraba sentado. El color había sido escogido por mi esposa quien, como de costumbre, había cuidado esa compra en todos sus aspectos. Cuando lo adquirimos, visitamos varias tiendas hasta que hallamos lo que tenía en mente comprar. En general, mi esposa acostumbra entregarse de ese modo a sus actividades cotidianas. No sé si lo hace con la intención de sentirse a salvo detrás de un papel establecido o si realmente siente que debe llegar hasta el final en sus empeños. Por ejemplo, aparte de su rutina habitual, reserva un día a la semana para trabajar como voluntaria en un hospital con el que guardo relación. Durante esas jornadas ayuda de manera intensa a las enfermeras del pabellón de los pacientes quemados. También se encarga de la celebración de la fiesta de Navidad en mi propia clínica. El año pasado tuvo la idea de hacer un nacimiento vivo utilizando como personajes a los empleados del área administrativa. Sin que nadie lo advirtiera, había realizado desde meses antes una serie de visitas para seleccionar secretamente a los integrantes de la representación. Llevaba siempre consigo una libreta donde iba anotando los resultados de sus pesquisas. A veces, en las noches la veía revisando sus apuntes y cambiando unos nombres por otros. A finales de septiembre, hizo pública su elección. Tuvo que convencer a los que no querían participar. Sólo cuando obtuvo la aceptación de todos comenzó con los ensayos. Antes les anunció que se había reservado el papel del Arcángel Gabriel. Tenía incluso ya listo su vestuario. Lo había mandado hacer donde su costurera de confianza, quien le había acondicionado un par de alas, que se movían gracias a un mecanismo ligado a su meñique derecho. Desde una de las ventanas interiores de la clínica, comencé a ver a mi esposa mientras dirigía los ensayos. Parecía ser exigente pues amonestaba a los integrantes que no cumplían adecuadamente con su papel. Mi esposa no fue el único miembro de la familia involucrado en el proyecto. Aprovechó las clases que estaba siguiendo mi hija para pedirle que hiciera algunas fotos. Su trabajo no se limitaría a retratar el nacimiento cuando estuviera listo, sino que debía llevar un registro gráfico del proceso. Una vez que la representación terminó, mi esposa guardó las fotos en un álbum, y me prometió que al año siguiente no se repetirían algunos errores que aseguraba se habían cometido. ... Esa representación fue una de las cosas agradables que vivimos aquellas navidades. La cena de nochebuena, la pasamos solos mi esposa y yo. Mi hija, su marido y mis nietos debían cenar con mis consuegros. Por su parte, mi hijo no se apareció en esos días por la casa. Su ausencia significó, de alguna manera, la liberación de una carga. A las doce, nos abrazamos. Algunos amigos nos llamaron por teléfono. Luego de la cena, nos fuimos a la cama. Antes nos entregamos nuestros regalos. Mi esposa me había pedido una joya, separada por ella misma con anticipación y, como de costumbre, yo recibí el par de corbatas que me regalaba todos los años. Esa noche dormí profundamente. De manera inusitada, me levanté casi a media mañana. Desde que era joven no dormía tanto. Mi cuerpo se había acostumbrado a estar de pie antes de las siete de la mañana. Me alarmé ligeramente al ver el tono de la luz que entraba por la ventana. Mi esposa se encontraba en la planta baja. Debería haber ido a la clínica para revisar a unas pacientes, pero una sensación agradable me hizo permanecer en la casa. Después de darme una ducha, avisé a la clínica sobre mi ausencia. Pedí que me mantuvieran al tanto de cualquier novedad. Vestido solamente con la bata de levantar fui a la sala de música. En uno de mis últimos viajes, había comprado un disco con una selección especial de mambos. Lo puse, y me dediqué a escuchar aquella música oída en tantas ocasiones. Al momento, apareció mi esposa con una bandeja. Se le notaba de buen humor. Ensayó algunos pasos de baile y me preguntó, en tono nostálgico, si me acordaba de la época en que ofrecíamos fiestas casi todos los fines de semana. Le dije que sí. Pero añadí, un poco fuera de tono, que no añoraba ese tipo de vida. Luego de escuchar la música por cerca de una hora, mi esposa interrumpió la sesión diciéndome que debía vestirme porque no tardarían en llegar mi hija y su familia para celebrar todos juntos. Me puse de pie, apagué el equipo y subí al segundo piso. Escogí una camisa sport amarilla con rayas blancas, un pantalón beige y unos zapatos de lona celestes. ... Me sorprende que haga, precisamente ahora, una descripción tan minuciosa de mi vestuario. De joven casi no me daba cuenta de lo que llevaba puesto. Era mi madre, quien tenía unos gustos bastante espartanos, la que decidía qué ropa debía usar. Curiosamente, el niño que me contó su historia en el consultorio también llevaba puestos unos zapatos del mismo color. Mientras hablaba, los subió al sofá. Noté que uno se encontraba desanudado. Cuando los bajó, quedaron las huellas sobre la superficie negra. No sé si aquellas huellas fueron adquiriendo en mi cabeza alguna significación en particular, pero decidí deshacerme del sofá una semana después de declarar curada a la madre del niño. Habían transcurrido cerca de diez años desde que lo había comprado. Me parecía un periodo de vida más que suficiente para cualquier mueble. Le comuniqué la decisión a mi esposa. Estuvo de acuerdo. Añadió que se encargaría de que lo fueran a recoger al día siguiente, siempre y cuando no quisiera esperar a tener antes uno nuevo. Lo más razonable hubiera sido aguardar, sin embargo, mi esposa sabe de mi vehemencia luego de tomar cualquier decisión. Sospeché que no soportaba el sofá un día más. Cuando le pregunté lo qué haría con él, me contestó que lo pensaría luego. No es que quiera parecer mezquino, pero el cuero todavía se encontraba en buen estado. Lo más seguro, era que mi esposa lo regalara a la primera persona que estuviera dispuesta a aceptarlo. A alguien del servicio doméstico, o a alguna de las enfermeras a las que ayuda en el hospital de quemados. En ese tiempo yo no había terminado de recorrer a todas las mujeres de una casa de citas situada en el desvío de una carretera. La patrona hubiera estado feliz con aquel sofá. Aunque, tal vez, no fuera recomendable aparecer en ese tipo de casas con un regalo de tal magnitud. Eso me convertiría en un usuario habitual. Aparte de la sensación en la garganta y en las piernas, otra cosa que he notado durante

mis furtivas visitas a esas casas es mi creciente ansia por fumar. El tabaco nunca me ha interesado. Es más, en una época lo rechacé abiertamente y las contadas ocasiones en que fumé marihuana tuve serios problemas con el humo. ... En realidad, hubiera querido obsequiarle el sofá a cualquiera de las patronas que frecuentaba. Aunque no habría sabido cuál de todas se lo merecía realmente. He dicho que pensé dárselo a la mujer que regentaba el local que frecuentaba entonces. Pero aparte de ser el lugar donde en esa época pasaba unas horas a la semana, no había ninguna otra razón para que aquél fuera el sitio elegido. En la mayoría de las casas he recibido buen trato. Aunque, algunas veces he pasado por situaciones que podría calificar como bruscas. Cuento con cincuenta y ocho años, he perdido algo de pelo, he aumentado de peso y visto con discreción. No sé si será mi edad o mi aspecto lo que hace que me respeten las personas que trabajan en esos lugares. Aunque una tarde, estuvo a punto de producirse un altercado de proporciones mayores. Yo había llegado a una casa ubicada en un barrio cercano a los cementerios de la ciudad. Como de costumbre, contaba con poco tiempo. Había arreglado con la patrona para que siempre me tuviera alguna mujer distinta en el horario pactado. Las primeras veces que visitaba cualquiera de esas casas, le aseguraba a la patrona que iría con frecuencia siempre y cuando me reservara un turno temprano en la tarde. De esa forma dejaba a mi esposa en la sobremesa, y podía empezar a atender mi consulta al atardecer. Contaba, de ese modo, con un par de horas en las que mi paradero era un verdadero misterio. La tarde del incidente llegué a las tres. La patrona me recibió y me guió hasta un patio donde se habían instalado dos cuartos. Antes de irse, me pidió que me relajara, la mujer elegida no tardaría en aparecer. Me senté en la angosta cama y busqué mis cigarrillos. Sobre colchón habían extendido tan sólo una sábana. La olí y comprobé que estaba limpia. Cuando miré con atención otros elementos del cuarto, advertí que la patrona se había esmerado en recibirme. ... En un rincón descubrí una batea llena de agua y a su lado un jabón a medio usar. También una toalla pequeña y un rollo de papel de baño sin abrir. Me disponía a desnudarme, cuando escuché a unas personas que iban acercándose. Parecían estar discutiendo. Pude distinguir las voces de un hombre y de una mujer. También la de la patrona. El hombre lanzaba amenazas en medio de groserías. Me levanté rápidamente de la cama. Una vez que estuve de pie, apagué el cigarrillo y me arreglé la corbata. Me puse luego el saco. Sentí miedo. Me quedé inmóvil al lado de la puerta, atento al desarrollo de los sucesos. Las tres personas discutían en el patio, justo delante de la habitación donde me encontraba. Parecía que aquel hombre era el marido de la mujer, y que acababa de descubrir el tipo de actividad a la que su esposa se dedicaba. La mujer lloraba, negaba que fuera una prostituta y le pedía a la patrona que la defendiera. La discusión terminó de pronto. Repentinamente se hizo un silencio absoluto. Seguí escuchando las voces, pero ya a una distancia mayor. Cinco minutos después, la patrona abrió la puerta para decirme que no me preocupara, que se había tratado de un asunto sin importancia nada que un par de billetes no pudiera resolver. Añadió que la mujer no tardaría en hacerse presente. Mientras hablaba, entró al cuarto para comprobar si todo estaba en orden. Revisó la batea, el jabón, la toalla y el papel. Los cambió de lugar, colocándolos en el mismo orden, pero en la otra esquina. Me dijo luego que me quitara el saco y me recostara. Poco después de que saliera del cuarto, entró la mujer prometida. A pesar de su turbación, hacía esfuerzos por mostrarse contenta. Al empezar a abrirse la blusa, noté que le temblaban los labios y que sus manos se movían en forma nerviosa. Pese a todo, luchaba por mantener la sonrisa. No soporté la situación. Me coloqué nuevamente el saco y, sin ningún remordimiento, salí en silencio del cuarto. ... Mientras me dirigía al consultorio, a través del parabrisas del auto pude ver cómo la ciudad cambiaba de aspecto a medida que me alejaba de la zona donde estaba ubicada aquella casa. Pese a lo sórdido del incidente, noté que había existido algo luminoso en el empeño de la mujer por ocultar la situación. El temblor en sus labios y el movimiento un tanto nervioso de las manos, hubieran podido ser tomados incluso como las manifestaciones de cierta excitación sexual. Quizá por eso la rechacé, porque estoy demasiado acostumbrado a las mujeres que ejecutan mal los papeles que quieren representar. Esas características las veo habitualmente en las mujeres que visitan el consultorio, en mi hija cuando hace esfuerzos para ocultar su descontento, y en mi esposa al intentar pasar por naturales todos los aspectos de nuestra vida en común. ... Después de la ocasión en que tuve que apreciar a mi hijo exigiendo dinero a mi esposa, curiosamente comenzó en la casa un periodo de relativa calma. Sin embargo, pasado ese tiempo me enteré de algo inquietante que mi esposa había estado callando. Mi hijo había averiguado la combinación de la caja fuerte donde se guardan las joyas. Creo que no lo he mencionado, pero a mi esposa le interesan las joyas de una manera particular. No tanto lucirlas como la forma de obtenerlas. Suele utilizar medios poco habituales para conseguirlas. Pasa mañanas enteras entre los puestos de los mercados de los suburbios. Acostumbra encontrarlas entre un sinnúmero de piezas de fantasía. A lo largo de los años, ha aprendido una serie de modalidades para reconocer al instante una pieza auténtica. Cuenta, incluso, con un lente de joyero que lleva consigo las veces que emprende sus búsquedas. Sólo cuando la desaparición de las joyas fue más que notoria, mi esposa se refirió al asunto. Lo hizo durante uno de los desayunos que acostumbramos tomar juntos. Era verano. Lo recuerdo porque la mesa estaba puesta en el jardín. En forma sutil me dijo que no se explicaba cómo había cada vez menos piezas. Añadió que había guardado silencio porque podía tratarse de un error de percepción. Pero en ese momento estaba segura de que no había lugar para dudas. No dijo más. Tampoco esperó una respuesta. Seguimos desayunando. Lo hicimos en silencio. Esa mañana, desde la clínica llamé a algunos colegas para que me ayudaran. Pensé que, tal vez, tendrían ya una respuesta positiva. Era posible que la ciencia

hubiera avanzado en ese campo. Como lo temía, no me dieron esperanzas. Me dijeron que se habían desarrollado algunos métodos, aunque ninguno era totalmente efectivo. Me los explicaron. Era cierto. No hubo uno que me convenciera en forma total. Que mi hijo pasara una temporada en una institución, me pareció lo más adecuado. Me propuse tomarlo en cuenta, aunque al final no hice nada concreto por llevarlo a cabo. Resolví que más adelante, cuando la situación se pusiera realmente insoportable, tomaría alguna medida. ... Estoy seguro de que mi esposa nunca hizo partícipe a nadie de la tensa situación que se vivía en la casa. No creo que ni siquiera nuestra hija haya sabido toda la verdad. Hasta cierto punto estoy de acuerdo con la actitud que tomó. Pienso que nuestra hija tenía suficiente con sus asuntos domésticos como para cargar con otra preocupación. Aunque tal vez una de las razones por las que mi esposa guardó silencio, haya sido la posible reacción que nuestro yerno. Viendo su comportamiento cuando nuestro hijo murió, le doy a mi esposa toda la razón. Mi hija se sintió bastante trastornada con esa tragedia. Eso me hizo pensar en que mis hijos habían estado más unidos de lo que yo había supuesto. Presentí algo en la visita que hicimos al zoológico, pero en ninguna otra ocasión noté entre ellos un acercamiento fuera de lo común. Extrañamente, la crisis que le produjo a mi hija la muerte de su hermano no se hizo evidente sino hasta un mes después del entierro. Fue víctima de un cuadro que motivó que la internaran en una clínica de reposo. Su esposo me visitó apelando a mi condición de médico. Me preguntó si el estado de mi hija no guardaría similitud con el problema de su hermano. Parecía asustado. Pensó quizá que perdía a una esposa. O tal vez creyó que, por herencia, su familia mostraría conductas fuera de lo común. No sé qué le habrían contado en relación con la vida y muerte de mi hijo. El caso es que logré calmarlo. En forma oficial, el fallecimiento de mi hijo fue considerado como un ataque al no soportar las sustancias que él mismo se había suministrado. En otras palabras, quedó tipificado como un caso de sobredosis. La inteligencia de mi yerno parece estar desarrollada sólo para hacer dinero. Me consta que cuenta con un olfato innato para saber dónde puede hacer inversiones y conseguir importantes ganancias. Me asombra cómo, año con año, mejora aceleradamente su situación económica. Pero pese a que mi hija parece tenerlo todo, reitero que le noto una fuerte insatisfacción. De otra manera, no entiendo por qué rechazó el viaje que su marido le propuso apenas abandonó la clínica de reposo. La idea era olvidar los malos recuerdos y experimentar una segunda luna de miel. Mi hija se negó de manera rotunda a realizar aquel viaje. Puso como pretexto que había perdido demasiadas horas de su curso de fotografía. Eso no deja de ser cierto, le ha tomado un gran apego a la cámara de fotos. Incluso me ha pedido que le permita tomarme algunas fotos atendiendo un nacimiento. Aún no le contesto, debe ser porque me causa cierto desagrado que esté presente en la sala de partos mientras estoy trabajando. ... Recuerdo claramente la tarde en la que mi hijo murió. Me encontraba en el consultorio atendiendo a una paciente ya mayor, que presentaba un caso de infección incipiente. Le prescribí unos antibióticos. Me acuerdo bien de la receta, porque recibí la llamada de mi esposa cuando la estaba redactando. Me alarmé, porque conoce bien mi norma de no ser interrumpido mientras trabajo. La enfermera también lo sabe, pero las llamadas de mi casa no están sujetas a esa disposición. Cuando contesté, noté angustia en su voz. Me dijo que se trataba de una emergencia, que nuestro hijo se había puesto mal y que me necesitaba rápidamente en la casa. Luego de colgar, traté de no mostrar síntomas de preocupación frente a la paciente. Proseguí con la consulta como si nada hubiera sucedido. Terminé la receta y luego expliqué el régimen que se debía seguir. Cuando la mujer abandonó el consultorio, llamé a la enfermera para comunicarle que debía dejar por unos momentos la consulta. Le pedí que se lo informara a las pacientes que se encontraban en la sala de espera. Quien lo creyera conveniente podía hacer una cita para otro día. Aunque lo más probable era que no me fuera a demorar. Le pedí también que me preparara el maletín de médico. Dejé mi bata en la sala contigua, y me puse el saco de color tabaco que había escogido para llevar puesto ese día. Llegué a la casa al cabo de media hora. Estacioné el auto detrás del de mi esposa. En una época a mi hijo también le había comprado un auto que vendí después del desagradable suceso en la estación de policía. Mi esposa parecía haber estado atenta a mi llegada. Apenas sintió el motor, salió a la calle. Estaba pálida, y sus movimientos mostraban inquietud. Al verla, supe que cualquier cosa podía haber sucedido. Rápidamente, me contó que nuestro hijo había llegado en un estado calamitoso. Aparte de rasgaduras en las ropas, lucía varios hematomas en el rostro. Estaba completamente alterado, y no había dejado de pedirle dinero. Mi esposa le había entregado algo, pero nuestro hijo le exigía más. ... Ante la imposibilidad de mi esposa por satisfacerlo, había comenzado a destruir lo que encontró a su paso, adornos y algunos de los ventanales que daban al jardín. Destruyó, asimismo, la pantalla del televisor de la sala que mi esposa había decorado para que nuestros hijos recibieran a sus amigos. Cuando llegué estaba encerrado en su dormitorio, donde parecía haber proseguido con la destrucción. Desde hacía un rato se había calmado. Al menos mi esposa no había escuchado ningún ruido nuevo. Pasé el brazo por su cuello. De ese modo entramos, juntos, a la casa. Vi que, efectivamente, los destrozos eran importantes. Reconocí algunos restos de las piezas de cerámica del vestíbulo. Varios cuadros habían sido arrancados de la pared para ser arrojados al piso. Seguí solo mi camino hacia el dormitorio. Abrí la puerta sin golpear. Salvo la vez que me llamaron de la estación de policía, nunca había entrado en aquella habitación de ese modo. En medio del desorden encontré a mi hijo sentado en un rincón. Su aspecto era lamentable. En sus manos aferraba un puñado de billetes. Creo que no me reconoció, de otro modo no me hubiera extendido el dinero y pedido que lo ayudara a salir a la calle. Me acerqué con lentitud. No quería alterarlo. Creo que le dije algunas palabras. Algo así como que

no se preocupara, que estaba allí para ayudarlo. Me arrodillé a su lado, pero no mostró una reacción perceptible. No parecía sentir mi presencia. Pude, entonces, abrir con facilidad mi maletín de médico y preparar una jeringa con un calmante. Dadas las circunstancias, creí conveniente inyectarle una dosis mayor que la habitual. Para mi sorpresa, la respuesta de mi hijo comenzó a presentarse de manera opuesta a la esperada. Empezó a mostrar síntomas de inquietud. Quiso mover con violencia el brazo donde le estaba aplicando la inyección. Tuve que sujetarlo con fuerza. Poco después entró en convulsiones. Me alejé unos centímetros y vi cómo el cuerpo de mi hijo empezaba a dar sacudidas en forma metódica. Mi reacción inicial fue envolver en un papel tanto la jeringa como los frascos vacíos. Los guardé luego en el maletín. ... Los funerales fueron discretos. Aparte de mi esposa, nadie pareció demostrar un verdadero dolor. Mi hija, como señalé, sólo un mes más tarde se mostró realmente afectada. El cuerpo permaneció todo un día en un velatorio de la zona. Una hora después del fallecimiento, mientras me encargaba de coordinar con la agencia los pormenores del funeral, empecé a notar con asombro que mi esposa realizaba esfuerzos para sobreponerse al llanto. Me llamó la atención asimismo que comenzara a recoger con vehemencia los objetos que nuestro hijo había destruido momentos antes. Parecía tratar de restaurar, a como diera lugar, el orden de la casa. La ayudaba nuestra hija, quien había llegado luego de recibir la llamada que le hice para darle la noticia. Quince días después del sepelio, mi esposa tuvo la idea de reemplazar los adornos destrozados. Pasó, por eso, la mayor parte de aquella jornada en una serie de tiendas especializadas. Al mediodía me telefoneó. Yo me encontraba en la clínica. Poco después de la muerte de mi hijo decidí suspender, durante algún tiempo, parte de mi actividad profesional, aunque de vez en cuando veía casos de importancia. Mi esposa llamó desde un establecimiento dedicado a regalos de boda. Tenía cierto problema con su tarjeta de crédito. Me hice presente en la tienda para resolver el asunto personalmente. Cuando desde la distancia descubrí la presencia de mi esposa, me detuve un momento para contemplarla sin que lo advirtiera. Nos encontrábamos en una tienda amplia y luminosa. Los pisos eran blancos y estaban immaculados. Ver a mi esposa vestida de luto, me causó cierta impresión. Al contrario de lo que hubiera supuesto, se le notaba rejuvenecida. Días después del entierro, había visitado un salón de belleza donde pidió que le emparejaran el corte de pelo y se lo tiñeran de un rubio opaco. No sé si sospechaba lo que realmente había ocurrido en el dormitorio de nuestro hijo. Cuando salí de allí, le dije que su cuerpo debilitado no había resistido la dosis de calmante que acababa de aplicarle. Al instante, rompió en un llanto que percibí muy amargo. ... La consolé hasta que, de pronto, dejó de llorar. Se alejó luego de mi lado, y me acusó de ser el único culpable. Me recriminó haber actuado siempre como si fuera un Dios. No sé qué quiso decir con aquella frase. Tal vez sospechaba que yo había ocasionado esa muerte en forma intencional. Una acusación de ese tipo hubiera resultado monstruosa. No he hablado del asunto con nadie. Al principio, algunas ideas no deseadas buscaron perturbarme. Eso ocurrió hasta hace poco. Las atribuí al estado de tensión que tuve que soportar a partir del día de la muerte. Pero, desde que cesaron esas ideas, una reconfortante paz interior me acompaña la mayor parte del tiempo. Mi esposa se dirigió luego, mostrando un extraño paso ligero, a la habitación de nuestro hijo. Yo permanecí en la sala acondicionada para que nuestros hijos recibieran a sus amigos. No tardarían en llegar los empleados de la funeraria. Desde allí la escuché hablar con nuestro hijo como si aún estuviese vivo. Lo hacía en forma cariñosa, del mismo modo como lo mimaba cuando era un niño pequeño. Cuando lo dejó, comenzó a arreglar los destrozos sin poder contener las lágrimas. Apenas me vio en la tienda, se me acercó con la tarjeta de crédito en la mano. Luego de algunos trámites quedó resuelto el problema. La acompañé una media hora más. Una vez que hubo terminado con sus compras, me propuso ir juntos a un restaurante. Rechacé la invitación. Puse como excusa una paciente en situación delicada. No sé por qué le mentí. En verdad no tenía nada que hacer, y no me hubiera disgustado ir al restaurante en su compañía. Tenía, además, la tarde desocupada. Como dije, en señal de duelo había suspendido las consultas. En esos días precisamente, me había llamado la paciente protagonista de la cura milagrosa. Le tocaba una de sus visitas para comprobar si su cuerpo continuaba sano. Al recibir la llamada, me vino la imagen física de esa mujer, así como la del niño de cabeza un tanto anormal que siempre la acompañaba. Después de escucharla, decidí derivarla con un colega de mi confianza. Nunca más supe de ella. Como señalé, esa tarde no tenía ningún plan. Pero, quizá para atenuar la mentira que le acababa de decir a mi esposa, terminé dedicando el resto del día a visitar una casa de citas que en esa época acababa de descubrir. ... El niño me dijo en el consultorio que, días antes, había pasado el fin de semana en casa de un tío. Aquella casa estaba situada en una pequeña ciudad que se levanta junto al mar. En cierto momento, un mensajero tocó la puerta y, curiosamente, dejó un sobre dirigido a su padre. Al niño le sorprendió que hubieran hecho tal envío a una dirección equivocada. Sin embargo, lo recibió. El remitente había mandado el sobre desde la misma ciudad. Antes de partir, el mensajero le comentó que le devolverían parte del dinero del flete, pues el envío había tardado demasiado tiempo en llegar a su destino. El niño le pidió que le explicara algunos puntos. El asunto consistía en que el remitente había usado un moderno sistema de mensajería, que en caso de tardanza en la entrega reembolsaba un porcentaje del dinero del servicio. Le escribió en un papel la suma que se encontraba a disposición en la oficina principal. Como se trataba de una cantidad no desdeñable, el niño de inmediato se dirigió donde su tío para contarle lo sucedido. Tuvo algunas dudas en hacerlo, pues imaginaba que los mayores no le iban a dejar cobrar aquel dinero. Ya le había sucedido en otras ocasiones. Fueron sus padres quienes recibieron el premio que obtuvo al abrir una golosina

premiada. También, la compensación económica que le correspondía cuando encontró una mosca dentro de una botella de refresco sin destapar. Acudió de igual forma donde el tío, quien después de escucharlo revisó el envío y, con un bolígrafo de tinta roja, comenzó a sacar cuentas encima del sobre. Para hacer más eficaz su trabajo, le pidió al niño que le alcanzara la calculadora que tenía guardada en su escritorio. El tío parecía querer hacer los cálculos a la perfección. Dijo que siempre había trucos en esos pagos. A la suma señalada, seguramente se le debían descontar ciertos impuestos de ley o algunos gastos no contemplados. En efecto, concluyó que la cantidad que el niño había pensado recibir estaba muy lejos de lo que en realidad le iban a dar. ... Mirando fijamente sus zapatos de deporte, el niño me dijo que le había molestado profundamente que el tío marcara el sobre. Le avergonzó lo que pensarían en la agencia de envíos cuando vieran las cuentas escritas en letras rojas. Trató de impedirle que siguiera escribiendo, pero el tío insistió en continuar. Llenó el sobre de cifras, algunas de ellas equivocadas y corregidas por encima. Cuando el bolígrafo falló, el tío tuvo que conseguir otro. La tinta ahora no era roja sino negra. Antes de devolverle el sobre, el tío volvió a leer la nota adjunta y advirtió un hecho fundamental. Notó que el dinero sólo podía cobrarse el mismo día de recibido el envío. Era sábado. Para colmo, ya comenzaba a atardecer. Tal vez no fuera posible reclamar nada. El niño fue hasta el teléfono y tomó el directorio. Buscó el número de la agencia. Lo encontró. Pero cuando levantó el auricular, notó que alguien estaba hablando por la extensión. Salió al jardín para hacer tiempo. Regresó. Volvió a descolgar. La conversación proseguía. Empezó a lamentarse en silencio. Recorrió parte de la casa para seguir haciendo tiempo. Subió al techo y dio vueltas varias veces por la azotea. Cuando descolgó nuevamente, le pareció que ya estaba desocupado, pero después de un breve silencio escuchó una voz de mujer. No supo a quién podía corresponder. Tenía que ser de algún integrante de la familia de su tío. Aunque podía tratarse también de la voz de una vecina cuyo teléfono estuviera fuera de servicio y hubiera pedido el favor de hablar desde allí. Al niño le pareció que se burlaban de él cuando aquella voz le ordenó que colgara de inmediato. ... Sin apartar la vista de sus zapatos, el niño afirmó haber llorado. Lo hizo a escondidas. Salió al jardín y se ocultó en una pequeña ermita, donde había una virgen vestida con un hábito celeste. Trató de comunicarse con ella, de pedirle ayuda para conseguir el dinero que prometía la agencia. Luego de media hora volvió a la casa. Al verlo en aquel estado, uno de los miembros de la familia le preguntó si le sucedía algo. El niño le contó entonces de su urgencia por usar el teléfono. El familiar le informó sobre ciertos teléfonos públicos que se estaban instalando en la ciudad. Le advirtió que no funcionaban con monedas, sino con unas tarjetas de plástico. Precisamente cerca de la casa, en el malecón de una playa que en verano se llenaba de gente a pesar de su mar embravecido, habían puesto algunas de esas cabinas. El miembro de la familia le sugirió que usara la bicicleta del garaje para dirigirse a uno de esos teléfonos lo más pronto posible. El niño tomó la bicicleta. La casa estaba ubicada en un barrio donde había un gran parque con muchos árboles sembrados en líneas rectas, lo que le daba al conjunto un aspecto geométrico. Cuando el niño salió de la casa, la tarde estaba avanzada. El sol comenzaba a declinar, dándole toques rojizos a la atmósfera. ... El niño señaló que apenas llegó a la playa vio, a lo lejos, las cabinas que le habían mencionado. Estaban pintadas de amarillo claro. Pudo apreciar que, como siempre, el mar estaba embravecido. Altas olas golpeaban contra la orilla. El cielo se mostraba despejado, por lo que se podía ver el ocaso en todo su esplendor. Recorrió un par de veces el malecón. Los cromos de la bicicleta brillaron mientras pedaleaba. Finalmente, se decidió a llamar desde la cabina más alejada. Dejó la bicicleta asegurada a un poste de luz. Antes, había adquirido en una tienda una de las tarjetas requeridas. Presionó los números sin dejar de mirar la bicicleta. No tuvo que esperar mucho para que le respondieran. Le contestó una voz masculina. El niño le contó su caso. La voz, al otro lado, le dijo que no conocían aquella promoción. El niño insistió. El hombre le sugirió que visitara las oficinas para exponer el asunto en forma personal. Le advirtió que tenía tiempo hasta las ocho de la noche. Después de colgar, el niño se acercó al malecón. Se quedó un momento mirando el mar. Luego avanzó hacia la playa. A esa hora todavía quedaban algunos veraneantes. Por diversos sitios había aún algunas sombrillas. El niño caminó sobre la arena y llegó hasta la arena húmeda. Como estaba con los zapatos puestos, no pudo mojarse los pies. Regresó sobre sus pasos hasta la bicicleta. Destabó el seguro, subió y se dirigió a la ciudad. El hombre con quien había hablado le dio la dirección de la oficina a donde debía dirigirse. ... El niño llegó poco después a una de las calles más transitadas de la pequeña ciudad. Fue cuidadoso con el tráfico. La oficina principal quedaba en los dos primeros pisos de un moderno edificio. A través de las vidrieras se podía ver a los empleados trabajando, vestidos con uniformes azul y rojo. El niño no quiso dejar la bicicleta asegurada a cualquier poste. Desconfiaba de la cantidad de personas que llenaba la calle. Pedaleó, por eso, con energía hasta la casa de su tío. Había decidido dejar la bicicleta y luego volver caminando. La casa del tío no quedaba lejos. Pero, cuando tocó la puerta nadie le abrió. Estuvo delante de la entrada principal cerca de diez minutos. Tocó varias veces el timbre y no hubo ninguna respuesta. Pensó trepar por el muro. Al instante abandonó semejante idea. Al final, decidió dejar la bicicleta escondida entre los arbustos que crecían en el jardín exterior. Tuvo cuidado en que las ramas no arañasen la pintura. Se fijó, también, en que nadie advirtiera dónde la escondía. Caminó después, a paso lento, hacia la agencia. Estaba a dos cuadras de distancia cuando un auto se detuvo a su lado. Se trataba de su tío, quien lo invitaba a subir. El tío era dueño de un auto deportivo. El niño trepó, y le contó el resultado de sus gestiones. El tío lo escuchó en silencio, y se alarmó cuando el niño mencionó que había dejado la bicicleta escondida entre los arbustos. El auto había puesto rumbo hacia la agencia de

envíos, pero, de improviso, hizo un giro en la dirección opuesta. ... El niño me informó que los postes y los árboles de las calles pasaron al lado con creciente velocidad. Antes de llegar a su destino, estuvieron a punto de tener un accidente. El tío cruzó una avenida principal sin fijarse en la señal de alto. En ese momento circulaba por aquella vía un autobús repleto de pasajeros. Los chirridos de los frenos asustaron al niño, quien se agachó en su asiento con los dedos puestos en los oídos. El tío aceleró para evitar el choque. Siguió el recorrido sin contratiempos. Ya frente a la casa, lo primero que hizo el tío fue dirigirse a los arbustos que le señalaba el niño. Los removió y encontró la bicicleta, tal como había sido escondida. El tío entró a la casa con la bicicleta tomada por el manubrio. El niño se quedó unos momentos solo en la entrada. Pensó entonces que quizá los trámites en la agencia se harían más fáciles si llevaba consigo el sobre enviado a nombre de su padre. Recién entonces se dio cuenta de que ni siquiera traía consigo la nota donde se informaba del dinero que se le iba a devolver. Entró en la casa y a los pocos minutos salió con el sobre y la nota. Caminó cerca de quince cuadras. Cuando llegó a la agencia, pudo reconocer a través de las vidrieras a los empleados luciendo sus uniformes. Su primera acción fue hablar con el recepcionista. Le explicó su caso. Aquel hombre contestó que ignoraba que la agencia ofreciera tal clase de servicio. Le sugirió informarse bien con uno de los empleados que atendía en las ventanillas. El niño debía colocarse antes en una fila. Se puso detrás de una anciana, que lucía un atuendo inusitado. Tenía puesto un vestido ceñido cuya tela reflejaba unos brillos rojizos. Sobre sus hombros llevaba una piel de zorro. Se había hecho además un complicado peinado que adornaba con una corona de metal. Los zapatos eran de tacón aguja y carecían de talón. Al niño se le ocurrió comparar a la anciana con la virgen que había visitado en la casa de su tío antes de salir. Advirtió rasgos en común con la imagen, a la que le había rezado mientras la persona desconocida hablaba por teléfono. Luego de esperar algunos minutos, el niño tocó la espalda de la anciana y le habló de su parecido con la virgen de la ermita. La anciana lo miró un momento antes de contestar. Un tanto alterada señaló que no le gustaba semejante comparación. Añadió que detestaba una religión donde la idea principal tenía que ver con un padre condenando a su hijo a ser asesinado. Al ver la reacción de la anciana, el niño le preguntó directamente si conocía el servicio, el de la devolución de dinero por la tardanza en la entrega, que ofrecía la agencia. La anciana volvió a mostrar un aspecto sereno, y le contestó no saber nada de aquello. Le recomendó averiguar desde un teléfono público, para evitar perder más tiempo haciendo la fila. El niño le dijo que ya lo había hecho. Le dio detalles de su visita a la playa. La anciana pareció interesarse por la existencia de aquellas cabinas telefónicas. Le pidió que precisara el lugar exacto donde se encontraban situadas. Cuando el niño lo hizo, la anciana señaló que algunos años atrás, en una playa cercana existía una extensa terraza construida sobre unos pilotes donde acostumbraba veranear. ... En ese entonces los veraneantes alquilaban sombrillas para disfrutar desde allí la contemplación de la bahía. De acuerdo con lo avanzado de la temporada o según la hora del día, eran movidas levemente. En un rincón existía un bar. Al frente, por unas pequeñas escalerillas era posible bajar para bañarse en el mar, pero sujetándose siempre de una soga. El ingreso a la terraza estaba prohibido a los niños menores de cinco años. Sin embargo, en cierta ocasión una mujer hizo entrar a escondidas a su hija de dos años y medio. La mujer se acomodó bajo una sombrilla, mientras su hija iba a jugar a una esquina. Según aquella irresponsable mujer, la criatura era bastante educada y se le podía dejar sin vigilancia por momentos largos. No se sabe bien qué estuvo haciendo la niña durante ese tiempo, si jugando o cometiendo travesuras. El caso es que cayó al mar sin que nadie lo advirtiera. La madre se dio cuenta de la desaparición minutos después. Algunos veraneantes se congregaron alrededor de la desesperada mujer, quien a la vez que miraba al mar llamaba a gritos a la hija. Los administradores de la terraza contrataron, al instante, los servicios de unos pescadores que tenían sus botes anclados en la caleta próxima. La madre se quedó toda la noche esperando alguna noticia. Se mantuvo apoyada en la baranda, mientras los pescadores hurgaban en el mar. El esposo de la mujer llegó poco después de ser avisado de la tragedia. El cuerpo sin vida fue hallado a la mañana siguiente. El mar lo devolvió cuando aparecían los primeros rayos del sol. A partir de entonces disminuyó, en forma notable, el número de veraneantes. Sin embargo, dos años después el suceso pareció quedar en el olvido. Pese a todo, en esa temporada empezaron a circular algunos cuentos referidos a la hija muerta. Se aseguraba que durante las noches se aparecía en la terraza. De la madre se afirmaba que había enloquecido. Se decía que había comenzado a quejarse de no tener ya con quien jugar damas chinas en las tardes, pasión que hasta entonces nadie le había conocido. Luego de terminar de contar esa historia, la anciana de la corona le hizo al niño la confidencia de que nunca había podido tener hijos. Era la razón verdadera por la que le había molestado ser confundida con la Virgen. Y era la causa, también, por la que no podía imaginar el proceso por el que habría pasado la madre de la terraza para llegar al estado de locura que le atribuían. El niño se fijó en las ventanillas de la agencia. Los empleados seguían atareados. ... La anciana pareció, de pronto, no tener la suficiente paciencia para esperar que avanzase la fila. La abandonó dejando al niño en el último puesto. Como se lo contaría al niño después, frente a la puerta la esperaba su chofer. Subió al auto y partió al instante. Al acercarse a la fachada de la casa donde vivía, se levantó la puerta automática del garaje. Dentro la aguardaban un par de asistentes. Le quitaron, con delicadeza, la piel de zorro. Al verla tan cansada, le dijeron que había sido una locura haber intentado hacer ella sola los trámites. Para eso estaba el servicio. La anciana había ido a la agencia para reclamar un envío de semillas que le habían remitido de la capital hacía cerca de un año. No contestó a las recriminaciones de las asistentes y salió al jardín techado. Sin cambiarse de ropa,

pidió que le alcanzaran sus instrumentos de jardinería. Las asistentes aparecieron con unas tijeras, unos alambres y una gran regadera de latón. La anciana permaneció allí hasta que se hizo de noche. Miró el reloj y vio que eran cerca de las ocho. Pensó que, en ese momento, los negocios estarían en proceso de cerrar sus puertas al público. A esa hora ya se habría definido si el niño que encontró en la agencia había logrado cumplir su cometido. Desde su jardín la anciana no podía saber que, al niño, inmediatamente después de que ella abandonase la fila, se le había ocurrido pedir hablar con el administrador. Averiguó que en el segundo piso trabajaban la mayor parte de los directivos, pero no podía subir sin el permiso requerido. El ingreso a las escaleras estaba controlado. Examinó la escena y se dio cuenta de que la ubicación de ese empleado había sido pensada para que pudiera controlar todo sin necesidad de moverse de su silla. Si la anciana no se hubiese marchado momentos antes, el niño tal vez le habría pedido que lo ayudara. A pesar de eso, el niño pudo burlar la vigilancia. La evadió gracias a que el cliente que estaba al principio de la fila comenzó a reclamar en voz alta. Parecía que las tarifas postales habían subido el día anterior, y aquel sujeto llevaba sólo el dinero exacto para mandar su envío. Reclamaba que no le hubieran advertido antes, pues en la fila había perdido absurdamente un tiempo preciosísimo. Los empleados trataban de calmarlo, pero aquel tipo se exasperaba sin escucharlos. Finalmente, tuvo que intervenir el recepcionista. Fue la ocasión que aprovechó el niño para utilizar las escaleras. ... El niño me confesó que subió pensando lo que significaría para cualquier padre la pérdida de un hijo. Le había impresionado la historia que la anciana acababa de contarle. Desde que era un bebé, su padre solía llevarlo a la playa. En la mayoría de aquellos paseos había estado presente el mismo tío en cuya casa se encontraba cuando se recibió del paquete a nombre de su padre. En cierta ocasión, ambos, aprovecharon uno de esos paseos para pescar desde una roca. El niño debía esperarlos sentado en la arena. El paisaje tenía algo especial. La roca que habían elegido para pescar se levantaba completamente redonda. Su blancura contrastaba con el verde del mar. La playa era pequeña. Se trataba en realidad de sólo un recodo situado entre dos farallones. El padre y el tío se alejaron con los aparejos de pesca. Treparon la roca sin dificultad. El niño había llevado un cernidor de arena. Tal como se lo había recomendado su padre, empezó a jugar en la parte seca de la playa. En ningún momento se acercó a la orilla. Sin embargo, parece que nadie previó el cambio de mareas. Dos horas después el mar comenzó a avanzar. El niño se mojó con el agua, que empezaba a llegar tímidamente hasta el lugar donde jugaba. El niño quiso levantarse y correr. Pero el mar seguía avanzando. Entretanto, el padre y el tío se daban por vencidos pues no habían logrado pescar nada. Se preparaban para regresar. El padre miró hacia el mar mientras enrollaba el cordel. Vio entonces el cernidor de plástico de su hijo flotando a merced de la corriente. De inmediato arrojó los aparejos de pesca y se echó a correr hacia la playa. Con el agua avanzando, el padre logró levantar al niño con los dos brazos. Sólo entonces el niño se puso a llorar. ... Al mirar el reloj, la anciana ya se estaba comenzando a cansar de los trabajos de jardinería que llevaba a cabo. Entró en la casa, luego de dejar desorden los utensilios que había estado usando. Les pidió a las asistentes que los recogieran. Llamó entonces a la agencia de envíos. Le contestaron después de una serie de timbrazos. Lo primero que le dijeron fue que acababan de cerrar, aunque todavía podían atender alguna consulta externa. La anciana preguntó entonces si se ofrecía el servicio de devolución de dinero en caso de atraso en la entrega de un envío. Sólo después de unos segundos, le indicaron que una duda de esa naturaleza sólo podía ser respondida de manera personal. La invitaron para que fuera el lunes para hacer la averiguación. Dejando el auricular descolgado, la anciana se dirigió de inmediato hacia el garaje para buscar al chofer. Le ordenó que la llevara nuevamente a la agencia de envíos. El chofer le dijo que tal vez estaría cerrada, y además que era poco probable que ese día le entregaran sus semillas. La anciana no le contestó. Dijo en voz alta que el asunto de las semillas la tenía sin cuidado. Les pidió a las asistentes que le alcanzaran la piel de zorro que había usado durante la tarde. Antes de colocársela, las dos mujeres dedicaron unos minutos a limpiarle el vestido. Con el trabajo en el jardín se había ensuciado en forma considerable. La anciana hizo caso omiso a las recomendaciones para que se lavara las manos. Parecía ansiosa por subir al auto que el chofer sacaba en ese momento del garaje. El chofer escogió las calles de menor tránsito. Por eso el viaje fue rápido. Sin embargo, cuando llegaron ya estaban apagando las luces de la agencia. La anciana bajó apenas el auto se detuvo. Se acercó a las vidrieras. Pegó la cara y atisbó hacia el interior. De pronto una mano la tocó en el hombro. La anciana volteó y se encontró con el niño de la fila. ...El niño quiso hablar, pero la anciana le tapó la boca. Al instante se la destapó, le mostró las manos y le contó todo lo que había hecho desde cuando lo dejó abandonado. Luego lo tomó del brazo y lo llevó al auto. El chofer abrió la puerta y el niño subió seguido por la anciana. Una vez sentados, la anciana se acomodó la corona. Le ordenó después al chofer que se fuera a dar un paseo caminando. Le dijo que no regresara en menos de una hora. El niño comenzó a examinar el interior del auto. Dejó a un lado el paquete y la nota que llevaba consigo. Los asientos eran mullidos. Tanto los controles de las ventanas como los seguros de las puertas eran automáticos. Cuando el chofer desapareció, la anciana le dijo al niño que nunca más había regresado a la terraza donde acostumbraba veranear. A lo largo de los años el sol del verano había ido dañando su piel. Por eso había preferido dedicarse a actividades de otro tipo. Comenzó a interesarse por la jardinería bajo techo. Una práctica no muy usual, principalmente por la cantidad de energía eléctrica que se necesita para llevarla a cabo. Se dio cuenta de la belleza que eran capaces de ofrecer las flores bien resguardadas de la intemperie, rescatadas, más bien, de los potentes rayos del sol que solían estandarizarlas otorgándoles el típico aspecto de las flores por todos conocido. Al

principio, le costó algún trabajo aprender una serie de secretos que después le fueron de mucha utilidad. Tuvo que esperar varias veces los cambios de estación para descubrir las alteraciones que el clima causaba en los espacios cerrados. Aquella rutina duró cerca de tres años. Lo sabía porque fueron tres los inviernos que mataron sus plantas. Ese tiempo se le desdibuja al recordarlo. Ve entre nebulosas a una serie de empleados instalando cientos de focos de luces brillantes. No puede hacer una cronología exacta de los acontecimientos de ese entonces. Entre otras cosas no sabe en qué etapa de su aprendizaje, de su adecuación mental para construir unos jardines hasta cierto punto subterráneos, fue trasladada a un centro de salud mental. Allí había otras madres con quienes sostuvo más de una conversación. Acostumbraban sentarse juntas en un comedor con varias mesas. Pero no todo era armonía en ese lugar. Había ocasiones en que las internas se peleaban por cualquier tontería. Algunas veces el problema era una golosina hurtada o negarse a tomar las pastillas del mediodía. Cuando se portaban realmente mal, las amenazaban con recluirlas en un cuarto que muy pocas conocían y al que llamaban el Klino. En esa época la anciana de la corona no se preocupó mayormente por los jardines que en el sanatorio quisieron poner a su cargo. Se trataba de jardines al aire libre, con su consabido césped y flores de colores. La anciana prefirió durante esos días conversar con las demás mujeres internadas. Una de las internas era una virtuosa de las artes. Llevaba por eso siempre consigo una carpeta de hojas blancas, y tenía también una caja de madera repleta de acuarelas. Esa mujer pasaba la mayor parte del día dibujando a las recluidas. Las engañaba, les decía que les iba a tomar una foto, pero en realidad las dibujaba con una velocidad asombrosa. En menos de dos minutos tenía listo cualquier retrato. La mayoría de las internas los colgaban sobre las cabeceras de sus camas. La virtuosa en las artes también cantaba y tocaba la guitarra. A su alrededor se formaba siempre un círculo para oírla. Al principio ninguna conocía las canciones que entonaba. Pero, poco a poco, todas las fueron aprendiendo a la perfección. De ese modo, algunas tardes transcurrieron con una rapidez asombrosa. A la hora del crepúsculo, debían entrar al pabellón nuevamente y prepararse para dormir. ... La anciana regresó a su casa luego de tres meses en el sanatorio. En su ausencia, el esposo había abandonado el hogar. Antes de hacerlo, contrató a las actuales asistentes. El chofer de siempre se mantuvo fiel a pesar de las circunstancias. El esposo la visitaba de vez en cuando, sobre todo si la anciana debía guardar cama a raíz de uno de sus habituales malestares nerviosos. Aquella rutina duró varios años. Continuó hasta la mañana de verano en que le avisaron que su esposo había muerto durante el sueño. La anciana le explicó al niño que le daba lástima que aquella muerte no le hubiese causado una verdadera tristeza. Ni un asomo de lo sentido la vez en que la niña se ahogó en el mar. De pronto, el niño dejó de inspeccionar el interior del auto y prendió la pequeña luz del techo. Se quedó mirándola fijamente. La corona de la anciana seguía colocada justo en el centro del peinado. En cambio, la piel de zorro se había ladeado ligeramente. Sin apartar la vista de la luz, el niño le dijo que los de la agencia no le iban a pagar lo que le correspondía. Había subido hasta los despachos principales, donde lo había atendido un empleado subalterno que le explicó que era cierta aquella promoción. Había sido pensada para atraer nuevos clientes, pero que todavía no había empezado a ser puesta en práctica. El envío que había llegado a la casa del tío se había tratado de un error de infidencia por parte del mensajero. Ese hombre no debió haberle dado todavía esa información. El motivo principal para no haber lanzado la promoción era que aún no se habían puesto de acuerdo en si el dinero devuelto se lo debían entregar al remitente o al remitido. La agencia había recibido en esos días algunas llamadas telefónicas de personas a quienes el mensajero les había dicho lo mismo, pero el niño había sido el primero en visitarla personalmente. La anciana quiso consolarlo diciéndole que no se preocupara, que todo se resolvería acompañándola a su casa. Allí le iba a enseñar su jardín. Luego ella misma le entregaría la suma de dinero prometida. Prepararía también algo de cenar y, si lo deseaba, podía quedarse a pasar la noche. Le explicó que como nunca había tenido hijos, le había dado prioridad a un jardín excepcional, con potentes focos encendidos durante el día y la noche. ... El niño me contó que no le disgustó la casa de la anciana de la corona. Recorrió la sala y el comedor antes de pasar al jardín cubierto. Lo descubrió precedido por la anciana, quien le habló de cada planta y cada flor, y sobre la manera que tenía de cuidarlas para que no llegasen a mostrar nunca un aspecto habitual. Permanecieron allí cerca de una hora. Los interrumpió una de las asistentes para anunciarles que la cena estaba servida. Entraron al comedor donde los esperaba una larga mesa cubierta con un mantel blanco. Sólo había dos sillas puestas en los extremos. Las asistentes se colocaron detrás de cada una. La anciana caminó resueltamente hacia su lugar. La asistente la ayudó a instalarse. El niño se dirigió al otro extremo. Se sentó y abrió su servilleta para ponérsela sobre las rodillas. La anciana lo miraba desde su puesto. La corona de metal seguía presidiendo su peinado. La piel de zorro continuaba encima de los hombros. Las asistentes salieron y, a los pocos minutos, regresaron trayendo pequeñas bandejas de plata con dos aguamaniles. La anciana necesitaba, urgentemente, lavarse las manos. Sin embargo, colocó su aguamanil a un lado y se dedicó a mirar cómo se lavaba el niño. Durante la cena, la anciana le hizo una especie de prueba sobre las plantas y flores que acababa de conocer. Le preguntó principalmente por sus nombres y por los cuidados que requerían. Después de que el niño contestara correctamente, la anciana comenzó a describir otros lugares donde acostumbraba veranear. No solía acudir únicamente a la terraza de la niña ahogada. En su luna de miel viajó con su marido en barco para pasar la temporada en las playas de otro país. Navegaron cinco días. Se embarcaron en la primera clase en una nave de gran calado, que en sus bodegas transportaba incluso ganado vacuno. La segunda mañana a bordo, cuando

los pasajeros se encontraban en cubierta disfrutando del sol y de la brisa marina, uno de los marineros gritó a babor que se habían caído dos vacas. La mayor parte de los pasajeros se apresuró a asomarse por las barandillas para observar a las vacas en medio del mar. Estaban más o menos a diez metros del barco. Nadaban moviendo las patas delanteras rápidamente. Algunos pasajeros propusieron que el barco se detuviera para rescatarlas. Nadie les hizo caso. Aquel espectáculo duró cerca de quince minutos. Pasado ese tiempo, las vacas no eran sino dos puntos en la lejanía. Para entonces, ya nadie se atrevía a hablar. Es más, la mayor parte había abandonado su lugar de observación. La anciana de la corona dijo que los últimos en retirarse habían sido ella y su esposo. ... La anciana esperó que el niño acabara con su postre, para decirle que le mostraría sus habitaciones. El niño contestó que aún no había decidido si pasar o no la noche en esa casa. Además, tenía que pedir permiso. A esa hora ya estarían preocupados por su ausencia. Estaba en la obligación de llamar a su tío para informarle dónde se encontraba. La anciana le dijo que de ninguna manera. Añadió que ya estaba decidido que se quedara a dormir. Había dado órdenes tanto a las asistentes como al chofer para que así fuera. El niño se alarmó, se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta de calle. Las asistentes lo interceptaron, tomándolo fuertemente de los brazos. Lo llevaron cargado hasta el segundo piso. De nada le valieron los gritos que lanzó. Haciendo cada vez más presión sobre el niño, lo introdujeron en una de las habitaciones. Se trataba de un cuarto decorado como para una niña pequeña. Había muñecas de distintos tamaños. También una gran cantidad de animales de peluche. En el centro del cuarto, se veía una cama de bronce de cuyo techo caían tules de tonos rosa. En un rincón estaban el paquete y la nota que había dejado en el asiento del auto. Las asistentes cerraron la puerta con llave. El niño se quedó unos momentos sin saber qué hacer. Se acercó luego a la ventana. Quiso abrirla, pero constató que estaba clausurada. ... El niño dio vueltas por el dormitorio mientras en voz alta pedía que lo sacaran de allí. Al cabo de una hora, la anciana abrió la puerta. Había cambiado su vestuario. La piel que le cubría los hombros ahora era blanca. La tela del vestido no lanzaba ninguna clase de brillo. La corona también era diferente. Ya no se trataba de una corona de metal, sino que parecía hecha de un material sintético. En sus manos llevaba una pequeña charola con un vaso de leche y galletas de vainilla. El niño no esperó que la anciana diese más de un paso dentro del cuarto. Corrió contra ella, arrojándola al piso. La anciana cayó de espaldas. Quedó inmóvil, mientras a su alrededor la leche se escurría entre las maderas y las galletas yacían esparcidas en el suelo. La corona rodó hasta quedar al lado de una muñeca de tamaño natural. El niño corrió hacia la calle. No se topó ni con las asistentes ni con el chofer. La casa estaba sumida en un silencio total. Bajó las escaleras, llegó al vestíbulo y abrió la puerta principal. Para su sorpresa, estaba sin llave. La noche, entonces, se le ofreció en toda su plenitud. El niño corrió las primeras cuerdas. Después adoptó un ritmo más calmado. Cuando ya se encontraba a una distancia considerable, sintió que un auto se acercaba a gran velocidad y se detenía a su lado. Se trataba del auto negro de la anciana. Las puertas se abrieron rápidamente, y de su interior bajaron las asistentes y el chofer. El niño iba a comenzar a correr, pero el chofer le ordenó que se detuviese. El niño me confesó que sintió pavor. Obedeció de inmediato. El chofer se le acercó para entregarle el paquete y la nota que había dejado abandonados en la habitación. Le entregó también la cantidad de dinero prometida por la anciana. Luego, tanto el chofer como las asistentes subieron al auto y partieron. ... El niño continuó su camino llevando en la mano el paquete, la nota y el dinero entregados por el chofer. Tuvo que recorrer cerca de treinta cuerdas para llegar a su destino. Finalmente vio aparecer la casa del tío. Ya estaba amaneciendo. No supo si tocar la puerta o esperar que fuera día declarado para hacerlo. Temía que, al despertar a los habitantes, se agravara aún más su situación. Decidió sentarse cerca de los arbustos, donde horas antes había escondido la bicicleta. Miró el cielo. Las estrellas seguían aclarando la noche. Pensó en su madre, desahuciada por la ciencia médica. Se la imaginó antes de su enfermedad. Contenta y llena de vida. El cambio era notable. Aparte de los cuentos y de las historietas que le leía, ahora no tenía ánimos para ninguna actividad. Su físico tampoco era el mismo. Lo más llamativo era la creciente caída del cabello. Era extraño que los fines de semana lo confiara al cuidado del tío, pues los otros días no se apartaba ni un minuto de su lado. El niño creía que, tal vez, quería consagrar a su padre los últimos fines de semana que le quedaban con vida. Amaneció sin que el niño se diera cuenta del momento exacto en que los objetos se comenzaron a iluminar. Siguió sentado cerca de una hora, junto al paquete garabateado con las cuentas hechas por encima. La nota y el dinero los tenía guardados en el bolsillo. Esperó hasta cuando el tío abrió la puerta del garaje, y salió con la manguera para regar el jardín. Apenas lo vio, el tío mostró una actitud de sorpresa. Creía que el niño, en ese momento, dormía en la cama que le acondicionaban para pasar los fines de semana. El niño le dijo que después contestaría a sus preguntas. Entró, por eso, en la casa sin dar explicaciones. El tío quiso seguirlo, pero el chorro de agua que en ese instante empezó a salir de la manguera lo obligó a detenerse. Cuando esa tarde su padre lo fue a recoger, el niño le entregó el paquete a su nombre, pero no le preguntó por su madre ni le dijo nada acerca de su visita a la agencia de envíos. Tampoco de la existencia de la anciana de la corona. Solamente hizo alusión a lo extraño que le parecía que un paquete dirigido a su persona hubiese sido remitido a la casa del tío. Salieron a la calle en silencio. El tío se asomó por la ventana del segundo piso para despedirlos. Agitó la mano y luego desapareció en el interior de la casa. Después de caminar una cuerda, el niño comenzó a hablar. BOLA NEGRA. El entomólogo Endo Hiroshi decidió cierta mañana de verano dejar de comer todo aquello que pudiera parecerle saludable al resto de las personas. Tomó la decisión luego de la noche de insomnio,

provocado quizá por el recuerdo de la vieja cocinera de la casa partiendo hacia la Caravana de los Seres Desdentados, que siguió al banquete de bodas de sus padres. Durante aquella noche había sentido, entre dormido y despierto, la desaparición de sus brazos y piernas provocada por la voracidad descontrolada de su propio estómago. Fue tal la agresividad mostrada por aquel órgano que Endo Hiroshi, con las primeras luces del alba, ya se sentía miembro del bando de aquellos que comen sólo para estropearlo. De los que pretenden transformar sus estómagos en órganos casi inservibles. Endo Hiroshi conocía de cerca historias de jóvenes que morían mostrando una delgadez extrema por negarse de pronto a comer ni siquiera un grano de arroz. Algunos decían que muchas de aquellas inapetencias eran causadas por una desilusión amorosa y otros, que se producían por seguir de una manera estricta la imposición de las modas que provenían de Occidente. Por otro lado, sabía también de hombres y mujeres que comían hasta hartarse, mostrando en sus corpulentos cuerpos la imposibilidad de abstraerse al desenfrenado deseo de representar dentro de sí mismos el universo entero. En su familia incluso se presentó el caso de unos primos, mellizos, en el que la hermana se consumió producto de la anorexia y el hermano se convirtió en un destacado luchador de Sumo. ... Endo Hiroshi recordaba además las historias de los años de guerra que oyó de niño, donde se hacía referencia a una escasez tal que muchos llegaron a matar por una ración de arroz o un trozo de pescado. Escuchó también relatos de la existencia de carne de roedor envuelta en delicados sushis y de jóvenes que se dedicaban a atrapar moscas para después consumirlas a manera de miso. El impacto de esos cuentos motivó que adquiriera desde pequeño un espíritu que mezclaba aversión y reverencia hacia la comida. Nunca estuvo de acuerdo con esa expresión extranjera que afirma que la cocina de su país parecía estar hecha más para la apreciación visual que para su consumo. En casa de sus abuelos, donde pasó parte de su infancia porque a sus padres les estaba prohibido vivir juntos mientras la cocinera siguiera con vida, no se acostumbraba desperdiciar ningún comestible. Incluso muchas veces, basados en el libro de enseñanzas del profeta Magetsu, se implementó una peculiar manera de preparar los alimentos, que consistía en enterrar los ingredientes varias horas seguidas en medio de piedras encendidas con leña o carbón. El profeta Magetsu, monje del que se dice no tuvo una sino muchas muertes, concebía la creación del universo como un obsequio de la madre tierra a los elementos constitutivos del cosmos, entre los que estaba incluido, por supuesto, el ser humano. ... Durante un viaje que hizo al África, invitado por la sociedad de entomólogos de la que formaba parte, Endo Hiroshi debió consumir todo el tiempo alimentos empaquetados adquiridos en un negocio que le recomendaron los miembros de la asociación a la que pertenecía. Realizó aquel viaje llevando en sus maletas botes, platos y vasos de plástico que contenían distintas preparaciones de alimento deshidratado. Endo Hiroshi sólo debía agregar agua hirviendo a los recipientes para conseguir así una cierta variedad de comidas que guardaban parentesco con las que originalmente se consumían en el país. Esta excursión fue bautizada por el entomólogo Endo Hiroshi como El largo viaje del agua hirviendo, pues durante el trayecto fue fundamental la presencia de teteras y estufas portátiles que le permitieron no sólo alimentarse de forma adecuada sino, además, tomar el té a la manera tradicional. Endo Hiroshi habría podido prescindir por varios días de la comida, pero, mientras estuviera despierto, le era imposible dejar de tomar té por más de cuatro horas seguidas. Algunos entomólogos le aconsejaron que aprovechara el viaje y probara uno de los tantos insectos consumidos en la región que visitaban. Desde las hormigas comunes, que eran servidas bañadas con miel dentro de cucuruchos de papel, hasta la pulpa de ciertas tarántulas de patas azules que vivían sólo en la copa de los árboles. Mientras iban deglutiendo estos especímenes, era común que los miembros de la expedición hablaran de las propiedades nutritivas de los insectos. Algunos años atrás ciertos expertos, principalmente el científico Olaf Zumfelde de la universidad de Heidelberg, elaboraron una tabla donde se detallaba la cantidad de proteínas de los invertebrados que era asimilada de manera inmediata por el cuerpo humano. Sin embargo, Endo Hiroshi no probó nada distinto a los alimentos envasados adquiridos en su país. Continuó con la travesía llevando consigo siempre sus comidas empaquetadas, el té, su tetera y la pequeña hornilla que funcionaba con pilas. Faltando unos días para el final del viaje, en el que trabajó con su diligencia habitual, halló un extraño espécimen que se creía extinto. Mejor dicho, encontró un ejemplar desconocido, pues el único del que se tenía memoria, el Newton camelus eleoptirus, era de otro color. Logró guardarlo en la mejor de las condiciones posibles y, sin decirle nada al resto de la expedición, lo llevó consigo en el viaje de regreso. ... Una vez desembarcado, se dirigió directamente al laboratorio que tenía montado en la parte trasera de la que, después de la muerte de la cocinera, sería ya casa de sus padres. En ese entonces, aún estaban solteros y vivían separados. Pese a esta situación, los miembros de la familia se encontraban todas las noches en esa casa, que Hiroshi habitaba en compañía de la cocinera desde la infancia, para rezar las oraciones del monje Magetsu. ... Endo Hiroshi sabía que el hallazgo del insecto era fundamental para su carrera de entomólogo. Su nombre, Hiroshi, iba a ser utilizado a partir de entonces para nombrar siempre a la especie cazada. Según sus conocimientos, y el de otros muchos investigadores, el insecto que se conocía era azul y no rojo como el que había encontrado. Hiroshi camelus eleoptirus sería el nombre que llevaría esta nueva variedad. Pero cuál no sería su sorpresa cuando al abrir la caja de plástico encontró sólo una pequeñísima bola negra en lugar de su insecto. La bola era tan minúscula, que incluso fue sorprendente que se diera cuenta de su presencia. La caja había sido diseñada especialmente para transportar ejemplares de esa naturaleza. Es decir, insectos de pequeñas y medianas proporciones. Las fabricaban exclusivamente para los miembros de la sociedad de

entomólogos a la que pertenecía Endo Hiroshi. Estaban hechas de tal modo, que los insectos atrapados podían vivir mucho tiempo en su interior. Era impensable entonces que se hubiese escapado el eleóptero encontrado la semana anterior. Endo Hiroshi lo había visto por última vez en el aeropuerto de Nairobi antes de abordar el avión de regreso. Dentro de la nave le había echado otra ojeada, y el día anterior, inmediatamente después de instalarse en su casa, lo había estado contemplando largo rato, pero esta vez bajo unos lentes de entomólogo. En esa última ocasión estuvo comparándolo no sólo con el Newton camelus eleoptirus que aparecía en una ilustración del libro de insectos que siempre llevaba consigo, sino con una serie de tratados especializados que llenaban la biblioteca de su estudio. ... Fue tal la impresión ante la ausencia del insecto que no reparó en la llegada de sus padres quienes, a partir del regreso sano y salvo del hijo, se disponían a reanudar las oraciones en la sala principal de la casa. Durante las semanas que había durado el viaje al África, no habían tenido otra alternativa sino la de rezar en el propio templo del profeta, que se levantaba en las faldas del monte principal. Tuvieron que hacer por esos fatigosos ascensos. Las cosas no podían ser de otro modo pues era tal la prohibición que no solamente estaban impedidos de vivir juntos, sino que ni siquiera podían permanecer un minuto en la casa sin la presencia del hijo. ... Hiroshi escuchó que lo llamaban. Seguramente querían saludarlo antes de comenzar con el rito. Shikibu, la vieja sirvienta, terminaba en esos momentos de preparar la gran olla de arroz blanco que se ofrecería luego de la ceremonia. Desde que había cumplido los quince años, el cuenco de arroz que se servía después de las oraciones era el único alimento que Endo Hiroshi consumía durante la jornada. Arroz y varios litros de té constituían su dieta habitual. Cualquiera hubiera dicho que ese régimen lo pondría delgado y débil, pero su lozanía demostraba lo contrario. Como los viejos monjes, incluso como el mismo profeta Magetsu, un cuenco de arroz diario era comida suficiente para atravesar la vida entera. Respecto a esta idea, se dice que una de sus muertes, al parecer la definitiva, ocurrió cuando el profeta decidió permitir que su cuerpo fuera alimento de su propio cuerpo. Para dejar testimonio del proceso en el que su carne desaparecía gradualmente para convertirse en huella de su misma carne, contó con la presencia de su discípulo Oshiro quien escribió en un gran pergamino de papel de arroz las palabras que su maestro le fue dictando. Cada día el maestro se limitó a pronunciar una palabra. La última puede ser traducida como paz. Resulta extraño que un ser de la altura espiritual del profeta Magetsu, al final de un proceso de muerte tan complejo como el que llevó a cabo hubiera pronunciado una palabra cuyo sentido para muchos puede resultar más que obvio. ... Antes de comenzar el ritual de adoración al Profeta, tanto los padres como Endo Hiroshi debían proceder a revisar los dientes de la anciana cocinera. Los padres siempre fueron los más interesados en aquella inspección, pues sólo podrían casarse y gozar a plenitud su condición de señores de la casa cuando aquella mujer perdiera la dentadura completa. La cocinera moriría por inanición durante el viaje solitario en un camino sin fin, que debía emprender, después de la celebración de las bodas de sus señores. Bastaba que en la inspección de la dentadura se detectase la ausencia de todas las piezas para que de inmediato se iniciaran los preparativos. Por lo general, dos días después estaba todo consumado. Los señores ya eran marido y mujer y de la cocinera no quedaría rastro. La anciana, por supuesto, no habría probado ni un grano de arroz del banquete nupcial, y esto sería fundamental para que, en su camino a la muerte, las acciones se precipitaran con la mayor rapidez posible. ... Unos minutos después, luego de los saludos de rigor y de presentar sus respetos a la imagen del profeta Magetsu, se procedió a la inspección de la boca de la cocinera. Todavía no era el momento de comenzar las oraciones en regla, era importante, para encontrar el tono adecuado, saber si la cocinera contaba con piezas dentales o no. Endo Hiroshi, en esa ocasión, no les dio ninguna importancia a los ritos, pese a que los cumplió a cabalidad. Estaba consternado con la desaparición del insecto. Pero, como fiel devoto, debía disimular lo más que pudiera. Se había puesto su túnica tradicional y, después de saludar a sus padres, como lo debe hacer cualquier hijo que regresa de una larga expedición, les comenzó a arrojar, a sus cuerpos tendidos, el agua sagrada que iba sacando de un pequeño cuenco de madera. Los padres se habían acostado en el suelo, boca abajo, cuan largos eran. Cuando se terminó aquella parte del ritual, notaron la ausencia de la cocinera. Intuyeron al instante la verdad. Se dirigieron rápidamente a la cocina y allí encontraron a la anciana, escondida detrás de las leñas del fogón. Como lo habían supuesto, al abrirle la boca descubrieron que la última muela, que los había tenido en vilo cerca de tres años, había desaparecido. ... Mientras la vieja sirvienta suplicaba negándose a separar nuevamente las mandíbulas, Endo Hiroshi, quien había seguido a sus padres hasta la cocina y vio a la anciana enroscada sobre sí misma, pareció comprender lo sucedido con su insecto. Entendió que la minúscula bola que había hallado en lugar del exótico ejemplar se trataba de una especie de estómago. En realidad, parecía ser más bien el bicho deglutido por sí mismo. No podía serle extraña una hipótesis semejante. No en vano había pasado casi toda su vida, exactamente todos los momentos que le dejaba libre su profesión de entomólogo, adorando al monje Magetsu. Se había repetido en su pequeña caja de entomólogo el proceso por el que había transitado el monje antes de morir de manera definitiva. Aquella pequeña bola tenía que ser una masa informe, conformada por los elementos que habían constituido al pequeño bicho. ... Los gritos de la anciana fueron desgarradores. Los padres se mostraron inflexibles. Finalmente, la anciana calló, guardando un repentino silencio que parecía ser la aceptación de su destino. Los padres pudieron entonces organizar tranquilamente los preparativos para la boda. Hablaron principalmente del banquete. Parecía ser lo que más les preocupaba. Servirían comidas tradicionales. No habría toques modernos, salvo los besugos ofrecidos a los recién casados antes de que

comenzara la ceremonia. Había que pensar en el cocinero que tuviera la maestría suficiente para preparar el Besugo fantasma. La receta consistía en destazar el besugo hasta dejarlo descarnado pero vivo, para luego introducirlo en una pecera colocada en el centro de la mesa de los novios. La pareja de recién casados comería la carne mientras el pez seguía nadando, moribundo, mostrando sus órganos internos a todo el que quisiera verlos. Como señal de buen augurio para el matrimonio, la comida debía durar el tiempo exacto que tardaba el pez en morir. ... El entomólogo Endo Hiroshi corroboró aquella noche sus sospechas. Luego de que condenaran a Shikibu y que realizaran los ritos para el Profeta, ya en su habitación y con la ayuda de un microscopio vio que efectivamente el insecto parecía haberse consumido a sí mismo. Sin razón aparente, experimentó un acceso de náuseas. Vomitó. Mientras tanto en la planta baja, sus padres continuaban haciendo planes. A partir de entonces la madre podría, además de arreglar la casa a su gusto, pintar sus dientes de negro y el padre, aparte de comenzar a dar las órdenes para el funcionamiento del hogar, estaría en el derecho de ir al dentista para hacerse extraer de una vez por todas la parte frontal de la dentadura. Esas características, los dientes negros y la ausencia de dientes en la parte anterior, eran los símbolos haber alcanzado una vida plena. Reflexionando en la transformación sufrida por un insecto que podría haberse llamado Hiroshi camelus eleoptirus, nombre que de inmediato lo habría llevado a la fama internacional, Endo Hiroshi decidió que después de participar en la celebración de las bodas de sus padres el fin de su vida iba a ser aminorar, hasta el mínimo punto posible, el funcionamiento normal de su estómago. Buscaría neutralizarlo de una manera similar a la atrofia hepática que llegan a sufrir ciertos gansos cebados con obsesión por sus dueños, o los gatos que en ciertos países suelen ser criados en jaulas minúsculas y alimentados con maíz aromatizado con sustancias químicas. ... Cuando al día siguiente el sol entró por la ventana iluminando la caja de plástico que contenía aún el supuesto estómago del insecto, Endo Hiroshi resolvió no sólo comerse aquella bola negra sino también una serie de gorgojos y otros bichos que recolectaría durante la mañana. En el ropero de su cuarto guardaba el traje para la cacería de orugas que se celebraba los años bisiestos. La última vez que participó en una de esas jornadas lo hizo acompañado de su prima, la muchacha sumamente delgada que murió como consecuencia de esa delgadez, y de su primo, el obeso luchador de Sumo. MI PIEL, LUMINOSA. ... en los alrededores de la tumba del santo sufí Nizamuddin. Durante el tiempo que viví junto a mi madre nunca se me ocurrió que acomodar mis genitales en su presencia tuviera una repercusión mayor. Estaba equivocado. Después supe que incluso les pedía a las demás mujeres objetos de valor para que los miraran plenamente. Ajustados, acogotados, a punto de estallar. Mi madre aprovechando mi dolor. Recolectando objetos sin parar. Muchas veces cosas de comer o pequeñas prendas de adorno personal, aretes de plástico o alguna cinta delgada que colocaba en su muñeca. Cierta vez consiguió un lápiz con el que pintó sus labios. Fue tanto el entusiasmo que pareció causarle delinear su boca que olvidó por unos momentos mi presencia. Logré entonces desanudar la extraña prenda que ha ideado para nuestras visitas a los baños públicos. Quedé totalmente al descubierto. Una luz difusa iluminó mi carne. Decidí arrojarme al agua. A la parte más honda. Aparté a unas mujeres obesas que con sus cuerpos me impedían el paso. Estuve incluso a punto de cruzar a la sección reservada a los hombres. De haberlo logrado, estoy seguro de que nunca más habría vuelto a ser recibido de la misma manera por mi madre. Me encontraba a gatas. El agua se confundía con el barro. Si me hubiera puesto de pie me habría llegado apenas a los tobillos. Quedaría expuesto entonces nuevamente a las miradas que hacen posible que me encuentre ahora en estos baños. Las mujeres hurgarían entre sus pertenencias y lograrían, por medio del trueque tan particular que mi cuerpo propicia, contemplarme el tiempo que desearan. ... De improviso se me ocurrió voltear. Mi madre continuaba al lado de las piletas de aguas termales. Seguía abstraída en el ritual de delinear su boca. Las demás la observaban con detenimiento. Salvo las mujeres obesas, que parecían ansiosas por salir de la zona que les tenían reservada. La escena de mi madre pintando sus labios era un espectáculo ajeno a las costumbres de la región. Me pareció tan alejado de nuestras usanzas que no pude controlarme y le grité. Mi voz se fue acrecentando. El rebote del agua contra los canales de cemento iba distorsionando las palabras. No podía permitir que la boca de mi madre fuera más importante que el espectáculo que mis testículos son capaces de ofrecer. Pero en ese momento parecía serlo. Incluso a las mujeres obesas se les veía dispuestas a romper las reglas y se preparaban para ingresar a la zona de aguas termales. Aquello nunca antes había sucedido. A partir de cierta edad y de las diferencias de los cuerpos, cada cual tiene su sección asignada. ... En los primeros tiempos acostumbraba permanecer muchas horas dentro del agua. En aquella época no había experimentado aún lo perjudicial que suelen ser los excesos. Era inconsciente todavía de lo vetustas que se tornan las superficies cuando son recorridas por sustancias líquidas una y otra vez. Descubrir las marcas que el tiempo produce sobre las texturas es quizá una de las enseñanzas más importantes de estos baños. Lo único que parece escapar a este deterioro son mis testículos, siempre dispuestos para la exhibición. Mi madre solía esperarme diariamente en la puerta de salida. Se le veía contenta cada vez que nos volvíamos a encontrar. Llevaba casi siempre consigo los objetos recolectados durante la jornada. Le agradaban la mayoría de los regalos que le ofrecían a cambio, pero daba la impresión de haber comenzado a sentir un interés especial por los lápices de labios. En más de una oportunidad me despertó en plena madrugada para mostrarme su boca coloreada de morado o fucsia fosforescente. Era difícil estar seguro si aquella figura exaltada formaba parte de un sueño o de una acción que transcurría en la realidad. Mi madre no solía dejar de mostrarme los labios hasta que despierto

del todo. En madrugadas como aquellas no era fácil conciliar el sueño nuevamente. Permanecía entre despierto y dormido. Ponía entonces en práctica el viejo juego, que me entretiene desde siempre, que consiste en sacar mis genitales, sin necesidad de las manos, de la extraña ropa interior confeccionada de mi madre. Esta prenda, que debo llevar todo el tiempo sin que muchas veces se note su presencia, no es precisamente una invención suya. Para diseñarla ha seguido una serie de patrones de antigua data. El oficio de madre que se dedica a mostrar los genitales de sus hijos no es tampoco de su invención. Se trata de una práctica milenaria para la cual no todas las mujeres con hijos están capacitadas. En realidad, casi ninguna se encuentra en condiciones de llevar a cabo un ejercicio de esta naturaleza. De allí la ínfima cantidad de madres de este tipo que existen actualmente. En la región donde vivimos nunca se había sabido de la existencia de una mujer semejante. Tuvo que ser mi propia madre quien les informó que, cincuenta años atrás, la hermana de su abuela se convirtió, como producto de ese oficio, en la mujer más poderosa de la zona. Se tenía cierto recuerdo de sus andanzas. Pero nadie, ni siquiera mi madre, conocía el destino final de esa mujer y, mucho menos, del hijo que la había llevado a reunir tanto prestigio. Es verdad lo que se rumora, me dijo mi madre cierta madrugada en que me despertó para enseñarme unos labios cubiertos con una pátina aceitosa. De las mujeres mostradoras de genitales se recuerdan algunos detalles, añadió, pero de sus hijos exhibidos se ignora todo. Luego supe que los mataban sin piedad. Caí profundamente dormido. Tuve muchos sueños, que continuaron en las noches siguientes. Imaginé el aspecto de las mujeres que se enriquecían ofreciendo espectáculos de ese tipo. También el de sus propios hijos. Se decía que los genitales terminaban siendo víctimas de un mal propiciado por la envidia de las demás. Que de un momento a otro comenzaban a secarse, hasta que de la bolsa inflada que los contenía no quedaba sino una tripa flaca y colgante, que acababa por desprenderse del cuerpo antes de que la víctima advirtiese lo que estaba sucediendo. Cuando los hijos pierden de ese modo los testículos, las madres huyen de inmediato. Cargan como pueden con los objetos de valor recolectados y suelen dirigirse hacia las zonas montañosas. Antiguamente la ley marcaba la forma de muerte para esos hijos. Una de las maneras más frecuentes era dejar sin cuidado la herida del escroto caído. Me enteré de aquel método hace relativamente poco tiempo. Me lo describió la directora de la escuela especial a la que asisto. ... ¿Por qué me encuentro matriculado en una escuela especial? es una pregunta que no dejo nunca de hacerme. No creo que alguien tenga una respuesta certera. Ni siquiera mis compañeros de reclusión. Se conforman, como yo, con saber que duermo en uno de los pabellones centrales. Mi madre quizá sepa por qué insistió tanto con la directora hasta lograr mi inscripción aquí. Parecía no bastarle con mi repetida exhibición en los baños públicos. Enriquecerse con los objetos que iba adquiriendo. Pintarse los labios hasta la saciedad. Todo daba la impresión de parecerle poco. Cualquiera que la hubiera visto en ese entonces pensaría que me odiaba con todas las fuerzas de su corazón. Sería la única manera de interpretar el gozo que se reflejó en su rostro cuando la directora dio por fin su veredicto. Cuando a mi madre le nació el deseo de que formara parte de la escuela especial, visitábamos ya los baños con frecuencia. En aquella época, una escuela semejante era tal vez la única salida que podía encontrar para ser considerada como una madre hasta cierto punto normal dentro de nuestra comunidad. Halló quizá de ese modo una manera de sobreponerse al abandono de mi padre, cuya amante había muerto poco antes de una grave enfermedad. Según mi padre la mujer se desempeñaba como secretaria en la institución pública donde trabajaban. Nunca supe si se trataba de su secretaria o si los dos eran secretarios de alguien más. Lo que sí me consta es que mi madre padeció su enfermedad como si se hubiera estado desarrollando en su propio cuerpo. ... Recuerdo que tiempo después de que nos quedáramos solos, mi padre nos dejó una mañana de invierno, mi madre comenzó a realizar una serie de experimentos con mi cuerpo, imagino que para conseguir de una manera más efectiva mi futuro ingreso en la escuela especial. Entre otras acciones, me colocaba unos lentes con los que la realidad se trastocaba hasta hacerse irreconocible. En otras ocasiones no me dejaba respirar, tapándome la cara con la almohada hasta que me sentía morir. ... Cierta mañana en que me descubrió gastando en golosinas un dinero que se le había caído del bolsillo a un muchacho, me chamuscó las manos en la estufa, que encendió con el solo propósito de llevar a cabo su lección. ... Mi madre consiguió por fin que me aceptaran en la Escuela Especial después de nuestra primera incursión a los baños públicos. Alguien le había sugerido que quizá esa visita podría ser una forma de lograr que la directora diera su consentimiento. En aquel entonces mi madre era una mujer realmente pobre. Ni siquiera contaba con el bolso que luce ahora con entusiasmo. Vivíamos, después del abandono de mi padre, en la trastienda del horno donde mi abuelo desde siempre había cocido los cerdos para la comunidad. Por esa razón nuestros cuerpos empezaron a expeler un olor que llegó a ser hediondo. Después de escuchar la sugerencia mi madre comenzó a ahorrar con el fin de pagar la entrada a los baños. En aquel entonces hacer un gasto semejante era una empresa casi inalcanzable. Como la visita debía llevarse a cabo a la brevedad, mi madre decidió abandonar las formas de aseo que practicábamos normalmente. Había que economizar a como diera lugar. Nada de agua pagada a los cargadores ambulantes. Nada de bolsas con restos de jabón, que ciertos comerciantes de la comunidad revendían en la calle principal después de ser usados en los baños públicos. Cuando por fin reunió el valor de las entradas, nos levantamos antes del amanecer. Salimos con prisa de la trastienda. Sabíamos que desde temprano se formaban las filas de gente en espera para entrar. Muchos eran comerciantes que iban a los baños antes de ir al trabajo; también había mujeres de la más alta alcurnia, que parecían querer aprovechar las opacas luces del alba

para que nadie apreciara con nitidez sus cuerpos antes de ser introducidos al agua. ... En aquella primera ocasión nos quedamos dentro por muchas horas. Los regalos comenzaron a aparecer ni bien mi madre me quitó los pantalones. A partir de entonces tuvimos acceso gratuito. Acudimos todas las veces que nos fue posible. Por eso nunca más mi cuerpo volvió a oler de manera desagradable. Mi piel cambió a las pocas semanas. Sin que nadie lo advirtiera se cubrió con una especie de pátina, un tanto viscosa, y de una luminosidad que para algunos es incluso más asombrosa que mis propios genitales. Nunca le pregunté a mi madre lo que pensaba de aquella particularidad. Habría sido una invitación para descubrirle nuevas posibilidades a mi cuerpo. No quiero ni pensar en el poder que una piel luminosa hubiera sido capaz de otorgarle. Habría ideado la manera de encerrarme en una ermita, que mandaría construir en los alrededores de la tumba del santo sufí donde se ubican estos baños. Llenaría de flores y velas el espacio. Conseguiría que un músico ambulante ejecutara un instrumento. No permitiría que nadie me tocara. Se me ocurre que, para una ocasión semejante, no hubiera estado de más espolvorear mi carne con un puñado de la diamantina que utilizamos en la Escuela Especial para llevar a cabo algunas tareas. Cada semana la maestra nos impone la obligación de hacer un trabajo manual, que debemos entregar adornado con una capa de polvo brillante. Así fue como empecé a diseñar lámparas caseras, ceniceros de papel y botellas de diversas formas, cuyas superficies se encontraban cubiertas siempre con la pasta que resulta de mezclar la diamantina con la espuma de jabón que, según la maestra, sirve para darle verdadero cuerpo a los objetos. ... Todavía, aunque ya es poca la gente que lo pueda creer, sigo matriculado aquí. Se puede decir que soy uno de los alumnos internos. Por eso no entiendo que, si soy alguien impedido para salir a la calle, cómo tengo tiempo para pasar jornadas enteras en unos baños donde mi madre se dedica sin descanso a mostrarme a las demás mujeres de la región. El pabellón donde duermo puede ser considerado como el más grande de la institución. Cuando todavía no es día declarado mi madre suele ingresar tratando de hacer el menor ruido posible. Para no romper el silencio de esas horas, acostumbra desplazarse de una manera determinada. Arquea el cuerpo de tal forma que se vuelve un ser anormal. En mis visitas a los baños he visto más de una vez cuerpos semejantes al que muestra mi madre cuando trata de no hacer ruido. He advertido que esas anomalías pueden obedecer a distintas causas. ... Hasta hace muy poco mi madre no contaba para mí con un cuerpo preciso. La diferenciaba de las otras mujeres sólo por el color de sus labios. Lo único importante era su boca embadurnada, no las contorsiones que realizaba para que su presencia pasara inadvertida. Pero ahora, después de haber pasado por tantas experiencias, ya no sé qué pensar cuando la veo ingresar en las noches con la llave que la directora de la Escuela Especial pareció confiarle desde que fui aceptado. Se trata de una llave larga y algo oxidada. Aunque suene extraño, el esfuerzo que realiza al contorsionar su cuerpo descascara ligeramente el carmín de los labios. Nunca me atreví a decírselo abiertamente, pero su boca me gusta más cuando se presenta de esa manera. Con destellos algo desvaídos. Casi siempre suele esperar con paciencia a que me haya despedido del todo para volverse a pintar. En esas ocasiones da la impresión de que lo hace con vergüenza. Para dar paso a la operación abandona la postura irregular que suele adoptar y se agacha al lado de la cama. Pero su entrada al pabellón no siempre ocurría en el silencio más absoluto. En más de una oportunidad, sobre todo en la época en que acababa de descubrir la potencialidad de los lápices, mi madre estampó sobre mí sus labios imbuida en una suerte de frenesí. Hacía ruidos con la garganta de una intensidad tal, que irremediamente algunos de mis compañeros de cuarto despertaban. Yo trataba entonces de disimular bajo la prenda de material rugoso que mi propia madre me ha diseñado. Agradezco la consideración que muestra actualmente cuando embadurna sus labios sin que nadie lo advierta. ¿Cómo hará para entrar? suelo preguntarme cada vez que la veo aparecer en la oscuridad. Señalé que con la llave que le ha entregado la directora de la escuela. Sin embargo, esa suposición se me hace absurda. Es imposible que le haya dado una llave. Para que la dejen entrar quizá les entrega a los celadores alguno de los objetos recolectados en los baños. O quizá lo logra mostrándoles sin pudor los labios embadurnados. Me imagino que los mueve de tal manera que no les queda otra opción que abrirle paso. Una vez que despierto por completo salimos, también en silencio, del pabellón. Estoy seguro de que la directora no tiene idea de nuestras escapadas. Me consta que aquella mujer tan estricta cree que duermo la noche completa en la cama que me tienen asignada. ... Normalmente a los internos sólo los veo a la hora de acostarnos, cuando regreso de las visitas a los baños. ¿Soñarán? me pregunto cuando los veo dormidos. Hace poco supe que todavía debo permanecer algún tiempo más internado aquí. Ahora ya no extraño nada. Creo que con mi internamiento y con las visitas a los baños tengo más que suficiente. Me parece que ya no es importante ni el recuerdo de mi padre, ni la añoranza del horno de mi abuelo. Creo que mi permanencia en este lugar va a durar el lapso de una eternidad. Conoceré cada rincón de sus instalaciones, hasta el menor detalle del carácter de los internos, incluso la naturaleza profunda de las mentes de las maestras y hasta la de la propia directora. Sólo ahora me doy cuenta de que en la Escuela Especial mis testículos no tienen razón de existir. En estos pabellones nadie parece dispuesto a entregar nada, ni a mi madre ni a mí, a cambio del espectáculo que son capaces de ofrecer. ¿Habrá más gente internada en la Escuela Especial? Sospecho que sí. Incluso lo he afirmado más de una vez. He dicho siempre que cuento con compañeros. No tengo seguridad, eso sí, de que sean ciertas muchas otras cosas, aparentemente más importantes, no sólo acerca de mis compañeros actuales sino de mi vida privada. Ignoro, por ejemplo, el número de hermanos que he tenido. He olvidado asimismo el rostro de mi padre. Quizá preguntarle a mi madre disiparía las

dudas. Pero tal vez sea en vano. Lo más probable es que se esconda detrás de sus lápices y me muestre los labios con los colores más extraños que se pueda imaginar. Después de la partida de mi padre, jamás la oí decir algo sensato. Cuando era niño la seguía todo el tiempo. Caminábamos juntos por las calles, por los parques, pasábamos por delante de las casas de quienes habían acostumbrado llevar a cocer los cerdos al horno de mi abuelo. Tomábamos los autobuses de servicio público y más de una vez nos detuvimos a mirar largo tiempo las vitrinas de las tiendas. Me llevó asimismo a realizar los trámites en la Escuela Especial y, como se sabe, a la primera incursión a los baños públicos. ... Sólo la brillantez de mi piel y, por supuesto, la firmeza de la bolsa que contiene mis testículos hacen pensar que mi cuerpo se mantiene joven. Cierta vez, muy temprano en la mañana, desde la ventana del pabellón donde duermo miré el patio de juegos. El pequeño tobogán, los columpios. No amanecía aún. Casi de inmediato sentí sobre el hombro la mano de mi madre. Se hacía tarde. Noté que venía sin el bolso del que nunca quiere separarse. Sus labios no mostraban color, como en los viejos tiempos, cuando vivíamos todos en familia en un conjunto habitacional de las cercanías. Habitamos en ese lugar por muchos años. Antes de que mi madre y yo nos mudáramos a la trastienda del horno de mi abuelo, donde ella había pasado su infancia y juventud. Del conjunto habitacional recuerdo sus pasajes, los estacionamientos y el pequeño centro comercial. No acostumbro transmitir esta información. No quiero hablar de los años en que mi padre, mi madre, mis hermanos y yo formábamos parte de una verdadera familia. En un principio el departamento nos fue rentado por un par de años. Recuerdo la mudanza como un momento maravilloso. Con mi padre, mi madre y mis hermanos haciendo planes para un futuro mejor. Sin tener todavía la menor conciencia de mis testículos, en ese entonces tan minúsculos que prefiero no referirme a ellos. Una vez cumplido el plazo del arrendamiento, el propietario comenzó a visitarnos cada noche. Nos pedía desalojar la propiedad lo más pronto posible. Había finalizado el plazo pactado, nos repetía. No estoy seguro, además, de si mi padre pagaba o no la renta. En ese entonces estaba empleado en una dependencia estatal. Salía todos los días con rumbo al trabajo. Tomaba el transporte público que recorría de extremo a extremo la ciudad. Me llamaba especialmente la atención la pulcritud de sus camisas blancas. De alguna manera, mi madre logró trasladar años después esa brillantez a las prendas con las que me envuelve actualmente. Pero a diferencia de esta prenda, que se ensucia muy rápido debido al ajeteo constante en los baños, las camisas de mi padre resistían la jornada completa. Una vez en la oficina seguramente se colocaba unos guarda-mangas de plástico para evitar que la tela se desgastara con la rutina diaria. ... Ahora que lo recuerdo, hubo una época en que mi madre se negó a aceptar cualquier clase de regalo. Creo que sucedió cuando dejó de utilizar su bolso de manera regular. No quiso en ese entonces recibir ni prendas de vestir ni cintas para colocar en la muñeca. Empezó a ofrecer el espectáculo en forma gratuita. Me pareció extraño. No me gustaba esa circunstancia. Yo estaba convencido de que mis genitales debían darle a mi madre todo el tiempo algún tipo de satisfacción. Esa repentina necesidad de no cobrar surgió cierta madrugada, cuando la interrogué sobre sus embarazos de la época en que vivimos en familia. Cuando le pregunté acerca del tiempo anterior a que nos mudáramos a la trastienda del horno de mi abuelo. Quería, como todo niño, saber si había tenido hermanos. Pero no quiero hablar. Ni de los años que vivimos en familia, ni del periodo en que estuvimos refugiados en la trastienda del horno. Tampoco de las razones por las cuales la pregunta sobre sus embarazos hizo que mi madre decidiera no aceptar objetos a cambio de la contemplación. El departamento, como señalé, nos había sido rentado por dos años. A veces necesito saber si el contrato fue realmente por ese periodo. ... Si me detengo a pensar, advierto que cada vez es más absurdo dirigirme a mi madre. ¿Será capaz de oír con atención? Más bien se vanagloria constantemente de lo joven que se mantiene la bolsa que contiene mis testículos. La suele examinar con gran cuidado. Aterrada, imagino, ante la posibilidad del más mínimo signo de resequedad. Cuando mi madre me ausculta presiento en su rostro ciertos rasgos de mi abuelo, aquel que cocía los cerdos. Dicen que murió cortado en pequeños pedazos. Todo comenzó con una diabetes que hizo que primero lo privaran de una pierna. Mi madre siempre lo atendió. Fue una ocasión inmejorable para renegar el día entero de su destino. En ese tiempo todavía se encontraba soltera. Poco después fue necesario cortar la otra pierna. Siguieron luego los brazos. Mi abuelo nunca dejó de mirar en la pared la imagen del venerado Duce, Benito Mussolini, que se mantuvo todo el tiempo como testigo del trance. Más de una vez escuché decir a mi madre que mi abuelo había formado durante su juventud parte de las Brigadas Urbanas. Cuando esto ocurre, cuando empiezo a imaginar rasgos familiares en el rostro de mi madre, prefiero darle la espalda y mirar por la ventana del pabellón. Veo entonces nuevamente el patio de juegos. El pequeño tobogán, los columpios detenidos. Me mantengo estático hasta que vuelvo a sentir sobre el hombro la mano de mi madre. Es entonces, teniendo como fondo la visión del patio de juegos, cuando recuerdo los primeros momentos de mis testículos, cuando empezaron a formar parte de la realidad. Era el tiempo en que la secretaria de la oficina de mi padre enfermó gravemente. Todas las noches nuestro padre nos sentaba en la mesa de la cocina y, mientras cenábamos, nos hacía un detallado recuento de la salud de la moribunda. ... No voy a dejar la casa hasta que nos echen con una orden judicial, dijo mi padre en forma contundente cierto atardecer, en que decidió no seguir hablando de la secretaria. Parece que el tema del desahucio era amenazador. Las visitas del casero incitaron en mí una serie de estados febriles que me duraban el resto de la noche. ¿Fue entonces cuando comencé a tener conciencia de mis genitales? Creo que fue entonces cuando comencé a imaginar que nos encontrábamos en unos baños situados al lado de la tumba de un santo. De una fe desconocida, además.

Nizamuddin, Nizamuddin, escuché más de una vez en medio de la oscuridad. ... La secretaria estuvo muchas semanas internada en el hospital. Todo el tiempo se hacía referencia a tratamientos de diálisis, a virus indestructibles y a la juventud y entereza de la enferma. Mi madre parecía ser la más afectada con la situación. Se le veía tan trastornada que durante los desayunos no hablaba más que de la desdichada mujer. Desde el amanecer repetía, una y otra vez, que estaba condenada a muerte. Repito, todos los días, al regresar del trabajo, mi padre nos hacía un rápido recuento de la situación. Mi madre escuchaba atenta. Luego ponía sus manos sobre los hombros de su marido. Allí se quedaba, a espaldas del hombre que presidía la mesa. Al recordarlos de ese modo, reaparece mi inseguridad sobre la cantidad real de miembros que tenía mi familia. No puedo evocar, sobre todo, a mis hermanos. Tenerlos presentes en ninguna de las escenas familiares. Sería fácil preguntar. Pero prefiero seguir callado. No me importa ya conocer ningún otro detalle. Aunque sí deseo preservar la imagen de aquellos esposos alrededor de la mesa preocupados por los informes del hospital. Cuando mi padre se fue de la casa, salió una mañana con rumbo al funeral de su secretaria y no volvió, mi madre se quedó encerrada en el hogar por varios meses. No crean que cumpliendo la habitual rutina de un ama de casa. Se quedó estática en una de las sillas de la cocina, en la que solía sentarse mi padre mientras nos daba sus reportes. Seguramente sin pensamientos. Finalmente, pareció despertarla la prometida orden de desalojo, que nos llegó de pronto. Unas horas después varios hombres sacaron nuestras cosas a la calle. Fue curioso observar las camas, los roperos y el televisor colocados en mitad de la acera. Algunos vecinos se acercaron. Más de uno dijo que era la primera vez que ocurría algo semejante en el conjunto habitacional. Mi madre fue llevada a un parque por ciertas personas bondadosas, que buscaron mantenerla a una distancia prudencial del trajín ocasionado por quienes sacaban las cosas del departamento. Mis hermanos, ahora comprendo que sí tenía hermanos, empezaron a llorar. Otros vecinos se los llevaron a sus casas. ... Antes de la enfermedad de la secretaria, mi padre de vez en cuando cantaba y tocaba la guitarra. En aquellas ocasiones nos reuníamos en la sala. Mi padre había cantado incluso cuando el casero nos amenazaba, aunque algunas tardes vi a mi madre llorando y quejándose de lo injusta que suele ser la vida con los desvalidos. Nunca supe a quién se refería, si a ella misma o si a la secretaria. ... Como ya sabemos, la secretaria acabó muerta y mi padre desapareció para siempre. Pese a todo lo que he contado acerca de los baños, no creo que mi madre sea feliz. A pesar del bolso de piel que lleva siempre consigo, de los lápices de colores con los que delinea su boca y de las cintas que se coloca en las muñecas, no la siento contenta. Es más, desde hace unos días me persigue un pensamiento, cierta inquietud. No sé cómo decirle que pronto dejará de recibir la cantidad de regalos a los que está acostumbrada. Presiento que esta situación, de mostrar mi cuerpo a cambio de recibir objetos, terminará de un momento a otro. Que se acabará, a pesar del embeleso que sigue produciendo el espectáculo que soy capaz de ofrecer. Hasta ahora todos parecen considerar imposible que mi luminosa piel se deteriore en algún momento. Que mis testículos dejen de mostrarse poderosos. Es que no saben que ya he comenzado a experimentar ciertas sensaciones que, tarde o temprano, harán que mis genitales se vuelvan pesados y olorosos. Precisamente porque nadie lo sospecha, tengo la certeza de que la transformación se evidenciará de pronto, como seguramente lo experimentó aquel antepasado mío que murió asesinado por su propia madre antes de huir a las montañas. Empiezo a sentir cierto alargamiento, sutil, de mi escroto. Cuando menos lo piense, estará convertido en una tripa. Al llegar a ese punto sé que mi madre no titubeará ni un instante. No me cabe duda de que actuará con la decisión que la caracteriza. No sé por qué, pero presiento que recordará los tiempos de esplendor del horno para cerdos de mi abuelo. Cuando era soltera y llevaba adelante, junto a su padre, un próspero negocio. Ellos dos eran los únicos sobrevivientes de la guerra entre los miembros de su familia. Mi madre era la encargada de decorar las piezas que dejaban a hornear. Les colocaba pequeños aretes, diademas o aros de metal, para que los cerdos, al ser horneados, no se confundieran unos con otros. Previendo quizá esa habilidad, había sido bautizada con el mismo nombre que la hija de Mussolini. ... Hace dos noches mi madre me trajo algunas fotos que, en un principio, me parecieron acabadas de tomar. Mostraban a un sujeto que se dedicaba, como mi abuelo, al oficio de hornear cerdos. En una de las imágenes pude reconocer las paredes, las mesas de cemento y la larga pala que solía utilizar mi abuelo para cumplir con su trabajo. Pude ver también, sobre sus cuerpos, adornos parecidos a los que mi madre insertaba en la carne de los animales. Se trataba de piezas de fantasía de bajo valor, no como los objetos que suelo hacer con diamantina en la Escuela Especial. Siempre mi madre y la directora dicen que mi talento no tiene nada de extraordinario. De mi padre no he vuelto a saber, aunque seguramente hubiera apreciado como nadie mis lámparas cubiertas con espuma de jabón. LA VERDADERA ENFERMEDAD DE LA SHEIKA. Los protagonistas del último libro que he publicado se sienten satisfechos con la obra. Quedan mal librados, pero no parecen darse cuenta de ser ellos los personajes expuestos. Pienso que tal vez poseen una ingenuidad infinita o que no suelen leer los libros como es debido. Llego a la casa que habitan y me recibe la dueña, quien se encuentra rodeada de los dos perros que posee. Son unos ejemplares de gran tamaño que carecen de pelaje. Muestran el lomo como un manto de cuero brillante. Ignoraba que esa dama tuviera afición por esa clase de canes. Cuando se lo señalo se sorprende. Añade que, de cierta forma, yo he sido el propulsor de aquel interés. Es cierto. Hace algunos años promoví la crianza esos perros. Hablé más de una vez de sus ventajas. Aparte de la inteligencia y de una fidelidad extremas, no son portadores de alimañas ni de pelusas que floten en el ambiente. Al verlos bien, creí reconocer al de mayor tamaño. Se trataba de Lato, el animal que el padre

de un amigo cercano compró a mis instancias varios años atrás. Era un perro fiero que se mostraba manso sólo con quien fuera su amo en esos momentos. Con todos los demás es una verdadera bestia. Quizá aquella sea la razón por la que ha vivido en distintas casas. En cierto momento, el padre de mi amigo tuvo que abandonar el país en forma intempestiva. Al constatar que era imposible dejar al perro con alguien más, lo destinaron a un jardín zoológico, se trata de una raza tan peculiar que muchos zoológicos del mundo exhibe ejemplares de esa estirpe, del cual escapó la misma noche del encierro. Recorrió de un extremo a otro la ciudad, hasta regresar a su casa original. Nadie sabe cómo logró orientarse, pero a pesar de tal proeza el perro no fue recibido nuevamente. El padre ya había partido y su hijo, mi amigo, solo ya en la casa familiar, pensó que la solución podía ser llevarlo a un veterinario para que le inyectaran algún veneno. ... Cuando me enteré del suceso tuve que pedir audiencia con ciertas mujeres de alta sociedad. Una de ellas aceptó al perro en forma temporal. Al principio la mujer tuvo que soportar algunas mordidas, pero el perro rápidamente pareció comprender que ser fiel a esa nueva dueña era la única forma de continuar con vida. En su nueva casa, salvo con su flamante dueña, comenzó a mostrar, como de costumbre, una braveza extrema. Mordió a cuanta persona se le puso delante y quería, además, copular todo el tiempo con su nueva ama. A los pocos meses tuvo que ser entregado a la familia de unos sirvientes de la casa. Ante la imposibilidad de soportarlo, el animal fue trasladado a un área rural. Allí pagó sus culpas pues por alguna razón, relacionada tal vez con la alimentación que empezó a recibir, comenzó a perder poco a poco los dientes. Sin embargo, por una serie de idas y venidas el perro pasó finalmente a convertirse en la mascota de los esposos que he retratado en mi último libro. ... Terminé de reconocer al animal porque me atacó apenas me vio. Recordé de inmediato el asunto de los dientes y lo cogí del hocico inmovilizándole la mordida. Una vez que el perro se calmó, pude continuar con mi visita. La mujer me hizo subir al segundo piso, donde estaba el marido acostado en la cama, e ingresó primero en la habitación. Yo me quedé en el umbral. Desde allí vi que el hombre me reconocía y alababa, no sólo el último libro sino mi escritura en general. En cierta pausa, la esposa tomó el libro de la mesa de noche y me preguntó cuánto cobraba. Luego, haciendo un gesto totalmente en desacuerdo con la clase de persona de la que se trataba, sacó unos billetes de su pecho y me los entregó. Hizo antes la salvedad de no estar segura de haberme pagado en el momento de la presentación del libro. Yo ignoraba si esos esposos habían estado presentes esa noche, pero sí recordé que una de sus sobrinas se llevó un ejemplar con cargo de abonarlo en los días siguientes. ... Una vez que recibí el dinero, el esposo insinuó que el personaje de la novela tenía su misma profesión. Acto seguido desvió el tema. Habló de los perros, que habían quedado en el primer piso pues la escalera contaba con una pequeña puerta para impedir que subieran. En ese momento les dije que en cierta oportunidad había hallado un ejemplar curioso de ese tipo de perro. Añadí que ese gen estaba todavía latente, dispuesto a aparecer en el momento menos pensado. Aquel descubrimiento lo hice durante uno de mis múltiples viajes a las zonas agrícolas de la costa, donde siempre pregunto si se mantienen o no perros carentes de pelaje. Un poblador me dijo que los pescadores acostumbran ser dueños de los ejemplares más inteligentes. Aquel hombre me habló también de un perro fenómeno que había nacido unos años atrás. Lo llevaba entre las manos una anciana que se dedicaba a la fabricación de canastas. Me dijo que no era el primero en nacer en la región. Lo que sucedía era que los pobladores mataban de inmediato a los ejemplares nacidos con esas características. El cachorro tenía una gran joroba, carecía de cuello y mostraba gran dificultad para mover de un lado a otro la cabeza. Cierta cronista de Indias, Clavijero, menciona un ejemplar parecido llamado izcuinpozoli. ... Cuando acabé el relato, el marido ya estaba dormido. Se encontraba boca arriba y tenía mi novela sobre el pecho. La dama me había escuchado con atención. Algo en su mirada me hacía sospechar que estaba preocupada. Con una escena similar daba comienzo el libro que acababa de publicar. En el texto, mientras el marido duerme, su mujer se retuerce las manos con signos de angustia. Me puse de pie, antes de hablar del izcuinpozoli había tomado asiento en un pequeño sofá que había en la habitación, y me despedí. Al bajar y abrir la puertita de la escalera, el perro sin dientes quiso atacarme de nuevo. Sentí el roce de sus encías en mi muñeca. La esposa bajaba detrás. Me acompañó a la puerta. El perro continuaba queriendo morderme. La mujer comenzó a acusarme. Era musulmana. Me dijo que dejara de pretender ignorar que siempre había tenido perros carentes de pelaje. No era cierto, además, que no se hubieran dado cuenta de que eran los personajes a los que se aludía en el primer capítulo del libro. En efecto en ese pasaje señalo la incongruencia que mostraban esos esposos por tener perros carentes de pelaje en lugar de salukis, los únicos canes aceptados por el islam. Antes de cerrar la puerta me llamó ruin. No entendía por qué había vendido, precisamente a la revista Playboy, un sueño místico que había experimentado con la sheika de la comunidad religiosa a la que pertenecíamos. Me salvaba de ser golpeado, dijo, porque su marido estaba enfermo. Era la razón por la que se encontraba acostado. Mientras me iba alejando de aquel hogar, comencé a sentir cierta vergüenza porque, en efecto, había vendido, a un precio alto, además, aquel sueño místico a la revista Playboy. ... El texto lleva como título La enfermedad de la sheika. Comienza cuando yo aparezco muy molesto porque he sido tratado mal en el hospital donde suelen atenderme. Se han cancelado todas las citas que tenía programadas ese día con los laboratorios y con los médicos de alto prestigio. Cambiaron también de fecha una sesión de masajes que logré conseguir en el área de rehabilitación. Casi siempre estas áreas se encuentran ubicadas en los sótanos de los hospitales. Lo sé porque desde pequeño las he visitado con frecuencia. Desde que nací mis padres se empeñaron en que utilizara una prótesis que supliera mi brazo faltante. Lograron

inculcarme su necesidad, pero no parecieron tomar en cuenta que ese tipo de aparato exige un mantenimiento costoso y frecuente. Es por eso que las prótesis que utilicé buena parte de mi vida se mostraron casi siempre en mal estado. Las piezas eran importadas, pocas veces se contaba con refacciones. Las composturas se realizaban, por lo tanto, con zapateros ambulantes que hacían su trabajo lo mejor que podían. Con esto se conseguía que llevara siempre unos remedos de prótesis inútiles e inservibles, que a la larga no consiguieron sino convertirme en una especie de tullido que lleva casi muerta la mitad del pecho. Fue de tal magnitud la obsesión de mis padres, que tuvieron que pasar muchos años para que, en un viaje a la India, arrojara el último brazo al río Ganges. ... Pero ese día, ni siquiera en el sótano del hospital me quisieron atender. Lo que más contrariedad me causó fue la negativa a las sesiones de masaje. Las demás citas, fundamentales para controlar mi salud, no me molestaron demasiado. Cuando pregunté las razones de la cancelación, me contestaron que creían que había ocurrido una tragedia y que el personal estaba en alerta para atender a las posibles víctimas. Curiosamente, no noté nada fuera de lo normal. Pasé sin mayores contratiempos frente la sala de espera. Allí estaban, sentados en sus sillas, los pacientes. No rebasaban el número normal. Cuando estaba a punto de salir, me encontré repentinamente con la sheika de nuestra comunidad. Estaba siendo transportada con celeridad en una silla de ruedas. La empujaba Duja, una de nuestras derviches. Una mujer alta e imponente que sabe cantar quien venía seguida por su sirvienta personal. Me les acerqué, las saludé con el tradicional asalámaleykun, pero no recibí contestación. Pasaron al lado mío como si yo no existiera. Duja, con la voz que la caracteriza, pedía un doctor. Yo sabía que los médicos no estaban disponibles. Que por motivo de la emergencia general no atendían a nadie. Como soy paciente habitual, se me ocurrió que podría hallar a algún médico que no hiciera caso de la alerta. Reingresé al hospital. Recorrí distintos pasillos. Subí escaleras. Tomé elevadores. Me costaba mucho caminar entre los pacientes y sus familiares, quienes acostumbran desplazarse entre una y otra sección ocupando totalmente las vías de acceso. Recordé la sugerencia que desde hacía meses tenía pensado formular. De crear una especie de reglamento de tránsito para que las personas circularan apropiadamente. Sobre todo para las escaleras, pues era un suplicio tener que subir las y bajarlas a la hora de mayor afluencia de pacientes. Como lo intuí, encontré a uno de mis médicos en una pequeña unidad de investigación. Miré por una minúscula ventana redonda que había en medio de la puerta, y lo vi trabajando frente a un microscopio. Abrí la puerta sin golpear y, para mi alivio, no pareció afectarle la irrupción. Dejó lo que estaba haciendo y me señaló un lugar donde sentarme. Seguramente pensó que deseaba que me examinara. Tuve la tentación de decirle que precisamente había tenido una cita con él, que había sido cancelada porque ese día en el hospital el orden estaba alterado. Pero recordé el caso de la sheika. En ese momento mi salud no importaba. Le conté lo que sucedía. Le pedí que me acompañara. Pareció dispuesto a hacerlo; sin embargo, antes me preguntó lo que era una sheika. Le tuve que explicar que se trataba de la jefe espiritual de la comunidad sufí de la que formo parte. Añadí que se encontraba verdaderamente mal de salud. El médico salió detrás de mí. Era tan importante nuestra misión que no hice ningún comentario acerca de la lentitud de los pacientes y sus familiares que obstruían los pasillos. Tampoco pregunté cuál era la emergencia que tenía fuera de orden las citas en el hospital. Hubiera querido además preguntarle muchas otras cosas. Asuntos de genética principalmente. Hablarle de los perros que carecen de pelaje. De los eslabones perdidos que todavía es posible hallar en algunos pueblos de pescadores. Del famoso izcuinpozoli. Pero no lo hice. Así como tampoco le pregunté si había leído los últimos libros que había publicado, que yo le regalaba siempre después de cada consulta. Lo importante era sortear ese mar de gente enferma y llegar a la sala de emergencias. Lo conseguimos después de largos minutos. Al entrar en el pasillo pude distinguir a la sheika, a Duja y a su criada. Seguían en una posición similar a cuando las había abandonado. El médico se les acercó y les dijo que esperasen. Iría a buscar la sala adecuada, señaló. Miré el rostro de la sheika. Ya no era Duja quien agarraba la silla de ruedas. La sujetaba ahora la sirvienta. Pese a encontrarme frente suyo, la sheika no parecía reconocermme. Se le notaba abstraída en su dolor. En cambio, Duja se comenzó a dirigir a mí con naturalidad, pero no me contó las circunstancias en las que se encontraba la sheika. Dónde la había hallado. Qué mal la aquejaba. Lo único que alcancé a escucharle es que rogaba a Dios que tuviera una pronta atención. Cuando el médico regresó, dijo que no había encontrado ninguna sala adecuada para auscultar a una sheika. Debía por eso revisarla en un jardín. Ya se habían tomado las previsiones necesarias. No pude entender entonces cómo, en medio de tal desorden, en aquel hospital habían sido capaces de tomar tan rápido las medidas oportunas para la revisión de un personaje con esas características. Pero en efecto, algunos minutos después nos encontrábamos en un jardín interior, con parte del personal dispuesto a comenzar con su trabajo. Habían instalado una mesa sobre el césped. El médico estaba acompañado por dos enfermeras. A Duja, a la sirvienta y a mí nos hicieron esperar en una esquina. Junto a un rosal. Desde allí vimos cómo levantaban a la sheika de la silla y la tendían en la mesa. Fue en ese momento cuando reparé en los zapatos que la sheika llevaba puestos. Se trataba de un modelo que nunca había visto antes. Eran de terciopelo negro y contaban con una serie de complicadas tiras que se amarraban a los tobillos. Al final de cada tira había unos pompones de un negro más claro, como de ala de cuervo. El médico y la enfermera trataron de desatar los zapatos. La tarea se comenzó a hacer cada vez más complicada. En ese momento la sirvienta de Duja habló. Dijo que cómo era posible que se intentara realizar una empresa semejante. Que eran muy pocos los que estaban en

condiciones de descalzar a una sheika. Añadió que ninguno de los allí presentes podía hacerlo. Sentí vergüenza. Había hecho venir, en aquel día especial, con una tragedia inminente amenazándonos, al médico de mi mayor confianza hasta el jardín. Había logrado que instalaran la mesa tal como debía disponerse para auscultar a una sheika, y por el asunto de unos zapatos que no se podían desatar se corría el peligro de tirar todo por la borda. Pero la sirvienta fue implacable. Desde la inmovilidad más absoluta iba repitiendo, una y otra vez, que nadie de los presentes estaba en el derecho de descalzar a una sheika. Sin que lo advirtiéramos, Duja comenzó a abandonar sigilosamente el jardín. Lo noté por un leve cántico que emitió mientras se iba alejando. Me pareció, no sé por qué motivo, que su paso era similar al del de la anciana que fabricaba canastas en el puerto de pescadores. Mientras tanto, el médico y las enfermeras parecían no oír las palabras de la sirvienta y continuaban con su infructuosa labor. Querían descalzar a la sheika a como diera lugar. Verla acostada en la mesa mientras sus zapatos eran manipulados, me hizo acordar una escena semejante vivida en la calle, muy cerca de la mezquita, semanas atrás. En esa ocasión una de nuestras derviches más queridas, Cherifa, una mujer ya mayor, fue atropellada por un vehículo cuando salió a comprar el té que tomaríamos los fieles esa noche. Nuestra hermana se encontraba acostada en medio de la calle. Unos vecinos la habían cubierto con periódicos. Estaba lloviendo. En la mezquita los fieles reunidos no tenían idea de lo que estaba pasando fuera. Se encontraban concentrados en la oración del anochecer. Ese mismo día, horas antes, yo había tenido un sueño con Cherifa. De alguna manera estaban presentes los elementos del accidente que se desencadenaría después. Cherifa se encontraba sentada en un autobús, el mismo que después la atropellaría, en compañía de la esposa de su hijo, Rajmana. Ambas parecían contentas con el viaje. Yo me encontraba sentado dos filas atrás. Estaba acompañado por la señora de la casa dueña de los perros carentes de pelaje. Íbamos al lado solamente de uno de sus animales, el más fiero, Lato, el que escapó del jardín zoológico donde lo quisieron confinar y recorrió varios kilómetros hasta hallar su casa nuevamente, donde mi mejor amigo, para deshacerse de él, pensó en inyectarle veneno como primera opción. Era un perro perfecto. Como se sabe, de un carácter agresivo, pero sus formas eran las ideales. En el autobús molestaba mucho. Quería copular con la dama que me acompañaba, quien se veía incapaz de controlarlo. No recuerdo si en ese entonces contaba con la dentadura completa, sospecho que no. Aquel viaje fue soñado durante la madrugada del once de agosto del año 2005. El accidente ocurrió durante el anochecer de ese mismo once de agosto. Los daños causados al cuerpo de Cherifa no fueron mayores. Tampoco, parece, el sufrimiento que tuvo que soportar en la soledad de la calle. Estaba aturdida, acompañada por unos policías y de unos vecinos, a quienes no se les ocurrió más que cubrir su cuerpo con viejos diarios. Pero la sheika continuaba tendida. Los lazos de sus zapatos no podían ser removidos. ... Me hubiera gustado saber lo que hubiera pensado de la situación, de la sheika acostada sobre una mesa de palo esperando ser descalzada, el marido de la dama poseedora de los perros carentes de pelaje, que tan mal queda retratado en el último libro que he publicado. Aquel hombre que, sin advertir que él y su mujer son los personajes de la obra, se durmió con mi libro encima luego de que su esposa me entregó, como si fuera un cualquiera, algunos billetes que sacó de su pecho. No lo he mencionado, pero al recibir ese dinero me sentí, de alguna manera, como cuando era niño y fingía por el teléfono ser una indígena que buscaba trabajo como sirvienta. Recuerdo que tenía diez u once años y, a escondidas, buscaba en los avisos clasificados de los diarios para llamar imitando el léxico de las mujeres del interior. Casi siempre terminaban haciéndome proposiciones sexuales, que yo aceptaba a través del teléfono con el mayor de los gustos. No sé exactamente por qué volví a recordar aquellas llamadas mientras oía el susurro de Duja alejándose por el jardín del hospital. Se trataba de una ignorancia similar a la que me hacía desconocer por qué había asociado sus sigilosos pasos, alejándose en medio de delicados cánticos, con el de la anciana dueña del cachorro de izcuinpozoli. Seguramente, Duja en esos momentos estaría saliendo por la misma puerta de emergencia por donde entró empujando la silla de ruedas. Quizá la sirvienta que dejó conmigo era la personificación de mis juegos telefónicos de la infancia. Pero en este caso esa mujer no parecía cumplir con ninguna función sexual, sino que se limitaba a repetir la letanía de la imposibilidad de descalzar a una sheika. A una sheika acostada en uno de los jardines internos del hospital donde se supone preservan mi vida. Donde recibí el dictamen médico y tuve que pasar por una serie de sufrimientos antes de que se encontrara la medicina adecuada capaz de alargar mi mal hasta una suerte de infinito dictado por la ciencia. Te morirás de cualquier cosa menos de tu enfermedad, me han repetido infinidad de veces. Debo creerlo, aunque en ocasiones hay errores médicos que hacen imposible aceptar ciegamente sus preceptos. De allí la preocupación porque atendieran rápidamente la enfermedad de la sheika. No siempre los sueños experimentados durante el trance sufí han tenido resultados felices. No todas las profecías se limitaban al horror de Cherifa, casi inconsciente y acostada en una vía rodeada de policías y de vecinos dispuestos a tapar su cuerpo con papeles de periódico. Aquel horror terminó precisamente cuando Duja, nuestra derviche dueña de una voz privilegiada, llegó ese anochecer tarde a la oración y se encontró con el espectáculo. Luego de dirigirle a Cherifa algunas palabras de consuelo fue directamente al interior, donde interrumpió de manera brusca las oraciones con la noticia. Dentro de la profecía existen también los sueños de muerte. Por eso la urgencia de descalzar lo más pronto posible a la sheika. En uno de esos sueños, que experimento con relativa frecuencia, veo que me está revisando un médico desconocido, no el que trata de atender a la sheika. Es otro doctor, quien mira mi cara con detenimiento, parece que asombrado por ciertas

malformaciones. Explica que debe analizarlas. Resulta que existe la posibilidad de que sean manifestaciones malignas. Recuerdo especialmente el asunto del cuello. Del cuello putrefacto que me ataca de vez en cuando. El médico asiente. Presentar cada cierto tiempo un cuello así puede ser señal de que los resultados sean positivos. Me dice que hay tres niveles que alcanzar. En el peor, el que sospecha, moriré en menos de cinco años. Me molesto. Me parece una fecha muy lejana. O me dejan vivir o me dejan morir en paz, refuto. De pronto, dentro de ese mismo trance, me encuentro dentro de una ambulancia, llevando a la sala de emergencia de algún sanatorio a una persona. No sé quién es. Tiene cierto parecido con el personaje que retraté en el último libro publicado. El hombre acostado en la cama con el libro colocado sobre el pecho. Se parece también al técnico que en los sótanos del hospital de mi infancia me diseñaba las prótesis. Supongo que encontrarme llevando a una persona enferma es un trance similar por el que ha debido pasar Duja, nuestra derviche, al trasladar en forma apresurada a la sheika. Quizá para que el proceso sea más práctico, para subir y bajar a la sheika, llamar a los enfermeros o para armar y desarmar la silla de ruedas fue que decidió llevar consigo a la sirvienta. El trance se hace evidente cuando esa mañana recibo la noticia de la muerte de un compañero sufí, Nuh, afectado por el virus del sida. En el velorio de Nuh, con el ataúd tapado con un manto verde que simula que no hay nada debajo, me maravillo al ver el despliegue total de los derviches giradores, rotando hasta el infinito, ¿frente al cadáver? Hago entonces planes sobre las formas de eliminación de mi propio cuerpo. Quiero firmar cuanto antes la carta que propone la sheika para que las familias no puedan intervenir en la última decisión de los derviches. La de ser velados y enterrados bajo el rito musulmán. Existen problemas económicos al respecto, sobre todo porque para muchos miembros de la comunidad es imposible tener el dinero necesario para no ser incinerado. Uno de mis sueños es convertir un terreno que hace años compré en pleno bosque, y que ahora está abandonado, en un cementerio sufí. No me atrevo a proponerlo. Quizá no estoy seguro de mi fe. He escuchado muchas veces que el Sagrado Corán pone en tela de juicio primeramente a quien cree en él. Dice que los que aceptan de a mentiras, en otras palabras, cualquier musulmán en algún momento de sus vidas, serán los más duramente castigados. El ojo debe ser del tamaño de lo que percibe, escuché decir a la sheika más de una vez. Nunca me atreví a preguntar qué era lo que significaba aquello. Lo que sí entendía de una manera más clara era cuando nos decía que cuando el ser humano ama algo sólo ama al ser humano, se ama a sí mismo, a sus propios atributos reflejados en eso que dice amar. Y yo amo a la sheika, a mi líder espiritual. Es por eso que no puedo permitir que continúe acostada sin que se le puedan desatar los cordones de los zapatos. Trato de intervenir. Callo a la sirvienta, que continúa repitiendo su letanía, y me dirijo directamente al médico. Al oírme, da la orden a las enfermeras de que dejen de pretender desatar las borlas y cintas que atan los zapatos de terciopelo negro. Mira luego su reloj. Es la hora del relevo, anuncia. Mejor para todos, prosigue. Ese hospital no está preparado para recibir a una sheika enferma. Hay que llevar a la paciente a una sucursal. Sólo quedamos la sirvienta y yo para hacernos cargo de la paciente. Debemos de firmar unas formas, nos dice el médico, para hacernos responsables de semejante decisión. Le pregunto a la sirvienta cómo han llegado hasta el hospital. La sirvienta me responde que en el auto de la sheika. No puede ser, respondo desconcertado. La sheika es dueña de un Datsun del año 67 que no sirve para nada. Es imposible que nos responsabilicemos del traslado en un auto tan inseguro. Recuerdo que una vez vi a la sheika conduciéndolo en pleno centro a una velocidad mínima. En ese momento se me hizo claro que para mí la sheika no era más que un punto entre una instancia y otra. Es decir, que me servía de referente para estar seguro de la existencia tanto de un mundo material como de uno conformado sólo por el espíritu. Aunque seguramente ella no hubiera estado de acuerdo con mi forma de pensar, pues ella insistiría una y otra vez que todo no era más que lo mismo. A pesar suyo, la presencia de la sheika me permitía no confundir uno con otro. Tal vez por esa razón, por tener tan limitada mi percepción de la realidad, no me siento un verdadero derviche. La duda me ataca sobre todo por épocas. A veces, como en esa ocasión, me tomaban los dos sentimientos contrarios al mismo tiempo. Por eso, cuando vi al auto desaparecer lentamente en medio del tráfico en el centro de la ciudad, me quedé extrañando mis visitas a la mezquita a pesar de no tener ningunas ganas de visitarla. Creo que aquel rechazo me duró hasta la muerte de Nuh. La noche antes de su partida, vi que un médico que, repito, no era ninguno de los que me atienden regularmente, me hablaba de las tres etapas, de los niveles de muerte a alcanzar. Cada uno contradictorio con respecto al otro, y pese a exhibir aires de extinción, los tres, poseedores en cierta manera de un sentido alentador. ...una vez que se alcanza la fortaleza del alma, escuché que me terminaba de decir, como últimas palabras, el médico antes de desvanecerse. Apenas abandoné la cama abrí el internet y encontré el correo de la sheika convocando a las exequias de Nuh. ... Subirse a un Datsun como el de la sheika puede traer algunas consecuencias. Lo sé. Por eso estoy dudando. Tengo delante mío los papeles para la autorización que debo firmar. Para sorpresa de todos, en ese momento la sheika parece reanimarse. El color ha vuelto a su semblante. Se sienta por sus propios medios y pide que dejen sus zapatos en paz. Comprende de inmediato la situación y dice que ella firmará para responsabilizarse por ella misma. Se incorpora sin la ayuda de nadie. Me sorprende su elasticidad. En la mezquita siempre pide que la asistan para ponerse de pie. Más de una vez he pensado que solicita ese apoyo como una deferencia al otro. Para que los derviches tengan la satisfacción de que esa noche ayudaron a levantarse a una sheika. La sensación que me embarga al ver el repentino cambio de tono de la situación es similar a la que experimenté cuando junto a Hazim, un personaje que no conozco pero

que, sin embargo, siento siempre muy cerca de mí, hicimos una especie de peregrinación, dando vueltas alrededor de una mezquita importante. Se trata de un edificio larguísimo, de altas paredes rojas. Guarda similitud con la gran mezquita que visité en la India poco antes de despojarme del aparato ortopédico que llevé desde la infancia. Del aparato que me dejó atrofiado el hombro y parte del pecho. Alrededor hay una gran cantidad de parcelas de tierra, ordenadas según los colores de los productos que se cosechan. Hazim y yo caminábamos muy juntos. Era evidente el miedo que me producía la enfermedad, evidenciada en una flacura extrema, que aparentemente padecía. Pero aquel peregrinaje alrededor de la mezquita, pues no teníamos ninguna intención de ingresar, nos daba cierto alivio, tanto a sus males como a los míos. Bismilah id rajmani rajím, escuchábamos surgir todo el tiempo desde dentro. El sufismo plantea que hemos olvidado por completo el mundo ideal de donde provenimos, el esfuerzo está en el recuerdo, en la remembranza, nos decían las voces que salían de la mezquita. El corazón debe recordar, acordarse de la vida plena que tuvo antes. Sin embargo, en ese momento, sólo pude acordarme de que mi amigo de la infancia quiso eliminar al perro de su padre luego de que el animal diera una muestra rotunda de fidelidad. Después de recorrer la ciudad entera y llegar hasta la puerta de la casa, quisieron enviarlo a que le suministraran una dosis de veneno. Es cierto que el padre había partido. Que en la casa no iba a haber quién se hiciera cargo del animal. Pero una medida de esa naturaleza es cruel desde cualquier punto de vista. Quizá por eso aquel amigo, años después, sufrió el castigo de caer de espaldas desde el coro de una iglesia de un pueblo. ... En esa oportunidad habíamos decidido, con tres amigos más, cruzar la frontera. Un guía iba con nosotros. Bromeábamos acerca de las barreras. Nos jactábamos de conocer la forma de pasar de uno a otro lado sin que nadie lo advirtiera. Una vez que nos adentramos decenas de kilómetros en la camioneta especialmente acondicionada en la que viajábamos, nos dimos cuenta de que, de alguna manera, continuaba presente el espíritu tradicional. En ese instante supimos, fue algo intuitivo, que el guía había actuado como un verdadero traficante de personas. Paramos la camioneta y se lo dijimos. El guía pareció ofenderse. Nos habíamos detenido en un pequeño pueblo muy antiguo, que no tenía ninguna relación con los poblados de las cercanías. Contaba con una iglesia típica. Dejamos al guía en la camioneta. El resto entramos a visitar el templo. Mi amigo, el que había intentado deshacerse al perro, subió al coro, que era muy alto. Sin darse cuenta dio un paso hacia atrás y cayó al centro de la nave central. Nosotros, que estábamos abajo, nos acercamos y constatamos que estaba muerto. Presuntamente, poco después, en aquel poblado, debía ocurrir una tragedia de proporciones. Yo sabía que si mi amigo caía del coro una tragedia de proporciones se cerniría sobre el lugar. Algo similar al tsunami que afectó la India poco después de despojarme de mi brazo para siempre. De alguna manera, lo que la muerte de mi amigo parecía tratar de decir era que había muerto para evitar una muerte mayor. Para servir como una señal que nos obligara a emprender la huida. Mi amigo se encontraba muerto. No así el perro carente de pelaje, que ahora es propiedad de los protagonistas del último libro que he publicado. La mujer de la casa rodeada de perros, su marido con mi libro abierto sobre el pecho. Sin embargo, en este momento, no puedo fijarme más que en Duja cantando abiertamente y recorriendo, después de abandonarnos sutilmente, como si estuviera huyendo de una culpa, las calles de la ciudad. ... La sheika, una vez que se incorpora, le exige a la sirvienta las llaves de su Datsun, pues quiere conducir hasta la sucursal del hospital indicada. La sirvienta se las entrega. Las coloca a un lado de la mesa de madera. La sheika ya se encuentra de pie. Camina hacia el estacionamiento. Rechaza la silla de ruedas que le ofrezco. Los médicos y las enfermeras se deshacen en gentilezas ante tan particular paciente. Aprovecho la ocasión para quejarme del mal trato que aquella mañana he recibido en aquel hospital. Señalo, una a una, las consultas anuladas, así como, lo más importante, mi trunca sesión de masaje a las que iba a ser sometido en los sótanos. ... La escritura como profecía, señaló la sheika en más de una ocasión. No en vano en la religión islámica el milagro es un libro y nosotros somos sólo una letra de ese libro. Es quizá esa la razón, ser sencillamente una letra de un alfabeto infinito, por la que cuando algún practicante del sufismo se desplaza en avión o en tren acostumbra pasar por una serie de experiencias fuera de lo común. Generalmente, cuando están a punto de abordar algún medio de transporte, sienten el inusitado impulso de elegir, entre el grupo de desconocidos que suele poblar las salas, a alguna persona de la que nunca en la vida les gustaría desprenderse. Como una letra que buscara pegarse a otra para formar una palabra. Algo les dice que la persona que tienen al frente formará, a partir de entonces, parte fundamental de su existencia. Pero, pese a esa circunstancia tan curiosa, no puede dejarse abandonado el viaje programado. Se deben reprimir los sentimientos y actuar siempre como un ser común y corriente. ... Por cierto ¿qué ropa llevaría puesta Cherifa cuando fue atropellada? Todo indicaría que la bata de oración. Antes de que ocurriera el accidente ya se encontraba dentro de la ceremonia. Lo lógico hubiera sido que se quedara en la mezquita la noche completa. Pero, repentinamente, alguien advirtió que faltaba el té que tradicionalmente se ofrenda a los fieles. Seguramente en ese momento Cherifa ya perfilaba su frente con dirección a la Meca para iniciar sus postraciones. Pero en lugar de comenzar la oración se ofreció para ir a la tienda. Así fue como minutos después quedó tendida en el pavimento, atropellada, con los vecinos cubriendo su bata con algunas páginas de periódico. Desde aquel accidente, nuestra sheika ha determinado que una vez ingresado nadie salga de la mezquita. Se debe esperar a que termine la noche para hacerlo. Asegura que adentro uno está absolutamente desprotegido, desnudo, con los sentidos afinados para la práctica espiritual y no para enfrentar al mundo cotidiano. ¿En qué plano de la realidad se encontraría Cherifa en el momento del accidente? Quizá en el mismo en que suelen

encontrarse los miembros de las comunidades sufís en las estaciones de trenes o en los aeropuertos antes de abordar algún medio de transporte. Previo a dirigirse a las zonas de embarque acostumbran hacer el juramento de que, pese a que sus cuerpos se desplazarán cientos de millas, no dejarán de mantenerse junto a la persona elegida momentos antes. La intención de llevar muchas horas consigo el recuerdo de la persona amada y desconocida, para algunos podría representar la escenificación de una escena extremadamente romántica. Para otros una simple manifestación de esquizofrenia. Se trata más bien, creo, de la búsqueda que debe emprender cualquier miembro de una comunidad de esta naturaleza para estar presente en los espíritus de varias personas al mismo tiempo. Para formar palabras completas. Durante el viaje, mientras permanecen en el lugar asignado, les suele maravillar la sensación que les causa advertir que son capaces de desplazar sus cuerpos a distancias inimaginables y, al mismo tiempo, quedarse estáticos en el punto donde encontraron a la persona que eligieron para no separarse de ella jamás. No estoy seguro si la sheika tenga conocimiento de la práctica que muchos de sus discípulos llevan a cabo antes de viajar. No creo que le produzca ningún entusiasmo una actividad semejante. La sheika ha visto muchos milagros en su vida. Uno de ellos fue que la eligieran, a su edad, sheika de la comunidad que dirige. Su interés parece basarse sólo en aspectos de la grandeza divina. Aunque, como se verá más adelante, trate de encontrar este despliegue en los actos más banales. ... Mientras camina, la sheika parece sentirse cada vez mejor. Ya no es ni la sombra de la enferma que ingresó al área de emergencia del hospital. Dice que ella, como es lo acostumbrado, manejará su Datsun. Ya fue más que suficiente que Duja lo condujera para llevarla al hospital. Recordé entonces que yo siempre he conducido mi propio auto. Hasta antes de que me lo robaran, a punta de pistola, en una de las zonas más céntricas de la ciudad. También me gustaba conducir mi propio auto cuando visitaba las zonas rurales de la costa del país, donde descubrí que los ejemplares más inteligentes de perros sin pelaje los poseían los pescadores. Creo que el interés por aquellos paisajes nació como recuerdo de los viajes que realizaba junto a mi padre, técnico en asuntos agrícolas, a zonas semejantes. Recuerdo de esos tiempos las parcelas separadas según los productos que se cosecharan. Sin embargo, los colores de esas parcelas no eran tan luminosos como los que veía cada vez que, junto a Hazim, mi amigo enfermo, peregrinábamos dando vueltas alrededor de las mezquitas. La sheika intuye seguramente que si yo manejo el Datsun nunca llegaremos a nuestro destino. Trato de recordar alguna ocasión en la que yo haya conducido en su presencia. Solamente aparece la tarde cuando las llevé, a la sheika y a su madre, de la mezquita a la casa que habitaban. Recuerdo que fue un viaje divertido. La madre pareció disfrutar mucho del auto deportivo que poseía en ese entonces. Le gustó su color y el techo, que fue abriéndose de manera automática. Pero hubo otra ocasión en que traté de servirle de guía a la sheika mientras ella iba conduciendo su propio Datsun. Fue cuando me hizo el favor de acompañarme, por primera vez, al hospital donde la encontré. La imagen aparece en el momento en que regresábamos de la consulta. Ya habíamos visto al médico, quien había dado su veredicto. Andábamos desorientados por una serie de calles oscuras que no parecían llevar a ninguna parte. Nuestro extravío terminó cuando la sheika detuvo el auto y afirmó que, desde ese momento, yo pasaba a la categoría de mártir del sufismo. Años atrás, ella había preguntado sobre el particular, sobre lo que les sucedía a los derviches que estaban condenados a muerte, al guía supremo de los sufíes, Muzafer Efendi, quien vivía en Turquía. De inmediato, allí en el coche, apareció en mi cabeza la imagen de plástico del pequeño derviche girador que se encuentra colocado sobre una repisa en la mezquita. La estatuilla ha perdido un brazo desde hace varios meses. Me pregunté si ese tipo de derviche tendría también la categoría de mártir. Me pregunté también si Duja, con sus características físicas, era también una mártir del sufismo. O si la propia sheika, enferma y presa de unos zapatos de terciopelo negro, lo era también. Tal vez su madre, quien disfrutó como una niña cuando el techo de mi auto se fue abriendo en forma mecánica, si estaría considerada dentro de una categoría semejante. ... Aunque creo que el único mártir presente en este texto es mi amigo de la infancia, yaciendo muerto después de caer del coro de la iglesia. Era imposible que eso sucediera. Afuera, en la camioneta que nos transportaba, se encontraba el guía que nos había orientado para cruzar de manera clandestina la frontera. Lloriqueaba porque lo habíamos acusado, como se sabe, de traficante de personas. ¿Cómo podía afligirse por esa causa cuando dentro de esa iglesia había ocurrido una tragedia semejante? Teníamos que abandonar el poblado a como diera lugar. Subir todos a la camioneta equipada especialmente y huir lo más rápido posible. Había que dejar el cadáver tendido en la nave central. Abandonarlo de la misma forma como su padre dejó el país. No quiero pensar lo que hubiera ocurrido en esa casa si después de la partida del padre, en lugar del perro que poseían hubiesen tenido un ejemplar producto del eslabón perdido, el Izuinpozoli. Seguramente el padre lo hubiera matado en el acto. En el momento de tomar la decisión de dejar el país, no habría tenido otra alternativa que hacerlo desaparecer. Era imposible que se tomara el trabajo de llevar ese monstruo al jardín zoológico. Allí quizá le hubieran recomendado un museo para exhibirlo disecado. Se ve que los perros carentes de pelaje sufrían mucho por el hecho de estar enjaulados. Quizá ésa fue la razón por la que el ejemplar del padre de mi amigo, llamado Lato, huyó el mismo día de su reclusión. Seguramente dio un gran salto y se unió a algún visitante. Posiblemente se hizo pasar por un perro de compañía y, sigilosamente, con un cuidado aún mayor que el mostrado por Duja cuando abandonó a la sheika en el jardín del hospital, salió a la calle. ... Nuestra guía, quien al darse cuenta de los acontecimientos dejó repentinamente de llorar, recomendó que lo mejor sería regresar a territorio mexicano. Debíamos de guarecernos en ese país de la gran tragedia.

En ese momento no podíamos saber si iba a tratarse de un terremoto, de un tornado o de una inundación. Lo único que sabíamos era que teníamos que huir. Comenzó por eso a conducir la camioneta en forma rápida. Sin embargo, todavía se le escaparon algunas lágrimas. Ya no lloraba por la acusación de la que había sido víctima por nosotros momentos antes. Ahora lo hacía, por fin, por mi amigo muerto. Sin embargo, a pesar de la velocidad que le imprimía al vehículo conducía bien. La sheika de la comunidad sufí a la que pertenezco lo hace de la misma manera. Un poco lento, eso sí, pero con una destreza impecable. Cuando realizo el último intento de decirle, en la puerta del hospital, que en sus condiciones físicas debe renunciar al volante, me dice la desconcertante frase de que nadie tropieza dos veces con la misma piedra. Me quedo pensando en aquella sentencia. Advierto entonces que mi líder espiritual no me tiene la menor confianza. La miro con detenimiento. Parece sentirse cada vez mejor. El coche, como advertí en su momento, se trata de un vejestorio que apenas puede caminar. Por eso a nuestro paso empiezan a producirse una serie de incidentes de tráfico, provocados principalmente por la velocidad ínfima a la que comenzamos a desplazarnos. Debo reconocer que no tengo la menor idea de la ruta que llevamos. En ese momento reparo en que nunca habría tenido idea de cómo llegar a la sucursal del hospital donde nos dirigíamos. Yo había contestado afirmativamente al médico. Le había dicho que conduciría a la sheika. Había estado a punto de firmar incluso la carta de responsabilidad, pero ignoraba realmente el fin de lo que se me estaba pidiendo. ... Sólo en ese instante le di la razón a la sheika por negarme el volante. Nuevamente advertí aquello que los derviches siempre sabemos, pero que a menudo dejamos pasar por alto. Que una sheika nunca se equivoca, y que muchas veces sus aparentes conductas erradas no son más que el disfraz de una lección para las que no todo el tiempo estamos preparados para recibir. El trayecto parece largo. Me pregunto entonces en qué podrían consistir realmente los males temporales que suelen atacar a las sheikas. Pienso que pueden tratarse de sentencias encubiertas, pero intuyo que la mayor parte de las veces esos males simbolizan cosas de mayor envergadura. Demostrar que no hay más Dios que Dios, por ejemplo, o que la realidad es toda una misma cosa. De manera necia, pues en muchas ocasiones me niego a aceptar el carácter extra natural de los líderes espirituales, quise saber si los males, cuando los aquejan, son enfermedades reales o circunstancias pasajeras. En algunas ocasiones presiento que esos malestares tienen sus orígenes en una serie de imágenes que las suelen tomar, precipitadamente, especialmente durante las oraciones del amanecer. Rápidamente deseché esas elucubraciones. Intuí que las creaba para dejar de lado mi preocupación principal. Haber publicado, nada menos que en la revista Playboy, un cuento basado en un sueño místico, La enfermedad de la sheika. Aquel tenía que ser el punto principal de mi aflicción y de mi culpa. ... Creo que ayudó, a que reconociera que me había equivocado, la mujer de la alta sociedad musulmana cuando me gritó que yo era un simple prostituto. Corrí, esa misma noche, hasta la puerta de la mezquita. No pensé ni siquiera en pasar antes por la casa de la sobrina, quien pese a sus promesas de hacerlo no me llegó a abonar nunca el libro que se llevó el día de la presentación. Llegué de noche. Era temprano. La calle estaba vacía. Desde donde me encontraba podía divisar perfectamente la esquina en la que Cherifa había sido atropellada. Esperé algunas horas. A pesar de ser día de reunión de los hermanos, no advertí que nadie entrase ni saliese de aquella casa de oración. Pasó el tiempo. No recuerdo cuándo se abrieron, no las puertas de la mezquita sino las del instituto de estudios religiosos, que se encuentra ubicado en el segundo piso. Salió por esa puerta la sheika acompañada de Nadira, otra hermana derviche con quien guarda una estrecha relación. Las dos han salido sólo por unos momentos. Me lo dicen cuando las saludo. Van a regresar una hora después, afirman. Les digo que quiero entregar a la mezquita esa misma noche los cientos de tasbis o rosarios de oración que, durante mi viaje a la India, compré al por mayor. Los tengo empaquetados en mi casa, pero puedo ir rápidamente por ellos. Las cuentas son de madera y los tasbis forman paquetes de a docena. Sin embargo, ni la sheika ni Nadira parecían mostrarse interesadas en ese asunto. Me resulta extraño, pues en una de nuestras reuniones la sheika se quejó de que la comunidad no contaba con los tasbis suficientes para entregar a los nuevos fieles durante sus ceremonias de bautizo. En la puerta las aguarda un auto verde. Noto que se trata del mismo color de la manta con la que cubrieron el ataúd de Nuh el día de su despedida. Antes de que lo aborden, Nadira se acerca directamente a donde me encuentro parado. Está furiosa. No lo había notado antes, pero echa chispas por los ojos. Me dice que se encuentra sumamente molesta conmigo. Sospecho que se ha enterado de que la sheika ha salido en las páginas de la revista Playboy. Recién entonces advierto que la sheika no ha contestado ninguno de los correos electrónicos que le mandé desde Europa, donde viajé para dictar una serie de conferencias sobre mi trabajo. Tampoco había aceptado, antes de emprender semejante viaje, tener una cita para decirnos adiós. Había querido organizar una cena en mi casa o invitarla a un restaurante. Todo había sido inútil. Yo había querido que hablásemos en profundidad de la suerte de peregrinación que iba a emprender. Después de las conferencias en Europa iría a la India, a visitar las tumbas de algunos santos. Pero las dos mujeres, antes de subir al auto verde, en lugar de atender mi ofrecimiento de los tasbis me dijeron que siguiera esperando en la puerta. Ellas no tardarían en regresar, repitieron. Cuando me disponía a perseguir al auto mientras se ponía en marcha, me pareció percibir cierto aroma alcohólico en el aliento de la sheika. Me sorprendí. Después supe que, en las comunidades sufíes, la ebriedad del alma es el estado pleno a alcanzarse. "Cada ser humano es una transcripción del ser, y por esa razón es potencialmente perfecto", dijo la sheika entre balbuceos. Nadira seguía molesta. Le pidió a la sheika que no me siguiera dirigiendo la palabra. ... Me detuve de pronto.

Estaba algo agitado. No había corrido ni media cuadra, pero me faltaba el aliento. Me pregunté en ese momento si incidiría esa frase, la dicha por la sheika a través de la ventana, en mi amigo muerto. Nunca supe qué pasó con su cuerpo tendido. Si siguió eternamente en el centro de la nave central, o si se encontraba debajo de cientos de toneladas de lodo. La situación me remitía a una serie de enseñanzas, algo exóticas, que se impartían en la escuela de Ahmed Jalali, un maestro con ideas extremas sobre el amor principalmente. Ahmed Jalali decía, por ejemplo, que el amor no es atributo de Dios porque es Dios mismo. Nunca le pregunté a la sheika lo que pensaba de aquel punto de vista. Me hubiera gustado preguntarlo cuando necesité entender la conducta del padre de mi amigo, que dejó a su perro abandonado en un jardín zoológico. O la de mi propio amigo, quien intentó envenenarlo así porque sí. Preguntar si era factible rezar por el chofer del autobús que atropelló a Cherifa. O si elevar tal vez nuestras oraciones por Duja, quien se alejó del jardín del hospital caminando hacia atrás y cantando entre susurros. Creo que lo mejor hubiera sido rezar por nuestros hermanos derviches, que en las distintas estaciones de transporte deciden escoger una persona anónima de la que no se desprenderán nunca más a lo largo de sus vidas. Hermanos que, independientemente del lugar físico en que se encuentren, estarán al mismo tiempo y en todo lugar junto al alma elegida. “No hay más Dios que Dios”, oí que la sheika le iba explicando en el Datsun a la sirvienta de Duja, quien nos había seguido desde el jardín y se encontraba sentada ya en el asiento de atrás. El trayecto parecía cada vez más largo. La monotonía sólo se interrumpía con algún comentario de la sheika quien, aparte de tratar de explicar a la sirvienta asuntos de fe, *lailahailaláh*, *Mohammed rasulalá*, hacía acotaciones referentes a lo destartado del coche y al intenso tráfico de la ciudad. En cierto momento volteó la cabeza y le dijo que yo era su mejor derviche. Esas palabras me impresionaron. Entre otras cosas, pensé en lo pésimos derviches que debían ser los demás. Sentí entonces una suerte de nostalgia por la comunidad de la que formo parte. En ese instante el auto se detuvo frente a una pequeña casa. Sin embargo, a mí eso no pareció importarme. Continué escuchando las palabras que la sheika iba pronunciando. De pronto me pareció ver a Fariha, la sheika de la comunidad de Nueva York, saliendo por la puerta. No tenía en ese momento forma de saber que se trataba de la casa del plomero que haría algunos arreglos a las cañerías de la mezquita. La sheika nos había engañado a todos. Al médico de mi confianza, a las enfermeras, a la sirvienta y a mí. A Duja no pudo mentirle, pues nuestra derviche cantante había abandonado de manera sigilosa el jardín donde estuvo colocada la mesa de madera. En ningún momento la sheika se estuvo dirigiendo con el Datsun a la sucursal del hospital. Ella sabía desde un principio que, antes que nada, el sistema de drenaje de la mezquita necesitaba un arreglo. Tenía conocimiento, además, de que se necesitaba de piletas para que los fieles nos entreguemos a nuestras abluciones con la mayor de las comodidades. ... Como no entiendo la situación, de que estamos en realidad frente al hogar del plomero, veo a la sheika Fariha saliendo de esa casita como si fuera lo más normal del mundo. Pienso que tal vez la ha rentado para pasar una temporada en México. La sheika Fariha, llena de prendas suntuosas y abalorios, me dice al verme que el próximo Ramadán me traerá consigo un perro saluki, el can preferido por el islam. Repite que me lo traerá el Ramadán, no ella misma. No lo creo. Pienso que la sheika Fariha hará todo lo posible por conseguirme un ejemplar. Supongo que será un cachorro de saluki. No un perro en su edad adulta. Me imagino que en Nueva York hay criadores especializados en esa raza. Como muchos deben saber, el saluki es el perro de los beduinos del desierto. Es un perro de la arena, cazador por excelencia. Un perro de la arena que no desentierra muertos con sus uñas. Es por eso que fue el único aceptado por los seguidores del Profeta Mohammed, la paz sea con él, porque otras variedades caninas intentaron profanar su tumba. Es la razón porque los compañeros del Profeta, la paz sea con él, mandaron eliminar a todos los perros existentes de La Meca a Medina. Los salukis fueron los únicos que escaparon al mandato. Curiosamente, a pesar de haber sido en su momento la única variedad sobreviviente, hoy son casi imposibles de encontrar. Generalmente, para hacerlo, para hallar uno auténtico, hay que efectuar largos viajes a través del desierto. Búsquedas la mayor parte de las veces infructuosas, pues un beduino muy rara vez se deshace de alguno de sus ejemplares. Se trata de perros tan raros como el Izcuinpozoli, sobre el que parece no haber caído ninguna bendición divina capaz de preservarlo. Para mí la única imagen que queda de aquel eslabón perdido es la protagonizada por la anciana fabricante de canastas caminando, con un paso muy parecido al de Duja mientras abandona el jardín, con su criatura entre las manos. Sin embargo llego a confiar en la sheika Fariha, quien repentinamente salió de la casa del plomero como si se tratase de la suya. Repito, la sheika Fariha, llena de prendas suntuosas y abalorios, me dice al verme que el próximo Ramadán me traerá consigo un perro saluki. Vuelve a decirme que me lo traerá el Ramadán, no ella misma. Que espere con ansia y alegría el Ramadán. Que no tema a esas fechas. Que ya está bien de sufrimientos. Que de ahora en adelante me corresponde la dicha. Que comenzará con la llegada del perro que no es perro. ... A pesar de haberla visto salir por la puerta de esa casa no se trataba, ni lejanamente, de una propiedad rentada por la sheika Fariha. En el frente había abandonadas una serie de carrocerías de autos. También restos de tubos y de materiales de construcción. Ante mi sorpresa, pues seguía pensando que nos dirigíamos a la sucursal del hospital indicada por el médico, la sheika dijo que estábamos en la casa del plomero que haría arreglos en las tuberías de nuestra mezquita. Constatar el supuesto engaño me llevó a recordar lo desolados que estuvimos una vez Málíka, mi derviche preferida, y yo, porque era fin de año y no se habían programado reuniones en la mezquita. Nos encontrábamos en el departamento de un casi desconocido hermano musulmán, se trataba de un sunita que habíamos

encontrado en extrañas circunstancias, quien muy amablemente nos invitó a su casa donde tendió alfombras para hacer las oraciones, las cuales cumplimos con rigor, pero igualmente nos sentíamos desolados. La verdad era que, con aquel sunita, miembro de esa rama del islam, a nuestro lado no nos sentíamos entre los nuestros. Por más que compartiéramos el ritual teníamos la sensación de que éramos ajenos a su fe. Finalmente, salimos del departamento y tomamos dos autobuses. Málíka se fue en uno y yo en otro. Nos dirigíamos al mismo destino, por lo que me causó sorpresa no darnos cuenta del absurdo que era viajar cada quien por separado. ... La escena se parece mucho a la que visualicé la noche anterior al atropello de Cherifa. El autobús en el que la vi en compañía de la esposa de su hijo, Rajmana, era similar. La diferencia entre el viaje que realicé después de salir de casa del sunita y el anterior es que ahora me encuentro solo. Málíka está haciendo un trayecto similar, pero en el otro autobús. Cuando menos lo espero llegamos al destino. Una explanada. Ya no está presente en la escena el autobús en el que viajó Málíka. Llegó hace unos momentos y acaba de partir. Curiosamente, en lugar de pedirle al chofer que lo siga, bajo para darle el alcance corriendo. Quizá confío demasiado en mi velocidad. Recuerdo el día que perseguí unos metros el auto verde donde viajaban la sheika y Nadira, la derviche que estaba furiosa conmigo por el asunto de la aparición de la sheika en la revista Playboy. Pienso que el autobús de Málíka desaparecerá sin remedio. Además, no entiendo la razón por la que en ese vehículo viaja mi mochila con mis pertenencias dentro, especialmente mi computadora con todo lo que he escrito en mi vida hasta este momento. Quizá Málíka me hizo el favor de cargarla cuando salimos del departamento donde hicimos la oración. La explanada está situada en medio del desierto. Corro unos cuantos metros. Me desespero porque no puedo decirle a Málíka que debemos formar una nueva mezquita, una de emergencia, para cuando el resto de los adeptos no se encuentren presentes. Estoy convencido de que se necesitan dos mezquitas que vayan paralelas. Alguien dice que eso sería malo. No sé quién lo afirma. Quizá sólo se trata de una voz del desierto, que escucho mientras corro. Pero haciendo memoria, sé que esa frase es dicha por uno de los personajes retratados en mi último libro. La pronuncia el marido de la mujer de alta alcurnia. Ha dicho esas palabras sin moverse un milímetro de la cama donde se encuentra acostado. El libro continúa en su lugar. Ni una página se ha movido. ... El personaje retratado en el libro añade que una segunda mezquita sólo causaría mayor confusión. Ya ese año han tenido suficiente con la aparición de un sueño místico publicado en la revista Playboy, con un atropellamiento en la misma esquina de la casa de oración, y con una visita de la sheika a la sala de emergencia de un hospital. "Dios nos libre de repetir esos acontecimientos por dos", sentencia. Reparo entonces en que ignoro de qué está enfermo ese hombre. La esposa nunca me lo aclaró. Puede ser que su estado de salud esté quebrantado por algún motivo de orden espiritual. Puede ser también que haya enfermado por la compañía constante de los perros. ... La sheika añade, ya no sé si al hombre con el libro encima o a mí mismo como pasajero de su destartalado Datsun, que había concertado la cita con el plomero ese mismo día, un poco antes de sentirse mal. Lo hizo convencida de que la mezquita ya no podía seguir soportando desperfectos de tal magnitud. Por más que mi amigo enfermo le había rogado a un tal Hazim, el que todo lo da, la situación era intolerable. La mezquita estaba a punto de convertirse en una de las pocas que les negara a los fieles el derecho a la ablución. Y más aún a los peregrinos, puntal importante de la orden. Dar asilo a aquellos que se encuentran en peregrinación es una de las obligaciones primeras que cualquier derviche debe observar. Precisamente, el tal Hazim creo que antes de que lo soñara era un peregrino que llegó a la mezquita durante una noche de oración. Lo sé porque la sheika en aquella oportunidad tuvo muchas atenciones hacia su persona. Desde siempre he notado aquella particularidad en la conducta de la sheika. Muchas veces prefiere hablar sólo con personas nuevas. "Mientras te llames Hazim nada malo te podrá suceder", le dijo apenas lo descubrió. Sin embargo, la sheika ignora que es mi compañero enfermo, con el que más de una vez me ha tocado rodear ciertas mezquitas desconocidas, las que aparecen de vez en cuando como traídas de la nada. "El palacio es el mismo palacio, por más lejano que esté, por más vetusto que luzca, es el mismo palacio y está listo para recibirnos", repetía cada vez que una de esas mezquitas se aparecía en todo su esplendor ante nuestros ojos. ... Cierta vez, a espaldas de la sheika, Hazim comenzó a proferir en voz alta. Dijo que se podía hacer uso libre de los palacios, entrar libremente a ellos, hacer las abluciones como a uno le viniera en gana. De esa manera los peregrinos verían fluir de manera espontánea un agua fresca. Afirmó asimismo que los habitantes de los alrededores escucharían sólo de ese modo el llamado divino. Sabiendo que los esperaba un agua cristalina. Yo pensé en los edificios de departamentos que rodean la mezquita. Me imaginé a las familias que los habitaban. Los vi dejando de pronto sus quehaceres cotidianos para salir a encontrarse con aquella extraña voz. "Y sus corazones se pondrán jubilosos al oírlo", solía terminar Hazim los discursos que pronunciaba cuando la sheika no estaba presente. Nunca supe por qué predicaba durante las ausencias de la sheika. Me imagino que para ella las palabras de Hazim podían ser incluso gratas. Hazim, como se sabe, era un peregrino enfermo. Y las palabras pronunciadas por alguien así tenían por fuerza que ser agradables a la sheika. Ella siempre había dicho que el peregrinaje y la calidad de mártir son el elemento en común que comparten los santos de la orden. ... Yo estaba de acuerdo con una idea semejante. Sé que todos los santos son peregrinos. Sé que todos están enfermos. Sé también que no existe un santo en especial. Todos son uno. Todos son el mismo santo. Es de este tema que hablo en mi último libro publicado. En el libro donde los personajes, a pesar de salir mal parados, están complacidos con la obra. Sin embargo, tengo una serie de obsesiones que me

impiden ser claro. Los perros Izcuinpozoli, por ejemplo, el artículo aparecido en la revista Playboy, la muerte de Nuh, la falta de atención que recibí en el hospital. El atropello de Cherifa. La mujer musulmana sacando billetes de su pecho. La voz que imitaba de niño haciéndome pasar por una sirvienta en busca de trabajo. Los zapateros ambulantes tratando de hacer de mi brazo un adminículo decente. La trágica muerte de mi amigo en un poblado cercano a la frontera. El perro que halló el regreso del zoológico a su casa sólo a través del olfato. Sin embargo, mientras la sheika no baje de su Datsun es poco de lo que se puede hablar. ... La sheika me dice que no hace falta que nadie le diga que abandone su propio auto. Recuerdo que en más de una ocasión se tuvo que hacer uso de una piedra para golpear la batería del coche y lograr así que encendiera. Ella sabrá perfectamente cuál es el momento adecuado para dejar el coche. Asegura que está cansada de aquellos que todo el tiempo quieren indicarle cuál es la conducta correcta que debe observar una sheika. Ella bajará del Datsun por sus propios medios. Sin embargo, una vez que desciende, se agacha, se coge el estómago con ambas manos y afirma que ya se encuentra curada del todo. Con paso decidido se dirige hacia la casa. Puedo notar que las borlas de sus zapatos arrastran por el terreno fangoso. Veo cuando el plomero sale a la puerta. Fariha se encuentra a un lado. Quedo confuso. Mientras tanto, en el asiento de atrás, la sirvienta continúa sin decir palabra. UN PERSONAJE EN APARIENCIA MODERNO. En ese entonces tenía una novia alemana. En realidad pertenecía a una etnia germana, que habitaba en la frontera austro-italiana. Su padre regentaba un club de esquí en los Alpes. Me invitó más de una vez. Sin embargo, por algún motivo, una invitación de esa naturaleza me parecía una completa tontería. Ella era guapa y se interesaba en las letras. Tenía cierta afinidad hacia la literatura, aunque ignoro en qué consistía exactamente su tema de estudio. En aquel tiempo yo estaba buscando un auto. No un auto normal. Me empeñaba en conseguir un Renault 5 de los años setenta. Uno en buen estado. No podía creer que un diseño de tal magnitud pasara inadvertido a buena parte de la población. Hice muchas llamadas a los avisos que aparecían en los periódicos de las oportunidades. Conocí, yendo tras el rastro de estos coches, algunas de las zonas periféricas de la ciudad. A esas alturas, era la segunda mitad de los años noventa, aquellos autos habían sido casi desechados por el mercado. Habían quedado circunscritos a los suburbios. ... Aunque, es imposible que hubiera tenido una novia alemana. Sobre todo, tomando en cuenta que mi padre es un simple técnico, en realidad un agrimensor, mi madre una ama de casa, y yo soy la hija menor de la familia. Desde niña me han dicho que parezco una pequeña muñeca. Tal vez se refieran a una de esas figuras a las que son tan afectos los habitantes de la comunidad que habitamos. Las que suelen aparecer en los teatros de marionetas. Tengo dos hermanos. Uno trabaja para una compañía de aviación, que realiza vuelos nacionales solamente. El otro es constructor de casas y padre de tres hijos. Es curioso que, con mi edad, cuento con cuarenta y seis años, y con mi figura parezco una muñeca, pueda ser considerada tía de alguien. Menos aún novia de una alemana. Pero en este caso soy tía de los tres hijos de mi hermano el constructor. Una tía cariñosa, además. Cuando puedo robo algo de la billetera de mi padre y les compro algunas golosinas. Pese a actuar con soltura, me siento muy extraña cuando llego a la tienda de la esquina. Temo siempre que el dependiente note que se trata de dinero robado. Sin embargo, sé que me suele salvar de estos trances la edad que aparento, no la que poseo realmente. ... Pero, a pesar de mis circunstancias, insisto en que en ese entonces tenía una novia alemana con la que fui a comprar un auto Renault 5 además. Como no es raro en mí, para conseguir ese vehículo me puse en contacto, a través de los periódicos a los que me referí, con una serie de tipos extraños. Conocí, por ejemplo, a alguien que, aparte de poner en venta su propio auto, que por alguna razón no recomendaba, sabía de uno en perfectas condiciones, que además no querían vender, y cuyo propietario vivía aproximadamente a cuarenta kilómetros de distancia. El tipo se comprometió a hablar con aquel sujeto para convencerlo de que se deshiciera de su vehículo. Le di mi número de teléfono. Curiosamente me llamó dos días después, para decirme que había hablado con el dueño, pero no había logrado aún que cambiara de opinión. Necesitaba refuerzos para hacerlo cambiar de idea, me dijo. Debíamos ir juntos al pueblo para hablar personalmente con él. Terminó la conversación describiendo el coche. Rojo con los interiores crema. Cuando acabó me dio los datos para encontrarnos al atardecer del día siguiente. En la puerta de un cementerio ubicado en las afueras, última parada de un metro suburbano. El me llevaría en su propio auto, que me dijo le daba algo de vergüenza mostrar, hasta la casa de aquel hombre. Estoy segura de que cualquiera hubiera desistido de irse a encontrar con un desconocido en la puerta de un cementerio. Pero yo crecí viviendo en varias zonas de la ciudad, algunas peores a la que proponía aquel sujeto. De cada casa donde habitó la familia nos echaron en medio de amenazas. No sé si mi padre no pagaba a tiempo los arriendos o si se cumplían demasiado rápidos los plazos especificados en los contratos. El caso es que más de una vez tuve que bailar danzas folklóricas delante de los propietarios, esperando que de ese modo se apiadaran de nuestra situación. Desde que cumplí los treinta años vengo haciéndolo en forma regular. Recuerdo que, al arrendador, furioso, solían sentarlo en uno de los cojines principales y yo comenzaba a mover mi cuerpo haciéndome pasar por una verdadera marioneta. En el techo de la sala mi padre había instalado un ingenioso sistema, integrado por delgadísimas cuerdas de nailon, que daban la impresión de que mis pasos eran comandados por alguien con mucho talento en aquel arte. Sin embargo, ninguno de los propietarios a quienes les bailé cambió nunca de opinión. Esperaban que terminara el espectáculo completo. Pero finalmente daban la orden a sus hombres para que iniciaran el desalojo. Todas nuestras cosas estarían en pocos minutos en la calle. Mi madre se ponía a llorar, a pesar de los

galones militares que poseía. Se arrodillaba en medio de la sala y se arrepentía de haberse unido en concubinato con un descendiente de traficante de esclavos, los antepasados de mi padre se habían dedicado a transportarlos de África a América. Yo, entretanto, debía desenredar las cuerdas que me habían convertido en marioneta sin saber dónde refugiarme. Iban apareciendo entonces, uno a uno, el resto de los integrantes de la familia. El empleado de la compañía de aviación, el constructor y sus tres hijos, llevando ya sus pertenencias. Todos rodeaban a nuestro padre, quien desorientado no sabía qué actitud tomar. Debía responsabilizarse por la familia. Sobre todo por mí, ya que soy la menor de los hermanos. Mis pequeños sobrinos, por quienes habitualmente tenía que convertirme en una suerte de ladrona, no podían competir conmigo y quitarme el privilegio de ser la más necesitada de cariño y protección. ... No sé qué pensaría en aquel entonces mi novia alemana de mí o de la gente de este país. El caso es que aceptó mi propuesta de acompañarme a la expedición para ir en busca del Renault. Salimos al mediodía. Era verano. Ella vestía una falda corta y una blusa sin mangas. Al llegar a la estación del metro tuvimos nuestro primer inconveniente. En esos días habían cambiado de manera intempestiva las tarifas. El boleto ya no costaba la unidad entera, sino que le habían añadido una fracción mínima pero suficiente para que se formaran filas descomunales en las taquillas. Todos, cajeros y usuarios, estaban agobiados por el cambio. Se me ocurrió entonces eludir esa enorme cantidad de personas utilizando la pequeña puerta gratuita para los minusválidos que se encuentra al lado de los controladores automáticos. Debíamos montar un pequeño número para no ser descubiertos. Yo me encorvé lo más que pude fingiendo una parálisis. Mi novia debía hacer el papel de la enfermera. Tenía que abrazarme como si mi estabilidad dependiera de su presencia. Cruzamos de esa forma. Delante de un sorprendido policía que no tuvo otra alternativa que dejarnos pasar. No me explico por qué, pero en ese mismo momento se encontraba al otro lado, de pie, un periodista de la sección cultural de un importante diario. ¿Qué hacía allí? ¿Esperaba a alguien? Debo decir, en este momento, que era vergonzoso que un periodista cultural me viera en estas circunstancias. Iba a descubrir no que se encontraba ante la presencia de una pequeña marioneta acompañada de su novia alemana, sino del escritor Mario Bellatin. Fue inútil tratar de explicar la relación entre el cambio en el precio de los boletos y mi figura encorvada atravesando, asistida por una mujer, esa puerquita. Mi prestigio estaba en juego. Era probable que publicara una nota en el diario donde trabajaba, diciendo que me había visto intentando viajar gratis. Le quise decir que me sentía como un conejo antes de morir. Pero no lo hice. Quizá se me ocurrió una figura semejante, la del conejo muerto, porque mi actividad favorita en la niñez era la de criar animales. Incluso mantenía, en algunas de las casas que habitamos, pequeños zoológicos que desmontaba apenas nos llegaban las notificaciones de desalojo. Ante la repetida presión psicológica, hubo un momento en que me vi obligado a olvidarme de los animales. Del zoológico y de la venta de crías. ... Cuando estuve cerca de cumplir los cuarenta años, mi padre me sugirió dedicarme a buscar un trabajo más acorde a mi sexo y situación. Creo que, además, tenía la expectativa de que llegaría a formar mi propia familia. Era una opción que me aterraba. No me sentía preparada para ello. Mi padre seguramente elegiría entre alguno de sus amigos. No quería ni pensarlo. Hubiera preferido seguir con la actividad de pararme en las puertas de los supermercados para ofrecer mis animales en venta. Dicen que se me veía muy graciosa con mi espigada figura junto a la bicicleta en cuya parte trasera había instalado una pequeña jaula. Esa época era una verdadera locura permanecer por horas sola en la calle, expuesta al deseo de los hombres, ofreciendo las crías de mis gatos, palomas y ardillas. A veces llevaba también mis ratas de laboratorio. Yo las tenía entrenadas para que se mantuvieran sobre mi hombro, alejando a los sujetos que quisieran propasarse. Lástima que la más feroz de ellas, la que los apartaba de una manera eficaz, muriera en manos de mi hermano, el empleado de la compañía de aviación. No sé qué repulsión le causaba. Qué sentimientos despertaba en él mi animal. Ese en especial y no el resto de las ratas que criaba. El caso es que cierta mañana, cuando todos dormíamos en el gran cuarto que mi padre había adaptado para que lo hiciéramos todos juntos, mi hermano se levantó antes de la hora de costumbre y fue a mi pequeño zoológico para sacar mi rata preferida. Antes había puesto en la cocina una olla de agua a hervir. Arrojó al animal sin ninguna clase de compasión. En la jaula que he instalado en la bicicleta, cada animal cuenta con su propio compartimiento. No quiero que las especies se coman unas a otras, ni que se den cruces inconvenientes. Aparte de estar sola en la calle, otro de los asuntos que afrontaba durante mis estancias delante de los supermercados, era el tema de las cobranzas. No estoy acostumbrada a manejar dinero. En mi casa siempre me lo han tenido prohibido. Mi padre los considera algo pecaminoso. ... Después del viaje en metro con mi novia alemana, tuvimos que esperar cerca de media hora delante del cementerio señalado. Apareció, de pronto, la figura de un hombre alto, quien nos dijo que nunca hubiera imaginado que fuera cierta mi promesa de aparecer por allí. Pero parece que su sorpresa mayor fue ver que había acudido acompañado al encuentro. Se le veía fascinado con la presencia de mi novia. Dijo que ahora le daba más vergüenza que nunca mostrar su Renault 5, aunque señaló que era rojo como el que iríamos a mirar. Finalmente, después de una serie de dudas aceptó que subiéramos a su coche. Lo había estacionado un poco lejos porque primero quería cerciorarse, si es que aparecía, de qué clase de persona era yo. Cuando vimos su auto advertimos que estaba destrozado. Apenas contaba con parte de la carrocería. Sin embargo, señaló que el motor estaba en excelente estado. Que hacía un poco de ruido, pero era normal. No quería invertir en silenciadores un dinero que podía utilizar para hacerle una serie de mejoras que aumentarían su potencia. Subimos. El olor

a aceite, a taller de mecánica, era penetrante. Emprendimos el viaje. En efecto, el pequeño auto era veloz. Inestable también. Nos desplazábamos a toda la velocidad posible y sentíamos cómo se zarandeaba de un extremo a otro de la carretera. Casi no podíamos escuchar lo que el hombre nos decía. La velocidad y el fuerte ruido del motor hacían imposible cualquier comunicación. Sí podíamos entender que nos iba señalando una serie de lugares. En general, la cárcel y algunos cementerios. Fue extraña la manera en que aminó la velocidad cuando pasamos frente al hospital principal de la zona. Nos lo mostró con exactitud. Algunos kilómetros más adelante tomó una carretera secundaria. Estoy más que acostumbrada a tratar con extraños. Me he habituado a ellos, sobre todo, en las puertas de los supermercados. Allí la gente selecciona su animal elegido, yo le coloco una marca en la oreja, y después debe pasar por la casa para hacer con mi padre las negociaciones correspondientes. La última vez, hace ya varios años, ocurrió un verdadero desastre. Debíamos dejar cuanto antes la casa que habitábamos, ya la amenaza de desalojo era inminente, y mi padre hizo tratos con un tal señor Dufó para comprar mi pequeño criadero de conejos. Se trataba de diez ejemplares de Gigante de Flandes. El señor Dufó, viejo conocido de mi padre, llegó con sus hijos en un pequeño Karmann Ghia a desmontarlo todo. Se llevaron en pocos minutos las jaulas. Una semana después fuimos a cobrar el primer pago. Entramos al patio de su casa. Lo que más me impresionó fue que los conejos se empezaran a desesperar en sus jaulas al reconocerme. Parece que el señor Dufó no los alimentaba como era debido. Quise decirselo a mi padre, pero su mirada me hizo callar. No me asombró. Sé que cualquiera podía acusarme de lo que quisiera y mi padre siempre le daría la razón. En ese momento, por ejemplo, a pesar del agravio que significaba no pagar los animales y, sobre todo, no haberles dado de comer, reía con su amigo. ... Luego de desviarse por la carretera secundaria, pareció instaurarse una suerte de sensación de alivio en el interior del auto. El ruido del motor, al bajar de nivel, nos permitió oírnos unos a otros. Aparecieron en el camino dos tiraderos de autos. En un acto, que ahora considero infantil, traté de descubrir algún Renault entre las montañas de coches amontonados. Mi rápida pesquisa fue inútil. El hombre comenzó entonces a hacernos preguntas personales. Primero inquirió sobre la manera en que nos habíamos conocido mi novia y yo. Si nos queríamos mucho. Preferí proseguir con la vista en el paisaje. El auto seguía avanzando. Pregunté si estábamos cerca y, extrañamente, el tipo me contestó que nunca se estaba cerca de nada. Pero que sí, que siempre habíamos estado cerca del auto que buscábamos. Hice preguntas sobre algunas características específicas de ese coche, como si mantenía las piezas originales y cosas así. Me alarmé cuando advertí que el sujeto no siguió ese hilo de la conversación. Era la primera vez, desde que habíamos entablado por teléfono la comunicación, que no entraba de lleno en el mundo de los Renault 5. ... Aunque creo que soy algo mentirosa. Repito que no es cierto que haya tenido una novia alemana y nunca, además, he pensado en la posibilidad de comprar un auto. Ni siquiera un Karmann Ghia, como el que posee el desagradable señor Dufó. Tampoco es cierto que todas las veces nos echaran de las casas por medio de órdenes judiciales. No siempre salimos de ellas ahuyentados por los arrendadores. Hubo al menos una oportunidad en que las cosas fueron diferentes. En vez de una orden judicial, encontramos cierta mañana unos inmensos vehículos que nos esperaban delante de la puerta. Iban a demoler la casa. Se trataba de nuestra casa familiar, la de nuestra estirpe, en la que habíamos vivido desde siempre. Nuestros problemas con los arrendatarios vinieron después. Precisamente porque fuimos despojados de esa casa heredada de mis antepasados. La que habíamos mantenido desde el tiempo en que el único navegante de nuestra familia se instaló en el país. Iban a construir una vía rápida que uniría el norte con el sur de la ciudad, y que atravesaría justamente por la mitad del salón. Mi padre parece que anticipó aquella situación algún tiempo atrás. Durante un sueño. Me lo dijo cierta mañana, cuando me estaba probando unas medias color carne para celebrar la terminación de la escuela primaria. Se trataba de un momento importante de mi vida. Yo era la única en la escuela que podía usar medias de ese tipo. Quizá porque pronto iba a dejar los estudios para siempre. Mi padre se levantó de la cama afirmando que había soñado que era un perro indefenso que deambulaba por la ciudad. Al llegar a la casa familiar se había encontrado en su lugar con una avenida rápida. Yo traté de no oír aquel sueño y seguí probándome las medias. Aunque me causaba cierta gracia imaginar a mi padre convertido en un perro sin dueño. ... En cierto punto del camino, el hombre del Renault sugirió detenernos a beber unas cervezas. Habló de un lugar, no muy alejado de la ruta, donde lo conocían bien. Inesperadamente, sin darnos tiempo de contestar, viró el rumbo. Cuando llegamos a la cantina sugerida notamos que en la puerta había estacionados tres Renault 5 de diferentes colores. Creí que uno de ellos era el que habíamos ido a buscar. El sujeto me sacó de mi error diciendo que el hombre empeinado en no venderme su coche nunca salía de su casa. Es más, aquella era la razón por la que el auto se encontraba en tan buen estado. Fue entonces cuando recordé ciertos sucesos anteriores al encuentro con ese sujeto en la entrada del cementerio. La aglomeración en el metro. El paso por la puertita gratuita de los desvalidos. Me acordé también del periodista cultural. Su cara de asombro cuando me vio aparecer. Mi novia abrazándome, cuidándome los pasos como si fuera a caer en cualquier instante. Al ver los tres autos, me pregunté sobre las causas de mi interés por esos coches. El hombre seguía hablando. Mi novia estaba atrapada en el asiento de atrás. El auto se encontraba detenido. Caía sobre los vidrios el molesto sol de la tarde. El calor se hacía sofocante. El motor estaba apagado. Me pregunté si el número telefónico de aquel tipo, el que apareció en el periódico de las oportunidades, sería el suyo en realidad. El hombre bajó del auto. Sin cerrar la puerta se dirigió a la cantina. Miré hacia atrás. Imaginé lo que pensaría en ese momento el padre

de mi novia alemana, que vivía en los Alpes, al ver a su hija en aquel asiento. Luego vi acercarse al hombre alto. Venía acompañado de dos sujetos más. Cada uno lucía una camiseta con la marca Renault en el frente. Quizá, pensé, que, frente al refugio nevado, donde el padre atendía a esquiadores de vacaciones, también se estacionaría un Renault de vez en cuando. Decidí irme de allí. Bajé del auto y comencé a caminar. Cada vez más rápido. Recién en ese momento creí entender, a pesar de tener la escena a mis espaldas, los verdaderos motivos por los que había pensado en ese entonces que tenía una novia alemana. ... Experimento cierta culpa cada vez que me acuerdo del sueño que me contó mi padre mientras me ponía las medias color carne para celebrar la terminación de la escuela primaria. Lo relacionaba con la conversación que días atrás había sostenido con la directora de la escuela donde estudiaba. Parece que le había dicho a mi padre que yo era ya toda una señorita y era poco lo que se podía hacer por mí. No había forma ni siquiera de que aprendiera a escribir mi nombre correctamente. Yo ya era una señorita, me lo repetían las maestras una y otra vez. Por eso debía usar, a diferencia de las demás alumnas que llevaban sus calcetas de lana, medias de nailon color carne. Aparte, mi madre parecía entusiasmada también con la idea de que las usara. Por eso, en más de una ocasión le rogó a mi padre que me las comprara. Mi padre era el de las decisiones finales en cualquier situación relacionada con la administración de la casa. De aceptar tendría que ir, él solo, a los almacenes del centro para pedir las. Buscaría las más baratas. Ahora es fácil encontrarlas de todos los precios. Las importan de muchas partes del mundo. No era igual durante el tiempo de la guerra, me lo decía mi madre. Por eso tal vez su entusiasmo. En ese tiempo recibió los galones militares que hasta ahora detenta. Por haber soportado con estoicismo los años más duros de la invasión extranjera. Me contó que no se atrevía a decirme lo que ella y sus amigas fueron capaces de hacer por conseguir cigarrillos y medias de nailon cuando las tropas de liberación ingresaron en la ciudad. ... Yo estaba nerviosa. Terminaba por fin mis estudios. En ese entonces no podía tener idea de lo que el futuro me iría a deparar. En la escuela había sido una pésima alumna, debo reconocerlo. Pero también es cierto que las escuelas en las que fui matriculada eran de una miseria absoluta. Todo el tiempo sufría las amenazas de las maestras. Decían que, en mis circunstancias, estaba incapacitada para llevar a cabo una vida escolar como el resto. La única que parecía guardarme cierto afecto era la maestra de ballet. Aunque quizá esto tampoco sea del todo cierto. Con los recursos mínimos que poseíamos es difícil que en mi escuela hubiera clases de baile. Todos los pasos de mis bailes folclóricos los he inventado yo. Según las maestras, me esperaba un futuro negro. Por eso, a veces, decidía escaparme de la escuela y con una pequeña amiga, con quien compartía mi afición por los animales, íbamos a visitar a las personas que habían puesto avisos en los diarios informando que vendían mascotas. Cierta vez tuvimos una experiencia con un anciano que ofrecía hámsteres, que se encerró con mi compañera en un cuarto por tiempo indeterminado. Sólo escuchaba, a través de la puerta, el llanto de mi amiga. Comencé a hacer en ese momento el número de marionetas. Ignoro qué intentaba lograr con eso. Creo que incluso inventé algunas cabriolas. Me salieron mejor que nunca. Se me ocurrió para esa ocasión un número corto. De no más de cinco minutos. Lástima que no hubo quién me viera hacerlo. La puerta permaneció cerrada. Aquel anciano, antes de que nos fuéramos, nos obsequió un par de pequeños animalitos. Recuerdo que uno era blanco y el otro rosa. Por más que traté de animar a mi amiga en el camino de regreso, no lo conseguí. Traté también, sin éxito, de hacerle un número musical utilizando a las pequeñas hámsteres. Las así de las patas delanteras y las obligué a bailar. Al final, era tan grande su tristeza, que decidimos dejar a las mascotitas sueltas y nos alejamos una de la otra sin darnos siquiera un beso de despedida. Tuve entonces que buscar otra amiga, para mí era muy fácil convencerlas. Con ella me aventuré hasta la facultad de veterinaria, que se encontraba en las afueras de la ciudad, donde robamos un cerdo recién nacido. Mi familia, para mi asombro, lo adoptó como una mascota más. A partir de entonces no pude librarme de la angustia que me causaba oír a mi padre contarnos, a mi madre, a mis hermanos y a mis sobrinos, reunidos todos en la gran cama, el triste destino que sufrieron muchos cerdos durante la guerra. En la casa mis abuelos habían mantenido uno en esa época. Solían tenerlo todo el tiempo atado a la bañera. Se lo iban comiendo a pedacitos. Le cortaban el trozo destinado para la cena de cada día, y en forma diligente curaban de inmediato la herida causada. Al cabo de medio año, de aquel cerdo sólo quedaba el tronco. Mi padre recordaba que el animal murió sin ninguna razón aparente. De buenas a primeras lo encontraron una mañana inerte en la bañera. ... Al día siguiente a la aparición de los bulldóceres con la orden de destruir la casa, fuimos a ver los restos de la demolición. Mi padre seguramente quería comerciar con todo lo que hubiera quedado sin estropear. Algunas puertas y ventanas que los usureros comprarían. La jornada anterior ya había vendido una gran cantidad de piezas. Yo no podía ver más que escombros. Curiosamente, en medio del desastre, no aparecieron rastros de las pulgas que me habían acosado mientras habité aquella casa. Mi madre me contó algunas escenas de cuando aún no tenía uso de razón. Dijo que a veces, desesperada por la comezón, me escapaba desnuda a la calle. Que me quitaba las ropas, las faldas, los fondos, los zapatos de tacón, para salir a un terral que se extendía frente a la fachada principal. Según me contó mi madre, la vergüenza mayor que exhibía mi cuerpo era la piel plagada de picaduras. Para amainar la plaga que asolaba la casa mi madre hacía una bola, formada por varios calcetines unidos, que colocaba debajo de las sábanas de la gran cama, que, salvo los abuelos, quienes contaban con un par de literas ubicadas a los lados, toda la familia compartía. Las pulgas, después de saciarse con nuestra sangre, buscaban en esa bola refugio gracias al calor que la textura les ofrecía. Al día siguiente era muy fácil sacar esa bola,

arrojarla a una olla con agua hirviendo, como hizo mi hermano con mi rata preferida, ponerla a secar y colocarla al día siguiente debajo de las sábanas. ... Una vez que se llevó a cabo la demolición, mis abuelos fueron entregados a ciertas almas caritativas. Nunca más los volvimos a ver. Fueron adoptados, por decirlo de alguna manera, por la gente que vivía cruzando las vías del ferrocarril. Mi padre les colgó un cartel donde se mencionaba la necesidad de que fueran recogidos lo más pronto posible. Esas almas tenían como misión transportar a los ancianos perdidos hasta los confines de la ciudad. Quedé preocupada por lo que habría ocurrido con la perra spaniel de mi abuela, pues la vi salir llevando a su pequeño animal en brazos. No es cierto, aunque algunos en mi familia lo afirman, que yo le conseguí la perra a mi abuela. ... Las máquinas arrasaron con todo. No nos dieron tiempo para prepararnos. Por eso se perdió la gran cama, los biberones de mis sobrinos, las jaulas de las ratas, de los hámsteres, de los conejos, la pareja de gatos siameses, las ollas y la estufa y, lo peor de todo, las medias de seda y los cigarrillos importados que logró le obsequiaran en los tiempos de la guerra las fuerzas de liberación. Aquello fue un horror. Las máquinas, los obreros, el polvo. ... Una de las características principales de mi personalidad es mentir todo el tiempo. Creo que eso, de alguna manera, me hace más graciosa ante los demás. Sé que en las historias que suelen interpretar las marionetas siempre hay un engaño de por medio. Miento, por ejemplo, sobre mi edad. Miento siempre frente al vendedor de la tienda, pues muchos saben que el dinero con el que suelo comprar las golosinas es robado de la billetera de mi padre. No digo la verdad con respecto a mis aficiones. En realidad, me interesa escribir libros. Especialmente sobre perros. ... Cuando después de la demolición tuvimos que abandonar la casa familiar y comenzamos a ir de una vivienda a otra, se tomó la decisión de que ya no estudiara más. Es falso, por lo tanto, que acostumbrara escaparme con una pequeña amiga los lugares que indicaban los avisos colocados en los diarios sobre la venta de animales domésticos. No es verdad que cierta vez esta amiga quedara encerrada con un anciano que se dedicaba a la crianza de hámsteres. No es cierto que yo bailara delante de la puerta cerrada. ... Recuerdo que, en medio de la demolición de la casa familiar, busqué ser protegida por mis tres sobrinos, quienes parecían ser los únicos que comprendían el estado de nervios en el que me encontraba. Mis dos hermanos, tanto el constructor como el empleado de la compañía de aviación, estaban sentados al lado de sus maletas. Se mantenían impasibles, esperando que mi padre resolviera la situación. La escena de ver a todos juntos sin un techo que nos amparara me hizo advertir que los hijos de mi hermano, mis pequeños sobrinos, por quienes más de una vez robé algunas monedas, no contaban con una madre en regla. Me di cuenta de que nunca la habían tenido. Ni, por lo visto, necesitado. Ellos habían aparecido de pronto en el seno familiar. ¿De dónde habrían salido? Yo estaba tan asustada que no me preocupé de ninguna de mis pertenencias. Salvo uno de los libros sobre perros que había escrito. Cerca de una hora después de la demolición apareció mi padre trayendo el primer traje folclórico que tuve en mi vida. Era muy colorido. La presencia de aquel traje me sacó de mi estupor. ... Como dije, la casa familiar estaba siendo destruida. Una nube de polvo se elevaba frente a nosotros. Aparte de los trabajadores de la demolición, separada por una cinta de seguridad, se había agolpado un grupo de personas. Entonces, muy delicadamente, mi padre comenzó a desnudarme. Empezó por quitarme la larga falda plisada, el corpiño, el fondo y las enaguas. Quedé sin nada encima. Intuí que mi padre al ponerme mi vestido folclórico, lo hacía con la intención de que alguien de entre la multitud quisiera convertirse en mi marido y así, tal vez, sacarse un peso de encima. Sin embargo, esto es absurdo. Mi padre sería incapaz de haber tenido un pensamiento semejante, si yo era la menor de la familia, la niña mimada. Ni siquiera mis queridos sobrinos hubieran sido capaces de quitarme ese lugar. Colgadas de una viga que no había sido aún demolida, coloqué las delgadas tiras de nailon transparente, las mismas que utilizaría después para mis presentaciones frente a los arrendatarios. Me las ató a las muñecas y a los tobillos. Luego se trepó a lo que quedaba de pared. Yo, pese a que nunca antes había estado en una circunstancia semejante, supe entonces lo que se esperaba de mí. Los presentes observaron en silencio los movimientos de mi padre. Desde el delicado desnudamiento hasta mi completa transformación. Yo estaba ansiosa por moverme. Ya en mi mente ensayaba las cabriolas que debía realizar. Aquel día, el primero, mi danza tuvo un éxito que nunca más se repitió. Mis hermanos ayudaron a mi padre a subirse a los restos de muro. Desde allí manejó los hilos. La multitud, incluidos los encargados de la demolición, aplaudió con furor. A pesar de aquel entusiasmo, la demolición continuó poco después. A veces pienso en la razón por la que nunca pude volver a bailar tan bien. La excepción tal vez fueron las cabriolas que realicé frente al cuarto donde se encontraba mi amiguita con el anciano. Debe ser porque, a partir de entonces pensé en forma demasiado intensa en el arte de las marionetas. Creo que aquello fue mi perdición. Sin darme cuenta perdí, de pronto, toda frescura. Es quizá por eso, por pensar demasiado las cosas, que mi forma de hablar es una especie de híbrido. A veces, para terminar de confundirlo todo, tartamudeo sin control. Debo ir entonces en busca de una cuchara para superar esos trances. Tomo la cuchara, la pongo enfrente mío y lo hago girar lentamente. El tartamudeo termina cuando la cuchara da la vuelta completa. Aunque casi siempre es peor lo que llega a suceder, pues la falta de tartamudeo pone en evidencia lo raro de mi acento. Hasta ahora, como señalé, no logro dominar el castellano. No tengo una lengua materna que recuerde. Estoy, por eso, imposibilitada para comunicarme. Así, sin más. Sin embargo, a pesar de todo, desde que cumplí los cuarenta años escribo libros. Primero fue uno de perros, luego otro que hacía referencia a una suerte de beato llamado Bernardo Chafloque, quien, por esperar inútilmente a su jefe, que lo envió a comprar gasolina en un viaje que duró tres días, dejó pudrirse en su

casa a una madre paralítica. Escribí después el relato de una mujer, Rita Rojas, que en una fiesta popular conoce a un hombre que luego la acompaña a su casa con la sola idea de robarle el televisor. Después tuve como personaje a un sujeto, cuyo nombre no recuerdo, que confunde el oficio de una mujer corriente con el de una santa. Por último, compuse un relato narrado por una familia de ratones. Toda esta actividad, de poner por escrito una serie de situaciones en un lenguaje que iba inventando para la ocasión, se veía obstaculizada por mis obligaciones con la escuela primaria. Recuerdo que el último año fue el más duro. Por más que me empeñé en los estudios sólo pude llegar a memorizar la tabla del dos. Y el pánico que me producían las descalificaciones me obligaba a convencer a mi pequeña amiga, a aquella con la que me aventuré hasta la escuela de veterinaria para robar el cerdo, a ir hasta los mercados sobre todo los fines de año, con la intención de hurtar una serie de botellas de licor y darlas como regalo a las maestras con el fin de aprobar las materias. ... Cada día me veo más gorda. Es raro que esta sea mi nueva complexión, si en realidad no soy más que una grácil marioneta popular. Hay como dos personas en mí. Yo sé que soy una figura delicada, que busco alegrar con mis bailes a los arrendatarios. De la otra no quiero saber. Sólo quiero ver a mi padre feliz, aparentando no percatarse de lo que ocurre a su alrededor. Salvo su falta de dinero. Es por eso seguramente que no le cobró mis conejos al señor Dufó. ... ¿Será verdad que estoy gorda? En ese caso no me podría poner nunca más el traje con el que hago mis representaciones. No podría seguir siendo ya la muñeca que todos admiran. No entiendo por qué sufrimos tanto con el asunto de las casas. Tomando en cuenta que mi hermano es constructor. Al menos eso fue lo que dije cuando lo presenté. Señalé que un hermano era constructor y otro empleado de una compañía de aviación que realizaba solamente vuelos nacionales. ... Me viene a la memoria una familia de extranjeros que quería adquirir unas crías de gatos siameses. Primero compraron uno y después el otro. Se llevaron al comienzo un macho y después me pidieron por teléfono que les llevara una hembra. Cuando llegué a su hogar noté que la niña de la familia le había pintado al primer gato la pata de negro intenso. Parecía haber utilizado una acuarela. Me sonrojé al advertirlo. Imaginé todo un mundo de fantasía. Con su habitación llena de lápices de colores, pizarrones, muñecos de peluche y mi gato en medio de todo ese esplendor. Pensé en el aspecto que mostraba yo entonces. No era ni una pequeña figura folklórica ni tampoco una gorda. Era un adolescente. Eso sí, usaba anteojos de monturas cuadradas. Hubiera querido lucir el cabello más largo, pero mi padre me lo tenía prohibido. Tengo la imagen de la niña cargando al gato con la pata pintada. No recuerdo más, sólo que dije que no podía dejar al segundo animal porque antes se le debía pagar a mi padre. Me acuerdo de que cometieron la descortesía de ofrecerme a mí el dinero. Me pareció una falta de educación. ¿Cómo era posible que esos extranjeros trataran de humillarme de esa manera? Aguardé unos momentos sin decir palabra. Dije luego que había llevado el segundo gato sólo para que lo vieran, pero que tendrían que regresar a mi casa si querían comprarlo. Lo hicieron. Un día después llegaron a la casa conduciendo el mismo auto de lujo con el que habían recogido el primer gato. Esta vez sólo iban el padre y la madre. La hija seguramente se había quedado jugando con el gato de la pata pintada. Imagino su cara de felicidad con su segundo gato entre los brazos. ... Existe la posibilidad de hacer mi biografía filmada. Espero que no se haga evidente mi hablar ni mi tartamudeo ocasional, aquel que debo conjurar haciendo girar una cuchara frente a mis ojos. Quiero presentarme ante cámaras como un niño encerrado en una institución mental donde idea una serie de visitas a unos baños públicos para que su madre saque provecho de su cuerpo desnudo. Verme luego representando números de marionetas para evitar los frecuentes juicios de desahucio que amenazan a la familia. ¿Qué puede haber de verdad y qué de mentira en una biografía filmada? Saberlo carece de importancia. Eso sí, seguro debe haber una cantidad de personajes comprometidos. Una secretaria enferma, una madre sufriendo los estragos de la posguerra, un niño narrándole una aventura a un ginecólogo, una reportera cleptómana en busca de su voz infantil. Personajes con la necesidad de borrar todas las huellas del pasado, de difuminar una identidad determinada. Todo para llegar a representarme en la figura de un adolescente tímido de gafas cuadradas, que en ese tiempo no podía imaginar terminar teniendo una novia alemana. ... Luego de verme en una película sobre mí misma, me liberaré, entre otras cosas, de la necesidad de robar dinero de la billetera casi vacía de mi padre. Que mis sobrinos se las arreglen como puedan. Me tiene sin cuidado que dejen de recibir golosinas. En los últimos tiempos mi mente se vuelve cada vez más dispersa. He olvidado, por ejemplo, los bailes de marioneta. Ya casi ni me acuerdo de la rata que llevaba en el hombro, ni de aquel viejo que vendía hámsteres y que encerró a mi pequeña amiga en un cuarto mientras yo danzaba afuera. No tengo ninguna seguridad de haberme interesado jamás por ningún auto Renault. Me arrepiento, eso sí, de haber dejado a mi novia alemana frente a una cantina. También de haber robado un cerdo recién nacido de la escuela de veterinaria. SHIKI NAGAOKA: UNA NARIZ DE FICCIÓN. Si se hallara en el mundo una nariz semejante a la suya, iría de buen grado a sostenerla. La nariz, Anónimo, siglo XIII. En el hombre conviven dos sentimientos opuestos. No hay nadie, por ejemplo, que ante la desgracia del prójimo no sienta compasión. Pero si esa misma persona consigue superar esa desgracia, ya no nos emociona mayormente. Exagerando, nos tienta a hacerla caer de nuevo en su anterior estado. Y sin darnos cuenta sentimos cierta hostilidad hacia ella. La nariz, Akutagawa, 1916. Lo extraño del físico de Shiki Nagaoka, evidenciado por la presencia de una nariz descomunal, hizo que fuera considerado por muchos como un personaje de ficción. ... Hay quienes afirman que el nacimiento de Shiki Nagaoka presentó problemas debido a lo anormal de su nariz, y que incluso la vida del niño peligró al prolongarse el alumbramiento

más allá de lo acostumbrado. Asistieron a la madre dos parteras, puesto que Shiki Nagaoka pertenecía a una familia acaudalada. Cuando vieron al niño, las mujeres discutieron sobre si aquella nariz no sería un castigo por haber participado, tanto la madre como buena parte de la sociedad, del entusiasmo desmedido que motivó la llegada de ideas extranjeras. Para muchos esa alteración de los hábitos fue una verdadera bendición, pero para otros, entre los que se encontraban las parteras, esa actitud se asoció con un rotundo desprecio a la dignidad original de la patria. Los primeros estaban representados principalmente por los adinerados y los artistas, que veían en este intercambio de ideas y productos la clave de la modernización. En el bando opuesto se encontraban los eclesiásticos, la casta militar y la gente de pueblo, quienes se aferraban para su subsistencia tanto física como espiritual a costumbres atávicas. Cuando Shiki Nagaoka nació era todavía reciente la nueva política liberal instaurada por decreto cuando las fuerzas militares dejaron de ostentar el poder absoluto. ... Las parteras hablaron de castigo porque, desde tiempos arcaicos, el tamaño de la nariz era la característica física más relevante de los extranjeros que a través de los siglos habían llegado a las costas del país. En los grabados clásicos de la Era Meiji, por ejemplo, se aprecian en el centro de los rostros de los invasores a las islas unos descomunales apéndices colorados. ... Los primeros cuentos que escribió Shiki Nagaoka, respetuosos en extremo de la técnica sampopo que practicaron principalmente los monogatarisen, o creadores de cuentos, tratan todos asuntos relacionados con una nariz. Algunos siguen preceptos clásicos, están dedicados sólo a descripciones objetivas. En cambio, otros hacen referencia a extrañas distorsiones, tanto del sentido del olfato como de la capacidad para respirar. Al final de esa etapa, que culminó con el ingreso del escritor a un monasterio, creó una serie de textos de carácter erótico que tuvieron también una nariz como protagonista. ... Cuando cumplió quince años, Shiki Nagaoka comenzó a estudiar lenguas extranjeras. En un periodo asombrosamente corto logró dominarlas con una destreza admirable. Empezó a redactar entonces sus textos en inglés o francés, para luego pasarlos a su lengua materna. De ese modo, consiguió que todo lo que saliera de su pluma pareciera una traducción. Años más tarde, logró poner por escrito las ideas que sustentaron ese ejercicio. En su ensayo, Tratado de la lengua vigilada, aparecido tardíamente en el año de 1962 en Fuguya Press, afirma que únicamente por medio de la lectura de textos traducidos puede hacerse evidente la real esencia de lo literario que, de ninguna manera como algunos estudiosos afirman, está en el lenguaje. Sólo trasladando los relatos de una caligrafía occidental a ideogramas tradicionales, es posible conocer las verdaderas posibilidades artísticas de cualquier obra. Extrañamente, pese a ese aparente apego a las lenguas foráneas, Shiki Nagaoka en ningún momento dejó translucir en el contenido de su trabajo la más mínima influencia de literaturas ajenas. En cada uno de sus textos fue extremadamente fiel a las líneas narrativas propias de su estirpe. Esa devoción sin límites a las prácticas ancestrales, aunque adaptadas a su sistema particular, lo convirtió en un autor poco común en una época en que la gran mayoría de los artistas parecían deslumbrados por las recién descubiertas formas de expresión extranjeras. ... Finalizada esa etapa, Shiki Nagaoka se retiró al monasterio de Ike-no-wo, donde pasó cerca de trece años. No se conocen, con certeza, las razones que lo llevaron a tomar tal decisión. Sólo su hermana, que como se verá más adelante fue el único miembro de la familia que no lo repudió públicamente, afirmó que en ese tiempo necesitaba un espacio místico que de algún modo le produjera la sensación de un nuevo nacimiento. La hermana declaró que después de haber estado obsesionado con el tema de la nariz, que le había permitido crear en pocos años una obra que a muchos les hubiera tomado la vida entera realizar, era imperativo empezar de cero. Pero la hermana parece no haber tomado en cuenta, para llegar a esta conclusión, las pesquisas de Shiki Nagaoka con respecto a las lenguas que con tanto esmero aprendió. Tampoco el estudio profundo que realizó de las literaturas ancestrales. Se puede pensar, entonces, que esos dos elementos, mezclados con la discusión aún no acallada sobre la conveniencia o no de abrirse a Occidente, lo llevaron a un callejón sin salida. En aquellas circunstancias, la reclusión religiosa podría haber sido una escapatoria. La hermana no parece haber pensado tampoco en el interés que Shiki Nagaoka mostró por la fotografía. Se sabe, además, aunque la hermana hiciera todo lo posible por ocultarlo, que Shiki Nagaoka sufrió en ese tiempo una decepción amorosa cuando el objeto amado, un joven sirviente gordo y deforme, lo humilló haciendo públicas sus proposiciones ante las autoridades de la comunidad. Se cree que la familia trató de borrar aquel pasaje de la vida del escritor. Si se recurre a las actas de la estación policial del cantón donde Shiki Nagaoka pasó su infancia y juventud, se verá que han sido arrancadas las páginas de las fechas en que ocurrió aquel suceso. Se dice por eso que el verdadero repudio familiar fue originado por la denuncia del sirviente y no, como la familia sostuvo ante la comunidad, por rechazar el ingreso de cualquiera de sus miembros a una entidad eclesiástica. ... Años después se supo que el interés de Shiki Nagaoka por la fotografía estaba relacionado con su temprana pasión por lo literario. Consideraba un privilegio contar con composiciones visuales totalizantes que capturaban en un instante lo que las palabras y los ideogramas tardaban tanto tiempo en representar. Visitó muchas veces el único estudio fotográfico de la zona, situado en el centro del pequeño cantón. Se hizo tomar una gran cantidad de fotos en distintas situaciones, e incluso invitó en más de una ocasión a su sirviente, al mismo que luego lo acusó, para fotografiarse juntos. Lamentablemente, esas fotos también han desaparecido. Sólo se conservan en el archivo del estudio algunas placas, en las que Shiki Nagaoka aparece sin compañía. Parece que la familia logró que se requisaran aquellas en las que estaban retratados los dos. En aquella época los habitantes de la comunidad únicamente podían tomarse fotos en

aquel estudio, . por eso, cuando abandonó después de tantos años el monasterio, le llamó la atención lo popular que se había vuelto la técnica fotográfica. Le impresionó comprobar que algo tan misterioso y poseedor de tantas potencialidades narrativas se hubiera convertido en una afición de uso no profesional. ... Días antes de su retiro al monasterio, sus padres pagaron en el diario local una nota en la que se declaraba que la familia no estaba de acuerdo con la decisión del menor de sus hijos, Shiki Nagaoka, de hacerse novicio. Colocaron incluso a un lado, en letras pequeñas, su verdadero nombre, Naigu Zenchi. La nota también señalaba que la familia hubiera querido que, una vez cumplida la mayoría de edad, Naigu Zenchi dejara de escribir monogatari y se dedicara a administrar los negocios de la familia. Shiki Nagaoka sería desheredado en cuanto cruzara las puertas del pabellón principal del monasterio de Ikeno-wo. ... Nuestro autor fue efectivamente repudiado. Desde entonces vivió en la pobreza. A pesar de compartir con la familia un radio de tres kilómetros cuadrados, nunca más vio a ninguno de sus miembros. Tan sólo su hermana no acató del todo la exclusión. Estuvo atenta a las necesidades básicas del escritor. Sostuvieron, además, discretas entrevistas en una apartada casa de té. Nunca se supo con certeza qué temas trataron. En apariencia, el fin de aquellas reuniones era que Shiki Nagaoka entregara a su hermana los textos que escribía en el monasterio para que ella los archivara en un lugar seguro. Shiki Nagaoka pedía permiso especial una vez al mes para asistir a esos encuentros que no podían extenderse por más de una hora. Lo que en un principio fue tomado por inocentes citas fraternales, con el tiempo levantó ciertas sospechas que se vieron acrecentadas cuando se encontró asesinado, de la manera más cruel, al sirviente deforme que tiempo atrás había acusado a Shiki Nagaoka. Aquella muerte nunca quedó aclarada del todo, y quizá porque la víctima era un siervo deforme muy pronto quedó en el olvido. ... Shiki Nagaoka se convertía día con día en un novicio atento a sus deberes eclesiásticos, entregado sin reservas a su devoción. Su fama trascendió los límites del monasterio. por lo que las plegarias que llevaba a la práctica varias horas seguidas satisfacían las expectativas de ciertos fieles en el exterior, para quienes la existencia de ese tipo de novicio constituía una esperanza. Por eso le confiaron, por medio de mensajes escritos, sus más caras ilusiones. En su mayoría eran hijos de familias aristócratas, que por la prohibición de sus padres no podían acceder a una vida religiosa. En esos años era común que muchos jóvenes se suicidaran por ese motivo. Sólo después de la guerra, la casta aristocrática permitió que sus descendientes decidieran libremente sus destinos. ... Shiki Nagaoka solía mantener en la mejor de las condiciones la sala principal y la parte norte del monasterio. Eran las zonas que le habían sido asignadas. Asimismo, cuidaba que los faroles estuviesen todo el tiempo encendidos. Se dedicaba a la escritura cuando comenzaba a oscurecer. Pero antes debía haber cumplido con todas sus obligaciones. Se conoce poco de la obra que Shiki Nagaoka creó en ese entonces. Se piensa que no toda le fue entregada a su hermana, que buena parte de ella fue destruida por el autor la destruyó para arrojarla luego a un canal que recorría el monasterio de norte a sur. Se sabe que en ese periodo se embarcó en la redacción de una larga novela, que por alguna razón tuvo la intención de convertir en la versión masculina del Genji monogatari o, más contemporáneamente y en contra de su voluntad, en una versión nacional de En busca del tiempo perdido, del escritor francés Marcel Proust. Como detalle interesante, los personajes principales de esta obra ostentaban todos narices fuera de lo común y esos apéndices eran, además, mencionados una y otra vez. Ha trascendido que en una ocasión le confesó a su hermana que apenas advirtió la semejanza con la obra de Proust, se horrorizó ante la posibilidad de que su escritura estuviera contaminándose con tradiciones literarias ajenas. Pidió que suspendieran sus permisos para salir del monasterio una vez al mes. En ese tiempo nadie estaba seguro hasta qué punto las ideas extranjeras se encontraban presentes en la sociedad. Prefirió por eso resguardarse en su aislamiento. ... Esta decisión de suspender las visitas a su hermana tuvieron su efecto. A pesar de haberse tratado de una hora al mes ese cambio en su rutina era, por lo visto, fundamental. Al poco tiempo empezó a sufrir sus consecuencias. Pasó jornadas sin comer y sin dormir, a pesar de seguir cumpliendo, incluso en exceso, con todas las obligaciones de su vida monástica. Aquellas noches de delirio fueron una verdadera tortura. Aseguraba haber visto flotando juntos en la oscuridad de su celda, una serie de ideogramas orientales y letras de Occidente. El clímax llegaba cuando las letras formaban ideas y los ideogramas descripciones. Aquel estado cesó después de arrojar los manuscritos a una hoguera, que al extenderse por acción del viento amenazó con destruir los bosques que rodean el monasterio. La oportuna acción de los demás monjes, quienes despertaron por los gritos angustiados que lanzó Shiki Nagaoka hizo que las consecuencias se redujeran a un círculo de bosque chamuscado. En esa ocasión, Shiki Nagaoka mintió. Dijo que el fuego se había originado a causa de la pasión que había puesto en sus oraciones. A partir de entonces, la puerta de Shiki Nagaoka era trancada desde fuera cada vez que el monje se retiraba a descansar. ... Desde su llegada al monasterio, Shiki Nagaoka fue motivo de burlas solapadas, de alusiones a su físico expresadas con disimulo. Al ser vista como símbolo de ideas extranjeras, su nariz no sólo era un defecto motivo de mofa sino un oprobio de naturaleza más profunda. El prior superior, Takematsu-Akai, reunió a los monjes antes de su llegada y les advirtió que la tolerancia a una nariz de tales características era prueba de templanza. Por eso, las primeras reacciones ante la presencia de Shiki Nagaoka estuvieron dominadas, visiblemente, por un carácter de contención. ... De aquellos años de encierro monacal, se cuentan algunas anécdotas curiosas. Jamás se sabrá si ciertas o no. Quizá estuvieron motivadas únicamente por los rumores de la gente del cantón. El más extendido se refería al tamaño que habría alcanzado la descomunal nariz. Se decía que, en ese entonces, ya medía cerca de ocho pulgadas y que

incluso sobrepasaba el mentón. Esos datos no deben ser ciertos, pues en las fotografías de madurez que se conservan del escritor se ve una nariz algo excepcional, pero de ninguna manera poseedora de las características que se le atribuyen. Las habladurías decían que la piel en aquella zona de la cara se tornó lustrosa y comenzó a ser atacada por una persistente comezón, que únicamente lograba aplacarse introduciendo la nariz cada tres días en un cuenco de agua hirviendo. Debía dejarla remojar, ahí dentro, cerca de veinte minutos. Luego se la apretaba delante de un espejo, hasta que surgían unos delgados gusanos de grasa que extraía con una pinza pequeña. Unos minutos más tarde, hervía más agua y volvía a introducir la nariz. Parecía que ese enjuague tenía la particularidad de encogérsela y, de alguna manera, restituirla a un tamaño que sin ser el normal al menos era aceptable, aunque Shiki Nagaoka debía pagarle a un novicio para que la sostuviera levantada durante las comidas. A veces quería valerse por sí mismo y se sujetaba la nariz sin ayuda de nadie. Pero ese método no era del todo efectivo, y en muchas ocasiones se retiraba de la mesa de mal humor por no haber podido probar bocado. Finalmente, un niño dotado de mucha gracia que realizaba algunas tareas menores en el monasterio, al ver la desesperación del monje Shiki Nagaoka en el refectorio se ofreció a sostener él mismo la nariz. Las cosas fueron bien al principio. Nuestro escritor comenzó a tomar la sopa de buen grado hasta que, de pronto, un estornudo del niño produjo la caída de la nariz al plato y el inmediato regocijo general. ... Las leyes de continencia entre los monjes, que habían impedido que Shiki Nagaoka fuera víctima de escarnio, parecieron romperse de golpe. Para los monjes reprimir durante trece años sus reacciones, había sido una prueba más que contundente de templanza. Las risas fueron generales, y algunos de ellos se atrevieron, incluso, a jugar con la nariz del escritor, zangoloteándola de un lado a otro y tirando de ella hasta hacerlo gritar de dolor. La escena era de una bufonada tal, que es difícil imaginarse a la víctima como el serio creador obsesionado por las relaciones entre el lenguaje, la fotografía y la literatura. Algunos estudiosos afirman que aquel incidente propició su alejamiento del monasterio, a pesar de que su hermana lo negara en el libro-homenaje que escribió, Shiki Nagaoka, el escritor pegado a una nariz, haciendo una clara alusión a Cyrano de Bergerac, ocurrencia que Shiki Nagaoka hubiera deplorado profundamente debido principalmente a su carácter extranjerizante. ... La hermana asegura en su libro que el incidente del niño y la sopa nunca tuvo lugar, que se hizo correr ese rumor como parte de las maniobras de algunos monjes, que en realidad no rechazaban su nariz sino al compañero de monasterio que prefería escribir en las noches en lugar de obedecer las estrictas reglas y hábitos establecidos. ... En ese tiempo pasó a ocupar el mando de la orden el maestro Sakao-Teriyami, quien al revisar los archivos vio que la familia de Shiki Nagaoka había donado una fuerte suma de dinero las semanas previas al ingreso del escritor. Mala señal. Aceptar a un monje por presión familiar no podía conducir a nada bueno. Esa era precisamente la razón por la que muchos habían visto con malos ojos al prior anterior, Takematsu-Akai, por su proclividad a aceptar dinero de las familias aristocráticas que, pese a su aversión a lo eclesiástico, buscaban deshacerse de ese modo de vástagos incómodos. Sin embargo, y en virtud del voto de sumisión total que profesaban para con sus superiores, los monjes nunca pudieron tomar cartas en el asunto. El maestro Sakao-Teriyami no quiso averiguar en detalle las razones por las que se había pagado por ese ingreso. Le bastó con comprobar que hubo una mala gestión. Lo más probable era que de haber investigado, habría salido a la luz el asunto del sirviente deforme. Por eso, tras la muerte del prior anterior se redobló la vigilancia sobre Shiki Nagaoka. Se le pusieron pruebas bastante duras, que nuestro escritor finalmente no pudo superar. Poco después fue expulsado del monasterio. ... Contra lo esperado, Shiki Nagaoka no pareció mostrar dificultades mayores para volver a la vida mundana. Siguió escribiendo como de costumbre. La única y fundamental diferencia fue que a partir de entonces no apareció en su obra la descripción de ninguna nariz. ... En aquellos tiempos, la fotografía ya se había convertido en una afición no reservada exclusivamente a los especialistas. Por eso, al salir del monasterio Shiki Nagaoka decidió instalar en el centro del cantón un pequeño kiosco para la venta de rollos y revelado de fotos. Hizo un trato con un laboratorio de gran fama y de reciente instalación, donde al anochecer debía llevar personalmente los rollos que le hubieran dejado sus clientes durante la jornada. Nunca quiso contratar un ayudante. Había llegado a una extraña conclusión. Pensaba que debía realizar él solo todo el trabajo, con el fin de no sentir ninguna culpa al momento de escribir. Debido al acoso sufrido en el monasterio y a una sensación de fastidio que había percibido en la casa familiar, experimentaba un sentimiento de pecado a la hora de dedicarse a lo literario, sensación que se disipaba si se esforzaba en la vida cotidiana más de lo habitual. ... Apenas salió del monasterio, Shiki Nagaoka le encargó a su hermana buscar un kiosco para el negocio. Le pidió, además, establecer el contacto con los laboratorios de alto prestigio que harían los revelados. Gracias a esta ayuda, mantuvo el negocio el resto de su vida. Por las manos de Shiki Nagaoka pasaron infinitas fotografías. Con el tiempo empezó a sentir deseos de examinar, una a una, las impresiones antes de entregarlas a los clientes. Al cabo de un año de revisar cada una de ellas, pensó en escribir un libro cuyo tema se relacionara precisamente con el gran número de fotografías que vio pasar delante de sus ojos. Demoró algunos años tratando de justificar artísticamente ese proyecto. Halló cierta clave, que no lo convenció del todo, pero significó un buen comienzo, indagando en el sentido original de los populares tankas, poemas atávicos sumamente parcos. Así como los tankas buscaban reunir la naturaleza circundante en un todo artístico, Shiki Nagaoka pretendía hacer lo mismo con las imágenes. ... Mientras se encontraba en estas cavilaciones, cierta mañana conoció al narrador Junichiro Tanizaki (1886-1965), quien había decidido fijar su residencia en la

península de Ikeno. El escritor acudió al kiosco a revelar algunos rollos. Aquel narrador se convirtió en el único artista que Shiki Nagaoka conoció personalmente a lo largo de su vida. Por el desprecio que le causaban las manifestaciones literarias de sus contemporáneos nunca intentó pertenecer al cenáculo de escritores. Nada le hubiera costado viajar a la gran ciudad, de la que apenas lo separaban unos kilómetros, y buscar formar parte de los creadores del Mundo Flotante, que era como se les llamaba a los artistas que en ese entonces solían reunirse en los establecimientos del centro. Gracias a su excepcional nariz no habría tenido problemas para unirse a ellos, ya que sus miembros rendían culto a todo lo que se considerara extranjero. En cuanto a relacionarse con el grupo opuesto, el de los Tradicionalistas Radicales que presidía la diminuta maestra Takagashi, hubiera sido poco probable pues su nariz lo avergonzaba. Este grupo acusó más de una vez a los artistas del Mundo Flotante de traición a la patria. ... Cuando revisó las fotos de Tanizaki, quedó sorprendido. Estaba acostumbrado a ver escenas de la vida cotidiana o imágenes campestres de los alrededores. Pero Tanizaki había retratado una infinidad de cuartos de baño. Los había de diferentes formas, épocas y procedencias. Desde los clásicos al aire libre de las primeras casas que se recuerdan en la zona, hasta modernos habitáculos dotados de servicio automático de agua a varias temperaturas y losetas blancas en las paredes. ... Esas fotos deslumbraron a Shiki Nagaoka. En ese momento, no estaba enterado del oficio de Tanizaki. No sabía quién era el hombre que la semana anterior le había dejado algunos rollos a revelar. El afamado escritor apareció en el kiosco cuando Shiki Nagaoka terminaba de revisar el contenido de su sobre. Se dice que Tanizaki comentó, extrañado, que le parecía curioso que con esa nariz aquel comerciante tuviera tal destreza para mirar a hurtadillas lo que no era suyo. Al ser sorprendido, Shiki Nagaoka dio como excusa que estaba verificando la calidad del trabajo. Acto seguido señaló que le parecía enigmático el ejercicio que el fotógrafo había llevado a cabo. Tanizaki se refirió entonces al ensayo que escribía en ese momento. Fue inesperada la celeridad con la que habló de su proyecto. Se dice que era un autor proclive a dar explicaciones sobre su obra al primero que se lo preguntara, que se explayaba de tal manera que muchos de sus colegas habían optado por no hacerle preguntas de carácter literario. Tanizaki le contó que había descubierto en la fotografía un aliado que ya no podía abandonar. Habló también de las características que tendrían las cámaras fotográficas de haber sido un invento oriental. Como se puede suponer, este encuentro fue fundamental para la posterior obra de nuestro autor. Algunos lo acusan incluso de plagiar algunas ideas de Tanizaki. No volvieron a verse nunca más. Parece que, a partir de entonces, Tanizaki decidió revelar sus rollos directamente en el laboratorio de alto prestigio con el que Shiki Nagaoka había hecho el acuerdo. ... Sólo cuando llegaron los años de la guerra, se hizo evidente lo perjudicial que había sido la aceptación incontrolada de ideas extranjeras. La clase aristocrática se arrepintió de haber avalado esa política y pidió disculpas públicas poco antes de que el país quedara destruido física y moralmente. Asimismo, los artistas del Mundo Flotante renegaron de muchas de sus obras. Tras aquellos años todo fue silencio. ... El kiosco de venta de material y revelado de fotos quedó parcialmente destruido. Shiki Nagaoka pasó una temporada viviendo en un refugio antiaéreo, donde seguramente, para evitar pensar en la situación de emergencia que se experimentaba, se dedicó a trazar una serie de proyectos con los que intentó entrelazar sus ideas acerca de los ideogramas, las palabras y la necesidad de traducir los textos de una lengua a otra. Pensó también la fotografía. Nadie se explica por qué, pero en esos días comenzó a sentir cierta nostalgia por la memoria del sirviente que lo había acusado ante las autoridades. Extrañó, no tanto su presencia sino las imágenes que aparecían en las fotos que se tomaron juntos. ... Tras los años de posguerra, en los que se trató por todos los medios de olvidar el horror vivido, Shiki Nagaoka terminó de dar forma a la nueva etapa en la que entró su producción. Es de este modo como con Fotos y palabras, Shiki Nagaoka posiblemente construye lo más sólido de su trabajo. Ese libro, que fue traducido primero al inglés por la editorial Life en 1953 y al español en el año de 1960 por la editorial Espasa-Calpe, se ha convertido para muchos en un canto a la reconstrucción de un país. A partir de pequeñas semblanzas cotidianas, que dan la impresión de describir con inocencia una serie de situaciones banales, Shiki Nagaoka logra mostrar, casi de una forma global, su sociedad. Cuando el renombrado cineasta Ozu preparaba la filmación de su famosa película Tarde de otoño, recurrió a la estética de ese libro para recrear, según sus propias palabras, el alma de una ciudad. Es importante que alguien como Ozu, quizá el más personal de los directores de cine, admita una influencia semejante. Realmente, hay que apreciar con mucho detenimiento la película para discernir cuáles son los elementos de la obra de Shiki Nagaoka a los cuales se refiere el director. Aunque en Tarde de otoño, por nombrar sólo alguna de sus películas, las imágenes de la ciudad con la que suelen comenzar y terminar sus obras se detienen en aspectos de la vida cotidiana. Son anotaciones sutiles que, sin embargo, son capaces de darle otro valor a la película entera. Que Ozu lo anunciara en público significó un gran dolor de cabeza para Shiki Nagaoka. A partir de entonces sintió que su quehacer artístico, de alguna manera, se entrelazaba al de sus contemporáneos. Nunca aceptó ver las películas ni tampoco conceder entrevistas. Shiki Nagaoka continuó dedicándose sólo a atender la restauración de su negocio. ... La influencia de Shiki Nagaoka comenzó a hacerse sentir más allá de los límites de su propio país. El libro Fotos y palabras dio la vuelta al mundo. En algunos lugares de Europa fue tomado en cuenta como una nueva manera de entender la realidad. En otros, comenzaron a aparecer fotografías basadas en las técnicas pregonadas por Shiki Nagaoka. En México influyó, de manera casi decisiva, en el trabajo de algunos fotógrafos de la llamada generación del 50. Pero, sobre todo, tuvo mucha importancia en la labor de un

escritor, Juan Rulfo, quien pudo encontrar en las fotos narrativas de Shiki Nagaoka la posibilidad de continuar con el trabajo que había iniciado en sus libros, dándole especial realce al aspecto visual de los mundos representados. En una carta enviada en 1952 a su amigo y colega peruano José María Arguedas le menciona la importancia que el trabajo de nuestro escritor despierta en su búsqueda artística. Le indica también que prevé la pronta aparición de una novela extensa y totalizante que consolidará definitivamente su pensamiento, pero que para lograrlo necesita casi con urgencia la mediación de la fotografía. Por su parte, José María Arguedas escribió en su diario póstumo, ver la realidad modificada no sólo por el lente del fotógrafo sino por la palabra escrita que acompaña estas imágenes es un camino que potencia infinitamente las posibilidades narrativas de la propia realidad. ... Es interesante detenerse en estos dos autores porque, de alguna manera, ambos compartieron con Shiki Nagaoka el gusto por llevar vidas personales fuera del dominio público. Además, los tres creadores fueron de cierto modo construyendo sus propias biografías en los libros que escribieron. En el caso de Juan Rulfo, se dice que agonizó en su cama musitando la estructura de una gran obra que nunca construyó. Fue espectacular la muerte de José María Arguedas, quien acabó con su vida luego de terminar de redactar el diario de un suicida. El deceso de Shiki Nagaoka estuvo enmarcado, más bien, dentro de un orden trágico que, a simple vista, parece no tener que ver con su obra. Fue asesinado por un par de drogadictos que quisieron apoderarse de las ganancias del día. ... Estos tres escritores, Juan Rulfo, José María Arguedas y Shiki Nagaoka, estuvieron de acuerdo, cada uno por su lado, en que la fotografía narrativa intenta realmente establecer un nuevo tipo de medio alternativo a la palabra escrita y que quizá aquella sea la forma en que sean concebidos los libros en el futuro. ... Pese a que después de la traducción de Fotos y palabras Shiki Nagaoka recibió diversas invitaciones para asistir a coloquios y congresos en distintas partes del mundo, nunca quiso abandonar ni por un día el entorno en el que había nacido. Shiki Nagaoka habitaba una modesta casa de bambú, que antes había pertenecido a la fallecida costurera de su hermana. Constaba de un único ambiente, de veinte metros cuadrados, en el que instaló un futón y una mesa baja donde pasaba la noche entera escribiendo. En esos años apenas dormía. Iluminaba al oscurecer la pequeña estancia con lámparas de petróleo. Tenía dos grandes cuadernos. Uno donde redactaba sus obras de ficción y otro en el que daba forma a sus recuerdos. Este último tenía el dibujo de una gran nariz en la portada. Al final de su vida abrazó la idea de que el tamaño de su nariz había orientado su existencia. Esas elucubraciones se encuentran escritas en el cuaderno que la hermana guardó celosamente y luego entregó para su publicación bajo el falso título de Diario póstumo. Ese cuaderno contiene distintos episodios de su vida que se consideran claves para entender el posterior desarrollo de los sucesos. Por ejemplo, se ve a sí mismo de niño alabado por los artistas del Mundo Flotante que, en más de una ocasión, visitaron la casa de sus padres. Aún le parecía escuchar los cumplidos a su nariz que le dirigían los miembros de su familia, cuando lo tomaban como ejemplo del nuevo estado de libertad en el que había entrado la nación. A los padres les gustaba mostrar, entre su colección de pinturas, aquellas que representaban personajes extranjeros con narices descomunales. Siempre que lo hacían colocaban al hijo al lado de ellas. Pero apenas Shiki Nagaoka salía de su casa, notaba que era mal visto por la gente de la calle. Lo mismo le sucedía con la servidumbre de la clase más baja. Desde niño intuyó que era considerado, desgraciadamente por la mayoría, como el símbolo de los tiempos terribles que se avecinaban. ... En sus años finales, Shiki Nagaoka escribió un libro que para muchos es fundamental. Lamentablemente no existe en ninguna lengua conocida. ... Un rasgo característico de la personalidad de Shiki Nagaoka, que el propio escritor descubrió poco antes de morir, es que siempre fue más receptivo a las críticas que a las alabanzas. Quizá por esa razón, nunca pareció tomar en serio su labor de escritor. No quería convertirse en un ser amargado, atento a la reprobación ajena. Siempre prefirió trabajar ocho horas diarias atendiendo el kiosco y dos más llevando y trayendo del laboratorio el material fotográfico, que asistir a los coloquios, las conferencias y los congresos a los que comenzaba a ser invitado. Eludió asimismo el asedio de la prensa, haciéndose pasar en más de una ocasión por su hermano gemelo. ... Desde niño Shiki Nagaoka sólo escuchó a aquellos para quienes la nariz era símbolo de mal augurio. Quizá por eso se enamoró de aquel joven sirviente, gordo y deforme que representaba a todos los que lo repudiaban. Shiki Nagaoka intuía que no iba a ser correspondido. Desde que lo conoció fue vilipendiado por el sirviente, quien acompañaba a su señor al estudio fotográfico para retratarse juntos únicamente cumpliendo órdenes. Aunque resulte extraña la conducta de aquel sirviente, a precisamente el carácter oscuro de esta situación pareció acrecentar los arrebatos propios de un torbellino amoroso, del que Shiki Nagaoka no pudo librarse por el resto de su vida a pesar de los constantes esfuerzos que hizo por disimularlo. ... Algunos estudiosos se han preguntado por las consecuencias que tuvo aquella relación en su vida y en su obra. Otros más se han cuestionado las extrañas circunstancias en las que el sirviente fue asesinado. No se ha llegado todavía a ninguna conclusión, pero se cree que cuando se consiga traducir a un idioma determinado su libro fundamental, cuyo título es igualmente intraducible, y hasta ahora sólo conocido por un símbolo, se resolverá de una vez por todas el enigma que representa la obra de Shiki Nagaoka. ... Como se ha señalado, durante su existencia Shiki Nagaoka sólo recorrió la distancia que separaba su modesta casa del kiosco y la que lo llevaba al atardecer al estudio fotográfico. El monasterio de Ike-no-wo, donde pasó recluido más de una decena de años, estaba situado en el pequeño cantón donde nació. La casa de sus padres, quienes como se sabe nunca lo perdonaron y a quienes no volvió a ver, se ubicaba a un par de cuadras. Como se aprecia, a lo largo de su vida Shiki Nagaoka estuvo

circunscrito a un área reducida. ... Leyendo las notas que la hermana entregó para su publicación, parece no ser cierto que a Shiki Nagaoka no le importaran los lectores. Quizá su despreocupación y su vida humilde ocultaban a alguien que realmente quería que su obra fuera más que reconocida, es decir trascendental. ... La hermana de Shiki Nagaoka recolectó, además, varios papeles dispersos que quedaron luego de la súbita muerte de nuestro escritor y los acomodó siguiendo una supuesta cronología. Pese a la vaga certeza de que estos textos sigan un estricto orden temporal, los datos que allí se consignan son de suma importancia para entender la obra final de Shiki Nagaoka, el libro que hasta ahora nadie ha podido descifrar. Cuando esos papeles aparecieron publicados en Francia, algunos intelectuales formaron al poco tiempo un grupo autodenominado los nagaokistas, quienes a manera de pasatiempo tratan de encontrar alguna lógica a la obra de Shiki Nagaoka. Las pesquisas están centradas especialmente en el libro final, para lo cual organizan reuniones semanales en un pequeño café que cuenta con un pequeño salón privado en la parte trasera. Todo el tiempo se lanzan diversas conjeturas. Hay quienes dicen que Shiki Nagaoka realizó personalmente, a pesar de haberlo negado una y otra vez, algunas fotografías. Se piensa que Etsuko las mantuvo escondidas y después las destruyó. Se dice, también, que se trataba de instantáneas en blanco y negro donde, sobre un fondo brumoso, flotaban algunas letras y ciertos caracteres orientales. La niebla parecía tener como fin demostrar que las letras y los caracteres aparecían de la nada, como convocados por una asociación natural de los objetos. Por ese motivo y por las explicaciones que les dio a los monjes sobre el conato de incendio en el monasterio, como producto de la pasión que ponía en sus oraciones, hay quienes han aventurado que Shiki Nagaoka creía en fuerzas de otro orden. ... Si se toma como cierta esa idea, cobra sentido el extraño acto que protagonizó el viejo prior, Takematsu-Akai, días antes de su muerte. Hizo acudir hasta su cama de enfermo a todos los monjes. Una vez rodeado el lecho, disculpó públicamente la nariz de Shiki Nagaoka e incluso se incorporó con dificultad para untársela con una mezcla de aceites. Ordenó luego que apagaran las velas que alumbraban el cuarto y comenzó a orar, pidiendo que aparecieran los ideogramas sagrados en medio de la oscuridad. Los monjes se mantuvieron en silencio. Sabían que aquellas eran ideas de Shiki Nagaoka. Aguardaron la muerte del prior para tomar una decisión. Es por eso que apenas el sucesor, el maestro Sakao-Teriyami, tomó el poder del monasterio se deshicieron para siempre, después de un trámite plagado de duras pruebas físicas y espirituales, de la presencia de Shiki Nagaoka y de su nariz. ... La viuda del escritor José María Arguedas, condenada por actos de terrorismo, ha confesado recientemente que poco antes de morir, su esposo le transmitió la idea de que por medio de la creación constante de imágenes y pensamiento podía lograrse la existencia eterna de un universo poblado de palabras e ideogramas que daría como resultado la anhelada paz social. ... La obra intraducible de Shiki Nagaoka no pudo ser apreciada ni por Juan Rulfo ni por José María Arguedas. Leerla, aunque esto sea pura suposición, habría evitado quizá la muerte de estos dos escritores en la forma como ocurrieron, una en medio de la depresión motivada por no poder crear una obra de carácter totalizante y otra por suicidio al no sentirse el autor capacitado para representar la angustia que lo atenazaba tanto a él como a su sociedad entera. ... Que el último libro de Shiki Nagaoka no se pueda traducir no es impedimento para su circulación. Lleva varias ediciones publicadas, no sólo en su país sino también en el extranjero. Aparte del grupo de París y algún otro que está a punto de instaurarse en Ciudad de México, Shiki Nagaoka es un autor que sólo se estudia en algunas universidades. En una de ellas, la Universidad de la Península, desde hace algún tiempo se ha abierto una cátedra extraordinaria dedicada a su obra. El objetivo final del curso consiste en hallar la clave para la traducción del libro conocido hasta ahora sólo por un símbolo. ... Shiki Nagaoka murió un frío atardecer del otoño de 1970, cuando al momento de cerrar su kiosco fue asesinado por dos sujetos que quisieron llevarse las ganancias del día. La hermana estuvo hasta el año pasado en que falleció de una dolencia pulmonar, recolectando pacientemente la obra de este autor tan especial. Algunos agradecen su labor, pero otros saben que no hizo más que manipular los manuscritos obedeciendo órdenes de su aristócrata familia. Sin embargo, un mérito que no puede negársele es que se empeñó hasta el final en rescatar la figura de su hermano de las garras de las leyes de la ficción en las que insistentemente parece querer ser enmarcado este personaje. Conducta que tal vez haya estado motivada por los sentimientos de nobleza, propios de la estirpe a la que pertenecía que, como se sabe, siempre había visto con buenos ojos, inclusive como si fuera algo deseable, una nariz descomunal. ... Pronto se dará a conocer en forma más amplia la obra de Shiki Nagaoka, que las nuevas generaciones consideran, cada vez más, como la verdadera transgresora de la literatura contemporánea. ... Curiosamente, la obra de Shiki Nagaoka es desconocida para un buen número de lectores. Sin embargo, de un tiempo a esta parte la comunidad intelectual empieza a mostrar interés en los libros de nuestro autor. Este hecho es quizá el síntoma más contundente de su carácter universal. Parece uno de los pocos escritores que pueden ser entendidos de una manera similar en las distintas regiones del mundo. ... En las cercanías de Ciudad de México existe un poblado llamado Tepoztlán, pequeño villorrio rodeado de altas montañas. En ese lugar cierto escritor mexicano suele pasar largas temporadas de retiro, analizando textos de extrañas procedencias. Hace algunos días lanzó al mundo la noticia de que había hallado la clave del libro intraducible de Shiki Nagaoka. Según el investigador, en aquel texto está detallado el asesinato del deforme sirviente. Se describe la naturaleza de sus sentimientos y el rol que jugó cuando Shiki Nagaoka iba creando sus teorías acerca de la escritura, del valor metafísico del lenguaje, la importancia de traducir y retraducir textos. El investigador afirma que en ese libro existe una minuciosa

descripción del rotundo rechazo que aquel siervo sentía al ver su propia imagen reproducida por la acción de una cámara de fotos. El crimen fue atroz. Desde el monasterio, Shiki Nagaoka lo planificó hasta en sus últimos detalles. La hermana fue la principal cómplice. La familia aristócrata contrató a los sicarios. ... De un tiempo a esta parte, el cantón de la ciudad donde transcurrió la vida de Shiki Nagaoka y donde ubicaron su tumba en medio de un parque es conocido, por la gente de pueblo principalmente, como el Barrio de la Nariz. EL JARDÍN DE LA SEÑORA MURAKAMI. Oto no-Murakami monogatari. El jardín de la señora Murakami iba a ser demolido en los días siguientes. Serían removidas las grandes piedras blancas y negras que lo habían conformado y derribados los árboles cultivados con tanto esmero. Secarían además los senderos acuáticos y el lago central, donde siempre se habían apreciado las carpas doradas. La señora Murakami solía sentarse allí para contemplar, durante varias horas seguidas, los reflejos de las escamas y las colas. Abandonó aquella costumbre sólo cuando enviudó. Durante esa temporada la casa se mantuvo cerrada. Las ventanas no se abrieron. Sin embargo, el jardín siguió manteniendo su mismo esplendor. La vivienda continuó al cuidado de Shikibu, la vieja sirvienta. Del jardín se siguió encargando un anciano con mucha experiencia, que había sido contratado por la señora Murakami para que lo visitara dos veces por semana. ... Al final de algunas tardes, cuando las sombras hacen difusos los contornos de los objetos, la señora Murakami cree ver la silueta de su marido en la otra orilla del estanque. Hay ocasiones en que percibe cómo le hace señas con las manos. La señora Murakami suele sentarse entonces en una piedra situada en la explanada mayor y entrecierra los ojos para ver mejor el espectáculo que se le presenta. Cierta vez, vio cómo el fantasma iba hundiéndose de pie en uno de los senderos acuáticos. ... La agonía del marido fue un trance penoso. Pasó los últimos días en un delirio constante durante el cual pedía a gritos la presencia nada menos que de Etsuko, la antigua saikokú de su mujer. El esposo quería ver nuevamente sus pechos. Al principio, la señora Murakami pretendió no entender aquellos reclamos. Hacía oídos sordos a sus palabras, y buscó siempre mantener una actitud serena al lado de la cama del moribundo. Únicamente Shikibu advirtió el pálido rubor de sus mejillas, que aparecía cuando el marido hablaba de Etsuko delante del médico. ... La señora Murakami prohibió desde entonces que visitaran al enfermo. Ni siquiera fueron admitidos en la casa los amigos más cercanos, con quienes el señor Murakami solía cenar una vez a la semana. Para descargar la ira que motivó la insólita conducta de su esposo, haber pedido a gritos apreciar nuevamente unos pechos, a su muerte, salió al jardín mientras preparaban el cuerpo del recién fallecido. Deseaba arrancar las cañas de bambú que el marido había plantado durante la inauguración de la casa. Se trataba de bambúes reales, cuyos minúsculos tronquitos había obtenido el señor Murakami la Noche de las linternas iluminadas, día en que le propuso matrimonio. Aquel ataque de furia no fue advertido por los empleados de la funeraria. Shikibu había cerrado las puertas y ventanas de aluminio que daban al jardín. Trató luego de calmar a su señora. Le aconsejó tomar un baño aromatizado con yerbas silvestres, y preparó el kimono que usaría para la ceremonia. Se trataba del kimono color lavanda que la señora Murakami había vestido en su boda. En la espalda estaba decorado con dos garzas azules en pleno vuelo. El obi elegido era de un rojo intenso. Durante todo el tiempo que tardaron los empleados en tener listo al marido para el funeral, Shikibu peinó cuidadosamente a la esposa de su señor. El peinado era complejo. A la señora Murakami le pareció incluso ostentoso. Pensó que arreglada así no la reconocerían ni siquiera los viejos amigos de su marido. Le preocupaba lo que pudieran pensar. Shikibu la consoló con palabras cariñosas. Le hizo ver cómo a pesar de las circunstancias, su entereza se mantenía intacta. ... Los funerales se desarrollaron en un día espléndido. El sol iluminó de manera inusitada el jardín. Las piedras blancas se vieron más claras que de costumbre. Las negras absorbieron la luz hasta alcanzar un tono mate. Antes de salir rumbo a la ceremonia, la señora Murakami pasó al lado de los senderos acuáticos. Miró de reojo el pequeño lago. Las aletas y las colas de las carpas brillaban como si emitieran luz propia. Le habría gustado quedarse contemplando los peces. Pero afuera la esperaban en el automóvil negro de su marido. ... El señor Murakami había poseído un automóvil fabricado poco después del final de la guerra. Perteneció primero al ejército, había sido asignado a un coronel extranjero que casi no lo pudo utilizar porque de improviso fue destacado fuera del país. Sus amigos le reprocharon una adquisición tan ostentosa, teniendo en cuenta las condiciones en las que se encontraba la sociedad. Tampoco veían con buenos ojos los intercambios económicos con las tropas de ocupación. El señor Murakami sonreía cuando escuchaba aquellas críticas. Se defendía diciendo que pronto su actitud sería copiada por los demás. En efecto, al poco tiempo su círculo de amigos no tuvo el menor reparo en mostrar públicamente los signos externos de su riqueza y de una creciente aceptación por lo extranjero. ... La señora Murakami recordaba aquel auto con aprensión. Cuando comenzó a cortejarla, su futuro marido mandaba al chofer hasta la puerta de su casa con costosos obsequios. La señora Murakami, en ese tiempo solamente Izu, observaba desde la ventana cómo se estacionaba el auto frente a la verja. El primer regalo fue un ramo de orquídeas negras, de las que se cultivaban únicamente en las islas del oeste del país. En aquel entonces, la dolencia de su padre se había agudizado. Pasaba postrado la mayor parte del día. Si bien es cierto que el pretendiente era viudo y algo mayor, Izu iba a cumplir ya veinticinco años. La familia no se encontraba en condiciones de rechazarlo. Muchas personas sabían que estaban ansiosos por casar a la hija. Su mano había sido pedida ya en dos ocasiones. Sucesos lamentables impidieron ambas bodas. El primero de los pretendientes, Akira, murió atacado de mal de rabia. Cierta tarde, fue mordido por un pequeño perro que le salió al encuentro cuando abandonaba la casa de su prometida. Akira apenas atendió la herida en la

pierna derecha. Hizo caso omiso del incidente y, dos meses después, moría en medio de convulsiones. Del segundo pretendiente, Tutzio, no se volvió a saber nada después de un viaje que realizó antes de la planeada boda. Iba a América, supuestamente por un tiempo breve. Quería visitar a sus hermanos antes del matrimonio y explorar la posibilidad de emigrar con su esposa una vez casados. Un año más tarde, le llegó a Izu el rumor de que los hermanos habían concertado ya un compromiso con la hija del dueño de una cadena de restaurantes de comida oriental, antes de su llegada a San Francisco. ... Después de aquellos sucesos, Izu decidió olvidar un futuro matrimonio y dedicarse con mayor disciplina a los estudios. Cursaba Teoría del Arte en una de las universidades más importantes de la ciudad. Su meta era convertirse en una crítica destacada. Precisamente, conoció al señor Murakami mientras cumplía con un trabajo académico que le habían encomendado. El señor Murakami mantenía en su casa una colección de piezas tradicionales. El conjunto no era muy extenso, pero contaba con prestigio. Muchos objetos databan de diez siglos. Sus amigos, aquellos con quienes se reunía a cenar una vez por semana, fueron los responsables de bautizar esa parte de la casa como el Museo Murakami. Había heredado la mayor parte de las piezas de su padre, quien en el siglo anterior se había enriquecido gracias al comercio con el extranjero. Las aficiones del padre no abarcaban sólo los negocios, pues desde muy joven había mostrado predilección por diversas manifestaciones artísticas. Encontró siempre tiempo para asistir a las representaciones de teatro kabuki o para pasar días enteros en los museos y en las casas de anticuarios. No había estudiado arte, pero contaba con un don que le hacía reconocer al instante una obra valiosa. Aquella aptitud hizo que en pocos años comenzara a hablarse de su colección entre los especialistas. Con el tiempo, le fue inculcando a su hijo la pasión que le producía atesorar un patrimonio. A su muerte, le dejó como legado la casa y todo lo que hubiera dentro. Antes del deceso, el hijo le prometió incrementar la colección hasta convertirla en la más importante del país. Sin embargo, no pudo cumplir su palabra. Todo fue bien mientras duró su primer matrimonio con la honorable y enfermiza Shohatsu-Tei, y aun durante sus primeros años de viudez. Pero desde el día en que conoció a Izu, nada volvió a ser igual. ... Izu se presentó en la casa del señor Murakami cierta mañana a principios de diciembre. La noche anterior no había nevado y, sin embargo, se notaba en la atmósfera aquella sensación seca que lo invade todo cuando la nieve ha dejado de caer. Llegó acompañada de Etsuko, su fiel sirvienta. Había concertado la cita con una semana de antelación. El mismo señor Murakami había contestado el teléfono. El jueves siguiente a la llamada, unos días antes de la cita, contó a sus amigos que le había sorprendido agradablemente el timbre de voz de la mujer que había solicitado visitar la colección. Al verla, el señor Murakami se mostró más amable que de costumbre. Confesó después que había creído descubrir en ella rasgos de su esposa difunta cuando era joven. Izu llevaba puesto un kimono tradicional verde oscuro con un obi negro. Se trataba de uno de los que se confeccionaron en los años de la represión. No tenía dibujos ni relieves en el bordado. Era notable el trabajo artesanal que habían desarrollado las modistas en esos años, durante los cuales debieron llevar su talento hasta el punto más elevado sin dar muestra evidente de ello. Dos pasos atrás, se mantenía Etsuko, quien vestía un kimono prestado por su señora. El señor Murakami despidió a la encargada y mostró él mismo las piezas. Permitió, sin embargo, que permaneciera presente su sirvienta Shikibu. En voz baja le pidió que se mantuviera atenta para lo que se pudiera ofrecer. La vieja sirvienta saludó a Izu con recelo. Pero le brindó el mismo trato cordial que siempre ofrecía a los invitados. Tardaron cerca de cuatro horas en terminar el recorrido. Los objetos estaban iluminados por pequeños mecheros alimentados con alcohol colocados en lo alto de las paredes. Izu se preguntó cómo los encenderían, pues los encargados de iluminar en aquella forma las casas y las calles de la ciudad habían desaparecido años atrás. El señor Murakami fue particularmente explícito al hablar de cada uno de los objetos de la colección. Luego convidó a su visitante a tomar el té. Alabó las virtudes de Shikibu para prepararlo. Si bien no hacía gala de una ceremonia en regla, había adecuado un método particular para tomar el té en menos de media hora. Llenaba de agua una olla de metal, que colocaba luego sobre la hornilla de la estufa. Mientras el agua hervía, iba eligiendo las tazas apropiadas para cada ocasión y colocaba, en cada una, ciertas bolsitas de papel que contenían hojas secas de la planta de té. Acto seguido, retiraba el agua del fuego y la vertía en esas tazas, las cubría con el plato en el que más tarde las colocaría, y esperaba unos cinco minutos. Sacaba después las bolsitas de papel del interior de las tazas. El último paso consistía en poner sobre una bandeja de cerámica las tazas, un platito con rodajas de limón finamente cortadas y una azucarera con una cucharilla de plata que hacía juego con la bandeja. Mientras Izu declinaba la invitación con una sonrisa, guardó la libreta donde había hecho sus apuntes y se despidió con amabilidad. Dejó la casa seguida por Etsuko. En la reunión que sostuvo con sus amigos el jueves siguiente, el señor Murakami señaló que sólo en el momento de la despedida reparó en la presencia de aquella joven sirvienta. ... En los días posteriores, Izu estuvo atareada con sus asuntos de la universidad. Sobre todo con la redacción de un ensayo sobre la visita que acababa de realizar. Tenía la intención de destacar las relaciones entre el presente y el pasado que podían hallarse en la colección. Encontraba en la selección ciertos desequilibrios que debía mencionar. Quizá esos errores sutiles eran los que hacían evidente la falta de formación académica del padre del señor Murakami. No le quedaba otro remedio que ser honesta en el comentario contra los criterios empleados. Era intolerable, pensaba, que para piezas artísticas de ciertas épocas se utilizaran las pautas dinásticas como método de selección, y para otras se pensara sólo en el carácter utilitario o militar de los objetos. Aquella muestra parecía el producto de un trabajo improvisado, sentenció, el capricho de alguien que de pronto se

encuentra con la posibilidad de cumplir el menor de sus deseos. ... El profesor al cual le presentó el trabajo quedó sorprendido. Se llamaba Matsuei Kenzo y tenía el cuerpo fornido, como si en sus ratos libres se dedicara a frecuentar los shojibos de los alrededores o se ejercitara en aparatos gimnásticos. Algunas muchachas de la universidad estaban enamoradas del maestro, y se matriculaban en sus cursos por esa razón. A pesar de ese asedio, nunca se le conoció historia amorosa alguna. Esto lo hacía aún más respetable a los ojos de Izu, quien jamás habría aceptado tomar ningún curso con alguien que no mostrara una conducta intachable. Acudía a sus clases aún cuando no soportaba la actitud de sus compañeras, quienes pasaban las horas de dictado murmurando y haciendo comentarios irrelevantes. El maestro Matsuei Kenzo calificó la crítica de Izu de veraz y arriesgada. Habló con su alumna para decirle que no eran usuales en el país esa clase de trabajos. Aquello era común en el extranjero, donde las opiniones estéticas o intelectuales eran neutras. Era factible, por ejemplo, que alguien criticara en los términos más duros a un amigo artista, y que la amistad continuara como siempre. El maestro había quedado tan sorprendido con el ensayo, que sugirió la posibilidad de verlo publicado en una revista de arte con la que tenía relación. Si estaba interesada en la propuesta, Izu debía presentar una versión condensada. ... En esos días el frío hizo prever que el invierno sería inhóspito. Izu acostumbraba asistir a sus clases vestida a la usanza occidental. En aquella ocasión, llevaba puesto un suéter de cachemira beige y una falda escocesa cerrada con un gran broche. Calzaba unos mocasines a los que se le debía colocar una moneda como adorno. Cuando salió al campus, se puso un abrigo largo de lana de oveja. Estaba entusiasmada con el dictamen del maestro Matsuei Kenzo. Le ilusionaba sobremanera la posibilidad de que el artículo pudiera ser publicado. En la universidad había dos grupos que pugaban por el poder. El de los Conservadores Radicales, liderado por la diminuta maestra Takagashi, y el de los Modernos a Ultranza, del que formaba parte el maestro Matsuei Kenzo. Los Conservadores Radicales habían detentado el poder desde la creación de la facultad, y en sus planteamientos buscaban defender el pasado atávico sin permitir la inclusión de ideas foráneas ni de métodos contemporáneos para encargarse del acervo artístico del país. Antes de encontrarse con Etsuko, que todas las tardes iba a la universidad a recogerla, Izu se cruzó con dos compañeros de curso. Ambos eran delgados, de cabello algo largo y usaban gafas cuadradas. Estaban sorprendidos con una noticia que había aparecido esa mañana en la página cultural de los periódicos. La nota se refería a un hombre que había decidido vomitar sobre ciertas obras de arte célebres. Aquel sujeto comía piñas o frambuesas hasta hartarse. Acto seguido arrojaba sobre las obras un vómito amarillo o rojo según fuera la fruta que hubiera ingerido. Lo amparaban las leyes de los países donde había cometido el acto, pues no podía probarse que fuera intencional. Izu los escuchó sin hacer comentarios. Luego les dijo que tenía prisa. ... Izu contaba con un salón en casa de sus padres donde se dedicaba al trabajo intelectual. Cuando se matriculó en la universidad, le acondicionaron una pequeña estancia que alguna vez había servido para la ceremonia del té. Daba a un jardín pequeño, que si bien era algo refinado no se comparaba con el que Izu disfrutaba después de su boda. A veces, Izu le pedía a Etsuko que trasladara su futón al estudio. En esas ocasiones dormía allí, en lugar de la sala principal de la casa donde descansaban todos los miembros de la familia. Del estudio se salía al jardín a través de unas puertas corredizas. En los días soleados y calurosos, las puertas se abrían de par en par. Los libros, los cuadernos de apuntes y la máquina de escribir Olivetti eran entonces iluminados por una luz fulgurante. Por el jardín pasaba un riachuelo. Pero como el terreno era en pendiente, resultaba imposible que sobrevivieran los peces que trató de criar. Debía contentarse con el rumor del agua corriendo. Con el frescor que, de cuando en cuando, entraba por la ventana. ... Dos días después del dictamen del maestro, Izu se dispuso a trabajar en la condensación necesaria para publicar el artículo en la revista. Estaba a punto de hacerse de noche. Un viento frío venía del sur, lo que impedía que se viera más allá de los límites del jardín. Las puertas y ventanas estaban cerradas. Izu se había puesto un kimono grueso y unas medias de lana. Ese día no tenía previsto salir. Había regresado una hora antes de la universidad y su único deber, además del trabajo encomendado, era el de acostar a su padre. Las tres mujeres de la casa debían trasladarlo por las noches al futón donde dormía. Una vez acomodado, la madre le dejaba junto a la cabeza una toallita para el tratamiento de la mañana siguiente. Antes de acostarse, Izu, debía rezar las oraciones del monje Magetsu, del que su padre y toda su familia eran devotos. Según la leyenda, Magetsu fue el iniciador del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras, que durante siglos se practicó furtivamente. Mientras rezaba, Izu daba masaje en los pies al padre, siguiendo los preceptos de la técnica shiatsu que había leído en un manual. ... En las mañanas, Izu le aplicaba al padre otro tratamiento. El médico le había enseñado la manera de hacerlo. Cada sesión duraba un promedio de hora y media. Inmediatamente después de levantarse, debía acercarse al lugar donde su padre dormía y mirar fijamente sus párpados cerrados. Tenía, al mismo tiempo, que colocar su mano derecha en la frente del enfermo. Soplabá, después, suavemente sobre su rostro. En aquel momento la madre, que dormía en un futón a pocos centímetros del lugar, solía despertar. Casi sin desperezarse, se levantaba para ayudar a su hija. Era muy curioso verla, a esas horas de la mañana, con el largo cabello blanco y despeinado. Debía sostener a su esposo por los brazos, para que Izu comenzara a dar masaje en la zona alrededor del cuello. Izu presionaba allí con el dedo índice de una mano, mientras que con el mismo dedo de la otra oprimía la clavícula. Se detenía en esa región casi una hora. Las dos mujeres ignoraban si aquellas sesiones le eran o no agradables al padre. El paciente no parecía estar despierto mientras era sometido al tratamiento. Sólo de cuando en cuando, emitía unos sonidos

cuyo significado ni la madre ni la hija lograron nunca desentrañar. Otras veces, el anciano despedía un interminable hilo de saliva, que la madre limpiaba con la toallita que por las noches dejaba para ese fin junto a su futón. Concluido el proceso, las dos mujeres trasladaban al padre al lugar en el que pasaba el día. ... Una semana después de que Izu visitó la colección de piezas tradicionales, se produjo la primera señal del señor Murakami. A las nueve de la mañana, cuando Izu ya había terminado de aplicar el tratamiento a su padre y estaba preparándose para ir a clases, el automóvil negro se estacionó frente a la verja. El chofer bajó, llamó a la puerta y depositó en los brazos de Etsuko un ramo de orquídeas negras. Por aquel sonido que irradió vida a la colección, decía la nota que lo acompañaba. Al día siguiente Izu recibió la llamada de la asistente invitándola, de parte del señor Murakami, a un restaurante céntrico. No aceptó. Adujo un compromiso. Luego fue a su estudio y se acercó a las ventanas para mirar el jardín. A pesar del frío, las entreabrió para respirar el aire helado. Pensó en el resumen que acababa de hacer de su ensayo. Por pudor había eliminado algunas de las afirmaciones más contundentes. Sin cerrar las ventanas, se dirigió a su escritorio. Después de revolver algunos papeles, tomó asiento. Cinco minutos más tarde, empezó a teclear en la máquina. Estaba redactando nuevamente el texto original. ... Durante los días siguientes, los regalos continuaron llegando sin interrupción. De manos de Etsuko, Izu recibió perfumes, tallas artesanales que conmemoraban las distintas muertes del monje Magetsu, las flores más extrañas, así como catálogos de arte tradicional. Todos los objetos iban, casi siempre, acompañados de una tarjeta que aludía a su voz. El señor Murakami incluso la llegó a comparar con la de la diosa Tamabe, que con sólo dos trinos había conseguido que los cielos dieran origen a las semillas del arroz. Izu advirtió que nunca nadie había reparado en su voz. Salvo en una ocasión, cuando uno de los ganadores del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras le obsequió la cinta que había usado en la contienda. Dijo que lo hacía en agradecimiento a los vitores angelicales que había escuchado durante la lucha. El jugador aseguró que aquellos trinos lo habían impulsado a ganar. Tras mandar durante algunas semanas distintos presentes, el señor Murakami envió una pulsera de oro. Izu la recibió desconcertada. No quiso que la viera su madre, por lo que se encerró en el cuarto de baño. Cuando estuvo sola se probó la joya, y pasó cerca de media hora contemplando cómo lucía en su antebrazo. Izu tenía la piel un tanto tostada y sus brazos mostraban el aspecto propio de las mujeres de Ochún. El tono de piel y la peculiaridad de su figura delataban el cruce de procedencias que había en su sangre. Mientras que su padre era oriundo de un pueblo guerrero del centro del país, su madre provenía de las pequeñas islas del archipiélago. Desde niña, el físico de Izu había llamado la atención. Fue toda su vida consciente de ello, pero nunca le gustó demasiado que sólo apreciaran su apariencia. Siempre trató de demostrar que lo realmente importante era su determinación para enfrentar, con valentía, las distintas situaciones que se le iban presentando. ... Una vez que hubo observado lo suficiente la pulsera en el brazo, le ordenó a Etsuko que el siguiente fin de semana fuera a devolver la joya. La empaquetó con cuidado, para que no se notara que la había abierto. Etsuko obedeció, y el sábado caminó sola con destino a casa del señor Murakami. Izu se esmeró en que fuera bien presentada. La vistió con un kimono de galas menores. Etsuko se fue alejando, poco a poco, con el paquete en las manos. Tardó varias horas en regresar. Izu la esperó ansiosa. Quería saber cómo había reaccionado el señor Murakami ante su rechazo. La tardanza la llevó a pensar, por un momento, en un accidente. Cuando Etsuko por fin volvió, la notó más pálida que de costumbre. Al preguntarle por su demora, Etsuko contestó que el señor Murakami no estaba en su casa. Había tenido que esperar varias horas en el vestíbulo antes de entregarla. Cuando Izu quiso seguir indagando, Etsuko se retiró sin decir una palabra más. ... El artículo fue publicado en enero. Resultó sorprendente la rapidez con la que apareció, teniendo en cuenta que la autora era una desconocida. Pocos días más tarde, dejaron de llegar los regalos a la casa. Izu esperó una semana antes de llamar al señor Murakami. Quería disculparse por haber rechazado la joya y agradecer las demás atenciones. Le contestó la misma asistente que la había llamado para transmitirle la invitación a cenar. Dijo que no había nadie en casa, pero que en cuanto llegara su señor ella misma se encargaría de darle el recado. El señor Murakami no devolvió la llamada. Izu volvió a hablar por teléfono la semana siguiente. Nuevamente la atendió la misma empleada, quien otra vez le aseguró a Izu que su señor no estaba en casa. En aquella segunda ocasión, el señor Murakami tampoco llamó. ... Al día siguiente, después de las clases en la universidad, Izu se presentó en la pequeña oficina del maestro Matsuei Kenzo. Quería saber qué consecuencias había tenido la publicación del artículo. El maestro le contestó que precisamente acababa de hablar con el director de la revista de arte donde había aparecido su ensayo. Por lo visto, hasta ese momento no había sucedido nada. Era extraño, porque habitualmente los afectados por alguna crítica pagaban avisos en los diarios para desmentir las opiniones vertidas. El maestro Matsuei Kenzo también dijo que el director estaba muy contento con la crítica. Al fin alguien se ha atrevido a desenmascarar a un falso coleccionista, fueron sus palabras. En ese instante Izu pensó que nunca había querido desenmascarar a nadie pero le agradaba que el director estuviera satisfecho. Antes de irse, le preguntó al maestro Matsuei Kenzo de qué manera podía cobrar sus honorarios. ... El director de la revista se llamaba Mizoguchi Aori. A instancias del maestro Matsuei Kenzo, Izu fue a verlo la semana siguiente. Llevaba un abrigo con botones forrados. Febrero estaba empezando, y aquella tarde había sentido tanto frío que tenía puestos unos guantes oscuros. Para evitar la luz del sol de invierno, decidió colocarse unos anteojos de vidrios ahumados. Se los había quitado al entrar. Los llevaba encima de su peinado. Las oficinas de la revista estaban situadas en un espacio agradable. Se habían decorado con muebles de

líneas precisas, cubiertos con placas de formica. En la entrada había dos lámparas de pie con luces graduables, y un par de palmeras enanas. De las paredes colgaban reproducciones de pinturas tradicionales y de arte moderno. El director vestía de negro. Era un hombre de unos treinta y tantos años, que estaba comenzando a perder cabello. Lo acompañaba un perro danés, que se mantuvo todo el tiempo echado en la alfombra en un rincón de su despacho. En las paredes de esa sección, sólo había reproducciones de Francis Bacon. El director Mizoguchi Aori la recibió personalmente. Después de saludarla, le dijo que su artículo era muy valiente. Comentó también que era tal el silencio que había seguido a la publicación que estaban desconcertados. Mizoguchi Aori sólo sabía que el jueves anterior, en la reunión semanal con sus amigos, el señor Murakami había sido víctima de burlas sutiles. Durante toda la cena, el señor Murakami había estado muy serio. No adoptó, ni lejanamente, la complaciente actitud que tomaba con esos mismos amigos cuando criticaron la compra del coche y sus tratos con las tropas de ocupación. ... Izu comenzó a sentir remordimiento por su conducta. Algo le hacía sospechar que había actuado de manera apresurada. En realidad la idea inicial no le pertenecía, pensaba. Había sido el maestro Matsuei Kenzo quien le había asignado la tarea de hacer un trabajo sobre la colección Murakami. En clases previas se había hablado, muchas veces, del peligro que suponían los coleccionistas improvisados. Eran los que, sin fundamento, se atrevían a dar las pautas al mundo del arte, sostenía el maestro casi siempre en forma acalorada. Mientras Izu, sentada en su estudio, intentaba concentrarse en una monografía que debía entregar al día siguiente, trató de descubrir las verdaderas causas que la habían llevado a escribir aquellas impresiones sobre la colección. Tecleaba con furia en su máquina Olivetti. ... El señor Murakami tenía un aspecto compacto, de piernas y brazos cortos. Era calvo y su cabeza formaba una circunferencia casi perfecta. De las orejas un tanto puntiagudas sobresalían algunos vellos, que seguramente la mañana en que se conocieron había olvidado emparejar. Por un momento, el señor Murakami le pareció la triste cúspide a lo que en ese momento podía aspirar como mujer. El tiempo se le estaba yendo demasiado aprisa. Le parecía que apenas ayer asistía, junto a su padre, a ver el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que se practicaba cada sábado en el sótano del negocio familiar. En ese instante, sintió que no había vivido lo suficiente. De pronto tenía veinticinco años y, sin haberlo buscado, un pasado motivo de vergüenza al haber estado a punto de casarse en dos ocasiones. ... Cuando Akira, su primer pretendiente, murió, Izu se preparaba para ingresar a la universidad. Debido a la enfermedad del padre había retrasado algunos años la fecha de inicio de sus estudios superiores. Por eso, cuando se decidió a presentar su examen de admisión, muchos de sus compañeros de escuela eran ya profesionales. Los novios convinieron en que Izu estudiaría durante los primeros años de matrimonio. Los padres de Akira se opusieron de manera rotunda a ese acuerdo. No querían que su hijo se casara con una intelectual. Nunca la vieron con buenos ojos. Por ese motivo, en los funerales del hijo ni siquiera le asignaron un lugar a la altura de su rango. La sentaron con los parientes lejanos de la familia. Tampoco le correspondió ninguno de los huesos que quedaron después de la incineración. La tarde que Akira murió Izu regresaba de la casa del maestro Mitsubishi, quien impartía las clases particulares necesarias para aprobar las pruebas de ingreso a la universidad. Su madre la esperaba frente a la puerta. Al verla llegar, se abalanzó a recibirla. Izu sospechó que, tal vez, le había sucedido algo malo a su padre. En ese entonces su enfermedad comenzaba a ser realmente grave. Si bien es cierto que todavía no estaba postrado la jornada entera, ya mostraba dificultades para desplazarse por la casa. Deterioro progresivo del sistema linfático, había sido el dictamen del médico. Un proceso que acabaría matando al enfermo cuando los síntomas se manifestaran en las vías respiratorias. Cuando Izu preguntó qué ocurría, su madre se echó a llorar tapándose la cara con las manos. Tu novio tiene mal de rabia. Parece que no hay esperanza, dijo, y entró con rapidez. A Izu la noticia la dejó desconcertada. Cuando reaccionó, salió corriendo a la casa de Akira. Vio algunos coches estacionados a la puerta. Llevaba consigo los cuadernos donde había estado apuntando las enseñanzas del maestro Mitsubishi. No había podido ver a Akira durante la última semana. Sus estudios la habían mantenido ocupada. Había llamado a su novio dos veces, pero la familia se negó a comunicarla. Le dijeron que estaba ligeramente enfermo, y no podía levantarse a contestar el teléfono. Cuando Izu iba a entrar, salió un médico acompañado de dos enfermeros. Una mujer, de pie junto a la puerta, le informó que las visitas no tenían permitido traspasar el vestíbulo. La mujer se había hecho un extraño peinado y llevaba un suéter de color rosa. Izu creyó reconocerla. Meses después, recordaría que era la tía preferida de Akira. Supuso entonces que aquel peinado se lo había hecho antes de enterarse del trance final de su sobrino. La mujer le dijo que, previo al retiro del cadáver, el médico había ordenado una desinfección a fondo. Izu sintió un intenso calor en la espalda. No habló una palabra en el funeral. Durante todo el tiempo que duraron las exequias, Izu únicamente pudo pensar en que debía regresar a su casa para preparar el examen de ingreso. Si lo superaba, sus padres habían prometido convertir el salón destinado a la ceremonia del té en un estudio en el que podría dedicarse con disciplina a su tarea intelectual. También trató de recordar las enseñanzas que, en esos días, le había impartido el maestro Mitsubishi. ... Izu conoció a su segundo pretendiente cuando estaba en el tercer semestre de la carrera. La familia de Tutzio, era el nombre de aquel aspirante, había hablado meses antes con sus padres. Estaban preocupados por la soltería del hijo menor. Sus hermanos vivían en los Estados Unidos. El mismo Tutzio había residido un tiempo allí. Tenía aficiones poéticas y, alentado por un grupo de amigos literatos, había viajado a México para experimentar ciertas situaciones que la familia no supo explicar con exactitud. Los

hermanos lo habían mandado de regreso a casa, advirtiéndole que no lo recibirían nuevamente si no era con una esposa y con la intención de instalar un negocio. A los padres de Izu les dijeron que buscaban arreglar un compromiso para su hijo. A Izu no le desagradó aquel muchacho. Siempre había sentido atracción por los hombres de su país que conocían Occidente y lograban, de alguna manera, poner en práctica lo mejor de las dos culturas. Sin embargo, a los pocos días de conocerlo su conducta comenzó a parecerle algo inusual. Le dio la impresión de que Tutzio se aburría cuando estaban juntos. Lo único que su prometido hacía cuando la visitaba en su estudio, era llamar constantemente a casa de sus padres para decirles que estaba allí. Le hablaba, además, con demasiada frecuencia a Osamu Dazai, a quien consideraba el único escritor verdadero del siglo. Izu se apresuró a comprar sus libros y los leyó furtivamente. Le parecieron historias tristes. En alguna ocasión expresó su punto de vista. Tutzio, ni siquiera le contestó. Tampoco decía nada cuando ella hacía un recuento de la verdadera historia de arte del país, tal como la habían estructurado algunos maestros modernos de su universidad y no los historiadores oficialistas. Pasaban juntos todas las tardes. Al anochecer desaparecía, no sin antes introducir a Izu en los matorrales que había a un lado de la verja de entrada. Allí acariciaba su cuerpo con atrevimiento. Cuando pocas semanas antes de la boda Tutzio le anunció que iba a San Francisco a preparar una vida futura para ambos, Izu presintió que no lo volvería a ver. A pesar de que antes de irse le había hecho un regalo simbólico. Le ofreció una cajita con su ombligo de bebé. Le aseguró además que compraría un otsu de tierra para que los sepultaran juntos. Luego de la partida de Tutzio, su madre empezó a visitar a Izu todas las tardes. Parecía que con aquellas horas buscara suplantar la presencia de su hijo ausente. Un año después, la madre de Izu tuvo que pedirle que no volviera más. Lo solicitó con delicadeza, diciéndole que su hija necesitaba ese tiempo para dedicarlo al estudio. ... La esperada llamada del señor Murakami no llegó en los días siguientes. Como de costumbre, Izu dedicó sus jornadas al estudio y al cuidado de su padre. La familia era dueña de unos almacenes en el centro de la ciudad. Unos años antes, el padre había sido uno de los administradores. Después fueron sus hermanos quienes se ocuparon del negocio. Todos los meses, depositaban en el banco la parte que le correspondía de las ganancias. A pesar de haber gastado mucho dinero en médicos y medicinas, no se notaban en el hogar síntomas de carencia. Parece que el padre de Izu había sido lo suficientemente precavido como para poder afrontar sin angustias cualquier imprevisto. Pero pese a la seguridad económica, a Izu le habría gustado tener un trabajo fuera de casa. Sus clases eran, por lo general, en las mañanas. Le quedaba la tarde libre. Deseaba un empleo porque sentía que el ámbito universitario comenzaba a resultar estrecho para sus intereses. Desde la infancia había querido ser parte activa de la vida pública. Siempre había intentado demostrar que estaba preparada para enfrentarla. Ya a los once años había escrito un tratado sobre el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras para evidenciar que contaba con los recursos intelectuales necesarios. Había sido también la más hábil de entre sus compañeros para llegar antes que ninguno a la casa de la bruja Higaona. Sin embargo, pese a haber tenido siempre el firme propósito de trabajar nunca había hecho nada concreto para llevarlo a cabo. ... A mediados de febrero, al terminar una clase de crítica del arte, Izu fue requerida por el maestro Matsuei Kenzo. Cada vez que era llamada por él, las demás alumnas se arremolinaban a su alrededor. A Izu le avergonzaba semejante comportamiento. Sobre todo, por el temor de que el maestro pudiera pensar que Izu era igual a ellas. En aquella ocasión el maestro Matsuei Kenzo vestía un traje de tres piezas, gris con rayas casi imperceptibles. Su camisa era de una blancura impecable. El maestro Matsuei Kenzo tenía el encargo de entregarle una invitación de Mizoguchi Aori. ... Izu supo entonces que había sido convocada para la fiesta de aniversario de la revista, que se llevaría a cabo dos meses después. Estaba programada para la última noche del invierno. Primero habría un coctel en las instalaciones y luego una cena en un restaurante situado en el centro antiguo de la ciudad, frente a la explanada donde se presentaban las Mujeres Cerezo. El restaurante lo frecuentaban personajes del ambiente artístico e intelectual. Se cuenta una anécdota bastante triste del día en que lo visitó el ganador del Premio Nobel. En ese entonces, era ya un anciano disminuido con el cuerpo enjuto. Fue tal el agarrotamiento que atacó sus pies antes de cenar, que resultó imposible quitarle los zapatos para entrar al privado. Los miembros del servicio, diligentes y nerviosos, adecuaron unos tapetes en el lugar que ocuparía para que pudiera comer con los zapatos puestos. Eso ocurrió pocos días antes de que abriera la llave del gas de su casa y se suicidara. ... Dos días más tarde, llamaron a Izu de la revista para confirmar su asistencia. Los festejos terminarían tarde. Tenía que decirle a su madre que esa noche no la esperara despierta. Había planeado salir de su casa después de trasladar al padre al futón, y proponerle a la madre que, sólo en aquella ocasión, fuera Etsuko quien rezara las oraciones al Profeta Magetsu y practicara los masajes de shiatsu. La secretaria de Mizoguchi Aori le informó que habría servicio de taxi pagado por la revista. Después de colgar Izu se sintió satisfecha, no sólo por haber sido invitada sino, sobre todo, por la llamada de confirmación. Pensó, de inmediato, en la ropa que debía ponerse. Justamente ese día, Etsuko lo había dedicado a envolver algunos de los kimonos que se usaban durante la primera parte del invierno. Había utilizado papeles de seda para guardarlos. Dentro de cada uno colocó algunas bolitas de naftalina. De acuerdo con la tradición, esos kimonos no podían seguir usándose después de esas fechas. No importaba que el frío continuara ni que fuera, incluso, más intenso. En esa época era obligado usar los de tela un tanto más ligera. Sabía que no podía pedirle a Etsuko que desenvolviera ninguno y menos para ponérselo dos meses después, que era cuando se llevaría a cabo la celebración. Concluyó que lo más adecuado sería

llevar un vestido negro con escote, y como único adorno un collar de perlas cultivadas. Recordó que el vestido negro que poseía hacía juego con la pulsera que le había mandado el señor Murakami meses atrás. Lamentó que, por reglas que de ninguna manera podía ignorar, tuviera que haberla devuelto. Luciría también un abrigo de piel de kohatsu. Probablemente sería presentada como la autora del texto sobre la colección Murakami. Estaba segura de que aceptar esa invitación significaba un paso importante en su carrera. Se le ocurrió que ir vestida a la moda occidental acrecentaría el impacto de su artículo. Debía demostrar, con sus modales y su atuendo, que no compartía el criterio artístico del grupo de Conservadores Radicales quienes, pese a su celo y cultura, nunca habían encontrado irregularidades en la muestra que Izu se había tomado el trabajo de analizar. ... Cuando comenzaba a anochecer Izu se acercó a su madre, quien se encontraba en la estancia principal leyendo en voz alta el periódico, una costumbre que había desarrollado casi al mismo tiempo que la enfermedad de su marido avanzaba. Al principio, lo hacía convencida de que el enfermo seguía su discurso. Pero ahora le era imposible saber si escuchaba. A veces, mientras su mujer leía, el padre destilaba un hilo de saliva por las comisuras. Según Izu, aquélla era la señal de que estaba pendiente de la lectura. Pese a todo, cada vez eran menos las ocasiones en que aquel hilo se hacía visible. Izu le dijo que quería hablarle antes de acostar al padre. Le pidió hacerlo en privado. La madre se levantó, y dejó el periódico. Juntas fueron al estudio. Sin decirse nada, se acercaron a la ventana. El canto de los pájaros de invierno había cesado. Pese a que una sombra negra inundaba los rincones del jardín, aún había restos de luz. La madre dijo que ya era tiempo de encender las lámparas que colgaban de los árboles. No importaba que el frío fuera persistente. Había que prenderlas. Esas luces no se encendían en las fechas más frías del año. En ese periodo se debía respetar la sensación de que se estaba aislado del mundo. Aparte de ser una costumbre ancestral, que sobre todo la gente de las islas cultivaba desde siempre, para la madre era agradable hacerse a la idea de que aquellos meses podían tener una utilidad práctica. La de reflexionar, desde el encierro, sobre los sucesos que habían ocurrido el resto del año. Cuando la madre volvió a mencionar el calendario para referirse a que se debían encender ya las luces y reanudar así la vida social, Izu aprovechó para hablar de la invitación al aniversario de la revista. Aquélla sería la primera vez que saldría sola de noche. Era difícil explicarle a la madre que primero iría a un coctel, después a una cena y que regresaría en la madrugada. Tenía que sugerirlo de una forma delicada. Podía provocar el llanto de la madre. Izu comprendía que, para ella, esa salida podía significar el fin de una etapa. Si su hija salía sola de casa, jamás volvería a ser cortejada como lo exigía la tradición. ... Previendo una posible reacción desagradable, Izu prefirió comenzar mencionando el artículo de la revista. Continuaban frente a la ventana, pero se habían sentado en unos cojines azules. Le contó también las metas que se había trazado en la vida. Le aseguró que no le importaba haber dejado de lado los asuntos sentimentales si esa decisión le permitía dedicarse a ser una crítica destacada. Quizá a su padre no habría tenido que decirle tantas cosas. Desde pequeña se había encargado de mostrarle sus méritos y estaba segura de haberlo conseguido. Aquélla era una de las razones por las que pensaba que, en cierta medida, había escapado a la educación que recibieron sus compañeras. Sin embargo, siempre supo que con su madre las cosas eran diferentes. La veía apreciando el mundo como un lugar demasiado reducido. No quería alarmarla. Debía ser cuidadosa. La madre estaba enterada de que su hija había publicado un artículo, pero ignoraba los detalles y las consecuencias que eso había supuesto. Izu le explicó por eso algunos pormenores de la verdadera naturaleza de su crítica. A la madre le preocupó que su hija pudiera haber causado algún daño. Izu la tranquilizó diciéndole que precisamente para que no hubiese una interpretación incorrecta, debía ir a las celebraciones de aniversario. ... Inexplicablemente, el tres de marzo fue un día soleado. Amaneció con esa luz intensa que sólo es posible apreciar durante determinados mediodías. A Izu le agradó aquella atmósfera. A pesar de que sabía que el frío continuaba igual, el amanecer le dio la esperanza de que pronto el clima iba a cambiar. Salíó a sus clases después de practicarle los ejercicios al padre. Desde que a Izu le adecuaron el estudio, el padre había empeorado notablemente. Por eso nunca le había sido posible matricularse en los primeros cursos del día. Se había atrasado en unas cuantas materias, lo que demoraría su graduación quizá un año más. Ese rezago era otra de las razones por las que empezaba a desilusionarse de la vida académica. En un comienzo, creyó que en esa universidad le iban a enseñar todo lo necesario para convertirse en una profesional competente. Sin embargo, con el paso del tiempo descubrió que sólo le darían ciertos principios. Después de cuatro años y medio de asistir a clases, de ocho semestres esperando recibir la educación artística necesaria de sus maestros universitarios, Izu había comprendido que mientras la organización del programa y del método de aprendizaje siguiera en manos del Grupo de Conservadores Radicales, no lograría cubrir las lagunas que le impedían, a ella y a sus compañeros, entender la verdadera esencia del arte moderno. Si quería saber algo más, lo cual parecía vedado al resto de los estudiantes, debía buscarlo en otra parte. Tenía la sensación de que ya comenzaba a encontrarlo. La incipiente relación con el maestro Matsuei Kenzo y con Mizoguchi Aori, era un avance importante. Estaba convencida de que con ellos aprendería todo lo que no le enseñaban en sus cursos regulares. ... Precisamente, aquella mañana ambos la habían visto pasar frente a la ventana de la pequeña oficina donde se encontraban trabajando. El maestro Matsuei Kenzo ocupaba una oficina mínima, que sólo contaba con un escritorio, dos sillas y un pequeño futón. El maestro llegaba temprano por la mañana, y solía quedarse hasta la noche. Estaba redactando un libro de carácter didáctico sobre la historia del arte nacional, dirigido a los estudiantes de los últimos años de bachillerato. De cuando en

cuando lo visitaba Mizoguchi Aori, quien acostumbraba quedarse un par de horas. Los dos hombres vieron a Izu cuando se dirigía a su curso de apreciación artística. En ese momento, Izu miró accidentalmente hacia el edificio de profesores. El maestro Matsuei Kenzo y Mizoguchi Aori le hicieron entonces desde la ventana un gesto con la mano. Izu se avergonzó. Siguió caminando. Aún faltaban unos minutos para el comienzo de la clase. Izu llegó al aula y tomó asiento en el primer pupitre del lado izquierdo. En aquella ocasión llevaba un suéter muy grueso de cuello de tortuga. Era de lana jaspeada y le llegaba hasta las orejas. El cabello suelto le caía sobre la cara, cubriéndole ligeramente un ojo. De pronto, el maestro Matsuei Kenzo y Mizoguchi Aori entraron al aula causando cierto asombro entre los estudiantes, quienes esperaban a la diminuta maestra Takagashi. Mizoguchi Aori fue el primero en acercarse a Izu. Le dijo que deseaban tomar un café con ella ese mismo día. El maestro Matsuei Kenzo se mantuvo unos pasos atrás. No dijo nada. A Izu le agradó el contraste entre esos hombres y los estudiantes. Como la primera vez que lo vio, Mizoguchi Aori vestía de negro. Sus zapatos eran de gamuza. Aparte de la elegancia, encontró algo irónico en ellos. Lo notó observando la forma en que hablaban, su manera de sonreír. Advirtió además que el maestro Matsuei Kenzo no era el mismo cuando estaba al lado del director de la revista. Izu creyó entender que querían ofrecerle una estrategia para que pudiera responder a las preguntas incómodas que seguramente le harían con relación a su artículo durante la fiesta de aniversario. A Izu le molestó que sus compañeros escucharan la conversación. Le desagradó especialmente la actitud de las muchachas, quienes de inmediato empezaron a cuchichear como siempre. ... Antes de salir del aula, el maestro Matsuei Kenzo dijo repentinamente que no podría ir a tomar café con ellos. Señaló que acababa de recordar una cita programada para esa misma hora. Mizoguchi Aori pareció molestarse. Dio media vuelta y salió del aula. Un momento después, la maestra Takagashi entraba en el salón. Le sorprendió la presencia del maestro Matsuei Kenzo. Ambos habían sostenido más de una polémica en el ámbito académico. Tenían criterios divergentes. Pertenecían a diferentes líneas políticas, que entrarían en contienda en las casi inmediatas elecciones universitarias. Pese a todo, se saludaron con cortesía. La maestra Takagashi esperó a que saliera para dirigirse a sus alumnos. Uno de ellos le recibió el fuguya que siempre llevaba consigo. Sentada en su pupitre, Izu no supo si la invitación seguía en pie. Súbitamente, el maestro Matsuei Kenzo regresó y, tras disculparse con la maestra Takagashi, se dirigió a Izu para decirle que la esperarían tal como estaba acordado. El director Mizoguchi Aori estará en el comedor universitario a las dos, dijo antes de volver a pedir disculpas a la contrariada maestra Takagashi por la interrupción y retirarse.... Durante sus años de casada, la señora Murakami acostumbraba esperar a su marido despierta hasta altas horas de la noche. Desde el final de la tarde lo tenía todo preparado para su llegada. Tenía arreglados con Shikibu los detalles de la cena. El señor Murakami era muy afecto al somobono, tal como lo preparaban en su familia desde que la anguila fue un artículo de consumo no restringido. Pero, pese a todos los esfuerzos era infrecuente la ocasión en que el señor Murakami cenaba en casa. A veces no aparecía en varios días. De nada le servía entonces a la señora Murakami vestirse diariamente de forma especial para agradar a su marido. Casi siempre usaba batas de colores iridiscentes, que el mismo señor Murakami le llevaba a casa. El marido nunca reveló la procedencia de aquellas ropas. Extrañamente, las ausencias de su marido no llevaron a la señora Murakami a sospechar una infidelidad. El secreto parecía estar en el bungalow, que el señor Murakami se había hecho construir cerca del monte principal. Nunca se lo confesó abiertamente, pero la señora Murakami sabía que esa pequeña construcción era un viejo sueño que su marido no había podido cumplir mientras estuvo casado con su primera mujer, la honorable y enfermiza Shoshatsu-Tei. Sabía también que finalmente había sido levantado según un diseño traído de Europa algunos años atrás. Era curioso que, pese a las circunstancias del matrimonio, la señora Murakami aguardara con impaciencia el regreso de su marido cada noche. ... El somobono, que religiosamente preparaba la vieja sirvienta, casi siempre se echaba a perder. Ya antes de comenzar a prepararlo sabía que probablemente no sería consumido, por lo que casi nunca usaba los ingredientes correctos. Le parecía absurdo recorrer los mercados del centro en busca de la gelatina dulce para preparar un plato que nadie probaría. Hacía falsos somobonos, como los que aparecen hechos en cera en las vitrinas de algunos restaurantes. A pesar de sus años, Shikibu se mostraba vigorosa. Sólo en su rostro se descubría la huella de los años. A veces espolvoreaba su cara hasta dejarla de un blanco opaco. Solía hacerlo en las primeras horas del día, antes de salir a realizar las compras a un mercado cercano. Sin embargo, a lo largo de la jornada el maquillaje se iba deshaciendo y muchas veces caían partículas de polvo de arroz en los platos que preparaba. ... Además del somobono de anguila, otra de las recetas preferidas del señor Murakami eran los rollos de algas con arroz, una comida sencilla que daba mucho de que hablar entre la servidumbre. Se sabía que tenían como fin mantener el vigor de quien los comiera. En las casas donde el jefe de familia era algo mayor, el servicio redoblaba sus esfuerzos para encontrar algas realmente concentradas. Shikibu las tostaba hasta dejarlas crujientes. Luego las cocía con el arroz. Los sudares donde se asaban eran siempre de metal. Su madre le había enseñado a usarlos. Antes había habido uno en la casa, también importado, pero no de metal sino de bambú. El paquete en el que llegó incluía las instrucciones de uso escritas con extraños caracteres, que el padre del señor Murakami logró descifrar después de muchos esfuerzos. A veces los rollitos eran acompañados de tutsomoro o de jiru-matsubae. Esa forma de preparar los alimentos había sido habitual en la familia por generaciones. Shikibu la había aprendido en la infancia. En esa época el padre del señor Murakami aún mantenía relaciones con el Japón. Más de una

vez, la vieja sirvienta habló con la señora Murakami sobre sus recuerdos de esos tiempos. En aquel entonces, algunos miembros de la familia hacían largos viajes a aquellas islas. Pero Shikibu no las había vuelto a oír nombrar desde que se difundió la terrible noticia de que una bomba lo había convertido en un país en ruinas. ... El señor Murakami casi nunca varió la cantidad de rollitos que consumía habitualmente. Ni siquiera dejó la costumbre en su periodo de residencia en el extranjero que llevó a cabo en su juventud. Tampoco cuando regresó y se casó con la honorable y enfermiza Soshatsu-Tei. Durante su largo viaje por Europa, donde viajó interesado en apreciar los avances que podía haber en arquitectura, descubrió un recóndito restaurante donde una mujer corpulenta preparaba los rollitos tal como siempre los había comido. Más de una vez los consumió acompañados de carne de cerdo en lugar de jiro-matsubae. Al señor Murakami parecía no importarle desplazarse largas distancias entre su alojamiento y el pequeño restaurante. Efectuaba el trayecto varias veces a la semana. Sobre todo en las tardes. En el camino de ida pasaba casi siempre frente a la fuente de la Kinderschwartzplatz y el Jardín Zoológico, sus lugares de paseo preferidos. ... Un año antes de la boda, la madre de Izu la despertó una mañana más fría de lo habitual. Estaban a finales del invierno. Señaló alarmada que el riachuelo del jardín tenía una gruesa placa de hielo. Había oído por la radio que las actividades en la ciudad estaban suspendidas. Pocos días antes, la madre le había comunicado a Izu que pensaba encender las luces de los árboles como símbolo de que la familia se reintegraba a una vida normal. Sin embargo, esa mañana la madre se mostró temerosa de que semejante clima fuera a durar varios meses. Recordó otro invierno que se prolongó incluso por un año entero. Era un mal presagio. En aquel periodo, el padre de Izu fue acusado de responsabilidad penal por la muerte violenta de dos empleados del almacén. Se le acusó también de organizar en la clandestinidad los juegos de tres piedras blancas contra tres piedras negras. El padre tuvo que soportar una serie de comparecencias, trámites y amenazas de encarcelación. Todo cesó cuando los rayos del sol calentaron nuevamente la casa. El padre debió sufrir prisión preventiva unas cuantas semanas. Parece que el tiempo suficiente para que, después de su absolución, comenzaran los primeros síntomas de la enfermedad. ... Cuando aquella mañana fue despertada por su madre, Izu había imaginado, entre sueños, al señor Murakami levantándose de la cama en medio de aquel frío. A una hora desusada, además. Lo vio dirigiéndose antes de que amaneciera a la parte de la casa donde tenía instalada su colección. Querría, seguramente, verla a la luz creciente de una atmósfera helada. Recorrería las piezas teniendo como fondo la escarcha adherida a las ventanas, que se iban iluminando con los primeros rayos de luz. A Izu aquella aparición se le hizo muy extraña y pensó ilusamente que debía buscar acercársele. ... Unos minutos después, Izu le avisó a Etsuko que esa mañana no podría darle a su padre el tratamiento acostumbrado. Le pidió que se hiciera cargo, junto con su madre, de los diferentes tipos de masaje que le debían efectuar. Le dijo también que no olvidara retirar la toallita colocada junto al futón. Era importante que si destilaba saliva esta no cayera al suelo. Cuando Etsuko la miró algo extrañada, Izu le dijo que a pesar del frío de aquella mañana quería salir de inmediato a la calle. Iría a casa del señor Murakami. Le ordenó que sacara uno de los kimonos de la primera etapa del invierno. Etsuko quedó inmóvil. No miraba hacia Izu sino a sus propios pies, enfundados en medias blancas de lana. Izu tuvo que repetir la orden. ... Desenvuelve el kimono ámbar, no hay tiempo que perder. Sé que deberíamos esperar la llegada del próximo invierno para desempacarlo pero ahora eso no importa. No vayas a decir nada de mi salida, prosiguió. Di que estoy encerrada terminando un trabajo urgente, por favor. ... Le habría gustado pedirle a Etsuko que la acompañara, pero el médico había sido terminante al afirmar que un solo día sin ejercicios podía ser fatal para el enfermo. Mientras la miraba dirigirse al guardarropa, cambió de parecer y le pidió el kimono que había usado en su primera visita a la colección. Abrigaba menos, pero recordó la agradable impresión que aquel traje parecía haber causado en el señor Murakami. Pidió además que le alcanzara el abrigo de piel de zorro. ... Aquella mañana el tránsito era intenso. A primera vista resultaba poco visible el cese de actividades anunciado por la radio. Hubo muchos automóviles atascados a causa de la nieve. Más de uno había sufrido una colisión tras deslizarse en el hielo. Los camiones anaranjados del municipio parecían incapaces de dejar las calles en buenas condiciones. Algunos vecinos retiraban por su cuenta la nieve acumulada en las puertas. Pero para los niños todo aquello constituía una gran diversión. Ese día estaban cerradas las escuelas, y algunos construían muñecos en la entrada de las casas. En su camino Izu pudo descubrir las efigies del niño salvaje Kintaro, así como la del fiero y temido Tatsumaki. A pesar de que habitualmente las niñas tenían prohibido salir a hacer muñecos, el padre de Izu siempre se lo había permitido. Su preferido era Ketsamono, el duende que perdió los brazos practicando el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras en el paraíso. Algunos padres de familia parecían no haber escuchado a tiempo el aviso de la suspensión de actividades y habían llevado a sus hijos al colegio. Los habían depositado y partido, dejándolos desconcertados frente a las puertas cerradas. Para que en la casa no echaran de menos su ausencia, antes de partir Izu le había pedido a Etsuko que después de los ejercicios y del desayuno sacara el juego de go y organizara una partida con la madre. ... En su caminata, Izu se extravió en dos ocasiones. Tomó una avenida principal, pensando que la casa del señor Murakami se encontraba en la esquina siguiente. En su lugar halló un edificio moderno. La planta baja lo ocupaba un negocio de comida. Había una gran barra con la gente comiendo de pie. En las vitrinas que daban a la calle se exhibían los sushi, ramen y mategeshin de cera. Consideró apetecibles algunos de esos platos. Pensó al verlos en la importancia de las apariencias. Lo razonó de un modo simple, no como creía que era necesario tras los

cursos de estética a los que había asistido en la universidad y más aún tras su nueva relación con los maestros Matsuei Kenzo y Mizoguchi Aori. Caminó hasta un parque cercano, donde las hojas de los árboles mantenían en sus ramas gotas de agua congelada esperando algo de calor para por fin caer. ... Cuando llegó a casa del señor Murakami, Izu pareció arrepentirse de haber emprendido aquella travesía matinal. Durante la caminata había ido aminorando la importancia de su visita. Cuando advirtió que a pesar de las condiciones atmosféricas una anciana conducía una bicicleta por la ciclovía que cruzaba el parque, sintió una calma que la hizo sentir más abrigada. Al llegar a la acera frente a la casa, no supo qué hacer. El automóvil negro se encontraba estacionado en la puerta. El chofer lo acababa de limpiar, pues el pavimento alrededor del vehículo estaba libre de rastros de nieve o hielo. El señor Murakami debía encontrarse aún en la casa. Izu se detuvo en la acera de enfrente. ... Al observar con detenimiento, le llamó la atención que en la planta baja hubiera una luz encendida. pues se había imaginado al señor Murakami recorriendo, casi a oscuras, la colección. Lo había visto observar el contraste de las piezas con el gélido resplandor del amanecer. La luz que Izu miraba provenía de la galería principal. Las demás ventanas estaban con los visillos corridos. Izu observó, largo rato, la luz de la ventana descubierta y se dio cuenta de que provenía de una bombilla. Era extraño. Aquella muestra, en todo caso, debía estar, como siempre, iluminada sólo por pequeños mecheros alimentados con alcohol. Pero había una bombilla encendida. Sólo después de unos momentos, Izu reparó en la presencia de unos hombres detrás de la ventana. Reconoció la silueta del señor Murakami, su calva perfecta. De pronto, su visión se vio obstaculizada por un camión de carga que se estacionó tras el automóvil negro del señor Murakami. Izu aguardó unos momentos. No logró ver ya nada, salvo ese camión. Decidió irse. La mañana no daba trazas de mejorar. Un viento aún más intenso había comenzado a soplar del sur. Sentirlo la hizo reparar en que no había desayunado. Ni siquiera había querido aceptar el cuenco de té que Etsuko le ofreció mientras se preparaba para salir. Pasó nuevamente frente al negocio que exhibía las reproducciones en cera para promocionar su comida. La gente se arremolinaba dentro. Parece que el frío los obligaba a guarecerse más de la cuenta. Recordó que en el invierno que había durado un año entero fue preciso adoptar medidas de urgencia. Algunas familias instalaron por primera vez energía eléctrica en sus domicilios. Izu pensó en el escritor Junichiro Tanizaki, quien en su tratado Elogio de la sombra afirmaba que tales instalaciones podían llevar a la desaparición del espíritu propio de las casas orientales. Aquel año de invierno total los asuntos judiciales atormentaron de una manera significativa a sus padres. Izu conocía bien a los empleados del almacén muertos durante las prácticas del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras. Los había visto jugar en el sótano en más de una ocasión. Sólo después de un tiempo, cuando los abogados lograron minimizar los efectos que esas muertes causaron en la sociedad, Izu comprendió las razones que llevaron a su familia a convertir precipitadamente aquel sótano en un área destinada a productos de alta cocina importados del Japón. Los abogados defensores lograron que lo absolvieran después de compensar a los deudos. Pero, sobre todo, lograron su libertad después de apelar a la tradición. Tras largas deliberaciones, los jueces parecieron estar de acuerdo con la preservación de las costumbres atávicas. El caso incluso sirvió para legalizar la práctica de ese juego, pero se dictaron una serie de medidas, bastante estrictas además, para garantizar la integridad física de los jugadores. ... Mientras Izu pensaba en los sucesos ocurridos aquel año, se topó de pronto con Etsuko, quien venía caminando en sentido contrario y al verla se puso nerviosa. Llevaba puesto un abrigo que Izu le había regalado meses antes. Para no ofenderla con sus obsequios, Izu solía dejar sobre el tatami de Etsuko las ropas que pensaba desechar. Cuando Izu lo compró, el abrigo era amarillo intenso. Estaba confeccionado con tela plástica. Procedía de una tienda del centro que Izu visitaba regularmente. A causa del uso, el color había perdido algo de brillo. Pero, de cierta forma, este tono resultaba más agradable que el anterior. Izu se lo obsequió una mañana en que puso en orden su guardarropa. Como Etsuko en ese momento lo llevaba cerrado, no podía saberse qué atuendo tenía debajo, pero los zapatos de colegiala que calzaba de ninguna manera armonizaban con el abrigo. Izu solía ponérselo con unas botas de cuero negro que había comprado exclusivamente para ello. Aún conservaba las botas, pero ahora las usaba una vez al año para ir con su madre a la obligada peregrinación al Valle de la Luna. ... Izu recibió una llamada de Mizoguchi Aori a finales de la primera semana de marzo. El director de la revista necesitaba verla de inmediato. Mizoguchi Aori señaló que la citaba para tratar un asunto delicado, que no tenía que ver con la celebración de aniversario de la revista. Al notar un tono peculiar en su voz, Izu pensó que tal vez podía tratarse de un asunto sentimental. Durante aquel tiempo habían estado viéndose, aunque de modo un tanto esporádico. Aquel hombre no le era del todo indiferente. Unos días antes Izu y Mizoguchi Aori habían participado incluso en la cacería de orugas, fiesta organizada por la universidad con ocasión del año bisesto. Su equipo lo conformaron ellos dos y el maestro Matsuei Kenzo, quien había vestido el elegante traje de principios de siglo con el que su abuelo solía dirigir las cacerías. Mizoguchi Aori, en cambio, había declinado usar la gasa gris con la que todo participante debía cubrirse el rostro. Pese a las sonrisas irónicas de Izu y del maestro Matsuei Kenzo, se atrevió a presentarse de ese modo ante los demás equipos. Resultaba gracioso apreciar su rostro redondo resaltando entre las docenas de gasas que confundían a unos con otros. Llevar la cara desnuda es mala señal, le repitió Izu una y otra vez disimulando la risa. Veinte años antes hubiera sido imposible que un hombre participase en la cacería de orugas sin una gasa ocultándole el rostro. Sin embargo, de un tiempo a esa parte las costumbres parecían estarse transformando. En muchos puntos del país, semejante conducta era ahora tenida

incluso por distinguida. Sobre todo en los medios intelectuales y artísticos. Participar en la cacería de orugas de los años bisestos con el rostro desnudo era como afirmar que se estaba de acuerdo con las costumbres, pero que en cierta medida había que reformarlas. Siendo director de una revista de arte, Mizoguchi Aori pretendía quizá que todos en la universidad conocieran su forma de pensar. A pesar de su inquietud inicial y de las bromas que le susurró al oído, a Izu le entusiasmaba la conducta de Mizoguchi Aori. Estaba convencida de que alrededor del mundo sucedían demasiadas cosas, y le resultaba absurdo aceptar lo que muchos a su alrededor aún consideraban una verdad absoluta, que las costumbres tradicionales tenían respuesta para todo. Sin embargo, pese a su supuesta modernidad seguía sin estar de acuerdo tampoco con ciertas modalidades extremas de la nueva cultura. No le gustaba, por ejemplo, el escritor Dazai Osamu así como tampoco muchos artículos que aparecían en la revista de arte dirigida por Mizoguchi Aori. Aunque frente al director de la revista y delante del maestro Kenzo Matsuei se reservaba muchas veces sus comentarios, desde niña había aprendido que lo más inteligente era adaptarse a los cambios pero de una manera natural, sin forzar la aceptación o el rechazo que una acción puede producir. Aunque lo cierto es que después de las largas conversaciones sostenidas con aquellos hombres, empezó a despertarle cierto interés, entre otros asuntos, el sujeto que en los principales museos del mundo tenía la costumbre de vomitar sobre las obras de arte de los grandes maestros. ... Desde muy niña, Izu había querido demostrar a las personas a su alrededor que aprendía con mayor rapidez que los demás. Era hija única. Años atrás, su madre había dado a luz a un niño que Izu nunca llegó a conocer. Cuando aquel hijo nació, su madre estaba casada con un oficial de las fuerzas aéreas desaparecido en la guerra. En esos meses de incertidumbre, cuando la sociedad iba siendo devastada sin remedio y su marido se encontraba desaparecido en el campo de batalla, la madre vivió temporalmente con sus suegros en un apartamento del centro. Durante los últimos bombardeos, salió cierta mañana a recoger los escasos víveres racionados. No pudo regresar al apartamento hasta dos días después. En lo que duró su ausencia la zona fue destruida totalmente. Nadie le pudo dar razón de su familia. Cinco años más tarde, transcurrido el lapso prescrito por las autoridades para llevar luto sin hallazgo de un cuerpo, pudo reconstruir su vida casándose con su segundo marido. ... Izu, además de ser la primera en subir a la casa de la bruja Higaona, casi siempre colocada en la copa del árbol más alto del patio de juegos, durante la hora de recreo instalaba en el suelo una suerte de consultorio donde atendía a los niños que tuvieran problemas con sus estudios, con sus padres, o incluso con asuntos de carácter sentimental. Nadie sabía por qué, pero los niños aguardaban pacientemente su turno. Izu los escuchaba primero en silencio. Dejaba que expresaran libremente lo que querían decir. Luego abría un libro de haikus que llevaba a las sesiones, procedente de la biblioteca de la escuela, del cual leía uno o varios poemas dependiendo de la importancia del asunto. Cuando los maestros notaron esa actividad, se alarmaron. No parecía una conducta propia de una niña de esa edad. Citaron, por eso, rápidamente a los padres en la dirección de la escuela. La madre se mostró algo preocupada. En cambio, el padre pareció disfrutar ampliamente del comportamiento de su hija. Más tarde, le confesó a su esposa que esa conducta era típica de la gente de su región natal. Era incluso, el darse consejos unos a otros, parte del rasgo natural de esas personas. ... El padre consintió siempre a Izu. De una manera, incluso, un tanto exagerada. Cuando Izu era niña, la madre debía ir sola a la peregrinación anual al Valle de la Luna en homenaje a los desaparecidos durante la guerra. Los menores de edad y las personas que pudieran resultar molestas a los muertos tenían prohibido participar de esas peregrinaciones. Por eso Izu y su padre en esas fechas debían hacer sus propias excursiones. Acostumbraban salir de paseo a las laderas del monte principal, donde dormían en las pequeñas casetas acondicionadas para los viajeros. Caminaban durante largas horas, admirando paisajes extensos e intrincados. Luego se tendían a mirar las nubes, que casi siempre impedían que la cúspide del monte quedara totalmente descubierta. Solían entretenerse inventando las historias que esas nubes les podían sugerir. Abandonaron aquellos paseos cuando Izu entró en la juventud y tuvo, entonces, la obligación de acompañar a su madre a las peregrinaciones al Valle de la Luna. El padre y la hija también iban juntos los sábados por la tarde a presenciar el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que se practicaba en el sótano de los almacenes. A Izu le impresionaba, sobre todo, el estado físico en que quedaban los jugadores. En algunas ocasiones los empleados iban a trabajar la semana siguiente disimulando con maquillaje sus heridas. La policía se enteró de las luchas por una demanda que levantó la madre del primero de los fallecidos. Por alguna casualidad, en el transcurso de la investigación ocurrieron las otras dos muertes. ... Al padre parecía agradecerle la entereza con que su hija era capaz de soportar situaciones que, seguramente, no hubiese tolerado otra niña de su edad. La región de donde él provenía era uno de los pocos lugares del país donde se practicaba de manera incluso ferviente aquel juego. Su origen se perdía en el tiempo. Se sabe que fue prohibido ya desde la época en que la casta guerrera usurpó el poder de la nación. Los miembros de la policía militar debían ir de pueblo en pueblo ajusticiando en las plazas a quienes participaran en él. A Izu esa prohibición tan rigurosa nunca dejó de llamarle la atención. Pensaba que se debía quizá a que el juego representaba una mitología absolutamente imperial, tan odiada por el nuevo régimen. Con esa práctica, acaso quedaba en evidencia la sangrienta historia del país. Sin embargo, pese a estar convencida de su importancia Izu nunca le mostró a nadie el ensayo sobre el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que había escrito en su infancia. ... Los pequeños mecheros alimentados con alcohol que solían alumbrar la muestra del señor Murakami eran también, y eso Izu lo descubrió desde el primer momento, una manera

de indicar que se debía preservar la tradición. Por eso no podía significar nada bueno que una bombilla eléctrica iluminara ahora la muestra. Izu lo pensó sentada en el salón de té francés al que había entrado en compañía de Etsuko después de encontrarla en la calle. Algunos clientes giraron a mirar a las dos mujeres. Curiosamente Etsuko fue la que más llamó la atención. Podía deberse, tal vez, a la estridencia un tanto decadente de la tela amarilla del abrigo que llevaba puesto. ... El frío es aún atroz, dijo Izu antes de ordenar. Siento que mi padre, Nakamura-Sen, resiente mucho este invierno. No se queja, pero me doy cuenta de que ciertas horas se le hacen insoportables. ¿Has notado que ni siquiera pierde saliva cuando hace los ejercicios? ¿Tuvieron problemas esta mañana para introducirle los dedos en la boca como se debía? ... En ese instante llegó la camarera. Se trataba de una joven algo obesa vestida a la usanza francesa medieval. Izu se quedó pensativa mirando el menú. Mantuvo, durante unos minutos, la vista fija en la carta. Al mismo tiempo, y de modo quizá inconsciente, empezó a mover la mano derecha trazando pequeños círculos. De improviso, levantó la cabeza y miró a Etsuko, pide lo que te apetezca. Aquí preparan una deliciosa terrine de satsumeri-oto. ¿Desayunaste? Etsuko no contestó. La camarera las miraba con una sonrisa. Tenía unos extraños lazos en la cabeza y el borde del escote de su blusa estaba adornado con ribetes de hilo. Después de pedir dos terrines y té a la usanza tradicional, hubo un silencio prolongado. ... Parece que el señor Murakami ha iluminado su colección con luz eléctrica. Sin decir palabra Etsuko entreabrió ligeramente la boca, como siempre que se hablaba de algo que no parecía comprender. Izu constató, una vez más, que sus dientes se pronunciaban hacia fuera. Un rasgo de la infancia. Cuando eran niñas, Izu había sido muy cruel burlándose de su sonrisa y de su forma de dejar entreabierta la boca. Lo hacía, sobre todo, cuando Etsuko se resistía a contarle a sus padres que los maestros en la escuela con frecuencia la felicitaban por su rendimiento académico. ... Una bombilla dando luz a la muestra no es buena señal, continuó Izu sin que Etsuko cambiara de actitud. Esa colección no debería estar alumbrada así. ¿No notaste nada extraño en la visita que hiciste para devolver la pulsera? En ese momento la camarera dejó la tetera y los cuencos a la derecha de la mesa, asumiendo que Etsuko se haría cargo. Junto a los palillos y cada plato, puso también cubiertos occidentales. En el centro colocó la fuente con los terrines de satsumeri-oto. Etsuko se apresuró y sirvió el té, aún cuando aún no estaba lista del todo la infusión. Izu se lo hizo notar. Etsuko se disculpó, inclinando la cabeza y juntando las manos. Intentó luego devolver el líquido a la tetera. Todos sabían que Etsuko era una experta anfitriona en la ceremonia del té. Había aprendido ese arte de su madre. Por eso, Izu se sorprendió de que quisiera devolver a la tetera el contenido de los cuencos. No sólo por el sabor mancillado que adquiriría el líquido, sino porque iba en contra de la naturaleza de las cosas. Incluso, el haiku con el que la familia acostumbraba dar comienzo a la ceremonia del té aludía a esa evidencia,

Lejano invierno
Cerezos florecientes
La golondrina

Al percatarse de su torpeza, Etsuko se levantó de la mesa con delicadeza y adujo haber olvidado un encargo urgente hecho antes de salir de la casa. Se veía contrariada. Dijo que debía pasar por los almacenes de la familia para recoger unos documentos que necesitaban la urgente firma de la madre. Izu, desde luego, no le creyó. Había intuido que al escuchar que iría a la casa del señor Murakami, Etsuko no se iba a resistir a merodear. Era poco probable que hubiera cumplido con las tareas que se había encargado. Izu quedó preocupada. El médico le había advertido, se lo había dicho en privado para que los demás no pudieran escucharlo, que un masaje dado a la ligera podía resultar incluso peor que uno no dado del todo. Mientras tanto, Etsuko se alejaba hacia la puerta. Mirándola salir, Izu reafirmó su opinión de que los zapatos de colegiala no hacían juego con el abrigo amarillo. Etsuko no había probado ni un bocado de su terrine de satsumeri-oto, que quedó servida junto a los palillos y los cubiertos occidentales. En la mesa quedaron también la tetera y los cuencos. Izu pidió un té nuevo. Desechó en forma decidida el tenedor, cogió los palillos y probó, sin apartar los ojos de la puerta, un pedazo de su pastel. ... Algunos años atrás, Izu había leído en el Elogio de la sombra de Tanizaki, que si se utilizaba energía eléctrica lo más conveniente era dejar la bombilla descubierta. El señor Murakami parecía haber seguido ese consejo cuando decidió iluminar de esa manera la colección. Días después, en la oficina de la revista quedaron confirmadas sus sospechas de que esa decisión de abandonar los altos mecheros tradicionales no auguraba nada bueno. Mientras escuchaba las palabras de Mizoguchi Aori, tuvo la certeza de que no había sido convocada para una cita sentimental como había supuesto. El asunto era, no podía ser de otro modo, el significado de la presencia de la bombilla. Izu no había sido la primera en advertirlo. Era un comentario que llevaba varios días circulando. Quizá Izu incluso lo había escuchado, en forma distraída tal vez, y aquella resonancia, un tanto inconsciente, había sido otra de las causas de su decisión de salir de su casa tan temprano en una mañana tan fría, y, lo que era peor, dejando a su padre sin sus cuidados habituales. Todo indicaba que el señor Murakami había decidido deshacerse de su colección. Mizoguchi Aori no podía ocultar su agrado. Eso les daría ventaja en su afán por restarle poder al Grupo de Conservadores Radicales. Izu recibió la noticia con estupor. No sabía hasta qué punto podía ser responsable de una decisión semejante. Viéndolas con detenimiento, las apreciaciones negativas publicadas en su artículo eran de poca monta. Izu siempre había pensado que con la asesoría de un

académico competente, de la falta de equilibrio en la colección se habría podido resolver de forma inmediata. ... El señor Murakami estudió arquitectura en Europa, aunque nunca concluyó la carrera. Ni siquiera siguió los cursos de manera regular. Era una característica de la vieja escuela interesarse por un tema pero sin hacer alarde de una dedicación exclusiva. Siempre había tenido interés, principalmente por el aspecto artístico de esa disciplina. En ese entonces acostumbraba pasear por las calles cuando comenzaba a anochecer. En ese tiempo había muy pocos extranjeros en aquellas ciudades. Su presencia llamaba poderosamente la atención. Poco antes de casarse, le contó muchas veces a Izu de sus caminatas vespertinas. Le gustaba, sobre todo, realizarlas durante el otoño. Las hojas de los árboles que caían sobre la fuente del Kunfurdamme eran la escenografía perfecta para apreciar la belleza arquitectónica de los edificios de la zona. En su camino era siempre seguido discretamente por algunas ardillas, que seguramente esperaban que al paseante se le cayera algo comestible de los bolsillos. Rodeaba luego el Jardín Zoológico hasta llegar a la estatua del último Káiser. En ese momento daba media vuelta y volvía a su pensión. Ahí se detenían los relatos que el señor Murakami le contaba una y otra vez a su prometida. Entre otras cosas, nunca le especificó las razones por las que había abandonado Europa de manera tan repentina. Los motivos por los cuales el consulado de su nación tuvo que hacer uso de delicadas tácticas diplomáticas para lograr que regresase sin problemas mayores al país. Tampoco mencionó nunca que al volver a pasar por el Jardín Zoológico, ya cerrado a esa horas, algunas mujeres esperaban de pie frente a las rejas. El señor Murakami devolvió, más de una vez, algunas de las sonrisas que le dirigían. A veces les invitaba un cigarrillo. Otras pedía que lo acompañaran a su habitación. ... Cierta tarde, después de comer rollitos de algas con arroz en el único restaurante donde los preparaban, el señor Murakami asistió a una exposición en la Casa de las Culturas del Mundo. Allí conoció a Udo Steiner, un arquitecto con el que forjaría una amistad para el resto de su vida. Steiner había estudiado con un célebre colega francés. En la muestra exponía dos maquetas. Una de ellas fascinó al señor Murakami. Era el proyecto de un bungalow funcional con marcados rasgos orientales. Lo que más llamó su atención fue que contara con una habitación para suicidas. Se trataba de un cuarto donde sólo había lugar para una pequeña cama y una mesa de madera. En realidad no tenía ningún elemento que lo diferenciara de una habitación normal. El señor Murakami lo comentó en voz alta. Era obvio que no había visto, al lado de la maqueta, el texto que se refería a la obligada cotidianidad del suicidio. A partir de los planos de esa maqueta, el señor Murakami construyó un bungalow propio poco tiempo después de casarse con Izu. Excluyó, eso sí, aquella habitación. Le comentó por carta a Udo Steiner que esos cuartos ya no se precisaban. Su construcción era comprensible quizá en los oscuros años que siguieron a la guerra. La maqueta asimismo contaba con ingeniosos sistemas de energía solar y con un racional uso del agua potable. Tras verla, aquella tarde en la Casa de las Culturas del Mundo averiguó dónde podía encontrar al arquitecto. Se enteró de que impartía un curso en su misma universidad. Lo abordó, entonces, en uno de los patios. Durante las siguientes semanas conversaron muchas horas en distintos cafés. Udo Steiner lo invitó, alguna que otra vez, a su estudio. En más de una oportunidad hablaron acerca del Japón, país del que ambos admiraban la arquitectura. Se refirieron a la importancia de las sombras y las luces en las casas que allí solían diseñarse. Antes de que el señor Murakami volviera a su país acordaron en un futuro próximo encontrarse en Tokio, ciudad que ninguno de los dos conocía. Lamentablemente no pudieron nunca cumplir su promesa. ... Tanizaki afirma que suprimir los rincones oscuros propios de las casas de antaño es dar la espalda a todas las concepciones estéticas. Aquel tratado se convirtió, durante mucho tiempo, en el libro de cabecera de Izu. Fue además el único que su marido le permitió llevarse de la biblioteca de su estudio después de la boda. Pero cuando el señor Murakami dejó de ir a dormir regularmente, la señora Murakami no lo volvió a leer más. Curiosamente la casa que comenzaron a habitar luego de la boda fue encargada a un arquitecto que únicamente diseñaba grandes edificios multifamiliares. Se trataba de una vivienda moderna con techos bajos y habitaciones adecuadas para las distintas necesidades de la vida diaria. Las ventanas tenían marcos de aluminio. Todos los muebles eran de estilo occidental, salvo ciertos utensilios de cocina con los que se preparaban las recetas preferidas del señor Murakami. ... La señora Murakami dedicaba las mañanas a supervisar el inmenso jardín que rodeaba la casa. En el contrato de matrimonio se estableció que Izu contaría con un jardín tradicional. En vista de que el arquitecto con el que contaban no tenía experiencia en diseñarlos, llamaron a un especialista. Por las tardes, la señora Murakami acostumbraba encerrarse en su habitación luego de ordenarle a Shikibu la preparación de una cena que era muy probable el señor Murakami no probaría. Tuvieron que pasar varios meses para que Izu decidiera pedirle al señor Murakami un televisor. Aprendió también a jugar al go en solitario. En ocasiones echaba de menos a Etsuko, pero las leyes del formotón así que le habían aplicado sus familiares eran muy rigurosas. Lo más seguro era que nunca más la volviera a ver. En sus tardes de encierro manejaba ella sola todas las fichas del go. Era poseedora una y otra vez de los vientos alisios, de los sirocos, de las tormentas del sur, del universo entero. En esas tardes pensaba también, en su relación, inexistente ya, con el maestro Matsuei Kenzo y Mizoguchi Aori. Sin embargo, estaba segura de que ninguno de los dos querría volver a saber de su existencia. ... Antes de que dejaran de frecuentarse, cada vez que alguno de los dos la llamaba por teléfono, Izu dejaba inmediatamente lo que estuviera haciendo para ir a su encuentro. El día en que el maestro Matsuei Kenzo y Mizoguchi Aori ingresaron a buscarla al aula donde se aguardaba el comienzo de la clase de la diminuta maestra Takagashi, no tomaron café en el comedor

universitario como habían acordado. Mizoguchi Aori se presentó solo a la cita. Izu se encontraba esperándolos en la puerta del comedor de la universidad dispuesta, apenas los hombres aparecieran, a integrarse a la fila. Calzaba unas botitas rojas cuyos bordes adornaban pompones de peluche. Al ver la fila de estudiantes, Mizoguchi Aori sugirió ir a un restaurante del centro. Izu tuvo que llamar a su hogar para pedir que aquella tarde Etsuko no fuera a buscarla a la salida de clases. La madre le informó que la sirvienta había salido horas antes de casa y aún no volvía. ... Después del restaurante, Mizoguchi Aori la invitó a las oficinas de la revista. En la sobremesa le había contado que acababa de enterarse de que existía una acusación contra el señor Murakami. No sabía bien de qué se lo inculpaba. Al parecer, se trataba de un asunto antiguo que en su momento nadie había tenido el valor de denunciar. Tal vez la publicación de tu artículo ayude a poner en evidencia, de una vez por todas, al señor Murakami, dijo. Estaban involucradas en el escándalo un grupo de alumnas de colegios prestigiados. Mizoguchi Aori aseguró que se lo contaba para que estuviera pendiente de las repercusiones de su artículo. Cuando llegaron a las oficinas, Mizoguchi Aori sirvió dos copas de coñac. Pasaron después al despacho privado, donde los recibió el perro danés moviendo la cola. Sacó luego unas revistas de arte, llegadas de los Estados Unidos. Tomaron asiento en un sofá de color cenizo para hojearlas. Cuando dejaron de mirar las reproducciones de las pinturas que allí aparecían, Aori Mizoguchi señaló que necesitaban de su ayuda para que el Grupo de Conservadores Radicales dejara de influir en la universidad. Le entregó una serie de cartillas numeradas, para que las repartiera secretamente entre las muchachas embelesadas con el maestro Matsuei Kenzo, muchas de las cuales se encargarían de vigilar las urnas. Se trataba de impedir que los conservadores, que tanto daño hacían a la cultura, ganaran las siguientes elecciones. Emplearían métodos no del todo legales, eso sí, pero la estupidez de muchos de los alumnos, que votaban más por inercia que por una verdadera convicción, impedía que hubiera una verdadera democracia. De improvisto apareció en la oficina el maestro Matsuei Kenzo. A Izu le llamó la atención que entrara sin llamar a la puerta. Saludó a Izu casi sin mirarla y luego tomó del brazo a Mizoguchi Aori. Le urgía hablar a solas. Salieron del despacho. El perro los siguió. Izu se quedó en la oficina cerca de veinte minutos. Las reproducciones de Francis Bacon comenzaron a perturbarla. Mizoguchi Aori regresó acompañado únicamente por el perro. Disculpándose, le dijo a Izu que lo lamentaba pero era preciso que lo dejara solo pues la fecha de cierre del siguiente número era inminente. De inmediato llamó por el comunicador a su secretaria para pedirle unos artículos recibidos el día anterior. Cuando abandonó el despacho, Izu no vio al maestro Matsuei Kenzo por ninguna parte. Sólo se cruzó con la secretaria. Le solicitó entonces el teléfono para llamar a casa. Quería que Etsuko fuera a buscarla para ir a efectuar una serie de compras que tenía pendientes. La madre le informó que la sirvienta aún no había vuelto. Izu tuvo que recurrir entonces a los servicios de un taxi. ... En esos días, salieron a la luz las acusaciones contra el señor Murakami. Aunque no había pruebas que lo culpabilizaran del todo, la prensa lo involucraba en un caso relacionado con el comercio ilícito de prendas íntimas. Se había descubierto una red, que operaba en el entorno de algunos colegios de señoritas, que compraba la ropa interior usada de las alumnas para revenderlas a un grupo de hombres adinerados. Junto a las notas periodísticas, aparecieron fotos de archivo del señor Murakami. Cuando Izu leyó las noticias, no pudo reprimir un grito. La madre fue rápidamente a su estudio. Abrió la puerta corrediza y, asustada, vio a Izu riendo a carcajadas frente al periódico abierto sobre el regazo. Etsuko entró en ese momento y se quedó mirando la escena desde el umbral. Entreabrió la boca. Las risas de Izu eran extrañas. La madre se acercó, le quitó el periódico e intentó calmarla. Le pasó repetidas veces la mano por la cabeza, mientras le pedía a Etsuko que preparara una infusión de flores. La risa de Izu fue cesando paulatinamente. Cuando Izu pareció estar más tranquila, se dirigieron a la sala principal de la casa. El padre estaba tendido como de costumbre, disfrutando de unos tímidos rayos de sol que entraban por la ventana. Los días seguían siendo fríos. La sensación de principios de invierno permanecía a pesar de ser casi primavera. En la radio habían anunciado que las temperaturas mejorarían el fin de semana. Izu repitió la noticia que acababa de leer. La madre pareció consternada. Etsuko se mantuvo imperturbable mientras Izu iba describiendo los inciertos detalles. El padre siguió sin dar muestras de haber atendido. Al menos no se hizo visible el hilillo de saliva. La madre señaló que le parecía espantoso que su familia hubiera tenido contacto con ese hombre. Se arrepentía de haberlo considerado en secreto, al ver la repetida llegada de regalos a la casa, un buen candidato para su hija. Se arrodilló por eso ante Izu, para pedirle perdón por no haber sido una madre atenta. Después lo hizo frente al padre por no haber sido una buena esposa. Luego frente a Etsuko por no haber sido una patrona correcta. Finalmente se arrojó al piso frente a las tallas artesanales que representaban las muertes del monje Magetsu, y pidió perdón por haber dejado solo a su pequeño hijo durante la mañana de los últimos bombardeos. Una vez cumplidos los ritos, se echó a llorar. Izu se le acercó. Trató de consolarla diciéndole que su relación con el señor Murakami había sido sólo circunstancial. Diez minutos más tarde volvió a su estudio. Cerró la puerta y se acercó a la salida que daba al jardín. Creyó entrever una flor amarilla tras unos arbustos. Supo que se trataba de una ilusión óptica. En esa época del año, y más aún en medio de ese invierno persistente, los jardines estaban condenados a continuar sombríos. ... Durante aquellos meses, Mizoguchi Aori habló muchas veces por teléfono con Izu. En una de esas ocasiones, le pidió consejo sobre ciertos pormenores aún no previstos del coctel de aniversario. Izu, entusiasmada, sugirió que se contratara a un famoso decorador de interiores que en una ocasión había ofrecido una charla en la universidad. A Mizoguchi Aori le pareció

buena idea. El decorador propuso llenar el local con gigantescas flores artificiales de plástico transparente. Las flores tendrían que ser confeccionadas según la técnica de los artesanos de flores del siglo III para establecer de ese modo un contraste interesante. A Izu le agradó que su sugerencia hubiera sido tenida en cuenta. Eso le hizo volver a pensar en la posibilidad de buscar un trabajo fuera de casa. La revista no le parecía el sitio idóneo. Izu y Mizoguchi Aori habían vivido ciertas situaciones que seguramente dificultarían una relación de trabajo. Mizoguchi Aori se le había insinuado en más de una oportunidad. Aunque siempre daba la impresión de arrepentirse inmediatamente después. Izu creía que aquella conducta era algo extraña aunque no le preocupó demasiado. Lo único importante era sacar adelante su carrera. Sin embargo, pensó que quizá Mizoguchi Aori podría recomendarla con alguien que le ofreciera un trabajo por las tardes. ... Izu y Mizoguchi Aori nunca estuvieron solos en el despacho. Siempre estuvo allí el danés. Además, los encuentros eran interrumpidos con frecuencia por una o varias llamadas del maestro Matsuei Kenzo. Después de hablar con él, Mizoguchi Aori solía pedirle a Izu que abandonara la oficina. Aducía asuntos de trabajo o citas programadas que había olvidado. La madre de Izu estaba al tanto de los encuentros de su hija. En más de una ocasión le había sugerido que Etsuko la acompañara. Pero Izu se negaba en forma rotunda, diciendo que estaba en juego su destino profesional. Mizoguchi Aori debía considerarla una mujer independiente. Por las noches, la madre aguardaba algo preocupada el regreso de su hija. Muchas veces, Mizoguchi Aori la llevó en su auto. En dos ocasiones incluso la despidió con un beso. ... Un día antes de la celebración de la fiesta de aniversario, Izu llegó a las oficinas de la revista cuando el personal ya se había marchado. Ese día había revisado temprano con la secretaria los detalles del coctel en la revista y de la cena en el restaurante. Fue personalmente a la agencia de servicios de banquetes y probó una muestra de cada uno de los canapés que se iban a servir esa noche. Fue muy estricta en la elección de los licores. Le pareció que lo mejor para el coctel era un servicio internacional con pastelillos de la escuela francesa y vino o champaña. El menú tradicional sería para la cena en el restaurante, a la que sólo serían convocados los invitados especiales, accionistas, anunciantes, coleccionistas, críticos prestigiados y algunos artistas. ... Ya para entonces, Izu se había ganado la suficiente confianza como para entrar y salir de las oficinas de la revista sin previo aviso. El conserje le permitía pasar sin anunciarse. Siempre salía a recibirla el perro danés. La saludaba con un par de lengüetazos, para regresar de inmediato a la manta tendida en un rincón del despacho. Aquella tarde, sin embargo, le sorprendió que el perro no saliera a saludarla y que la puerta de Mizoguchi Aori estuviera cerrada. En un primer momento, Izu creyó que se debía a un descuido. Trató de abrirla, pero tenía el seguro puesto. Oyó al perro dentro. Intrigada insistió. El danés comenzó a aullar. Era evidente que se había quedado encerrado. Izu fue entonces al escritorio de la secretaria a ver si había una llave de repuesto. En ese momento, vio en el sofá de la recepción la chaqueta y el portafolios del maestro Matsuei Kenzo. Se quedó de pie unos instantes. No se movió. Luego se retiró, sin más, de las oficinas. ... Cuando esa noche llegó a su casa, no tuvo ánimos de ayudar a trasladar al padre. Su pretexto fue un insoportable dolor de cabeza. Pero la madre le dijo que Etsuko no había regresado y debían cargarlo juntas. Fastidiada, cumplió su obligación lo más rápido posible. Le comentó a la madre que las ausencias de Etsuko comenzaban a irritarla. Pese a la brusquedad del traslado, el padre no despertó. Se había quedado dormido desde la tarde. Esa noche no cenaría. Pues el médico había dicho que, dado el caso, era preferible el sueño a la alimentación. Etsuko llegó justo cuando le estaban poniendo las mantas encima. A pesar de que habría querido reprenderla por su ausencia, Izu prefirió encerrarse en su estudio. Esa noche dormiría allí. Por primera vez, desde que la enfermedad del padre había empeorado, aquella noche no le aplicó los masajes ni rezó las oraciones del monje Magetsu. Más tarde, Etsuko tocó la puerta del estudio para llevarle el futón donde dormiría. Mientras la miraba disponer el espacio donde pasaría la noche, los hombros de la sirvienta le parecieron sensuales. Nunca antes lo había advertido. Estaba tan acostumbraba a su presencia que nunca había imaginado que esa mujer pudiera gustarle a los hombres. No supo por qué, pero la sospecha de que Etsuko sostenía citas clandestinas le produjo una leve sensación de asco. Pero tenía cosas más importantes en qué pensar. Cuando se recostó, no pudo conciliar el sueño. Estuvo muchas horas pensando en el día siguiente. Recordó con insistencia la chaqueta y el portafolios en el sofá. Finalmente, tomó la decisión de hablar con la maestra Takagashi al llegar al día siguiente a la universidad. Iba a denunciar y, a mostrar pruebas, del fraude electoral que el maestro Matsuei Kenzo y Aori Mizoguchi pretendían cometer. ... Visto a la distancia, muchos aseguran que las ocasiones en que la señora Murakami creyó ver a su marido al fondo del jardín, no fueron sino meras alucinaciones. A lo largo de los días se fue disipando el aborrecimiento que experimentó durante la agonía de su esposo, cuando el señor Murakami pedía con apremio ver los pálidos pechos de Etsuko. El señor Murakami le propuso matrimonio a la señora Murakami una noche de verano. En esa ocasión habían acudido desde temprano a la celebración de la Noche de las Linternas Iluminadas que, como de costumbre, se llevaba a cabo en los jardines del Palacio Imperial. La luz, que esa tarde se filtraba entre los árboles, era de una transparencia inusual. Izu recordaba pocos días tan luminosos. En ese entonces, a los ciudadanos todavía se les permitía pasar la noche entera en aquellos jardines. Vieron el atardecer sentados en un promontorio. Cuando la celebración comenzó, el señor Murakami introdujo en el bolsillo del abrigo de seda de Izu un puñado de cañitas de bambú. Le susurró luego frases románticas. Nuevamente hizo mención a su voz. A su parecido con el de la diosa Tamabe. Cuando el chofer esa tarde había pasado temprano a recogerla, llevaba consigo de parte de su señor un alfiler de oro para que lo

llevara esa noche en la solapa del abrigo. La tarde anterior, Shikibu la había llamado para preguntar cuál iba a ser su atuendo para la celebración. ... Izu y el señor Murakami habían estado viéndose, furtivamente, desde hacía algún tiempo. Pocas semanas después de abandonar en forma definitiva la universidad, Izu recibió una llamada del señor Murakami. Etsuko sirvió de correo para intercambiar las notas que se escribieron los amantes. Las primeras veces se vieron en el automóvil negro. El señor Murakami le ordenaba al chofer que lo estacionara en un lugar agradable y que saliera a dar una caminata. El automóvil casi siempre permanecía aparcado en un recodo del camino que lleva al monte principal. Desde allí podía verse la ciudad entera. En ninguna de aquellas citas se mencionó el artículo publicado en la revista. Tampoco se habló del asunto de las prendas de las niñas de colegios de prestigio. El señor Murakami se atrevió a tocarla sólo a la tercera salida. Le dijo que su cuerpo le hacía recordar a las mujeres de las islas del archipiélago. Le acarició repetidas veces los pechos. Pese a no sentir un verdadero placer, Izu se los dejó tocar. No permitió, sin embargo, que en el automóvil sucediera ninguna cosa más. Hubo de transcurrir casi un mes antes de que Izu accediera a acompañar al señor Murakami a un establecimiento de lujo bastante discreto. Por alguna razón, el señor Murakami se negó a llevarla a su casa. En ese tiempo vivía solo con la vieja Shikibu. Meses antes había despedido a la empleada que se habían encargado de mantener y mostrar la colección de arte. ... Izu abandonó la universidad de manera repentina. Faltaba sólo un año para concluir sus estudios, pero su situación académica comenzó a hacerse intolerable. Por un lado estaban sus compañeros, bastante menores y con intereses divergentes. Por otro, el caso del maestro Matsuei Kenzo, destituido de su cargo luego de una junta extraordinaria que convocó el Consejo Universitario inmediatamente después de que Izu hablara con la maestra Takagashi. Fue de prever que Izu no estuviera presente en las celebraciones de la revista, que tanto ayudó a organizar. ... El noviazgo con el señor Murakami no duró más de seis meses. En ese tiempo el señor Murakami estaba terminando de deshacerse de las piezas de su colección. Por último puso en venta la casa. En esos días le encargó al arquitecto de edificios multifamiliares, que estaba transformando y haciendo casi irreconocible la zona sur de la ciudad, que diseñara la nueva vivienda. Quería que su aspecto fuera absolutamente genérico y no aceptó que se construyera espacio alguno destinado a obras de arte. Fue entonces cuando Izu pidió su jardín. El señor Murakami accedió después de meditarlo, pero le dijo que tendría que encargarse de su cuidado. Compró un amplio solar abandonado. Poco antes de terminar la construcción, le autorizó a Izu contratar a un jardinero respetuoso de la tradición. ... El señor Murakami llamó a la casa de Izu justo dos días después de su denuncia a maestra Takagashi. Como miembro del círculo de amigos que se reunían a cenar una vez por semana, la maestra Takagashi le contó sobre su confesión del fraude electoral. Luego de un mes le propuso matrimonio. Cuando a Izu le constó que el señor Murakami estaba terminando de rematar la colección se encerró una temporada larga en su estudio. No podía darle una respuesta, se sentía profundamente responsable de aquella terrible decisión. Únicamente salía para tratar a su padre en la mañana y en la noche. Pasaba el resto del día contemplando los cambios que se producían en el jardín. Finalmente, aquel invierno no duró todo el año como habían temido. El único día que salió a la calle durante ese tiempo, el calor fue agobiante. Se dirigió a la universidad a solicitar su baja. Adujo problemas familiares. En aquella oportunidad, Izu llevó un kimono apropiado para los cambios de estación. La tela no era muy gruesa, pero tampoco era la más adecuada para el insólito calor de esa mañana. Al llegar a la universidad, Izu se quitó el otogomo que llevaba puesto y soltó su cabello. Se encontró con aquellos compañeros de curso que meses atrás se habían referido al individuo que vomitaba sobre las obras de arte. No la saludaron. Trató de darse prisa en los trámites. No quería cruzarse con nadie y menos con el maestro Matsuei Kenzo, a quien en esos días aún acudía a la universidad para vaciar su oficina. ... Durante su encierro llegó a avergonzarse de su ensayo. Quizá su madre había tenido razón. Nunca imaginó lo que podía desencadenar escribiéndolo. Era consciente, ahora, del esmero que había puesto el padre del señor Murakami en reunir la colección. Pensó en marcharse de la ciudad. Tal vez a las islas de pescadores de donde era oriunda su madre o a Estados Unidos donde quizá podría tener una vida diferente. Sin embargo, sabía que no podía dejar sin cuidados a su padre. Los gemidos que emitía eran ya del todo ininteligibles, y el hilo de saliva que aparecía muy de cuando en cuando cambiaba sutilmente de color. ... Durante las siguientes jornadas, las temperaturas fueron extremas. Podía amanecer a menos cero grados y alcanzar los treinta y cinco por la tarde. También se presentaron lluvias, fuertes aguaceros y tormentas tropicales. Izu veía estos cambios desde su ventana. Pensó de nuevo en trabajar fuera de casa, pero le pareció más importante seguir recluida aún por un tiempo. ... Izu volvió a salir a insistencia de la madre, a quien le costó varios días convencerla de que fuera de compras al centro de la ciudad. Aquello era una treta, pues a espaldas de Izu la madre iba a sostener una entrevista con el señor Murakami. A pesar de aborrecer a ese hombre debido principalmente al escándalo de las prendas íntimas, y de no considerarlo un pretendiente adecuado, accedió a verlo pues él había solicitado la cita de manera formal. El señor Murakami llegó a la casa sin tener en cuenta el aguacero que cayó esa tarde. Izu y Etsuko estaban en el centro de la ciudad. La sirvienta tenía el encargo de entretenerla hasta el anochecer. De cualquier manera, tampoco hubieran podido abandonar el centro comercial por la tromba que se desató. La madre lo recibió vestida con un kimono muy antiguo. Era de color coral y la pechera estaba atiborrada de brillantes hilos de oro que se iban reflejando contra los objetos. Calzaba unas sarayas y medias azules de seda. Lo recibió en el minúsculo pabellón situado al poniente de la casa. Se accedía a esa estancia subiendo unos cuantos

escalones de sándalo. Aquel espacio se encontraba algo alejado del resto de la vivienda. Había sido construido para guardar las imágenes sagradas, que la madre sacaba una vez al año para asistir a la peregrinación al Valle de la Luna. En un extremo una alta vidriera con ventanas de doble marco estaba cubierta con papel de arroz. Los shojis que alumbraban la estancia estaban elaborados del mismo material. En el suelo había varios cojines acomodados. La madre contrató a una maestra del té para que llevara a cabo la ceremonia que le ofrendaría al señor Murakami. Sin embargo, en aquella ocasión no permitió que se pronunciara el haiku con el que la familia acostumbraba empezar el ritual. ... A su regreso, horas después, Izu no advirtió nada extraño en la casa. Llegó cargada de paquetes. Entre otras cosas, unas blusas sin mangas de colores pastel y dos faldas plisadas. Había estado a punto de adquirir también unos mocasines, pero no se decidió por ninguno de los modelos exhibidos. En su lugar compró dos pares de botas que cubrían las rodillas. Cuando iba de compras, solía pedirle a Etsuko su opinión. La sirvienta se limitaba a asentir o a negar con la cabeza. A veces, también, sólo entreabría la boca. Ambas mujeres tenían casi la misma edad. Etsuko sólo era medio año mayor. Habían convivido desde niñas pues su madre era la saikoku de la madre de Izu. Sin embargo, una mañana, para sorpresa de todos la sirvienta huyó de la casa llevándose, cosa extraña, el suppenka de su señora y abandonando a su hija. Es por eso que la madre de Izu crió a Etsuko desde su más tierna edad. Estuvo siempre pendiente de que se mantuviera limpia y vestida del mejor modo. Etsuko fue una niña callada. Iba a la escuela con Izu. Más de una vez les preguntaron si eran hermanas. Izu se lo contó a su madre y, desde entonces, dejaron de vestir las y arreglarlas igual. ... Izu cruzó el jardín y se dirigió directamente a su estudio. Etsuko iba delante, cargándole las bolsas. Izu se fue desvistiendo hasta quedar completamente desnuda. Su piel tostada parecía haberse abrigado con la edad. Su cuerpo continuaba mostrando las peculiaridades de las jóvenes de Ochún. Se probó las blusas. La rosa, la celeste y la de un tono amarillo suave. Las iba combinando con una serie de diademas de colores, que sacaba sin parar de un cajoncito del escritorio. Etsuko miraba atenta los cambios de vestuario. Cuando terminó, la ayudó a ponerse el camisón de franela para dormir. También las medias de lana. Le preparó el futón que, desde hacía dos meses, tiempo de su encierro, ya no se encontraba en la estancia principal de la casa. Luego se despidió y cerró la puerta después de apagar la luz central y dejar encendida, únicamente, una pequeña lámpara que brillaba con baja intensidad. ... Mientras tanto, en la pequeña salita la madre lloraba agotada. No había sido casual que Izu no la viera esa noche. Antes de salir al centro, Etsuko había recibido el encargo de entrar directamente al estudio y hacer que Izu se acostara sin darle las buenas noches. En realidad, la madre ni siquiera se había quitado el kimono. Tampoco le había leído el periódico a su marido, de quien nadie parecía haberse ocupado. Luego de dejar a Izu, Etsuko subió los peldaños de sándalo y se acercó a su señora, quien se mantenía boca abajo. En medio de la oscuridad se quedó contemplándola un rato. El largo cabello canoso aún se mantenía sujeto con unas horquillas casi imperceptibles. Salvo el tenue aroma del agua de colonia del señor Murakami, nada delataba la reciente entrevista. La maestra contratada para la ceremonia del té había guardado todos los utensilios. Antes de abandonar la estancia, dejando a la madre sumida en su dolor, Etsuko caminó sobre los cojines que habían utilizado momentos antes los participantes de aquella ceremonia. ... La aparición del fantasma del señor Murakami flotando en los estanques del jardín coincidió con la Noche de las Linternas Iluminadas. En un comienzo Izu creyó que esa suerte de espejismo podía tener un significado simbólico, puesto que de algún modo esa fecha había determinado su vida conyugal. En la actualidad quedaba poco de aquella vida. El jardinero estaba viejo. Desde hacía un tiempo no cumplía de manera adecuada con sus horarios de trabajo. A Shikibu apenas podía pedirle que se ocupara de la cocina. Además, los platos que preparaba aparecían cada vez con más frecuencia con partículas del polvo de arroz que se le desprendían del cutis. ... Poco después del funeral, por órdenes de la señora las raíces de los bambúes reales, que crecieron de los tronquitos que el señor Murakami le regaló a manera de símbolo de su unión, fueron arrancados de la entrada de la casa. Pero había más problemas. El dinero que el señor Murakami había tenido ahorrado en el banco estaba a punto de acabarse. A Izu parecía aguardarle la pobreza. No creía poder mantenerse por sí misma. Ahora sólo parecía quedarle la casa. ... Los obreros que recibieron la orden de destruir aquel jardín no supieron por dónde empezar el trabajo. La mañana que fueron convocados a aquel espacio exquisito tardaron en entender lo que se les pedía. La señora Murakami estaba decidida a demolerlo totalmente. Tenía pensado llamar después a un arquitecto para ver qué se podía hacer con el terreno. Cómo podía conseguirse algo de dinero a partir de su comercialización. ... La señora Murakami no dijo nada cuando se abrió el testamento de su marido. Desde que había pedido ver nuevamente los pechos de Etsuko, ya no esperaba nada de él. Según aquel documento, la mayoría de los bienes estaban destinados a la construcción de un nuevo espacio público, que llevaría como nombre Novísima Sala de Arte Murakami, y se inauguraría en el Museo de Artes Folklóricas. Tanto de la construcción de la sala como de los asuntos administrativos se encargaría el Grupo de Conservacionistas Radicales, bajo la curaduría de la diminuta maestra Takagashi. El bungalow se lo dejaba a su amigo Udo Steiner, cuya amistad nunca había podido olvidar. El automóvil negro, que compró durante los años de la posguerra, sería para la madre de la señora Murakami con la condición de que no lo vendiera. El usufructo de la casa y el jardín, así como el dinero que quedaba en el banco eran para su esposa. La señora Murakami quedó sumamente sorprendida cuando advirtió que a su marido le quedaba tan poco dinero en sus cuentas. La razón la descubrió cuando Udo Steiner visitó el país para acudir al funeral de su amigo de toda la vida. Al

abrir el bungalow, después de que el notario le entregara la única copia de las llaves, encontró en él todas las obras de arte que el señor Murakami, desde que le diagnosticaron cáncer de próstata, había estado comprando discretamente para la nueva sala del museo que pensaba dejar como legado. ... La situación económica de la señora Murakami parecía casi desesperada. Además no podía recurrir de ninguna manera a su familia. En la única reunión que su madre había sostenido con el señor Murakami, la tarde en que Izu compró tres blusas iguales de tonos pastel, aquél le dijo que aceptaría casarse con su hija únicamente si la familia le aplicaba el Formotón Asai. El señor Murakami exigía que su futura esposa renunciara a la dote para convertirse, de ese modo, en un marido de la vieja estirpe. Recibiría una mujer sin nombre, sin privilegios y sin dinero. La madre le suplicó que no pidiera la mano de su hija. Pero el señor Murakami le dijo que poseía pruebas de la presencia de Izu en el hotel donde se realizaron las citas clandestinas. Tenía también unas fotos, que hubiera preferido no mostrarle, en las que aparecía Izu semidesnuda dentro del automóvil negro estacionado en un recodo del camino. ... Izu supo de aquel arreglo antes de casarse. La madre, durante una larga conversación que sostuvieron las dos, le quiso hacer entender que socialmente no tenía alternativa, pero que podían buscar una salida digna que no la condenara. Pero, había otro elemento que no había querido mencionarle para no empeorar las cosas. Los dos compromisos truncados, la publicación del artículo, el escándalo del comercio de prendas íntimas y el abandono de la universidad habían afectado gravemente la salud del padre. La madre estaba segura de que el escándalo que podrían desencadenar las pruebas y las fotos, sería demasiado para él. ... Sin embargo, a Izu no era necesario que su madre tratara de convencerla de nada. Hacía semanas que había decidido ser la señora Murakami. Había llegado a esa conclusión luego de mirar, una y otra vez, el reflejo de la solitaria flor amarilla a punto de marchitarse que ciertas noches aparecía en el centro de su pequeño jardín. ... Cierta mañana, poco tiempo después de que Izu hablara con su madre, el automóvil negro del señor Murakami volvió a estacionarse frente a la verja. Sonó la bocina un par de veces. Siguió luego un prolongado silencio. Diez minutos más tarde, Izu salió de su casa con el mismo kimono de la época de la represión con el que había visitado por primera vez la colección Murakami. Llevaba consigo el libro Elogio de la sombra. Lo traía entre las manos. Su madre lloró al ver a su hija cerrando las puertas de su estudio que daban al pequeño jardín. Le suplicó que no se fuera. Prometió que haría todo lo posible por revocar el Formotón Asai. El padre permanecía tumbado. Izu entró a despedirse pero parecía dormido. Le sopló en el rostro. Las comisuras de sus labios no mostraron ninguna reacción. La última orden que Izu le dio a Etsuko antes de abandonar la casa paterna, fue que consolara a su madre y que en adelante cuidara todo el tiempo de ella. El padre falleció dos meses después. ... Aquel día ella y el señor Murakami se sentaron solos a comer en un restaurante en las afueras de la ciudad, donde ofrecían la carne recién cortada de un pez que regresaban descarnado, pero vivo, a una pequeña pecera que se colocaba sobre la mesa. La comida debía durar el tiempo exacto que tardaba el animal en dejar de nadar y morir. También era posible, cuando servían el té, apreciar el proceso completo del florecimiento de una ramita de cerezo adaptada especialmente para abrirse al contacto con el agua. Al señor Murakami esos recursos, tanto el del pez como el de la ramita, le parecieron más propios de un número de atracciones callejero que un avance en el ámbito gastronómico del país. Izu se desconcertó cuando se lo dijo, pues momentos antes había expresado su admiración por aquellos artilugios. ... Algunos niños de los alrededores, al ver la maquinaria pesada apostada frente a la casa de la señora Murakami, se acercaron para preguntar por el futuro de los peces una vez demolidos los estanques. Los niños sabían que en esa época del año no se podían matar, bajo ninguna circunstancia, las carpas doradas. Que tampoco podían venderse sino hasta cuando terminaran de desovar. Se habían presentado con recipientes y bolsas de plástico para recibirlos. Shikibu tuvo que salir a espantarlos. Cuando volvió a entrar en la casa, le pidió a su señora que no mirase cuando los hombres empezaran a ejecutar su mandato. Le ofreció, a cambio, darle un baño con flores aromatizantes y hacerle incluso un nuevo peinado. La señora Murakami estuvo a punto de aceptar, pero al final decidió quedarse a ver cómo se llevaban a cabo las transformaciones. Estaba vestida con una de las batas, que no se sabía si eran hechas para mujeres extranjeras o para actores del teatro kabuki, que su marido le había ido regalando durante sus años de matrimonio. En la pierna llevaba una cadenita de oro que, curiosamente, su marido ni le pidió ni le prohibió nunca que usara. Antes de que los buldóceres comenzaran con su labor, la señora Murakami se puso de pie y se acercó al capataz. Tenía claro por dónde quería que se comenzaran los trabajos. Lo primero que se destruiría sería el fondo del lago central. Habría que hacer pedazos la zona por donde el fantasma de su marido solía aparecer cuando las condiciones del clima eran las apropiadas. ... Izu Murakami cree ver, en medio del polvo que provoca la destrucción de su jardín, la aparición de una casa situada en las faldas del monte central iluminada sólo con shojis de papel de arroz. Aquella casa cuenta con un cuarto de baño fuera del área techada. Le parece, a pesar del ruido ensordecedor de las máquinas, escuchar la voz de su padre llamándola en un idioma que se le hace imposible comprender. DISECADO. ... durante ciertas noches de otoño, sobre todo aquellas en las que el asma o, más bien, los efectos secundarios producidos por los medicamentos para atenuarla, me dejan en un estado que no podría definir como de dormido o despierto, pasan por mi cabeza escenas y pensamientos la mayoría de las veces difíciles de describir. A muchos los he oído quejarse de circunstancias similares. Incluso las deben de experimentar algunos animales en la soledad de sus gallineros, establos o caballerizas. A mí me consta que les acontece a los perros que acostumbran dormir en mi habitación. A veces los sorprendo en medio de la noche mirando abstraídos y atentos hacia

un punto indeterminado. Casi siempre advierto cómo, de pronto, mueven algún músculo en forma compulsiva o emiten gemidos que parecen incapaces de controlar. Estoy seguro de que en esos instantes se encuentran viviendo escenas que transcurren en otra realidad. Puede ser redundante nombrar los efectos que trances semejantes suelen producirnos. Creo que todos de alguna manera hemos atravesado por este tipo de situación. Sin embargo, en cierta oportunidad experimenté uno de esos momentos de manera distinta a la habitual. Mientras yo me encontraba tendido en la cama, noté al autor Mario Bellatin sentado en uno de los bordes. Desde el primer momento advertí que aquella especie de persona aparecida de la nada, que se había instalado allí, hablaba sin cesar. Era como si lo hubiera descubierto en medio de un extraño monólogo comenzado por el autor desde tiempo atrás. ... Hallé a ¿Mi Yo?... Repetía palabras, una encima de la otra, de manera desahogada. En un primer momento me pareció que le imprimía demasiada fuerza a lo que trataba de expresar. Que su ser se desgastaba en forma exagerada. Me preocupé principalmente por su salud. Sabía que esa manera frenética de relacionarse con los demás había dado como resultado que ¿Mi Yo? se consumiera antes de tiempo. ... Yo tenía conocimiento de que unos focos irritativos en ambos lóbulos temporales le producían en convulsiones en forma cíclica y cuya frecuencia era cada vez mayor. Debía soportar, además, cierta inmovilidad temporal que, como sabemos, se le presentó hasta el día de su muerte. Al menos eso era lo que yo había escuchado por allí, pues al verdadero ¿Mi Yo? nunca lo llegué a conocer realmente. ... Aquella noche pasé muchas horas observando la aparición a la que llegué a bautizar como ¿Mi Yo? Incluso amaneció, oscureció de nuevo y yo seguí, desde mi inmovilidad, oyendo en forma atenta su discurso. Al comienzo pensé que podía ser un efecto producido por alguna de las sustancias para el asma que había consumido antes de acostarme. Era posible también que fuera síntoma de alguno de los estados alterados que como mencioné, acostumbro experimentar. En los últimos años he pasado por procesos mentales de describir. Visité entonces a una serie de médicos y me sometí a pruebas que finalmente fueron ineficaces para darle una denominación clínica a mi circunstancia. ... Mientras, comencé a escuchar a ¿Mi Yo? con más atención buscando entender de una manera más clara lo que parecía tratar de expresar. Me encontraba delante de un ¿Mi Yo? bastante anciano. Era como si aquel personaje hubiera seguido envejeciendo después de su muerte. Siguió, sin más, con su discurso. Dijo que muchas veces había constatado con asombro el carácter profético de sus obras. Señaló que se había visto envuelto, quince o veinte años después de haberlas concebido, en situaciones similares a las que aparecían en la ficción. Puso como ejemplo un texto en particular, su libro Salón de belleza. Recordó que poco después de haberse realizado el montaje teatral de aquella obra, la enfermedad que lo llevó a la muerte apareció en su cuerpo con una fuerza devastadora. Se hizo presente en su organismo una dolencia semejante a la que se retrata en la ficción. Desde el primer momento le advirtió al director de teatro que no deseaba participar en la puesta en escena que se iba a llevar a cabo. Le expresó que le confiaba el libro con el fin de que obtuviera un resultado propio. Por esa razón ¿Mi Yo? no estuvo presente ni en las juntas de estudio ni en los ensayos posteriores. El día del estreno cayó en una suerte de éxtasis al ver la representación. Se dio cuenta en ese instante de que nunca antes había podido leerse a sí mismo. Para hacer posible la adaptación teatral, el director había modificado la estructura del relato. Casi desde el inicio de la función lo invadió una suerte de estado hipnótico. ... ¿Qué clase de espanto ha sido capaz de elaborar una obra semejante? dijo, dijo antes de quedar paralizado. ... Sin embargo, en el universo abyecto que parecía representarse en escena ¿Mi Yo? creyó descubrir el origen de su escritura. Delante suyo comenzó a aparecer lo que siempre había considerado la realidad verdadera. Lo que iba sucediendo en el espacio escénico transcurría dentro de una luminosidad y trascendencia de las que carece la vida de todos los días. ... Acabada la función ¿Mi Yo? corrió tras bambalinas y se apoderó de su propio personaje, el peluquero aparecido en escena. Se lo llevó consigo a su casa. El proceso posterior que se estableció entre los dos fue lento. Al actor le llevó algunas semanas despojarse de su personaje para ser de nuevo él mismo. Antes de partir, aquel individuo inoculó en el cuerpo de ¿Mi Yo? el mal físico. La enfermedad, que precisamente es el punto desde donde giraban los sucesos en la obra representada. El autor fue contagiado por su propia creación de una dolencia incurable. De un mal que, además, parecía no extinguirse nunca, no acabar verdaderamente con su vida, pues allí, sentado a mi lado, podía seguir escuchándolo hablar de las cosas que siguió realizando después de muerto. ... Según lo dicho por el autor, Mario Bellatin, el mecanismo por el que pasó el libro Salón de belleza desde el proceso inicial de creación hasta que se representó en su sangre fue perfecto. La profecía presente en toda obra pareció cumplirse de manera precisa. Consideró haber estado vivo y a la vez muerto durante el tiempo transcurrido desde su nacimiento en un viejo hospital de la Ciudad de México hasta su entierro a la usanza sufí en la misma ciudad. ... Yo continuaba dudando de si la presencia del autor sentado al borde de mi cama era un efecto secundario de los medicamentos destinados a atenuar el asma o un obsequio del más allá. En ese momento ¿Mi Yo? dejó de mostrarme la cabeza descubierta como lo había hecho hasta entonces. Con lentitud se fue colocando un gorro musulmán que sacó no sé bien de dónde. Se colgó después un tasbī o rosario de oración. Había solicitado ser bautizado dentro de una orden mística que provenía del poeta Rumi. Casi de inmediato se puso de pie. Mientras comenzaba a rotar el cuerpo sobre su eje. Sé que es difícil que me crean, pero muchas veces he sido testigo de conductas difíciles de explicar. ... En cierta ocasión contesté un anuncio aparecido en el periódico donde se anunciaba la venta de perros pastor belga malinois. Fue cuando oí por primera vez la voz de un paralítico, el verdadero propietario de

los perros en venta. Aquella persona, desde las primeras palabras que le dirigió, trató de demostrarle que tanto él como sus canes eran poseedores de una inteligencia superior. Una hora más tarde, ¿Mi Yo? se encontraba ya en la casa de aquel hombre, quien únicamente a través de sonidos emitidos por la garganta entrenaba a los perros incluso para matar. Durante más de dos horas estuve atento a la suerte de espectáculo que aquel paralítico tenía preparado para las visitas. Con la ayuda de un enfermero, hacía pasar por turnos a los animales dentro del cuarto. El enfermero era un sujeto algo subido de peso. Había llegado a esa casa muchos años atrás únicamente con el fin de realizar las prácticas necesarias para conseguir el título de enfermero en el instituto de salud en el que estudiaba. Nunca pudo irse. Una vez que pasó el tiempo especificado para estar en condiciones de graduarse, el hombre inmóvil logró convencerlo de no separarse de su lado. ... ¿Mi Yo? pudo apreciar cómo los canes repetían dentro de la habitación las conductas que su dueño iba anticipando. Previo a su partida ocurrió un error de cálculo, pues uno de los perros me atacó destrozándome parte de la túnica negra que llevaba puesta. El paralítico responsabilizó del incidente al enfermero. Le lanzó frases desagradables. El enfermero trató de aminorar su furia practicándole un delicado masaje en los pies. ... A medida que fue extendiéndose la enfermedad inoculada en mi cuerpo, empecé a olvidar detalles propios de la vida cotidiana. ... Incluso el nombre de la ciudad donde vivía. Señaló que la opresión de saberse perdido en una urbe hasta cierto punto desconocida había sido motivo suficiente para escogerla como su lugar de vida eterna. Hasta el día anterior al estreno de Salón de belleza ignoraba cuál podía ser el espacio donde habitaría para siempre. Sólo lo supo cuando advirtió que el lugar de la existencia verdadera únicamente se podía hallar en medio del escenario. Me informó que en la época de elegir la ciudad donde iba a vivir sufría de manera cíclica intensos ataques de pánico y angustia aparentemente inmotivados. En determinado momento llegaron a ser tan insoportables que se vio obligado a aceptar que se trataba de los estados necesarios para poder escribir. Pasó largas noches de insomnio imaginando situaciones funestas, asesinatos, robos o incendios, desarrollándose en ese mismo momento en la ciudad. Transitó también por horas de vigilia mientras sentía a la distancia cómo la vida continuaba a su alrededor. ... En ocasiones buscaba la mesa de escritura como único refugio capaz de hacer que la desesperación disminuyera. A veces salía también a caminar por calles atiborradas. Buscaba adrede las horas de mayor tránsito. Solía utilizar, en esas ocasiones, las líneas de transporte subterráneo, imaginando siempre que los mecanismos que harían posible su regreso a la superficie no iban a funcionar. Me dijo que le resultaba difícil considerar como propia la ciudad que continuaba habitando a pesar de las circunstancias. No había crecido en ella. Casi no guardaba recuerdos de infancia que le pudieran servir como referente. La abandonó cuando tenía poco tiempo de nacido y no volvió a ella sino hasta muchos años después. La situación perfecta para sentirse partícipe y no de su vorágine. Para creer que era un habitante pero también un explorador. Esa situación lo llevaba a descubrir cada día una serie de costumbres y ritos que nunca imaginó existieran. Sabía que estaba incapacitado para actuar como un ciudadano común y corriente. Una de las características de la ciudad, donde pasó buena parte de su vida y finalmente murió, es que estaba conformado a partir de una serie de poblados superpuestos. Pensaba que quizá por eso los ciudadanos casi no se trasladaban a grandes distancias. Me pareció curioso que tuviera una percepción semejante. Sobre todo si acababa de decirme que acostumbraba tomar, principalmente en momentos de máxima desesperación, las kilométricas líneas de transporte subterráneo. Escogió para habitar una pequeña casa construida a principios del siglo veinte. Se hallaba ubicada en una de las zonas más céntricas y, sin embargo, se encontraba aislada del bullicio por una alta reja siempre cerrada. Allí permanecieron, ¿Mi Yo?, y su desesperación. De vez en cuando coincidía en la calle con algún conocido de otros tiempos. Cuando esto ocurría, se saludaban en forma cortés y luego cada uno proseguía con su camino. Le bastaba para sosegarlo con caminar a alguno de los bazares cercanos. Otras veces visitaba un edificio en ruinas, donde vivían decenas de familias entre los escombros dejados por un terremoto que había destruido parte de la ciudad años atrás. Aquellos inquilinos precarios habían bautizado como El Gran Vidrio la fiesta de celebración anual que llevaban a cabo con el fin de adquirir los fondos necesarios para evitar que la estructura terminara de desplomarse. En otras ocasiones realizaba una caminata mayor. De ese modo llegaba a una de las estaciones de metro más concurridas de los alrededores. Casi siempre se dirigía primero al puesto de masajes, que un ciego había instalado dentro de aquella terminal. Se trataba de un cuarto minúsculo que formaba parte del diseño original de la estación. Contaba con una pared de vidrio que daba a uno de los pasillos que utilizaba diariamente cerca de un millón de viajeros. La pared estaba apenas cubierta con una cortina de tela con rasgaduras. En aquel espacio solamente cabía el masajista ciego y una mesa envuelta en una sábana. Cuando se atendía en aquel lugar, ¿Mi Yo? se desvestía y se acostaba con la intención de mirar, por las aberturas de la cortina, el tumulto de gente que circulaba a escasos centímetros. Mientras sentía las manos del ciego sobre su cuerpo, pensaba que no había sido un error elegir una ciudad como aquella para morir. Irse de este mundo acompañado por millones de personas dentro de la más profunda soledad. Recordaba a menudo la fallida experiencia vivida cuando decidió recluírse para escribir en una cabaña apartada. No tardaron en aparecer una serie de síntomas físicos que lo obligaron a abandonarla con todos los manuscritos dentro. Nunca se atrevió a regresar por esos papeles. Dejó además su máquina de escribir de ese entonces, una Olivetti comprada en un país socialista, y un cachorro de raza doberman llamado Jesús. ... ¿Mi yo? desde mucho tiempo atrás tenía preparados los detalles de su funeral. Había elegido también el lugar del entierro. Alrededor de

su cuerpo darían vueltas, durante infinitas horas, una serie de derviches giradores. Su cuerpo estaría envuelto en una tela verde repleta de pétalos de colores. Tendría, a manera de despedida, el canto jubiloso que acostumbra acompañar a las bodas místicas, que es como se le conoce a la muerte dentro del sufismo. ... Mientras continuaba sentado en el borde de mi cama hablando con voz pausada, ¿Mi Yo? me informó que pese a los planes elaborados para su funeral ignoraba cómo se había desarrollado realmente. No recordaba tampoco los tiempos de enfermedad que precedieron a su muerte. Los meses que pasó postrado en la cama, los procedimientos médicos, los días finales. De un momento a otro se colocó de perfil. Mencionó que para expresar lo que me quería decir, prefería no darme la cara. En realidad no había mucha diferencia entre su frente y su perfil. Los estragos de la muerte lo habían desfigurado a tal punto que, de frente o de perfil, era igualmente incorpóreo. Era más un halo que una presencia. Por supuesto que, de primera intención, quedaba establecido cuál era el frente y cuál el perfil. Pero se trataba de una certeza efímera. Sentado de esa manera, supuestamente de perfil, me informó que con cierta frecuencia experimentaba estados cercanos a los que acompañan las revelaciones de orden místico. De otro modo no entendía la fuerte luz que acostumbraba alumbrar su dormitorio en las madrugadas ni la silueta que de vez en cuando solía dibujarse en su ventana. Añadió que aquellos estados irrumpían cuando no estaba acostado en su cama, como yo en ese momento. Me dijo que deseaba hablarme de una experiencia en particular. ... El primer perro que tuve era, entre todos los que había en la casa, al que más tiempo le gustaba mantenerse en vigilia. A veces se quedaba noches enteras mirando hacia un punto muerto. La primera vez que lo vi sumido en una actitud semejante fue cuando comencé a pensar en los estados por los que suelen pasar ciertos animales, principalmente los mantenidos en cautiverio. Aquel perro murió atropellado por un autobús cuando ¿Mi Yo? lo llamó para jugar desde la acera de enfrente. En ese entonces todavía no pensaba en la posibilidad ni de morir ni tampoco en la de seguir viviendo después de su muerte. Poco después empezó a escribir un libro, que para su infortunio perdió luego de haberlo acabado. Fue así que lo bautizó como El libro fantasma que ¿Mi Yo? lleva siempre consigo. Lo considera tan importante que siempre lo transporta mentalmente consigo. ¿Mi Yo? se encontraba, como se sabe, delante de mí. Solitario dentro de su propia muerte. Quizá por lo gris del cielo con el que se anunció aquel día, cierto amanecer reciente le hizo recordar a su abuelo. Lo vio acostado en la cama con las extremidades cercenadas. Primero, por razones médicas, le cortaron una pierna. Meses después la otra. Luego de un tiempo hicieron lo mismo con el brazo derecho, seguido por el izquierdo. Afirmó que cuando acostumbraba relatar este suceso, no se lo creían. Pensaban que mentía al afirmar que su abuelo terminó sus días convertido en un tronco carente de piernas y de brazos. Luego de morir el abuelo, se tomó la decisión familiar de que ¿Mi Yo? fuera criado por la abuela materna. A ¿Mi Yo? le había sucedido siempre, sobre todo antes de morir. Nunca se sintió identificado realmente con nadie. Durante la mayor parte de su vida estuvo incapacitado para relacionarse naturalmente con los demás. A esas alturas de la noche, mientras continuaba acostado en mi cama, me pregunté si sería conveniente expresar algunas dudas sobre lo contado. Pero ¿Mi Yo?, sin quitarme los ojos de encima, no parecía reconocer del todo mi presencia. Era como si a pesar de estar frente a mí, hubiera permanecido todo el tiempo en otra dimensión. ¿Mi Yo? siguió hablando con voz reposada. Ya para entonces comenzaba a causarme hastío su relato. El fluir de sus palabras se hacía cada vez más denso. ... Los perros estaban calmados. Se encontraba cada uno apostado en su lugar de costumbre. Pensé nuevamente en la soledad de ciertos animales. En los perros que duermen a mi lado. De pronto, al observarlos sin que lo adviertan, los capto mirando hacia un punto indeterminado. Cavilan de la misma manera como quizá, ya lo mencioné, lo hacen las gallinas en sus corrales o los caballos en sus caballerizas. Me estoy dando cuenta aquí acostado con la figura de un anciano Mario Bellatin, tomo como ciertas las cosas que mi yo me va contando. ... En la época en que me aficioné a la lectura de sus libros, conocía ya, de antemano, la había vivido en carne propia, una de las historias que publicó. En ese entonces empezaba a frecuentar su casa un amigo que al mismo tiempo que estudiaba filosofía acostumbraba travestirse en las noches. Ese personaje le pareció lo suficientemente extraño como para dedicar tardes enteras a escucharlo para que le contara no sólo de sus peripecias nocturnas sino de cómo aplicaba en la vida cotidiana sus conocimientos de Nietzsche o Kant, de quienes era devoto. Mario Bellatin recordaba que en las tardes llegaba a su casa para prepararse, y mientras se maquillaba comenzaba a referirse al mito del eterno retorno o a criticar las categorías kantianas. Siempre llevaba consigo un maletín con algunos libros, así como las ropas y objetos de belleza que necesitaría en sus incursiones nocturnas. Mientras hablaba iba sacando los aretes, el lápiz labial y la peluca que se colocaría más tarde. Se quitaba los pantalones para ponerse unas medias negras de rombos. De esa forma veía cómo ese estudiante iba transformándose en el personaje que noche tras noche corría distintos riesgos en sus pesquisas por la ciudad. Era de una disciplina férrea. Por tarde que se acostara, siempre estaba de pie para no perder su primera clase. Con los ojos enrojecidos trataba de no perder la mínima idea expresada por sus maestros. Sólo durante el primer cambio de hora se tomaba un descanso y salía al campus de la facultad. Se sentaba en una banca al aire libre, desde donde solía hacer un solitario recuento de la noche anterior. Más de una vez lo habían dejado abandonado después de despojarlo de sus cosas de valor. A los que más temía era a los muchachos que se desplazaban en grupo. Muchas veces lo invitaban a pasear únicamente por el gusto de golpearlo. Si iba a pie era casi siempre con hombres de escasos recursos, muchas veces guardianes de las empresas de los

alrededores u obreros que iban rumbo a su trabajo. Con ellos solía adentrarse en terrenos abandonados que ya conocía o en parques con altos matorrales. Eso ocurría incluso en invierno. Al volver a su casa acostumbraba despejarse con un chorro de agua fría. Era el único modo de encontrarse en buenas condiciones durante las clases de la jornada. ... ¿Mi Yo? casi siempre lo escuchaba en silencio. Sólo de vez en cuando hacía alguna pequeña acotación para aclarar ciertos puntos. El travesti filósofo hablaba sin parar. A veces confundía mi presencia y me hablaba como si fuera uno de los hombres que frecuentaba en las noches. Durante las tardes en que el filósofo travesti comenzó con sus visitas, ¿Mi Yo? acababa de terminar una relectura del libro La casa de las bellas durmientes, que lo había dejado perplejo. Como muchos saben, en el libro se describe una exclusiva casa de citas que únicamente otorga servicio a un grupo de ancianos de cierto prestigio social. Esos clientes duermen al lado de jóvenes que han sido narcotizadas para ignorar con quién pasan las noches. La novela transcurre a lo largo de cinco jornadas. El narrador no necesita más que una pequeña casa situada en los suburbios para construir el libro.

No lo pude creer, pero en ese momento Mario Bellatin comenzó a contarme un libro. Quise decirle que ya lo conocía. Que lo había leído incluso varias veces. Que no sólo sabía casi de memoria la versión escrita, sino que asistí a la función de teatro. Salón de belleza es un relato en sí mismo. Todo remite a un espacio sin salida. Luego de unos momentos, se tapó la cara con la única mano que poseía y comenzó a realizar un extraño ejercicio de respiración. Me dijo que algunas personas habían hallado alusiones los morideros ... ¿Qué hora sería? me pregunté. Todavía estaba oscuro. Quité la vista de la cara de Mario Bellatin y miré hacia el patio interior de la casa. Alcancé a ver las sombras de los dos pequeños pinos, sembrados en unas macetas, puestas más allá de la puerta de vidrio que separa mi habitación de aquel espacio descubierto. Me dio la impresión de que ¿Mi Yo? desaparecía cuando le quitaba la vista de encima. Realicé el ejercicio un par de veces. Cuando miraba de reojo, notaba que mi cama se encontraba vacía. Aparecía en su lugar una hoja de papel vieja y arrugada. Una hoja flotando en el vacío que siento formarse alrededor de mi cama cada vez que me acuesto a dormir. Pensé otra vez en los efectos secundarios que los medicamentos para el asma me producían. FLORES. Recuerdo cuando acudí donde un anciano y reputado médico homeópata. Me llevó mi padre, yo era un niño. En ese tiempo ya usaba una mano ortopédica. El médico la asió para tomarme el pulso. Yo estaba tan intimidado que no hice nada para sacarlo de su error. El honorable médico atenazó con fuerza la muñeca de plástico. Pese a todo, en ningún momento me dio por muerto. Al contrario, mientras iba contando las supuestas pulsaciones le dictaba en voz alta a su ayudante la receta que curaría todos mis males. Del diario del Premio Nobel de Física, 1960. Existe una antigua técnica sumeria, para muchos el antecedente de las naturalezas muertas, que permite la construcción de complicadas estructuras narrativas basándose en la suma de determinados elementos que juntos conforman un todo. Es así como he tratado de dar forma a este relato, de alguna manera, como se encuentra estructurado el poema de Gilgamesh. La intención inicial es que cada capítulo pueda leerse por separado, como si de la contemplación de una flor se tratara. Rosas. La señora Henriette Wolf lleva treinta y cinco años trabajando junto al científico Olaf Zumfelde. Lo asiste diariamente en la consulta que tiene instalada en la universidad, así como en las investigaciones en las que ese hombre de ciencia suele involucrarse. Olaf Zumfelde goza de prestigio internacional. Tres décadas atrás descubrió que las malformaciones en cientos de recién nacidos, que comenzaron a presentarse de manera intempestiva, se debieron a un fármaco hecho a base de determinada sustancia. El laboratorio que lo produjo fue acusado ante un tribunal que centró la atención del mundo entero. No sólo se puso en evidencia la inadecuada aplicación del fármaco, sino que se sembró la desconfianza frente a los avances de la ciencia en general. Dada la repercusión mundial del asunto, se supo que los científicos contaban con distintos métodos para ir asimilando, todos a la vez, los descubrimientos que iban presentándose en su campo. Que recurrían a un sistema que les permitía decodificar, en un idioma universal, los elementos que fundamentaban sus hallazgos. Sin embargo, hasta ahora es un verdadero misterio lo que ocurre con ese método cuando la ciencia se equivoca. ¿Habrán mecanismos creados especialmente para olvidar esos errores, para hacer posible que toda la comunidad científica retroceda, de pronto, frente a ciertos descubrimientos?, se pregunta el escritor que protagoniza este relato cuando piensa en la ausencia de una de sus piernas. Nunca llegó a conocerse el número real de afectados por el medicamento. Durante los años del juicio internacional, el científico Olaf Zumfelde conoció a su colega el maestro Panser, quien una década atrás había sido el primero en sintetizar aquella sustancia. Curiosamente, a pesar de haber sido uno el padre del fármaco y el otro, quien descubriera sus funestos efectos secundarios, entablaron relaciones de una cordialidad asombrosa. Ambos fueron nombrados por el gobierno como los únicos peritos autorizados para dictaminar los casos que se presentarían. Dos años más tarde se dio el veredicto, donde se estableció el monto económico, así como las formas en que los laboratorios debían hacer efectiva la indemnización. Se declaró cosa juzgada y se excluyó de la demanda a las víctimas de las medicinas que hubieran sido adquiridas fuera del país. A partir de entonces, casi una docena de pacientes visita cada día la consulta del científico Zumfelde. Muchos necesitan con urgencia la certificación. En el área de consultorios de la universidad, se ha hecho común ver una fila de deformados aguardando pacientemente su turno. El consultorio del científico está ubicado en un pequeño edificio de madera rodeado de jardines sembrados con rosales. Cuando aparecen casos dudosos, la asistente Henriette Wolf pone al científico Zumfelde en contacto telefónico con el maestro Panser, quien se encuentra, en su propio consultorio, a cientos de kilómetros de distancia. Aparte de los afectados por el

fármaco, el científico Zumfelde debe enfrentar, con bastante frecuencia, a seres mutantes que también exigen algún tipo de retribución económica. Esas personas visitan la consulta incluso en número mayor al de los deformados por el medicamento. Treinta años después del veredicto, las únicas víctimas con derechos que quedan en el mundo son tal vez aquellas que estuvieron encerradas detrás del muro de Berlín. La asistente Henriette Wolf piensa que la bonificación para los mutantes no debe provenir de los laboratorios Grünwald, que fueron los principales fabricantes del producto. Que quizá el gobierno debería buscar alguna forma de ampararlos. ... Orquídeas. Los depósitos manejados por el gremio de carniceros fueron construidos cerca de los muelles de la ciudad. Entre uno y otro existen pequeños locales abandonados que alguna vez sirvieron de merenderos para trabajadores. Casi todos cuentan con sótanos espaciosos, donde ciertos días de la semana se llevan a cabo los Altares. Para saber cuándo se va a producir el siguiente Altar, se ha establecido una peculiar cadena telefónica a la cual pueden acceder sólo los usuarios habituales. Los datos, además, únicamente se conocen horas antes de iniciada una sesión. Es posible que se trate de un encuentro sadomasoquista en sus distintas variantes. Hay ocasiones en que los animales también forman parte de las funciones. Se acostumbra escoger entonces cerdas rechonchas o perros daneses. En otras oportunidades el Altar está dedicado a los Adultos maltratados en la infancia. Aparecen, entonces, en el escenario hombres y mujeres vestidos como niños, haciendo el simulacro de ser apaleados por sus padres o tutores. Casi todos los Altares comienzan a las dos de la mañana, salvo los reservados a los Jóvenes que aman a los ancianos, pues las personas de edad madura contratadas para estas funciones suelen quejarse de enfermedades por frecuentar la calle a altas horas de la madrugada. Los asistentes, regularmente, pueden subir en cierto momento al escenario, siempre y cuando esa noche no se presenten los gemelos Kuhn. Es de tal naturaleza el desarrollo de las performances de esos hermanos, que los presentes deben guardar una distancia prudencial. Las funciones duran cerca de una hora y por temor a las autoridades casi todos se retiran apenas termina la actuación. Sin embargo, aparte de lo que sucede en escena nada realmente importante ocurre entre el público. Esa pasividad parece molestarle al escritor, quien en esta ocasión lleva puestos unos pantalones cortos y se ha colocado la pierna decorada con piedras artificiales. Pese a todos sus esfuerzos, nadie parece nunca dispuesto a conocer las posibilidades sádicas o masoquistas que ese miembro falso es capaz de ofrecer. El escritor espera hasta que el último asistente abandone el local. Aguarda hasta que quede sin clientes el hombre obeso y con torso al descubierto que ofrece masajes gratuitos. Más de una vez ha deseado pedir turno para uno de esos trances, manipulaciones sobre zonas erógenas, que constantemente le solicitan. Es notable cómo ese hombre cumple con sus tratamientos de la manera más profesional posible. En ningún momento dejan de ser sesiones de trabajo. Pero lo que más le llama la atención al escritor es la pulcritud con la que se desinfecta las manos y los brazos antes y después de las sesiones. Al lado de su cama de masajes cuenta con una mesa de madera donde coloca los aceites necesarios para cumplir de una manera más efectiva su tarea, así como los productos que necesita para su desinfección personal. En una esquina tiene un pequeño florero con tres orquídeas de plástico dentro. Las flores son negras con jaspeados amarillos. Una vez que se pone el pantalón largo y el grueso abrigo dejados en el guardarropa, el escritor sale del local. Pide un taxi con destino a la avenida de establecimientos con cabinas triple equis. Está seguro de que nada ocurrirá allí tampoco. Lo más probable es que sólo encuentre a otro solitario detrás de las placas transparentes que separan una cabina de otra. Después caminará hasta el muelle que se adentra en el río, y quizá allí establezca algún contacto nocturno. ... Claveles. En los años cincuenta, un grupo de científicos descubrió un fármaco capaz de aliviar la depresión y las náuseas de las mujeres embarazadas. Tiempo después se demostró que causaba serias malformaciones en los fetos si era suministrado en los primeros meses de gestación. Aquel medicamento provocó que por lo menos diez mil niños en todo el mundo presentarían defectos en los brazos y en las piernas. ... Tréboles. La mezquita de la ciudad se ubica en una calle estrecha. Está iluminada por un frío sol de invierno. Queda entre la Calle Veintiséis y la Séptima Avenida. La entrada es casi imperceptible, pues se encuentra en un recodo escondido entre una florería y una tienda de ropa que utiliza parte de la acera para colgar sus productos. Cierta tarde de enero, el sheik que dirige las sesiones toma asiento, como es su costumbre, frente al adoratorio. Les habla a sus fieles de la importancia de la Virgen María como nexos entre el pensamiento cristiano y el musulmán. Comienza refiriéndose al profeta Zacarías. De acuerdo con algunos historiadores bíblicos, cuando el profeta Zacarías alcanza los veinte años y su esposa cumple los noventa, aprovecha una temporada de sequía para quejarse ante Dios. Lo culpa de no haberle dado nunca hijos. A pesar de haberlo pedido una y otra vez, su esposa jamás ha quedado embarazada. Desea un vástago para que lo suceda como líder espiritual. El sheik, de pronto, interrumpe su discurso. Los fieles bajan entonces las cabezas y pronuncian la palabra *adjándulillah*, todos al mismo tiempo. En momentos así es común que los seguidores imaginen un ramo de flores ofrecido sin motivo aparente al Amado, que no es otro sino el mismo Dios. Un ramo de flores sostenido por un racimo de tréboles dándole forma al conjunto. Luego el sheik bebe de una lata de refresco que mantiene junto a sus pies. Enciende después un cigarrillo. Fuma una y otra vez. Con el cigarro aún en la mano, señala con el dedo al escritor que protagoniza este relato y lo obliga a contar un sueño místico. Todos los fieles experimentan, de vez en cuando, ese tipo de sueño. Saben que lo difícil no es tenerlo, sino diferenciarlo de un sueño psicológico. Entre otras cosas, para eso está la presencia del sheik, para guiar a los discípulos dentro del mundo onírico. Durante las sesiones, al escritor normalmente

le gusta permanecer en silencio. Se mantiene de ese modo hasta el momento del shiker, que es cuando los fieles comienzan a bailar, rotando sobre su eje, como una emulación de los astros que se mueven alrededor del sol. El escritor en esos momentos suele entonar un canto gutural. En esas ocasiones, casi siempre se encuentra despojado de su pierna ortopédica. Suele dejarla en la entrada, junto con los zapatos que se quitan los fieles antes de ingresar a la mezquita. El escritor se cuida de no llevar nunca la pierna adornada con piedras de fantasía cuya decoración, si se observa con detenimiento, recuerda una sucesión de tréboles por la forma como las piedras se encuentran dispuestas. Ante el asedio del sheik, que deja el cigarrillo en un cenicero colocado en el piso para mirar al discípulo con atención, el escritor empieza a contar un sueño que sucedió un jueves, Día de la remembranza. Dentro de ese sueño ha pasado varias horas seguidas bebiendo en un bar, actividad antimusulmana, que en algunos países está penada incluso con la muerte. ... Cartuchos. El amante otoñal, personaje que aparecerá próximamente en el relato, se sabrá por primera vez de su existencia en el apartado de los jacintos, cree que el paraíso está habitado sólo por ancianos decrepitos dispuestos a mostrar sus bondades sexuales únicamente con pedirlo. ... Azucenas. Precisamente en los días cercanos al juicio internacional en favor de los afectados por el fármaco, apareció en los periódicos la noticia de que habían hallado a unos niños abandonados en una cueva ubicada en unos arrecifes cercanos. Los encontraron dentro de una canasta cubierta con una frazada celeste. Un pescador los escuchó llorar y, al destaparlos, notó que no contaban con brazos ni piernas. Los recién nacidos pasaron unos días en la estación policial. Al no ser reclamados por nadie, fueron remitidos al orfanato estatal. Nadie sabe los motivos, pero desde el primer momento la prensa bautizó a aquellos hermanos como los gemelos Kuhn. El orfanato estatal estaba situado cerca del mar. Quizá por eso sus rejas mostraban señales de herrumbre. Se encontraba protegido por muros altos y en algunas esquinas se habían colocado imágenes de santos en piedra. En otras, se podían apreciar complicados y gigantescos arreglos florales esculpidos en granito. Magnolias, hortensias y azucenas de color gris. Aparte del personal médico y de las niñeras que allí trabajaban, el orfanato contaba con un grupo de mujeres voluntarias que colaboraban adoptando simbólicamente a alguno de los niños reclusos. Tenían prohibido sacarlos a la calle. La mayor parte de las colaboradoras eran mujeres que no habían podido concebir. No importaba que fueran solteras o casadas. Algunas realizaban su función de madres con corrección, sin embargo, había otras a las que ningún niño parecía colmar sus expectativas. Esas madres cambiaban de hijos en forma constante. Al principio, todas eran vigiladas de cerca por el personal del orfanato. Sólo al cumplirse el año de la adopción simbólica se les permitía tratar a sus hijos como quisieran. Podían educarlos con reprimendas. Tenían el derecho de hacerles comer, incluso a la fuerza, los alimentos que les llevaban en termos y en vasijas de plástico. Casi ninguna hablaba fuera sobre su labor en el orfanato. En las casadas podría ser visto como un reproche a su vida conyugal, y en las solteras la aceptación de la soledad como una suerte de castigo. Amapolas El terror que se produjo en las salas de maternidad al ver nacer a las primeras víctimas llevó a más de uno a pensar en el cumplimiento de ciertas profecías bíblicas. En muchas casas pusieron, detrás de las puertas, la imagen del arcángel San Juan. Sin embargo, hubo una pronta resignación y una vez que fue detectado el origen de las deformaciones, se comenzó a tratar a las criaturas como si nada fuera de lo normal hubiera sucedido. De los apuntes del maestro Panser. Münster, 1963. ... Magnolias. En el sueño místico que le relata al sheik en la mezquita, el escritor extrañamente no siente culpa por encontrarse tomando bebidas alcohólicas. Muchas de las personas presentes en el bar le parecen auténticos bebedores. Durante la jornada escucha muchas historias contadas por esas personas. Unas son tristes, otras alegres. Es testigo, también, de algunos altercados y del extraño desmayo de una mujer que momentos antes se había escondido con un hombre detrás de una cortina. De pronto, el hombre salió con rapidez y abandonó el local. Un instante después la mujer apareció trastabillando y pudo apenas llegar a la barra. Acto seguido cayó de espaldas produciendo un ruido seco al golpearse contra el piso. Las acciones parecieron paralizarse. Los demás asistentes se concentraron en sus propias bebidas. Sólo el barman realizó algún sonido, al ponerse a silbar mientras secaba un montón de vasos. En ese momento, el escritor comenzó a sentir los primeros síntomas de embriaguez. Experimentó pavor. Horas más tarde debía celebrar, junto con los demás fieles, el Día de la remembranza. Sin embargo, pensó que se le dispararían los efectos alcohólicos en el tiempo que le faltaba para su cita con el sheik. Temió un acto de repudio, y hasta la expulsión de la mezquita si era descubierto. Salió del bar. El barman le había recibido el dinero de la cuenta sin darle el cambio correspondiente. La mujer continuaba tirada en el suelo. Nadie parecía dispuesto a marcar el número de emergencias médicas. El escritor encontró en la calle una gran cantidad de gente. Le molestó el sonido que producía el tránsito urbano. Cruzó algunas avenidas. Tomó el transporte subterráneo. Realizó un cambio de líneas, para lo cual debió volver a la superficie y caminar hasta otra estación ubicada a un par de cuadras. En el camino se detuvo frente a una cancha de basquetbol. El partido que se libraba le pareció interesante. A un lado existía un restaurante de comida de Tailandia, y pocos metros después un local donde en las noches se escuchaba música de jazz. Caminó unos momentos más, hasta hallar la calle donde se encontraba el punto donde debía hacer la conexión. Llegó a su destino pocos minutos después. Para su sorpresa, algunos asistentes del bar estaban esperándolo en la puerta de la mezquita. El escritor se desorientó. No entendió las razones por las que lo aguardaban. Tampoco comprendió cómo habían hecho para llegar antes que él. Apenas lo vieron, un par de ellos levantó los brazos en señal de saludo. Mientras se fue acercando escuchó que le pedían que los

dejara entrar. El escritor empezó, entonces, a reflexionar sobre el mandato divino que había hecho posible que esas personas se encontrasen allí. No podía oponerse a la voluntad de Dios. Tenía que haber sido el mismo Amado, quien propiciara esa presencia. No le quedó otro remedio sino dar indicaciones a ese grupo de beodos. Era cierto, la entrada era confusa. Nunca se sabía dónde estaba realmente la puerta de a la mezquita y curiosamente, cuando el grupo trató de ingresar, la puerta se volvió más pequeña. Casi como por efecto de un milagro se hizo más baja y angosta. Sólo algunos de los personajes reunidos lograron entrar. Los que quedaron afuera reclamaron. Incluso uno quedó atascado al pretender pasar por un espacio más pequeño que su cuerpo. Adentro, los fieles ya se encontraban dispuestos a comenzar el shiker, la ronda alrededor de los astros. Sólo esperaban la aparición del sheik, quien iba a bajar del segundo piso vistiendo un caftán negro o blanco, según fuera su estado de ánimo. El escritor, que entró precisamente antes de que el hombre quedara atascado, notó señales de alarma en los fieles cuando advirtieron la intromisión del grupo de gente ebria. Fue entonces cuando comenzó a hablar como un perturbado. Nunca le había sucedido algo semejante. Al contrario, siempre había hecho todo lo posible por mantenerse en silencio. ... Pasionarias. Todo debe ser cambiado, dijo el escritor mientras trataba de liberarse del pantalón, así como de las correas que sujetaban la prótesis. Ninguno de los beodos reunidos había dejado los zapatos en la entrada. Sólo lo habían hecho los fieles verdaderos. Las costumbres tendrán que variar desde sus raíces, continuó diciendo el escritor cuando se vio exento de la pierna. Primero se efectuarán los giros rituales, que durarán una hora exacta, afirmó. Luego será el momento de la cena, que se servirá acompañada de vino. Las oraciones debían situarse al final de la ceremonia. Agregó, que la dirección de La Meca debía ser ignorada. Pero había que visitarla, aunque para hacerlo se tuviera que pedir dinero prestado. De pronto, apareció Abu Bakar en el sueño del escritor. Abu Bakar había sido uno de los compañeros preferidos del profeta Mohamed, y estuvo presente durante el periodo de gracia durante el cual le fue revelado el sagrado Corán. En su rostro podía verse una sonrisa dirigida al escritor. Sigue adelante, le dijo Abu Bakar. Ignorando a sus compañeros y al sheik, quien había bajado apresuradamente y se encontraba sentado en el suelo con los ojos cerrados y moviendo la cabeza en forma pendular, el escritor caminó por el resto de la mezquita. Cruzó el adoratorio y el patio. Finalmente se colocó frente a uno de los textos proféticos, que solían ofrecer la forma de una flor, escrito en una tabla puesta en la pared. Se encontraba protegido por un vidrio, que el escritor rompió de un golpe. En ese instante quedó destrozada la imagen de una magnolia donde estaban contenidas las principales enseñanzas de El Amado, en otras palabras, Dios. El ruido del cristal al quebrarse despertó a la mujer acostada en el piso del bar. Antes de que finalizara el sueño del escritor, apareció en la escena un pequeño pájaro negro que sobrevoló por encima de los fieles. El pájaro se posó en uno de los hombros y murmuró algo que nadie pudo escuchar. Se dirigió luego al hombro del sheik, desde donde lo acusó de no haberles narrado a sus fieles el relato de la mirada del pájaro transparente. Según ese relato, escrito por Mario Bellatin, en algún momento aquella ave no había sido un pájaro sino un niño que vivía en un pequeño departamento de El Cairo asustado por los ritos religiosos prohibidos que practicaban sus padres a quienes, dictado por el mismo Abu Bakar, terminó sometiendo a un patíbulo sangriento. ... Crisantemos. Una mujer en Italia, después de postular durante muchos años junto con su esposo para la adopción de un niño sudamericano, terminó arrojando a la criatura a las líneas del ferrocarril. Al preguntársele las razones de su conducta, afirmó que aquella adopción había modificado demasiado su vida. El esposo no había podido soportar la nueva situación, por lo que abandonó la casa definitivamente. La mujer se volvió alcohólica. Con graves problemas económicos y una endeble estabilidad mental, decidió que ese hijo estaba llamado a ser desgraciado pasara lo que pasase. Antes de arrojarlo al tren en marcha, dudó si lo mejor no sería devolverlo a su país de origen. Sólo pensar en los trámites que esto supondría, hizo que no considerara dos veces esa posibilidad y esperase, a cuatro pasos de su hijo, el paso del tren expreso. Quizá en ese momento fue posible apreciar al fondo del paisaje, a lo lejos y envuelto en la bruma, un campo sembrado de crisantemos. De cualquier forma, la presencia intempestiva del tren obstaculizó toda visión. ... Geranios. El examen de afectados por el fármaco comienza cuando la asistente Henriette Wolf hace pasar a los pacientes a una pequeña sala previa al consultorio. Ella misma los ayuda a desvestirse. Mientras les quita las ropas, va destruyendo cualquier esperanza de ser reconocidos como merecedores de una bonificación económica. Les habla de sujetos que llegan procedentes de casi todas las regiones del planeta. Viajes inútiles, recalca, pues el laboratorio no entregará ni un centavo a los que tomaron la solución bajo marcas extranjeras. Tampoco a los defectuosos por naturaleza. Para muchos esa conducta es extraña. Pareciera como si la asistente Wolf mantuviera un pacto con los laboratorios acusados y buscara preservar sin reserva sus intereses. Ambos, la asistente Henriette Wolf y el paciente desnudo suelen esperar en el recinto hasta que el profesor Zumfelde hace sonar desde su consultorio una campanilla colocada siempre sobre una mesa clínica. A menudo, la habitación huele a flores. No a las rosas que circundan el consultorio, sino a geranios en descomposición. Según la asistente Henriette Wolf, ese olor es producido por unos fetos mantenidos en formol que el científico guarda en la pequeña sala como prueba de las consecuencias del fármaco. A veces, Olaf Zumfelde tarda una hora o más en hacer sonar la campanilla. No importa el tiempo que demore, su ayudante no va a dejar de hablar con el paciente a su lado. La asistente Henriette Wolf empezó a trabajar para el científico Olaf Zumfelde a su regreso de París. Pasó en aquella ciudad varios años, dentro de las filas del fallecido maestro Gurdjieff. Para tener una presencia significativa dentro de

aquel grupo, se convirtió en una gran conocedora de la obra de Ouspensky, el filósofo y místico de la ciencia de quien los seguidores de Gurdjieff son grandes devotos. Gracias a estos conocimientos, logró obtener un lugar privilegiado en la organización. La asistente Henriette Wolf conoció, entre los discípulos, a un anciano que en secreto aseguraba haber acompañado al maestro Gurdjieff durante sus peregrinaciones por los pueblos rusos. Según aquel hombre había sido a la mitad de una noche de verano, cerca de la propiedad de Yasnaya Poliana, cuando el maestro Gurdjieff había vislumbrado la verdad del Cuarto Camino, precepto fundamental de los gurdíefanos. La asistente Henriette Wolf abandonó aquel grupo cuando descubrió que veinte años antes el maestro había sido envenenado por sus propios discípulos. Leyó a escondidas documentos reservados, donde se detallaban horribles detalles del crimen. La asistente Henriette Wolf se instaló luego en un departamento donde continuó, sin que nadie lo supiera, con sus estudios de Ouspensky. Siguiendo cierta línea del pensamiento del místico empezó a preguntarse, entre otras cosas, por el origen de algunas enfermedades. Sus dudas casi siempre tenían como base ciertos pasajes de la Biblia que trató de interpretar desde una perspectiva médica. Durante la entrevista, sostenida con el profesor Zumfelde para obtener el empleo, habló de lo que habría sucedido si en el momento de la crucifixión de Cristo, a la Virgen María o a alguno de los discípulos se les hubiera desatado, por ejemplo, un agudo ataque de asma producto de la tensión a la que habían estado sometidos durante aquellos días. Luego de escucharla en silencio, en el consultorio de la Universidad de Heidelberg, el científico Olaf Zumfelde señaló que, así como había males de vieja estirpe existían los de nueva creación. El fármaco que deforma los fetos es uno de los más modernos, aseguró. El profesor, además, había descubierto que cuando se lanzó al mercado, la fórmula había sido distinta en los diferentes países en los que se comercializó. La solución que se vendió en Alemania, por referirse al caso, contenía una dosis bastante alta del producto. No ocurrió lo mismo en Estados Unidos, donde la fórmula estuvo algo diluida. A los países periféricos apenas si les tocó algo de dosis en sus productos. El científico había constatado que las consecuencias fueron proporcionales a las cantidades consumidas. Por eso mientras que los niños alemanes presentaban una especie de aletas en los puntos del cuerpo donde debían estar los brazos y las piernas, algunos de los nacidos en otras regiones experimentaron las consecuencias de una manera bastante más atenuada. ... Jacintos. El escritor vive en el centro de la ciudad, pero quiere mudarse. Además de la perturbación que le produce el ruido urbano, tiene inconvenientes para pagar la renta. Cuenta con ahorros únicamente para los siguientes meses. Por esa razón comienza a recorrer distintas zonas suburbanas en busca de la más adecuada para trasladarse. Desea vivir lejos del barullo, sin embargo, no está dispuesto a traspasar los puentes que delimitan la ciudad. Piensa que ir más allá variará en forma notable sus actividades, sobre todo las relacionadas con el trabajo de investigación que debe presentar pocos meses después. En esos momentos escribe principalmente sobre algunos grupos aposentados en la zona conocida como Hell Kitchen. Aparte de los establecimientos clásicos dedicados a las drag queens y de los bares de mujeres donde se juega al billar la jornada entera, el escritor ha descubierto un grupo de muchachas que, vestidas como hombres, se reúnen todas las tardes en un local de puertas doradas llamado el Okage. En la entrada hay un par de carteles donde se ve a dos picapedreros en plena faena. A esas mujeres les atraen los hombres que gustan de otros hombres. Casi ninguna logra emparejarse de manera adecuada, pese a que tienen conocimiento de que en otras sociedades se forman parejas de ese tipo, con una carga erótica bastante compleja. Ante su necesidad de encontrar un lugar donde vivir, el escritor llama por teléfono a una de las pocas personas con las que se comunica regularmente. El escritor lo ha bautizado como el Amante Otoñal, por su tendencia a relacionarse de manera comprometida con el mundo de los ancianos. ... Petunias. Pese a la cantidad de niños que presentaron deformaciones físicas al momento de nacer, pasó algún tiempo antes de que el científico Olaf Zumfelde estableciera plenamente una relación de causa y efecto entre el fármaco y las anomalías. Hubo desconcierto en los hospitales, que de la noche a la mañana vieron aumentar de manera inusitada el número de recién nacidos anormales. Se aventuraron algunas hipótesis, casi siempre relacionadas con las secuelas de la energía atómica. El referente más cercano fueron los niños de Hiroshima. Nuevamente apareció en el imaginario de los ciudadanos la imagen de La Pietà japonesa. La figura de aquella madre y su hijo, convertidos en una petunia en plena floración. Henriette Wolf escuchó al científico Olaf Zumfelde en silencio. En su solicitud de trabajo había asegurado estar preparada para enfrentar cualquier tipo de escándalo público. A los encargados de personal de la universidad que debieron avalar su ingreso no dejó de sorprenderles aquella anotación. Sólo el científico Olaf Zumfelde supo tomarla en su real medida. ... Tulipanes. Como resultado de las últimas medidas gubernamentales, la zona de la ciudad conocida como Hell Kitchen está a punto de desaparecer. Por eso, el escritor tiene cada vez mayor dificultad para ubicar puntos de encuentro con personas que ejercen sexualidades alternativas, por llamarlas de algún modo. Ha enviado una queja denunciando esta decisión de las autoridades como una injerencia ilegal en la vida privada de los ciudadanos. ... Aves del paraíso. Un juez norteamericano condenó a cadena perpetua a un padre que inculcó el virus del sida a su propio hijo. Al momento de dictaminar su sentencia proclamó que mientras el niño iba a gozar para siempre de las bondades del cielo, el padre se consumiría en las llamas eternas del infierno. Brian y Marjorie se conocieron en una discoteca en las afueras de Misuri a finales de los años ochenta. Marjorie había salido esa noche acompañada por dos amigas que trabajaban con ella en un salón de belleza. Las tres eran manicuristas. Cuando apareció Brian, un hombre fornido de cabello rojizo,

estaban a punto de irse a sus casas. Eran más de las dos de la mañana. Habían planeado realizar, al día siguiente, un paseo a los lagos situados detrás de las colinas. Dormirían hasta el mediodía y partirían a la una de la tarde. Irían en el coche de Marjorie, un Rabbit convertible que había comprado un año antes. Ninguna tenía novio en ese momento. Aquel había sido un año desastroso para sus relaciones amorosas, pues las tres habían terminado sus romances de modo abrupto. Marjorie, incluso, temía que su antiguo pretendiente la agrediera si se la encontraba en la calle. Pero esa noche, día de pago, decidieron olvidar el pasado. Escogieron una discoteca algo alejada de la ciudad. Dance with Crocodiles, se leía en un gran letrero de neón colocado a un lado de la carretera que une Misuri con los desiertos del sur. Como medida de precaución bebieron alcohol en cantidades moderadas. Aparte del manejo de vuelta, debían estar alerta por si aparecía alguno de los antiguos novios. Cada una se limitó a tomar un par de cervezas. En uno de sus regresos del baño, Marjorie se encontró con que Brian había ocupado su puesto. Conversaba con sus amigas. Al verla llegar a la mesa, se levantó y la invitó a bailar. La tomó de la mano y la llevó a la otra sección de la discoteca. Media hora después se acercaron a la barra. Marjorie aceptó un vodka con tónica. Antes de besarla, Brian le dijo que era enfermero. Marjorie contestó que no advertía la diferencia con los demás hombres con los que había bailado esa noche. Las amigas debieron pedir un taxi para regresar a sus casas. El paseo del día siguiente fue cancelado. Horas después, quedó sellada la unión entre el enfermero y la manicurista. ... Siempre vivas. Alba la Poeta, la mujer que adoptó a los gemelos Kuhn en el orfanato estatal, no se encontraba en el grupo ni de las solteras ni de las casadas, que por lo general era la condición de esas madres adoptivas. Compartía su casa, desde hacía algún tiempo, con un músico que había conocido en una cantina. Alba tenía, en ese entonces, cincuenta años de edad. Ahora está muerta. Era aficionada a la bebida, pero socialmente no se la consideraba una alcohólica. Se embriagaba una o dos veces al mes y, a menudo, perdía el sentido cuando comenzaba a amanecer. La muerte le sobrevino precisamente en una de esas ocasiones, pues parece que en aquellas circunstancias olvidaba tomar las pastillas que tenía prescritas para el corazón. Meses atrás había adoptado a una niña que terminó decepcionándola. Se trataba de una niña silenciosa que miraba la televisión durante muchas horas seguidas. Aparte de alimentarla y vestirla de acuerdo con sus posibilidades, siempre le llevaba libros de cuentos. Sin embargo, nunca logró que, mientras se los leía, la escuchara con atención. Los cuentos se fueron acumulando entre las pertenencias de la huérfana. Cuando decidió abandonarla, cargó con los libros sin dejar uno solo. Sin embargo, en los días siguientes continuó acudiendo puntualmente al orfanato. Buscaba otra criatura a la cual adoptar. A pesar de que en muchas ocasiones la niña repudiada se le acercaba al verla llegar, Alba la separaba con firmeza prefiriendo dedicarse a encontrar un infante que pudiera realmente satisfacerla. Cuando aparecieron los gemelos Kuhn, tuvo que luchar contra las demás madres para obtener la tutela. Todas las mujeres se interesaron desmedidamente en esos niños. Parecía como si hacerse cargo de los gemelos fuera la demostración definitiva de la calidad del amor maternal que buscaban colmar en el orfanato. Durante dos días dejaron desatendidos a sus hijos temporales, y una a otra se pasaron a los gemelos para darles los cuidados que consideraban necesarios. Alba la Poeta tuvo que demostrar ciertos méritos para obtener el visto bueno de las autoridades del orfanato. Desde muy joven había redactado sus poemas, pero sólo cuando su inspiración se lo pedía. Había épocas en que no escribía durante meses enteros. Cuando cumplió los cuarenta y cinco años, y usando parte del dinero que su hermano, traductor del alemán, le enviaba desde el exterior, decidió reunirlos en tres pequeños libros que circularon principalmente dentro de un grupo que se llamaba Amante de la Cultura. Aquel grupo llevaba a cabo sus juntas en una casa situada en el centro de la ciudad. Uno de sus propósitos consistía en detectar cualquier nueva publicación de poesía y conseguir algunos ejemplares para analizarlos en sus reuniones. Parecían pretender construir una historia de la comunidad a través de las imágenes poéticas que iban analizando. Alba consiguió que ese grupo le firmara una constancia donde se mencionaba que se había dedicado cuatro jueves consecutivos a la lectura y comentario de sus libros. Aquel documento bastó para que las autoridades del orfanato dieran su consentimiento. De esa forma, Alba la Poeta pasó a convertirse en madre temporal de los gemelos Kuhn. Apenas supo de la designación, Alba la Poeta se colocó frente a la cuna de barrotes de metal designada para los gemelos, y repitió en forma incesante su propio nombre. Con esa conducta sólo consiguió que los niños la miraran sin entender realmente lo que buscaba de ellos. ... Gladiolas. La pregunta sobre los avances y equivocaciones de la ciencia es aún pertinente, señala el escritor mientras se encuentra sentado en el restaurante thai situado junto a la cancha de básquetbol. Lleva en el bolsillo una estampa del arcángel San Juan. En ese momento pasa por la acera un vendedor de gladiolas, flores inusitadas en esa época del año. ... Dalias. Cuando el escritor le pide ayuda para cambiar de casa, el Amante Otoñal le informa que una anciana tía suya desea rentar el cobertizo de su vivienda. La tía vive en un conjunto de casas con patio trasero, visible cuando una de las principales líneas de transporte público eleva sus rieles por encima de la ciudad. Desde las ventanas de los vagones se pueden ver las ventanas y techos de la vivienda. El escritor conoció al Amante Otoñal una noche en que ambos se encontraban frente a las cabinas triple equis sin atreverse a entrar a ninguna. Quizá porque se hallaban en las mismas circunstancias comenzaron una conversación. El escritor le comentó que era escritor y, casi de inmediato, intentó hablar del libro en el que trabajaba en ese entonces. Algunos hombres salieron en aquel instante de las cabinas. Dejaron el local sin mirarlos. El escritor señaló que se trataba de una novela donde cada personaje quería encontrar una sexualidad y una religión personales. El Amante Otoñal dijo que en una

temporada le había gustado salir a la calle vestido de mujer. Abandonó esa práctica cuando fue acuchillado por un anciano con quien entró en el elevador de un edificio vetusto. Luego de pasar unas semanas en el hospital, permaneció encerrado en su departamento hasta que las heridas quedaron curadas del todo. Durante aquel tiempo de reclusión, en más de una oportunidad se preparó infusiones con unas flores que había plantado en las macetas de la cocina. Aquellas bebidas le provocaban sueños agradables. Antes de que fuera hora de que cerraran el establecimiento de las cabinas, el escritor y el Amante Otoñal fueron a sentarse en las bancas de un parque rodeado de abetos. Se quedaron allí hasta el amanecer. El Amante Otoñal prosiguió diciendo que meses después de su acuchillamiento decidió salir a la calle vestido como anciana. Su atuendo estaba compuesto por una blusa blanca con lazo, una chaqueta y una falda recta que le cubría las rodillas. En apariencia se trataba de tres piezas, pero en realidad era una misma prenda cosida de ese modo para poder ser sacada y vuelta a poner con facilidad. Usaba también una peluca blanca cubierta con un sombrero de tul. Nunca llevó ropa interior. Mientras fueron aclarándose los contornos del parque, el amante otoñal señaló que siempre había disfrutado la compañía de la gente mayor. Experimentó ese gusto desde niño. Los fines de semana, les pedía a sus padres que le permitieran acompañarlos al hogar de ancianos donde estaba internada su abuela. Sólo le hicieron caso una vez. En aquella ocasión, vio a la abuela sentada en una sala junto a otros ancianos que, sin ningún motivo aparente, se miraban entre sí. ... Camelias. Encima del televisor de la sala de ancianos del hospicio donde se encontraba internada la abuela del amante otoñal, solía haber siempre un gran jarrón con camelias. La abuela mandaba comprar esas flores con el dinero que su familia le dejaba en cada una de sus visitas. La ausencia de olor de las camelias parecía recordarle los años de su niñez, pasados en el sur. Cuando nadie la miraba, acostumbraba levantarse de su silla y acercarse al jarrón. Una vez que olfateaba las flores solía echarse a llorar, quejándose de su condición de huérfana. El profeta Zacarías, al que tantas veces se refirió el sheik en la mezquita, solía implorar de manera similar. Pero a diferencia de la abuela, Zacarías al final fue recompensado. Pese a su edad tuvo un hijo, el arcángel San Juan. ... Gardenias. Un año después, las amigas del salón de belleza fueron invitadas a la boda de Marjorie y Brian. Se trató de una ceremonia sencilla. La disfrutaron, sobre todo, las estilistas y los compañeros de Brian del hospital. Se llevó a cabo en un jardín que se rentaba para esa clase de eventos. Estaba sembrado principalmente de gardenias. Pero había, además, flores de todo tipo, aves del paraíso, rosas gigantes y retamas de un intenso amarillo. Estaban en jarrones colocados en el perímetro del atrio donde se llevaría a cabo la ceremonia. Al final de la tarde, los novios estaban un poco bebidos. Se retiraron temprano. Hubo algunos escarceos entre las estilistas y los empleados del hospital, quienes se quedaron en el jardín hasta que el frío los obligó a retirarse. Dos meses más tarde Marjorie quedó encinta. A partir de entonces, comenzaron los problemas entre la pareja. Desde un comienzo Brian no había querido niños, al menos no por el momento. Su bajo sueldo y su deseo de buscar mejores oportunidades anulaban cualquier deseo de paternidad. Primero quería dejar el área de oncología en la que estaba asignado. Era difícil lograrlo. Todos los días debía ponerse el mandil morado que identificaba a los enfermeros de aquella unidad. Marjorie no estaba de acuerdo con la decisión de su marido. Por eso le mintió con respecto a las píldoras anticonceptivas. Cuando vio la reacción de Brian se arrepintió de su engaño. La furia que mostró el esposo al enterarse del embarazo hizo que quedaran hechos añicos los adornos de la sala y la pantalla del televisor. Marjorie se salvó de una paliza, porque en el preciso momento en que Brian levantaba el brazo para golpearla una vecina tocó alarmada el timbre de la casa. A Brian no se le volvió a ver sino hasta un mes después del parto. Ante una petición de Marjorie, fue citado por las autoridades para que se sometiera a una prueba de ADN que comprobara su paternidad. Durante el tiempo que duró su embarazo, sus amigas del salón de belleza estuvieron atentas a su bienestar. Sin embargo, después de nacer la criatura a Marjorie le comenzó a preocupar que careciera de padre. Después de todo, era posible que Brian hubiera recapacitado. No fue así. Brian acudió a los exámenes sólo para evitar ir a la cárcel. Marjorie fue aconsejada por sus amigas para que presentara también una demanda judicial. Al principio se resistió a hacerlo. Albergaba hacia su marido un sentimiento indefinido, no dejaba de ser el padre de su hijo. En todo caso, le inspiraba cierta lástima la situación de Brian. Sin embargo, pese a su resistencia lograron convencerla. Las amigas utilizaron el argumento de que ese dinero podía contribuir a hacer realidad el deseo de instalar un salón de belleza propio, idea que tenían desde que se conocieron. Cuando el recién nacido cumplió dos meses, comenzó a presentar problemas respiratorios. Todo empezó con un resfrío que se fue complicando. Se le diagnosticó, al poco tiempo, un cuadro asmático. Mientras la demanda de la madre seguía su curso, el niño debió pasar algunas temporadas dentro de una carpa de oxígeno. Para evitar cualquier encuentro desagradable, Marjorie no lo internaba en el hospital donde trabajaba su marido. Cuando se dictó la sentencia, señalando la cantidad que debía abonar, Brian pidió una apelación. Presentó varios documentos probatorios de su verdadera situación económica. Trató de rebajar la suma impuesta por la corte. El dinero que debía depositar cada mes significaba más del sesenta por ciento de su sueldo. Llamó a Marjorie un par de veces. Quiso ser amable, le explicó cuál era la verdadera condición de un enfermero. Marjorie intentó ser comprensiva. Hubiera querido bajar la cantidad, pero las amigas la convencieron de lo contrario. Antes que nada, debía pensar en el futuro del niño, recalcaron. Poco después de abandonar la casa, Brian se relacionó con una nueva mujer, quien lo dejó apenas comenzaron los asuntos legales. Se trató de una vecina. Brian había rentado una habitación en un edificio pintado de verde. En la parte trasera existía una piscina para uso de

los inquilinos. La conoció allí una tarde de verano. Sobre el agua podían verse reflejadas las luces del edificio. ... Astromelias. Por esas fechas, el escritor tuvo un breve romance con una crítica literaria que conoció durante la presentación de un libro. El escritor y la crítica se sentaron juntos en el bar a donde algunos de los asistentes del autor acudieron después. Alguien los presentó y la crítica literaria comenzó a hablar, sin cesar, de las obras que se producían en la ciudad. El escritor la escuchó casi en silencio. Luego de salir del bar, se dirigieron al departamento que la crítica literaria tenía en el centro. Apenas llegaron, la crítica despidió a la niñera. Su hija ya estaba dormida. Terminaron acostándose en la habitación. En la madrugada, el escritor se colocó la pierna artificial y salió del cuarto. Pasó frente a la habitación de la hija. A un lado se encontraba la cama, y en el piso se podían distinguir algunos juguetes desparramados. En un extremo del pasillo había una ventana que daba a la calle. El escritor miró por ella y se dio cuenta de que la avenida estaba animada. Era un tanto anormal que no lo hubiera notado al entrar. Al orientarse advirtió que habían entrado al edificio por la calle opuesta. En la acera de enfrente había un club nocturno. El portero hacía formar en filas a las personas que querían entrar. Momentos antes de dormirse, la crítica literaria había llorado al lado del escritor. Señaló que le gustaría dejar aquel departamento. No lo hacía porque la niña estaba acostumbrada a vivir allí. Dijo, también, que desde hacía unos meses ya no preguntaba por su padre. Fue el momento en que comenzó a llorar. Cuando se calmó, le señaló al escritor que deseaba contarle la historia completa. Le habló, entonces, de que al finalizar el invierno pasado su esposo con quien llevaba diez años casada, la invitó cierta noche a cenar fuera de casa, donde lanzó la noticia. Iba a someterse a una operación de cambio de sexo. Señaló que le atraían las mujeres, pero de una manera distinta. Quería acercarse a ellas de mujer a mujer. Deseaba continuar con el matrimonio, agregó. No se atrevía a pedirselo, pero quería que se transformaran en dos mujeres que vivían juntas con una niña pequeña que criar. Ovillada en una esquina de la cama, la crítica literaria le dijo al escritor que no aceptó aquel trato, y que era la primera persona a quien le contaba toda la verdad. Para los demás se había tratado de un simple divorcio. Al día siguiente, la crítica empacó sus cosas y las mandó a un depósito. Luego de volver del pasillo, el escritor fue al cuarto por su ropa. Se vistió en silencio y salió del departamento. En las tardes de los días siguientes visitó el parque de diversiones aledaño al edificio. Desde lejos veía a la hija jugando. Algunas veces se encontraba acompañada por su madre. Otras por mujeres desconocidas. El escritor nunca volvió a comunicarse con la crítica literaria. En un par de ocasiones, encontró mensajes donde la mujer le solicitaba textos para publicar en revistas. El escritor no contestó. Durante algunas tardes continuó observando de manera persistente a la niña. Sólo se le acercó en una ocasión. Sucedió cuando fue hallado en el parque un perro perdido. Se trataba de un animal pequeño, con el pelo corto y una mancha marrón en el ojo. El escritor observó el momento en que la hija recogía la correa que el perro llevaba arrastrando por el piso y le dijo entonces que el perro era suyo. La hija de la crítica se lo entregó confiada. El escritor caminó con el perro al lado algunas cuerdas. Al llegar a una esquina se lo entregó a un vagabundo ocupado en armar una covacha utilizando cajas de cartón. ... Begonias. Antes de que la asistente Henriette Wolf fuera aceptada en la universidad, el científico Olaf Zumfelde le pidió que olvidara cualquier asunto relacionado con Gurdjieff. Que olvidara también sus pesquisas personales en la Biblia. La puso al corriente de sus hallazgos científicos con respecto al fármaco causante de las malformaciones. Hasta ese momento, aquello había sido manejado como información reservada. Confiaba, de algún modo, en aquella mujer. Años después, cuando lo nombraron revisor oficial por orden del gobierno acostumbraba esperar a los pacientes con una minigrabadora en la mano derecha y una cinta métrica en la izquierda. Comenzaba a examinarlos tomando las medidas de los cuerpos al mismo tiempo que le hablaba al aparato, que pegaba con exageración a la boca. La asistente Henriette Wolf lo escuchaba de pie a su lado. Sostenía siempre una pequeña libreta. Después de veinte minutos de examen, el científico solía dar el veredicto final. Mutante o Afectado eran las únicas posibilidades dignas de contemplarse. De inmediato, la asistente Henriette Wolf apuntaba en su libreta el veredicto. Conducía luego al paciente a la pequeña sala anterior. Mientras lo ayudaba a vestirse, le daba las instrucciones sobre lo que debía hacer a continuación. En el caso de que se tratara de un afectado por el fármaco, le señalaba los pasos a seguir después de que el científico le firmara su certificado. Pero si era un mutante, le hablaba con distancia. A veces incluso parecía no recordar el juramento que le había hecho al científico de olvidar sus creencias pasadas. Se refería entonces, en el tono bajo con el que había aprendido a expresarse durante sus años en el extranjero, a Gurdjieff y sus enseñanzas. También a sus propias interpretaciones de la Biblia, que comenzara a elaborar en su minúsculo departamento de París. Hubo una ocasión en que se desató un verdadero escándalo en la consulta. Ocurrió cuando un organillero, que había perdido la pierna a causa de un accidente de tránsito, trató de hacerse pasar por víctima con derecho a ser indemnizada. La asistente Henriette Wolf observó cómo el científico Olaf Zumfelde palidecía al comprobar que las medidas que iba tomando con la cinta no calzaban. El científico pasó del desconcierto a la ira. Arrojó la minigrabadora al piso, y salió del consultorio dando un portazo. Al darse cuenta de lo que acababa de suceder, la asistente Henriette Wolf no lo condujo a la pequeña sala, sino que lo sacó desnudo al ambiente donde los demás esperaban su turno. Empujó con fuerza la silla de ruedas en la que se desplazaba el impostor y lo abandonó frente a la mirada asombrada del resto. Luego se encerró en la consulta y se negó a devolverle su ropa. Antes de cerrar la puerta citó una frase de Ouspensky, donde quedaba señalado que el camino de purificación que tuvo Jesucristo en el templo de Heliópolis estaba basado en una veracidad a toda

prueba. Pese a algunos problemas legales, pendientes aún de solución, que tiene la señora Henriette Wolf con la universidad y con los tribunales del país, hasta el día de hoy sigue asistiendo al científico Olaf Zumfelde en la consulta externa de la Universidad de Heidelberg. De vez en cuando, le llama la atención que el verde con que están pintadas las puertas y ventanas de la institución no haya cambiado en los últimos treinta años. El camino de entrada está flanqueado por rosales de todos los colores y tamaños. A veces piensa en lo que significaría en las vidas de los pacientes que el color verde de las puertas, así como el olor a geranios podridos, fuera el último recuerdo que guardaran de aquel lugar. ... Primaveras. No es posible pensar en avances científicos sin tener presente la región bávara, afirma el hermano de Alba la Poeta, misterioso traductor del alemán, mientras diserta sobre los problemas lingüísticos que acarrearán los textos de los nibelungos. ... Pensamientos. En más de una ocasión, el escritor escuchó a su madre hablarle de las circunstancias que se desarrollaron alrededor del embarazo que le dio vida. La acción de esos relatos solía situarse un mes antes del parto. La madre y la abuela, quien había viajado desde la costa oeste sólo con la intención de estar al lado de su hija, se encontraban en una cafetería ubicada en el segundo piso de un centro comercial. La madre había pedido una malteada de chocolate y agua mineral. La abuela una taza de té. La madre tenía prohibido el chocolate, pero en ese grado de gestación poco importaba tomar precauciones. Estaba segura de que lo peor había pasado. Como en esos meses las piernas sufrieron una ligera hinchazón, utilizaba unas medias especiales. Por eso mismo los zapatos eran de tacón bajo. Dos días antes había visitado a su ginecólogo, quien le informó que no advertía ninguna complicación y que, como se sabía desde el principio, dentro de poco sería madre de mellizos. Acudió donde aquel médico desde que sintió los primeros síntomas de embarazo. Se trataba de un ginecólogo joven, al que no le gustaba alarmar a los pacientes dando una importancia excesiva a sus malestares. La abuela, que había pedido un pastel de manzana junto con su taza de té, hubiera preferido que a su hija la tratara el médico de la familia. Sin embargo, resultó imposible convencerla de que se viajara para los chequeos periódicos. Los paquetes de la compra, artículos para recién nacidos casi todos, estaban colocados en una tercera silla. Las dos mujeres se quedaron en la cafetería cerca de media hora. De las bolsas sobresalían los artículos, rosas y celestes, que habían adquirido. Las dos mujeres se levantaron de la mesa y salieron con dirección al estacionamiento del centro comercial. Según lo previsto, un mes después la madre dio a luz. Por tratarse de mellizos se le practicó una cesárea. En el momento del parto no se presentaron complicaciones mayores, pero una vez que las criaturas nacieron hubo confusión en la sala. De inmediato se llamó a otros médicos, pediatras especialmente. Luego de que los recién nacidos fueron revisados, se ordenó que los trasladaran a una sección especial de la cuna maternal, donde quedaron en observación y en espera de los análisis clínicos. Lo que tenía tan alarmado al personal médico era que los recién nacidos carecían de algunas extremidades. A uno de ellos le faltaban ambos brazos y al otro una pierna. El primero en conocer la noticia fue el padre de las criaturas. El director del hospital le habló en privado. En forma calmada le fue describiendo el caso en todos sus detalles. Incluso le mostró unas fotos tomadas minutos después del parto. Los recién nacidos habían sido puestos en una mesa de metal y, efectivamente, eran evidentes las anomalías. El padre pudo ver en una de las fotos a la madre, quien un poco más atrás dormía bajo los efectos de la anestesia. Tanto él como su esposa eran personas religiosas. Se conocieron incluso durante un retiro espiritual para jóvenes organizado por una institución católica. Al oír al director, el padre se echó a llorar cubriéndose la cara. Una vez que se tranquilizó y volvió a observar las fotos, se puso a rezar juntando las manos como un niño antes de acostarse. No tenía más de veinticinco años. Acababa de comprar un ramo de crisantemos para su esposa. Después de restablecerse, mostró una actitud digna que le hizo decir cosas como que aquello lo obligaba a querer aún más a sus hijos. El siguiente paso consistía en darle la noticia a su esposa y al resto de la familia. Mirando fijamente al director, que se mantenía alerta a sus reacciones detrás del escritorio, dijo que saldría unos momentos a la calle. Después regresaría para informarles personalmente de lo sucedido. Pidió discreción. El director acompañó al padre hasta la puerta de su despacho y lo vio alejarse por un pasillo de losetas iluminado por una serie de ventanales que daban a un soleado jardín. El padre no cumplió su promesa de regresar para avisar personalmente a su esposa y a su familia. A partir de ese momento, nunca más volvió a saberse de su existencia. ... Lirios. Después de dar a luz, Marjorie puso en venta el Rabbit convertible. Quiso comprar un coche más seguro, donde pudiera pasear a su hijo con tranquilidad. El niño no sacó el pelo rojizo de su padre, tal como Marjorie hubiera deseado. ... Flor araña. Se llamaba Eva la tía del Amante Otoñal que deseaba rentar el cobertizo. Tenía más de ochenta años, vivía sola y casi no salía. En los últimos tiempos había conseguido que algunos vecinos le sirvieran de nexos con el exterior. Conocía el horario de muchos de ellos. Sabía, por ejemplo, la hora exacta en que la vecina más joven realizaba sus compras. Eva aparecía entonces por la ventana y arrojaba sin más una lista con los artículos que requería. El dinero lo colocaba en un sobre aparte. Estaba enterada, también, del momento en que regresaba del trabajo el hombre que habitaba la casa de al lado. Acostumbraba llamarlo cada vez que había un problema relacionado con la electricidad o la plomería. Eva se mostró desconfiada cuando el escritor se presentó a preguntar por el alquiler del cobertizo. Leyó, con una especie de fastidio, la tarjeta que le pasaron por debajo de la puerta. Su ideal de inquilino no era aquel hombre, sino alguna muchacha llegada a la ciudad con aspiraciones menores. Lo que en realidad deseaba era alguien que le sirviera de compañía. Una persona con quien ver la televisión e ir a su visita mensual al salón de belleza. Sin embargo, pese a su recelo inicial abrió la puerta. Hizo tomar asiento al

escritor en uno de los sofás cubiertos con fundas de plástico. Sin apartar la vista de la pierna artificial, que se insinuaba debajo del pantalón, comenzó a hacer preguntas. Aquel interrogatorio desanimó al escritor. Se le comenzó a diluir la idea de rentar nada allí. Se puso por eso de pie rápidamente y, después de despedirse, salió de la casa con rumbo a la estación del subterráneo. Sin embargo, dos meses después llamó con la vaga esperanza de que el cobertizo no se hubiera rentado. No le entusiasmaba demasiado la idea de vivir allí, pero en todo ese tiempo no había hallado nada que se ajustara a sus necesidades. Cuando le informó que el cobertizo seguía libre, dijo que no lo había rentado. Al llegar a la casa, la anciana le preguntó qué había sucedido con su pierna. Sólo al oír la respuesta, lo hizo pasar. Eva le contó entonces que cuarenta años atrás, un autobús le había despedazado la pierna a una de sus mejores amigas. Cuando salieron al patio, el escritor descubrió que el cobertizo estaba peor que lo imaginado. Se trataba de un espacio bastante pequeño. Las paredes se encontraban repletas de agujeros. Decidió sentarse en una esquina. Mirando el estado de la habitación pensó en esas flores que en los cementerios se mantienen varios meses seguidos no se sabe si vivas o muertas, reflejando su pálido color sin necesidad de ningún tipo de cuidado. Se le hizo algo extraño ese pensamiento. Aparecía con frecuencia, sobre todo cuando las cosas daban la impresión de estar perdidas. Costaría mucho tiempo y dinero reparar ese lugar. Tenía urgencia por dejar, esa misma semana, el departamento que habitaba. Eva, en ese momento se encontraba en la cocina preparando un poco de té. En ese entonces, el escritor no sabía todavía rezar como es debido. Ese instante de desánimo habría de recordarlo en la mezquita muchas veces. Pese a la pérdida de esperanza, o tal vez por esa misma razón, decidió, de pronto, aceptar el arriendo, opción que se fortaleció cuando Eva volvió con el té y le dijo que las reparaciones podían descontarse del pago de la renta. Durante los días siguientes, el escritor se dedicó a cubrir los agujeros y a pintar las paredes. Consiguió apropiarse no sólo del cobertizo, sino también del patio de la casa. En los dos años posteriores se comunicó con Eva sólo por una pequeña ventana, ubicada entre la cocina y el patio, que tenía roto el vidrio. Ninguno de los dos hizo nada por reponerlo. El escritor comenzó a pasar por ese agujero las compras que le empezó a hacer a Eva con regularidad, así como las comidas que de vez en cuando preparó en una estufa colocada en una esquina del patio. Los fines de mes la acompañaba al salón de belleza, donde aguardaba a que terminara su tratamiento leyendo alguna revista femenina en la sala de espera. Nunca aceptó ninguna de sus invitaciones para ver juntos la televisión. Alhelíes. Para ingresar al orfanato, Alba la Poeta contaba con una credencial que, sin embargo, casi nunca mostraba. Era lo suficientemente conocida por los porteros de la institución. Podía incluso llevar invitados. Cierta vez ingresó acompañada del músico con quien vivía. Con esa acción rompió el pacto establecido entre las madres voluntarias, de no hacer partícipe a nadie de fuera de las actividades que allí se llevaban a cabo. Le había contado las razones por las que la primera niña la había decepcionado. Entre otras cosas porque le pareció no haber despertado en la criatura sentimiento alguno, ni de amor ni de odio. También le contó detalles de la llegada de los gemelos Kuhn y de cómo su presencia había trastornado a muchas de las mujeres. Cuando le concedieron la tutela, algunas las madres reclamaron con actitudes histéricas. Hubo las que abandonaron a sus hijos y no volvieron más por el orfanato. Alba la Poeta le relató cómo, a pesar de sus limitaciones, los gemelos poco a poco se las iban ingeniando para valerse por sí mismos. El músico le preguntó repetidamente por las razones que la movían a hacerse cargo de los gemelos Kuhn. Lo hizo cuando la mujer estaba sobria y también cuando su ebriedad le impedía incluso mantenerse en pie. En ciertas ocasiones, Alba le contestó que le provocaban compasión. En otras afirmaba que sentía, de improviso, una fuerza extraña independiente de la piedad que la llevaba a estar con los gemelos todo el tiempo posible. Pero esa energía terminaba por agobiarla. Cuando ese sentimiento llegaba a sus límites, abandonaba aturdida el orfanato y no se volvía a saber de ella en varios días. Al regresar notaba en los gemelos los estragos del abandono. Era precisamente en esos momentos, cuando trataba con ansias de subsanar su conducta, cuando cobrara real importancia lo mucho que los necesitaba. El músico solía escucharla con paciencia. De esa forma acostumbraba observar también a Alba la Poeta cuando decidía embriagarse. Alba comenzaba a beber desde las primeras horas de la noche y no se detenía sino hasta el amanecer. Todo ese tiempo permanecía en silencio. Cuando visitaba la cantina las cosas eran distintas. Llegaba a la medianoche llevando en su bolso los poemas que hubiera escrito durante esos días. Tomaba asiento y, luego de beber un vaso de aguardiente, comenzaba con la lectura de los manuscritos. Leía cerca de una hora. Al terminar y darse cuenta de que nadie la había escuchado realmente, repartía los papeles escritos entre los asistentes. Iba de una mesa a otra pidiendo opiniones o repitiendo versos de memoria. Cuando notaba que seguían sin hacerle caso recogía los poemas, se dirigía a su mesa y, mirando hacia un punto muerto, balbuceaba palabras relacionadas con el trabajo poético. En los últimos tiempos aquel final había tenido algunas variaciones. En lugar de sentarse, se paraba en una silla y relataba, una y otra vez, la historia de los gemelos Kuhn. ... Azahares. Según Alba la Poeta, los gemelos Kuhn habían nacido como producto de un incesto cometido entre dos hermanos. Afirmaba que aquello lo sabía por ciertos informantes que en una ocasión llegaron hasta la puerta del orfanato. El verdadero comienzo de la historia se remontaba muchos años atrás, cuando los padres de los gemelos eran unos niños. Ambos tenían los cuerpos cubiertos de lunares. En aquel tiempo la ciudad presentaba un alto número de habitantes con deformidades físicas. Alba solía interrumpir su relato para decir que un médico le había contado que esas características eran normales en determinadas épocas de la evolución de las sociedades. Las mutaciones

genéticas se manifestaban en algunos momentos con más fuerza que en otros, afirmaba. Aquel médico le dijo que tales descubrimientos solían comprobarse con la observación simple de las anomalías. Al final de ese proceso la sociedad acostumbraba reconocer que lo anormal estaba, de alguna manera, llamado a convertirse en lo esperado. En ese tiempo las características anómalas fueron tan evidentes en aquella ciudad, que incluso se conformó un grupo humano que se congregaba en virtud de las peculiaridades de sus cuerpos. Le habían otorgado el mando a un anciano ciego, quien parecía tener el poder de evitar las deformaciones en la descendencia. Aparte de los tullidos y de los seres anormales, todos los días acudían hasta la sede, ubicada en las afueras, decenas de parejas que deseaban tener hijos sin anomalías. El anciano ciego había hecho construir un conjunto de pequeñas casas que daban asilo a una serie de cojos, jorobados y tuertos. Muchos de ellos lo ayudaban en la administración. Algunas veces los posibles males en la descendencia eran conjurados con infusiones de flores, que el anciano mandaba traer de regiones remotas. El ciego afirmaba que, mientras dormía, las recetas le eran dictadas por un reputado médico muerto muchos años atrás. Molestos por las miradas insistentes de los vecinos, los padres de unas criaturas plagadas de lunares llevaron cierto día a sus hijos a la consulta de aquel anciano. Querían restituir la normalidad en la estirpe. El anciano ciego revisó a los niños minuciosamente. Observó largo rato el iris de sus ojos y les tomó el pulso durante casi media hora. En esta ocasión no se trató de una muñeca ortopédica. Luego pasó una y otra vez la mano sobre sus cuerpos. Después del examen los mandó afuera y se retiró a un pequeño cuarto donde solía dictar las prescripciones. Minutos después salió una mujer de allí llevando el papel donde estaban anotadas las indicaciones del anciano. Les dijo a los padres que el anciano no podía saber aún de qué clase de alteración genética se trataba. Había que esperar unos años hasta que los cuerpos transmitieran, de forma natural, la verdad de sus defectos. Sin embargo, lo que había que hacer desde entonces era ir preparando a esos dos hermanos para que, llegado el momento, se casaran entre ellos. Lo similar cura lo similar, había hecho apuntar el anciano en el papel que la mujer tenía en la mano. ... Flor de loto. Conforme continuaba su camino, el escritor se preguntaba por su conducta de las últimas semanas. Sentía remordimiento por las tardes pasadas espiando a la niña en el parque. También por haberle entregado el perro a aquel vagabundo. La crítica literaria tal vez hubiera aceptado al animal en su departamento. Aquello quizá habría hecho feliz a la hija. Aunque en sus visitas al parque no había visto tristeza en esa niña. Cierta vez en que la observaba columpiarse, el escritor se acordó de un momento específico de su infancia. De la ocasión en que su madre no tenía el dinero necesario para comprarle la pierna artificial que debía reemplazar a la anterior. Desde niño el escritor tenía conocimiento de lo costosos que pueden llegar a ser los aparatos ortopédicos. Que se debía a que no eran construidos en serie, pues cada persona malformada muestra una malformación particular. El escritor fue llevado entonces a un programa de televisión. Se trataba de un espacio conducido por una mujer y dirigido a un público femenino. Aparte de ofrecer cursos de cocina y de artes manuales, el programa contaba con un tiempo dedicado a pedir ayuda de orden social. El escritor fue sentado al lado de la conductora, quien después de decir unas palabras al público le pidió a uno de los camarógrafos que mostrara un primer plano de su rodilla trunca. Gracias a una serie de llamadas, que llegaron al canal inmediatamente después, se consiguió pronto el dinero necesario para la confección de la prótesis. ... Buganvillas. Un joven travesti concibió a su hijo con una mujer, con quien lo unía cierta amistad, para que ella y su novia fueran al fin las madres del bebé que tanto ansiaban criar. Pero luego de una terrible discusión, motivada por unos celos incontrolables, las dos mujeres se separaron y cada una regresó a su lugar de origen. Le dejaron al niño en custodia y hasta el momento no lo han reclamado. El travesti no sabe qué hacer con él. Conoce algunos programas de reubicación familiar, pero ha escuchado historias tan terribles que ocurren en el seno de esas familias falsas que prefiere llevar al niño todo el tiempo consigo. En las noches lo acompaña al club donde imita a cantantes famosas. El niño acostumbra dormir en una esquina del camerino principal. ... Violetas. Una de las pesadillas recurrentes del escritor suele situarse en dos planos muy distintos de la realidad, en una maceta de violetas colocada en la sala del departamento de su madre y en un escenario donde se va a llevar a cabo un espectáculo de danza contemporánea. El sueño acostumbra comenzar cuando la mirada del escritor queda fija en una de las flores de su madre durante largo tiempo. Poco a poco logra va introduciendo su cuerpo en la esencia de esta flor. Una vez cruzado el corazón de las violetas, el personaje se halla dentro de un escenario. De pronto se encuentra, con el torso desnudo, frente a un público que comienza a reír de su cuerpo deforme. Todo ha comenzado una hora antes, en los camerinos de un teatro de reciente construcción. Del techo sobresalen unos tubos rojos. Alrededor hay varios bailarines que se preparan para salir a escena. En determinado momento, alguien entró de improviso a los camerinos. Se trataba del portero del teatro, quien en voz alta dijo que habría problemas con la obra programada para esa noche. En la calle aguardaba una gran cantidad de público, prosiguió, que no parecía dispuesto a aceptar la representación que se anunciaba en el cartel. Proponía, entonces, que el espectáculo girara alrededor del escritor, para lo cual tendría que salir a escena despojado de su pierna ortopédica. Debía abandonar el pie falso, calzado ya con la zapatilla de ballet, la pierna fabricada con carbono, así como las correas y hebillas que servían como unión con el cuerpo. Al escritor le sorprendió que nadie discutiera las opiniones del portero. Si bien es cierto que el director y los demás responsables de la obra habían desaparecido, no era posible que un empleado asumiera de ese modo el mando. Sin embargo, en vista de la sumisa conducta de los demás no parecía quedarle otra alternativa que aceptar

las nuevas instrucciones. Alguien sacó la pierna de los camerinos y la puso al lado de la puerta. Entre las bailarinas existía una bastante diminuta, era flaca y muy bajita, que aseguraba ser su prometida. Pero el escritor nunca la había visto, ni siquiera en la realidad. La pequeña mujer afirmaba, sin embargo, que estaban próximos a casarse. Mientras la escuchaba, el escritor fue conducido casi hasta al borde del escenario. El público ya había ingresado en la sala. En ese momento el escritor giró la cabeza y observó, a lo lejos, su pierna ortopédica abandonada al lado de la puerta del camerino. Recordó entonces la hilera de macetas de violetas colocadas en la sala del departamento de su madre. El escritor comenzó a extrañar su pierna. Salió de su ensimismamiento cuando observó que unas enfermeras cruzaron velozmente el escenario empujando una silla de ruedas ocupadas por dos niños. Al ver a las criaturas, el público empezó a gritar. Esos niños parecían ser los gemelos Kuhn. El público vociferaba. Cuando las enfermeras llegaron al centro del escenario arrojaron a los gemelos al suelo. El público rio al unísono. Los gritos que se empezaron a oír, aclamándolos, se hicieron cada vez más fuertes. Las enfermeras, una vez que dejaron el escenario, volvieron rápidamente. Todo había parecido indicar que después de dejar abandonados a los gemelos iban a llevar las sillas al depósito de utilería. Pero no fue así. Cambiaron de pronto el rumbo y se dirigieron directamente hacia el punto donde estaba ubicado el escritor. Parecían la intención de atropellarlo. Para evitar la colisión, el escritor tuvo que entrar a escena dando pequeños saltos. Antes de escuchar la reacción del público ante su presencia, miró hacia arriba y, a través de las potentes luces de la sala, advirtió la esencia del corazón de las violetas de su madre. ... Mastuerzos. Yo creo que no tengo conciencia, o, mejor dicho, que mi inconsciente está carente de la conciencia necesaria de la falta de mi miembro inferior. Por ejemplo, en los cuarenta años que llevo cumplidos jamás ha aparecido ni en sueños ni en estados alterados esa particularidad. Al contrario, mientras duermo participo en competencias atléticas, formo parte de concursos de baile y he escalado más de una montaña. La recurrencia de actividades que no puedo realizar quizá sea la clave para iniciar el proceso terapéutico. Tomado de Diario de un viejo loco,

de Junichiro Tanizaki. ... Retama. Luego de dictada la sentencia, Brian pagó sólo en un par de ocasiones la mensualidad acordada. Pudo hacerlo gracias a unos ahorros que había logrado juntar el año anterior, antes de conocer a la mujer de la piscina. Cuando dejó de depositar el dinero fue detenido. Además de tenerlo preso unos días, se le embargó el auto, un Maverick modelo 1974. Tras su liberación, algo pareció cambiar en la actitud de Brian. Trató de acercarse a su hijo lo más posible. Comenzó a visitar la casa de Marjorie los fines de semana. A veces llevaba un ramo de flores amarillas. Marjorie preparaba té y galletas. Se sentaban los tres juntos en el porche. Ni Marjorie ni Brian sentían ya nada el uno por el otro. Durante una de esas tardes, Brian le habló a Marjorie de la mujer de la piscina. Le contó la tristeza que le había causado su abandono. Era imposible, dijo por fin, que con su sueldo y la sentencia pudiera llevar nuevamente una vida normal. Estaba condenado a ser un solitario y a no aspirar al cambio a ningún otro departamento del hospital. No podía arriesgarse a solicitarlo, pues era posible que perdiera el empleo por completo si sus superiores advertían que no estaba satisfecho con su labor. A pesar de las explicaciones, Marjorie no entendía por qué Brian estaba incapacitado para pedir un cambio a un área menos deprimente. Su vida se iba a circunscribir a tratar diariamente con aquellos cuerpos atacados por el cáncer. Aquel olor lo acompañaría en forma perpetua. En ese tiempo, Brian empezó a preocuparse también por la salud del niño. Hizo que Marjorie lo llevara a que le trataran el asma una serie de médicos que atendían en su hospital. Era el sanatorio más grande del condado. Cada uno de sus ocho pisos estaba reservado para diferentes especialidades médicas. El hospital contaba, además, con un edificio alledaño pintado de blanco, donde estaba situada la zona de pediatría. Cuando cumplió su primer año de vida, el niño tuvo un ataque de asma realmente severo. Marjorie llamó a Brian muy angustiada. No sabía cómo afrontar sola la emergencia. Brian hizo rápidos arreglos y una ambulancia pasó por la casa minutos después. En el hospital estaba todo preparado para la llegada del niño. Los médicos señalaron que debía permanecer en una carpa de oxígeno. La noche fatal, aquella en la que Brian entró a la sala de pediatría llevando una jeringa en la mano, Marjorie debió retirarse temprano a su casa. Brian había dispuesto las cosas de tal modo, que en la habitación de su hijo no existiera una cama para acompañantes. Marjorie quiso reclamar, pero Brian la instó a que no dijera nada. Usó como argumento que había conseguido que no les cobraran por la hospitalización. Si se quejaba podía echar las cosas a perder. Esa segunda noche, Marjorie no se quedó sentada en la silla de metal en la que durmió cuando internaron al niño. Al día siguiente era el aniversario del salón de belleza. Iban a ofrecer, como todos los años, los servicios a mitad de precio, lo que iba a propiciar un número desusado de clientes. El acto de Brian hubiera pasado quizá inadvertido de no ser porque, en el preciso instante en que inyectaba a su hijo, una enfermera apareció en la sala. Brian trató de inventar una excusa. Sin embargo, la presencia de la jeringa fue evidente. Hubo un forcejeo entre ambos. La enfermera gritó. Brian trató de huir, pero el resto del personal se lo impidió. Actualmente, el niño se alimenta con una sonda insertada en su estómago y ha perdido buena parte del oído. Marjorie ha vuelto a casarse. Brian sabe que, tarde o temprano, será asesinado en el penal. Caléndulas No es cierto que nunca más se volvió a saber del padre de los mellizos abandonados en el hospital. Después de aparecer en el programa femenino de la televisión, la madre del escritor recibió una carta sorpresiva de su marido, donde le decía, entre otras cosas, que ahora repudiaba la religión católica. Había abandonado el país para convertirse en musulmán. ... Rosas japonesas. Durante el último año el científico Olaf Zumfelde ha recibido una serie de denuncias de afectados por el fármaco, a los cuales se

les ha dado erróneamente certificado de mutantes. Al principio se temió que existiera una conexión ilícita entre los laboratorios y el científico en cuestión. Eso hubiera destruido su alto prestigio. Después de una serie de investigaciones, ordenadas tanto por las autoridades del gobierno como de la universidad, se descubrió que la asistente del científico, la señora Henriette Wolf, modificaba personalmente los dictámenes. Pese a que se la ha sometido a una serie de interrogatorios, aún no logran desentrañarse los beneficios que le pudo aportar semejante conducta. ... Casablanca. La última vez que visitó la mezquita, el escritor se atrevió a confesarle su oficio al sheik que la dirige. De las artes lo más puro, fue la respuesta que recibió. Escritor puedes ser, pero jamás pintor o dibujante, sentenció el sheik. El pájaro negro que solía aparecer en muchos de sus sueños místicos, le había dicho lo mismo, escritor puedes ser, pero jamás pintor ni cosa parecida. En más de una ocasión, el sheik había expresado que tratar de representar la realidad por medio del arte equivalía a querer imitar a Dios. En algún momento de su vida, el sheik había sido pintor. Eso había sido antes del peregrinaje alrededor del mundo que realizó treinta años atrás. De América llegó a Medio Oriente y recorrió los templos de las religiones conocidas. Estuvo en algunos de los espacios sagrados de la India, Nepal y el Tíbet, hasta que conoció una mezquita en Estambul donde consintió que lo bautizaran. Desde ese momento se hizo discípulo del pensamiento sufí. Cuando regresó a su país quemó, en un acto ritual, sus materiales de pintura y alguno que otro lienzo olvidado. Al instalar una mezquita en su estudio, igual a las que había visto en su viaje, atrajo poco a poco a los actuales creyentes. Cuando el escritor le confesó al sheik que escribía libros, ya no se encontraba arrendando el cobertizo de Eva. Lo había dejado luego de la muerte de la anciana. Una semana después de acompañarla a su última visita al salón de belleza, el escritor notó que Eva llevaba varios días sin asomarse por el agujero de la cocina. La llamó varias veces, pero no recibió respuesta. Habló entonces por teléfono con el Amante Otoñal, quien llegó a la casa media hora más tarde. Dentro hallaron lo temido. Eva se encontraba tendida en la cama. No se había acostado. Mostraba síntomas de descomposición y, sin embargo, aún se notaba el peinado que le habían hecho días atrás en el salón. El Amante Otoñal no quiso mirar la escena. Cuando estuvo solo, el escritor se quedó unos minutos en el cuarto mirando el cadáver. Encima de una cómoda se encontraba el sombrero redondo, aquel adornado con margaritas de fantasía blancas y amarillas, que Eva acostumbraba colocarse para indicar que debían acompañarla al salón de belleza. Minutos después, desde la planta baja, el Amante Otoñal comenzó a gritarle. Lo estaba culpando por haber dejado que las cosas llegaran hasta ese extremo. Lo acusaba de no haber sido lo suficientemente responsable como para ocuparse seriamente del estado de su tía. Es imposible que no hayas sentido el olor, repitió varias veces. Luego llamó a la policía. Poco después llegaron algunos agentes, el médico forense y un par de enfermeros cargando una camilla. Introdujeron, casi de inmediato, el cuerpo en la ambulancia. Antes tomaron algunas fotos utilizando unas cámaras de luces muy potentes. La situación pareció volver repentinamente a la normalidad. Al cabo de dos días, el Amante Otoñal visitó el cobertizo y le dijo al escritor que debía abandonarlo lo más pronto posible. Iba a mudarse a la casa junto a un músico que había conocido hacía algunas semanas. Señaló que se trataba del viudo de una poeta, que necesitaba de alguien que lo cuidara debidamente ya que lo había pasado mal desde la muerte de su mujer. Aquella conversación tuvo lugar en la sala, sentados los dos en los muebles cubiertos con las fundas de plástico. Era jueves, día de mezquita. En cierto momento el escritor se puso de pie y se despidió del Amante Otoñal sin comentar la noticia que acababa de darle. Se dirigió al cobertizo, sobre el que tenía derecho hasta el próximo mes. Debía comenzar a prepararse para la reunión con los demás fieles. Necesitaba rezar y entrar, cuanto antes, en el aura que propician los giros místicos. Se quitó la pierna adornada con piedras preciosas que llevaba puesta y se colocó la de repuesto. El Amante Otoñal dejó la casa en ese momento. El escritor lo supo por el ruido de la puerta principal. Buscó entonces, en el cajón reservado para los objetos musulmanes, el rosario de cuentas de madera, el gorro blanco y la túnica que le cubría el cuerpo completamente. Guardó todo en un pequeño maletín. Pero cuando estaba a punto de salir sonó el teléfono. A través de la línea, una voz desconocida le informó que esa noche habría un Altar muy especial. Colgó de inmediato, como asustado. Antes de hacerlo escuchó que le decían que para saber la dirección exacta tenía que efectuar la pesquisa obligatoria de siempre. A pesar de sus dudas iniciales, sobre si emprender la búsqueda o ir a la mezquita, marcó de todos modos diversos números, dio contraseñas, colgó y descolgó varias veces. Se enteró de que el Altar, en esa ocasión, iba a estar dedicado a los hombres a quienes les gustaba dañar a los niños. Habría un homenaje al enfermero de Misuri. Después de colgar por última vez, el escritor miró la pierna adornada con piedras preciosas que se encontraba tirada en medio de la habitación. Hizo el ademán de cambiarla por la que traía puesta, pero en lugar de hacerlo fue en busca del maletín de los objetos musulmanes. Salió a la calle. En ese momento se entrecruzaron los sonidos de dos sirenas. El escritor empezó a caminar sin prestar atención al ruido. ... Las preguntas sobre lo que sucede con los mecanismos de información de la ciencia cuando esta se equivoca, tal vez nunca sean contestadas. Quizá algún filósofo esté preparando una respuesta, esperemos, a la altura de las circunstancias. Habrá que aguardar, no se sabe cuánto tiempo, para escucharla. Mientras tanto, las relaciones entre padres e hijos, entre lo anormal y lo normal en la naturaleza, la búsqueda de sexualidades y religiones capaces de adaptarse a las necesidades de cada uno de los individuos seguirán su rumbo, como si de una complicada estructura sumeria se tratara. Es posible que, frente a esto, el lenguaje de las flores sea más expresivo de lo que parece. Confiemos en ello...

Enviado desde mi iPhone